COLECCIÓN OBRA FUNDAMENTAL

Dionisio Ridruejo

MATERIALES PARA UNA BIOGRAFÍA

FUNDACIÓN
Santander Central Hispano

MATERIALES PARA UNA BIOGRAFÍA

DIONISIO RIDRUEJO

MATERIALES PARA UNA BIOGRAFÍA

Selección y prólogo de
Jordi Gracia

COLECCIÓN OBRA FUNDAMENTAL

© Sucesores de Dionisio Ridruejo
© Fundación Santander Central Hispano, 2005
© De la introducción y de la selección, Jordi Gracia

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 534-bis del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

ISBN: 84-89913-63-3
Depósito legal: M. 20.104-2005

Maqueta: Gonzalo Armero
Impresión: Gráficas Jomagar, S. L. Móstoles (Madrid)

ÍNDICE

La aventura de la integridad, por Jordi Gracia [**IX**]

I. LA FABRICACIÓN DE UN FASCISTA (1934-1951)

LA ESPERANZA POLÍTICA
Confidencia literaria [**9**]
Privilegios de un poeta joven [**19**]
Artículos de batalla [**45**]
Cartas desde el frente [**71**]
Los cuadernos de Rusia [**85**]
Desengaño franquista y cartas del confinamiento [**117**]

REPELUZNO ANTE LO INFINITO
Diario de una tregua y otros artículos [**147**]
Informe a Franco [**181**]
La Italia democrática [**185**]

II. LA PEDAGOGÍA DE LA DEMOCRACIA (1952-1975)

EL OPTIMISMO DEL REFORMISTA
Con *Revista* y sin horizonte [**227**]
Los romances de un *alborotador* [**253**]
Informe a Falange sobre febrero de 1956 [**273**]

ARMAR LA REFORMA DEMOCRÁTICA [**291**]
Las declaraciones en *Bohemia* y otro romance [**295**]
Explicaciones para *Escrito en España* [**311**]

Otros artículos, otras cartas y nuevos conspiradores: *Mañana* [**339**]

INTERMEDIO LÍRICO CON UN RELATO DE INFANCIA Y UNA PROSA VIAJERA [**363**]

LA VALENTÍA DE LA MEMORIA
Memoria de Burgos y Cataluña (1937-1944) [**447**]

EPÍLOGO PÓSTUMO [**467**]

Jordi Gracia

LA AVENTURA DE LA INTEGRIDAD

Comprometer en una sola palabra la trayectoria de una persona roza el desatino y es en todo caso una temeridad. Pero ninguno de los dos riesgos debería disimular la convicción de fondo que vertebra los materiales reunidos en este tomo: se trata de componer una biografía intelectual y política de Dionisio Ridruejo con los estratos sincrónicos y múltiples de un hombre incesantemente simplificado, parcheado, segregado, reducido a pedazos sin conexión entre sí o perfectamente ignorado. Hasta hace poco tiempo, su hijo debía confesar que la evocación espontánea de su padre seguía siendo la del fascista de la guerra, o la del divisionario en Rusia, o la del agitador falangista desde las páginas de la revista *Arriba*. Incluso personas con trayectorias y perfiles tan dispares como Javier Pradera y Jordi Herralde han podido asistir a escenas semejantes o evocaciones de Ridruejo orientadas hacia el mismo sesgo con fundido negro final… ¡en 1942!, como si tan sólo el episodio juvenil de un fascista hubiera quedado en nuestra memoria histórica. Es verdad que la iconografía de la guerra y la misma propaganda se encargaron por entonces, hace sesenta o setenta años, de difundir abrumadoramente la imagen recortada de un joven enjuto y fibroso, vital y tenso, orador uniformado y florido y quizá incluso un punto demagogo en la empresa de levantar ánimos y alentar convicciones…, que es posible que él mismo no viera del todo claras pero a las que se entregó con ardor fogoso y perfectamente insensato.

Quizá ahí esté el origen de esa vacuna higiénica que iba a desarrollar desde muy temprano y, por decirlo así, contra sí mismo, o contra sus peores instintos: contra el autoengaño fantasioso, contra la ilusión infantiloide, contra el pensamiento simplón de la propaganda política; puede que ahí anide el descubrimiento de un principio que iba a ser vital en el futuro de Ridruejo, y que no acierto a designar mejor que con esa virtud rara y móvil de la integridad, más fiel a las razones morales y el raciocinio mis-

mo que a las convicciones inmaculadas y rígidas, o ahistóricas y puras, como si hubiesen sido paridas de una vez y ya no creciesen ni mudasen, ni el mundo mudase tampoco. La integridad no es enemiga del cambio sino de la mentira, de la farsa, del camelo y la comedia, y Ridruejo supo en propia carne hasta qué catástrofes personales podía llevar la inmadurez de las convicciones vividas a fondo por personas, como él, optimistas de natural y vitalistas biológicos, con la suerte histórica de cara y una cierta oportunidad política de poder. Y de ahí a componer el mejor gesto para el teatro político va un paso muy corto que Ridruejo dio entre 1937 y 1942 pero no volvió a dar nunca más, lento aprendiz desde entonces de otra mentalidad menos fantasiosa y más razonable, más segura de las resistencias que opone la realidad a su modificación y más fiable también en su modo de analizarla. Quizá por eso es hoy, y no paradójicamente, el mejor intérprete español del fenómeno fascista y falangista, y es también un prematuro y convencido precursor de la socialdemocracia en España como herramienta de inserción en la Europa moderna.

Este segundo Ridruejo es, en realidad, el único Ridruejo adulto que hubo. Y no porque en 1942, a la vuelta de su expedición a Rusia como divisionario, empezase una evolución política e ideológica hacia posiciones liberales, porque no hubo tal. Lo que hubo entonces fue una orgullosa ratificación en sus convicciones fascistas: un acto de integridad que le llevó a señalar a Franco el rumbo erróneo del nuevo Estado, su desengaño ante la miserable institucionalización del nuevo poder, revanchista y muy chato de aspiraciones, claudicante ante el inmovilismo más reaccionario de la Iglesia y las huestes de Acción Católica. No se estaba haciendo demócrata entonces; se alejaba más bien del poder porque era un poder traidor al ideal fascista en su mismo reaccionarismo antirrevolucionario. Quizá sólo a partir de entonces, cuando empieza su lenta deriva introspectiva y analítica, solitaria y lectora, comienzan a gestarse las bases para una depuración matizada y humilde, sin ninguna premura ni convicción sustitutiva o compensadora. Son los pasos que habrán de llevarle a otro orden de creencias y a la renuncia de toda fe que no sea la más estricta y privadamente religiosa, como si de veras la adolescencia se le hubiese prolongado hasta que fue capaz de escribir, y difundir entre sus viejos camaradas, su «Canto en el umbral de la madurez», en 1944 y con algo más de treinta años. Para lo demás aprenderá a vivir a la intemperie de la razón crítica, dentro de una ancha horquilla humanista, de tradición ilus-

trada, macerada en el escepticismo culto y hedonista de quien ha dejado de creer en principios redentores absolutos (y ni siquiera relativos).

Es esta extensísima franja de vida la que ha permanecido al margen del presente de nuestra historia, como si tuviera todos los números para ser el perfil más incómodo de una transición muy cauta, e incómodo para todos porque a todos exigía demasiadas explicaciones. Tras el repliegue de las pulsiones revolucionarias de los años sesenta y setenta, no era fácil explicar, en plena fábrica democrática, y con una creciente clase media y moderada, que Ridruejo había andado tras ese mismo espacio social y político desde 1957, por mucho que en su juventud hubiera sido un fascista totalitario convencido de la razón hitleriana. ¿Cómo explicar que había sido un socialdemócrata engendrado en el corazón de un desengaño ideológico y con la esperanza de un horizonte de ciudadanía netamente europea?

Las explicaciones largas no caben en eslóganes políticos y la complejidad del caso estriba por tanto en dos cosas: la dificultad de aprender a leer retrospectivamente su comportamiento y la necesidad de hacerlo sin asociar a todos los vencedores con la canalla pura (aunque la hubiese, desde luego). La integridad suele estar animada por el coraje de la independencia, y suele vivir emboscada, sin mucho relumbre público; y aunque lo mejor que puede hacerse con los héroes es ahorrárselos, el desafío de la integridad consiste en cargar con ella aquí o allá, cuando se dispone del poder, o se está cerca de él, y cuando apenas hay nada que repartir, como le sucedió a Ridruejo al menos desde 1956, si no antes. Lo paradójico es que su modélica evolución intelectual y política haya seguido sepultada en una especie de circuito periférico o sensiblemente marginal. La educación democrática no consiste sólo en el aprendizaje de las leyes y los reglamentos del presente o del futuro, sino en la comprensión cabal e íntegra de lo que ha sido el pasado, particularmente si ese pasado histórico se ha hecho con mimbres traumáticos y bajo una dictadura. La peripecia de Ridruejo desafía toda forma de simplificación, que es la única auténtica enemiga del conocimiento (como le gusta repetir a Claudio Guillén), y por eso quizá ha debido esperar mucho tiempo para que haya algún impulso rehabilitador de su valor modélico, incluso más allá de su sentido estrictamente político. Hoy su semblanza ha de subrayar la excepcional calidad de su prosa —por encima de una sobrestimada poesía de juventud—, pero no debe callar ni al articulista ni al crítico, al viajero o al animador de activida-

des de resistencia de perfil blando (unos ensayos, una editorial, una revista) o duro (un partido político abiertamente de oposición, como el PSAD), ni tampoco a algo más sutil, al ejemplo moral que fue para muchos compañeros de armas y edad y al que fue también para otras camadas, muchachos más jóvenes y decididamente desengañados de una revolución pendiente que él había predicado y esperado en la primerísima posguerra.

Todavía estamos lejos de poder contar con solvencia cada tramo de su compleja peripecia, pero esta antología aspira a reunir los textos que permiten calar hondo en lo que es un sujeto que piensa y cambia, que asume el riesgo de justificar sin tapujos las razones de su deserción ideológica y política y también sus horizontes de futuro como conspirador antifranquista. Lo que se pueda deber a este tipo de personajes es difícil de cuantificar, y quizá el desinterés de la democracia por su papel haya complicado las cosas todavía más: una lección no obstante parece rotundamente cierta y difícil de rebatir. La intensa inmersión en el pensamiento totalitario puede ser la mejor vacuna protectora para neutralizarlo en el futuro, para controlar las pulsiones redentoristas e irracionales que justifican su misma y corrupta desviación. La desintoxicación del totalitarismo es prepolítica, moral, antes que ideológica, y ésa fue la ruta lenta —civilizatoria— que dibujó Ridruejo en su trayectoria, sin saber demasiado bien hacia dónde iba pero sí de qué búnker de mitos y desmanes huía. La convalecencia de esa enfermedad es necesariamente larga y pasa por el entendimiento racional y pragmático del mundo, la vocación inteligente antes que sumaria y ejecutiva, la precaución de no dañar con grandes ideas y medios poderosos el difícil, frágil equilibrio del bienestar colectivo en aras de transformaciones perpetuamente aplazadas. Del cuadro ideológico falangista progresó hacia el reformismo socialdemócrata, o como le dice a Vicente Ventura en una formidable carta de 1964, «una izquierda sin retórica y sin superstición, muy liberal de base». Pero sin duda también hubo antes una transformación todavía más primordial, de orden moral y no político: el aprendizaje de una tradición intelectual, el humanismo ilustrado, que tenía herederos en la posguerra en personajes como Josep Pla, Pío Baroja, Azorín, u otros intelectuales renuentes a las medidas expeditivas y desde luego nada dispuestos a encender el fuego de la retórica porque suele encender teas reales, como sabía por experiencia propia Ridruejo. Su muerte en 1975, unos meses antes que la de Franco, dejó sin tutelaje efi-

caz al nuevo partido político que acababa de fundar, pero dejó también *in albis* a una gran parte de la población sobre el nombre y los haberes de algunos de quienes abrieron la brecha para una España solidaria y democrática.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Las mejores fuentes para acceder a la trayectoria intelectual de Ridruejo son todavía sus propios libros, pese a la escasa circulación de ediciones que son ya antiguas, casi todas descatalogadas o poco accesibles. Sin embargo, existe una primera biografía, redactada por quien fuera su secretario personal entre 1971 y 1975, Manuel Penella, titulada *Dionisio Ridruejo, poeta y político* (Salamanca, Cajaduero, 1999); y hay información sobre el autor en el libro de Mónica y Pablo Carbajosa *La corte literaria de José Antonio* (Barcelona, Crítica, 2003), y siguen siendo del todo indispensables los dos capítulos que cerraron un homenaje publicado en 1976 a instancias de varios amigos, *Dionisio Ridruejo, de la Falange a la oposición* (Madrid, Taurus, 1976). Allí prepararon dos íntimos colaboradores de Ridruejo, Fermín Solana y María Rubio, una biocronología meticulosa y una «Aproximación a una bibliografía» del autor que es, con mucho, el mejor repertorio sobre las colaboraciones periodísticas y literarias de Ridruejo en diarios y revistas. El volumen contiene también numerosos trabajos de amigos y colaboradores de Ridruejo, entre los que destacan los textos de Juan Benet, Gonzalo Torrente Ballester, Francisco Fernández Santos o Julián Gorkin. Más recientemente apareció, bajo el título de *Memorias de una imaginación*, una muestra de *Papeles escogidos e inéditos*, a cargo también de Manuel Penella (Madrid, Clan, 1993), que a su vez ha sido responsable de la edición de uno de los dos tomos de la poesía de Ridruejo editados en la colección universitaria de Castalia, *Cuadernos de Rusia. En la soledad del tiempo. Cancionero de Ronda, Elegías*, en 1981, de acuerdo con el plan de publicación de su poesía completa que había trazado Ridruejo antes de morir, y del que él mismo dio cuenta en *Primer libro de amor. Poesía en armas. Sonetos* (Madrid, Castalia, 1976) con un prólogo espléndido que por razones de espacio he debido excluir de esta antología. Antes de ese proyecto, Ridruejo había reordenado, co-

rregido y aumentado su volumen anterior de poesía completa, *En once años* (Editora Nacional, 1950), ahora con el título *Hasta la fecha. Poesías completas, 1934-1959*, publicado en Madrid por Aguilar en 1961 con prólogo de Luis Felipe Vivanco. Desde ese momento quedaron dispersos y han sido muy mal conocidos al menos dos libros más, *Cuaderno catalán*, de 1965, y *Casi en prosa*, de 1972, ambos publicados por las ediciones de Revista de Occidente. Algunos de esos poemas los recopiló Luis Felipe Vivanco en su antología (también póstuma: Vivanco moría ese mismo año de 1975), *Poesía*, publicada por Alianza Editorial al año siguiente, y alguna vez reimpresa con el excelente prólogo de Marià Manent.

La accesibilidad del resto de publicaciones de Ridruejo es mucho más problemática. Sus dos gruesos tomos de 1973 y 1974, *Castilla la Vieja*, se reeditaron en los años ochenta en la colección de bolsillo de Destino, y en Destinolibro se han reimpreso también *Diario de una tregua*, en 1988 (la edición original era de 1959 y con el título *Dentro del tiempo*), y *Sombras y bultos*, en 1983. La edición de César Armando Gómez recogía una valiosa muestra de los artículos que había ido publicando en los años setenta en el semanario *Destino*, mientras que el lugar al que fue a parar otra parte importante de aquella valiosa colaboración fue el tomo *Casi unas memorias*, publicado por Planeta póstumamente, en 1976, y que incluía el texto inacabado de sus memorias. El volumen se complementó con artículos, textos, cartas y fotografías que permitieron a muchos por primera vez hacerse una idea cabal de la trayectoria de Ridruejo más allá del puro estereotipo. Planeta fue, en todo caso, quien asumió también la edición en 1978 de *Los cuadernos de Rusia*, diario de la campaña de Rusia como integrante de la División Azul, transcrito de siete cuadernos manuscritos, según explicaba el mismo César Armando Gómez en un escueto texto introductorio al volumen. Otros dos tomos de artículos habían aparecido muchos años atrás, el primero, *En algunas ocasiones. Crónicas y comentarios, 1943-1956* (Madrid, Aguilar, 1960), después de algún intento fallido de reunir sus artículos del momento, y el segundo, *Entre literatura y política*, en 1973, con una valiosa y extensa entrevista de Rosa María Echeverría, y publicado en la colección Hora H de Seminarios y Ediciones, dirigida por otro íntimo colaborador de Ridruejo, Pablo Martí Zaro. En su origen también debió de haber sido un compendio de artículos el libro de análisis político más importante del autor, *Escrito en España* (Buenos Aires, Losada, 1962, con segunda edición al año siguiente; también en Losa-

da apareció en 1967 la antología hecha por el propio Ridruejo de *122 poemas*), aunque prefirió al fin refundir escritos dispersos para dotarlos de una continuidad y estructura propia, además de redactar una impecable síntesis autobiográfica con la que el libro se abría y que el lector verá en otro lugar de este tomo. Los textos inéditos que selecciono proceden del Archivo Dionisio Ridruejo, custodiado en la actualidad en el Archivo General de la Guerra Civil de Salamanca, y, por último, agradezco a algunos amigos —Jordi Amat, Marcos Maurel, Marcelino Jiménez— la eficacia material de la ayuda que me prestaron con algunos de los trabajos recopilados.

J. G.

I. LA FABRICACIÓN DE UN FASCISTA

(1934-1951)

LA ESPERANZA POLÍTICA

La fe de poeta fue más duradera en Ridruejo que la fe de falangista, y también el poeta había nacido antes que el político vocacional. Las ganas de los versos son muy precoces en su biografía y, a pesar de las intermitencias, incluso en los dos últimos años de su vida habían de aparecer dos nuevas colecciones de poemas. Una de ellas, *Cuadernillo de Lisboa*, se difundió desde la revista *Peñalabra*, de Santander, en junio de 1974 y estaba inspirada en la revolución de los claveles portuguesa mientras que los poemas de *En breve* aparecieron en 1975 en un número de homenaje de la histórica revista *Litoral*, de Málaga. Ridruejo pudo llegar a verla antes de su ingreso en el hospital Clínico, donde moriría la noche del 29 de junio. Apenas un mes y pico antes se había reunido en el hotel Mindanao de Madrid una apretada nómina de escritores y amigos en torno a él. Por la tarde, Camilo José Cela había presentado en la librería El Brocense de Madrid los dos tomos de la última obra de Ridruejo, la guía *Castilla la Vieja*, pero el acto serviría a su vez para dar un respaldo casi explícito a lo que habría de ser la formación política de Ridruejo para el ya visible y por fin inminente futuro sin Franco: la Unión Social-Demócrata Española, la USDE.

Dada esa naturaleza de su poesía, casi siempre confesional o motivada por una experiencia inmediata, he roto el orden cronológico y he preferido agrupar sus poemas en dos secciones, una para cada parte. Y he roto un poco más el orden para abrir este primer bloque de poemas con un texto en prosa, pero ese texto es una *Confidencia literaria* que no ha vuelto a publicarse desde que apareció en 1944. Ridruejo aceptó la invitación de Juan Ramón Masoliver para colaborar en una sección de la revista *Entregas de poesía* (núm. 9, septiembre de 1944) pensada para oír la voz de los poetas sobre su obra, sus criterios literarios, sus modelos. Ese año está muy cerca de la primera pausa larga de Ridruejo como poeta, y el texto mismo viene a cerrar a modo de recapitulación lo que han sido sus primeros ejercicios literarios. De hecho, entre 1939 y 1944 publica al menos seis libros de poemas, y aún ha de aparecer en 1948 el tomo de *Elegías*, escritas entre 1943 y 1945, y por fin, en 1950 lo que Ridruejo entiende como su poesía completa de juventud bajo el título *En once años*, en Editora Nacional, como algunos otros de sus libros anteriores. Ese año, además, pudieron concederle los amigos el Premio Nacional de Literatura que no habían podido otorgarle en 1943 a causa del veto que pesaba sobre él, y el reciente confinamiento decretado por Franco.

Los *Sonetos a la piedra*, que habrían podido llevarse ese premio en 1943, se cerraban con un colofón de autor. Explicaba allí Ridruejo que el libro «fue emprendido en la primavera de 1935 e iba más que mediada la composición en el verano de 1936. No obstante, el último de sus sonetos queda fechado en 1942», aunque su impresión, en formato grande y con ilustraciones originales del pintor José Caballero, no estuvo lista hasta finales de 1943, en noviembre. Algunos poemas habían aparecido antes en *Escorial*,

en 1941, pero entonces ninguno de ellos llevaba las dedicatorias que incorporaría a la primera edición del libro: en ellas se censa poco menos que la nómina completa de sus colaboradores en la Oficina de Propaganda de Burgos en 1938. *Poesía en armas*, publicado en 1939 por las ediciones Jerarquía, que fueron el origen de la Editora Nacional, reunía los poemas de urgencia escritos durante la guerra, con vocación de combate, y por eso subtituló el libro en ediciones posteriores *Cuaderno de la guerra civil*. Algún poema está escrito ya en la cura de reposo que vive en un pueblo menudo del Montseny, El Brull, el mismo abril de 1939 en que termina la guerra, y también de entonces ha de ser la dedicatoria «A Pilar Primo de Rivera, por la memoria y la esperanza». Pero el pequeño librito va precedido de un breve texto autojustificativo que vale la pena ver:

> «Estas páginas de poesía, publicadas hoy como un folleto de nuestra Propaganda, no constituyen realmente un libro, sino —a lo más— su primera entrega. No concluye aquí, por lo tanto, mi aportación poética a la exaltación del heroísmo Español *[sic]* y a la pasión de España, es decir: mi "poesía en armas".
>
> Quien se ha puesto a servir sin condiciones no puede dar por concluido su servicio sino en el mismo día de su muerte.
>
> Respecto a algunos de los poemas, se advertirán variantes —a las que no soy aficionado— respecto a su primer texto publicado en periódicos o revistas. Es una revisión mínima que se ha hecho necesaria por el tiempo de urgencia en que se dieron antes. Queda así establecido el texto auténtico, por no decir —¡Dios sabe el porvenir!— el definitivo».

Fueron libros de una considerable resonancia entonces, tanto el que fuera el cancionero de la guerra *Poesía en armas* como los famosos y reverencialmente entronizados *Sonetos a la piedra*. Antes de todo eso, sin embargo, y todavía en 1939, el buen amigo que era desde Burgos Juan Ramón Masoliver, y que ahora es visita asidua de Ridruejo en su retiro de El Brull, se hacía cargo en su nueva editorial Yunque de otro título, *Primer libro de amor*, con nuevos poemas redactados entre 1935 y 1939: venían a ser la expresión de otra cara de un mismo poeta de inspiración clásica, seducido por la retórica épica y guerrera pero también muy decididamente por la poesía clásica española, por sus estrofas, sus imágenes y recursos, incluidos sus temas amorosos y sus tópicos expresivos.

Hay todavía una segunda *Poesía en armas*, de 1944, pero subtitulada *Cuadernos de la campaña de Rusia* porque procede de su experiencia en la División Azul y de la escritura caliente, en vivo, de los cuadernos que lo acompañaron entonces: poemas a los primeros muertos de la División, a la experiencia de la guerra, a los compañeros de trinchera, la tierra rusa, el frío. Todavía, sin embargo, ha de rescatar y reescribir un poema anterior, la *Fábula de la doncella y el río* (que también coloca Laín Entralgo en la Editora Nacional que dirige), o escribir poemas nuevos como en su mayoría son ya los que integran un libro que registra su paso por Ronda y, desde 1943, Llavaneras, su primera aclimatación a la vida privada y a una introspección de orden moral que apaga el tono vibrante o líricamente retórico de su primerísima poesía. Ese libro es *En la soledad del tiempo*, de 1944; lo publica en Barcelona la editorial Montaner y Simón en la fugacísima colec-

ción que dirige el propio Ridruejo en aquella histórica casa.

Es mucha poesía y son muchos poemas en pocos años de enorme actividad, y el lector en cambio advertirá que mi selección ha sido casi exigua y que, además, he preferido abrirla con un texto en prosa que recapitula en clave autocrítica esa primera etapa de su poesía. Sin embargo, ese ensayo va más allá de la meditación de un autor en tránsito hacia otra poesía porque lo escribe alguien que empieza a digerir experiencias políticas y desafíos personales con costes directos: la desilusión afectiva de la Victoria todavía no es decepción ideológica pero sí empieza a empañar gravemente el cristal de esperanza totalitaria que se abrió en abril de 1939. Sus poemas de los años treinta, cuando todavía no es militante falangista y cuando lo es ya, desde 1934, no varían sustancialmente ni el tono ni el estilo desde ese punto de vista: la militancia falangista no atañe apenas al natural proceso de aprendizaje de un poeta en agraz, premioso e impaciente. De su primerísimo libro, *Plural*, de 1935, se arrepiente casi al mismo tiempo en que lo publica, y apenas llegó a rescatar algún poema de esa etapa, entre otras cosas porque hacia 1935, 1936 y en adelante se decide a ensayar con formas líricas todavía de estirpe clásica, pero también descubre a algunos otros poetas de inspiración más moderna, como Pedro Salinas, o el más visiblemente vanguardista Gerardo Diego. Sus poemas se publican en las mejores revistas de guerra del lado franquista, como *Jerarquía* o *Vértice*, donde aparece su soneto a Mussolini.

Algunas de estas cosas las cuenta Ridruejo en la *Confidencia literaria*, pero es sólo el anticipo de lo que escribió en 1975, cuando redactó el prólogo general a la edición anotada de su poesía en la editorial Castalia bajo un título muy explícito: «El autor se comenta a sí mismo». Allí proponía una determinada ordenación de su obra poética, de acuerdo con lo que fueron las sucesivas y renovadas revisiones a que la sometió. El modo en que se ha dispuesto esta antología, sin embargo, quiere invitar a leer esos poemas de la primera etapa muy cerca de los otros textos que escribió Ridruejo entonces, en su faceta política de articulista, propagandista y jerarca de Falange. Y es llamativa la sincronía en que fueron escritos los poemas más inspiradamente personales y emotivos —sus enamoramientos y decepciones, sus separaciones y soledades, sus pesares de joven apasionado— y aquellos otros que invocaban la guerra y el nacionalismo fascista sentido como compromiso político radical, aquellos poemas que fue escribiendo desde el mismo verano de 1936, con la guerra ya empezada, y no dejó de redactar en los años siguientes, en la larga experiencia rusa.

La poesía siguió siendo hasta su muerte un dietario personal que no admitía demora, que se escribía en el acto y se publicaba en lo posible de manera impetuosa: sus poemas cartografían voluntariamente, aunque velando las pistas más confesionales, los afanes y las deudas emotivas, tanto si su razón es la vida sentimental y erótica como si lo es la esperanza de llegar a Moscú, la inmediata victoria en la guerra civil o la lenta erosión de convicciones poco antes inconmovibles. Éste es el caso del «Canto en el umbral de la madurez», que se integró después en el libro *Elegías*, aparecido como número 50 de la colección «Adonais» en 1948, y que fue desde el primer momento decisivo en ese tramo de su bio-

grafía interior. Y no por casualidad ese poema fue difundido en copias manuscritas y editado por Juan Ramón Masoliver en la misma *Entregas de poesía* (13, enero de 1945): algunos de sus amigos falangistas se vieron reflejados en una semejante decepción ante el nuevo Estado de Franco y la disolución en ese poder del programa ideológico falangista. También es fácil detectar ese distinto estado de ánimo de los poemas escritos en Ronda e incorporados a *En la soledad del tiempo*, además de las cartas inéditas a Antonio Tovar o a Miguel de Echarri, en ese confinamiento que lo puso en un futuro interrumpido o de vida detenida y en una maceración cuyos frutos iban a ser tardíos.

Los poemas de amor a *Áurea* tienen también origen biográfico, y muy probablemente ocultan el nombre de una nieta de Antonio Maura, Marichu de la Mora, falangista como Ridruejo y por cierto mediadora en su primer encuentro con José Antonio Primo de Rivera en La Gran de San Ildefonso, en el verano de 1935, junto con Agustín de Foxá, Ernestina de Champurcín y algunos otros, según detalla Manuel E. Penella en *Dionisio Ridruejo, poeta y político*. La decepción lírica por una llamada no atendida y esperada, tan saliniana de escritura y asunto, convive con las arengas militantes y subversivas de un revolucionario que no entraría en combate pero incendiaría los ánimos desde *Arriba*, cuando llame incansablemente a la revolución, más que a la victoria, en 1937. Sus artículos son propagandísticos —como lo eran algunos de sus poemas, según él mismo— pero también muy expresamente doctrinales, para mostrar su rechazo a la fusión que dicta Franco en 1937 entre Falange y el tradicionalismo carlista, lo que en la práctica vino a neutralizar el afán revolucionario de los falangistas briosos de la primera hora (a pesar del acendrado catolicismo de la mayor parte del falangismo, y desde luego de Ridruejo). En 1938 defendía el Movimiento falangista como esa especie de alerta constante que corrige la parálisis inherente al Estado, y en 1940 reafirmaba la necesaria resurrección del inconformismo pese a la Victoria, o precisamente por la victoria misma, para seguir siendo «puros e irritados, disconformes y críticos, contra el término medio y la cochambre, contra la habilidad y la transigencia, contra las tentaciones de descanso, contra el miedo a la enemistad», como escribe en el «Manifiesto irritado contra la conformidad» que verá el lector más adelante, publicado en *Arriba*.

Este y otros artículos anuncian más cosas de las que aparentan: no sólo la voluntad política de armar un nuevo Estado con vocación transformadora sino la necesidad de hallar lugares imaginativos y propios donde ejercer esa nueva política de Falange que no parece ser exactamente la de Franco. De ahí que en el mismo año del artículo que acabo de citar, 1940, Ridruejo ponga en marcha desde Falange, y junto con Laín Entralgo, Antonio Tovar, Torrente Ballester, Antonio Marichalar (que venía de *Revista de Occidente*) y bastantes más, la revista *Escorial* con su sala de exposiciones, conferencias y tertulia. El manifiesto que abre el primer número invitando a abrir la revista más allá de los vencedores tiene casi su continuación práctica unas páginas después, donde se lee el prólogo de Ridruejo a la *Poesía* de Antonio Machado que publicará Espasa-Calpe, «El poeta rescatado». Ambos eran gestos que hay que leer como respuesta de los intelectuales de Falange a la opresiva violencia

revanchista e intransigente del poder contra los derrotados y exiliados (porque demasiado bien sabían el valor de lo exiliado o sepultado bajo tierra). Actúan en aquel primer sistema franquista como disidencia culta dentro del poder, como un intento de elevar el nivel de la cultura del nuevo Estado rescatando lo que fuese posible integrar en los nuevos esquemas. Los buenos deseos de aquel proyecto podían ser ciertos pero chocaban con la obscena evidencia de la represión impune, directa y despiadada, de manera que viene a resultar un gesto testimonial que favorece la estima actual por aquella aventura, y al mismo tiempo dota a la revista de excelentes colaboradores, no todos pero sí casi todos ellos en el bando vencedor durante la guerra. El equipo de *Escorial* está hecho de profesores y escritores con experiencia literaria anterior a la guerra, fascistas en su mayor parte, pero también comprometidos con lo que ellos llamarían «cultura en la alta manera», lo que difícilmente podía obviar la ejecutoria literaria y cultural de los derrotados. El arrepentimiento al que alude otro artículo de Escorial, anónimo, como el primer editorial, pero también de Ridruejo, es el de aquellos que buscaron cobijo en las estructuras del nuevo poder, en el que evidentemente estaba *Escorial*, y toma como modelo el comportamiento de Azorín, excesivamente obsequioso en su afán camaleónico de entonces para lo que era la función que los jóvenes fascistas esperaban de él y algunos otros, como el propio Baroja.

Pero en medio de esa empresa de reciclaje útil de algunos derrotados, Ridruejo prefiere emprender la ruta de la guerra en el frente ruso para sumarse a las fuerzas del nazismo con la División Azul. Es una aventura físicamente ruinosa pero ideológicamente convencida, impulsada por un rebrote de idealismo político y con bríos heroicos. Sale en busca de la conquista de una Europa íntegramente fascista como arma con efectos interiores: la fascistización auténtica del propio régimen de Franco, y verdadera solución política para contrarrestar el catolicismo tradicionalista, el integrismo intolerante y el conservadurismo que combatió como falangista. Su regreso de Rusia no le aparta de semejante convicción sino al contrario: las cartas de 1942 desde Ronda muestran a un impaciente soldado en la retaguardia, a la espera de un pretexto para volver al campo de batalla en ayuda de las fuerzas del Eje, si no en retirada, ya debilitadas. Es verdad sin embargo que es por entonces cuando revisa las notas que ha ido tomando en Rusia en sus cuadernos y que han de permanecer inéditas hasta 1976 (aunque las cita alguna vez, como en el artículo en que contesta a la carta abierta de Laín Entralgo). Con la precaución de no haber visto los manuscritos originales, sí conviene añadir que Ridruejo empieza a registrar ahí una forma de maduración interior que aún no tiene réplica política pero parece educar al escritor en el aprecio de la experiencia empírica más que de la imaginación mítica o totalitaria: es el tramo que abarcan los artículos de 1944-1946.

Desde el hospital en Berlín, donde se repone en enero de 1942 de su estado de extrema consunción, Ridruejo escribe algunas cartas y una serie de doce crónicas sobre la División Azul destinadas al diario *Arriba*. Excepto un par de reportajes más, el resto apareció firmado con el seudónimo de Andrés Oncala y un valioso testimonio. Presta también una lente de aumento sobre la fascinación de la acción y la violencia, el

brillo de la guerra y el heroísmo exaltado (el de Agustín Aznar, viejo amigo, el de Enrique Sotomayor, joven ideólogo y referente del SEU, su cuñado Luis Hermosa, los primeros caídos). Todo ello funciona como contrafigura desdeñosa de la paz burguesa y fraudulenta en que vive su propio país con Franco. Por eso el regreso en abril de 1942 no puede ser más que una cadena de renuncias a sus cargos en la Falange y el Estado, además de dimitir como director de *Escorial* y escribir a Franco y a otros ministros, entre ellos Serrano Suñer y Blas Pérez, razonando su disconformidad con la construcción del nuevo Estado, su insatisfacción con el bajo perfil falangista y totalitario del nuevo poder… La respuesta de Franco fue benevolente para sus usos habitualmente criminales. Y al igual que en 1937 parece que el general Monasterio salvó la vida al insolente falangista que discutió con Franco el decreto de Unificación, ahora puede haber sido Serrano Suñer quien propicie el castigo menor: confinamiento desde el verano de 1942 en el remoto pueblecito que era entonces Ronda… y el inicio de un período crucial de su biografía interior, todavía con la plena firmeza de sus convicciones falangistas. Así aparece sin ambages en el epistolario íntimo con amigos de entonces, empezando por Antonio Tovar, totalitarios confesos en esos mismos años en que organizan *Escorial*, revista y sueldo al que Ridruejo ya no regresa y donde no vuelve a escribir pese al regalo que le hacen en marzo de 1942, cuando está a punto de volver de Rusia. Se trata de un homenaje que incluye poemas suyos de la campaña de Rusia, y textos de Manuel Machado, Antonio Marichalar, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco y Pedro Laín. Tras las cartas de dimisión y protesta de ese mismo verano, Ridruejo se instala a mediados de octubre en el hotel Victoria de Ronda.

J. G.

CONFIDENCIA LITERARIA [1944]

Quizá toda una dirección de la poesía consiste en hacer confidencias; hacerlas no puede ser por lo tanto un sacrificio para un poeta, pero es en cambio toda su dificultad. Conocemos ciertas cosas sobre nosotros mismos, sobre el mundo o sobre la poesía, pero las conocemos como en estado de sospecha, de intuición, de sentimiento o de revelación. Convertir esta riqueza inefable en conceptos o sólo en expresiones es ya falsearla y limitarla a sabiendas, además de que el que va a recibir nuestro mensaje ha de falsearlo de nuevo apropiándoselo, descifrándolo con las claves de su propio mundo interior y no con las del nuestro. Elegir la expresión única y unívoca de nuestra confidencia, ésa sería la satisfacción del anhelo creador poético. Buscarla y sólo aproximarse a ella es la exasperante limitación del mismo. Si en esta lucha nos abstenemos del rigor y de la paciencia —aconsejados sobre todo por la mala musa de la facilidad—, daremos en ingeniosos, conceptualistas, preciosistas, desgarrados generalizadores del sentimentalismo, metafóricos superficiales, fabricantes de ideas sin vida. En todo lo que viene a dar el poeta que no llega a poeta o se pasa de poeta.

¿Una idea sobre mi vida poética, sobre mi poesía, sobre la poesía en general? ¿Se puede tener «idea» de esto que es vivencia íntegra? Quizá la solución sea narrar, narrar solamente, porque todo lo que es sucede o al menos existe, y lo que es y no sucede, nunca podremos explicarlo, ni decirlo.

Bajo estas reflexiones —y sin perjuicio de caer en todas las equivocaciones que preveo—, emprendo mi confidencia, punto por punto, según me lo ordena con preguntas *Entregas de Poesía.*

I

Comencé a escribir versos —según creo recordar— allá hacia el año 1924, cuando contaba doce años de edad. Me gustaban los versos —no diré la poesía— desde mi aprendizaje de las primeras letras. Me impresionaban en su doble aspecto cómico

y sentimental. Una «gracia» con rima me hacía reír más. Una confesión de penas o heroísmos me exaltaba más cuanto mejor sonase su letra. Recibía —en fin— los versos como suelen recibirlos los niños, los salvajes y las personas absolutamente indoctas; por su efectos mágicos. De muy niño, sabía versos de memoria y tenía buena gracia para decirlos. Recuerdo que, visitando el pueblo de mis padres —sierras sorianas de merinas trashumantes—, hacían alto en el esquileo las gentes de casa de mi abuela y corro para escucharme. Era yo un personaje de cinco años escasos. A esta abuela mía, pastoril y popular, debo los primeros rumores poéticos de mi infancia. Se sabía ella grandes tiradas del Romancero —de Roldán y los doce, del Conde Niño, de Gerineldos, del Cid, del Cieguecito que tenía un naranjel— que había aprendido en riquísimo castellano por tradición oral o por influjo de copleros ambulantes. Los cantaba unas veces y los decía otras, y me hablaba, con la noble visión de su fantasía rural, de aquellos héroes. Es aquélla una música que no puedo separar de mi vida. Fuera de esto, poco más supe de poesía y de poetas hasta que yo mismo —no sé por qué— me arranqué del pecho la primera y balbuciente música infantil en forma de pareados y romances, ya jocosos, ya morales o anecdóticos, que así creo que eran aquéllos. A los trece años —y estudiando preceptiva literaria en el colegio de los Jesuitas de Valladolid— mi producción se hizo caudalosa y multiforme. La poesía dejó de ser para mí una riqueza anónima y mostrenca y los poetas hicieron su aparición en mi fantasía. No obstante, creo que hasta los veintitrés años no he oído sin rubor y escándalo de humildad el dictado de «poeta» aplicado a mi persona, y aun ahora…

A los catorce años, Bécquer y el amor me habían hecho suyos reiteradamente y me producía yo como era del caso; pero escribí también —estando interno en Chamartín de la Rosa— una novela histórico-romántica, género del cual poseía muy pocos y malos antecedentes conocidos.

De mis vocaciones infantiles recuerdo una muy sostenida y que aún me produce nostalgia: la de la arquitectura, en auxilio de la cual mostraba yo predilecta aplicación a los estudios de matemáticas, y otra —muy fugaz— por el sacerdocio, pero ambas fueron arrasadas por otra más viva hacia la vida militar, que me empujó a cursar los estudios preparatorios de ingeniero que podían serme convalidados en tiempo en que las academias estuviesen abiertas. Pero pronto el mimetismo y no la afición me llevaron a los estudios de Derecho, que he cursado hasta el fin con desorden y sin prove-

cho, privándome con ello de una experiencia universitaria verdaderamente seria. Me encontré en El Escorial —para cinco años de mi vida, 1928 a 1933—, a falta de esa vida propiamente universitaria, con una cierta vida literaria que debía irme, pendularmente, orientando y desorientando en mi formación caprichosa. Rechacé a los clásicos que me fueron dados a conocer y que me abrumaban, entre otras cosas, porque no era yo capaz de entender la verdadera belleza formal en la poesía y me atuve, primero a los posrománticos y modernistas más teatrales, y luego —con deslumbramiento entusiasta— a los «grandes» del 98 y los popularistas de después. Sólo la segunda edición de la Antología de Gerardo Diego me impulsó a completar mi conocimiento de los contemporáneos, y esto en tiempo —1933, viviendo ya en Segovia— en que por las vías más fáciles, populares o exquisitas (Romancero, Lope, San Juan), comenzaba yo torpemente a descifrar a los renacentistas. En todo este tiempo mi poesía discurre junto a mi vida sin arte ni esfuerzo, sin deliberación y con gran recato, que casi es secreto si se exceptúa la publicidad impresa en una revista universitaria. Así por mucho tiempo, en el cual mi poesía para satisfacer una necesidad interna pasa por la sombra de Rubén Darío (juvenilmente mal entendido), que no impide mi relativa sequedad, y por las más vivas e impulsadoras de Juan Ramón, Machado, y —muy accidentalmente— el cancionerismo de Lorca y Alberti. El último libro del que tengo conciencia de haberme influido sabiéndolo yo —en instantes ya vecinos a mi primera perplejidad literaria— es *La voz a ti debida* de Salinas.

Llega de este modo el año 1934, cuando una pequeña enfermedad de larga convalecencia me enfrenta con los restos salvados de toda mi producción anterior y me encuentra indeciso entre quemarlos o salvarlos. No tengo hasta este punto la menor conciencia —sí intuición—, vocación literaria, ni pienso aún profesar —como ocupación primera— en la poesía. A todo esto ha sucedido que mi retraimiento y recato poéticos de El Escorial se han cambiado por una publicidad (de ámbito aún provinciano) en Segovia, con la consiguiente secuela de estímulos, pequeña popularidad, etc., amén de nuevos y decisivos contactos con ciertos ambientes más refinados, exigentes y alentadores de la vida social y literaria de Madrid. Decido romper con mi obra anterior, pero recogiéndola en un libro, y adquiero la conciencia de que llega para mí un cambio de cuya dirección intelectual no tengo ni sospecha. Son circunstancias enteramente vitales, biográficas y semiexternas, pero sobre todo a-intelectuales,

las que deciden mi próximo rumbo, hacia el verano de 1935, publicado ya el libro *Plural*, del cual siento entonces alguna vergüenza. Entre uno y otro tiempo he escrito —en una primera forma más descuidada e inocente que la que se conoce— mi *Fábula de la doncella y el río*. Tanto me doy cuenta de que ésta es una dirección errónea —insatisfactoria para mi vida espiritual— que dejo este libro arrinconado hasta que una racha de nostalgia me empuja a rehacerlo en el año 1940, instante en que se me inicia una nueva y segunda perplejidad.

El arranque —la inconsciente intención— de que parte mi etapa poética que se inicia en este verano de 1935 es algo que tiene poco que ver con sus resultados. Pero creo hoy saber el porqué. Para mí es aquél el instante en que el adolescente empieza a ser joven; al pasmo sucede la pasión y a la imaginación la avidez. Situemos esto —sobre todo— en el campo de la ansiedad amorosa. Necesito expresar apasionadamente, sinceramente, con abundancia. Mi regreso a los clásicos —a algunos— no me explica nada, ni siquiera mi incurrencia en el endecasílabo y en el soneto. Éstas son las medidas que me pide el alma. Luego serán deliberación y hasta «manera». Pero, por ahora, sólo son necesidad. Téngase presente que mis visitas a Garcilaso y a Quevedo (los dos de quienes más parece que he recibido luz) son muy posteriores y voy a ellas llevado de la mano de los que ya han descubierto el parentesco. La amistad buena, aunque casual, con un poeta —Germán Bleiberg— me influye entonces considerablemente, inclinando mi inaugurada dirección hacia un mayor formalismo, casi preciosista. Otros hombres a los que respeto y que me «descubren» entonces —estoy estudiando en Madrid un curso de periodismo— me inducen a creer que estoy en el mejor camino. Pero ese camino lo recorreré aún mucho tiempo principalmente por inercia, hasta que nuevas peripecias biográficas o circunstancias vitales me hacen sentir nueva repugnancia por una obra que ha sido tomada en consideración, por lo demás, desmedidamente. En este tiempo yo creo estar haciendo una poesía muy calurosa, muy humana. De pronto —cuando yo ya estaba más que insatisfecho— oigo decir que es fría. ¿Es verdad? Sí y no. O sí porque no. Escribo sólo lo que necesito, lo que siento, en pleno arranque de pasión casi siempre. Pero todo nace de mi solo mundo interior. El mundo externo apenas existe y si existe visualmente —*Sonetos a la piedra*— lo idealizo enseguida. Al expresar el mundo interior no lo confío, no lo doy a entender, no lo comunico al sentimiento de los otros. Lo explico, lo desentraño, lo abstraigo, lo ex-

pongo a las inteligencias en un empeño de equivocada claridad. Y el mundo objetivo lo teorizo —quizá ingeniosamente— pero no lo descubro al alma, no lo revelo. Así una poesía escrita al rojo vivo, casi siempre en pleno rapto de facilidad, sin meditación preceptiva alguna, se me aparece luego —impresa y juzgada— como una obra en mármol, culta, formal, conceptista, aburrida.

Insuficiencia de visión externa, insuficiencia de contención y moldeamiento íntimos: de experiencia; sobra de facilidad; tratamiento expresivo demasiado duro y preciosista. Ya lo sé. Pero aún no está en mi mano remediarlo. Ni siquiera me planteo la cuestión.

Entre tanto han sucedido para mí muchas pruebas y trabajos. He ido viviendo y no sin alguna intensidad. El remanso necesario para que una nueva transformación se produzca ha de llegar.

Llega. Está publicado el *Primer libro de amor*, listo y en la imprenta *Sonetos a la piedra*, más el ocasional cuaderno de *Poesía en armas*. Por acumulación de experiencias vitales mi intimidad es otra. Aún queda la crisis típicamente juvenil, de tránsito de la ilusión a la realidad. Crisis dura, dolorosa. Empieza a estar vencida. Es ya la primavera de 1941. Estoy despegado de mi obra anterior. Reflexiono. No tengo guía intelectual fija, ni prejuicio de lo venidero.

Un año en campaña, en vida elemental, peligrosa, entre paisajes nuevos, con mucho tiempo para no hacer nada y la vida —simplificada— en juego. Voy escribiendo en unos cuadernos lo que los ojos y el sentimiento me descubren. Los ojos más abiertos. Yo mismo no conozco el resultado que se va produciendo, sin que yo tenga aún conciencia de él a través de dos libros: *Poesía en armas. Cuadernos de la campaña de Rusia* y *En la soledad del tiempo*. Otras experiencias y en otras soledades. La estepa, Europa. Ronda, la costa mediterránea. Acaso esta poesía última es más esencial y simple; temáticamente más amplia y atenta a la creación; interiormente más refrenada o sedimentada, más honda, expresivamente más clara y desnuda. Pero ¿es aún un fin, o es ya un principio? Tampoco creo en las rupturas radicales.

Ahora, en un alto de varios meses, entregado a otras formas de creación literaria —novela y teatro—, espero la hora de la «necesidad» para empezar. Siempre es empezar. Y lo de atrás es siempre —o aún— un ensayo. Espero con paciencia y sin programa. Pero con deseo. ¿Qué quiero que sea, para mí, mi poesía?

II

¿Qué es, para mí, la poesía?

Como al primer grupo de preguntas he contestado con una narración y ésta era difícil de sujetar a una dimensión moderada, se impone a este segundo grupo de contestaciones una mayor contestación.

Me remito a las primeras líneas de este escrito. ¿Será lo que yo pueda decir la expresión exacta de lo que creo saber? Quede consignada la duda.

La poesía es algo abstractamente definible. Pero no existe apreciablemente, sino en tanto el poeta la hace. Potencia u obra es cosa del hombre y, para mí, inexorablemente, no sólo de su intelecto sino de su vida entera. Es la bella revelación de la vida entera o de aspectos de ella condensada en la experiencia del poeta; recreada por su imaginación, dotada por su espíritu de nueva inteligencia y por su arte expresivo de nueva realidad.

Ante todo hay la poesía en grande, en absoluto, dominada en el tiempo por contados mortales. Para ella no sirven los distingos preceptivos de épica, lírica, didáctica, etc. Los asume todos. La obra poética es entonces obra de creación total, pero no de creación arbitraria, sino de la creación misma del mundo, la naturaleza y los seres reflejados primero en la conciencia y hasta en la inconsciencia del genio y vertidos, de nuevo, desde su generoso abismo, teñidos de una nueva luz, acrecentados, más verdaderos. La inteligencia del poeta nos acerca a la verdad por este camino de la recreación bella de las cosas que nunca será el limitadísimo de la razón, de la lógica.

Descubrimiento inefable de la verdad, y más de la verdad humana, del hombre; buceo en el misterio para extraer la luz que da realidad y ultrarrealidad a las cosas; eso es, ante todo, la poesía. Tanto si puede, creadoramente, con el todo como si se limita a los fragmentos. Por eso la obra de todo poeta, sepa o no lograrla, quiera o no proponérsela, es la elaboración de un poema único, tanto más difícil de recomponer cuanto menos deliberadamente lo haya, el poeta, perseguido y cuanto más fárrago ocasional haya añadido a su obra «necesaria».

Una poesía confidencial y de sentimientos puede llegar a eso cuando es poesía —reflejo del mundo en el alma individual, iluminado por el anhelo de la forma única llamada verdad—, y lo mismo puede llegar a serlo una poesía de abstracciones me-

tafóricas y una temporal y narrativa, y otra inconsciente o subconsciente, hecha de reminiscencias y barruntos, tanteos, sospechas y sobresaltos.

Yo no prefiero este camino o el otro. Fruto de la inteligencia —incluidos corazón e instintos— que busca la verdad oscureciéndose para recibirla o aclarándose para conquistarla a través de la vigilia o el ensueño. Prisma de belleza que hace cabrillear sobre los seres el resol de una patria de la que todos somos desterrados y a la que todos somos aspirantes. Esa patria en la que el tiempo es sólo una mirada y la belleza un todo que explicará el «qué» de cada cosa. Algo que explora la naturaleza y la hace rezumar jugo de Dios y quiere a Dios y lo adivina.

Añadiré que, como el método de poesía es método de belleza, dudo que la plena realización poética pueda conseguirse sin el lujo de la forma. Y como su instrumento ha de ser la precisión, es inseparable de la creación poética la creación idiomática —vivificar los significados, dar su único nombre a las cosas—. Prefiero por lo tanto una poesía de expresión rica, con la belleza verbal en su máximo de magia y limitación, con la disciplina y las sugestiones de la rima y el ritmo, componiendo unidad de figura.

•

Prefiero —de acuerdo con mis puntos de vista y aun a veces contra ellos— demasiados poetas para intentar una lista de preferencias singulares. Todos los grandes creadores totales —el Dante a la cabeza—, naturalmente. Pero, tras ellos, prefiero los poetas más próximos en el tiempo, aquello de los que vive no solamente su obra, sino la vida de donde la tomaron.

En esta época —Edad Contemporánea— que aún o todavía sentimos vivir, y en cuyo centón Goethe, olímpico, se yergue como un dios, la poesía se ha reducido a poesía lírica y generalmente fragmentaria. Pero aun con esta limitación, me parece que el romanticismo —en el cual creo que aún estamos viviendo y en el que por lo tanto incluyo los movimientos más modernos— ha sido para la humanidad la era más intensa y profunda de la poesía, en multiplicación de temas, en profundidad de límites, en liberación de formas. ¿Surgirá aún el genio capaz de resumir tantas revelaciones particulares en el poema grande y total recreador de un mundo que ya no es el de Homero ni el de Dante ni aun el de Goethe?

¿Está, como dicen, decayendo universalmente la lírica? Baste la enunciación de esa pendiente tarea para dudarlo. Me atengo a la respuesta becqueriana: «Podrá no haber poetas», pero «mientras haya un misterio para el hombre, habrá poesía». Y creo más, creo en una próxima y segura preeminencia de poesía y religión, sobre ciencias y filosofía, cuando decline el nuevo —y en algún aspecto deseable— sarampión de progresismo utilitario que se nos avecina.

En nuestros días y en España, como casi siempre, el movimiento de creación poética ocupa, en calidad, un espacio mucho mayor que el de cualquier otra tarea de inteligencia, con todas las limitaciones de nuestro incesante tributarismo, pero con brillantez. A falta, eso sí, del nuevo Rubén, del nuevo forzador de caminos que le depare uno franco y decidido que ni el creacionismo ingenioso, ni el purismo intelectual y reconcentrado, ni el popularismo metafórico, ni el surrealismo tan indefinido, le han abierto hasta ahora.

●

Si he de concretar los tributos que debo, por mi afición, a otros poetas […], confieso que mi conciencia es muy confusa en este aspecto. Los poetas extraños que conozco a través de versiones insuficientes no han podido actuar sobre mí más que por vía ideológica, no por contagio vivo. Lo más que deba he de debérselo necesariamente a los nuestros. A los renacentistas, con deberles formalmente mucho, no me siento próximo. Hay siempre en su obra algo de convencional e innecesario que pone entre mi sensibilidad y sus poemas más puros una barrera infranqueable. Por otra parte, nunca he pretendido levantar la bandera de un «neorrenacimiento» que de ningún modo sería mi ideal estético. Mi inmersión ocasional en esta onda ya ha quedado explicada. Debo más, como todos los poetas jóvenes, a los fundadores de la poesía moderna española. A Bécquer y Rubén Darío y, sobre todo, a Juan Ramón (admirado sobre todos), a Unamuno (admirado y preferido) y a Antonio Machado (admirado, preferido y amado singularmente). De ellos acá, sólo creo deber direcciones o sugestiones a mis más rigurosos contemporáneos a excepción —en los aspectos de su maestría formal— de Gerardo Diego. Con el grupo que me siento menos relacionado es con el surrealista, renovado hoy por algunos de los más jóvenes. Creo que

toda tendencia que opera con la oscuridad y los elementos incognoscibles trae consigo el peligro de la superchería o la banalidad. No renuncio a una operación que convierta lo más misterioso en mina de luz mediante la transparencia, pero eso es otra cosa.

Si se me pregunta a qué poetas sigo hoy más esperanzadamente atento, diré que al grupo Rosales, Vivanco, Panero, y sobre todo a este último, en quien veo fundirse lo mejor de la tradición lírica española como en un precioso crisol, lleno de vida y de matices.

III

¿Qué creo, qué quiero yo de mi propia poesía?

Pongámoslo todo en futuro. La realizada ahí está, sin la compañía de mi satisfacción, pero amorosamente contemplada.

La poesía es la vida del poeta. Me deseo ante todo unos ojos muy abiertos con luz de caridad para absorber el mundo que me ha correspondido. No en contemplación sino en actividad, en experiencia. Calma, después, para concebirlo y recrearlo. Y un método expresivo de transparencia y sencillez por el que las cosas broten con su único nombre, con todas sus significaciones y su única significación. Y si Dios me ha dado un poema que hacer, hacerlo de una vez con frenos de paciencia, o en muchas veces, con espuelas de urgencia de la necesidad. Pero de cara siempre a la sustancia de verdad eterna que palpita en un propio tiempo, en su realidad. Y que el poema y la vida sean fieles a Dios.

[*Entregas de Poesía*, núm. 9, septiembre de 1944]

PRIVILEGIOS DE UN POETA JOVEN

Justificación de los poemas.

Hasta el «Canto secreto» los poemas proceden de *Primer libro de amor*, aparecido en 1939, excepto el segundo («Deja que el corazón…»), que tomo de *Poesía en armas* (1940), y el dedicado a Gonzalo Torrente Ballester, que procede de *Sonetos a la piedra* (1943). Los copio de la edición que dispuso Ridruejo en la antología de Castalia ya mencionada, de 1976, y en ningún caso hay variaciones significativas de los textos con respecto a las primeras ediciones. Los siguientes poemas proceden de la edición de Manuel Penella, también en Castalia, de *Cuadernos de Rusia. En la soledad del tiempo. Cancionero en Ronda. Elegías*, y abarcan los años de la División Azul, su confinamiento en Ronda, es decir, 1941-1943, a excepción del último, escrito en Llavaneras en 1944 y titulado entonces «Canto en el umbral de la madurez». El texto de enero de 1945 en *Entregas de poesía* eliminaba el verso «y como piedra oculta va haciéndote en un ser indestructible», muy probablemente por errata.

J. G.

SÚBITAMENTE [1934]

El primer día de abril
venía a salvar la tierra:
su encendido verde,
su sólido azul.

Donde había arena puso
sol y donde musgo flores

y en la leña retorcida
de los árboles dejaba
su dolor fragante y lleno
con la prisa de las hojas.
Todo estaba bien y estaba
pendiente —lleno y futuro—
esperándose en la carne
de tu inminencia. Y llegaste.

Tu cuerpo ceñido, tenso,
casi doliendo en su límite
de piel de oro; tus ojos
brillando humedad dormida
con violetas al fondo;
tus senos vivos, manuales,
aún más en flor que desnudos
en su sobrepiel de seda;
tu pelo de arena suave
y mojada derramándose
con aire, hacia atrás; tu paso
esbeltamente indolente
de dolorosa cintura;
tu carnal silencio. Y todo
—cesó la tierra, no había
más que espacio y soledad—
primaverándose en ti
otra vez con más ardor.

Sólo el agua de la fuente
era tiempo y mansedumbre
que manaba del olvido.

Deja que el corazón vuelva a su historia [1936]
y recuente la sangre su campaña
por esta larga soledad de España
poblada del honor de su victoria.

Déjame oír el sueño de la gloria
no en el clamor de luz que la acompaña,
sino en la fría y dolorosa entraña
que rige la pasión con la memoria.

Déjame alzar los rostros, en la aurora,
de la tronchada mocedad que excede,
innumerable, a su solar sediento,

y plantar su presencia cumplidora
donde la muerte sus jardines cede
al filo del airado vencimiento.

El silencio del campo se ha vestido [1938]
de tu carne, hoy estatua del reposo;
todas mis soledades se han vertido
en tu poblada claridad sin poso.

El agua que en tus manos ha dormido
fue ayer metal en yunque clamoroso
y el corazón que pulsa tu latido
era el eje del mundo sin reposo.

Ahora ya tiene el olmo su ribera,
y sin turbar la calma sobre el llano
tiene prisa de flor la primavera.

Te nace el mundo virginal, humano,
y todos los tormentos de la espera
se alegran bajo el peso de tu mano.

[1938-1939]

A LA ESPADAÑA DE PIEDRA SIN CAMPANA

A Gonzalo Torrente Ballester

¿Qué intimidades de la luz espera
el cielo que encastillas y que domas,
qué anunciación en alas, en aromas,
qué revelada faz alta y severa?

Despojada del bronce y la madera,
viuda del tiempo y de la voz, asomas
aire campal, volteo de palomas,
a la nostalgia de la primavera.

Coronas el silencio, ansia del muro,
colmo de piedra y ceguedad luciente,
yugo del alba y de la tarde airoso.

Y, consagrando el esplendor más puro,
custodia cenital, alzas la frente
con la del sol uncido y poderoso.

POR TELÉFONO [1938-1939]

En un hilo la vida, por un hilo,
al hilo de tu voz encadenada
mientras es hermosura imaginada
aquel lejano respirar tranquilo.

El calambre sonoro en el sigilo
adelgaza mi sangre a tu llamada
y traman mis sentidos tu morada
en el pequeño abismo que vigilo.

Qué duelo alma con alma, sin defensa,
sin beso para el labio, sin aliento,
sin ojos que prefieran el encanto.

Con la tiniebla de la voz inmensa
que en tu débil tembIor cierra sediento
el mundo sin crear que te adelanto.

No quiero tu dolor ni me rebelo, [1940]
no quiero tiempo si tu voz me deja,
guardo tu plenitud sin una queja,
tu medida de amor sin un consuelo.

De la sangrienta rosa, oscuro duelo
de la carne habitable que se aleja,
hago piedra de luz; y te refleja
construyendo tu instante como el hielo.
El corazón no cantará vencido

la sangrienta agonía. Renunciada,
ya no canta esperanza ni usa olvido.

Canta la soledad enamorado
donde queda invariable y detenido
tu puro resplandor contra la nada.

[1941]

CANTO SECRETO

A veces me florece un tiempo nuevo,
un ala matinal sobre la frente,
una esperanza candorosa y fértil
que me aclara y rehace.

Quiero entonces soñar, junto al peligro,
una vida infantil, alta y ligera,
fundada, mía, libre y voluntaria,
que no herede mi peso.

Un tiempo que no yerre su camino
presentido por una adolescencia
al tiempo soñadora y precavida,
anhelosa y certera.

¿Otra vez empezar? Dulce es la tierra.
¿Quién quiso ahorrarse la promesa vana,
a la luz ciega ya, entenebrecida
del humano escarmiento?
Otra vez empezar, seguir naciendo.
Otra vez manantial, no curso henchido.

Otra vez eligiendo la ribera
y las flores amadas.

Pero soy porvenir de mi costumbre,
inacabado afán, irrefrenable
suceder de las cosas, de los sueños
que son raíces y que esperan ramas.

¿Y cómo desasir el alma, el tiempo
que salta por mis venas, de su lecho?
¿Cómo apartar los ojos de los ojos
que tienen mi figura?

¿Cómo olvidar el verso, la caricia,
la página iniciada, los paisajes
nativos, cultivados, preferidos,
mi propia voz acaso?

Vano nacer será si es en mí mismo
que soy de mí y seré de quien he sido.
Ay, como todas, vana adolescencia
que se consume en la melancolía.

¿Y morir? Sueño, afán: morir al tiempo
y descubrir el prado de la gloria
donde las alas vibran detenidas
y todo es siempre y todo.

No sé qué afán, al borde del peligro,
no sé qué afán de lluvia cristalina,
de sol sin fiebre, me arrebata y lleva
pasando el pensamiento.

Pereza de mi ser, incierto vuelo,
cadenas dulcemente conocidas
de amor rendido y esperanza vana
que me juntan las horas porque existo.

Que al fin, si todo en ti se me rebela,
todo en ti se me encalma —¡oh, mi presente!—
y es también tuya esta amenaza pura
que es de la muerte o de la primavera.

[1941]

CONFESIÓN

¿Por qué, Señor, me siento tan densamente vivo,
tan placentero y fuerte, sobre la breve tierra,
cuando esgrime la muerte su presencia de hierro
detrás del inminente rumor de la batalla?

Esta inmortal conciencia que me habita sin duda
es igual que el presente y los cinco sentidos
tejen su mismo gozo de eternidad soñada,
toda de tierra y tiempo, toda imagen y pulso.

Un transcurso de flores secuestra mi esperanza;
no son eternas rosas de tan frágil encanto,
ni aquel mirar que inclina las horas de la ausencia,
ni esta fe soleada que me canta en los ojos.
Señor, creo en tu sueño que despierta a la vida,
a la vida absoluta ya desierta y sin curso.
¿Por qué no abrasa el hambre de su luz poderosa
como ahora la sangre, mi loca certidumbre?

Miro, Señor, la tarde incendiada de oro:
nada despide al alma, y aunque todo está lejos,
siento cómo el ensueño posee sus paisajes
y cobra las caricias del regreso fingido.

Tu voz también es dulce y el alma confiada,
bendiciente, se deja reposar en tus manos.
Señor, corta es el ansia, no son alas mis bienes;
¡oh Dueño de mi vida, despiértame en el alba!

Mi tiempo está entre este fragor breve, [1941]
y el que ahora va a sonar, bajo y abierto,
en esta trayectoria que gime por el espacio
y arrastra tensamente la sangre del corazón.

Mi tiempo está entre aquella penumbra que acecha
agitando, aún indecisas, las olas del asalto
y esta tierra mortal que sostiene mis plantas
y edifica en mi carne la terca solidez de la defensa.

No me digáis que antes hubo caminos, ciudades y miradas;
no me digáis que luego hay abiertas promesas como amorosos brazos;
necesito de esta neta soledad de mi presente
para ser esta sola roca llena de claridad que vigila y amenaza.

Mi pulso es todo y solamente este latido de metal centelleante
obediente y exterminador en el imperio de mis manos;
mi alma es la apretada confianza que descansa en su dueño
y mi vida de mármol en tormenta un raudo crepitar que no sucede.

Después, cuando el silencio derribe mi estatura,
y recuerdo y presagio me devuelvan abiertas sus alas,
sabré, por un júbilo dolorido de frágil plenitud, dócil y humano,
en mi melancolía y en mi sueño,
cómo la eternidad hace ahora su nido entre las ramas de mis venas.

[1942]

EL VOLCHOW

DE NOWGOROD AL ILMEN

(Febrero-abril 1942)

ENTRE LA NIEVE

Sólo la luz inmóvil
y el corazón en medio.
El resplandor consume
las heces del misterio.
La conciencia de tierra
se desprende del cuerpo
y el alma es este solo
blanquísimo universo
de ancho fuego aterido
y sobremundo yerto.
Sólo la luz inmóvil
y el corazón en medio,
última brasa humana
que defiende su sueño.
¿Quién arma en su dulzura
el mortal sentimiento?
Los ojos deslumbrados
regresan a su centro

y, entonces, mayo verde,
torres doradas, vientos
con aromas de sierras,
labios de mi consuelo,
repueblan y derriten
el castillo de hielo.

Oh, terco de tu vida,
de tu tierra y tu vuelo.
¿Quién te alegra y anima
en este campo muerto,
muerto y resucitado,
sin júbilo y sin duelo?

De sencilla alegría
el amor va vistiendo
esta tierra nevada
lejos de ti, tan lejos…

Verde, amarilla, gris, blanca en la altura, [1942]
la vasta sierra hacia la luz descansa
como una ola quieta
en su espuma más brava.
Me detengo en el valle. Con raíces
entre la hierba se me queda el alma:
pasa a mis pies un agua, un sobresalto,
encadenando al tiempo mis entrañas.
Crecen las flores. Dormiré un momento.
Árboles son el cielo; ya me ampara
la tierra y va la muerte con la brisa

vigilando la altura de las plantas.
Despertaré. Despertaré. Por fuera
de los pinares sube la montaña
verde, amarilla, gris, blanca en la cumbre,
eternamente enaltecida y mansa.

[1942] (El Paular)

Sentirse así en la tarde
por entre las montañas de un violeta oscuro
asumiendo en el alma la potencia
serena de la roca,
la holgura de las hondas lejanías,
la sencillez labrada de las tierras
y la ternura leve de las flores.
Sentirse así en la tarde
derramado en las cosas
cuando se dejan poseer y yacen
como por una brisa bajo el alma.
Y sentir cómo sube su sentido
—la vocación de eternidad más clara
palpitando su muerte hacia la vida—
hacia mi corazón que las despierta,
hacia la frente que las va pensando,
tomando inteligencia y sentimiento
en el castillo de mi fantasía.
Sentirse así en la tarde
en todo y todo en mí, serenamente,

y sentirse distinto,
y sentirse también necesitado
de que unos ojos hondos, infinitos,
desentrañen la vida de mi sueño.
Sentirse así en la tarde.

COMPAÑÍA DE LA MUERTE [1942]

1

¿Puede morir lo que he visto
morir y se me recrea?
Lo que me hizo en los días
recordando lo que espera
es como luz derramada
que busca el sol y lo piensa.

2

Con tiempo hago el camino
que va hacia la belleza,
cadena de miradas
que apuran la sospecha
en un fragmento solo,
en un recuerdo apenas.
En su marcha los vivos
retiran a los muertos y ella espera
llenando el reino donde espera unida,
a que sazone toda la cosecha.

3

¿Se hará contigo lo mismo
que hiciste: Resucitar
de la muerte a la memoria
y para siempre jamás?

4

Imaginé mi muerte y allí estaba
un vivísimo yo que me miraba.

5

Mira lo que no comprendes,
el mar, la tarde y la rosa,
renaciendo a su hermosura
en la paz de tu memoria.
La muerte va enriqueciendo
tu corazón forma a forma
e instante a instante; algún día
se saciará su redoma
y la Eternidad
será el colmo de aquella hora.

[1942]

ATARDECER

Regreso al corazón cuando estoy solo
y está la luz morada sobre el campo y el sueño.
Regreso al corazón. ¿Por qué, en la tarde,
esta alegría indócil de porvenir tan fresco?
Languidecen las cosas,

los montes van al cielo,
la serranía es toda
niebla, congoja y miedo,
y el corazón se obstina desvelado
en su mañana de radiante fuego
mientras es la memoria retirada
como un lecho de rosas en misterio.

UMBRAL DE LA MADUREZ [1944]

(ELEGÍA DESPUÉS DE LOS TREINTA AÑOS)

Recuerda, camarada, aquellos días que nos están envejeciendo,
aquellos que han anticipado nuestra desalentada prudencia.
No llores, no maldigas, no te vuelvas airado contra tu corazón.
No era ciertamente la vida lo que se te ha escapado de las manos
como el agua, como el aire o como el fuego
dejándote en cenizas.
Era menos y más que la vida
era el resol de eternidad que sólo al joven le es dado entrever,
porque sólo él sabe que el tiempo es corto y el espacio pobre
cuando su corazón ha creado otro reino distinto.
Lo sabe y lo propone negándose a la vida,
viviendo en su morada de espejos y creando
con barro de la nada el cosmos de una sospecha que ignora.
Porque el joven todavía no es hombre,
todavía late unido a la milagrosa placenta,
todavía es un dios, pero un dios desterrado
que sigue soñando y con su sueño maravilla al destierro.

No llores, no maldigas; recuerda simplemente.
Puesto que ya eres hombre compórtate como hombre
y recuenta los hechos ligándote a tu vida.
Recuerda aquellos días: morir era tan bello
como vivir:
vida y muerte eran fuente de glorias semejantes.
Recuérdalo; era cierto:
los verbos te servían como caballos de combate,
los adjetivos no llegaban a teñir del color verdadero tus cimeras
y los nombres eran puros clarines
sin dependencia de los objetos.
Recuérdalo: creabas; tu voz iba a las aguas extendidas
y emergían alegres continentes impacientes de ser
o se abrían caminos para que los cruzase el pueblo de Dios.
Y tú ibas con el pueblo llevando tu bandera,
pero ninguna compañía alcanzaba a turbarte,
porque todas las almas estaban en la tuya.
Recuerda solamente:
tus sentidos eran como celdillas de colmena;
cada sabor y cada luz, cada sonido,
cada dureza o extensión y cada aroma
hallaban aposento a su medida
y el todo era un puro embeleso geométrico
que destilaba miel hacia tu corazón.
Había, sí, dolor punzante e ira sagrada
y también confusión, perplejidad y horror,
pero eran como pasmos que injertaban misterio
y espuelas que incitaban el salto a una potencia perseverante.
¡Qué maleables eran la riqueza y el lujo!
¡Qué dóciles el hambre, el amor y el poder!
Un orden levantaba su castillo
y tu fiereza generosa

apaleaba a la humanidad para llevarla a su cercado.
¡Oh castillos del aire!
Luchabas, sí, luchabas.
Recuerda solamente.

Era todo verdad. El amor era aquello:
la ansiedad fundidora de la única belleza.
¡La patria! Sí, la patria
no eran estos millones de rudos desacuerdos forjándose la vida,
sino el cetro surgido en el puño radiante,
la espada justiciera, vencedora, infalible.
El mundo era un empeño que tenía su forma
no del todo acabada ni evidente
poniendo a lo perfecto la sal de lo futuro.
La guerra era una luz flamante e imperiosa,
una excelsa bandera que libraba de hedor a los muertos.
La vida, en fin, la vida…
No, no andabas en sueños por campos y por plazas.
Pero recuerda solamente.

Cuando tu adolescencia contenida te sacaba a los prados
era bastante el álamo para seguir viviendo,
el álamo en el cielo, entre torre y fantasma,
del todo semejante al talle más querido.
Porque era y lucía y solamente era.
Ahora, en cambio, distingues de las hojas del álamo
las del chopo y las briznas de romero
de las de los cipreses que limitan tu huerta
llena, llena de frutos y de diversidades.
Antes, desde su idea bajabas a las cosas;
ahora vagas por entre aquellas cosas que existen, que te llevan,
que te piden un nombre singular y preciso.

Todo es ya piedra a piedra, poso a poso y despacio.
El desencanto es diáfano, la humildad es tu curso.
El tiempo de la paz y de los goces, pero no de los mitos.
Mas espera: dentro del pecho el grano hará granero.
Te ayudará tu Dios. Tú habrás pasado,
pero tu juventud no habrá sido un ensueño,
porque la muerte es joven.

La vida es, camarada…
Pero ahora recuerda, solamente recuerda.
Sea tu compasión sin llanto y sin reproche,
y sea, sobre todo, sin magisterio vano.
No clames tu experiencia.
Es tiempo de silencio y destreza piadosa.
Sobre todo no quieras escarmentar ahora
al que viene detrás y va por su camino.
¡Oh!, no enseñes al joven;
no le digas mostrando tu pequeña impotencia:
«Mirad, jóvenes, ésta, la verdad de la vida».
Que no sepan por ti… Pero no sabrán nada;
sus ojos no te ven, sus oídos no escuchan.
Míralos como llegan aureolados, puros:
aquel que se dispone como tú en otro tiempo
a vestir castamente la armadura,
y aquel que viene envuelto
en un manto de nieblas melancólicas, chispeando sus ojos,
y aquel que se ha vestido las mallas delicadas del placer sin cautela.
Ellos sabrán por sí y a costa de su sangre.
Que transiten sin huella su pavimento de diamante virgen,
que impongan el esquife de oro a las ondas bravías,
que no emplome sus alas la prudencia ni el desengaño.
No ahorres dolor al que aún es omnipotente.

Tú sigue tu camino, construyendo,
hora a hora, brote a brote, grano a grano, alma a alma,
el penoso edificio de tus realidades.
Cree, espera y recuerda,
recuerda solamente, porque el recuerdo es claro,
y como piedra oculta va haciéndote en un ser indestructible.
Y si has de llorar vertiendo las cenizas de tu sangre
sobre las cenizas del empeño maltrecho y remoto
busca la soledad y ríndete en silencio.
Clama a tu corazón de rodillas: ¡Dios mío!

ELEGÍA ANTE LA MAR [1945]

Estoy sentado ante los hondos llanos
de las aguas del mar. Detrás la tierra
fatigada de muertos y derrotas
aleja mansamente sus escombros.
Por encima de todo, primavera
hace huir a sus cielos
hacia sí mismos, tersos, remontados.
El rumor de los árboles palpita
en el son de las olas quedamente
y discurre una brisa con pájaros en celo.
No se sienten las horas y es lo mismo
la placidez que la melancolía.
¿Qué abandono, o qué aguardo
tan sorda y levemente, tan sin prisa?
¿Por qué he llamado «un mundo»

al creador empeño de los hombres
que no quieren pasar como las ondas?
La creación de Dios vuelve a los ojos.
Un mundo no se rompe puramente
como un fanal de vidrio.
Pero hay sueños de mundos que se pudren
poco a poco y que claman y resisten,
y que engendran y matan.
Hay mundos que agonizan con fuego y con raíces,
se adentran por las almas y las van ensanchando
o las van destruyendo
con resplandor sublime de ilusiones
junto a hogueras de angustia.
Y, al fin, cuando aquel otro,
el impasible mundo, se ha desencadenado,
quedan rotos, desiertos y en cenizas
ante el sueño del mar.

Sentado ante la mar estoy, cansado;
un muerto mío ante la mar descansa.
Y, sin embargo, vivo como viven las flores
en la pujanza de la primavera.
Cargado estoy de torres heridas para siempre,
de bosques extirpados, de ciudades deshechas,
de ritos y costumbres para siempre abolidos,
de sueños para siempre trocados en quimeras,
de sombras de palabras.
Y, sin embargo, sigue mi sangre por mis venas
tan confiada y pura como recién nacida.

Resuella el mar, el ruido
que nunca liberó su enigma en la palabra.

Cabrillea, vigila
el sueño que jamás se abrió por unos ojos.
Se extiende proponiendo el todo de la nada
y se abisma viviente —¡tan viviente!—
nutriendo con entrañas un misterioso cosmos:
los viscosos jardines, los yertos animales
que habitan una sangre verdadera,
una sangre sin piel, estancada, sin venas,
una terrible vida sin figura.
Resuella, con el ritmo de los astros,
pero lejos del tiempo.
Late, como en las manos del Creador, paciente,
en el bosquejo informe de un planeta futuro.
Y sonríe, sonríe —¡oh, desde un infinito!—,
desde antes y después, desde un terrible siempre.
Sonríe y con la brisa su sonrisa discurre
aventando la vana semilla de los siglos.
Sonríe, una sonrisa hasta el fondo del alma,
y deja discurrir los pobres pensamientos
sobre el oro pesado del sol de mediodía
lo mismo que las aves emigrantes que pasan.

¿Cada hombre, Señor, ha de llorar su mundo?
¿Cada hombre ha de crear al mundo, de sus ruinas?
¿Cada hombre ha de olvidar y soñar nuevamente?
Cargado estoy de escombros…
Me engañaron
las rosas lentamente conseguidas
miniando la paciencia de los siglos
con su final esencia.
Me engañaba la paz de las campanas
al caer de la tarde, sobre la parva de oro,

cuando pasa el Arcángel y la oración lo sigue.
Me engañaron la espada y el palacio,
diente y vasija de perpetua sangre,
de cuerpo en cuerpo, de alma en alma, fieles.
Me engañaba la piedra labrando con reposo
para ley de los siglos la figura de un templo.
Y la obra brotando completa de las manos
del artífice humilde como una flor del alma.
Y me engañó el tejido de honor y de justicia
en que vi flamear a las banderas.
Y hasta tú me engañaste, espíritu del hombre,
rasgando las entrañas donde está la belleza,
emproando a la estrella de la verdad el vuelo
y empuñando la tierra como un ramo de lirios.
Cargado estoy de escombros.
¡Ay!, la herencia quebrada antes del nacimiento.

Los días se me juntan y las tierras,
y como en un gran lecho se duermen en las olas,
se derraman, se funden, olvidan y desnacen
para dejar la sola placidez arrobada
como un barco sin velas,
la sola soledad y la melancolía
como un velamen mustio en el marasmo.
Así el dolor se agosta en el consuelo.
Así la dicha, con la paz, se allana.
El mar, el mar respira
y el ser va renaciendo del fondo de los fondos
fresco, inocente, invulnerable, ajeno,
y se pone a cantar, a cantar puramente.

Pero la tierra sabe…

Cargado estoy de escombros.
¿Cada hombre, Señor, ha de volverse?
¿Ha de volver atrás del sueño y del olvido?
Me engañó la gran voz de los hombres creando,
naciendo libertad; la gran voz del conjuro,
la que subía alcázares hacia el confín del aire.
Me engañaban los actos nacientes y orgullosos:
las máquinas librando el vigor de las minas;
ejércitos, escuadras, ordenando la furia,
domando la divina tempestad en el polvo;
los ojos del saber voltaicos y sutiles
penetrando en la brizna o en el estro;
la voluntad tramando sus reinos absolutos.
Me engañaba el gigante, el molino, la idea,
la fuerza de razón y sangre segadora,
aventadora y molinera, hambrienta
del nuevo pan del mundo confiado a sus manos
tras el abatimiento de las mieses.
El sabio, el redentor, el césar me engañaron
igual que el artesano, el poeta y el rey:
el crepúsculo igual que la aurora o el rayo.
Hombre soy, polvo eres. Cargado estoy de escombros.
¡Ay!, promesa del hombre, al nacer derrotada.

Sentado ante la mar.
La tierra olvida,
muele sus estaciones, se perfuma, se agosta,
se disfraza de nieve por nacer, se apasiona,
vuelve a andar, a volar, a reír, a soñarse.
Sentado ante la mar, la nueva mar del día
que se encrespa y agita para bramarle al cielo:
«Aquí estoy, aquí estoy, con vida y esperanza».

La llana mar sumisa que ofrece y persevera,
que sonríe y sonríe porque empieza la vida.
¡Oh! siempre mar primera y siempre tentadora.
Dormida y susurrando se ofrece a la mirada:
«Todo será, será: soñad los continentes,
las purísimas vidas, los virginales goces
que acuno y alimento yo, madre del mañana,
que es también el ayer y late en el instante
del hoy que eternamente os acaricia y sufre».
Sentado ante la mar: la soledad del hombre
cuando las mismas ruinas comienzan a aventarse
y los muertos han muerto; porque la mar devora,
anonada, eterniza,
aislando al alma, al alma que solamente vive.

Vivir; cosa tan pura, cruel y suficiente.
Cuántas vidas que fuimos acaso en la esperanza
van a la mar vencidas.
Ciudades y costumbres, remembranzas y credos,
palabras que tuvieron esqueleto y enjundia:
Europa, ese gran eco de nuestra fe pensada
que suena y que resuena hasta llenar los cielos.
Todo va hacia la mar y la tierra se allana,
como la mar, también, desnuda en un presente,
desnuda en la dudosa existencia: una duda
que se siente vivir y ser sin escarmiento.

Y el hombre solo. ¿Solo?
En duda la soberbia creación de los hombres,
la creación de Dios lo acoge imperturbable,
pura, sencillamente, como al yerto gusano,
como a la noble estrella, como al árbol y al potro,

y quizá como al Ángel silencioso y amigo.
La atónita niñez se yergue en la caída.
Sentado ante la mar, recién nacido, alegre,
se enyuga en el amor que amansa una costumbre
y recoge y derrama la vida en un secreto.
Solo y par, con el vago sabor del Paraíso,
ante el dolor del parto, la fatiga del surco
y el hambre dolorosa de Dios en la memoria.
Sentado, entre el halago de la brisa
y el fuego de las flores,
ante la mar que llanamente espera
la palabra que nunca los siglos aprendieron
y alguien vendrá a decirme al oído, una noche.

ARTÍCULOS DE BATALLA

JUVENTUD QUE NO PUEDE PACTAR [1937]

La indignidad tremenda de la vida española, su terrible agonía tuvo un colmo. Y en este colmo se abre a la luz nuestra generación —de los veinte, de los treinta años—. Las otras generaciones habían alicortado su ardor —el de cuando fueron jóvenes— porque aún entonces se podía vivir a la sombra de un simulacro de orden, de una apariencia de institución. Nuestra generación no salió a la calle, nació en la calle. Se encontró sin hogar, sin patria y sin misión.

Las generaciones anteriores fueron —aunque no lo parezca— conservadoras porque aún tenían qué conservar. La nuestra no tenía nada que perder. Esto de no tener nada que perder había sido frecuentemente para los que todo lo habían perdido un medio de disculpa. Pero esta juventud no podía entregarse a tal vileza. Nacida —sin culpa— en una trágica situación de desarraigo, sin nada que defender, pero con ardor a fuerza de angustia, tuvo que buscar su tierra y su razón de lucha de algún modo y se partió en dos arriesgadas mitades, ambas ardientes, ofensivas, revolucionarias.

De las dos juventudes, una —proletariado de ciudad— se esclavizó bajo unos mitos rencorosos y se desentendió de lo más puro y original de su propia sangre. Se declaró no libre, sino bastarda. Renegó de su herencia —herencia por lejana y por traicionada en los padres, hermosísima—. Hoy se bate del otro lado y no tiene para salvarse otro camino que el de la generosidad de la otra juventud —de la nuestra—, que a última hora la salvará reintegrándola —con dolor, con muerte— a la maternidad común.

La otra vertiente juvenil, la auténtica, la de España, la nuestra —campesinos y estudiantes—, tomó el camino recto: desdeñó el suicidio y el aburguesamiento y —no hay más formas de vida— se hizo milicia y declaró la guerra.

Porque esta juventud se vio a la intemperie es por lo que entendió su destino. Porque tuvo que entenderse con los elementos —tierra, cielo, mar, sangre, pulsos— y hacerse elemental.

Y así —porque los libros de historia que le pusieron en las manos eran torpes y oscuros— necesitó pegar su labio a la fuente —aún clarísima— de lo que de los tiempos nos llegaba con el clamor exigente de dictar el futuro, el destino. Y con valor de futuro supo —es la única manera eficaz y viva— amar su historia y entenderla. Es decir, entender el propio ser original y darle brazos con armas, alas con rumbo, pies sin cansancio.

Y porque se vio sola, desatendida de sus lazos sociales, tuvo que llenarse —para no perecer— de substancias religiosas. Porque el hombre encuentra a Dios —es decir, se hace hombre— irremediablemente cuando lo temporal le aflige y le entristece, se le hace hostil y es bastante valiente para no suicidarse.

Y de descubrir su origen, su destino y su substancia espiritual pasó —generosamente, que para eso era juventud— a desear su verdad para todos por el único medio posible: el de imponerla. Y proclamó como dogma de su lucha el de la unidad, contrario a las mixtificaciones del ambiente. Unidad de destino y de fe; unidad combativa; unidad germinal primero; unidad irremediablemente triunfadora, sobre todas las brechas de su tiempo después.

Y como en su tiempo todo era negación y mala inteligencia se declaró rebelde, libre, sin más lazos que los tolerados por razón de amor.

Y sólo ella supo ver y guiar y morir en ejercicio de efectiva capitanía profética.

Y justamente esta juventud es la que salva a España, en la que se ha encarnado. Pero sólo puede salvarla llegando hasta el final en su línea pura, insolidaria con todo lo ajeno. Hoy que se hablaba de pactos hay que insistir en ello: la juventud —nuestra generación— no ha sido sólo sangre, sino claridad e inteligencia de esto que vemos hoy. Porque sólo ella —que no tenía de qué defenderse— sintió la rabiosa necesidad de ofender. Porque sólo ella conoce —con voluntad— el futuro ya que no tiene vendas de mala continuidad y por eso sólo ella también sabrá resucitar —en un alba poética y ardiente— el pasado eternamente verdadero.

Esta juventud puede admitir consejos —de pocos consejeros—, pero de tal manera se ha educado en el riesgo que no toleraría componendas ni ajenas direcciones, cabezas que no sean militares y altas, yugos que no sean esposos fieles de sus flechas.

Porque esta juventud citada —que renunció al miedo y al fracaso— sólo tiene estos caminos certeros y trágicos: o vencer hasta el fin, con España en las manos, o morir matando con la calentísima pistola de su primera rebelión.

Salamanca, junio.

[*Arriba*, 6 de junio de 1937]

EL GOBIERNO Y EL MOVIMIENTO [1938]

Nunca hubiésemos deseado para España un Estado sin Movimiento, un Estado superpuesto a la Nación, sólo en su estar diario, desentendido de las mudanzas del tiempo y de la variable angustia del hombre.

Un Estado así quedaría, a la larga, retrasado en la marcha del cuerpo social, sobre el que había de operar divorciado de él. Desarraigado. Y un pueblo con un Estado así sentiría pronto, por el camino del desaliento o de la subversión, la necesidad de desentenderse de su Gobierno. Porque, de no hallar las comunidades el cauce ordenado y paternal del Estado para su marcha hacia el destino, es de lo que surgen las revoluciones violentas, ante cuyo anuncio el Estado tiene que sucumbir o convertirse en un inmenso policía, preocupado en todos sus minutos —haciéndose cruel y estéril— de vigilar los gérmenes rebeldes: en suma, la tiranía.

Y porque no podíamos desear aquello es por lo que el júbilo y la esperanza llegan a nuestro ánimo cada vez que entre el Movimiento y el Estado se celebra un episodio nupcial. Como lo fue ayer la constitución del Consejo Nacional (configurado en los Estatutos como órgano orientador y aun definidor de los problemas de la estructura económica y aun de la misma del Estado), y como lo es hoy la formación de un Gobierno Nacional.

Aparte de las ventajas —quizá incluso de orden militar— que trae consigo la existencia de un organismo definitivo de Gobierno, lo importante del hecho es la intención, la forma con que se produce y la mecánica de su actividad que esa forma nos permite prever.

El Movimiento está hoy ya activamente en el Estado. Al dar el Estado participación en sus tareas a algunos hombres de la Falange —especialmente a uno más representativo por su historia—, no trata de convertir el Movimiento en un puro instrumento de gobierno, sino ganar su agilidad, su fuerza, su ímpetu para andar; no trata tampoco de elegir los hombres más seguros, arrebatándoselos al Movimiento, para someterlos al desgaste de las tareas de la gobernación.

Trata, sencillamente, de llevar la Revolución al Poder.

El que por ser jefe del Movimiento lo es de la Revolución es no sólo el jefe sino el fundador del Estado. La segunda jerarquía del Movimiento, el secretario general, no va al Gobierno a desempeñar simplemente una cartera; va —y así estaba previsto por el caudillo en su decreto, verdaderamente «constituyente», de los Estatutos— con su entera personalidad jerárquica a llevar toda la voz, toda la exigencia del Movimiento, a cada pieza de la Administración.

Así se afianza un régimen. Ni el Estado puede agotarse, pararse, desgastarse, contando con la presencia del tiempo que el Movimiento va a suministrarle, al exigirle la reforma de cada día, el avance de cada etapa, la realización necesaria ante cada necesidad y angustia del cuerpo social; ni el Movimiento puede fracasar al ascender al Gobierno. Porque el Movimiento, en él y fuera de él, conservará siempre su libre agilidad, su sentido revolucionario, su jerarquía entera. El Estado puede —para etapas de tiempo— formular los programas y cumplirlos. El Movimiento, que no tiene programas, sino «manera de ser y de ver», aplicará este sentido suyo a la renovación de cada etapa, a la rectificación o a la afirmación de cada rumbo.

Así andará, con andadura nupcial y firme, el Movimiento y el Estado.

Hoy, contra los pesimistas, registramos una fecha de alegría.

Se recomienza la Historia de España, hacia delante, con la pasión de las lenguas que fueron recorridas, inventando los nuevos caminos, alumbrando el destino eterno. En marcha.

Y así deberá ser para siempre; para que si, en años o en siglos, el Estado llegara a perder su Movimiento y queda en puro Estado: quieto, conservador, nostálgico, egoísta, y se inicia la decadencia y la agonía, puedan otros jóvenes de España, tradicionalistas de nuestra obra, mover de nuevo con sangre, con ímpetu, con ira —como nosotros hoy— la rueda de la Historia.

[*Arriba,* 5 de febrero de 1938]

Hemos comenzado, camaradas, por no estar conformes con tantas cosas de nuestra Patria —con su misma presencia—, que sólo así hemos conseguido estar, no ya conformes, sino seguros, en la defensa de su «inconmovible metafísica», de sus valores eternos, de su ser inmutable.

Sigamos operando así frente a nosotros mismos y frente a nuestro contorno. No amaremos al semejante —hasta darle nuestra sangre— si no le exigimos perfecciones, si no rechazamos sus malos contornos. Ni al pueblo, ni a nuestros propios jefes, ni a la Patria misma. Seamos exigentes contra toda conformidad y disciplinados en la exigencia contra toda anarquía.

Tres cuerpos —desde hace más de un siglo— se han movido sobre nuestra Patria: las minorías altas (intelectuales, aristócratas sin aburguesar), generalmente traidoras; por reacción de asco, por reacción tan sana como cobarde. Las masas bajas, el proletariado, traidor también por desesperación y por angustia. Los dos ausentes de España, o conspirando contra ella, o desentendiéndose de su existencia. El tercer cuerpo: las clases medias (quizá ninguno de los tres grupos está delimitado con rigor por circunstancias económicas o de origen) y acomodadas, conformes con la diaria existencia de España, amantes de ella sin exigencias, atesoradoras de lo que se ha llamado, para nuestra náusea, las «virtudes patrióticas». Sumido —este tercer cuerpo— en un sopor vegetativo, en una mediocridad sin horizontes de pasión, en una eterna vocación por el término medio. ¡Y diciendo amar a España, señora de los extremos absolutos y ardientes!

De los tres cuerpos, los dos primeros llenaban de peligro el destino de España, pero se exponían a provocar en ella —y lo lograron— una reacción extrema de afirmación absoluta, de defensa irritada, de lealtad suprema y activa. Eran, con ser un mal, un grande y afortunado revulsivo, un clima de agitación opuesto al letargo. El tercer cuerpo ha sido —de los tres— el más perjudicial; fieles a España no lo eran, efectivamente, más que a la melancólica ruina de España; sin voluntad alguna de perfección, sin capacidad de crítica, sin energía y sin valor. Andando por sus pasos la descomposición de España, este cuerpo pesado e intermedio había de adoptar, lógicamente, una eterna posición de conformidad. A la hora de elegir argumento, eligieron el del mal menor —condescendencia en algo para conservarse sobre la tierra—, y al elegir movimiento político, eligieron toda la gama de los centrismos conformistas.

Siempre he creído que éstos son movimientos —o, mejor, parálisis— que no corresponden a la voluntad de sus creadores ni de sus líderes: son simplemente una actitud política de conformidad con la conformidad del pueblo medio de España. Y así —con independencia de sus dogmas y sus jefes—, eran sólo esto: la mediocridad, la inacción, el espíritu conservador que cree salvar los altos principios y los altos valores manteniendo la ínfima tabla de valoraciones de la gran masa media, encumbrando sus malos poetas, repitiendo sus malos estribillos, negándose al gran afán violento y ambicioso que parase la marcha declinante y nos encumbrase de golpe a las estrellas.

Por eso, más urgente y necesario que llamar la atención de nuestras gentes sobre el peligro de unos líderes y de unos programas históricamente sepultados, me parece llamarla sobre el peligro de este espíritu, que de ensancharse y prosperar desharía el esfuerzo de los mejores dogmas y de los mandos más eficaces.

En efecto: España sólo se salva cuando se produce en ella un movimiento que rompe con su división tripartita de calamidades: un movimiento nutrido por elementos de todos los orígenes, superclasista y enteramente rebelde: afirmador de la eterna España contra los traidores e implacable debelador de la España mediocre y cochambrosa de los «sectores patrióticos»: creyente e irreverente.

Y éste es el espíritu, camaradas, que hemos de conservar.

Tras este suceso lleno de sangre y de hermosura, en el que han estado nuestros afanes —y que ha desterrado para siempre el peligro de los dos primeros mundos a que hemos aludido—, hay el peligro de que vuelva a extenderse la capa de mediocridad, la nueva CEDA, la nueva Lliga, el nuevo agrarismo, etc.

Por eso se da al aire, a un aire poblado de oídos ansiosos, este leal clarinazo.

Conservémonos puros e irritados, disconformes y críticos, contra el término medio y la cochambre, contra la habilidad y la transigencia, contra las tentaciones de descanso, contra el miedo a la enemistad.

Hagámonos odiar hasta donde sea preciso, siempre que con ello consigamos que no vuelva a esconderse, entre roñas de descuido, la alarma metafísica de España que hoy se alza, radiante, de la sangre.

Contra el calendario patriótico y la cachupinada declamatoria; contra esos hombres célebres que afligen los ojos de las damas desvencijadas: contra el comedimiento que impide atacar al enemigo —de dentro o de fuera—; contra el regateo a la jus-

ticia; contra la falta de ambición; contra el mundo invasor de los paralíticos, los cursis y los deformadores; contra la vida apacible; contra el exceso de respeto que impide la lealtad para acudir a la adulación; contra los compromisos sociales; contra la devoción que injuria a la liturgia y la falsa moral que eclipsa la pureza; contra los mundos pequeños que no creen en el sol, en el alma ni el Imperio, que no conocen la elegancia ni el ímpetu, ¡estemos vigilantes!

Queremos una España alta y libre, que no se arrastre más. Queremos unos hombres valerosos, honrados y descubiertos.

Queremos ser padres de generaciones que sueñen con el dominio de la tierra.

Yo os invito, españoles, contra la charanga, el chocolate y la «vergüenza de creer en voz alta», a seguir la cruzada de los que siempre exigirán, aun a la perfección, un brillo nuevo.

[*Arriba,* 23 de febrero de 1940]

EL DESTINO ACEPTADO [1940]

Con frecuencia, después de concluida la empresa inicial de la guerra, ha recibido nuestra generación tentadores consejos de descanso y retirada, formulados de muy diversa manera. Fueron los primeros los que lisa y llanamente, sin disfraz alguno, reclamaban para generaciones más maduras la pesadumbre de gobernar el destino de España, concediendo a las juventudes el único derecho a defenderlo. Éstos sostuvieron primero la conveniencia —quizá moralmente justa— de que ningún joven permaneciera en puestos de mando a retaguardia, para terminar —como ya habíamos denunciado— por sostener —acabada la guerra— que esa generación combatiente «ya había hecho bastante y tenía derecho a descansar».

Otros, más cautos, han evitado la opinión sobre el derecho a gobernar de nuestra generación, y simplemente han opinado, halagadoramente, sobre la injusticia de cargar todo el peso de la tragedia histórica en la que nos hemos salvado sobre una sola

generación y la conveniencia de remitir hacia el futuro las últimas cargas derivadas de nuestros crudos acontecimientos.

Otros, en fin, fingiendo la suprema defensa de nuestra generación, han venido a entonar el cántico de los derechos incondicionales, predicando una especie de «revanchismo» deportivo, dando a la honrosa tarea del Poder una categoría de pago de gratificaciones y poniendo en la participación física en la lucha —si otro concurso de razones— el principio de todas las exigencias y títulos de mando.

Afortunadamente, contra todas las tentativas de desorientación, nuestra juventud, nuestra generación, va precisando la unidad de conciencia y el rigor que necesita para la empresa que le ha tocado en suerte. Pero no estará de más que cada día nos esforcemos por precisar los contornos de esa conciencia común.

Ante todo es preciso afirmar que los derechos de nuestra generación a estar presente en la dirección de los destinos españoles no nace simplemente de una participación física en una guerra, sino de que ella ha sido la provocadora de esa guerra, la conocedora de sus razones, la que ha encarnado mental y cordialmente todos los propósitos revolucionarios que se abrieron camino a tiros, pero sin los cuales los tiros no hubieran tenido justificación, ni el heroísmo categoría histórica.

Junto a esto debe quedar también claro que nuestra generación no puede entender el Poder como premio o recompensa, sino simplemente como servicio al que está obligada, como sagrado compromiso con España, pues no en vano nuestra primera voz capitana dijo: «Nosotros no podemos engañarnos, porque somos jóvenes…»; y si no podemos engañar, es evidente que tampoco podemos exponernos, por tentaciones de descanso, a ser los engañados.

Por último —y no falta día en que nuestra generación no dé alguna muestra de esta decisión—, nuestra generación entiende su exigencia y el fruto de ella —el Poder— como una carga inmensa, como una enorme oportunidad de prolongar su sacrificio hasta la consumación definitiva.

Nuestra generación no puede ceder a otros —anteriores ni posteriores— el sagrado derecho a dejar liquidada —en lo glorioso y en lo penoso— esa etapa histórica; porque esta etapa histórica, con sus fases de agitación, guerra, reconstrucción, independencia y engrandecimiento nacional, con toda su entraña revolucionaria y justificadora, constituye una empresa única e indivisible, y si nuestra generación quisiera descansar o girar

letras de pesadumbre sobre el porvenir, no sabemos si ese descanso sería la parálisis nueva de España y si esas letras serían aceptadas, y no podemos —porque ha costado demasiado— comprometer por nada el buen fin de la empresa fundada.

Ahora, en este momento —tan peligroso por dentro y por fuera—, van a verse multiplicadas las sirenas que digan a las gentes de nuestra edad —los únicos con que cuenta España para todo— que ya han hecho bastante, que hay que descansar veinte años, etc. Y ahora —por eso mismo— es cuando nuestra generación debe clamar con una empeñada y rabiosa decisión: «Pedimos y mantenemos el puesto en el combate hasta donde sea preciso, sin miedo a la incomodidad y sin miedo a la muerte». Porque España debe salir de nuestras manos real y verdaderamente —sin interpretaciones literarias— UNA, GRANDE Y LIBRE.

[*Arriba,* 5 de mayo de 1940]

MANIFIESTO EDITORIAL [1940]

INTERESABA de mucho tiempo atrás a la Falange la creación de una revista que fuese residencia y mirador de la intelectualidad española, donde pudieran congregarse y mostrarse algunas muestras de la obra del espíritu español no dimitido de las tareas del arte y la cultura a pesar de las muchas aflicciones y rupturas que en años y años le han impedido vivir como conciencia y actuar como empresa.

En este orden han precedido a *Escorial* algunos intentos nobles y certeros truncados casi en agraz por circunstancias de ambiente, dispersión geográfica de los que hubieran podido sostenerlos y escasez de recursos materiales. El nuestro —emprendido en circunstancias universales desfavorables a una plena atención por lo intelectual— parece, no obstante, contar con bases más seguras, y a ellas encomendamos nuestra esperanzada y buena voluntad.

Ante todo hemos de declarar con sinceridad que nacemos con la voluntad de ofrecer a la Revolución española y a su misión en el mundo un arma y un vehículo más, sea modesto o valioso. Pero de esta nuestra filiación nacen todas las garantías que podemos ofre-

cer, tanto a la comunidad intelectual y literaria, con quien contamos para el trabajo, como a la totalidad de la comunidad española e hispánica a quien se lo dedicamos. Porque ciertamente el primer objetivo —el objetivo sumo— de nuestra Revolución es rehacer la comunidad española, realizar la unidad de la Patria y poner esa unidad —de modo trascendente— al servicio de un destino universal y propio, afrontando y resolviendo para ello los problemas que, en orden al hombre, a la sociedad, al Estado y al universo nos plantea el tiempo de nuestra historia más propia: el tiempo presente. Ahora bien: tan ambicioso propósito veda a nuestra Revolución y al Movimiento que la conduce y encarna partir de una posición lateral y partidista en ninguno de los planos en los que esa Revolución ha de cumplirse. La consigna del antipartidismo, o sea la de la integración de los valores, la de la unidad viva, es la primera consigna falangista. Atenidos a ella en lo que nos afecta, en nuestro campo y propósito, creemos partir con unas garantías de mejor andadura que cualquiera de los movimientos o grupos intelectuales de España desde hace cincuenta años, porque necesariamente, en medio de la disgregación nacional, también el servicio de la cultura hubo de hacerse servicio de partido con todas las consecuencias de lateralidad, limitación y deformación consiguientes. Nosotros, en cambio, convocamos aquí, bajo la norma segura y generosa de la nueva generación, a todos los valores españoles que no hayan dimitido por entero de tal condición, hayan servido en este o en el otro grupo —no decimos, claro está, hayan servido o no de auxiliadores del crimen—, y tengan este u otro residuo íntimo de intención. Los llamamos así a todos porque a la hora de restablecerse una comunidad no nos parece posible que se restablezca con equívocos y despropósitos; y si nosotros queremos contribuir al restablecimiento de una comunidad intelectual, llamamos a todos los intelectuales y escritores en función de tales y para que ejerzan lo mejor que puedan su oficio, no para que tomen el mando del país ni tracen su camino en el orden de los sucesos diarios y de las empresas concretas.

En este sentido, ésta —*Escorial*— no es una revista de propaganda, sino honrada y sinceramente una revista profesional de cultura y letras. No pensamos solicitar de nadie que venga a hacer aquí apologías líricas del régimen o justificaciones del mismo. El régimen bien justificado está por la sangre, y a las gentes de pensamiento y letras lo que les pedimos y exigimos es que vengan a llenarlo —es decir, a llenar la vida española— de su afán espiritual, de su trabajo y de su inteligencia. Claro es que no vamos a eludir —bien al contrario— los temas directamente políticos, porque

¿cómo van ellos a quedar fuera del ámbito de la cultura si fenómenos de cultura son al fin y al cabo? Pero esto no rompe —sino al contrario— nuestro propósito de no exigir a cada uno sino el puro ejercicio de su oficio y la pura ofrenda de su saber.

En cierta manera —en cambio— sí es ésta una revista de propaganda. Podríamos decir en la alta manera, ya que no hay propaganda mejor que la de las obras, y obras de España —propaganda de España— serán las del espíritu y la inteligencia para los que abrimos estas páginas.

Queden, pues, en claro nuestros objetivos. Primero: congregar en esta residencia a los pensadores, investigadores, poetas y eruditos de España: a los hombres que trabajan para el espíritu. Segundo: ponerlos —más ampliamente que pudieran hacerlo en publicaciones específicas, académicas y universitarias— en comunicación con su propio pueblo y con los pueblos anchísimos de la España universal y del mundo que quieran reparar en nosotros. Tercero: ser un arma más en el propósito unificador y potenciador de la Revolución y empujar en la parte que nos sea dado a la obra cultural española hacia una intención única, larga y trascendente, por el camino de su enraizamiento, de su extensión y de su andadura cohonestada, corporativa y fiel. Y, por último, traer al ámbito nacional —porque en una sola cultura universal creemos— los aires del mundo tan escasamente respirados por los pulmones españoles, y respirados sobre todo a través de filtros tan aprovechados, parciales y poco escrupulosos.

Para la empresa —ya se irá viendo en nuestras páginas— todos están invitados, todos los que se atrevan a sentir esta España una y trascendente, perseguidora de un destino universal. Y entre todos contamos con nuestro propio pueblo y con los fraternos o filiales que han de entender, en este caso como en todos los aspectos, la rabiosa y sincera sed de nuestra Falange.

•

Para tal empresa hemos querido usar una alta invocación, porque las cosas son un nombre y por él se conocen y se obligan. Escorial, porque ésta es la suprema forma creada por el hombre español como testimonio de su grandeza y explicación de su sentido. El Escorial, que es —no huyamos del tópico— religioso de oficio y militar de estructura: sereno, firme, armónico, sin cosa superflua, como un Estado de piedra. Magno equilibrio

del tiempo: ni sólo panteón, ni sólo residencia, ni sólo disparada y alta porfía; sino equilibrio y suma de todo ello: edificado sobre los muertos como señal de estar legítimamente enraizado en lo propio y servido por la substancia de lo ejemplarmente pasado; pero entero, vivo, practicable para el uso del tiempo y extremado de altura, escudriñante y ambicioso como quien, comenzando en la memoria, no vive sino para la esperanza.

Así era él ayer cuando no había sangre en España que lo supiera merecer, y así hoy cuando vuelve a hacerse norma y ejemplo de una voluntad colectiva. Nosotros lo hemos ganado y —por decirlo así— reedificado, comenzando por reedificar sus cimientos con guardar en ellos el polvo de nuestro inmediato origen, nuestra más reciente y viva tradición, el escandaloso y exigente testimonio de la sangre joven, el cuerpo de nuestro José Antonio, cuyo espíritu encontrará tan cómoda, tan a la medida, para el éxtasis y el vuelo, aquella arquitectura ordenada y ejemplar.

Por fidelidad y amor a la vieja y nueva historia usamos de este nombre —ya transmutado míticamente— para nombrar nuestra obra. Ambicioso es el empeño y grave la obligación. Dios nos ayude en ellos y ¡Arriba España!

[*Escorial*, núm. 1, noviembre de 1940]

[1940] EL POETA RESCATADO

Por cuatro razones normales puede un escritor prologar un libro: primera, por interés o capricho de su autor; segunda, por competencia profesional, por su notoria cualidad de crítico o docto en la materia; tercera, por designio de protección, lo cual supone la superioridad consagrada de quien lo escribe y la necesitada humildad u oscuridad de quien lo utiliza, y, por último, por respeto, por ternura, por necesidad o deseo de elogio u homenaje como del discípulo para el maestro.

Desde mi posición literaria —que es la que se ejerce al escribir algo— es más que evidente que yo no tengo, no puedo tener, para escribir este prólogo otro título que

el último de los señalados, y ciertamente no me faltan razones de amor, de ternura, de admiración ni de secuacidad para hacerlo.

De niño conocí a Antonio Machado. Tenía yo diez años y él era catedrático en el instituto de Segovia adonde yo acababa de llegar. De leer en sus versos el nombre de Soria —tierra de mi sangre— me había nacido una espontánea afición por él y un orgullo pueril, como de parentesco. Asombraba risueñamente a los niños su aspecto distraído, desaliñado, torpón, casi sucio; su bondadoso mirar, sus grandes botas estrafalarias. A mí me producía una melancolía emocionada y una especie de tiernísimo estupor. Me dio un sobresaliente en Gramática casi sin hacerme caso en el examen y le tuve rencor un poco de tiempo. Luego —a mis quince años— comencé a gustar su poesía, y en un pequeño libro que publiqué a los veinte es patentísima su influencia. Ningún otro poeta contemporáneo ha entrado en mí más hondo ni, por tanto, ha podido salir más patentemente en mí. Por otra parte, he creído y creo que de Rubén acá no hay poeta español que se aproxime a su perfección, a su autenticidad y a su hondura. Lo cual es casi como decir —con muy pocas reservas— que le creo el poeta más grande de España desde el vencimiento del siglo XVII hasta la fecha.

Pero aunque esta razón de mi ternura, de mi preferencia, de mi devoción, debiera ser la que justificase este prólogo, me es forzoso declarar que no es ésta la razón por la que lo escribo. Probablemente no habrá editor serio que la estimara suficiente. La razón por la cual yo escribo este prólogo no es una razón normal, no es una de las razones enumeradas; es otra más triste y que hemos de afrontar como se debe: cruda, sincera, directamente.

Yo no escribo este prólogo como poeta joven para el libro de un maestro muy amado. Yo escribo este prólogo como escritor falangista, con jerarquía de gobierno, para el libro de un poeta que sirvió frente a mí en el campo contrario y que tuvo la desdicha de morir sin poderlo escribir por sí mismo.

●

El 18 de julio España se vio partida geográfica y políticamente en dos mitades incomunicables y combatientes. Desde tiempo atrás, sobre el vago deseo de justicia, sobre la vaga y justa desazón reivindicadora de las masas pobres, se había instalado

en la política y en el Poder una minoría rencorosa, abyecta, desarraigada, cuyo designio último puede explicarse por la patología o por el oro; pero cuya operación visible, inminente, era nada menos que el arrasamiento de toda vida espiritual, el descuartizamiento territorial y moral de España y la venta de sus residuos a la primera ambición cotizante. A punto de consumarse irreparablemente, para siglos, la traición, se alzó frente a ella una verdadera, recta y limpia violencia nacional respaldada moral y políticamente por quienes ya habían ofrecido a España la oportunidad serenamente revolucionaria de lograr la síntesis de sus aspiraciones discordes, juntando el interés del pueblo, el de los valores morales y el trascendente de la misma España. La resistencia terca, sostenida a golpe de crimen por los que gobernaban, hizo necesaria aquella división tremenda y asoladora. Las fuerzas netas de los que resistían no eran muchas en comparación con las que aportaban los atacantes, cuyo enraizamiento popular era patente y fue después probado por el triunfo. Hubo que allegar fuerzas por malas artes, y así se constituyó la gran población roja, la gran masa y aun algunas de las más delicadas minorías colaboradoras: por la coacción. Claro es que en esto de la coacción hubo dos formas y, por tanto, dos géneros de hombres: los sometidos por la fuerza bruta, por el miedo a represalias de todo orden, y los moralmente secuestrados por la hábil explotación de sus fibras más débiles. De aquí la apariencia polifacética de aquella política roja, tan pronto comunista por Rusia, como democrática en el alquiler a las plutocracias de Europa y América, como católica frente a todos los bobos ojitiernos del globo. A cada uno se le atrapaba a su modo, y si se contaba con la concurrencia de la senilidad, el hábito de la incomunicación y una cierta incapacidad para el entendimiento del mundo real, tanto más fácil era el negocio.

Don Antonio Machado, viejo, aunque fresco en sus facultades literarias, fue uno de estos secuestrados morales. Fue el propagandista «propagandeado». Su ingenuidad de viejo profesor desaliñado le hacía bueno para creer honradamente toda patraña, y sin más datos ni averiguación de ellos, consideró a los de enfrente tal como los próximos a él se los presentaban, y a ellos mismos tal como en el plácido aislamiento quisieron presentársele.

Para todo se contó con la fidelidad del pobre don Antonio, a sus antiguos y sencillos sentimientos políticos, y digo sentimientos y no ideas, porque don Antonio

ideas políticas no tenía, o las que tenía no tenían forma de tales, y siendo, como era, luminoso para tantas cosas, era para otras, para ésas y para lo sentencioso moral, por ejemplo —véase el *Mairena* o cualquier otra muestra—, un elegante y delicioso caos, un caos provinciano.

El poeta, a pesar de todo lo que se ha dicho, y no sin razón, de «adivino», «anticipador», «guía», etc., canta generalmente el combate que tiene delante y se deja sugestionar y enamorar por la acción como nadie. Y la batalla del tiempo de don Antonio fue la de las libertades y el progreso, y libertario y progresista resultó él —sin meterse a mucho examen— ya para toda la vida. Claro es que sin rencor, sin obstinación, sin «meterse en política», sin faltar por ello —¡Dios le librara!— ni por un momento a las condiciones de su nativa bondad.

Evidentemente, ser esto ante el problema ideológico planteado en el 18 de julio no era estar definido en ningún bando, porque era en esta cuestión ser un anacrónico superviviente de una cuestión pasada.

Nadie podría decir, por tanto, que don Antonio fuese rojo, al menos si empleamos esta palabra elástica con un mínimo rigor; de que no era comunista, por ejemplo, nos consta, como nos consta que no era «fascista». En él había elementos por los que unos y otros podían tirar del hilo y, sacando el ovillo, llevárselo a su campo, y nada más. La fatalidad hizo que el hilo quedase geográficamente al alcance de la mano del enemigo y que el gran poeta pasase así a ser un elemento más de ataque, una pieza más de confusión.

Si todo esto no se probara por hechos habría una prueba más fuerte aún: la prueba de su misma conciencia definida poéticamente:

> Hay en mis venas gotas de sangre jacobina;
> pero la fuente brota de manantial sereno,
> y más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
> soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Y así, en efecto, era: jacobino por «gotas de sangre», por atavismo casi inconsciente, por el tiempo, por los amigos de la juventud, por los primeros maestros, por la desilusión del 98, por el asco a la España heredada y envilecida, por el decoro externo y la pedantería seductora de las instituciones izquierdistas. Por todo lo que pue-

de arrebatar a un alma ingenua y en duda una vez y sujetarla para siempre por el lazo de su propio descuido.

De fuente serena, porque serena fue; en la amarga misantropía sin resentimiento, esta vida triste, cenicienta, con lágrimas y sequedades sobre la delicadeza del genio.

Ignorante de su doctrina, porque ¿cómo puede pensar en ella un abismado, un ausente, un desencantado, un errante, un solitario, un absorto, un alma de Dios?

Y bueno, bueno, bueno, en el buen sentido y en todos los sentidos, y si algo malo hubo, absolvámoslo de todo corazón y echémoslo —como me contaba Cossío que decía Jarnés— sobre la conciencia «al pelmazo de Juan de Mairena» y no al bueno y entrañable y triste don Antonio.

En fin, no debió serlo, pero fue un enemigo. Esta confesión es preciso dejarla hecha con crudeza en este prólogo. En el reparto de las dos Españas, a él, por A o por B, le tocó estar enfrente, y en periódicos, revistas, folletos y conferencias sirvió las consignas de aquella torpe guerra.

No hemos querido mitigar este hecho ni aun la existencia de las raíces que de él haya en toda su vida. Nos parecería una hipocresía estúpida, una puerilidad de avestruz. Ahí están los pocos versos que pueden ser un antecedente, ¡tan inocentes, sin embargo! Pero no está de más señalar que esos versos son sus peores versos y que es legítimo pensar de un poeta que no debe ser definido por los peores versos, por los más ocasionales, extemporáneos y vanos. Ahí está la elegía a Giner con su bobada progresista «yunques sonad, enmudeced campanas», y aun el elogio a Ortega —incomprensible, inadecuado—, en que se desea que Felipe II se levante «y bendiga la prole de Lutero».

Ahora bien: basta hojear las páginas de este libro para asegurarse de que, pese a todo —incluso a esos banales antecedentes—, nosotros no podemos resignarnos a tener a Machado en un concepto de poeta nefando, prohibido y enemigo. Por el contrario, queremos y debemos proclamarlo —cara a la eternidad de su obra y de la vida de España— como gran poeta de España, como gran poeta «nuestro».

Y esto no es ciertamente una decisión generosa —y menos egoísta— de las horas póstumas para él, serenas para nosotros. En la misma guerra, mientras él escribía sus artículos o sus versos contra nuestra causa, nosotros, obstinadamente, le hemos querido, le hemos considerado —con la medida de lo eterno— nuestro y sólo nuestro,

porque nuestra —de nuestra causa— era España y sólo de España podía ser el poeta que tan tiernamente descubrió —por primera vez en verso castellano— su geografía y su paisaje real y que cantó su angustia y su náusea, su alma elevada, trascendente, amorosa y desnudamente severa.

Cuando las revistas y los folletos llegaban a nuestras manos allá en Burgos, nos esforzábamos —y no pocas veces con harta razón— por encontrar nuestro y no rojo su mundo conceptual, los propios argumentos y tesis con que a los rojos creía servir. Recuerdo haber saltado de gozo una vez, con otros falangistas, al descubrir un artículo que era —hasta en el vocabulario y en el estilo— del todo atribuible a nuestra fuente más pura.

«Hay que rescatarlo», decíamos, y lo decíamos con emoción y dolor. Y así hubiera sido —y por entero— de vivir. Y ya que ha muerto, quédenos al menos el consuelo de rescatar lo que más enteramente —por menos temporal y tocado de circunstancias— era honra y patrimonio de España: esta su obra poética, que con sus toques de error propios del tiempo —en lo conceptual y sentencioso— es, incluso en lo más increpatorio y directo frente a España, tan nuestra, tan de nuestro gusto; y —de otra parte, de la enteramente poética— tan magistral, henchida y eterna.

Había que rescatarlo, y rescatada está su obra, porque —aun no siendo tales todas sus circunstancias— cumpliríamos con desearlo y hacerlo con un precepto de fidelidad a la propia causa, que no por otra cosa hemos combatido que por conciliar en unidad toda la dispersión española y por poner todo lo español —éste, con todo su rigor, es el límite— al servicio de un solo designio universal, de una sola poesía y de una sola historia.

Murió don Antonio en tierras de Francia. Quienes tanto ruido y alharaca armaron en defensa de la «cultura occidental democrática» contra España no supieron rodear la muerte de este hombre del consuelo y del honor que merecía. Murió allí ignorado, en soledad y desatendido —después de estar en un campo de concentración— el único fragmento verdadero de «cultura universal» de que los enemigos habían dispuesto, el único que por los puertos pirenaicos recibió aquella Francia a quien Dios perdone, ya que los hombres le han dado su castigo.

«A bordo, ligero de equipaje, / casi desnudo como los hijos de la mar», despojado de sus anécdotas, de sus circunstancias, ¿qué visiones poblaron el tránsito del hombre?

¿Qué infantiles Sevillas? ¿Qué Sorias, traspasadas de espíritu, el corazón bajo la tierra? ¿Qué Moncayos, Urbiones, Aguaitines y Maginas, gloriosamente coronados?

Con su muerte moría la melancolía de España. La melancolía que pudo llevar a España y lo llevó a él al error y a la muerte. Con su muerte, o con su vida, nacía la otra España clara, la que va a merecer el alma de su verso como la fortaleza merece la caricia. La España que él quizá vio y entendió en esa hora grave y ligera, espesa y luminosa, cuando él dormía el sueño no contado y Dios *estaba despierto*.

Madrid, octubre de 1940.

[*Escorial*, núm. 1, noviembre de 1940]

[1940] ADVERTENCIA SOBRE LOS LÍMITES DEL ARREPENTIMIENTO

Nuestra generación —nacida entre la desolación de tantas ruinas— más se ve aficionada a construir que a derribar, y, en orden a estatuas, ídolos y ornamentos, más a salvar los que pueda que a demolerlos todos irreflexiblemente, como (por justa defensa quizá) hicieron otras generaciones anteriores y más alegres. Sabemos que es bueno para el decoro del nuevo templo usar los sillares robustos que tengan solidez antigua y las imágenes consagradas por el tiempo. Pero —éste es el justo límite de nuestra depuración— queremos que de verdad esos sillares sean sólidos y útiles y esas imágenes auténticas y nobles. Porque todo lo que hallemos endeble, falsificado o inútil preferimos incluirlo en la desenfadada e higiénica retirada de los escombros.

Esto, por una parte, en cuanto a la precisión de los límites de nuestros «rescates».

Pero es preciso acentuar, en otro aspecto, la advertencia, y éste es el del peligro de los excesos y simulaciones de justificación o revalidación voluntaria. Volviendo al cuento simbólico, diremos que creemos ser bastante agudos para reconocer —de entre las ruinas— la autenticidad y valor de aquellos sillares e imágenes a que nos hemos referido, y que si queremos salvarlos es por lo que en sí —de lo que no pueden simular— tienen de fundamental y de valioso y no por lo que ellos mismos quieran

a última hora —deformada y halagüeñamente— ofrecernos. Porque sucede que como ellos no conocen el plano del nuevo templo —en el que podrían tener su sitio y su papel— vienen a él con escayolas ornamentales que no hacen sino confundir y estropear la armonía prevista, falsificar su sentido y —en el más inocente de los casos— hacerse con ello enojosos e inservibles.

Y salgamos ya del cuento para más claridad. Todos sabemos que hay unas generaciones intelectuales, técnicas, etc., que han participado —con mayor o menor inocencia— en la catástrofe de España. Necesitemos o no sus restos —restos al fin y al cabo de España—, queremos sentar a los que sean dignos a nuestra mesa y conocer en ellos un profundo y nuevo afán de servicio y de lealtad. Pero no nos servirán más que dándonos sus valores verdaderos, nunca envileciéndose y pasándose de la raya a través de un arrepentimiento, sucia e inelegantemente rencoroso, estúpidamente apologético —siempre la apología resulta que sale al revés, porque nosotros tenemos más «reveses» de los que el candor del arrepentido ve a primera vista— o estérilmente lacrimoso y servil.

Esto, no; para esto preferimos que se mueran de una vez y nos dejen ante lo que han sido con la libertad de la posteridad, que casi siempre es más benéfica que la propia decrepitud.

Ni más sermones religiosos insinceros, ni más estrenos demagógicamente derechistas y estúpidos, ni más defensores del orden que no conocen o de las fuerzas que no entienden.

Un poco de mesura y un poco de paciencia. De otra manera, nuestra inclinación al respeto no va a tener base en que sostenerse.

[*Escorial*, núm. 2, diciembre de 1940]

EL REPARTO DEL HAMBRE [1941]

Traduzcamos el caso general de las cosas de España, que estudiábamos en un artículo anterior, al primero de los problemas concretos planteados y declarados: de

los medios de subsistencia de la comunidad o, si se quiere, patéticamente dicho, al del hambre. Hay en él tareas que corresponden al mando por entero: las de resolverlo. El pueblo español no debe preguntarse cómo; debe esperar simplemente, por peligrosas que sean, las órdenes del mando. Pero hay una tarea que le corresponde por entero a él: vivir el problema, vivir la escasez; vivirla, que, claro es, no es simplemente soportarla; vivirla con espíritu de comunidad. Las riquezas, muchas o pocas, de un pueblo sirven, ante todo, para sostener en un plano mínimo de satisfacción a toda la comunidad. Antes de trasponer ese plano, cuya elevación determina cada tiempo con sus instintos y circunstancias, no es moral ni lícito señalar diferencias, destacar prosperidades, costear lujos. Sólo sobre una mínima prosperidad colectiva son lícitas y beneficiosas las diferencias de riqueza y bienestar. La mayor riqueza de alguien se debe basar en su mérito; pero esto —que es bueno— no basta; es preciso que al basarse en él no se base también en el hambre o el desamparo de los otros.

Ningún católico —por ejemplo— creo que pueda considerar esto como una tesis demagógica. Nada tiene esto que ver con aquella aspiración colectivista que brutal y puerilmente expresada se llamaba en nuestro país «la hora del reparto». Pero entre esto y la tesis del egoísmo hay otra intermedia y justa. Solían responder irónicamente los conservadores a los viejos socialistas utópicos: «Lo que hay que hacer es crear riqueza, porque si no, aquí, ¿qué otra cosa hay que repartir sino el hambre?».

Llevaban, claro es, razón; pero no toda la razón, porque no es cierto —aunque parezca paradójico— que la abundancia es lo que puede repartirse; por el contrario, en la abundancia sostiene su legitimidad la diferenciación, la desigualdad, incluso la gran desigualdad. Cada ser debe tener primero lo bastante y luego lo suyo, y si en lo bastante no puede haber radical diferencia, en lo «suyo», en lo «merecido», sí, y sólo habiéndolo es posible, por ejemplo, la vida entera de la cultura. Pero en plena crisis de pobreza colectiva nadie debe tener lo «suyo» por entero, en tanto los demás no tienen lo «mínimo necesario», o sea: si hay algo que pueda y deba repartirse es precisamente la pobreza de las horas malas. Y esto habrá que hacerlo hasta el límite de lo posible, no sólo por justicia, sino por necesidad; porque sólo salvaremos nuestra Patria con aquella conciencia de comunidad a la que aludíamos, y el pueblo menos do-

tado sólo sentirá esa conciencia cuando sobre su necesidad opere la virtud alegre y generosa de los mejor provistos. Entonces comprenderá por entero que para las buenas horas y las malas la Patria es una cosa propia que nos defiende y nos junta y puede merecer nuestro entero sacrificio.

Para esto han de servir las sinceras palabras del mando: para forzar, de cara a la escasez y al peligro, la conciencia de unidad y de empresa; y si los que están más obligados a entenderlo así no las quieren utilizar sino como base y argumento de su diaria y acobardada queja, de sus frívolos chismes o de su estúpida ligereza, será forzoso pensar en su dimisión como clases dirigentes y en acudir a las armas más duras, demagógicas y fuertes, por las que, en general y ciertamente, se impone —a costa de lo que sea— una Revolución.

[*Arriba*, 29 de enero de 1941]

LAS BORDADORAS DE LA PALMA [1941]

En medio de las dimensiones trágicas con que se nos ofrece la actualidad nacional y universal de cada día, llega a producirse en nuestra conciencia algo así como un estado de insensibilidad para los problemas concretos y menores, a no ser que el azar nos ponga —por sorpresa— ante ellos y los haga clamar en nuestros propios y falsos sentidos. Y suele suceder entonces en nuestra conciencia un estado de irritación singular y casi desproporcionado. Bajo este estado de irritación —lo declaro— escribo estas líneas. El caso que las promueve puede parecer pequeño; a mí —visto por mis ojos— me parece sintomáticamente enorme. Supongo, además, que —obrando discretamente— bastaría, mejor que airearlo, buscar su solución en la denuncia disciplinada y silenciosa, que daría y dará —sin duda alguna— el resultado apetecido. Pero no se trata de un caso exclusivamente achacable a una negligencia heredada y aún no corregida. Hay en él una particularidad tan aleccionadora que me hace creer útil el pequeño escándalo de su publicación.

La isla de la Palma —con su forma de corazón encumbrado en el mar, en el coro de las islas Canarias— encierra, entre otras riquezas, hermosuras e industrias, una habilidad popular depurada por siglos de perseverancia y por uno de esos inefables instintos que tantas veces elevan el interesado trabajo a categorías espirituales y lujosas de arte. Esta habilidad o trabajo es el de los bordados y calados, que emplea a todas las manos de la población femenina de aquella isla desde los trece a los sesenta años. Y —naturalmente— estas mujeres no bordan por entretener el ocio, sino —en su casi totalidad— por interés y por necesidad. Constituyen, pues, los bordados una verdadera industria de la que se sostienen —o ayudan a sostenerse— inmensidad de familias. O mejor dicho, se sostendrían, porque ahora veremos cómo una intervención negrera y miserable resta a este trabajo —singular y especialísimo, y por lo tanto inapreciable— todo su justo beneficio.

Sucede que para bordar con provecho es preciso tener telas, hilos y un mercado, puesto que la isla —pequeña y toda ella productora de este género— no puede absorber este producto absolutamente lujoso. Nuestro régimen arancelario cierra prácticamente el mercado peninsular —e incluso el interinsular— y hace difícil o imposible el empleo de materiales españoles. Hasta aquí nuestra culpa en el problema. Ahora viene lo indignante: aprovechando estas condiciones —que prácticamente lo son de paro— se han establecido en la isla una especie de factorías financiadas y administradas desde lejos por judíos norteamericanos. En estas casas se distribuyen entre las mujeres trabajadoras hilos, telas y patrones que aquéllas han de devolver bordados. Y ciertamente que lo hacen con pulcritud y mérito. Los bordados después regresan a América y son vendidos suponemos que a buenos precios. Nada de cuanto se relaciona con esta fase comercial del negocio es explicado a las creadoras y verdaderas propietarias del producto. Es una desalmada operación capitalista —idéntica a todas las del sistema— hecha sobre un producto donde el latido humano, de la personalidad, se revela como en ningún oficio. Pero no es esto aún lo escandaloso. Lo grave, lo repugnante, es que, supuesto este sistema, que de suyo nos incomoda, el tal sistema no ofrece siquiera la compensación relativamente justa que es proverbial en el cacareado trabajo norteamericano: un buen salario. Parece difícil de creer si se dice que aquellas mujeres, inclinadas sobre su almohadilla de bordadoras de la

mañana a la noche, poseedoras de una técnica heredada inimitable, alcanzan por su trabajo —cuando les llega y trabajan— una cantidad máxima de 0,75 pesetas al día.

¿Cómo no se han impuesto oficialmente jornales más altos?, cabe preguntar. Por una sencilla razón: las empresas operantes no son españolas ni tienen intereses en España. Mantienen allí sus factorías negreras en cuanto puedan hacerlo en estas condiciones. A la menor alusión a la intervención amenazan —y practican en algún caso— con la retirada. Y, creado ya el lazo del interés mínimo, las pobres trabajadoras —las pobres, sobre todo— tienen que pensar que poco es 75 céntimos, pero menos es nada.

Confieso haber sentido toda la rabia, todo el odio y toda la vergüenza que debieron sentir aquellos proletarios de la época más libre y negrera del primer capitalismo, cuando —antes de intervenir sindicatos y estados— se consagraba aquél a la especulación de hambre. He sentido esta rabia como español, con la sensación de estar siendo expoliado y deshonrado por el extranjero, quizá por el enemigo, y he pensado, inevitablemente, que esos viles negociantes —a quienes por un instante de ira «roja» he deseado la peor muerte, el más desalado exterminio— estarán por allá participando en las alegrías propagandísticas de la defensa de los «pueblos libres» y el «orden democrático». Canalla desalmada y farsante, gente errante y sin pueblo es esta gente que puede —aún— hacer colonia de negros del trabajo de unas mujeres europeas, de un trabajo cultísimo y sutil. No sé lo que la América ingenua e idílica, la admirable y querida, pensará de esta mala ralea judaica que levanta sobre ella torres y engaños y deshonra su nombre —apropiándoselo— en nuestras playas.

Nosotros sí debemos saber qué pensar. A estas horas debe estarse estableciendo el Sindicato-Cooperativa de estas mujeres y gestionándose la modificación de la cláusula arancelaria que detiene la posibilidad plena de liberación. Cuando la obra esté hecha, es de desear que los honrados «palmeros» tiren físicamente al mar a los que queden o aparezcan de aquellos vulgares ladrones con todos sus podridos intereses.»

[*Arriba,* 25 de abril de 1941]

[1941] SER REVOLUCIONARIOS

Nos ha dicho José Antonio que la Falange es un modo de ser. Lo cual no puede menos de resultar que es un modo de actuar y de estar: de vivir. Ahora bien; el falangista es revolucionario, y ser revolucionario es —a su vez— una manera de ser que necesariamente ha de nutrir la manera de ser falangista, aunque ésta sume a aquélla algunas riquezas. Por estas riquezas y por «lo que quiere», por el ideal, se diferencia el falangista de otros revolucionarios. Pero por su manera de ser revolucionario y de actuar como tal debe diferenciarse de contrarrevolucionarios y posibilistas, antes aún que por los objetivos finales. Aparte de distinguirse —como veremos— precisamente por querer objetivos finales que los otros es bien patente que no los quieren. Ahora bien; parece que de momento no quedan en España otros revolucionarios que nosotros: empeñarnos en señalar polémicamente nuestra particular manera de ser frente a la de otros revolucionarios parece ya innecesario. En cambio, quedan —¡y de qué invasora manera!— los otros, los genéricamente llamados reaccionarios, y, pues sólo ellos y nosotros quedamos, es claro que contra ellos es contra quien debemos levantar nuestro modo de ser.

La ya vieja lección soreliana —que ahora, en versos ortodoxos y serenos, nos refresca Pedro Laín en su pequeño y profundo libro que he comentado— condiciona el ser revolucionario a diversas condiciones de forma, táctica y aspiración que podemos reducir a tres: ser diferente, ser violento, aspirar a finalidades absolutas, si bien serán luego tan relativamente absolutas como la falibilidad y relatividad de los negocios humanos lo exige.

Me parece ocioso decir que ni Pedro Laín refrescando la tesis ni yo comentándola creemos que la «moral revolucionaria» soreliana sea una simple moral de «oposición y conquista del Estado». Por el contrario, creemos que es doctrina vigente y aplicable también —y aun precisamente— al ejercicio del poder. Circunstancia esta que parecen haber demostrado los grandes dictadores contemporáneos «destructores» en este caso de un sorelianismo al pie de la letra.

Ser «distintos» supone ante todo lo que Laín —con frase de Ledesma Ramos— llama poseer «una conciencia mesiánica»: saberse otros que los demás y no de cualquier manera, sino como únicos y elegidos. Pero, con esto y por esto, supone la pres-

cripción táctica de no confundirse ni mezclarse con los otros, con los no revolucionarios, con los revolucionarios —aun— de otra revolución que la propia. ¿Quiere decir esto la renuncia a los actos de unificación? Por el contrario: el revolucionario, el falangista, es totalitario y aspira a la unificación total, pero por el único medio eficaz: haciéndola bajo su mando y bajo su dogma, haciéndola para imperar en ella. Lo que el revolucionario no puede hacer son «concentraciones» ni «pactos» que puedan disolver sus razones en la incorporación de las adversas.

Ser «violentos» ya hoy, para nosotros (y sin renuncia en la más literal fidelidad a la palabra), debe suponer ante todo no confundirnos con el sistema que hemos de sustituir: no respetar ninguna intangibilidad en ese sistema y no creer en la acción progresiva y evolutiva «desde dentro». (Entiéndase que digo desde dentro —disolución posibilista— y no desde arriba —mando revolucionario—.) Si para Sorel la fórmula de ser violentos es «la huelga revolucionaria», para nosotros —dando el cambiazo a lo marxistizante— es «el ejercicio pleno del poder». Tratar de hacer evolucionar una fruta podrida no es más que esperar a que se consume la ruina de todas las frutas del árbol. Nos parece preferible arrancar la fruta de golpe y, si es preciso, sustituir —de golpe también— el árbol entero. En ningún caso se verá más palpable el principio que aplicándolo a la fase social de la revolución. Y aquí Sorel vuelve a servirnos y nuestros propios ojos —que no son ciegos— lo corroboran bien: ¿Adónde iremos mediante el «reformismo» progresivo y con la justicia social burguesa? Ya es conocida la monserga de la elevación de salarios: se eleva el salario y luego el producto, y luego el trabajador-consumidor compra el producto y se le va —con creces— el aumento. ¿Pues qué diremos de subsidios, saneamientos, etc…? ¿Tiene todo esto algo que ver con el empeño en sustituir el capitalismo por otro sistema social menos absolutamente injusto? El falangista verdadero no puede propugnar sino soluciones radicales y enteras: organización sindical, nacionalización o sindicalización del crédito, reforma del sistema burgués —casi incondicional— de la propiedad, etc.

Ir a la yema de las cosas directamente y de golpe: esto es ser violento; esto es ser revolucionario; esto es ser falangista.

Por último, hemos dicho proponerse ideales absolutos. Lo que quise decir: no detenernos en «lo posible», ni en lo inmediatamente conveniente, ni en lo que «se pueda alcanzar buenamente». Queremos llegar a un término no utópico —ahí está el es-

quema doctrinal del nacionalsindicalismo—, pero sí entero, total y nuevo. Claro es que ahí está el secreto de la diferencia con otras revoluciones: mientras el sorelianismo quiere llegar a la «dictadura del proletariado», nosotros, con su lección, queremos llegar a la plenitud activa y trascendente —imperial— de una comunidad nacional concreta —la española— incorporando a la obra «el sentido católico». Pero ahí está también el secreto, último desacuerdo con los reaccionarios que o bien no quieren ir a nada (conservadurismo de «ir tirando» con las ventajas actuales —e injustas— de una clase) o reaccionarismo —éste sí que utópico y ucrónico y hasta resentido— de volver a desandar lo andado y restaurar —como quien restaura la Venus de Milo— épocas que ya se quedaron sin brazos.

Nosotros queremos «lo nuevo», lo creado, lo armoniosamente entero, que no puede partir de otro lugar que de este nuestro, de otro tiempo que del presente. Si luego aquello que logramos se parece mucho a «aquello que murió», a aquello en que la absoluta verdad estuvo más cerca de realizarse, mejor para nosotros. Pero lo que sabemos es que aquella forma pasada fue plena y verdadera por ser creadora, nueva y de una pieza. Poniéndole lañas y remiendos no lograríamos sino su caricatura. Y una cosa nueva, creada y entera es siempre más fiel y parecida a otra igualmente constituida que una restauración a su original.

[*Arriba,* 27 de abril de 1941]

CARTAS DESDE EL FRENTE

[1941-1942]

CARTA A MIGUEL DE ECHARRI [1942]

[Inédita]

[Novgorod] 11 de marzo de 1942

Querido Miguel: Te tomo como punto central para enviarte una carta rápida —como casi siempre, espera el mensajero— que es para todos. Para Javier [¿de Salas?], de quien quiero saber noticias enseguida, pues —aunque intervine por carta— no sé qué pasa de su caso. Para Samuel [Ros], que me escribió, y para [¿M.ª Pay?], que también lo hizo y a quien felicitarás por mí. Y para Pedro [Laín] y los de *Escorial*, que supongo me seguirán teniendo epistolarmente abandonado, cosa que yo llevaré con paciencia y sin rencor pero no a gusto. Y en fin, para cuantos amigos pregunten o tengan interés por mí.

Estoy nuevamente en línea. Me he incorporado a la «posición» hace unos quince días juntamente con Agustín [Aznar], y no hay hasta hoy indicios de que ésta sea muy peligrosa a pesar de tener el enemigo físicamente a la vista. El peligro mínimo y azaroso existe, gracias a Dios, porque sin él esta isla en la nieve, con mediana habitación, terminaría por tirar de los hilos más peligrosos de mi indolencia.

El lugar es tan hermoso que no se puede estar en él sin alegría. Comprendo que para esto de la alegría yo llevo la ventaja de venir descansado, cosa que no sucede en el común de nuestra gente, demasiado batida y agotada por los combates casi incesantes del invierno y por el invierno mismo.

Para estar contento tengo, entre otras, la razón de orgullo de ver a qué extremos de superioridad han llevado su calidad combatiente nuestros soldados. Superioridad que —con todos sus peligros— ha hecho conciencia de sí y aun conciencia de desdén para el resto de los habitantes del planeta, especialmente si se llaman alemanes.

Y la conciencia como producto de una comparación es justa en casi todo menos —¡ay!— en lo que no tiene remedio.

Aquí ahora la gente ha perdido la impaciencia. Se sueña con el regreso pero la guerra encadena tanto al presente que el sueño no tiene la menor urgencia. Ni el del regreso ni el de la primavera que vendrá con sus nuevas oportunidades, a pesar de lo cual la gente gusta de combatir más que de estarse en vela contemplando la línea enemiga. Pero ya todo tiene una calidad fría y sosegada, en buena parte porque quien más quien menos ha perdido un tercio de su peso y con él los ardores frenéticos de los primeros meses. Creo que casi es mejor: hay un mayor aplomo y esto (el prudente frío) bien lo necesita la sangre española. La prueba es que los últimos combates —en defensa de posiciones alemanas, pues las nuestras son temidas por invulnerables en el juicio escarmentado del enemigo— han sido los más brillantes, los más inteligentes y los menos costosos. Resulta que también la guerra tiene su preceptiva y reclama su tiempo y su trabajo.

Para mí el ambiente es cordial y bueno. Mi salud está en su punto y todo va bien. Espero con curiosidad el tiempo del deshielo —aquí la primavera no es de flor sino de fango— y no me molestaría llegar a Leningrado. Después —y aun antes— tampoco haría grandes objeciones al decente regreso, si éste es en compañía.

En general tengo pereza y buen humor. Con eso se resiste por años.

Abraza a toda la gente próxima. Uno fuerte para ti.

D. R.

[1942] LA PRIMERA «POSICIÓN»

Queridos camaradas: Ahora, si me habéis seguido, si al seguirme habéis sentido una ansiedad por aquel puñado de españoles que se defienden en la apartada posición del bosque, vais a tener noticias detalladas, noticias que pueden cambiar vuestra ansiedad en orgullo.

Hasta hoy (hemos visto transcurrir cinco días en vida aventurada) sólo nos han llegado informaciones imprecisas: «Se resiste, se abren camino los refuerzos, se están realizando actos increíbles de heroísmo»; quizás algún alarmado rumor sin precisar sobre muertos y heridos. La primera de nuestras tres «secciones», aquella que fue a pasar el río por distinto camino que nosotros, está también allí. Desde que sabemos esto una heroica envidia consume a los más apasionados y una desazón impaciente nos alcanza a todos. Ha pasado la noche con la agitada lentitud de siempre. A las doce han sonado unos tiros rápidos, como un par de ráfagas de fusil-ametrallador. Estaba Aznar en el puesto de «escucha», y yo, emparejado con Ridruejo, al acecho en la ametralladora, los dos un poco distraídos contemplando el milagro del «sol de medianoche», que pone sobre el cielo un resplandor rojizo. El «escucha» ha recibido una de las ráfagas con verdadera suerte: sólo su capote ha sido doblemente atravesado. Después hemos tenido calma hasta el amanecer, que, a su vez, me ha encontrado de «puesto». Aunque desde siempre se supone es ésta la hora de mayor peligro, no hay otra que alivie tanto el alma del centinela: cesan con ella las sombras equívocas que hacen forzar los ojos y la nueva eficacia de la mirada se acoge como un arma inapreciable. Hoy ha amanecido delicadamente, con una luz verdosa alzándose bajo el peso de la sombra desde el Oriente, donde yace la masa del bosque (no es otro bosque que éste el que cerca y cautiva aquella posición de que venimos hablando). Luego una bruma resplandeciente se ha detenido, con reflejos de plata, sobre la lejanía de la nieve. Los árboles estaban intensamente helados, como sosteniendo una insólita primavera de cristal. Venía en dirección a nuestras casas un avión enemigo, muy bajo y muy pausado, navegando con demasiada confianza. Venía de otras posiciones alejadas, sobre las que había pasado ametrallando. Cuando esperábamos un ataque igual le vemos insinuar un descenso y entrar en una barrena lenta que se va acelerando y recogiendo bajo el gozo de la mañana. Al fin, lo vemos cerca de la tierra. Dos tenues hilos de humo le nacen de las alas. Seguramente venía herido de muy lejos. Arde en el límite del bosque y no queda de él más que un montón de harapos y de hierros. Ha salido a la calle toda la «sección». En la casa, en una de las dos únicamente habitables que nos albergan, suena entonces el teléfono. Ha llegado la orden de unirnos, allá en la «posición» heroica, al resto de nuestra compañía. La caída del avión nos parece de enorme buen agüero.

¿Qué ha pasado allí? Por lo que anoche nos contó un enlace motorista, ya sabemos mucho. Por lo que nos cuentan al llegar al lugar de donde parte (en el límite del bosque) la larga y peligrosa pista que conduce a la «posición», vamos a saber un poco más, y ya arriba —no deis a este «arriba» un sentido de altura, sino de profundidad— vamos a saberlo todo. En un primer término, la posición no es una, sino dos: una más avanzada que la otra a lo largo de la «pista». La primera es un claro en el bosque con un viejo edificio monacal ya muy averiado y sin empaque. La segunda, un pueblecillo con casas de madera, también puesto en un claro, pero menos enteramente. Ahora, en el instante en que subimos, ha concluido la ofensiva rusa, entendiendo por ofensiva los asaltos y no el «sitio». Pero vamos a vivir allí, en una y en otra, más de un mes y tendremos tiempo para todo. (Comprenderéis que esta profecía del tiempo es una profecía a posteriori, ya que en rigor yo os escribo estas cartas de figurada actualidad en un hospital de campaña en el que convalezco y cuando todo, todo aquello, ha concluido ya.)

En este punto donde arranca la pista abrazamos a algunos viejos camaradas que ahora, en este instante, han sido relevados de las posiciones más peligrosas para venir a este lugar, donde tampoco van a estar precisamente cruzados de brazos. Son Luis Nieto, Gregorio Miranda, Salvador López de la Torre, el pequeño Gaceo y un centenar más de los mejores escuadristas de aquel «tiempo difícil». Tienen todos el rostro ennegrecido por el humo y la pólvora y un mirar distraído y febril. Sonríen y bromean y al hacer sus relatos recatan la aventura personal. Otros nos dirán lo que ellos no nos dicen. De sus labios recogemos, junto con la impresión directa y próxima, los consejos precisos para que aquello no nos pille de nuevas.

Cuando nosotros entramos, fatigados, en la primera «posición» (llamaremos así a la menos avanzada), llega también a ella la «sección» de nuestra compañía que participó en la defensa. Con su llegada vamos a tener una idea precisa de cómo siguen las cosas por estos lugares. Cuando la «sección» está cerca, un grupo de ametralladores rojos intenta asaltarla partiendo del bosque. Desde la entrada opuesta oímos el tiroteo y el ruido sordo de las granadas de mano y aceleramos nuestro paso, sin saber de seguro de qué cosa se trata. Pero ya la «sección» ha rechazado al enemigo y penetra en el claro doblemente triunfante. En un trineo rudimentario traen un cuerpo muerto y sobre los hombros de sus camaradas se apoya un herido. Ha sido el tributo a la

sorpresa. El teniente Ussía, que manda la «sección» y se ha batido arriba muy valerosamente, tiene en el rostro demacrado un gesto doloroso. Pronto otros nuevos datos van a completar el cuadro de nuestra nueva situación. Mientras hago mi guardia, en las horas primeras de la noche, unos impactos de lejana procedencia se estrellan contra el muro a mis espaldas después de acariciarme los oídos, y, allá a la medianoche, los obuses, medianamente certeros esta vez, hacen retumbar la estancia en que nos hemos alojado. Mientras algunos se calan los cascos, uno guiña los ojos con malicia y nos dice bienhumorado: «Creo que ahora vamos a estar a nuestro gusto». Y alguien replica sonriendo: «Y hasta sospecho que demasiado a nuestro gusto». En tanto, los que han venido de la segunda posición duermen a pierna suelta su fatiga de seis días y seis noches heroicos.

Frente de Rusia, invierno de 1941.

Andrés Oncala
(seudónimo de D. R.)
[*Arriba,* 21 de febrero de 1942]

EL COMBATE [1942]

El ataque ha comenzado con sorpresa. Las posiciones se confunden y un grupo de casas pasa a ser enemigo, y, en torno a esta instantánea confusión, el cerco se consuma sin perdonar un solo emplazamiento ventajoso. El terreno no ha permitido ni permitirá obras un poco serias de fortificación: a lo más, unos frágiles refugios protegidos con troncos de árboles y alguna trincherilla que cubrirá la pierna escasamente. La batalla va a ser a cuerpo limpio; batalla de increíble desproporción, sostenida a fuerza de ingenio y a fuerza de valor. La primera reacción española es un «revolverse» portentoso. No se pierde un centímetro más de terreno. La confusión se aclara, las ofensivas —algo que es como una marea que se repite día y noche en oleadas incesantes— se aguantan a pie firme. El contraataque siembra el espanto y multiplica por

ciento el denuedo de cada uno. Sobre los núcleos mejor aislados laten con intensidad de derroche las armas gruesas del enemigo. Los aviones pasan y repasan. Se ha puesto en fuego un polvorín, que, si bien disminuye los recursos, establece de por sí, en su lenta y sucesiva explosión, una zona invulnerable de defensa: un arma nueva e imprevista. Al fin se acercan los refuerzos; dos, tres «compañías» y la «sección» de antitanques, el fuego de cuyos cañoncitos va a ser decisivo. Avanzan combatiendo a paso sereno. Se recupera pulgada a pulgada lo perdido, se incendian casas, se destruyen armas enemigas, se define y organiza la posición y el combate crece en seguridad, en firmeza y en aplomo. Al sexto día el enemigo se ve forzado a renunciar. El coronel que mandaba las fuerzas se suicida. La alegría española —una alegría grave, recatada, serena— crece y se difunde por todos los ámbitos anhelosos de la División. La posición «primera» ha sufrido hasta la llegada de los refuerzos y aun después ataques muy duros, pero ni siquiera la comunicación entre ambas ha podido evitarse. En una y otra se han renovado casi por entero los cuadros de mando, valerosos y firmes. Cada soldado ha superado la medida de la eficacia humana. Eran, si lo queréis en números, muy cerca de diez mil los que atacaban, y la guarnición defensora no pasó en ningún caso de los quinientos hombres.

Si quisiera detallaros en anécdotas este suceso, fabuloso en conjunto, tendría que contaros justamente quinientas anécdotas personales, con quinientos protagonistas de mítica calidad; pero si queréis alguna, ahí van ésas:

Éste es un muchacho de dieciocho años; no recuerdo su nombre. Es un estudiante del SEU. Es enlace y ha recibido al mismo tiempo una orden, un parte verbal urgente y una herida en el cuello. El camino —no llegaron aún los refuerzos— está cercado por el enemigo; no importa; Dios sabe por qué artes de milagro llega de la «primera» a la «segunda» posición. Cuando llega ha añadido a su cuerpo dos heridas nuevas. Pero el mensaje no es sólo para esta posición y debe intentar llegar al lejanísimo puesto de mando. Se le intenta detener. Sufre con simulada paciencia una cura provisional y, sin que nadie repare cómo, se escabulle para llegar hasta el final, casi sin sangre, a través de 16 kilómetros de acecho enemigo. Dirá solamente como comentario: «Me acordaba de José Antonio, y eso me ha dado fuerzas».

Otra. Ésta va unida a un nombre que os es familiar: su protagonista es Luis Nieto, el viejo jefe de centuria, sargento ahora entre nosotros. Ya, en un instante, al man-

do de su pelotón, ha sido atacado por una compañía entera; la situación se apura; él está en pie, tranquilo y fuerte. Manda calar los cuchillos y suena el «Cara al sol», furiosa, iracundamente entonado: «A ellos». Y la «compañía» entera, atónita como ante el milagro, deja caer las armas y levanta las manos. Pero ahora va a ser más: allí, en la linde del bosque, hay una «máquina» enemiga demasiado bien manejada. Tiene ya sobre sí demasiadas bajas. Luis toma una parte de su pelotón y se dirige al bosque; es aún el instante confuso; el enemigo está en todas partes. A cuerpo limpio y con bombas de mano la ametralladora queda alcanzada y rendida. El regreso es aún un combate más duro, pero se regresa.

Y, permitidme el orgullo de Arma, esta última: En el límite del bosque ha aparecido un tanque. Ha quedado allí parado y constituye un fortín artillero de primera eficacia. Un sargento de mi compañía, el sargento Sancho, un mallorquín con los nervios templados, busca por el día un lugar conveniente desde donde tener «a tiro» el mastodonte. El lugar ha de ser fuera de las líneas y muy aislado de ellas. Por la noche, con dos hombres (un cabo con medalla militar y el cabo Briones, el más humilde y valeroso soldado que conozco, y un sirviente, Manolo Sainz de los Terreros, viejo camarada), arrastra la pieza hasta el lugar conveniente, mal encubierto por una oscuridad que resplandece. Al primer destello del amanecer y al segundo disparo el carro ya ha dejado de existir. Ahora hay que aguantar hasta la nueva noche, convirtiendo el antitanque en isla donde van a romper todas las furias; hay que tirar a veces a impacto directo y a menos de veinte metros; no obstante, la hazaña se consuma con éxito.

Os repito que el anecdotario sería inacabable y el citar nombres quizá peligrosamente injusto. No es demasiado decir que cada uno ha rebasado el heroísmo. Veo algunos heridos (ayer al buen Fernando Reyes, que se ha sostenido sin evacuar cuatro días y se mantiene firme como un atleta) y todos están templados de sereno orgullo. A otros no los veo ya ni los veré; la gloria cuesta lo que vale. Aquí, bajo estos arcos de ladrillo, ha caído Sanfort, el viejo escuadrista; tuvo aún justamente el tiempo para decir, ahogadas las últimas sílabas, el fresco «¡Arriba España!» de su fe. Allá arriba ha caído, a su vez, una de las más delicadas y firmes esperanzas de nuestra Falange intelectual: el estudiante Eugenio Arizcun, de las filas del SEU antiguo y prometedor como muy pocos. Y con ellos, de los que representaban la constancia tenaz, de los que

representaban la amanecida ciertísima, tantos y tantos. Estas tierras se pueblan de cruces y ellos en presencia verdadera van adueñándose de nuestra alma obediente. Es la presencia que nos sostiene y espolea ahora que la tregua corta del amanecer va ganando con el sueño la fatiga de nuestro cuerpo.

Frente de Rusia, invierno de 1941.

A. O.

[*Arriba,* 25 de febrero de 1942]

[1942] NUESTRO VIVIR

Queridos amigos: Quizá ahora, en esta «posición» a la que hemos venido, es la buena ocasión para que yo os cuente un poco de lo que es nuestra vida de soldados en campaña a miles de kilómetros de la Patria. Es difícil que no hayan presentado ante vuestros ojos o que vosotros mismos, según vuestro humor, no hayáis conjeturado una doble, diversa e igualmente inexacta visión de nuestra existencia. Por un lado os habrán ofrecido de nosotros una visión descansada y feliz, como de envidiable aventura. Esta visión se habrá confeccionado bajo un designio desvalorizador o bajo una inhumana frivolidad retórica.

Por otra parte, no faltará la versión infernal, lamentatoria, desmoralizante y pesimista. La verdad, queridos camaradas, suele ser más sencilla y también más jugosa que el prejuicio. Cuando yo os escribo estas cartas (guiado de un prurito de veracidad que se reduce al área corta de la propia experiencia, a riesgo de defraudar vuestra curiosidad, necesariamente extendida a todo el frente inmenso que nuestra División defiende) no dejo de tener presentes aquellas dos maneras extremas de contar la guerra de las que tan tenazmente tenemos que apartarnos si queremos llegar a una mínima justicia, a una mínima exactitud. Se puede contar la guerra de una manera realista, bajamente realista, como a través de la experiencia del animal humano, despojado de espíritu, sufriendo en la soledad de sus instintos. Así nos contaron la gue-

rra los derrotistas judíos del año 20. Podía ser incluso cierta toda la anécdota de sus relatos y la operación sería ilícita y parcial. Ni siquiera era humana aquella posición, puesto que nada es tan inhumano como querer reducir la persona del hombre a la pura entidad física, a la pura mitad bestial. Para que yo os sirviese una visión amarga de esta vida nuestra tendría que recurrir, infielmente, al mismo escamoteo o, dadas las distintas circunstancias morales del hombre-soldado, a un escamoteo aún más injusto. Se puede contar también la guerra, o se ha contado, con una recusación ciega y obstinada a toda física realidad, bajo la ligereza de una borrachera retórica y arenguista, a la manera de algunos de aquellos «relatores» que tan escasos servicios prestaron a la nuestra. Para ofreceros de «esto» una versión almibarada o de permanente transfiguración, nada tan aconsejable como ese método floreal e histérico.

Llanamente, como viene siendo, nuestra vida se asienta en una penosa aspereza, en una cruda realidad de dureza y fatiga; pero se alza también fácilmente y sin perder el pie, a través de una firme creencia, de una terca voluntad, de una fresca conciencia moral, hacia el animoso respiro de un aire de alegría, de serenidad y de ilusión.

Áspera, penosa, ilusionada, presurosa, alegre. Así, compleja pero simplicísimamente, es esta vida nuestra de soldados lejanos. No creo que exista una persona sana, con salud esencial en el alma, para quien una guerra no sea, a la larga, una buena experiencia, provechosa y fortalecedora, ya que no jubilosa. Queda el cuerpo probado y sometido, lleno de enérgica destreza, lleno de casta humildad. Queda el alma serena, triunfante y levantada. Queda el corazón, en esta descuidada niñez del soldado, fresco y sencillo, como acabado de nacer. Queda, en fin, la cabeza despejada y esclarecida, aireada de más franco realismo, despojada de calenturas y enrevesamientos, dispuesta a una nueva ingenuidad o llaneza de conocimiento, a una más esencial profundidad de juicio, a una más elevada capacidad de reflexión. No niego lo que la guerra tiene como escuela de humillación y de resentimiento para el enfermo, para el monstruo, para el Remarque de cada hornada militar. No niego lo que la guerra tiene de escuela de pereza y desaliño para el zafio y abandonado, para el abúlico y para el amoral. Pero esto, y digo vida militar donde escribo guerra, no es sino un extremo más de su virtud, a la que se añade esta del conveniente y justiciero «cernido» de los seres para la vida. Que no olvidemos, no lo olviden los retóricos del histerismo ro-

mántico, que se combate, se vive militarmente para vivir, y en nombre de la vida, de la Eterna, si lo queréis remoto, y de esta misma de todos los días, que debe ser conquistada y merecida para que sea nuestra y no de otro ni de prestado; de la vida justa, de la vida como paz dormida y militante.

Ahora bien; si el soldado sano debe sacar de la guerra esta alegría fuerte, que es el fruto de su mejor conquista, el de la conquista de sí mismo; es decir, si al soldado fuerte le produce desdén toda literatura de la lamentación, pensad que, en cambio, porque su alegría es severa y penosamente conquistada, no podrá soportar ninguna clase de juegos florales sobre la realidad de su heroísmo.

Vuelvo con esto a nuestra vida, ni blanda ni apesadumbrada, ni idílica ni espantosa. ¿Vivimos bien o mal los españoles a través de la dura campaña? Si ese vivir bien nos lo ponéis en una categoría burguesa y material, os diré que aquí vivimos mal, pero muy mal; si lo ponéis, por el contrario, en un plano moral, de ejemplaridad y gusto de la conciencia, os diré que vivimos muy bien, tan bien como no volveremos a vivir en nuestra vida.

Frente de Rusia, invierno de 1942.

A. O.

[*Arriba,* 27 de febrero de 1942]

[1942] LARGA NOCHE EN EL FRENTE RUSO

Ahí, en el otro ángulo, están los tres más conocidos amigos de la chabola. Enrique Sotomayor es sólo visitante de ella, su «sección» está arriba, en la «segunda posición», soportando, por supuesto, bombardeos mucho más graves e intensos y alarmas incesantes. Ha bajado hoy, y anuncia que seguirá con nosotros cuando salgamos a relevarlos. Toda su figura es juvenilmente poderosa, fuerte y dura; toda su fisonomía —irónica, inteligente y un poco atónita por la miopía— está llena de un júbilo varonil y deportivo. Está a su gusto; no puede soportar la idea de que otros estén

más metidos que él en el combate, y ahora realmente no tiene de qué quejarse. De los tres, por supuesto, los otros son Aznar y Ridruejo; hablan y hablan sin concedernos atención. Les invitamos a entrar en tertulia; el café se calienta en la estufa, y hoy ha caído entre nosotros, por vía de milagroso paquete, una botella de coñac verdadero. Uno de ellos, no sé cuál, nos dice regocijadamente: «Vamos allá; terminemos de concluir el pacto de los tres mosqueteros». Solamente mañana o pasado va a subir la «sección». Como es natural, todo el resto de la tertulia va a quedar empleado en hablar de aquella «posición», prueba definitiva de los nervios, en torno a la cual ya se adivinan nuevas concentraciones de fuerzas de refresco, esta vez incalculables.

De vez en vez se rompe la ilación de la charla: entra uno, sale otro; como ya cierra la sombra, es preciso atender al relevo del puesto, que hoy bate la ventisca cegadoramente. Los que regresan de él se pegan a la estufa, un poco jadeantes de frío. No son las cinco aún y ya hace una hora que es de noche. Hasta bien entradas las nueve no habrá roto el amanecer su cerco de sombras. En este tiempo nadie puede moverse de su puesto y está vedado a todos transitar a lo largo del camino. Quizá al amanecer nos toque —va el servicio corriendo por secciones o compañías— hacer la patrulla exploradora que debe abrir el camino frente al peligro de las minas y emboscadas hasta el confín del bosque, allá cerca del río. Por eso no conviene retrasar el descanso, el descanso que cada hora se verá interrumpido, si logra establecerse, por relevos, alarmas, cañonazos y paso de aviones.

Pasan dos horas, tres. Cenamos frugalmente «en frío» y ocupamos nuestro sitio en la paja, por la que ruedan terroncillos desprendidos de las paredes. Los sucesivos «imaginarias» van cuidando del fuego, que se bate sin éxito completo con la corriente helada de los huecos de acceso. Caen, más cerca o más lejos, cañonazos, que no interrumpen los últimos comentarios traspasados aún de nuestro buen humor. A medianoche, en cambio, la aviación nos saca a la trinchera. Pasan, se alejan, vuelven. Son sólo tres aviones; pero su ofensa o su amenaza, su presencia o su espera, dura, casi hasta el alma. Entramos y salimos. Mientras el temor se retira del pecho, la ira crece y lo invade: una ira maldiciente y cruda. Ahora, en una pasada, se suceden las bombas hacia nosotros; la última ha caído solamente a diez metros; he sentido la onda explosiva, separándome de tierra, y la metralla silba y se extiende sobre nuestra cabeza.

La ametralladora canta en vano hacia las estrellas. En vano, pero desahoga la rabia de la pasividad.

Al fin, el humor impone su defensa; no es cosa de temer toda la noche, y las últimas excursiones nos encuentran con pereza de abandonar el lecho. Recuento: poca sangre. ¡Y para esto tanto ruido!

Cuando aún es indecisa la luz, alas amigas pasan bien formadas, serenando su vuelo hacia objetivos distantes. Con luces, las tres luces encendidas, discurren por el cielo como constelaciones móviles y sonoras. Como astros que nos dejan frescos aires de paz.

Frente de Rusia, invierno de 1942.

A. O.

[*Arriba,* 14 de marzo de 1942]

[1942] LA «POSICIÓN» FALANGISTA

Habrán sido, quizá, 4 kilómetros de marcha, en hilera cautelosamente espaciada y con el palo de la bomba bien apretado en la mano, y ya tenemos a la vista esta «segunda posición» tan obstinadamente atacada, tan terca y milagrosamente defendida. Van a volver para ella y para las de atrás los días apretados y duros, y nosotros estaremos dentro poniendo nuestra parte en la hazaña de todos. Allí está: una cuesta, imperceptible casi, la separaba de nuestros ojos. Ahora la dominamos por entero desde estos pequeños fortines de la «posición intermedia» (ésta nunca tuvo nombre geográfico propio) que protege la entrada del claro largo y estrecho. Nos queda solamente un kilómetro, el kilómetro azaroso y «batido». La hilera se espacia más aún; hemos de entrar de uno en uno. El «12,40» enemigo está tirando sobre lo que resta de caserío con segura regularidad. De disparo a disparo no transcurre un minuto. Se oye la salida, el silbido chirriante del proyectil (¿por qué extraña ese ruido matinal en un cielo tan fosco?) y el pequeño volcán de la caída que se abre en la nieve dolorosamente. Vamos pasando; aquí baten las ráfagas de ametralladora, aquí mortero, aquí

antitanque, aquí el cañón que pasa y explota a 20 metros. Es preciso afrontar y sortear estos peligros. La operación encierra un cierto gozo deportivo: los miembros se agitan, la sangre se anima y acelera, juega y vence la voluntad y cada salvamento está lleno de alegría. La «posición» parece desierta, todo el mundo está en su sitio y en esta hora de luz no se transita sino para lo más imprescindible. Dos, tres casas tocadas por «obuses» o granadas de «antitanque» arden con un color que, entre tal tierra y tal cielo, parece frenético. Hemos llegado a nuestro puesto, donde uno ha de quedarse de servicio. Un joven camarada, sonriente y tranquilo, espera allí el relevo. Faltan aún para llegar al «refugio», a lo que va a ser nuestra casa, unos 200 metros; los recorre una breve zanja que allí llaman «camino cubierto» y que apenas defiende la rodilla. Por aquí es incesante el fuego de fusil y de «máquina», pero aun hoy de alejada procedencia y escasa puntería.

Al fin llegamos a entrar. No se trata de una maravilla. Esto que ilusionadamente llamamos «refugio» no es sino un trincherón largo y estrecho con techumbre de troncos y tierra. No es lo bastante alto para estar, bien erguido el cuerpo, de rodillas, y respecto a las otras dimensiones baste decir que hemos de estar sentados con las piernas extendidas y la espalda en la pared unos frente a otros: mi casco es, contra la tierra cubierta de tablas, mi almohada, y los pies de mis compañeros, sentados enfrente, los brazos de mi «sillón». A un extremo se abre, con fría bocanada, la puerta, en la que se tuerce y prolonga, ya sin techo, la trinchera. Al extremo opuesto, una cocina rústica que nos ahuma lentamente. De los troncos del techo cuelgan trozos de cable que, ardiendo muy despacio, nos prestan una luz mortecina, y, pese a nuestras mantas, el suelo no es un halago para los huesos. Pero, con todo esto, no tardamos demasiado en encontrarnos instalados y casi a gusto. Somos gentes aquí de buen conformar, y la imaginación nos presta lo que nos debe. Por otra parte, antes de mucho tiempo desahogaremos este espacio, haciendo que algunos vayan a ocupar otro «refugio» próximo recién desalojado.

Aprovechamos —en las primeras horas de la noche— la única tregua de calma de que vamos a disponer, en días y días, para reconocer la «posición». Las dos casas que estaban ardiendo ponen dramática la noche; un camarada nuestro, que es veterano aquí y dispone de una casa que se obstina en habitar, pese a la amenaza artillera, nos conduce por el laberinto. Son filas de casas como en cualquier poblado;

pero, claro es, la palabra «laberinto» no se refiere a cosa tan sencilla, sino a aquella otra de conocer puestos de mando, zonas constante y certeramente batidas, puestos y emplazamientos. Respecto a lo de «zonas batidas» más rigurosamente, nos convendría averiguar cuáles son las que no lo están, porque, pese a la calma de la hora, adquirimos muy pronto la sospecha de que las balas enemigas transitan por todas partes con libertad campal. No obstante, hay un punto especial: el pozo, que, de existir una sed verdadera, se hubiera convertido en el tema de una situación trágica de novela —medio suplicio de Tántalo, medio cuarto de Barba Azul—, porque unas máquinas en perpetua vigilia vetan su cercanía. Muchos de los puestos están, como el que nosotros vamos a defender, en la cuneta de la pista que pasa por delante de las casas. Al extremo, otras casas emboscadas son ya posiciones enemigas y es temible la confusión. Nos acercamos a alguno de los puestos en que los tiradores vigilan en sus pozos y comprendemos al llegar que, a pesar de la sombra, nuestra visita no es nada discreta; en el bosque centellean las bocas de fuego y algún mortero deja caer su mole inesperada y traidora por donde nuestro movimiento se ha hecho visible.

Regresamos cuando la luna empieza a levantarse. Cuesta un poco de tiempo el acomodo que apenas merecía la pena. Antes de medianoche se abre la tempestad con violencia. Acudimos al puesto; el enemigo no parece atacar pero crece la avalancha artillera. Suponemos que el asalto comenzará cuando ésta acabe, y nos disponemos a edificar con nuestra fe la fortaleza del «refugio» mientras la tierra se llena de temblores y el fragor se hace próximamente impresionante. Al cañonazo suelto le sucede el fuego rápido «por batería» y luego el fuego a discreción. Después es todo un puro tropel de obuses, se confunden salidas y llegadas y, en el hielo desbaratado, parece que redoble un inmenso tambor. Cañones de diverso calibre, morteros, antitanques, todo, durante algunas horas, se acumula de tal modo que la metralla parece haber sustituido al aire. Tenemos la sensación de que una mano de milagro aparta de nosotros el peligro mientras el retumbante testimonio de su inminencia tensa nuestra atención hasta la máxima tirantez de los nervios.

Frente de Rusia, invierno de 1942.

A. O.

[*Arriba,* 8 de abril de 1942]

LOS CUADERNOS DE RUSIA [1941-1942]

[Selección]

4 DE JULIO

Para desear esta intervención —y también la personal— en esta guerra, ¿cuántas razones de desilusión que no quiere rendirse a su evidencia —de desesperación que quiere esperanza— puramente personales, aunque no solamente «privadas», se me juntan a las otras razones oficiales, claras y objetivas? Diría —aunque parezca exceso— que España se nos ha hecho más agria y triste que nunca. Casi todas mis ilusiones —nuestras ilusiones— políticas, sociales, estéticas naufragan en una mediocridad perezosa y envanecida que, por lo mismo que simula lo que debería ser y no es, cierra el paso a toda esperanza normal.

Intervenir ahora será cuando menos romper esta costra nacida de una victoria demasiado confusa. Acaso este esfuerzo pueda tener una reversión «civil», hacia nuestra interioridad política y social que otra vez…

También en lo personal íntimo rompo así con una crisis de inadaptación o de desencanto. Que no es tristeza sino viva exasperación contra casi todas las realidades en las que vivo. Decepción. Insuficiencia de mi tarea política (que nada puede); poquedad de mi obra literaria, adulada por otros pero nada satisfactoria para mí; atasco de otras muchas direcciones de mi vida…

No será necesario que recite en este diario las otras razones —las generales y públicas— por las que he deseado y en parte promovido este hecho de la División Azul. Bastará anotar que no lo entiendo como «hazaña anticomunista» (vindicativa o simbólica) sino sobre todo como intervención mínima y posible, de España en la guerra (en toda la guerra). Por solidaridad para con un esfuerzo o un dolor del mundo (de unos y de otros). Por adhesión a una esperanza de mejor orden universal. Por conveniencia de estar presentes con algún título en la hora decisiva, porque ya no hay destino particular de nación alguna que quede fuera de tal decisión.

La víspera de la declaración de guerra de Alemania a Rusia, nos reunimos a comer en el Ritz Ramón Serrano Suñer, Manuel Mora Figueroa —¿acaso otra persona más?— y yo. Serrano expresó del modo más concreto su decisión de formar un cuerpo expedicionario de voluntarios para pelear contra Rusia en el mismo momento en que la guerra —que él estimaba próxima en el plazo de pocas semanas— estallase. No sin puntualizar algunos matices (en previsión de evitar un enunciado anticomunista demasiado simple), Mora y yo asentimos plenamente, y a lo largo de la comida se estudiaron los detalles concretos del proyecto. Mora y yo manifestamos nuestra decisión de ser —desde aquel momento— alistados como voluntarios. A las cuatro de la mañana —no lo esperábamos tan pronto— me llamaron por teléfono del periódico *Arriba* para decirme que las tropas alemanas habían tomado la ofensiva. Heme pues voluntario efectivo.

Hoy, a las siete de la mañana, he acudido a la explanada de la Ciudad Universitaria con algo como un par de miles de falangistas más. Camisas azules con los brazos remangados. Lo que pudiéramos llamar ambiente de 18 de julio. Pésima organización. Se trataba de hacer los primeros encuadramientos. De los cuatro mil y pico alistados en Madrid, casi dos millares deberán ser rechazados so pena de que la División sea amplia como un cuerpo de ejército. En el transcurso —un tanto fatigoso— de la mañana ha habido de todo: entusiasmo y mal humor, bromas e improperios.

La constitución de la División ha sido uno más entre los innumerables temas de fricción política en el Gobierno. Planeada como cuerpo expedicionario de falangistas, el general Varela ha querido convertirla en unidad regular del Ejército español sin color político alguno. Se le ha hecho ver que esa fisonomía era demasiado comprometedora para el Estado. Ha habido un arreglo de término medio: el Ministerio de la Guerra pondrá los mandos profesionales y la Falange reclutará al voluntariado. La polémica ha afectado también al nombre: «División Española de Voluntarios» (así queda oficialmente, según Varela); «División Azul», según bautismo de José Luis de Arrese —nuestro reciente y pobrecito secretario general—. Me parece un nombre algo ridículo pero tendrá éxito. A la masa falangista le irrita ya —desde ahora— no sólo toda esa cuestión o regateo sino el husmo de la misma disciplina militar «profesional». Sin embargo esto último no sé cómo podría eludirse.

Por mi parte he trabajado en la preparación de todo esto en la medida en que me correspondía. He escrito un manifiesto y una circular que oficialmente cursará el secretario general, algunos artículos y todo lo que es corriente en tales casos.

15 DE SEPTIEMBRE

Aún en Radozscovice he visto pasar un grupo de judíos, marcados, abatidos, con la mirada vaga. No sé de dónde ni hacia dónde. Pienso —mientras siento una gran piedad— que una cosa es la comprensión de la teoría y otra la de los hechos. Comprendo la reacción antisemítica del Estado alemán. Se comprende por la historia de los últimos veinte años. Se comprende —aún más hondamente— por toda la historia. La ira alemana no es sino un episodio. Esto ha sucedido antes y seguramente sucederá después de una o de otra manera. Esta persistencia del pueblo judío y este cíclico retorno a la destrucción del templo —allí donde se haya levantado y de cualquier forma que haya sido: por el poder, por la riqueza, por la acción directa— es uno de los problemas más fascinantes de la historia. Sin creer en la efectividad de la culpa y la maldición remotas no se entiende esto. ¿Sucederá mañana en los Estados Unidos lo que hoy en Alemania? Pero si esto —e incluso las particulares razones nazis— se comprende, deja de comprenderse tan pronto como nos encontramos en concreto, cara a cara, con el hecho humano: estos judíos traídos a Polonia o extraídos de ella que sufren, trabajan, probablemente mueren. Si se comprende no se acepta. Ante estos pobres, temblorosos seres concretos, se hunde la razón de toda la teoría. A nosotros —no ya a mí— nos sorprende, nos escandaliza, nos ofende en la sensibilidad, esta capacidad para el desarrollo de la crueldad fría, metódica, impersonal, con arreglo a un plan previsto «desde fuera del terreno». El repentino y pasional saco, a sangre y fuego; la liquidación brutal, instantánea, explosiva; el ajuste de cuentas, nos parecen más explicables, más aceptables. Llega hasta donde la sangre llega. Allí —en la sonrisa desvalida de un niño, en la hermosura o decrepitud de una mujer, en el temblor de un anciano— rompe y se disuelve. Esto es sin duda, individualmente, menos cruel, menos salvaje, menos crudo. Pero es peor. Aun tratándose —si se trata— de una sentencia divina,

es triste cosa ser verdugo. No sé si he de lamentar que así sea, pero entre nosotros estas columnas de judíos levantan tempestades de conmiseración en la que, por otra parte, no se incluye simpatía alguna. Acaso, en conjunto, nos repugnan los judíos. Pero no podemos por menos de sentirnos solidarios con los hombres. Sólo tengo vagos datos sobre los métodos de la persecución, pero por lo que vemos es excesiva. Da pena —aparte consideraciones humanas— pensar lo que podría ser la vuelta de esta ciénaga de odio y de dolor si un revés la arrojase otra vez sobre Alemania. Ningún Estado, ninguna Idea, ningún Sueño de porvenir, por nobles, afortunados o hermosos que sean —y yo creo en los sueños alemanes hasta donde puedo creer—, puede tener este poder de indiferencia ante el delicado e inmenso negocio de las vidas humanas sin perjudicarse gravísimamente. En nuestra viva adhesión a la esperanza de Europa que hoy es Alemania, éstas son las pruebas, los escrúpulos más difíciles de salvar. Me consta que en Grodno, en Vilna y en algunos otros sitios, entre nuestros soldados y los alemanes ha habido reyertas y golpes por causa de judíos y polacos, especialmente por causa de niños y mujeres eventualmente objeto de alguna brutalidad. Esto me alegra. Cada cosa debe quedar en su sitio.

Junto a los judíos veo en el pueblo los primeros prisioneros rusos: fatigados, mal calzados, mal vestidos, más indiferentes que sombríos. Sólo tres soldados los custodian. ¿Salvados de la guerra o destinados a un largo sufrimiento? Los prisioneros occidentales que vi en Alemania, excepto en algún sitio los polacos, eran tratados con decoro e incluso con bondad; así lo parecía. Éstos, por lo que dicen, innumerables a lo largo de los frentes, no es fácil que puedan serlo tanto. No me sorprende sentir —no ya en mí sino también a mi alrededor— que no existe por nuestra parte sombra de aversión ni antipatía hacia estos enemigos. Curiosidad y honrada compasión humana. ¿Quién podría personalizar en unos hombres la culpa de un Estado ni en un pueblo la de un Régimen? Nosotros —tan distantemente extranjeros aquí— no podemos tener cuestiones de rencor por la tierra ni por la raza. Idea contra idea, los hombres nada tienen que ver en esto.

Los rostros de los moradores de la aldea —redondos gorros de piel basta con orejeras, pañuelos de colores— tienen un rostro más temeroso y más hostil que los pasivos prisioneros.

15 de septiembre. Tarde. Pista de Minsk

Imágenes y reliquias de la guerra —más humanas que unas casas bombardeadas— nos van apareciendo en esta etapa del viaje. Vamos —hemos ido— en dirección a Minsk y más allá en dirección a Smolensko. Allí arde ahora la batalla por Moscú. Con un cierto agrado recibimos la noticia de un pequeño retroceso alemán. No es que nos alegremos. Pensamos, sencillamente, que esto nos da tiempo a llegar. Toda la División —demasiado optimista respecto a la guerra— es pesimista respecto a nuestro papel en ella. La idea de desfilar por Moscú sin combatir es un espectro del ridículo que no abandona a los nuestros. Cualquier detención es, así, bien recibida.

Llanura ya esteparia. Luego bosque espeso, cerrado —nuevo para nuestros ojos meridionales—: un bosque encharcado, de hondo perfume; oscuro, con grandes abetos y pinsapos que lo ennegrecen más.

Encontramos las primeras tumbas de soldados, puestos bajo la tierra allí donde cayeron. Tumbas con su montón rectangular de tierra fresca; en la cabecera, una cruz. Muchas veces, sobre la cruz o sobre la tierra, un casco de soldado. Acaso el casco lleva el impacto de la bala, o la fractura del metrallazo. Emocionantes estas cruces solas, románticamente perdidas en el bosque, al lado del camino o dentro, en la espesura, en medio del fangal, junto a troncos de álamo derribados. Con frecuencia la tierra se ve herida por los cráteres de las bombas. Otras tumbas están agrupadas: tres o cuatro soldados, jóvenes de carne y hueso como nosotros, que iban a la guerra. Algunas tumbas tienen un vallado de troncos finos de álamo: plateados, negros. Hay cruces de carpintería, trabajadas, con tablillas de madera que tienen un nombre en letras góticas y la cruz gamada o la cruz de hierro. Las más de ellas son rústicas, elementales: dos troncos sin desbastar. Algunas no son cruces verdaderas, los brazos caídos se juntan en la punta del mástil, en ángulo agudo cuyo vértice apunta al cielo: son como saetas. Signos ígneos, paganos, de la vaga mitología restaurada. En el opulento paganismo del bosque tienen sentido. Aun en algunos sitios un grupo de tumbas está rodeado por un círculo de tierra decorada como un parterre de jardín. A los lados hay rústicos bancos. Sobre todas las tumbas —aun las más humildes y apartadas— hay flores todavía lozanas.

Otra vez la estepa. El bosque otra vez. Luego, por largo espacio, el paisaje se hace serenamente tierno: grandes planos y ondulaciones verdes; en los oteros, grupos

noblemente melancólicos de abetos enormes. Hermoso, suave, triste, no sin grandeza, bajo el endeble sol. Apenas, robando un mísero sustento al bosque o a la estepa o turbando el discreto verdor del prado, una rara casa de modesta factura.

Por alguna ignorada razón —siempre son ignoradas si es que existen estas razones— hemos hecho un alto ante un largo recuesto de pradera verde que sube a la izquierda de la carretera con abetos solemnes como penachos en lo alto. A otro lado se ve un fondo de paisaje bravío y recostado en un ribazo, un pueblecillo recogido en torno a una torre alta y aguda. Nuestro cocinero aprovecha el alto para comprarle a un pastor que vaga por el campo una ternera y dos ovejas. Pero es preciso cautivar a los animales que están en libertad, y así el suceso se convierte en un juego de acoso o de cacería. La ternera trisca y salta, levantando sus patas traseras como si cocease, por sobre sus pastos natales, graciosamente.

Junto a la cuneta un soldado se ha echado a dormir, acariciado por el sol. Sus compañeros le han plantado, sin que se diese cuenta, una improvisada cruz, rematada por su propio casco, junto a la cabeza. La broma, de dudoso gusto, no ha gustado nada al durmiente cuando ha despertado. Los presagios son cosa incómoda cuando se va a entrar en combate.

Sigue aún nuestro viaje buena parte de la mañana. Viajamos por carreteras secundarias y de escaso tránsito aunque seguramente hemos rebasado la altura de Minsk. Sufrimos un despiste y el convoy ha de maniobrar para volver a buen camino. Ahora atravesamos un paisaje abrupto, movido, de grandes perspectivas que el sol y las nubes hacen vario y cambiante. Los relieves de la tierra son grises y morados. Al fin tenemos repentino acceso a la gran pista asfaltada —capaz para seis u ocho coches juntos— que va de la frontera a Moscú. Minsk, la capital de Rusia Blanca, eludida, queda a nuestra espalda. Smolensko a nuestro frente, todavía quizá a 300 kilómetros. Sin recorrer mucho espacio, acampamos a no más de 50 metros de la pista. En ésta el movimiento de vehículos y convoyes, con tropas, con material de guerra, con avituallamientos, es incesante. Por el cielo truenan constantemente los aviones. De los caminos laterales desembocan frecuentemente enormes rebaños de prisioneros de guerra. El panorama, confinado entre dos laderas, es corto y aburrido. Hay casas diseminadas, las más de ellas vacías, deshechas, averiadas. Hay algunos largos barracones en el mismo estado. Sobre el campo, manchas de humus esparcido que parecen

reliquias de incendios. Algún pastor, con pocas y dispersas cabezas de ganado, pasa por la parte alta de las serrezuelas. Tan pronto como acampamos hay cinco o seis campesinos —medio campesinos medio vagabundos— que se nos acercan solícitos, deseosos de ayudarnos a cambio de algo con que puedan comer. Me sorprende la diversidad racial de los tipos: hay un mocetón alto, vestido con uno de esos característicos chaquetones rusos guateados, negro. Tiene el rostro aplastado y amarillento y los ojos oblicuos. Sonríe siempre, parece confianzudo y lo hace todo con diligencia. Otro, de edad madura, es achaparrado y tiene una cabeza aplastada y grande, el rostro con facciones desmedidas, brutales. Otros dos tienen los ojos claros, narices finas, cerúleas, barbas y bigotes rojizos, y el pelo sucio les cae sobre los cuellos de unos medios abrigos deshilachados que ciñen a la cintura con una cuerda. Lentos, desganados, pasean un hábito de resignación y servilismo. Las botas altas de fieltro, muy usadas, aún entorpecen más su andadura cansina.

Entre maderos carbonizados que surgen de la tierra como los brazos de un enterrado vivo —retorcidos, implorantes— hay un pozo con aguas turbias y verdosas. Nos han advertido —para de aquí en adelante— que las aguas de Rusia son malas para beber. Sólo filtradas con mucho esmero son potables. Las de este pozo son especialmente repulsivas. Apenas si vertidas en un abrevadero para animales que hay próximo al pozo —cavado en un tronco de árbol— sirven para nuestro aseo. Una pértiga con un gancho al extremo sirve para extraer los cubos que frecuentemente se quedan abajo. Pese a todo esto nuestro camarada Muñoz Calero, con el pretexto de recoger su brocha de afeitar caída en un descuido, se ha desnudado y ha bajado al pozo, ayudado por la pértiga, para tomar un baño. Se le oía rebufar abajo, pues el agua, además de hedionda, estaba helada.

Los de mi grupo han organizado su refugio en una casa desbaratada. Yo, como siempre, continúo mi vida en el coche. La tarde se consume como otra cualquiera. De vez en cuando me molestan para que intervenga en las actividades culinarias de la comunidad. Siento un gran fastidio por esta monótona ocupación. Cuando comer es ocupar la mitad del tiempo de que se dispone en tal cuidado, la cosa deja de tener gracia. Por otra parte, y a pesar de tantos trabajos, la «media» de nuestra alimentación es bastante sobria y yo casi empiezo a desear que desaparezcan las posiciones eventuales y que sea el cocinero el único responsable de nuestro estómago.

La intensa y visual presencia de España aquí —recordada, repensada— sigue trabajando en mis largas horas de ocio. Esta nostalgia tranquila ha descargado en dos poemas. Un soneto que ya escribí en Radozscovice y pongo en limpio ahora y el que sigue a continuación, tensamente escrito poco antes de escribir esta nota.

8 DE OCTUBRE

Desde anteayer estoy acatarrado y con destemplanza, lo cual perjudica, además, mis sobrias digestiones. Pese a ello he soportado, sin otro quebranto que el indispensable, una noche literalmente cruel. La sección entera ha estado desplegada hacia la retaguardia o frente de enemigo teórico, con turno frecuente de guardia toda la noche y toda la noche, vigilando o no, a una semiintemperie lloviznante y helada. Nuestro puesto era un trozo de campo de labor limitado por un seto y vecino de otros muchos campos matemáticamente iguales e igualmente limitados. Con otras tantas máquinas y piezas antitanques emplazadas hemos vigilado dos ángulos: los puestos de tirador en el seto mismo; el campo visual limitado al área de terreno inmediata; el campo auditivo turbado por el constante rumor del follaje, el salto de las liebres o de otros animales, el rumor de la lluvia y la caída de las hojas. Pero el temor propio de un terreno aún no explorado, de una situación nueva, ha quedado totalmente absorbido por la tortura física del frío. Tortura de la que ni en vigilancia ni en descanso era posible huir. A fin de prevenirla habíamos montado un pequeño refugio aprovechando una fosa honda abierta en el campo y en la que habían caídos algunos maderos. Hemos hecho un hogar con salida de humos y chispas y hemos cubierto la fosa con las telas impermeables. Inútil. La tierra está empapada. El frío cala hasta el fuego mismo. Si un trozo de nuestro cuerpo se tuesta hasta la quemazón, el resto se hiela hasta el entumecimiento. No es posible además, ni aun estando sentado, levantar la cabeza. Debemos estar encogidos e inmóviles. Casi es peor que la intemperie y con frecuencia salimos a ella a mover los pies. Las ropas están mojadas y los cascos chorreantes. Hemos hecho los puestos de media en media hora, relevándonos constantemente, para no entumecernos del todo. En fin, la incomodidad sólo se ha terminado con el amanecer, que, como ahora los días son ya cortos, ha venido tardío y pausado.

Luego no había modo de reaccionar y dormir. El coche helado. El pajar sin puertas ni ventanas donde duerme la «sección», también frío y húmedo. He vagado al aire libre, castañeando los dientes, hasta que el teniente Calvo me ha ofrecido asilo en la casita que se han arreglado los oficiales. Le han dado, por cierto, un gracioso aspecto de refugio de cazadores de pieles: hay en efecto unas pieles astrosas y varios pares de esquís en las paredes; una mesa larga ante las ventanas y unos camastros de paja, separados con tablas puestas de canto, al fondo. Y hay, sobre todo, una cocina caliente que ha secado mis ropas y ha calentado el café confortante que me ha vuelto en mí. Allí he dormido, un poco febril pero descansando, hasta mediodía.

Luego me he vuelto a vivir al coche, frío pero independiente. Por la tarde unos «ratas» rusos han disparado unas ráfagas sobre nosotros, y nosotros, con la ametralladora montada para el tiro contra aviones cerca de un seto, hemos disparado también. Unos y otros en vano. Ellos, es lo cierto, nos han lanzado su salva con desdén y como de paso.

9 DE OCTUBRE

Esta noche la guardia ha sido en el campamento. Más cómoda y suave. Con frecuencia han sonado motores y se han oído ráfagas de ametralladora disparadas sobre la carretera.

Conservando el coche para dormir, paso gran parte del día en una casa algo apartada de las otras y que Armando ha tomado como «enfermería» —él está a cargo de la sanidad en la Compañía— y residencia. Allí lo encuentro inclinado sobre una mesa, desarmando pacientemente una maquinaria de reloj con ayuda de un bisturí y de unas pinzas. La familia que ocupa la casa es una familia letona, de las que hay muchas en la comarca y, por lo tanto, «amiga». Los alemanes usan como colaboradores a los miembros de estas familias letonas. El hombre de la casa tiene, incluso, un fusil para su defensa. Son, en cierto modo, antipartisanos. De buen grado han cedido para nosotros uno de los tres compartimientos de que dispone la casa. Es espacio suficiente y estamos en él aislados. Rige un aseo conveniente y el moblaje es más bien decoroso. Dos armarios dividen la pieza y hay, aparte mesas y sillas, un armónium en

el trozo que nos sirve de sala. Sobre el armónium hay unas cuantas fotografías familiares. Sobre uno de los armarios, un viejo sombrero de paja de hace treinta años comprado en una sombrerería de San Petersburgo llamada Le Bon Goût. Hay también un calendario con los fastos bolcheviques. Hojeándolo vemos un rostro conocido. Uno de los niños de la casa, un guapo niño, nos lee los caracteres rusos del pie. Nos dice con sonido correctamente español: Dolores Ibárruri.

Por la tarde nos visita —viene en una motocicleta en la que deportivamente ha hecho toda la marcha— el catedrático José María Castiella; un vasco grande, de rostro apacible y largas y plausibles ambiciones y capacidades. Es enlace del Cuartel General y tiene trato frecuente con el general. Incluso sospechamos que va para *manager* político de éste, como el mismo Sotomayor. El general mismo ha inspeccionado el campamento a mediodía y Manolo Mora, que venía con él, nos explica que la ofensiva de Moscú ha dado ya como resultado el copo de setenta divisiones rusas. Esto puede ocasionar un despegue de los rusos de nuestro sector y, en consecuencia, nuestro avance en persecución de ellos. A nosotros nos ofrece una inminente actividad de exploraciones y golpes de mano sobre los grupos de guerrilleros acogidos al bosque.

Por su parte Castiella hace subir la cifra del copo a cien divisiones y profetiza el pronto derrumbamiento del sistema militar soviético y nuestra marcha al asalto de Leningrado. «Pero acaso el fin de la guerra nos sorprenda antes.» Nos ha recorrido un sentimiento mixto de alegría y despecho. Pero, en fin, no son sino conjeturas.

Por la tarde, al anochecer, tenemos que emplearnos todos para sofocar un incendio. Estas isbas arden como yesca. A fuerza de arrojarles tierra y gracias a que la isba es pequeña y endeble, las llamas quedan contenidas en poco tiempo. No obstante el brasero bajo la capa de tierra arde hasta la mañana, chisporroteando.

24 DE NOVIEMBRE

Otenskij es infinitamente melancólico. Lo es por su ruinosidad sucia y desordenada y porque la nieve, que es lo más bello cuando aparece intacta, es lo más feo y miserable cuando aparece hollada, maculada, andrajosa. Aquí lo está, al menos en el espacio que incluye la posición propiamente dicha, y es en vano que el cielo la res-

taure piadosamente cada día. Es triste también por la sensación de soledad y de prisión que el cerco del bosque, horizonte único, impone al claro, demasiado pequeño para que el espectáculo de la nieve no manchada alcance a dar otra impresión que la del frío. La sensación de ratonera pronta a cerrarse del todo y, en potencia, cerrada ya es muy deprimente. El límite del bosque parece así doblemente aterido, húmedo, sombrío y amenazador. Son también melancólicas las cosas esparcidas por el suelo. Entre nuestro dormitorio y nuestra máquina hay un cañón volcado, un cañoncito ruso inservible, y un caballo muerto que el hielo conserva intacto, con su gran vientre y su gesto de agonía entre los dientes. Hay también cajas abandonadas, montoncillos de escombros, armas rotas, prendas de vestir desechadas, huellas de explosiones y trocitos de metal fundido y medio calcinado. Siempre me han entristecido mucho las cosas pobres, rotas y abandonadas. Pero lo que imprime a Otenskij una melancolía definitiva —y definitivamente es ya sólo melancolía— es la luz del día y de la noche. El día es una sombra de tal. El sol, muchas veces neblinoso, apenas se levanta sobre los árboles. Su esplendor es como reverberante y lunar. Los dos crepúsculos casi se juntan, son largos y tristemente bellísimos. Sobre el bosque se detienen inacabadamente unas tintas como masas casi sólidas de luz, como penumbras coloreadas, como irreales transparencias, que fingen mares a veces, mares azules y verdosos, mares rojos, anaranjados, dorados. Otras veces no son mares sino murallas delicadamente transparentes pero no obstante cerradas. A veces, en fin, son como cortes o abismos entre el bosque y el cielo. Gran parte de la noche aún dura una vaga luminosidad verde sobre las murallas de la arboleda. Una línea de un verde más pálido —el bosque ya está negro— que contornea las copas. De la nieve emerge entonces una luz agónica y gris entre la que las cosas, las sombras, se hacen movedizas e inciertas. Es una luz reverberante y opaca que parece aumentar la sensación de frío.

No parece que estemos solamente unos kilómetros más lejos de todo lo nuestro que hace unos días. Parece que estamos a varios mundos de distancia y a varios siglos. Por otra parte se ha acentuado la dureza de nuestra vida material y la sensación de peligro. Esto nos confina en el presente de un modo brutal. No se recuerda apenas y apenas se proyecta. Por una parte las necesidades animales nos tienen mucho más inmersos en nuestro medio y en nuestro instante. Por otra parte la sensación de estar sobreviviendo cada día nos da una plenitud, una sensación de suficiencia del mero

existir que son difíciles de explicar. Si hay algunas horas en que la melancolía recrudeciéndose da en nosotros un precipitado de nostalgia, esto es durante la noche, entre servicio y servicio, cuando la desazón de los parásitos, el frío o la intensificación del hostigamiento artillero nos tienen desvelados. Es entonces cuando veo a los otros, en su penumbra, silenciosos, inactivos y metidos en sí mismos. Una gravedad nueva relaja los rostros que no están vigilados por las propias conciencias. Se ven rictus de cansancio y ojos que miran vagamente; fisonomías que no dan al exterior. A la poca luz —triste luz danzante de la cocina— veo a algún camarada que con gesto de asco y resignación, el torso desnudo, va revisando sus prendas íntimas de vestir para librarlas por unas horas de sus menudos y repugnantes huéspedes. No olvidaré el gesto del pobre y delicado teniente Ussía, héroe ayer, haciendo esta penosa operación. Hay humo y malos olores en el ambiente; se oye roncar a algunos soldados que acaso son los que acaban de llegar de refuerzo o los del servicio de patrullas: los muros se conmueven cuando ha estallado cerca una granada; se siente que la paja sucia sobre la que descansamos es un extenso criadero de piojos y que el prurito y la suciedad de nuestra piel no tendrán remedio. Una conformidad que ahora es pasiva nos va anestesiando y entonces aparecen paisajes idealizados, llenos de nuestras cosas y de nuestros seres queridos.

Hasta que el centinela de turno regresa para que nosotros tomemos su puesto. Entonces, con la actividad o el peligro, la melancolía se disipa y el animal presentista vuelve a cubrir toda la conciencia. El medio que lo determinará ahora, más que el peligro, será el frío, un frío que al salir de la estancia parece estallar dentro de los huesos como una caja de luz que casi nos desvanece. Un frío que luego, poco a poco, nos penetra de fuera adentro como mordeduras pequeñas y cada vez más penetrantes, como agujas, hasta dejarnos totalmente doloridos y luego, poco a poco, anestesiados y ajenos. Hay a veces al cabo de ese experimento del frío momentos de evasión del cuerpo, de verdadera libertad y para mí hasta de rica meditación. Pero se sabe que hay que patear y moverse y frotarse el rostro que se agarrota con los músculos inmovilizados, para evitar que el frío se nos coma realmente, que realmente nos devore algún miembro. Tocar ahora sin guantes un metal, la máquina, por ejemplo, es asegurarse una verdadera quemadura, dejarse una banda de piel muerta. Permanecer con las orejas descubiertas —y cómo no si es preciso vigilar bien— y no frotarlas con nie-

ve es asegurarse la tremenda hinchazón primero y la pérdida de las mismas, caídas como hojas secas, después. El gordo Agustín, por ejemplo, que no tiene buena circulación, regresa siempre del puesto con las orejas coloradas y dobles de su tamaño. Yo, magro ya como una pavesa, me defiendo mejor. En los puestos no pasa hora sin alarma, justificada o dictada por cualquier equívoco, y sin que canten las máquinas. Este mínimo sobresalto es estimulante y bueno; rompe la tensión de la vigilancia y evita un olvido de sí mismo peligroso. Desde el puesto —se tiene casi la certidumbre de no ser tocado por ellos— es casi divertido sentir el paso de los obuses, ya a poca altura, silbando de un modo penetrante, creciente, que barrena los oídos, y escuchar y ver su explosión cien metros más allá, detrás de la masa del monasterio, que casi nunca es tocado verdaderamente. Entonces como nunca se siente dormir a la posición, que no obstante vela en muchos puntos, y se siente la mezcla de orgullo, responsabilidad y abandono de la propia vigilancia.

He de anotar aquí que, aunque no eximido, sí me tienen muy aliviado del servicio nocturno las diarias conspiraciones que para ello traman cada día mis camaradas, que, a veces, falsifican el sorteo para darme las horas menos ingratas y otras aprovechan mi sueño para hacerme saltar mi turno. La medio verdad medio leyenda que hay sobre la mediocridad de mi salud les mueve a estas protecciones que practican con tal delicadeza que no es posible tener por ello la menor sensación humillante. Aunque en tales cosas Agustín lleve la voz cantante, todos los demás multiplican celosamente su iniciativa. Se diría que mi salud y mi vida son un patrimonio que la Compañía entera se siente obligada a cuidar. Lo mismo están a evitarme riesgos no inevitables. Es una sobreestimación de mi valor, de mi futuro, que yo no comparto pero que ciertamente me conmueve. Hace mucho tiempo que empezó a manifestarse en una atmósfera de cariño, de simpatía y, por parte de muchos, incluso de veneración. Ahora se ha acentuado la cosa y casi me avergüenza sentirla, al par que me obliga y me emociona. Todo ello hace que las durezas de esta vida me parezcan pocas.

Melancólico, tiroteado, bombardeado, sufriendo tal o cual noche un conato de golpe de mano, con frío y malos alimentos y no mucho mejores albergues, Otenskij es, con todo, y en relación con Possad, una verdadera retaguardia pacífica y un jardín de delicias. Lo de allí, pese a la calma relativa de ahora, es vida de guerra en su últi-

ma expresión de riesgo y de incomodidad. Hoy he conversado por teléfono —línea esta que los partisanos rompen con persistente frecuencia— con los de la 3.ª sección que están allá, arriba decimos aquí, sufriendo sus penas. He escuchado la voz del teniente Calvo, dispuesto siempre al laconismo y a no dar importancia a las cosas, y la de Enrique Sotomayor, que está encantado de su vida mala. También y con gran alivio he hablado con mi cuñado Luis, por quien tanto temí los días anteriores a nuestra llegada. Todos se esfuerzan por dar una versión rosada de su situación, pero admiten que no es aquélla una vida para mucho tiempo. Un poco demasiado convencidos de que Otenskij es la paz, se quejan de su penuria de alimentos y piden que se establezca un servicio para subirles rancho y café calientes. Sin estos auxilios el frío los está agotando. Si el servicio se establece serán en esto del calor por vía digestiva más afortunados que nosotros.

3 a 7 de diciembre

Possad será en mi memoria un acontecimiento continuo en que será difícil precisar las fechas y las horas. Días y noches han estado confundidos en una sola y prolongada tensión.

Para subir a Possad con mi sección hube de desobedecer una orden. Pude hacerlo porque la orden suponía un privilegio o un intento de excepción. La orden procedía del comandante Chau Chau, que subió a la posición con el coronel Rodrigo, y éste la había recibido del Cuartel General, donde la había recabado el nuevo teniente coronel jefe de Sanidad. Era la orden de presentarme a este último sin pérdida de tiempo. Rogué al capitán informase de no haberme podido dar semejante orden por estar ya en Possad. Si llegaba a ser relevado de allí, ya tendría ocasión de cumplirla. Luego conocí el secreto de todo este barullo. El tal jefe de Sanidad traía órdenes de Serrano de gestionar tan pronto llegase al frente mi retirada de los lugares de mayor peligro a pretexto de mi mala salud. Serrano estaba excesivamente temeroso de que pudiera sucederme algo irreparable, lo estuvo conmovedoramente desde el primer día. Pero por necesidad, por deber, no por vanidad ciertamente, yo debía cumplir mi cometido hasta el último instante. Lo otro hubiera sido incurrir en una simulación. Aparte de esto, ahora me interesaba la

experiencia de Possad. No dejaba de temerla, pero la curiosidad y un deseo de poner las cosas de mi alma en ese cabo peligroso me empujaban allí. Así pues, subí. Con la orden desdeñada había recibido también un cargamento de cigarrillos, del mismo remoto origen, con el que pude llenar los bolsillos de casi todos mis compañeros de sección. Excelentes cigarrillos Chesterfield, *made in* casa del aliado de nuestro enemigo, menos asistido a este respecto por el aliado que yo. Lo cual era divertido.

A pie, despacio, uno a uno y en fila, con una bomba en la mano cada cual, salvamos los 4 kilómetros escasos de Otenskij a Possad. Un sol tenue sobre la nieve casi intacta, heladísima en las cunetas, resbaladiza. El bosque a los lados casi alegre esta tarde, salvo su última espesura cerrada, enmarañada y llena de posibles y repentinas bocas de fuego. Silbaron algunas, pocas balas, disparadas de lejos. A unos 500 metros de Possad el bosque se abre ya un poco como iniciando el claro. Hay allí dos pequeños blocaos con unas piezas de antitanques nuestras, que aseguran, hasta donde es posible, el paso franco y previenen contra un cerco completo. Pocos hombres de guarnición. Los hombres son aquí avaramente administrados. Los blocaos llevan el nombre de «posición intermedia» o a secas de «la intermedia». Tienen unas chabolas-refugio bien construidas, un cerco de trinchera y algunos «nidos» y parapetos. Fuertes sumarios e improvisados. La tentativa de quemar una amplia zona de bosque para alejar un peligro, el peligro del literal emboscamiento del enemigo, fracasó aquí como en la otra pista porque la humedad de las maderas, de los troncos, resistió al lanzallamas y a la hoguera de gasolina.

Possad está ya a la vista de «la intermedia». Unos restos pobres de una pequeña aldea y un camino que pasa. El claro, no muy amplio, en torno. Se ven unos relieves de parapetos bajos. Se ve y se oye explotar, varios al mismo tiempo, los obuses, lanzados sin descanso y sin precipitación, como los astros de Goethe. Se oyen silbidos de balas, un repiqueteo confuso y extenso de disparos, unos tableteos frecuentes de ametralladoras. Se nota el movimiento en el bosque, especialmente por el sureste: el bosque muy ennegrecido. Hay caballos muertos en el camino y en el claro, en tierra de nadie. En momentos de hambre algunos soldados nuestros se han arrastrado a estos caballos helados para robarles con sus machetes unos cuantos trozos de carne que la necesidad hace comestibles. Lejos se ve un tanque roto y abandonado. Se ven en el pueblo varias columnas de humo de los incendios.

Hay que pasar ahora cautamente, sin hacer notar el movimiento de relevo, de uno en uno y muy separados, dando algunas rápidas carreras para salvar los puntos enfilados por las máquinas o las zonas en que estallan obuses. Las amenazas de mortero no pueden esquivarse, pues éstos no enfilan lugar fijo ni se avisan: caen verticales y súbitos como rayos y verlos es ya morir. El juego —aquí tableteos y silbidos, allá tenderse para que pase gimiendo, llenando el casco de su resonancia, explotando como un volcán más a la izquierda, el obús—, el juego tiene algo de ligero, deportivo, gozosamente emocionante. Hay una loca y clara ufanía tras cada obstáculo vencido. Es una breve y alegre embriaguez. Alcanzamos el puesto, «nuestro» puesto. Es una «máquina», la primera de la posición, la más occidental, apuntada hacia el sur desde el borde de la pista. Se sirve desde un pozo no muy grande y livianamente parapetado. Ahora hay allí de rodillas, un poco sentado, un muchachón sonriente. Uno de los hermanos Chicharro. Tomamos a la izquierda, hacia el norte, en ligera pendiente, el llamado camino cubierto. No cubre a nadie más arriba del tobillo, porque, poco hondo ya en su origen, la nieve lo ha llenado a medias. Hay que correr otro poco, saltar afuera y ahora, bajo un fuego bastante nutrido, salvar un trecho de unos metros para caer en una trinchera, ésta ya más honda, que está delante de un pajar, cuatro muros de troncos y un techo de paja. En el suelo mismo del pajar continúa la trinchera, pero ahora cubierta ya por un techo de rollizos y tierra que no soportaría el impacto directo de un mortero o de un obús. Es el refugio. Un agujero lóbrego y estrecho. Se puede estar, a lo más, de rodillas. De otro modo se puede estar, a lo más, sentado, con la tierra como respaldo y un lecho de paja como asiento. Al fondo hay una hoguera protegida con unos ladrillos y provista de un respiradero que devuelve el humo hacia el interior. Hacemos luz con un candilito improvisado metiendo una gasa retorcida en el cuello de una botella de petróleo. Otras veces la luz es un trozo de cable eléctrico que arde lentamente. De la boca de la trinchera entran soplos de aire helado. Si caigo cerca de la hoguera me quemo medio lado y me dejo helar el otro medio. Si caigo lejos, me hielo los dos y sigo respirando humo. La oscuridad, el humo y luego el súbito esplendor de la nieve, vividos en frecuente alternancia, han hecho enfermar de los ojos y hasta han cegado temporalmente a algunos camaradas que nos precedieron. Ahora vamos quedando aquí bastante apiñados. Los pies de mis dos vecinos de enfrente me rozan los dos costados. Yo rozo con los míos un costado

de cada uno de ellos. Si entra alguien de nuevo y quiere calentarse ha de gatear y casi rodar sobre nuestras piernas estiradas. Cualquier movimiento es embarazoso. Aprenderemos a estar quietos y a economizar energías. Del techo y de las paredes cae tierra. La artillería está batiendo, a tiro por minuto, todo el espacio próximo a nuestro albergue. Si tocara al pajar, éste, incendiado, se nos vendría encima. A cada tiro las paredes, la tierra misma, retiemblan y la llama oscila y a veces se apaga. Estamos instalados. Entre la guarnición de la máquina y la del antitanque próximo somos aquí un grupo de dieciséis a dieciocho hombres. La otra mitad de la sección servirá otra pieza y otra máquina casi al otro extremo de la posición. Por lo que vamos a saber cada puesto es casi autónomo, como una pequeña isla. Las comunicaciones, si el fuego se intensifica, serán demasiado costosas para frecuentarlas. Algunos enlaces irán y vendrán llevando órdenes y recabando noticias. Pocas veces repetirá su viaje uno mismo. Dura poco un enlace en Possad.

A media tarde el fuego de baterías y morteros empieza a hacerse más denso. Ha crecido sobre la frecuencia y densidad de los días anteriores. Para un recién llegado pudiera decirse que es infernal. Los antitanques rusos han puesto fuego a dos o tres casas más. Fuera, en el puesto, el frío es violentísimo y las balas silban un poco altas pero copiosas. No se ve al enemigo, oculto en su bosque. La ida y la vuelta, del refugio al puesto y de éste a aquél, sigue siendo un azar con un gusto medio jubiloso, medio palpitante.

Antes de cerrar la noche entran en el refugio mi cuñado Luis y Enrique Sotomayor. Éste, con el casco un poco echado para atrás dejando ver la frente ancha y unos rubios rizos rebeldes, viene soplándose los dedos y diciendo medio en broma: «Remarque, completamente Remarque». Y ahora, salvo el estado de ánimo, es rigurosamente cierto. Ésta es una cueva de guerra de las más sombrías y aniquilantes. Luis se ha dejado unos mostachos grandes y cuenta con su ancha sonrisa de lobo, de colmillos grandes, las cosas más tremendas sobre la vida de la posición. Presiente que están empezando otra vez las horas malas. Él sabe cómo empiezan, pues es hoy el más antiguo entre los soldados de Possad. Esto le permite hablar con naturalidad y suficiencia de los riesgos habituales de la posición. En rigor, no difiere su tono del que emplearía contándolo un año después —si lo cuenta— en cualquier café de la España neutral. Él debe cuidar aquí del buen estado de la línea telefónica. Esto le expone

a diario a muy peligrosas descubiertas, pero parece estar seguro de su experimentada invulnerabilidad. Todos aún bromeamos en esta última tarde. En adelante, cualquier broma será sólo un recurso postizo para darnos ánimos. Por cinco o seis días ahora vamos a estar seguros de morir a cada instante y, en todo caso, de no escapar con vida de la ratonera que implacablemente va a ser cerrada y batida de forma incontable. Tendré siempre durante estos días una resistencia, una fe ciega en mi sobrevivencia, una íntima convicción de no estar maduro, de no ser apto para la muerte. No la apeteceré, no la aceptaré ni por un instante. Pero racionalmente todos nos estaremos diciendo sin decirlo, con sólo mirarnos, que nuestro fin es seguro e indefectible. No somos ni siquiera quinientos hombres y van a disparar sobre nosotros docenas a acaso más de un centenar de cañones, morteros, antitanques y el mortero nuevo y especial de veinte disparos conjuntos que la broma divisionaria llamará más tarde «el organillo» y que dispersa metralla por más de medio kilómetro cuadrado.

Es hacia medianoche cuando la batalla comienza a arder mucho más violenta que la vez primera. Y ahora que hemos visto periódicos rusos en que se hablaba de «la gran batalla de Possad» sabemos a qué atenernos. El coronel jefe de las fuerzas que atacaron entonces se suicidó. Hubo escarmientos graves, fusilamientos, destituciones. Si ahora atacan será para no cejar, para aplastarnos aunque tengan que echar sobre quinientos hombres una división entera.

El comienzo ha sido una intensificación del fuego artillero. En un momento dado los sonidos de salida y explosión dejan de distinguirse. Hay como un redoble continuado, bárbaro y ensordecedor. Hemos empezado por creer que esto sería lo habitual, puesto que acabamos de llegar. Pero pronto salimos de duda. La tierra se estremece como en un terremoto continuo durante más de una hora. Como una lluvia gruesa se oye el romper de las balas contra los muros del pajar. Durante esa hora es imposible ni intentar el relevo del puesto —hay dos hombres allá— ni oír su señal de alarma por bombas de mano. Bajo este diluvio de obuses y morteros una bomba de mano es literalmente un vagido imperceptible. Cuando amaina un poco el fuego grueso sabemos, sin duda, que van a atacar los cuerpos de infantería y salimos todos del refugio, saltando sobre nuevos hoyos, sobre cráteres recientes que llenan todo el espacio hasta donde está la máquina. El ataque sigue, en efecto. No viene de frente hacia nuestro sector sino más hacia el este, pero disparamos tanto como nos es

posible. Se ven masas un tanto informes rastreando y levantándose. Luego vuelve el gran fuego y nos retiramos al refugio. El juego se repite toda la noche, en creciente. Se diría que es materialmente imposible que, al menos una vez, no acierten un cañón o un mortero con nuestro refugio mismo a pesar de su estrechez, o al menos con el pajar. Vemos cómo unos antitanques lo buscan y en alguna ocasión lo atraviesan. Pero habrán de acertar en el techo para que arda. Otras cuatro o cinco casas más están ardiendo. Desde «la intermedia» nuestros cañoncitos disparan sin descanso. Es un alivio saber expedito el camino. No se comprende cómo el enemigo no ha empezado por cerrarlo. Parece que pretendan el aplastamiento frontal, sin maniobra alguna. Y así es, por torpe que ello sea y para fortuna nuestra. La posición, entrevista en las idas y venidas entre refugio y puesto, tiene un aspecto fantástico entre incendios, explosiones, cruces de balas trazadoras de antitanque y fusil y fulgores de bengalas y de cohetes de señales. Es infernal pero vivamente hermoso. Hay luz de luna sobre la nieve, una luz metálica, fría, cruel. A veces pasan aviones, pero es tal el fragor de las otras armas que no podemos saber si descargan o no. Los veteranos de nuestra guerra civil juran que jamás han visto en sus días una semejante concentración de fuegos en tan pequeño espacio.

A todo esto lo peor es la incertidumbre. No sabemos nada de nuestra sección, de nuestro teniente, de nuestros amigos, del resto de la posición. Estamos en el sector más castigado por las armas gruesas, que quieren poner a la posición un tapón de metralla. Por eso nos vemos menos hostigados por la infantería. No hay enlace que pueda llegar aquí si no es cosa de vida o muerte. Pero lo es para nosotros y al fin, cerca del alba, aún la batalla en gran tensión, se van Agustín y Polín a buscar noticias. Los veo ir y perderse entre explosiones que cada vez creemos los han deshecho ya. Aún están fuera cuando un herido —se llama Bernal, de los nuestros— entra arrastrándose en el refugio. Tiene el cuello cortado no a mucha profundidad por un casco de metralla. Le alcanza hasta la boca. Parece degollado en el primer momento. Se queja con débil voz. Lo curamos como podemos. Nos dice que el teniente ha caído y todos los demás con él, no sabe si heridos o muertos. Ha sido terrible. No sabe más. No puede hablar ni coordinar. Tiene fiebre.

Regresan Agustín y Polín indemnes. El fuego ha cesado casi del todo con la proximidad del día. Siguen los cañonazos numerables y las ráfagas y la fusilería más es-

paciadas. Se ha rechazado el ataque pero con muchas bajas. Hemos estado a punto de ser envueltos y destrozados. Bartolí ha sido herido, no se sabe de qué gravedad. Tres o cuatro más han sido heridos, otros tantos han muerto, aún no se sabe quiénes. Se supone que uno es de seguro Enrique Ruiz Vernacci, el pequeño Vernacci, el segundo de los tres hermanos que paga tributo. Ha desaparecido Sotomayor, acaso esté en algún refugio. Tampoco han hallado rastro de mi cuñado. En su refugio, el comandante García Rebull, recién llegado al mando, recién ascendido también, estaba sin insignias y tartamudeando. Resulta que es tartamudo de modo inevitable y que era su ascenso reciente quien le tenía sin emblemas adecuados. Pero de primera intención estos datos habían sido observados como señales de catástrofe cierta. Más tarde se vería que García Rebull era un jefe sereno, imperturbable, inteligente y bravísimo. A sus dotes se debe en buena parte que la posición pudiera resistir tantos días como se creyó conveniente.

El humo, el hambre, las frecuentes entradas y salidas —al salir un resplandor parece estallarme en la cabeza: es el golpe del frío y la luz— me han enfermado. Estoy febril y aunque procuro disimularlo no tengo fuerzas, estoy extenuado. Una bomba de mano lanzada por mí pone en peligro antes a mis camaradas que al enemigo asaltante. Me mantengo no obstante, ahorrando la energía que puedo, durante los días 4 y 5, hasta la tarde del 6. Son estos tres días como un solo día continuo, alucinante. Hay pocas horas de sueño y reposo. Duelen los huesos si se permanece sentado mucho tiempo. La bárbara concentración de materiales explosivos del día 3 aún crece su cantidad pasado el mediodía del 4. Entonces entra en acción «el organillo», que es como un tambor en loco redoble sobre el campo. Y sigue así en los días sucesivos; cuando amaina es el asalto. Y vuelve a empezar. Dentro del refugio, en las horas de bombardeo, he aprendido muchas cosas. He aprendido a rezar el padrenuestro, a comprender su perfección, su suficiencia. Nada queda fuera de esta oración divina. Nada es necesario añadir, nada falta. Todo cuanto el alma puede decir y pedir a Dios está en esas palabras. Lo he sentido en vivo en las horas de desasimiento y desnudez definitiva en que todos nos creíamos condenados a muerte y habíamos llegado a estar perfectamente serenos, casi diría impasibles. No he podido inventar plegaria alguna que me acercase más a mis ultimidades, que me dejase tan cierto de haber tenido una verdadera comunicación con la divinidad y que me hubiera remitido a su

albedrío tan perfectamente. También he aprendido a amar la vida en sí, con ser tan poco, y a amarla con gratitud, despojada de cualquier condición. Pocas horas de mi vida han sido tan sencillamente ricas como estas de Possad, ya casi enterrado y todavía terriblemente vivo. He conocido uno a uno mis apegos verdaderos y mis apegos falsos y también mis creencias verdaderas y las que no llegaban a serlo. Sacudí allí toda mi carga de vanidad como un perro se sacude el agua al salir del baño. Pero otra vez vendrá poco a poco. Pero eso sí, no la recibiré ya sin alguna ironía. Una mutación grande ha habido en mi conciencia y una curación profunda de muchos males literarios, imaginados, circunstanciales. Sé que seré en adelante un hombre infinitamente más sereno que antes.

Lo exterior ya es anécdota, salvo lo que es herida viva. Murió Enrique Sotomayor, el amigo en promesa. Lo sentí como una mutilación. Más suavemente lloré a Vernacci y a los otros. Al pobre Bartolí no podré olvidarle. Recuerdo su expresión cuando subió a Possad. Estaba enfermo y más pesimista que de costumbre. Vestía un abrigo blanco de piel y llevaba al aire la cabeza. Cuando pasó herido por el puesto sabía que llevaba la muerte sobre sí —un tiro en la médula— y se mostraba valiente, sin disgusto grave de terminar.

Otros muchos fueron heridos —de la sección, al final, sólo cinco quedaban ilesos—; un muchacho joven perdió helados los dos pies. Otros perdieron algunos dedos.

Al segundo día la máquina estaba helada y a duras penas podía disparar alguna ráfaga. Se usaban los fusiles y las bombas y, sobre todo, el pequeño antitanque, que una vez fue destruido por un mortero y repuesto enseguida. Los asaltos eran masivos y aullantes. Vimos caer uno a uno a los defensores de una posición próxima. Quedaba uno y la abandonó, pero le acometió el coraje y se puso a cantar el «Cara al sol», como un demonio, negro de pólvora, disparando granadas de mano. La posición le fue cedida por los asaltantes. Jamás veré un milagro del poder de la personalidad como aquél.

Había ya muertos, muertos bien queridos, sobre el techo de nuestro refugio, al resguardo del pajar, que siguió intacto hasta el último momento. No comíamos ni parecían existir para nosotros las necesidades corporales comunes.

El día 5 la situación estaba definida, establecidos los contactos entre los puestos, pero el ataque era más feroz y numeroso que nunca. También Otenskij había sido ata-

cado fuertemente en la noche del 3 al 4. Una preparación artillera intensa y enseguida al asalto, de improviso. Había enemigos dentro de la línea defensiva cuando se dio la alarma. No obstante se les rechazó, y fácilmente. El balance fueron ciento veinticinco muertos rusos tomados dentro del claro, contados y registrados por los nuestros, más los que no pudieron contarse. De los nuestros sólo tres heridos. Un oficial herido, enemigo, fue localizado más tarde en el bosque por una patrulla que mandaba Jiménez Millas. Al ir a prenderlo el herido quiso tirar una bomba de mano y le alojaron una ráfaga de ametralladora en el pecho. Murió. Era el comandante de las fuerzas atacantes y llevaba documentos del plan de ataque y el estado de fuerzas. Chevelevo había sido atacado del mismo modo que Otenskij, aunque con menos intensidad. En conjunto es una división entera de soldados siberianos, completamente frescos, la que está atacando. Los muertos de Otenskij estaban —habían estado— bien equipados, con botas y gorro excelentes y capotes rudos pero gruesos. Llevaban macutos repletos de bombas de mano y también de tocino y otros alimentos apropiados al frío, así como botellas de vodka, de la que estaban henchidos al lanzarse al ataque. Ni Otenskij ni Chevelevo han sido aún atacados de nuevo, pero parece seguro que lo serán. Ahora ya no cabe duda ni sobre la inmensa superioridad del enemigo ni sobre su intención de expulsarnos o aniquilarnos. Los altavoces claman antes de los ataques, en breves instantes de silencio, refiriéndonos verazmente la situación propia, hablando del derrumbamiento de los dispositivos alemanes e intimándonos a la rendición con elogios y bellas promesas. Pero no se piensa sin escalofrío cuál puede ser hoy la suerte de un prisionero español cuando las fuerzas rusas quedan diezmadas a cada asalto. Sin embargo, éstos pueden seguir indefinidamente mientras la posición va consumiendo también a los exiguos defensores y las unidades, fatigadas, que como menudo y graneado refuerzo vienen a suplir escasamente las bajas de cada día, se desmoronan tan pronto como llegan perdiendo en unas horas la mitad de sus efectivos.

Ya el día 5 por la noche Agustín me plantea delicadamente la conveniencia de mi evacuación. Estoy agotado, es cierto. Ya no tengo sensibilidad ni para el peligro ni capacidad de reacción. Estoy en una feliz o resignada indiferencia viendo cómo mi sistema muscular se relaja y para el menor esfuerzo me es preciso desarrollar una energía nerviosa que me deja luego aplanado. Estoy a veces furioso contra mi cuerpo que

no rige, que no aguanta. El frío ha hecho lo más. Al salir afuera casi siempre tengo un desvanecimiento, y la fiebre me trabaja también. Soy ciertamente una ayuda puramente moral y enseguida seré un estorbo, pues todos estarán preocupados por mi incapacidad para correr, saltar o sostener el arma con buen pulso. Me insiste Agustín en el inconveniente que sería cargar conmigo o acomodarse a mis posibilidades de marcha, desvanecido a cada paso, en el caso de una retirada. Pero lo cierto es que no se habla de retirada y nadie piensa en ella sin rubor. Nos tocará aguantar hasta el indudable aniquilamiento, a no ser que haya una reacción alemana que permita a la División concentrarse o concentrar más efectivos aquí. Comprendemos claramente que ha de ser esto o el abandono, y que la tercera solución —el resistir sin ayudas— es la muerte sin validez militar alguna. Pero ya no estamos para estas cosas. Se trata de estar aquí; creemos que un minuto antes o uno después todo habrá terminado. En tal caso lo mismo es un soldado útil que otro agotado y enfermo. Todos valen para morir, y la idea de abandonar ahora y así a los míos me parece insufrible. Sin embargo, en toda la noche del 5 y la mañana del 6, con nuevos ataques y una moral de fría entrega pero de terca resistencia, las insistencias de cada uno de mis camaradas me conmueven. Son sinceras. Quieren que al menos uno que puede hacerlo sin deshonor se salve del final. Las vanidades y las jactancias desaparecieron hace tiempo. El heroísmo no es ya alarde sino necesidad, y muestra un rostro grave, triste, resignado, aun cuando no flaquea. Tampoco es vanidad sino fidelidad al destino de todos, emoción de pura camaradería, lo que me obliga a resistir.

Finalmente el oficial ordena mi salida de modo terminante y comisiona a dos soldados que han traído café caliente de Otenskij —el uno acaba de ser herido levemente— para que me obliguen a salir y me acompañen. Mi resistencia ahora sería aún posible pero ridícula. Siento, sí, como un aire grato, la salvación que me otorgan, pero pienso cuán amarga será si todos los camaradas que dejo aquí llegan a morir.

El paisaje exterior, como cada día y casi cada hora, ha cambiado por completo. Los obuses alteran su topografía, lo excavan y remueven, abren y cierran hoyos y trincheras. Algunas bombas sin explotar relucen siniestramente. Cada metro cuadrado, a excepción de nuestro pajar increíblemente salvo, ha sido trabajado hondamente por la metralla.

Me es difícil llegar hasta el puesto, entre resbalones, tropezones y caídas. El frío es alucinante y las balas silban. No sabe uno si está ileso o herido. En el puesto me reúno con los dos camaradas que vendrán conmigo. Hay otros heridos leves que esperan el momento en que el fuego amaine un poco para lanzarse a cruzar la zona peligrosa hacia la salida, uno a uno. Hasta llegar a «la intermedia» no estaremos libres de la amenaza de las balas. Allí sólo nos quedará la de los obuses. Un poco más adelante, hasta Otenskij, la de los partisanos que dominan ahora intensamente el bosque. La evacuación de heridos así es penosa y, con frecuencia, desastrosa. Muchas veces heridos y camilleros quedan tendidos para siempre en la cuneta helada y llena de hoyos de mortero. Mientras voy ahora hacia delante, los morterazos me siguen o me preceden. No puedo tirarme al suelo, pues me muevo torpemente y el levantarme es un esfuerzo que debo ahorrar. No puedo materialmente correr. Voy a mi paso lento, apoyado en el camarada levemente herido, auxiliándonos los dos y procurando ignorar las amenazas que nos buscan. Es peor que el refugio y que el puesto, pero Otenskij está allá, al final de la pista enteramente despejada. Desde lejos se ve venir por ella una nueva compañía que marcha en fila india. Cuando un poco más allí de «la intermedia» la cruzamos, vemos que la manda nuestro amigo Giner, que será herido nada más llegar, a la puerta misma de nuestro refugio, por una bala que le hará perder temporalmente la vista, atravesándole el cráneo sin matarle. Nos advierte de unas máquinas emboscadas que baten el camino. En efecto, lejos de Otenskij soportamos su fuego sin ser tocados por él. Oímos constantemente el paso, lúgubremente silbante, de los obuses que castigan el monasterio y de los obuses nuestros que alivian Possad en lo que pueden. Allí, en Possad, se advierte ahora una relativa calma. La tregua acaso para el intento de un último asalto. Sigue siendo inexplicable que la vía de Otenskij esté abierta y que «la intermedia» no esté castigada más que por la artillería. Sus cañoncitos antitanques nos han evitado en los días pasados un excesivo acercamiento del enemigo, que se veía en el avance y en la retirada muy castigado por el ataque de flanco de sus rompedoras. Acaso a estos cañoncitos debe nuestro aislado puesto y debemos sus defensores la vida que nos queda. Se presiente, sin embargo, que Otenskij debe sustituir, un día u otro, a Possad como objetivo preferente pese a su mejor situación defensiva. Caído Otenskij, Possad será una fruta madura, caída por su peso.

Hay un ambiente de infinita tristeza a mi llegada a Possad. He de contar hasta el desmayo todo lo que allí ha sucedido y cómo fue muerto o herido cada cual. Los cuerpos de Vernacci y Sotomayor no han sido recobrados aún: están en medio de las dos líneas. Primero cayó Vernacci herido en el pecho, lo siguió Sotomayor queriendo retirarlo y salvarlo. Una bala le entró seguramente en la cabeza, pues lo vieron desplomarse instantáneamente.

Al atardecer me empujan dentro de una ambulancia que saldrá para el hospital más próximo llena de heridos. El capitán se ha opuesto a que tratase de descansar aquí, en el monasterio. Va junto a mí en la ambulancia un soldado con el brazo roto. Lo lleva en cabestrillo y hay en el trozo de escayolado provisional que lo sostiene un charco de sangre coagulada y helada. Otros heridos van acostados en camillas. Algunos gimen levemente mientras el coche salta. Sin novedad pasamos Chevelevo y seguimos la pista paralela al río sin repasarlo. Vamos a parar en Sitno, donde un hospitalillo de urgencia, con quirófano improvisado, está a cargo de Armando Muñoz Calero, en cuyas manos desean caer todos los heridos de la División, pues no sólo lucha por sus vidas sino también por sus brazos y piernas, y donde además encuentran confortación amistosa y abnegada. Mi encuentro con él es ahora una verdadera fortuna. Vengo lleno de dolor, desgarrado por dentro y tan cansado que apenas puedo moverme. La ausencia de estímulos inmediatos, de peligros actuales, me ha relajado por completo. Esta tarde aún sostenía una bomba de mano. Ahora tienen que darme de comer como a un niño. No puedo ni levantar mi brazo. En rigor llevo un mes sin quitarme las botas y cinco o seis días sin comer ni dormir —salvo una hora aislada o una pastilla de chocolate y un sorbo de café—. Casi en volandas Armando me conduce a una casa vecina y me acomoda sobre un colchón, en el suelo; lo más confortable que tiene. Quedo dormido al instante, como una piedra. Durante la noche una escuadrilla entera de aviones arroja bombas sobre la aldea haciendo bastante daño sin que yo logre despertarme, sin que logren despertarme los demás removiéndome vigorosamente. Cuando despierto es ya de día y Armando me ha llevado leche, café y galletas —que un soldado calienta en la cocina— para que me desayune. Estoy débil pero sin pesadez, lánguidamente, dulcemente. Acaso son las once de la mañana. Un soldado venido de Otenskij en la ambulancia última me trae un recado de Agustín. Mi cuñado, que desapareció la noche del 4 para nosotros, ha rea-

parecido sano y salvo tras de sufrir notables aventuras. ¡Qué inmenso alivio al quitarme esta espina! Esto quiere decir también que los otros viven o al menos hasta esta madrugada vivían.

21 DE MARZO

Me encuentro enfermo nuevamente. Tengo fiebre y un desagradable dolor de espaldas. Hace un frío intenso.

Los dos días pasados lo han sido de agradable tertulia en el hospital de Grigorovo, donde fuimos de visita y nos hicieron pernoctar y seguir todo el día siguiente. Hemos visitado las salas de enfermos —están ahora un poco mejor atendidas que en diciembre— y hemos visto al general, que llegaba también de visita.

Es aquí en el hospital donde realmente se vive la vida entera de la División. Nosotros, cada uno en su posición, somos células aisladas e incomunicadas del resto: si uno de nosotros quisiera escribir una historia de todo esto tendría que limitarse a hacer una minuta novela con veinte personajes y, salvo apelación al intimismo, escasísima acción. Aquí, en cambio, se reúne todo, lo de todos y lo de cada grupo, por el tráfico continuo de gentes que van y vienen de todas las posiciones. La historia y la anécdota están al día; lo picaresco y lo heroico se conocen al detalle. Si entre estos médicos hubiese uno con talento literario, haría un libro extraordinario. Claro que en ese libro lo pequeño y lo apicarado tendrían el mayor interés. Lo esforzado y ejemplar es siempre igual, irrepetible como acción pero tópico como relato. Lo otro, en cambio —sobre todo la picaresca riquísima de los soldados y las anécdotas de su relación con el pueblo—, está precisamente individualizado y es de una amenidad y un carácter sin igual.

Hay un oficial médico —aragonés él— que lleva notas de todo lo que sucede. Pena que, siendo inteligente, sea tan pesado y poco gracioso. Repite siempre el mismo chiste: «Aquí todo es de pino menos el pino, que es de *foie-gras*», en el cual quiere representar la prevalencia de los sucedáneos en todos los productos alemanes y la monotonía de nuestra alimentación. Otro teniente, Hernando, el de ambulancias, anota también muchas cosas. Hay con él unas cuantas personas que, en cambio, no

anotan nada y podían muy bien hacer la gran crónica humana de todo esto: crónica terrible y cómica, grande y pintoresca, cruda y tierna al mismo tiempo.

Los muertos de Novgorod —los viejos muertos civiles, resistiendo en sus casas—; la historia del manicomio puesto entre las dos líneas, cruzado por los obuses y al que nadie podía llevar socorros mientras por sus patios vagaban sombras esqueléticas, aterradoras, de dementes en libertad; la tiernísima historia de la enfermera rusa muerta de amor, sin enfermedad apreciable, asomada a su ventana, a la misma hora en que a su novio, un alférez ruso blanco, le pegaban un tiro en el vientre muy lejos de allí. Todas estas cosas dan un fondo dramático, mientras otras, como las mil anécdotas sucedidas en las casas de los campesinos o con los prisioneros, ponen al cuadro pinceladas sonrientes o picantes muy graciosas e ingenuas, aunque siempre dramáticas en su último acento. Y luego la inagotable «pequeña historia» de los desaparecidos o desbandados. Los contrabandistas del Báltico; el que se hace dueño de una peluquería en Vilna casándose con la propietaria; el que se da de baja, como muerto en el frente, y reaparece en Smolensko viviendo en una granja con tres o cuatro mujeres que le sirven y le contemplan; los fingidos oficiales que ponen una «representación» en Riga y uno de los cuales denuncia a los otros porque no le otorgan un ascenso —paranoico quijotesco de la mejor estirpe—. Todo esto y el valor en tensión continua, hasta la superfluidad ornamental más sublime y ridícula, hasta la abnegación más enorme.

Y algún gesto que recuerda el episodio del hidalgo toledano en el *Lazarillo* —de esos ejemplos de pudor y entrañada vanagloria sublime hay aquí millares—: éste es un soldadito que pisa el hielo con unas botas destrozadas —cosa harto frecuente en los meses pasados—, de entre cuyas punteras abiertas asoman los dedos. Un oficial alemán le interpela, asombrado de que así pueda seguir aguantando. Dignamente el soldado asegura que tiene otras botas nuevas de repuesto que reserva para mejores momentos. El alemán no entiende y finalmente exige le sean mostradas las botas. Resistencia en todos los tonos. Intervención de un oficial español. Las botas de repuesto no existen, naturalmente.

Con cosas así y mayores y menores hemos estado regodeándonos en largas sobremesas que, prácticamente, han durado todo el día.

Este regodeo, entrecruzado de orgullo, entrecruzado de ira, es inevitable. Creo que si algo puede definir diferencialmente a esta División de otra cualquiera es el grado de

autocontemplación en que vive. Los más se comportan como si a cada uno lo estuviera mirando el mundo entero y de su conducta dependiese el juicio de ese mundo sobre España. Lo cual no quita que si se pone a abandonarse y a pasarse ese mismo mundo por debajo de la pierna, lo haga de un modo completo, sin alivio. Vistos de cerca y a diario, estos hombres son sublimes y también irritantes. Si su acción es, como ellos, sublime, también es a ratos mentecata, loca e infundada. Pero, en general, me hago la ilusión de que lo sublime pertenece a la base y la esencia y lo mentecato a la superficie y los malos hábitos; que un ambiente, una disciplina, una acción magistral pueden corregir lo segundo mientras nada de este mundo conseguiría infundir lo primero si no estuviese ahí: valor, dureza, soportación alegre, genio de improvisación, cordialidad. Lo peor entre lo malo es la tendencia a la retórica (incluso en ciertas demasías del coraje físico), pero, por fortuna, Rusia va retorciendo el cuello a las declamaciones. Me gusta en todo caso más el soldado que refunfuña que el que declama.

Es particularmente admirable ver a estos españoles tan naturalizados, tan dominantes y al mismo tiempo cordiales y familiares con la gente del país. A veces cruzan rachas de brutalidad tiránica o piratesca. Un soldado le pega un tiro a un alcalde porque discutiendo de unas botas aquél sube la voz de tono. Y otras cosas de soldados que pasan necesidad. Pero esto no es corriente y es, incluso, objeto de reacciones muy condenatorias. Por lo general, los soldados enseñorean de un modo compasivo, elegante, misericordioso. Y la gente, pobre gente martillada por la guerra, les muestra afecto. Naturalmente los nuestros siguen —seguimos— refractarios al idioma local. Ni una palabra o, mejor dicho, unas cuantas palabras castellanizadas ya, como el nombre mismo de las poblaciones (Podvereja = Polvoreja: Possad = Possada, etc.). Los indígenas, y especialmente los niños, nuestros mejores amigos, van, en cambio, tomando nuestro lenguaje con creciente genialidad. Ayer tarde, pasando por Novgorod, vi a un muchacho que iba solo atizando al mal caballejo de un trineo con buenas palabrotas castellanas: «Arre, cabrón, m… la madre que te va a parir». El capitán y yo nos quedamos estupefactos. Él, reflexivo y humorístico, añadió al común y halagado asombro: «Y lo bueno es que también lo ha aprendido el caballo».

En fin, nuestro español no es una maravilla, pero aquí parece un poco mejor que los que pasan por serlo. Pena que esta empresa ni sea la suya ni le vaya a hacer más grande.

Tampoco, en el orden de lo pintoresco, está mal lo que me cuenta un soldado que se ha incorporado recientemente junto con el nuevo capitán, al que sigue. Es un tipo seco, con gafas, bueno y bastante atontado. En «la marcha» —la marcha fue un desastre en conjunto y en detalle— conducía un carro de la hipomóvil. Como el caballo le daba que hacer, cada vez que le hacía un mal tercio, el hombre lo castigaba sin comer. Hasta que se murió.

La moral de la División —aun sostenida por grandes virtudes— está, no obstante, muy en crisis (crisis que se supera solamente cuando tocan a fuego). Se desea el descanso. Se murmura y se rabia. ¡Raza esforzada e inconstante! El pobre general es objeto de no pocos dichos agrios a cuenta de su un poco excesiva afición a declamar y a estar siempre en forma, sin una frase de tibieza o ternura, sin un desmayo, sin una condescendencia. Dice cosas como «mi raza no se cansa», y como las dice a los alemanes las repite a los suyos, ya sean enfermos o sanos, sin comprender que el español y cualquier soldado llega un momento en que aguanta mejor compadeciéndose que jaleándose a sí mismo. Sin embargo, yo me irrito contra los que le atacan. Lleva sustancialmente razón: no podemos con decoro, en una situación que parece bien crítica, pedir descanso ni revelar fatiga. Él no es un buen organizador seguramente, y muchas cosas prácticas van manga por hombro. Pero es un gran jefe, ejemplar, valeroso, rápido en las reacciones, que ha comprendido muy bien cuál es nuestra posibilidad aquí: distinguirnos nos den o no papel para ello. En el fondo refleja la moral media de la División —alerta a la mirada extraña hasta el exceso— y es útil que así sea. O se juega o no se juega.

26 de marzo

Un día, ayer, para señalado con piedra blanca. Lleno, feliz, con un tipo de felicidad en calma, ahondada, constante. Es una felicidad que conozco bien, que he tenido mucho: la de dejarme calar por la belleza de la tierra hasta ser todo yo ella misma. Ninguna cosa me ha dado nunca tanta felicidad, tal embriaguez de estar a punto de ser eterno, como la vivencia de instantes o de horas así. Algún atardecer en Castilla; algún otoño entre arboledas; este viaje de ayer al reino puro de la luz, del resplandor, en que todo era maravilloso.

No se trata, claro es, de nada que sucediese. Sucedió que nos fuimos en trineo a la orilla del lago donde tiene su posición la 2.ª Compañía de antitanques —Iglesias, Josema y otros de Valladolid— a comer con ellos. Lo de allí fue lo de menos: comimos bien, alegremente, cordialmente, en una isba tranquila y casi limpia, servidos por unas mozas frescotas y amables, vestidas ¡por vez primera! con unas blusas claras. Nos enteramos de cómo suceden las cosas en el lago, que es, naturalmente, «tierra o hielo de nadie». A veces aparecen en la costa patrullas rojas de patinadores, astutos, silenciosos y veloces. Llegan, dan un golpe de mano y se desvanecen en la penumbra plateada. No sucede con frecuencia, pero cuando sucede hacen daño y la reacción es siempre demasiado tardía. Junto al lago hay una flora baja, de juncos y otras matas que favorecen la sorpresa. De día, naturalmente, la paz es completa. Pero si esto no da mucha envidia, la da la sobrenatural belleza del lugar: el lago helado es un ascua pura, diamantina con irisaciones increíbles.

Todo el viaje, ida y vuelta, ha sido prodigioso. Un paseo en trineo a través de la estepa parece que no sea nada especial. Dos horas de frío soportable y de clocoteo monótono de cascos sobre la nieve. Pero han sido dos horas de estar como resucitado, en la tierra donde un día se resucitará: gloriosamente.

Blancura y nada más: inmensa y sin fin. De vez en cuando un árbol renegrido, retorciéndose solo. O un molino de viento, pardo como hecho con pura sombra. O una aldeíta con isbas grisáceas de techumbres amarillas, pajizas, o una iglesia con torre y cúpula azul, o una verja abierta a un parque abandonado hace años, siglos, y sin nadie. Puros toques para que la blancura sea más, bajo un cielo gris perla, con una calidad azulada y lechosa en los primeros términos y puramente blanca, solamente luminosa en la lejanía. Y, al final, el lago: como si la llanura enloqueciese de luz, sin término.

La vuelta ha sido más íntima, menos deslumbrada. La nieve tenía una luz rosa. El cielo estaba casi amoratado. A medio camino hemos cruzado una caravana de hombres y mujeres silenciosos, ocultos en sus ropas, sin época ni edad. Iban en torno a un trineo pequeño y como el camino es estrecho —si es camino la huella de los trineos que pasan— hemos tenido un pequeño choque. Algo ha resonado en el otro trineo de un modo cavernoso. Hemos visto cómo la tapa de un ataúd, que allí iba cargado, se levantaba ladeándose. Uno a uno todos los de la comitiva han repetido *nit-tchexvo*. Es la primera vez que lo oía en Rusia.

Luego nuestro caminar ha continuado y a mí me parecía que me iba bebiendo a Rusia entera con el corazón. Todo el amor que he ido acumulando hacia esta tierra, hacia este pueblo grande y triste —en infinita escala, en escala al absoluto, la presentida soledad castellana— se me ha juntado de repente hasta casi hacerme llorar. La belleza seguía por todas partes. Por la noche he escrito todo eso en una carta-poema para una persona querida. «Carta de una tarde.» Pero no he conseguido decir ni la sombra de lo que terminaba de vivirme.

DESENGAÑO FRANQUISTA Y CARTAS DEL CONFINAMIENTO

CARTA A FRANCO [1942]

Al Excmo. Sr. D. Francisco Franco Bahamonde
Jefe del Estado
Jefe Nacional de FET y de las JONS
Madrid

Madrid, 7 de julio de 1942

Mi General:

Si me atrevo a distraer la atención de V. E. con esta carta es simplemente por una razón de conciencia.

Cuando llegué a España, tras una ausencia larga e ilusionada, tuve, en mi choque con la realidad, una impresión penosa que no quise dejar de comunicar a V. E. en la audiencia que se dignó concederme. Podía yo, aún entonces, creer que se trataba solamente de eso: del choque con una realidad agria al salir de un ambiente de pura esperanza. Luego han pasado meses, he podido estar con unas y otras personas, ver directamente el estado de las cosas y tener según creo una impresión justa de todo. El resultado ha sido para mí doloroso. Todo ha ido llegando a los peores extremos. Vivíamos antes en un estado de mal arreglo, pero ahora no parece quedar ante el falangista sincero el margen de esperanza que hace meses parecía abierto. No creo que se trate de una nueva sensibilidad mía, pero en todo caso lo cierto es que seguir viviendo silencioso y conforme como un elemento, aunque insignificante, del Régimen me parece, en el estado actual de cosas, un acto de hipocresía. Por eso adopto esta actitud sincera al dirigirme a V. E.

No sé si se puede tener una vocación profesional, incondicional, por la política. Yo no la he tenido jamás. Me he encontrado en ella —en un puesto de mando, si-

quiera sea aparente— sin desearlo, arrastrado por mi voluntad de servicio no simplemente a España —que a ésta creo poder servirla siempre sin función pública, con mi simple vida— sino a un Movimiento político definido y concreto, con sus principios y sus proyectos, que es la Falange. Sólo dentro de ella creía servir políticamente a España con arreglo a mi conciencia y con ilusión eficaz. Cualquier otra cosa podía parecerme incluso respetable pero me parecería siempre «otra cosa», en la que no creo tener nada que hacer. Y éste es el caso. Durante mucho tiempo he pensado —junto con algunos de los servidores más inteligentes y leales, más exigentes y antipáticos quizá también, que ha tenido V. E.— que el Régimen presidido por V. E., a través de todas sus vicisitudes unificadoras, terminaría por ser al fin el instrumento del pueblo español y de la realización histórica refundidora que nosotros habíamos pensado. No ha resultado así y esto lleva camino de que no resulte ya nunca. No voy a aludir al contenido mismo del propósito, sino simplemente a la técnica de su realización, que era la de una dictadura nacional servida por un movimiento único, creadora y revolucionaria.

Puede esa fórmula de Régimen ser mejor o peor que otra, pero en todo caso de lo que sí debemos estar seguros es de que, de ensayarla, habría que hacerlo con todas sus consecuencias, aplicándola seriamente. El dictador no puede ser un árbitro sobre fuerzas que se contradicen, sino el jefe de la fuerza que encarna la revolución. El Movimiento no puede ser un conglomerado de gentes unidas por ciertos puntos de vista comunes, sino una milicia fuerte, homogénea y decidida. Y sobre todo, ese Movimiento, con su jefe a la cabeza, debe poseer íntegramente el poder con todos sus resortes y el mando efectivo de toda la vida social en cuanto la sociedad es sociedad política.

Por supuesto todo esto no al servicio de un capricho de opresión, sino al servicio de una creación verdadera, de una empresa capaz de crear para ese pueblo mejores formas de vida y un ideal colectivo proporcionado a su vitalidad.

Frente a esto, ¿cuál es la realidad? Repito a V. E. que para mí, falangista, la fuerza a que he aludido no podía ser otra que la Falange misma, ensanchada, sin menoscabo de la intención que tuvo en su origen, hasta el límite que permitiese su capacidad de asimilación de las masas nuevas; que el Régimen entero debía ser ocupado por auténticos falangistas —porque los principios viven por los hombres y no por su sim-

ple virtud— y que el jefe del Régimen había de serlo en cuanto jefe auténtico de esa Falange.

La realidad es casi absolutamente opuesta a este esquema. V. E. puede, si quiere, pensar que, producida esa identidad formal entre jefe del Movimiento y jefe del Régimen, todo se legitima simplemente por la concurrencia de las decisiones en este vértice. Pero yo me permito sostener que la autenticidad ha de ser cosa de hecho y extenderse a cada organismo; que no basta una disciplina común. Y lo cierto es que los falangistas no se sienten dirigidos como tales, no ocupan los resortes vitales del mando, pero, en cambio, los ocupan en buena proporción sus enemigos manifiestos y otros disfrazados de amigos, amén de una buena cantidad de reaccionarios y de ineptos.

El resultado es catastrófico. En primer término, la Falange gasta estérilmente su nombre y sus consignas amparando una obra generalmente ajena y adversa, perdiendo su eficacia. En segundo lugar, la pugna hace que toda su obra aparezca llena de contradicciones y sea estéril. La mitad de la energía del Régimen se pierde en discusiones, recelos, actos de ataque y defensa, etc. Por último, la pretensión de los que inútilmente se disputan el Régimen engendra en todo el país desesperadas indiferencias o bien pugnas enconadas: un estado mixto de desentendimiento y guerra civil.

Por otra parte el Movimiento mismo, al no sentirse misionado, pierde fe y realidad, desgasta sus equipos y termina por hacer prevalecer a los que, por mediocres, resultan más cómodos, mientras dura en su seno la pugna de una unificación que será imposible mientras las posiciones más contradictorias tengan autoridad para diluir sus principios en el patrioterismo tópico de la derecha tradicional.

Amén de esto, el Movimiento se desprestigia por su burocratismo inoperante y se hace grotesco e indigno al tener que soportar frente a sí otras fuerzas más reales, mejor armadas y de contraria voluntad política. Ser falangista ya apenas es ser cosa alguna y es además exponerse a diario vejamen. ¿Cómo un Movimiento en tal situación puede ser lo que debe ser: la extensa minoría revolucionaria que posee y defiende el plan al que todos tendrán que plegarse y el cuerpo galvanizador del pueblo en los trances decisivos?

Mientras esto sucede, he aquí la terrible realidad del Régimen:

1.º Fracaso del plan de gobierno y de la autoridad en materia económica. Triunfo del «estraperlo». Hambre popular desproporcionada.

2.º Debilidad del Estado, que sufre las intromisiones más intolerables en materias que afectan a su propia contextura política, mientras se enajena el apoyo popular con una política excluyente de estilo conservador.

3.º Abandono de una política militar de previsión eficiente y, en cambio, permanencia del Ejército como vigilante activo de la vida política; cosa que se justifica por la inestabilidad del Régimen, en la tradición intervencionista, no superada, procedente de un siglo de guerras civiles.

4.º Confusión y arbitrariedad en el problema de la justicia, con agudización del encono rojo en extensas zonas del pueblo.

5.º Conspiración incesante de los sectores reaccionarios, anglófilos de ocasión, que invita a la intriga a las gentes que defienden privilegios y toman posiciones enfrente del Régimen y más concretamente contra la Falange.

6.º Olvido total de la verdad fundacional falangista. El Movimiento inerme y sin programa. Los mandos poco auténticos y sobradamente vulgares. La masa a expensas de los demagogos.

Todo esto, mi General, en un recuento a la ligera. Pero basta. Quiero subrayar con él que no tenemos régimen que valga, salvo en sus aspectos policiales, y que la Falange es simplemente la etiqueta externa de una enorme simulación que a nadie engaña.

¿No sería mejor avanzar decididamente hacia un régimen sincero? Yo y cualquier falangista preferiríamos hoy una dictadura militar pura o un gobierno de hombres ilustres a esta cosa que no hace sino turbarnos la conciencia.

Por mi parte puedo decir a V. E. que no he hablado con persona alguna del Régimen que no ponga un tono de «oposición» en sus palabras. ¿Es esto normal? Nadie se siente responsable de lo que se hace porque todos piensan que esto es una cosa provisional en la que están de tránsito.

Puede pensar V. E. en cómo todos estos problemas, que quizá el tiempo pudiera resolver en ocasión más tranquila, adquieren un carácter de trágica urgencia ante la situación del mundo, en el que España está fatalmente situada y en el que quizá puedan llegar momentos peligrosos y en el que es inútil pensar en rebelarse porque

el conato de rebeldía podría ser utilizado por los de fuera e interpretado como traición.

Que el Régimen es impopular no es preciso decirlo. Y es claro que esta impopularidad comienza a minar grave y visiblemente el prestigio de V. E. y a invalidar históricamente la Falange, cuyas ideas no han sido ensayadas y cuyos hombres son insignificante minoría en el mando efectivo del país. El falangista tiene que luchar dentro contra el sentido general del Régimen, contra bloques enteros del Estado que le hostilizan. Y tiene que luchar fuera para defender este mismo Régimen con el que está disconforme. ¿Cómo es posible sostenerse en tal situación? Pero la cosa es más grave: la campaña antifalangista se replica en el seno de la Falange con otra campaña contra V. E. y las dos pueden tener éxito. Porque, en efecto, «parece» que la Falange manda y, en efecto, también «parece» que V. E. burla a la Falange. Nunca ha sido más fácil provocar una crisis. Por eso, repito, sería preferible una situación del todo adversa, manifiesta y clara.

Todo parece indicar que el Régimen se hunde como empresa aunque se sostenga como «tinglado». No tiene, en efecto, base propia fuerte y autorizada y la crisis de disgusto es cada vez más ancha. Un día podría producirse el derribo con toda sencillez. Entonces los falangistas caeríamos envueltos entre los escombros de una política que no ha sido la nuestra. ¿Piensa V. E. qué desgracia mayor podría yo tener, por ejemplo, que la de ser fusilado en el mismo muro que el general Varela, el coronel Galarza, don Esteban Bilbao y el señor Ibáñez Martín? No se trata de no morir. Pero ¡por Dios! no morir confundido con lo que se detesta.

Pero yo no pretendo otra cosa que advertir. Confieso que los pequeños cargos aparenciales con que V. E. me distinguió me pesan en exceso y sería feliz librándome de ellos. Por el momento pido meditación solamente. Preveo que esto tal como lo vivimos acabará mal. No sé si aquellos camaradas míos a quienes aludí creen otra cosa; no he querido mezclar a nadie en estas manifestaciones. Desde luego sé que ellos —como yo— saben cuán fácilmente el porvenir podría tomar un rumbo diferente. Se trataría de dar el paso decisivo. De mi entrevista con V. E. saqué la conclusión de que el paso no se daría. Y cumplo con mi conciencia presentando ante V. E., y sólo ante V. E., mi más absoluta insolidaridad con todo esto. Esto no es la Falange que quisimos ni la España que necesitamos. Y yo no puedo exponerme a que V. E. me

tenga por un incondicional. No lo soy. Simplemente pienso con tristeza que aún todo podría salvarse. Pero mientras lo pienso estoy ya moralmente de regreso a la vida privada.

Perdóneme V. E. toda esta impertinente crudeza. Sepa en cambio que con todo fervor le deseo una vida de aciertos para España.

Respetuosamente a las órdenes de V. E.

D. R.

[*Casi unas memorias*, págs. 236-240]

[1942] CARTA A BLAS PÉREZ

Excmo. Sr. D. Blas Pérez González
Ministro de la Gobernación
Madrid

Ronda, 18 de octubre de 1942

Estimado amigo: Escribo esta carta porque —renunciando a la elevación formal de un recurso que sería inútil y que mal podría formular ignorando el capítulo de vuestras imputaciones— me parece leal y cortés dejar constancia de mi protesta por la sanción que se me ha impuesto.

Hago esto porque me repugnan las exculpaciones, fugas y «alistamientos para el futuro» al uso, para todos los cuales esta sanción sería tan estimable como un señalado favor.

Formulo por lo tanto mi extrañeza y mi protesta. No sé lo que se sanciona en mí. Ciertamente he manifestado mi disidencia con el Régimen dimitiendo de mis cargos y separándome de la vida oficial. Desde el principio hemos vivido los falangistas luchando porque este Régimen acabara siendo el nuestro; es decir, sabiendo que no lo era. Tras un lento proceso aclarado por la ausencia, yo llegué a pensar que no podría

serlo nunca, dados determinados datos. A la desesperanza se añadió —tras los últimos sucesos vividos— la repugnancia más viva. En tales condiciones de conciencia mi decisión no es sino un acto de pulcritud y lealtad. He regresado al lugar de origen: a la vida privada. Y lo que quede en mí de desazón por lo «que debiera ser» —porque el ser falangista no me lo va a quitar nadie— no creo sea materia de juicio.

Claro que se puede decir que no siempre me he reservado mis opiniones críticas. Es verdad. No niego mis desahogos, producidos siempre en la intimidad y sin indicio, alguno de actividad subversiva. Fuera de esto, mi memoria no registra acto alguno sancionable contra el Régimen ni —esto ni siquiera en el sagrado de lo privado— contra la lealtad que debo a mi Patria.

Y si el Régimen fuese una integridad tan sin mella en la comunidad nacional y si hilase tan delgado en los asuntos de su defensa, aún comprendería que las cosas antedichas explicasen una sanción.

Pero ahí está este campo del sur hirviendo de bandolerismo, de amenazas rojas y extrañas influencias en toda el área que alcanzó la de Inglaterra. Y las provincias vascongadas levantando un ambiente reaccionario separatista, cada vez más grave. Y Cataluña saltando de desdén por la empresa colectiva encarnada en el poder central. Y casi todo el Ejército erguido en un explicable ademán de amenaza y advertencia. Y la conspiración monárquica llegando con sus razones a todos los lados. Y la propaganda subterránea circulando sin empacho. Y circulando también el dinero de otros países; amén todo ello de socorros rojos, estraperlos y demás gollerías. Ante este panorama, ¿cómo me voy a explicar yo que se me sancione por no ser un simulador o por decirles a cuatro amigos en la inofensiva intimidad que el Régimen no me gusta o que algún ministro es menos inteligente?

Porque, por supuesto, si el Ministerio que diriges tuviera agentes bastantes para ocuparse de la opinión de todos los españoles tan desmedidamente como de la mía (y agradezco la deferencia), os veríais obligados a hacer una verdadera revolución migratoria que no dejase pueblo con su vecino natural.

Naturalmente, ya he oído decir que ahora comenzaba una racha de autoridad. Pero es curioso que estas rachas comiencen siempre —y generalmente concluyan— llevándose un falangista por delante, mientras los frentes peligrosos quedan intactos, ya se trate del estraperlo, ya de la murmuración.

En fin, la cosa es bien comedida y no es para tanto. Yo apenas siento la sanción como tal y —lo repito— si escribo esta protesta es por pura lealtad y cortesía. Por no responder con un silencio que pudiera parecer un desdén.

Dejo pues la protesta consignada y no añado a ella demanda ni súplica alguna, porque esto me parecería deshonroso. Por la misma razón me abstengo de citar mis servicios anteriores como descargo. Jugué con lealtad y a una sola carta —la de Franco—, y al perder la fe en ella me retiré sinceramente. Pero mi lealtad fue revoltosa y exigente y parece que gustan más otras más incondicionales, aunque tras ellas se juegue a la baraja entera. Por otra parte, estrictamente, yo no he prestado mis servicios a este Régimen tal como lo entiendo, sino a la Patria, que es más ancha que él, y a la Falange, para la que el Régimen está absolutamente cegado aunque se sirva —cuánto mejor que no— de sus apariencias, y para la apariencia —y no para la eficacia— utilice a algunos de sus hombres auténticos, a alguno de sus pobres hombres y a otros que más vale no definir.

Perdóname el tono directo —el único que sé decir— de esta carta que en modo alguno trata de ser una impertinencia hacia ti. Para ti guardo mi agradecimiento por haber designado para mi residencia un sitio tan hermoso como éste, donde es seguro —a pesar de la incesante vigilancia que no añade encantos al paisaje— que voy a vivir alguna de mis épocas de mejor alegría y sosiego y donde podré compensar moralmente los daños más materiales que se me ocasionan. Cosas que ya son así gracias a mi escasa imaginación para la desgracia.

Y respecto a S. E., de quien forzosamente procede esta sanción, le elevo, junto con mi respeto de simple español, mi gratitud también —ésta de otro orden—, porque la sanción, con ser tan leve, salda en mi conciencia, al apartarme de la obediencia activa, el escrúpulo de mi deuda por sus modestas amabilidades anteriores.

Que Dios os guarde, ayude e ilumine para que España —en quien espero siempre contra toda desesperanza— ande por su mejor camino, aunque no sea el nuestro.

Te saluda con su inalterable afecto, respetuosamente,

D. R.

[*Casi unas memorias*, págs. 244-250]

CARTA A ANTONIO TOVAR [1942]

[Inédita]

Ronda, 15 noviembre [1942]

Querido Antonio: Recibí tu tarjeta cuando yo iba a escribirte por aquello de buscar en las cuerdas más afines la transmisión de calambre emocionante de estos días.

Hasta que las cosas han empezado a ponerse en tal punto de inminencia y de llamamiento, he disfrutado aquí de una paz maravillosa, porque esta geografía tiene una bravura serena de esas que se exigen por lo menos una vez al año para cuidar el espíritu y tenerlo bien cebado. Ahora como a ti y como a todos los que no estén putrefactos, me ha cogido esta ola de preocupación, de impaciencia, de alegría también que no puede concluir sino con el paso adelante.

Yo espero el minuto en que esta «primera línea geográfica» se convierta en una primera línea combatiente. Creo que otra vez —¿la última vez?— vamos a tener la palabra. Si enmudecemos creo que hasta las vocaciones privadas, por ricas que sean, van a ser inútiles para cubrir nuestro desencanto. Me llega al oído, de toda la península, un rumor de temerosa prudencia. Pero también parece llegar otro de enardecimiento por encima de los cálculos. Veremos cuál gana.

Entre tanto —porque uno ya ha comprendido que el libre salto es la normalidad, que la vida es una cadena de situaciones provisionales, en inminencia de salto cada día y, en el fondo, sin saltar jamás— sigo procurando trabajar algo. Poco ciertamente, porque el paseo y la imaginación siempre son más tentadores que el libro en curso o el poema a medio hacer. Pero aun trabajando y paseando me siento ya como en la «chavola» [por *chabola*, en argot bélico], con el casco a la vera y el fusil montado. Mira que si terminamos en una generación tartarinesca. Todos hemos tenido esa sensación pero creo que hacemos bien en no escarmentar y seguir esperando. Y si de paso un día se pueden derribar las puertas, mejor.

En fin, como diría *Arriba*, esperemos «todos unidos en torno a nuestro Caudillo…», etcétera.

Veo que el latín y el matrimonio te conservan en el temple rabioso que tu valli-

soletanismo te exige. Eres un oasis. Hay gentes a quien el cuartel y las maniobras no logran poner a punto.

Gracias por tu recuerdo. Da los míos a Chelo.

Y recibe un abrazo de tu siempre amigo

D. R.

[1943] CARTA A ANTONIO TOVAR

[Inédita]

[Membrete:] Hotel Victoria. Ronda

23 enero 1943

Querido Antonio: Pasados los días de «alta tensión» volvemos a estos de «corriente alterna», muy poco alterna a decir verdad. Yo también, sin encaramarme al último piso, tengo que estarme en la torre. Uno hubiera preferido un buen minarete desde donde vocear. Pero es así. Escribo y me divierto escribiendo. Tengo al menos un proyecto de novela, teatro o cosa parecida, por semana; pero no me valgo de ello para vaguear del todo y amontono cuartillas. Es posible que éste sea un oficio al que haya que renunciar a favor del derecho civil. Pero siempre nos quedará como entretenimiento.

Sigo sosamente contento de esta vida algo ensimismada. En el fondo creo que, con el desahogo de unos amigos, no tendría más que pedir.

Pero creo que de verdad ya no nos bastará a ninguno la vocación personal y aislada y estaremos siempre con el oído puesto al aire por si suena un clarín. Es difícil renunciar a una esperanza grande.

Cuando estés con los amigos, hablad un poco de mí. Esto me acompañará aunque no lo sepa.

Mil cosas a Chelo, y que el próximo acontecimiento sea feliz.

A ti un fuerte abrazo

D. R.

CARTA A MIGUEL DE ECHARRI [1943]

[Inédita]

[Membrete:] Hotel Victoria. Ronda

25 enero 1943

Querido Miguel: Tengo tu carta. Eres una máquina de hacer las cosas bien. Si yo me impaciento un poco de tus tardanzas en contestar es solamente por el temor a un extravío o interceptación; por la sensación que desde aquí se tiene un poco insegura sobre la circulación de las cosas. Por eso en las cartas que contengan algo por encima —o por debajo más bien— de la efusión y la noticia personal se aconseja postalita lacónica de «he recibido, ya escribiré, etc.». Te juro que con eso basta. Ya sé que cuando la cosa cae en tus manos, ya allí no corre peligro de olvido.

Toda la gente que me escribe coincide en el optimismo sobre la duración de este asunto rondeño. Yo por si acaso me hago cuenta de largo tiempo y me doy cuerda para año o años. Creo que no será pero… Estoy metido en escrituras hasta el cuello. Saldré de aquí con algunos libros hechos y Dios sabe cuántos planeados. Una plaga auténtica. No sé cómo los colocaremos. Con todo lo cual me divierto y paso mis días con ilusión.

Lo de Xavier [de Echarri] me ha quitado un peso enorme de encima. Me preocupaba terriblemente más por el porvenir que por el inmediato cambio de panorama. Era peligroso salir fuera, perder la situación fija. Ir a Alemania hasta le hubiera sido útil pero era quedar un poco en situación flotante. Y con los chicos una catástrofe. Pensar además que en gran parte esto le iba a pasar por mí me agobiaba en exceso. Pero Dios está al quite.

De tus oposiciones me alegro. Es un trago incómodo pero me gusta que te instales en casa propia, profesional, no dependiente de vaivenes políticos. Luego sobre eso puede venir lo que sea; pero es buena una base firme aunque sea modesta. Descuento el éxito naturalmente.

Sobre lo mío —económico— no te preocupes. He tratado de instalarme menos holgadamente. Creo que es mi deber. No lo he conseguido porque los hoteles son poco ahorro y gran diferencia en cambio, y la única pensión está por ahora ocupada. Busco una casa arreglada y si la encuentro la tomaré. Del trabajo gestioné alguna clase

o cosa análoga. No hay manera: no hay aquí una mala academia. Copia el fraile. La instalación proletaria queda como recurso un poco bromista y último. No me molestaría pero no me precipito. El plan actual me cuesta no menos de 2.000 al mes. Es demasiado. Veremos.

También he pensado un traslado a Ibiza o costas catalanas. Suele haber por allí un arreglo mejor a base de cosas intermedias, y no sería malo tener Barcelona a tiro.

Da abrazos a las familias. A la madre y al niño mil cosas.

Un abrazo fuerte.

D. R.

[1943] CARTA A MIGUEL DE ECHARRI

[Inédita]

Ronda, 5 febrero 1943

Querido Miguel: Aunque contesté a tu carta que creías perdida y la que me envías por Luis repite aquélla, no deja de ser cierto que estoy en deuda epistolar contigo.

Sobre lo de Xavier, que tú me decías estaba arreglado, David Jato que estuvo aquí no me dio una impresión tan optimista. Espero que él no esté bien informado, pero que X. esté sobre aviso, por si acaso.

Gracias por todo lo demás. Maruja me dice que recogió mi trabajo del concurso «desierto». Supongo que en *Abc* volverá a repetirse la historia aunque ahí no estoy ya tan seguro de que tengan que pesar las circunstancias: como periodista no me encuentro demasiado envanecido.

Veo que tus cosas van por buen camino. Las mías también van por el suyo: por un camino de Ronda: vuelta sobre vuelta. Aquí no es posible acumular mucha biografía. Se está y ya es bastante. Pero se está bien y no hay nada que decir. Creo que tendré visita de Hexe [amiga alemana de los tiempos de Berlín] algo pronto y quizá luego de Laly [su hermana Eulalia] y de algún que otro amigo volante.

Mi ritmo de trabajo no es extraordinario porque falta la disciplina y los motivos inmediatos que regulen las horas. Pero algo voy haciendo y otras cosas se van gestando y creciendo, de modo que no me será inútil descansar.

Xavier no me ha escrito después de su regreso. Creo que tendré que insistirle si quiero ver su letra. De Samuel [Ros] tampoco sé nada, tras de escribirle hace tiempo. De Pedro Laín nada tampoco sino una antigua tarjeta. ¡Con buen hatajo de vagos se ha ido uno a poner! A todos ellos y a los otros amigos dales mi abrazo y mis recuerdos.

Mil cosas a M.ª José y al pequeño y medio que tenéis.

Un abrazo fraternal.

D. R.

CARTA A MIGUEL DE ECHARRI [1943]

[Inédita]

Ronda, 19 febrero 1943

Querido Miguel: Aunque me debes carta te escribo. Hago otro tanto con Xavier [de Echarri] y Samuel [Ros]. Parece que mis mejores amigos habéis hecho una alianza de sobriedad epistolar. Pero comprendo que soy yo seguramente quien tengo una temporada de extraña abundancia.

Sigo aquí del mismo modo que siempre, pero tan habituado que ya —salvo algún raro día— no echo de menos otra vida. Temo que la soledad persistente —algunas sabrosas interrupciones por demasiado intensas no la destruyen— termine por entontecerme un tanto. Se pierden los puntos de referencia para el propio juicio y la pereza tiene terreno granado. Pero —por otra parte—, y como pasa siempre —el entontecimiento es simultáneo a una vecindad al sentimiento paradisíaco—, trabajo menos que al principio si bien proyecto más. Me gusta que las cosas se vayan haciendo y depurando solas. En resumen, estoy bien pero esto se va poniendo un poco

largo. No me aburro nada pero quizá al cabo de otros seis meses tampoco me divierta. Será el limbo. ¡Qué felicidad!

Hago montaña. Estoy negro como un tizón y supongo que sanísimo. Alegre en el fondo y hasta en la apariencia. No obstante voy a intentar seguramente un mínimo cambio de panorama. Me divertiría ahora un poco de mar. Ya veremos. He recibido una carta de [Juan Ramón] Masoliver de la cual más bien saco en limpio que [Editorial] Yunque no se encargó del libro. Le he escrito diciéndole que me parece bien. Pero el libro quiero publicarlo porque tiene actualidad y no quiero que la pierda [ha de ser *Poesía en armas. Cuadernos de la campaña de Rusia*]. [David] Jato me escribió manifestándome que [José Luis] Arrese había dispuesto que pudiesen publicarse mis libros. En tal caso —y tras conocer la última decisión de los Yunques— se podía gestionar algo con Afrodisio [Aguado] o con el diablo. O bien imprimirlo por las buenas y luego vendérselo a un distribuidor. Mira algo de esto si te parece. Los libros de la Editora [Nacional] creo que marchan a su paso. La prisa es una cosa propia del retiro, al parecer.

Y como sólo trato de darte una sumaria noticia y de enviarte un abrazo, recíbelo muy fuerte y hasta otro día.

Recuerdos a toda la familia.

D. R.

[1943] CARTA A ANTONIO TOVAR

[Inédita]

Ronda, 4 marzo 1943

Querido Antonio: He pasado medio mes sin escribirte, y esto primero por una racha de mal humor que no me permitía tratarme conmigo mismo y luego por otra de recompensador arrebato que me ha tenido metido en el paisaje y en mis tonterías literarias otros buenos días. Ahora volvió la calma.

En los días terribles de Stalingrado escribí un poema tremendísimo lleno de increpaciones y arengas. Si vas por Madrid te lo enseñará Ernesto [Giménez Caballero], a quien he hecho llegar por Echarri una copia. Uno no puede desahogarse de todo lo que tú me decías en tu carta y de otras cosas más que así, a «Canto [por los muertos de Stalingrado]» limpio. Lo cierto es que lo escribí con arrebato de pedrea y sin alambique lírico.

Aquí el sol unos días y la lluvia otros me refugian cada vez más en esto de hacer literatura, leer libros y cosas semejantes. Nunca me ha disgustado vivir como ahora vivo y vivo por lo tanto con personal alegría. No me sucede nada por fuera y por dentro me voy haciendo un poco más disciplinado y humilde que antes, pero también más fuerte.

Escribo aún en mi libro de Rusia con paciencia de ejercicio impuesto y —como la soledad es tan extrema— no sé si lo que escribo vale para algo o es impublicable.

Con mis entusiasmos —porque en lo creativo ya puede uno ver mejor y contrastar— he empezado también una novela, temo que algo romántica. Hago mil cosas más. Al menos es servir un oficio y ensayar una vocación y aunque no me satisfago a mí mismo tengo al menos el contento de hacer algo, de no dejar pasar en vano una vida que —claro es— está irremediablemente condenada a no satisfacerse con [¿medios?] exclusivamente propios.

Quizá cambie la sierra por el mar. Me ofrecieron una casa cerca de Barcelona y he pedido mi traslado. No sé si será posible. Detestaría estar aquí en el verano. Éste es un lugar oficial de veraneo: [ilegible], señoritos del sur, etc., etc.

Supongo que esta carta te alcanzará en plena inminencia de tu paternidad. Esos acontecimientos sí que son importantes. De no tomar Lisboa o Fez no creo que los haya mayores. Que todo vaya bien. Recuerdos y mis mejores deseos a Chelo.

Un abrazo de tu viejo

D. R.

[1943] CARTA A ANTONIO TOVAR

[Inédita]

Ronda, 9 marzo 1943

Querido Antonio: Creo que mi carta ha debido de cruzarse con la tuya que recibí hace pocos días. Por la que te mandé ya conoces mi humor y mis pocos sucesos. Todo sigue igual.

He dudado qué cosa enviarte para tu revista [*Lazarillo*] —me parece una excelente idea que la publiques (la revista, no mi carta)— y al fin me he decidido por eso que estará aún inédito mucho tiempo, pues el libro de que forma parte no lleva prisa ni sé si encuentra editor. Si prefieres algo más corto lo enviaré. Si cuando vayas a Madrid te enseñan Echarri o J[osé] Caballero mi «Canto a los muertos de Stalingrado» y prefieres publicarlo fragmentariamente, tampoco tengo nada que oponer. De todos modos, no sé si te permitirán llevar a cabo esta obra de caritativa amistad pues creo que dura aún el «veto» a mis cosas. Quizás en una revista de poesía sean más liberales.

Gracias y hasta cualquier día.

Un abrazo y que tu inminente paternidad sea dichosa. Recuerdos a Chelo.

Tu amigo siempre

D. R.

[1943] CARTA A ANTONIO TOVAR

[Inédita]

Ronda, 16 marzo 1943

Querido Antonio: Aunque por la dulce culpa de la primavera me retraso un poco a escribirte, tú ya has supuesto cuánta alegría tuve al saber que Chelo había tenido tu

primer hijo y, pese a la brutalidad del trance, con felicidad. Debe de ser terriblemente importante esto de instalar un ser tan propio en este que llaman valle de lágrimas pero que nosotros ya sabemos que lo es también de otras cosas más alegres. Cada vez que a un amigo mío le sucede una de estas maravillas me compadezco de mi soltería y hago voto de casamiento, pero ni Dios ni los hombres parece que me pongan en la mejor situación para tanto.

En fin, recibe y da a Chelo mi enhorabuena. Espero que el retoño será dentro de poco un buen amigo mío y crecerá tan fuerte y tan bien dotado para las lenguas muertas como merecéis.

Ahora espero con impaciencia tu otro hijo —*El Lazarillo*—, por el que tengo mucha curiosidad. Me alegra que mi colaboración haya «pasado» —¿o no lo consultaste?— contra lo que es prescripción y costumbre. Y gracias por agradecérmela cuando soy yo quien tenía que agradecerte a ti la petición.

Mi vida, con más sol y muchas flores, sigue siendo la misma y no lleva camino de ser otra en mucho tiempo. Pero no falta la paciencia.

Las cosas que nadie parece ver con demasiada preocupación me parecen cada día más graves. Lo de [ilegible: ¿Franco?] sobre todo. Esperemos aún de este pueblo fabricante de milagros lo único que cabe esperar: la sorpresa. Entre tanto, si a ti la paternidad y el latín te hacen nadar en el Leteo, ¿qué te diré de mí, en este olvido? Alguna vez miro con melancolía las botas de campaña que me traje por si acaso. Ya casi nada más que eso. Y sigo escribiendo por puro gusto y por no acomodarme en la pereza definitiva; hasta ahora lo consigo: en un año más quizás me haya entontecido del todo. Claro que entonces tendría uno el riesgo de subir al poder.

Que todo os vaya bien. Saluda a la madre y al hijo y recibe un abrazo fuerte

D. R.

[1943]

CARTA A ANTONIO TOVAR

[Inédita]

Llavaneras, 20 mayo 1943

Querido Antonio: Aquí estoy, a 20 km de Barcelona y junto al Mediterráneo. Me he retrasado en contestarte para poder hacerlo enviándote ya mis nuevas señas. Hice gestiones para venir aquí porque me habían ofrecido una casa y la situación oficial de mendigo en la que me han puesto no me aconsejaba desaprovechar el ofrecimiento, pero también porque viviendo tan a expensas del paisaje, y casi sólo de su compañía, estaba ya necesitado de un cambio. No he salido ganando estéticamente porque Ronda es del todo incomparable pero me encuentro contento con mis pequeñas montañas de aquí y la tremenda luz que se levanta de este mar. Además es posible que la vecindad de Barcelona, que por de pronto me acerca ya a algunos amigos, me depare la visita de otros muchos —empiezo a necesitar algún diálogo «comprobatorio»— y algunas posibilidades de trabajo. Veremos. Por de pronto la variación refuerza para mucho tiempo mi paciencia y mis buenas y alegres ganas de ir viviendo.

He pasado por Madrid pero mis entrevistas han sido demasiado precipitadas. En general he salido con un sabor de desencanto. Creo que las cosas van definitivamente mal y que a España no le queda más que su peligro involuntario. Unos viven en un optimismo [¿lelo?] con problemas que ya nos parecían poca cosa hace tres años y otros en un negro pesimismo sin gana ni esperanza. Pero ahora ya creo que hasta el ámbito de la vida privada está puesto en la cuesta general. Claro es que seguiremos andando en lo nuestro, pero ya es difícil hacerlo cuando el porvenir es tan poco visible.

Y luego hasta quienes como Ernesto [Giménez Caballero] parecían ver claro se nos dedican al coreo de lo peor, de los más frívolos y disparatados juegos florales. Es una pérdida general de cabeza que no entiendo.

Bien. Nos quedaremos con el poema y la novela. No sé cuánto soportaré —desde un punto de vista puramente económico— esta situación. Si se me hace dura pediré que se me destierre extramuros, como corresponsal de prensa en cualquier sitio remoto. Pero desconfío de conseguirlo, y por otra parte no quiero estar lejos ahora que temo que no sucedan las mejores cosas.

La anglofilia del sur es poca cosa comparada con la del Levante. Es el puro desatino ya con consigna de sálvese quien pueda. Sería repugnante que pereciésemos con arreglo a este ambiente.

No te escribo estas cosas por mal humor. Al revés, el mío, el personal, es el mejor y más alegre y mis cosas personales —salvo matices que siempre he tenido poco en cuenta— van bien. Pero sería preciso estar ciego del todo para no asustarse un tanto.

Hasta tu carta. Recuerdos a Chelo y al heredero y un abrazo fuerte.

D. R.

Señas: Casa del Sr. Teruel – Llavaneras (Barcelona)
(A mi nombre.)

CARTA A MIGUEL DE ECHARRI [1943]

[Inédita]

Llavaneras, 7 junio 1943

Querido Miguel: Tardo muchos días en contestarte en parte por la escasez de noticias comunicables y en parte porque la quincena de la adaptación siempre hace —aun sin quehacer— escasear el tiempo. Me voy encontrando muy bien; cómodo, tranquilo, con un plan de vida simple y agradable. Nado en un gran estanque próximo a la misma casa y paseo por el campo. Trabajo lentamente y recibo visitas con frecuencia. [Juan Ramón] Masoliver, Francisco [Pujol], los Salas [Javier y su mujer], [Pedro] Pruna y otros mil amigos me han acogido cariñosamente y procuran por mí con diligencia. No voy a aburrirme. He quedado ya en examinarme [de la última asignatura para terminar Derecho] en septiembre, tengo textos y programa y todo va bien. Aún no he conseguido instalarme por mi cuenta gracias a la dificultad de encontrar a una sirvienta. Pero lo haré pronto. No sé hasta qué punto y a un par de meses vista, conseguiré ganarme en Barcelona casi todo el pan que he de comer. Tengo esperanza de que así sea.

Afrodisio [Aguado] me escribió indicándome el retraso de salida del libro. Diles que estoy conforme con ello si es preciso pero que quiero que la edición comience ya, en junio, como estaba proyectado, porque de junio a septiembre no sobrará tiempo y así podré corregir más y mejor. Que piensen también cómo un retraso mayor podría destruir la actualidad del libro.

De Xavier [Echarri] no he tenido noticia. Ya me tiene acostumbrado y no me enfado por ello. Da abrazos a los amigos, a tu familia y a los de tu casa.

Uno fuerte a ti

D. R.

[1943] CARTA A ANTONIO TOVAR

[Inédita]

En Andrés de Llavaneras, 24 junio 1943

Querido Antonio: Creo que el buen día para escribirte era ayer, que verosímilmente era tu santo. Felicidades, por si acaso.

Un día de éstos te mandaré un original para *Lazarillo*. No lo hago hoy porque soy perezoso para la copia y no quiero retrasar esta carta. Por cierto, ¿quieres mandarme otro ejemplar del n.º 2? Se me llevó [Juan Ramón] Masoliver el que me enviaste y no acabé su lectura. Es simpático. Recuerda un poco aquellas revistas «de vanguardia» de 1925 o por ahí, que por cierto fueron eficaces.

Creo que estoy a punto de convertirme en un escritor puro, en un opositor a abogado del Estado o en un picapleitos brillante. Es demasiado manifiesta la impotencia de los que sentimos las cosas de cierta manera; demasiado repugnante la tontería normal en nuestra política y demasiado fatal el ambiente y las ligaduras de este país. Pero creo que al fin o las cosas irán más bien a nuestro gusto o perderemos la cabeza. De una u otra forma los proyectos sobran. No obstante los tengo y los hago porque

me encuentro en una época de gran vitalidad, de alegría íntima indestructible y de claridad. La soledad me ayuda —aunque destemporalizándome un poco— a este encantado recreo de todo. ¡Cualquiera entiende lo que es!

El ambiente más próximo que tengo —Barcelona— está ganado hasta la náusea por una anglofilia nacida del miedo; peor que la que nace de otras cosas. Es insensata y total. Como los acontecimientos están tan indecisos no es fácil que el buen burgués entre en razones. Se obstinan en el sueño de monarquías o democracias suaves protegidas por los anglosajones. Supongo que los proletarios de Murcia que son su subsuelo tendrán proyectos bastantes menos felices.

Bueno. Dejemos pasar el tiempo. Creo que aún queda mucho que hacer y márgenes grandes de sorpresa. Entre tanto, tú con tu latín y tu *Lazarillo* y yo con mis libros, mi piscina y mis paseos, esperaremos con la postura —¿quién nos lo iba a decir?— del espectador.

Da recuerdos a Chelo. Un abrazo fuerte

D. R.

CARTA A ANTONIO TOVAR [1943]

[Inédita]

Arenys de Mar, 31 julio 1943

Querido Antonio: No me sorprende mucho que, al fin, un viraje en este camino torcido que llevan nuestras cosas te haya forzado a ponerte del todo en la cuneta. No me alegro porque nada bueno quiere decir. La dictadura insensata de lo peor y de lo más blando no es lo que promete —aun para un espectador— mejor porvenir, amén del [¿naufragio?] de todo lo que rabiosamente hemos querido. Pero si es así, ¿qué vamos a hacer? Tú al latín; yo a los versos, el otro a lo que Dios le dé, nos tendremos que ir desprendiendo de la vida que no amábamos pero elegimos por deber, en espe-

ra de una nueva época de ocasiones y milagros que no sería extraño que llegase porque ciertas cosas son fatales. Aunque la verdad es que cada vez parece menos probable que llegue sin que la preceda el cataclismo del cual ni nosotros ni los imbéciles de nuestros medio-amigos ni nuestros enemigos se librarán con facilidad.

Dios nos coja confesados.

Lo de Italia —abyectamente ejemplar— es para que comiencen a remojarse las barbas los que las tienen. Pero aún queda el rabo por desollar, y es rabo que vale por la pieza entera. El ambiente que yo vivo es bastante necio y absolutamente irritante. Me refiero a lo que me llega de Barcelona y no, naturalmente, a lo que el alma sale a levantar por las tardes y las mañanas del mar, del cielo, de los árboles, de la maravilla sin porvenir de cada cosa. El resultado es que uno está cada vez más con esta simplicidad de su presente y menos con lo otro. Hasta donde es posible.

No te ha gustado nada mi apreciación de *Lazarillo* como pariente de aquellas revistas «puras» de otros días. La verdad es que me refería a su forma y a algunos acentos literarios y no a su expresión, a su destino; esto quedaba sobrentendido y es suficientemente notorio. ¿Seguirá saliendo? Ya debía haberte mandado un original hace tiempo. No lo he hecho porque no tengo donde pasarlo a máquina. Pero si tú lo tomas bajo tu guarda, lo enviaré con la caligrafía menos confusa que pueda.

Y aquí sigo. Sin prisa. Sin agobio y con la alegría, que es lo que le dejan a uno. Trabajo menos que los meses anteriores pero algo siempre. Y sigo muy tentado de repetir —ahora como nunca— la experiencia rusa. ¿No es mejor morir con el fusil en la mano? Veremos.

Da recuerdos a Chelo y ya al pequeño Tovar. Un abrazo fuerte.

D. R.

Escríbeme a:
Pensión Montseny
Arenys de Mar (Barcelona).

CARTA A PEDRO LAÍN ENTRALGO [1943]

Caldetas, 20 septiembre 1943

Querido Pedro: Después de tanto reprocharte el silencio, resulta que estoy a punto de hacerte bueno con el mío. Así somos. Tu carta, aunque breve, bastó para saberte próximo en la distancia. Bastó y sobraba, pues siempre te sentía así. El libro no bastó, en cambio. Es un sabroso aperitivo que nos deja con hambre impaciente por la continuación. Pero, aun siendo eso, es tan rico y sugerente como todas tus cosas, en las que uno puede apoyarse tan en firme para seguir andando.

Sobre este libro y sobre el otro —más intenso— veo que es bien escaso el mundo de comentarios y noticias de prensa. Quitando las notas de Carlos A. del Real no he visto nada. Cierto que leo pocos periódicos, porque no están a mi mano. Pero creo que ni la justicia ni la generosidad andan a punto por ahí, y sí un poco más la envidia. Me hubiera gustado tener libertad literaria para hacer mi excepción, no por amistad sino porque creo que tus libros están en la primera y casi única línea de nuestra inteligencia. Lo que, si no es mucho decir, hay que decirlo al menos. Pero, en fin…, etc.

También he visto —por azar— un número de la revista *Cisneros*, que supongo hecha bajo tu tutela. Es brillante y creo que será muy útil. ¿Podrías hacérmela enviar regularmente?

No te he enviado —ni a don Rogelio tampoco— la *Doncella* [*Fábula de la doncella y el río*] porque me parecía como llevar vino a la Rioja. Los primeros ejemplares os pertenecían en buena ley, pero supongo que los tenéis ya y espero ponerles lo que debo si alguna vez vuelvo a Madrid.

¿Persistes tú en tu viaje otoñal a Cataluña? Sería un gran regalo para mí poder hablar y hablar unas cuantas horas y darte un abrazo. Me avisarás si llega el caso.

Estos días —al quedarme solo— he andado algo por Barcelona. No sé qué hacerme en esa ciudad —quizá en ninguna—. Me he acostumbrado a estar con un paisaje y con mucho tiempo para verme el corazón y si paso veinticuatro horas entre aquellas prisas —tan frívolas por cierto— me entra luego una aflicción de muerte.

No sé si he desaprovechado con exceso esta ocasión de mi confinamiento. Mis lecturas han sido desordenadas como siempre. Mis creaciones poco menos. Pero —en

cambio— creo haber hecho madurar en mí cosas más puras, lúcidas y serenas que tienen que ver con Dios, con las cosas creadas y con mi alma. Algo como unos ejercicios espirituales más agustinianos que ignacianos. ¿Y no es eso lo que importa?

Sin perjuicio, claro, de que el amor —ahora tan claro— me haya ayudado, y también el galimatías peligroso y apasionante del mundo, que en la soledad resuena de una manera especial.

Ahora, estos días, ando un poco abrumado por las incertidumbres materiales de mi destino inmediato. Empieza a pesarme eso. No en cuanto al presente, sino en lo de estar tan montado al azar. Pero Dios no ahoga y sigo estando alegre en lo íntimo.

Déjame saber de ti. Mil cosas a Milagro y un fuerte abrazo a ti de

D. R.

[*Casi unas memorias*, pág. 279]

[1943] CARTA A ANTONIO TOVAR

[Inédita]

Barcelona, 9 diciembre 1943

Querido Antonio: Te contesto antes de que, sin que uno se dé cuenta, se haya pasado un mes. Gracias por el regalo de esa foto que me envías y que acredita tu espléndida forma de creador. El chico es realmente portentoso y nadie dirá que te lleva la debilidad paternal si aseguras que es guapo y fuerte. A esto sí que realmente se le puede llamar «saber latín».

Me parece admirable y me conforta mucho tu buen ánimo, buen ánimo incluso para el mal humor y la ira. Yo procuro sostenerme en un temple semejante, y aunque no todos los días es fácil, vamos yendo adelante. Hay que empeñarse en no dejar —por la incertidumbre del mañana— la obra de hoy. La gran zancadilla que el destino pone a nuestra generación es esa incertidumbre que debe desalentarnos [*sic*]. Por

eso me parece espléndido que tú prepares una cátedra de griego y hagas lo tuyo cada día. Si nos toca perecer, lo que hayamos hecho nos justificará, y si nos toca sobrevivir, no serán malas armas las que hayamos conseguido fabricar ahora, con temple tan probado.

Yo que soy mucho más inconstante, perezoso e incapaz que tú, me empeño no obstante en instalarme lo más que puedo en mi cada día, pero sin desesperanza ni cinismo. Por ej[emplo]: el 1 de enero comenzaré a tomar clases de latín y de alemán. Y he planeado un poema grande que no me costará menos de diez años. Eso da energía.

Por otra parte, uno no pierde su moral de acecho, ¡quién sabe aún!, ahora que la verdad externa a nosotros es bien vil y bien dura. Veo cómo todo este mundo se rinde al miedo, al pacto, a la sumisión indefensa. Eso sería lo peor de todo y eso está siendo. Y frente a eso —como se ha visto estos días— hay algo [¿avanzador?] y lleno de ambición que no va a perdonarnos por nuestra cara bonita.

Pero si lo oficial es detestable, ¡hay que ver la oposición! ¿Has leído la carta de Gil Robles, escrita casi en inglés? No sé si este país es realmente de puros idiotas, ya irremediable.

Ante la duda que me brindas sobre la salida de *Lazarillo*, elijo la esperanza y ahí te va esa lata poética para él. Si no te parece lo justo, pídeme otra cosa sin timidez.

Espero poder enviarte pronto los *Sonetos a la piedra* que don Rogelio me anuncia ya y los versos de Rusia que Afrodisio [Aguado] retrasa no sé si para ver cómo se deciden las cosas. Hoy entrego un libro más —de verso [*En la soledad del tiempo*]— a una editora de aquí. Una novela, una comedia y alguna otra cosa que tengo en marcha —incluido el largo poema— van despacio, pero creo que nacerán antes del Diluvio.

Me gustaría recibir artículos y trabajos tuyos que salgan. Aquí se está bastante incomunicado de todo eso. ¿No te es pesado mandármelo tú?

Mil cosas para la madre y el niño y un fuerte abrazo a ti de tu amigo ya antiquísimo, ¡dieciséis años ya!

REPELUZNO ANTE LO INFINITO

Tras la orden de confinamiento en octubre de 1942, su firma en la prensa fue vetada, al igual que toda mención a su nombre, y tampoco pudo publicar de manera inmediata los libros de poemas que pretendía. Sigue escribiendo, sin embargo, y también después, en su residencia itinerante en el Maresme barcelonés, hasta 1947. Y es mucho lo que escribe aunque sin demasiados resultados satisfactorios: muchos poemas, casi todos los cuales publica, pero no así las novelas que emprende y abandona o las obras de teatro en que se enfrasca. La revista que funda Juan Aparicio, *Fantasía*, llega a publicar una de ellas en julio de 1945, *El pacto con la vida*; la Editora Nacional publica otra obra teatral, *Don Juan*, concluida también en Llavaneras en 1944, y quedó inédita al menos otra obra terminada, *La fundación del reino*.

Para entonces, en todo caso, la prohibición de publicar había sido suspendida ya. Pese a ello, la renuncia a todos los cargos y sus sueldos significaba también enfrentarse a una complicada situación personal y económica, como muestran algunas de la cartas inéditas que transcribo. Ya en el mismo año 1943 logra a través de un amigo —lo contó en *Casi unas memorias*— la colaboración en *Hoja del Lunes*, iniciada poco después de instalarse en la costa catalana, en el Maresme, a 20 kilómetros de Barcelona. También desde 1943 inicia una brevísima colaboración con *La Vanguardia* (aunque mal pagada, como enseguida verá el lector por una de las cartas), pero el lugar donde sobre todo regulariza su colaboración son dos periódicos, el madrileño *Arriba*, entre septiembre de 1944 y diciembre de 1946 (a menudo en la sección «Correo de Barcelona»), y el barcelonés *Solidaridad Nacional*, dirigido por un camisa vieja falangista y quintacolumnista en Cataluña, Luys Santa Marina, y donde Ridruejo escribe la sección «Pasa el tiempo…» desde marzo de 1945 hasta diciembre de 1946. Esta serie de artículos dará lugar, muchos años después, al dietario lírico e intimista que tituló *Dentro del tiempo. Memorias de una tregua* en 1960, publicado en las pequeñas y valiosas ediciones Arión, las mismas que editarían un espléndido homenaje a Pío Baroja o publicarían las después archifamosas novelas de la trilogía *Los gozos y las sombras*, de Gonzalo Torrente Ballester. Fundó esa editorial un por entonces estrecho colaborador de Ridruejo en sus conspiraciones políticas, Fernando Baeza, que era hijo del traductor recién vuelto del exilio Ricardo Baeza. El tomo se imprimió con especial cuidado en los talleres barceloneses de Ariel para reproducir las ilustraciones de Benjamín Palencia (del mismo modo que sus *Sonetos a la piedra* habían contado con José Caballero, y al mismo Ridruejo le gustó probar los pinceles y las telas impulsado, probablemente, por la afición de su mujer, Gloria Ros).

El título que acabó dando a ese dietario lírico, en su reedición de 1972, fue otro, *Diario de una tregua*, mucho más significativo, pero tam-

poco ahí recogió todos los artículos de la serie de *Solidaridad Nacional* y mantuvo la mezcla originaria de textos de ese diario y de *Arriba*, de acuerdo con las precisas indicaciones de Fermín Solana y María Rubio en la ejemplar Bibliografía de 1976 ya citada. A partir de febrero de 1946 los artículos aparecieron con su firma en el diario barcelonés, mientras que hasta entonces habían figurado con las iniciales D. R. J.[iménez].

En todos los casos, sin embargo, y como bromea en alguno de los artículos, sus temas hubieron de ser forzosamente ajenos a la política y hubo de limitarse a asuntos culturales y literarios. Los pocos artículos que he escogido aparecieron en *Arriba* y los tomo de la antología que Ridruejo había preparado de sus trabajos hacia 1952 y que sin embargo no pudo llegar a aparecer, con nuevos artículos, hasta 1960, en la editorial Aguilar: *En algunas ocasiones. Crónicas y comentarios, 1943-1956*. Esos tempranos artículos entre 1943 y 1945 son el mejor registro, junto con su correspondencia, de la deriva que va tomando su vida interior con la inminencia del final de la Segunda Guerra y el sentimiento de desahucio ideológico en que empieza a instalarse (sin perder por entonces la fe falangista pero sí la esperanza de hacer nada de provecho con ella: de ahí la rotundidad expresiva del «Informe» de su conversación con Franco en 1947, que incluyo después).

La impregnación en el mundo intelectual y político catalán es lenta, pero intensa, y ha de pasar desde su desdén por la extendida aliadofilia que detecta a su llegada en 1943 a una permeabilidad ante las actitudes de sus amigos que es una forma de aprendizaje cierto. Cuando decidió publicar las hojas de ese diario lírico de 1945-1946 lo encabezó con una reflexión escrita diez años después, cuando él mismo vio en ellas el «epílogo de una juventud», pero sobre todo expresó con imágenes geográficas y paisajísticas una forma de la maduración moral que fue la suya: viniendo de las tierras altas de Castilla, «¿habrá así ojos menos encaminados hacia esto que tengo ante los ojos? Ésta es sin duda mi razón de amor; el extraño —y fatal— amor a lo contrario. Esta tierra de Cataluña sería casi el reverso de mi tierra natural» (págs. 13-14).

La compañía en Barcelona es grata y culta, el confinamiento se ha relajado expresamente (y lo ha visitado el gobernador de Barcelona, Correa Veglison, para confirmarlo), vive en casa de Juan Ramón Masoliver unos meses y frecuenta el entorno de *Destino* —Josep Pla escribe en 1945 sobre los *Sonetos a la piedra* sin ocultar su recelo ante el joven intrépido, iluso… y peligroso. Sin embargo, tanto Pla como Eugenio d'Ors son objeto habitual de comentarios, artículos o citas de aquel joven castellano que empieza a entender el mundo de otra manera, que asume también una forma de vida ajena a la historia política para reaprender la vida inmediata, el valor de la nimiedad rutinaria, el peso de la experiencia por encima de la esencia redentorista y autodestructiva. Ese aire pacificado se filtra también en sus poemas de entonces, entre 1943-1945, que es el período de escritura de las *Elegías*, y muy fundamentalmente entre ellas la que publica en *Entregas de poesía*, «Canto en el umbral de la madurez».

A Roma llega a finales de diciembre de 1948 como corresponsal de prensa del Movimiento, y para eso hacía falta haber mantenido algunos contactos con viejos camaradas mejor integrados

que el propio Ridruejo: no dejaría nunca de contar con un puñado de esos viejos amigos, que van desde Alberto Crespo o Agustín Aznar hasta el primer director de *Arriba*, Xavier de Echarri, o, desde luego, Laín Entralgo, con quien mantuvo varios diálogos públicos o cruces de cartas donde las discrepancias fueron tan evidentes como las complicidades de una amistad polémica. Con Ramón Serrano Suñer, propietario de Radio Intercontinental, en la que trabajó Ridruejo sin firma al menos en 1944 y a cuya cabeza se pondría al regreso de Italia, entre 1951 y 1955, la amistad subsistió hasta el final. A Roma se fue entre 1949 y 1951 un poco por voluntad y otro poco por resignación, y sin embargo la experiencia tuvo un efecto decisivo en su modo de estar y de reaccionar política y culturalmente en el mundo de la posguerra, que para él no era ya sólo española sino también europea: confirmó histórica y vitalmente lo que había sido su programa de futuro (inviable o quimérico) expuesto a Franco en 1947, porque ratificaba que la única medida para España era Europa, frente a la estrechez indigenista tan propia, tan narcisista, del fascismo nacional-católico español. Diez años después de su sueño de una Europa fascista descubría que Europa era democrática y se descubría a sí mismo más pragmático, más razonable y menos mesiánico: aquel sueño del nazismo había ido desmoronándose en términos ideológicos pero también a través de la nueva información pública —los juicios de Nuremberg— y privada —los informes, noticias y saberes de dos periodistas amigos en cuyas casas había vivido temporalmente, Juan Ramón Masoliver y Penella de Silva (que había sido enviado especial de *Destino* en Berlín y aparece en *Los cuadernos de Rusia*).

De nuevo con una muestra escasísima, he querido cerrar este segundo capítulo a las puertas de la aventura capital de *Revista* para mostrar algo de esa impregnación de la tradición liberal auténtica y del respeto y la admiración con la que habla de sus mejores *supervivientes*, como Benedetto Croce. El prurito filológico obliga a la máxima cautela hasta conocer los términos exactos tanto de sus crónicas enviadas a *Arriba* (a menudo censuradas y casi siempre con títulos cambiados) como de sus colaboraciones simultáneas en otros sitios, por ejemplo el Instituto de España, donde imparte un curso sobre poesía española que pasa por García Lorca y Miguel Hernández y alcanza a Eugenio de Nora y José María Valverde (que por cierto coincide con Ridruejo en Roma y no disimula una amistad que arranca de 1943). Pero muy particularmente he querido reunir también ese extenso ensayo sobre Roma que es, con toda probabilidad, una refundición que Ridruejo debió de hacer de varios artículos o textos cuya calidad literaria me parece algo más que destacable, además de extraña o inusual en el autor. Es la cara más libre y atrevida, menos informativa y más lírica, de un escritor que va afinando la precisión de la prosa entre la crónica y el reportaje.

No he dejado de insertar tampoco algunas cartas de entonces —algunas literalmente agónicas— que expresen algo de la situación personal que atraviesa el escritor, padre ya de una hija, Gloria, después de los dos embarazos frustrados de su mujer en años anteriores. En ese mismo período italiano será padre de otro niño, Dionisio, en 1949. Allí, en Roma, todavía ha tenido tiempo para retocar y reordenar la compilación de su poesía completa, *En once años*, para la Edi-

tora Nacional, que iba a procurarle una forma de restitución prácticamente completa a la vida pública como Premio Nacional de Literatura. A los dos meses de conocer el fallo de ese premio, a Ridruejo le llegaba otra buena noticia porque quedaba en segundo lugar en el concurso de guiones convocado por el Sindicato Nacional del Espectáculo, por el trabajo conjunto con Alberto Crespo —viejo amigo de la Divisón Azul, y corresponsal en Roma de *Arriba* (Ridruejo lo era de la agencia del Movimiento Pyresa)—, titulado *Pobre diablo* (el primer premio había sido para José Luis Catina y Luis G. Berlanga por *Familia provisional*). Algunos indicios más de este fugaz momento de restitución pública de Ridruejo, desde su llegada a Madrid en junio de 1951, son su participación en la polémica sobre el arte nuevo y su defensa de Picasso y Dalí (que en el fondo respaldaba a un ministro nuevo, Ruiz Giménez, y sus iniciativas culturales), un importante artículo en *Arriba* titulado «La campaña de los mediocres» y algunos otros datos factuales: en septiembre de ese año 1951 es nombrado por Serrano Suñer director de Radio Intercontinental y por Francisco Javier Conde, miembro del Instituto de Estudios Políticos; la Asociación Cultural Iberoamericana lo nombra también miembro de su junta directiva. Al año siguiente acepta el cargo de vocal de la Junta del Patronato del Museo Nacional de Arte Contemporáneo, y antes de acabar el año le cae todavía otro nombramiento: miembro de la junta de gobierno del Instituto de Cultura Hispánica.

El regreso de Ridruejo tiene visibilidad pública y política: un miembro más, aunque simbólicamente muy significativo, de ese vasto cuadro de personalidades que se movilizarán en torno al ministerio de Ruiz-Giménez para impulsar desde el aparato cultural del poder un moderado cambio de rumbo que saldrá francamente mal.

J. G.

DIARIO DE UNA TREGUA Y OTROS ARTÍCULOS

UN ESTILO A MEDIA VOZ [1944]

Cuando José Pla usa varias páginas de un libro suyo para disertar sobre un salmonete, llevando el tema a consecuencias poéticas que parecen desproporcionadas, o cuando el señor Brunet reduce a los límites de un relato de cosas ordinarias y de cada día el episodio de la fundación griega de Ampurias —del Ampurdán—, se podría decir que Pla está rebajando la poesía y Brunet menoscabando a Grecia; pero también y más seguramente, que Pla está magnificando y haciendo trascender al salmonete y Brunet dando el máximo de su valor a las cosas diarias y vulgares; subiendo el uno la realidad natural en unos peldaños, descalzando el otro la Historia de sus coturnos ocultadores.

No tenemos derecho a precisar sus intenciones pero nos parece que puede darse por descontado que Pla y Brunet pretenden lograr lo que todos los artistas, o sea dar a los demás —imponer— su visión del mundo, su mensaje, presentando y aumentando la realidad conocida. La diferenciación está en el *como*. Cuestión, sin duda alguna, muy personal, pero no sólo personal, porque ese *como* se refiere también a los receptores del mensaje, al público. Y si Pla y Brunet prefieren deslizar sus relámpagos suavemente, como a través de un cielo en calma, en vez de adornarse de todos los lujos de la tempestad, ellos sabrán por qué lo hacen. Y aún diremos que es seguro que lo saben. Quieren ser profetas en su tierra y para ello se despojan de toda apariencia de profetas.

Pla y Brunet no son dos hombres ni dos escritores equivalentes, ni siquiera parecidos. Pongo por delante la obra de Pla, que es, hoy, uno de los primeros escritores de España y acaso el más jugoso, mientras Brunet, hombre inteligentísimo, no le alcanza, con mucho, en la calidad del estilo ni en la fuerza creadora o poética. Lo comparable —e identificable— en Pla y Brunet es la llaneza de su palabra, la deliberada

vulgaridad de sus temas o del tratamiento de sus temas y el arte de sutil ironía con que vuelven la vulgaridad en otra cosa bien distinta. O sea el estilo de experiencia y el método de expresión. Ambos son catalanes, ampurdaneses, y escriben para Cataluña principalmente.

La diferencia y la identidad están ya en sus personas antes que en sus obras: Pla podía tener una fisonomía terrible de caudillo tártaro; pero él sabe dar a entender que no se trata más que de una fisonomía ruda de campesino ampurdanés. No obstante, el brillo de sus ojos, brillo de inteligencia, de malicia, de avidez apasionada y disciplinada a un tiempo, le traiciona siempre; le ennoblece y singulariza sin remedio. No he visto jamás unas formas más primitivas revelando a un hombre menos primitivo. Él añade a su disfraz una especie de humildad social verdaderamente terrible. Terrible porque enseguida la sabemos punzante de ironía y hecha a golpe de orgullo. Esa lucha de su persona va a ser también la de su obra. Tratará de equivocarnos todo el tiempo: cuando un rayo lírico le haya contorneado con excesiva dulzura una colina, con demasiado calor un ocaso y con demasiada ternura unas flores, nos hará reparar en que aquellas flores son las de la patata, y que un patatar es hoy una fortuna. Lo mismo en su estilo: al párrafo acabado y puro seguirá —impuesto— el paraje desmañado, como escrito sin gana, aunque tenso de expresión interna.

Brunet tiene una facha filosófica y casi clerical. Es desvaído y frágil. Muestra una expresión de benignidad contraída por la amargura, por un rictus de desencanto. Acaso su lucha es la contraria. Acaso es un hombre de verdad humilde.

Ni uno ni otro se han propuesto pequeñas empresas al trabajar. Tomo el *Viaje en autobús*, de Pla (el más representativo de sus libros de esta última etapa en que, por necesidad y afectando desaliño, escribe en uno de los pocos castellanos hablados y vibrantes que solemos leer), y descubro el propósito de dejar una interpretación cabal de la época en que vivimos. Pero se llama *Viaje en autobús* y trata, sobre todo, de temas de «abastos». ¿Puede darse un juego más sutil? El de Brunet —*Maravilloso desembarco de los griegos en Ampurias*— procede a la sorpresa inversa: trata de un importante acontecimiento histórico, y quiere ser —y es— una exploración de la vida griega, de la vida media de la humanidad y del alma ampurdanesa. Pero el relato en sí es un modestísimo cuento de aldeanos y marineros. La «intención» en los dos libros es un portento. Trabajan con oro en la lanzadera de un telar de algodón.

Hay muchas preguntas que hacerse acerca de este modo de proyectar y cumplir la obra literaria de estos dos catalanes —que no son únicos en la tendencia—, pero me gustaría limitarme a lo que se refiere precisamente a su catalanidad, que es lo que, en concreto, une a dos escritores de tan distinta orientación y calidad como estos que hemos comparado.

Dejaremos a un lado, por tanto, el dato indudable de que ambos —y singularmente Pla— representan la reacción estética contra el idealismo, esencialmente romántico aún, del fin de siglo e incluso contra los primeros vagidos modernistas y esteticistas del novecentismo, en el que se incluyen discrepando.

Vamos solamente a la cuestión del público. Pla y Brunet no aspiran a ser artistas encantadores, sino artistas influyentes. No aspiran al monumento, sino más bien a la dirección. Su arte —como el del viejo Berceo— no es de juglaría o divertimiento, sino de clerecía o catequesis tanto como de poesía y sinceración. Eluden, fustigan, ridiculizan lo fantástico —no más que lo elocuente— y están en lo real y en lo conversable. Saben, a mi juicio, dónde está el nervio sensible, la raíz verdadera del alma de su pueblo; allí mismo donde está su vida cotidiana. Y son, respecto de ese pueblo, el catalán, tanto exponentes como censores. Porque no hay que olvidar que los catalanes son afectos a la fantasía y también a la elocuencia, si bien esta elocuencia no se expresa siempre en la palabra —que de ello les defiende saludablemente un idioma que no pasó por el barroco ni por la corte.

Pero esa fantasía y énfasis —el fachendosismo y fachadosismo que irritaba a Unamuno, su embriaguez estética superficial— son para los catalanes un recurso para preservar de aventuras e imaginaciones peligrosas su otra vida, la de verdad, la de cada día, la práctica. Se diría que oyendo a Wagner en el Liceo casi en éxtasis, contemplando las *Valquirias* del Palau de la Música y las fachadas mirobolantes del paseo de Gracia, auriembarroqueciendo su culto a la Virgen de Montserrat —en la montaña insólita que ya es de por sí una evasión en piedra—, realizan una higiénica cura de agitación, en el mundo de la quimera, para estar bien seguros de que ese mundo no se les enredará en el otro, no vendrá a perturbarles en el despacho, en la fábrica o en el hogar. Desdoblamiento, por otra parte, típicamente burgués.

Pero esa Cataluña desdoblada —aquí la fábula, allá el negocio, sin viento civil en medio— no parece ser la más real ni la que interesa a nuestros escritores. Lo que ellos

hacen, en rigor, es volver a integrar lo desintegrado actuando desde las raíces de la Cataluña rural, radical, ampurdanesa, contra la Barcelona menos estable. Saben que actuando como cómplices de la evasión a lo fantástico o como elementos decorativos de la próspera fachada, no obtendrían más que gloria circunstancial. Desde ahí no se entra en las oficinas ni en los hogares. Y ellos quieren entrar. Buscan al catalán en cuanto hombre, al hombre catalán, y a éste —al hombre— no se le penetra espiritualmente ni con la jerga del negocio ni con la fábula divertida, sino con las palabras de la realidad completa y de la suya misma.

¿De la suya? No hay duda de que Pla y Brunet conocen muy bien los resortes más íntimos, las inclinaciones más entrañables, los rasgos más vivos de la espiritualidad catalana, tan apegada al límite, a la cotidianidad, al gusto temporal de vivir e incluso a la economía o utilidad de ese vivir. Pero, por encima de ello, estos excelentes escritores —como otros muchos escritores catalanes y no catalanes— son inventores de su pueblo: le proponen un *deber ser* más o menos ideal. Porque el hombre es menos naturaleza que libertad e historia, no todo ha de ser, en la determinación de su carácter, el clima, la vida económica, la herencia o el azar. Hay también la elección; la elección del modelo que alguien inventa o propone. El católico tradicional que es Brunet y el liberal positivista que es Pla están aquí de acuerdo no sólo entre sí, sino con una tradición —tradición de los inventores de Cataluña— que, como mínimo, salvada fácilmente la barrera ideológica del cambio de siglo y la barrera estética del estilo, nos obligará a citar una vez más los nombres de Maragall y de D'Ors y nos permitirá aludir, cuando menos, a los hombres del 98, inventores de Castilla.

[*En algunas ocasiones*, págs. 41-46]

CARTA A CARMEN [¿MASOLIVER?]-AURELIO [1945]

[Inédita]

[Membrete con las iniciales D. R. en tipos góticos]
Villa Santa Lucía
San Andrés de Llavaneras, 3 abril 1945

Queridos Carmen-Aurelio: Ya es demasiado que una carta tan conmovedora y buena como la que nos enviasteis haya quedado sin contestar por más de un mes. No ensayo una disculpa porque no la hay. Los días de su llegada eran malos para escribir, luego ha pasado el tiempo…

Lo que sí vale decir aunque sea tarde es que la carta nos sirvió de mucho consuelo y nos vino directamente al corazón donde os reconocimos una vez más, amigos entre los primeros y mejores, entre los más queridos. Y esto —a prueba de silencio— sigue siendo verdad.

Felizmente y hasta donde puede pasar del todo cosa tan terrible, aquello quedó ya atrás. No creo haber recibido cosa alguna más adentro de mí ni haberme visto asistido de Dios de tal manera nunca. No sé yo mismo todo lo que Él nos dio entonces junto con el dolor, pero nunca me ha puesto más consoladoramente cerca de Sí.

Por otra parte, también era para mí incalculable lo que una cosa así puede poner entre un hombre y una mujer. No hay experiencia de amor pasional que se parezca a ésta y que ate de tal modo. Una boda segunda o definitiva o algo más aún, eso ha sido. Y no quiero hablaros más de ello.

Gloria está bien y vuelve a estar alegre y fuerte. Yo también lo estoy y nuestra vida sigue —con ese más que os decía— muy felizmente.

Yo trabajo. En fin, me gano el pan con indecentes artículos y luego estoy ante diez cosas empezadas consumiéndome de indecisa pasión ante la obra verdadera. ¿Por dónde empiezo? No obstante van saliendo las cosas. Ahora voy [ilegible] y ando en una serie de poemas cuyo tono verás por uno que ha de publicar Juan Ramón. También sigo en mi novela y en mi cuarta obra de teatro y, ¡cómo no!, he empezado unas notas —muy íntimas— de mi experiencia de combatiente en Rusia, etc. Ah, y aun hay una serie de relatos fantásticos y no sé qué cosas más.

¡Pero es tan buenísimo tomar el sol en la playa!

Te mando el recorte de la primera entrega de una sección que a ruego de Luys [Santa Marina] empiezo en la *Soli* [*Solidaridad Nacional*]. Antes rompí con *La Vanguardia*, que pretendía pagarme como a un aficionado a la publicidad. En el fondo eran justos porque el periodismo de uno…

No os doy más la lata. ¿Cuándo concluyen las oposiciones? Escribidme largo y luego venid por aquí cuanto antes.

Os quieren mucho y muy bien,

D. R.

[Firma Gloria también.]

[1945] AGUA QUE NO DESEMBOCA

Esta tarde agridulce, otoñal, he vuelto a casa y, junto a la lumbre, me he puesto a leer un libro. El día, desde el amanecer, había sido hermoso, con una hermosura sin promesas; suficiente. La tierra estaba fresca, empapada en encendidos colores. El sol era un regalo; algo nada habitual, algo que se va a perder mañana, pero que basta por hoy. La desilusión otoñal daba a la luz —como casi todas las desilusiones— una felicidad humilde, agradecida. El mundo estaba bien: con sus montañas azules, su rosa última en el rosal, sus cirros flotantes en el cielo. Por el contrario, en el libro había un mundo encapotado, entre limitado y estrecho, lleno de soledad y hastío.

Eran las del libro las *Canciones del suburbio*, escritas por Pío Baroja.

Lleva razón Azorín al comenzar su prólogo con estas palabras: «La primera impresión es de sorpresa». ¿De sorpresa? Y también de desconcierto. No me refiero ya, como Azorín, al hecho de que Pío Baroja haya escrito unos versos. Eso —Azorín viene a reconocerlo— sólo a primera vista es sorprendente. Don Pío Baroja es, al fin y al cabo, un lírico. La sorpresa, o más bien el desconcierto, brota del libro mismo, de

sus canciones. Tardamos mucho tiempo en saber por dónde andamos. No conseguimos explicarnos nada hasta que ponemos mentalmente en prosa estos versos primitivos, rudos, irónicamente vulgares, pobres. Ya en prosa deja de desconcertarnos todo esto. Son unas páginas de Pío Baroja, como otras cualesquiera, acaso más concentradas, extraordinariamente sinceras, finalmente palpitantes.

Más que en sus novelas y más que en sus memorias he tenido en estas canciones la revelación esencial de Baroja. Las canciones son —en general— de tres clases. En unas el poeta describe un tipo, detalla un ambiente o narra un hecho, y elude toda consecuencia, toda interpretación, toda sentencia, toda expresión personal. En otras, el poeta dice sentencias sobre la vida, pero no las dice sino parapetadas detrás del personaje que habla en la canción; del personaje y no del poeta son el carácter, la vivencia y la impresión. Por último, hay otras canciones en las que el poeta describe, pinta o narra y añade una coletilla sentenciosa. Pero en ninguno de los tres casos hay moraleja. Ni siquiera interna. Ni siquiera invisible. O, mejor dicho, en los tres casos la moraleja consiste en decir que la vida no tiene moraleja o significación alguna. Si usó la primera fórmula —la de la enunciación pura—, esta «amoraleja» existencial se canta aún más vivamente, como se copia la realidad en el espejo.

Y no sé por qué —mientras me voy internando en su laberinto, al que he accedido con disgusto, y en el que al fin me pierdo con intensísima curiosidad, con cálida comprensión y compasión— me viene a la memoria un verso terrible de Federico García Lorca. El verso dice sólo esto: «Agua que no desemboca». ¡Qué espléndido título para este libro de Baroja, para toda la obra de Baroja! Porque lo que le pasa a Baroja, ante todo y después de todo, es que para él la vida —y la suya misma— no tiene ningún sentido, no va a ninguna parte, es agua que no desemboca. Por eso Baroja dice que él sólo es un hombre que se aburre muchísimo. Por eso canta:

Soy como el agua estancada:
no deseo cosa alguna
y reflejo en mi cristal
lo mismo el sol que la luna.

Esto lo canta «el hombre sin voluntad», pero desde más adentro lo canta el hombre sin ilusión: el hombre Baroja.

¡Qué impulso de caridad me entra por Pío Baroja cuando comprendo esto! ¡Qué deseo de hacerle compañía silenciosamente!

Porque está clara la inmensa probidad de Baroja —nunca desmentida y clave de su profundísimo estilo—: no quiere engañarse con subterfugios ideales. No quiere y no puede. Se diría que teme o sabe que los otros nos engañan, los de las ilusiones. De un modo negativo, parece sospechar, darnos a entender, que el mundo no tiene sentido, ni la vida finalidad, ni el hombre cosas que querer, si el mundo, la vida y el hombre no se sienten a una luz religiosa. A esa luz todo tendría sentido. Si la tierra es una misteriosa condición en el camino del ser, la tierra y la vida, repentinamente, se alegran con coloreada jugosidad. El testimonio de Baroja es, sin embargo, meramente negativo, pues esa luz es para él también, o acaso precisamente, ilusión cancelada.

Cuando conocí a Pío Baroja, recuerdo que me impresionaron sus ojos; unos ojos limpios, con ironía, sí, y con melancolía, pero, sobre todo, llenos de pureza, de juventud y de bondad. La nota de juventud era lo único que me desconcertó —y me desconcierta aún— cuando establecí relaciones entre aquel mirar físico o de expresión y la mirada especular o de absorción subjetivadora que alternativamente se revela en su obra literaria. Excluida esa nota, las otras podrían corresponder a la imagen del hombre bueno y sin fe, del humanista resignado, que me revelan estas páginas dolorosas. Pero lo otro, la punta de luminosa juventud, es decir, de curiosidad y esperanza, ¿dónde ha quedado? En otras páginas de Baroja quedan vestigios de angustia, de lucha, de pasión, de fe en alguna cosa: naturaleza, ciencia, vitalidad, voluntad. En éstas, no. Aquí hay un alma que se abre del todo y se muestra como un corazón vacío, lleno de objetos empolvados, de seres sin nombre, insignificantes aunque resaltantes, como grabados por un buril muy mordiente sobre el metal de la nada. El dolor ha quedado solo, tan solo que ni se siente a sí mismo y se llama hastío.

Sabemos que en Baroja hay mucho siglo XIX, pero intuíamos también que había mucho y muy anticipado siglo XX. El relevo de ídolos que ocupa los ciento cincuenta años últimos, en el forcejeo humano contra la divinidad o por sustituirla, no ha dejado de estar proyectado nunca sobre una sospecha o temor más radical: ha tenido un trasfondo de nihilismo. Ante los espíritus más audaces, más sinceros, más exigentes,

los dioses sustituyentes —Naturaleza, Historia— se han ido desvaneciendo, y fracasado también como sustituto, reducido a su tamaño, ha quedado el hombre ante la nada: un forcejeo inútil, pero necesario, que sólo a costa de un esfuerzo heroico, elevándose en la aceptación de su propia libertad, adquiere realidad y hasta grandeza moral.

Todo esto puede verse en la obra de Baroja sin gran esfuerzo. La proyección de sus cuadros, escenas, personajes sobre el fondo de la nada me parece evidente. Y es acaso esto lo que separa tan profundamente, en la significación espiritual, a este último gran novelista del siglo XIX de sus contemporáneos-antepasados: de Stendhal, Dickens, Balzac y Dostoievski, inmersos cada uno de ellos en un mundo indudablemente *lleno*, o proyectando sus *sociedades* sobre él. En esto es en lo que Baroja profetiza las corrientes que empiezan a dominar en la literatura más reciente. Su misma fe en la ciencia —que mantiene, y con mucha justicia— también tiene sabor de cosa última: no va acompañada, con la seguridad de antaño, de una fe en los hombres. Sobre la Naturaleza y la Historia —nuestros dioses penúltimos y aún persistentes en la religión de grandes masas—, no sé si Baroja ha tenido nunca buena opinión. Respecto a la Naturaleza, su veneración romántica no me parece que haya sido muy constante, aunque habría que probarlo.

Respecto a la Historia, no creo que figure entre los que han tenido la pretensión de conocer su argumento y su desenlace —los de la estirpe hegeliana—, aunque tampoco de seguro figuraba entre los que creemos que tiene argumento —el que le ponemos haciéndola—, pero tramado con un elemento que nos es desconocido y en busca de cuyo conocedor caminamos. Para él, la Historia no ha sido el dios sustituto ni el camino hacia el Dios verdadero, sino la proyección del absurdo sobre la nada.

En estos días de escombros calientes, esa posición de Baroja, tan negativa, ¿no será la de muchas, muchísimas almas? Los que decían saber el argumento de la historia se han servido y se siguen sirviendo de su presunción para incendiar y matar, restableciendo los sacrificios humanos ante el ídolo. Después de cada matanza y cada incendio el desenlace se pone un poco más lejos, y una terrible ceniza barojiana cae sobre el corazón de los hombres calcinado por el fuego de su esperanza iracunda. Es natural que, en momentos así, la persistencia de los predicadores de ídolos viejos o nuevos nos cause aversión mientras se rejuvenece nuestra consoladora confianza en el Dios que tiene paciencia y misericordia, aunque alguna vez fue también idolatrado y

profanado con sacrificios inaceptables. Pero de esta confianza no puede participar el otro hombre, el hombre solitario, despojado, que camina sobre la tierra como sobre una escombrera de la nada. Ante este hombre el alma ha de llenársenos de amorosa compasión, de compasión un poco atemorizada. Cuando somos del todo, desnudamente sinceros, sabemos que estamos pendientes de un hilo de gracia sobre el abismo del absurdo. Pero ese hilo vale aún un mundo entero, gustoso. Y he aquí que, allá abajo, un hermano nuestro pasa sin ir a ninguna parte.

¡Cuánto me ha hecho vivir y sufrir esta lectura aquí, en un rincón caliente, a la última luz de un día de otoño! ¿No está, de pronto, toda una cara de nuestra época en estas canciones? Todo está en duda, en suspenso. He aquí un espejo: ¿No puede curarnos un espejo? ¿No sería cosa de llenar el mundo con la voz de estas canciones de Baroja para que se viese el alma?

De la pena brota la esperanza. Del caos brota el mundo. Acaso en el alma de Baroja —que, como otros más de su generación, ha tenido la virtud de darnos su intimidad entera y desnuda, y la de nuestra época también—, ¡quién sabe!, está germinando, en el despojo, una nueva promesa, una nueva capacidad. La casa está barrida de locuras. Es la espera. La esperanza podría volver.

Entre tanto cierro con respeto, con mucho respeto, este libro que me ha estado agotando y me quedo en un silencio casi orante a la orilla de este corazón que se hiela, de esta agua que no desemboca.

[*En algunas ocasiones*, págs. 87-93]

[1945] EL 98 EN NOSOTROS

Querido Pedro [Laín Entralgo]: Ayer he recibido tu libro, que trae una carta impresa para mí. Lo he leído muy pronto, y antes que se me enfríe o intelectualice el gusto de su lectura me pongo a contestarte. No —aún— para hablar de tu libro como se merece y mereces tú. Eso vendrá otro día. Ahora sólo quiero devolverte el mensaje y lo más íntimo del mensaje.

No tengo que decirte a ti —que sabes cómo te tengo por maestro en tantas cosas— qué clase de regalo me parece tu dedicatoria y cómo me honra. Pero lo que más agradezco de ella es la tácita suposición de que yo sea quien primeramente deba recibir la confidencia de emoción y de anhelo que en ese libro hay. Acepto esa suposición como amigo capaz de adivinar tus últimos sentires y también como español y también como hombre de letras, que —quiera o no— lo soy, capaz de comprender tu generosa necesidad.

Pero he dicho que ahora no quería hablar de tu libro, sino sólo hacerme eco de su más íntimo sentido, acusarte recibo de él y darte fe de la honda impresión que me ha causado su lectura.

Leo en ese libro tuyo: «Sobre el alma de todos, sépanlo o no lo sepan, gravitará el peso, dulce y desazonante a la vez, del ensueño que inventó en el filo de los siglos XIX y XX una gavilla de españoles egregios». A darnos este sueño descifrado y digerido has enderezado tu trabajo. Pero, ante todo, has conseguido que cada uno de nosotros pongamos en claro —o en turbio— la parte que ese peso ocupa en nuestra propia existencia: hacérnoslo sentir. Y como toda meditación y cántico ajenos, si son intensos, certeros y penetrantes, lo primero a que nos empujan es a la caída en nosotros mismos, de esa caída mía voy a hablarte.

¡Cuánta verdad es esa de la presencia de cada uno de esos hombres del 98 en nuestro propio ser!

Recuerdo cuando, hacia el otoño del año 41, andaba yo por los campos sabrosos y bien labrados de Prusia Oriental y por los desolados y empobrecidos de la extrema Polonia. A veces, estos últimos se parecían a los de Castilla, pero era una línea de bosque lejano lo que sustituía la alta y delicada línea de las sierras, cuyos fantasmas me seguían hasta allí. Eran aquéllas horas de infinita paz, como sólo lo son las que discurren muy cerca de la guerra y cuando ya estamos ofrecidos. En la guerra iba pensando en el cómo y porqué de mi presencia allí. Y lo pensaba viviendo entre la vida de aquellos campesinos y viendo qué poco diferentes eran a los campesinos de otras tierras y de las mías propias. Y pensaba yo que aquello que tenía cerca no era sino una guerra civil, y sólo así me pareció justo intervenir en ella. Ya sé que es proverbial la saña y el embotamiento de dogmatismo de los combatientes en guerra civil. Pero tú y yo sabemos por experiencia que hay otro modo de vivir guerra civil, y es vivirla sin

saña, sin odio, sin antipatía siquiera hacia el enemigo y con dolor por él. Y así la guerra —pensaba yo y lo escribí en mis cuadernos— no es más que un movimiento desesperado que los hombres hacen para entenderse, para igualarse y fraternizar, para identificarse. Dudo hoy de que las cosas —en aquel caso— fueran así, pero yo lo pensaba y no eran flojas mis razones. Y bien: ¿hubiera yo podido vivir de tal modo aquel episodio si nuestro don Miguel de Unamuno no hubiera estado presente en mí con todo lo que hay en su famosa *intrahistoria*?

Año y medio después paseaba yo mi soledad por Ronda, la nobilísima ciudad. Era aquél un paisaje entre mollar y bravío, tan hermoso como puede ser algo en la tierra. Segaba ya de mi espíritu muchas de mis relativas ilusiones y me encendían otras más fuertes. Ya iba madurando la certidumbre —de la que a veces te he hablado— de que mi deber y el tuyo y el de los más de nosotros era revisar, ahondar, enriquecer y hacer fecunda nuestra personalidad, ya que no nos era posible servir de modo más directo a nuestros ideales. Allí pude leer cosas que no leí antes y revisar juicios y ver abrirse en mí otras intuiciones nuevas. A veces me envolvían nubes de tristeza, pero dentro de esa tristeza me cantaba siempre una alegría. Allí comprendí el tesoro que debía a Dios: mi fe. Y aprendí —aunque ya lo sabía sin saberlo— a ver la raíz de eternidad en que estaba afincado todo lo sucesivo, todo lo temporal, el más fugaz de los instantes. Pues bien: allí estaba conmigo el «grande y triste» Antonio Machado, nuestro querido y muchas veces llorado poeta. Allí lo releía y, por el campo, lo recordaba de memoria. Y era aquél su paisaje, y dentro de mí, la nostalgia de su Castilla y mía y otras nostalgias. No, no hubiera sido tal mi experiencia sin el peso suyo que llevo en el alma.

Vine luego a las costas catalanas, donde había de encontrar tantas felicidades, y me empecé a familiarizar con estas formas nítidas, recortadas, precisas, moderadas. Y empecé a gustar del desmenuzamiento y el detalle en la vida, mientras por dentro me sonaba la tragedia del mundo. Y un prurito de ahondamiento y un gusto de reflexión sobre la obra de cada día. Y una conformidad dichosa y una desazón latente. ¿No estaba en mí, ayudándome a ver, ese primoroso Azorín, en quien no deja de retemblar el abismo?

Y otras veces, y en mil ocasiones, al llegar a madrugadas turbias, al recorrer el mundo de los desheredados o de los vencidos, al contemplar la fealdad y desdicha de

la tierra, ¿no tenía conmigo el espejo barojiano? Esas cosas feas, desdichadas o malas que constituyen un mundo absurdo y como sin sentido, que siempre me parecen expulsadas de un invisible conjunto ideal, desterradas y por eso corrompidas, más necesitadas, más exigentes de Dios que las mismas cosas hermosas y buenas. No en vano se dice que claman al cielo.

Sí, estaban conmigo, y en mí han ido viviendo —con mi vivir— todos esos hombres. Claro que también otros hombres de otras épocas y hasta de otros países —y no pocos de nuestro mismo presente— han vivido, en mí, parte de mis vivencias. Pero entre el peso que llevo —y llevas tú— de otros hombres y el de este de los hombres del 98 hay una diferencia. La diferencia es, sin duda, la que pueda haber entre cualquier influjo ocasional y el influjo de nuestros padres y maestros, de los que nos han formado en la juventud. Porque lo cierto es que hemos despertado a la vida nacional, a la vida cultural e incluso a la vida privada preguntando a los hombres del 98 y respondiéndoles. Asintiendo y disintiendo frente a ellos. Y además, porque estos hombres nos han dejado en herencia no unos hechos históricos, no unas ideas, no unas realidades sociales, sino precisamente un sueño, algo que queda flotante y pendiente implorando realidad. Eso es lo que tú con tu libro nos has puesto más vivamente en claro; esa condición del legado del 98, porque al hacer la biografía de su parecido generacional has tenido que poner de manifiesto lo más esencial de su vida y su obra.

Una generación vino después de la del 98 dispuesta a no soñar, sino a hacer. A hacer cultura, a hacer política y a hacer obra viva. Lo hizo —sobre todo lo primero— y, haciéndolo, rompió el fanal del sueño de los del 98 y lo derramó sobre nosotros. Pero el sueño siguió siendo el de aquéllos, y como tal llega a nuestras manos, aunque nuestras manos, nuestras mentes, nuestra realidad en torno, en buena medida hayan sido reformadas por esa segunda y eficaz generación. Porque aquel sueño —tú también lo pones a la luz definitivamente— se llama España: la España ideal que se despega del presente y se refugia en el futuro después de alimentarse de determinada visión del pasado.

Nosotros llegamos a la liza cuando ya no parecía posible seguir soñando, cuando la realidad que a ellos les había dado asco nos llegaba a la boca. Henchidos estábamos de los sueños del 98, pero para aceptar su herencia teníamos que empezar por convertirla, por hacerla nuestra. Y eso es lo que aún nos desazona. ¿Qué han de ser, en nosotros, los hombres del 98, su peso, el peso de su sueño, su sueño mismo? Eso ya escapa vo-

luntariamente de tu diagnóstico, pero es en eso, sobre todo, en lo que me quedo pensando después de leer las últimas temblorosas, poéticas, esperanzadas líneas de tu libro.

¿Qué somos y qué soñamos nosotros mismos? Porque, aunque no parezca posible, soñamos, sólo que con el irremediable deber de despertar y realizar el sueño.

Ellos —tú lo dices— nos trajeron la disconformidad con una patria triste y pobre, unos lúcidos proyectos para regenerarla, un limpio amor por la verdad, y luego, sólo luego, el sueño de una España ideal, ese que más tarde se derramó a golpes de acción y pensamiento.

Y nosotros, ¿con qué nos quedamos de todo aquello y qué traemos de nuevo? Tú dices que renuncias por ahora a tratar ese análisis y te comprendo, aunque unos *y* otros y todos andamos necesitados de ponernos de acuerdo con nosotros mismos y de poner en claro nuestras intenciones y nuestras posibilidades.

[*En algunas ocasiones*, págs. 429-434]

[1946] NUESTRAS CIUDADES

Hay en el mundo ciudades que nos producen simple y puro asombro, admiración, curiosidad; por ejemplo, París y Roma. Pueden abrumarnos otras con el disgusto de lo irremediable: diríamos Berlín. Pero hay unas terceras que, al poco tiempo de habitarlas, nos apasionan por sus imperfecciones, nos fuerzan a soñar rectificaciones y arreglos y nos imponen, nos regalan la ciudad ideal que podría ser si fuera a nuestro gusto. Estas ciudades son las que literalmente nos enamoran. Estas ciudades son las que desearíamos poseer como ideales alcaldes o soñadores filántropos. Hay en ellas la cantidad indispensable de bondad natural para que resplandezcan sus posibilidades. Las posibilidades son lo que apasiona. Las perfecciones solamente admiran. Es el niño de buena pasta y mediana educación el que nos hace desear su tutoría, o el pueblo a medio hacer el que nos hace apetecer su gobierno. Pues bien; de esa clase de ciudades son, por ejemplo, Madrid y Barcelona. Cuando se ha vivido largamente en

Madrid y escasamente en Barcelona se piensa que esta última es mucho más ciudad. Y a la inversa. Cuando la experiencia es equivalente se sabe que, por destartalada que nos parezca Madrid, Barcelona tiene sobre sí un número infinitamente mayor de equivocaciones, y esto porque también se sabe que las posibilidades de Barcelona son infinitamente superiores a las de Madrid.

Le faltan a Barcelona realidades de gran ciudad tan consumadas como el cruce de perspectivas que se produce en la Cibeles, la situación del Retiro, el museo del Prado, los grandes edificios oficiales; la proyección, cada vez más clara, sobre un paisaje principal: el Guadarrama (dejando a un lado, porque eso ya no es construcción, la prodigiosa luz del cielo), y la extraordinaria profusión y riqueza de hoteles, restaurantes, cafés y salas de espectáculos. Hay, además, la diversidad e intensidad, lujo y desenfado de su vida en gran parte flotante o parasitaria; el refinamiento de sus «círculos cerrados» y el picante colorido de su pueblo, que todavía, hasta hace poco, era sustancialmente pueblo y no clase obrera. Y ya aquí empiezan las inferioridades, porque el predominio de aristocracia y pueblo, *vis a vis* con un añadido de población errante o pretendiente, hacen corte más que ciudad. La «villa y corte», sin embargo, va muriendo y la ciudad —burguesía, proletariado— empieza a transformarla, adelgazando las diferencias de que estábamos dando cuenta.

Aparte de esto —que ya es vieja diferencia—, excede Barcelona a Madrid en cuanto a su belleza topográfica: ese juego de alturas y relieves que abarcan la montaña y el mar; en cuanto a la riqueza de los sedimentos seculares de su herencia monumental, mucho más importantes y mucho más antiguos; en cuanto al carácter de alguno de sus trozos, como las Ramblas, que es una de las calles con más alegría y carácter de toda Europa, con sus flores, sus pájaros, sus libros y sus árboles, que en invierno tienen gorriones en vez de hojas. Y en otras cosas menores o superficiales, como la existencia de un teatro de ópera institucionalizado y en pleno uso. Y en otras mayores, como su buena comunicación con un campo inmediato lleno de belleza y habitabilidad. Pero, sobre todo, le lleva la ventaja de su solidez. Madrid tiene su raíz económica en el aire, en toda España. Barcelona la tiene en su propio suelo. Nunca, por ello, será tan brillante. Siempre, en cambio, será más segura.

Ya vemos que la suma de excelencias por las que Madrid aventaja a Barcelona pertenecen a la actualidad. Consiste en que está más apoderada de sus posibilidades, que,

en su cruda altiplanicie, son limitadas. Las de Barcelona, en cambio, revelan la distancia inmensa entre lo real y lo posible. Por eso los ataques de amor proyectista —lápiz y plano ante nosotros— son más fuertes en Barcelona. Pero lo son, necesariamente, hasta el denuesto y la desesperación, porque parece como si aquí un genio maléfico, cargado de recursos, se hubiera complacido en consumar los disparates muy sólidamente.

Una amenísima Barcelona, poblada de casas con arbolados jardines, sube hacia el Tibidabo, desde poco más arriba de la Diagonal. Pero la vana, pretenciosa, horrible arquitectura modernista persiste entre los estilos nuevos, más finos, que van prevaleciendo. Otra Barcelona pintoresca, antigua, romántica, aristocrática y popular, se tiende en la llana vecindad de las arenas marítimas. Pero ¿qué arenas y qué mar son ésos? No se ven por ninguna parte. Nadie accede a ellos. Tinglados, muelles, almacenes, aduanas impiden la vista y el paso. La milagrosa arquitectura de las Atarazanas —hoy salvadas como Museo Naval— languidece sin poder asomarse a las olas y su estupenda rampa de deslizamiento de buques —por donde bajaron al Mediterráneo naves que fueron a Lepanto— muere tristemente contra una calzada de adoquines. Entre las dos ciudades, la burguesía de fines de siglo trazó la más pesada, fría e impersonal de las moles urbanas posibles, en esa cuadrícula implacable y monótona que llaman el Ensanche, que únicamente el canal luminoso del paseo de Gracia, con sus invenciones «fachadosas», alivia y esclarece.

La bella, querida e ideal ciudad hay que ir buscándola por donde se puede. Por las Ramblas alegres, por los palacios de la calle de Moncada o a la sombra de la Diputación, el Ayuntamiento y la catedral; por los altos jardines de Montjuich, que dominan el puerto; por las alturas lejanas de Vallvidriera; acaso entre los invernaderos y pequeñas jaulas de fieras del parque de la Ciudadela o en el cementerio marino, donde el «seguir viviendo» de los muertos se hace casi realidad de este mundo. Y, sobre todo, en el centro de esas plazas con porches o con palmeras que huelen a salitre cerca del paseo de Colón.

Ahora, en invierno, cuando no pasa nada, es hermoso ir reedificando con la mente, por entre calles y callejas, esta maravillosa ciudad en potencia que se hace amar por un proceso crítico, tan a la manera española…

[*En algunas ocasiones*, págs. 66-69]

VENTANA AL CAMPO [1946]

Sobre la ciudad —donde me ha sido forzoso permanecer más días que los que yo quisiera— va discurriendo o se detiene, para que nosotros discurramos sobre él, un tiempo enmelado y primaveral. Extemporánea y peligrosamente primaveral, si se piensa en el campo y en los embalses que han de ser fuente de energía para mover las industrias.

Otra vez escribí que el hombre de la ciudad tiene, en estos tiempos magros, una sensibilidad meteorológica como de campesino y se para a pensar —con menos egoísmo, pero también con menos desinterés— en los efectos perniciosos de un clima agradable, del que años atrás se hubiese mostrado muy contento.

Sea como fuere, mientras agrado y preocupación van de la mano, la falsa primavera nos invita a errar por las calles, mientras el sol dorado se disuelve en la atmósfera de humo y neblina que no falta nunca en el centro de Barcelona. Y para errar, claro es, nada como las Ramblas, transidas en esta época del complejo olor de las violetas, ese olor en que conviven la lozanía agraz de la hierba, el tufillo de carbono y la más fina, destilada y morbosa de las esencias. Con las violetas, los ramos de almendro —un poco artificiales al desgajarlos del árbol donde tenían el punto del milagro—, los claveles de siempre, los ramos de mimosa, los entreabiertos tulipanes y los coronados narcisos. Y rumores de pájaros. Pero sobre todo —para ir nutriendo la errancia con las más variadas sugestiones— libros y libros sin fin. Novelas, en primer lugar, con brillantes portadas. Novelas, casi todas traducidas del inglés, del danés, del húngaro, del francés, del alemán, del rumano. Novelas que rara vez —una vez cada cincuenta— nos mueven a curiosidad. Luego de esto, reportajes políticos y de guerra, que ya hastían un poco. Libros de historia. Tal cual recatado, casi desdeñado libro de versos. Y muchas «obras completas». Es igual; siempre es hermoso, sugerente, un montón de libros. Se hojea, se revuelve, se adquieren uno o dos y se sigue el paseo.

Se publican en Barcelona muchos libros, muchísimos. Dicen que muchos más que antes de la guerra y con un esmero material que antes apenas se buscaba. Ahora, no obstante, la producción empieza a declinar un poco. El mercado se ha retraído sensiblemente. Se multiplican los fabricantes de objetos de lujo —que eso y no más

son por ahora los más de los libros para bibliófilos—, se reducen las tiradas ordinarias y acaso se empieza a meditar —que ya hace falta— sobre los programas editoriales, coartados por circunstancias que no es necesario decir.

A pesar de todo esto, los tingladillos de las Ramblas siguen ofreciendo su aspecto alegre, policromo y tentador.

El libro que he adquirido es la más reciente novedad editorial. Y aunque José Pla prodigue estas excepciones —a tomo por año—, es una publicación excepcional.

Con el nuevo libro de Pla entreabierto en las manos, voy descendiendo hasta cerca del puerto, y, de alto en alto, voy mordiendo en la rica fruta de sus páginas. Se titula el libro *La huida del tiempo* y es una colección o antología de trabajos publicados en la prensa, pero que no por ello restan al libro su novedad. Tampoco le privan de figura unitaria: el libro será uno de los mejor trabados y medidos de su autor.

¡Qué bien! Una ventana se ha abierto de repente al campo. Pero no sólo se ha abierto en el espacio, hacia el paisaje casi inespacial y genérico, sino en el tiempo, a la monotonía intemporal o subhistórica de la simple vida humana.

Cierto que el paisaje es inequívocamente el del Ampurdán —Palafrugell, Calella, La Escala— y que el tiempo es inequívocamente el del año 1945. Pero generalizar el espacio en el seno de la más viva diferencia y eternizar el tiempo en su más instantáneo y palpitante deslizarse es milagro habitual de la poesía.

Y ¿será verdad que un libro sobre las horas del campo pueda ser un libro intensísimamente nuestro, de los moradores de las ciudades y de la época actual? Pues así es exactamente. Libro de intrahistoria, de cotidianidad viviente, para una época fatigada de su frenética historia. Libro de elementos naturales para un mundo cuya mecanicidad se resiente y se agrieta. Pero no es exactamente una evasión. El mundo que habita en el libro de Pla —debajo de sus sarcásticas, crueles, a veces irritantes humoradas— es un «todavía» cargado de pesadumbre y amenaza. Pero por ello mismo más amable, más puro, más real y presente que nunca. Libro donde lo eterna y sencillamente humano se resiste a ser época.

Pero es mucho lo que hay que hablar sobre este libro de Pla y sobre Pla mismo. Ante un libro como éste —tan bellamente impresionante— dan ganas de ajustarle cordialmente las cuentas al enorme escritor que resplandece en él y al tímido, soberbio pesimista, inteligente, desalentado, socarrón, que tantas veces se complace en

apalear con una revuelta humorística demasiado ruda al poeta que le está dando vida desde lo más adentro.

Alguna vez hablaremos de todo. Quede ahora esta pura sensación de una ojeada rápida, en pleno bullicio urbano, a las noches estrelladas, al almendro, al frutal, a la lluvia, a los vientos del Ampurdán y a las alegrías y ferocidades del mar de la Costa Brava.

Vuelvo un instante —con la imaginación— a aquella «masía» de los Pla, puesta —y qué bien puesta— entre cipreses, bojes y frutales, junto a la huerta en flor. En medio del campo. Una «masía» noble, sencilla, armoniosa. Y a la puerta —sentado en piedra de molino acaso— un hombre que sonríe y que medita. ¿Qué hace usted, don José, con esa risa sensual, maragaliana, delicadamente enamorada de la creación y con esa alma de poeta, desencantada, aburrida, hastiada del mundo, tomando ahí el sol, el último y más fino sol de la cultura, el de la cultura hecha primor de vida sin espectáculo, a tiro de fusil del mar de sus abuelos? Don José no dice nada, pero hoy es el alma más penetrante, más influyente entre las almas de Cataluña y sobre ellas. «Enorme responsabilidad», voy a decirle. Pero es mejor pura, gustosamente, asomarse a su ventana. «¡Qué vista tan hermosa, señor Pla!»

[*En algunas ocasiones*, págs. 70-73]

PARÉNTESIS DE NIEVE [1946]

De un modo inesperado y sorprendente se ha puesto a nevar. Fue el sábado, de madrugada. A las ocho de la mañana me asomé al balcón y ya estaba todo el campo blanco. Era el cielo como una campana gris, recogida, muelle, a trechos un poco negruzca, a trechos resplandecientemente blanca. No se sentía el frío. La nieve iba cayendo con una energía tranquila, a grandes copos esponjosos. A mediodía, en el suelo no habría menos de un palmo de nieve. Los almendros parecían sobrecogidos, oscurecidos, lacios, en medio de esta inundación de blancura purísima.

Comprendo que en mi alta y dorada Segovia —a quien la nieve embellece de aquel modo sublime que no se puede decir con palabras— el hecho no es nada sensacional. Pero aquí, a unos pasos del mar Mediterráneo como quien dice, parece cosa de taumaturgia. Es como si se hubiera producido una repentina emigración. De pronto esto toma una apariencia escandinava, brumosa, fría, cándida, mansamente soñadora. Lo extravagante es que la metamorfosis se realice sobre los mismos pinos de copa redonda, sobre los mismos cipreses recortados, sobre los tejados de escaso declive, sobre los sembrados a punto de florecer, sobre los almendros floridos de hace ocho días, en la precoz primavera levantina.

Gracias a mi agenda, yo —mal contador del tiempo— me entero de que estamos en domingo de Carnaval. Hay unos domingos de Carnaval pintados por Pla —en el libro a que me referí el jueves pasado—, a una luz que se parece a la luz de Baroja, a una luz desencantada. Por lo general, al mundo pintado por Pla no le falta ese toque de hastío e incongruencia —o de desprecio— barojiano. Pero no en vano Pla es mediterráneo y la claridad sobrenatural que le falta a su mundo suele estar compensada por una delectación plástica y sensual muy comprensiva y muy intensa. Y también por un toque del personalismo y por un acendrado amor al orden. El orden en que se puede ser anárquico. En suma, el de Pla es más bien un mundo visto según Maragall —ya expliqué una vez esto hablando del *Canto espiritual*—, aunque con menos ingenuidad, con menos ilusión, con menos conformidad religiosa y con una especie de pudor inteligente, entre soberbio y receloso, que se complace en la burla y en la destrucción de los propios efectos y sentires líricos. Es el largo paso del fin de siglo al novecientos —y aún más a la posguerra—, tanto como el largo abismo que va siempre de un alma a otra.

Pero no quiero desmandarme. Hablaba de los pretéritos y ya declinantes, amanerados, chabacanos, carnavales que Pla trae a colación con el inventario —buena parte de su obra total— de las cosas que van desapareciendo, han desaparecido o —dulzura y agridez del «todavía»— se teme o se espera que desaparezcan.

Yo no he conocido los carnavales de Barcelona, ni apenas los otros. No tengo, a pesar de todo, antipatía al carnaval. De todos modos, parece que los últimos carnavales eran desastrados y lánguidos. Eran ya pura rutina y puro harapo. Siendo así, hemos de alegrarnos de su desaparición. Las supervivencias son depresivas, entristece-

doras. Este año, sobre el recuerdo de los carnavales espléndidos y los decaídos, baja la nieve a disfrazar la tierra, con tan piadoso renunciamiento como bella, ilusionante alegría.

Han vuelto a arder los llares, a una luz de noviembre, y la primavera se ha quedado en vilo dentro de la sangre.

[*En algunas ocasiones*, págs. 74-76]

EL TIEMPO Y LA CIUDAD [1946]

Hemos pecado, sí, mucho y sin posible arrepentimiento, de lo que pudiéramos llamar el abuso de la Historia. No era ni por nostalgia, ni por complacencia, ni por evasión. Ni siquiera por curiosidad. Y en manera alguna por aprender humildemente sus lecciones. En ciertas edades, en ciertos estados de emoción social, no se hojea la historia para aprender, sino para inventar. Era el puro gozo de profetizar sobre el pasado. Ilusionada y locamente arrancábamos páginas, y de un salto —que siempre quería ser no hacia atrás, sino hacia delante— nos plantábamos fantásticamente, según el gusto de nuestra ilusión o de nuestra invención, en medio de la monarquía de los Austrias o —romántica y cristianamente— en la libre, orgánica y fervorosa Edad Media, o en el Imperio romano o en la selva de los primitivos.

Mientras duraba la tensión de profecía, de esperanza o de deseo, aquel cuartel de la Historia se poblaba de vida. Mustia, aflojada esa tensión, nos encontrábamos de pronto entre unas ruinas casi sin sentido o —más triste aún— en el «pueblecito» recompuesto, falsificado, de cualquier exposición universal.

Lo cierto es que no se puede saltar, que no se puede volver. Si acaso es el pasado quien viene hasta nosotros, pero viene por su camino y sin ahorrarse página ni tiempo. Saltando, sí, pero de peldaño en peldaño, de sangre en sangre, de alma en alma. De verdad no nos queda del anteayer más que lo que el ayer pudo conservar y transmitir. Ni el pasado mañana llegará sin el mañana indefectible. Sólo la ilusión ha

resucitado tiempos remotos; sólo ella los ha convertido en tiempos futuros; sólo ella ha creído hacer de nuestro presente algo como un puente ideal entre unos y otros. Luego la realidad viene a ponerlo en terreno llano, no como un puente de alcázar a alcázar, sino como una senda de tierra a tierra.

El primer barrunto de la madurez —o de la desilusión— nos llega así, abriéndonos los ojos al paisaje temporal inmediato. El despertar, la vigilia, la visión verificante, ha reducido a muy pequeños límites el mundo del sueño. Pero lo ha hecho infinitamente —finitamente— más preciso y detallado. Ese «umbral de la madurez» nos ha traído como regalo y como pena la necesidad de descubrir, medir y desbrozar humildemente el mundo real y posible de nuestros hijos y la de retener, sedimentar y comprender el mundo de nuestros padres. Nos ha impuesto el trabajo y la nostalgia, para merecer con ellos una esperanza según nuestro tamaño real.

Ayer hemos vuelto a la ciudad mucho más solos, pero mucho menos sublimes. Hemos vuelto a la ciudad y hemos de encontrar su totalidad —si lo queremos— paso a paso: el Ensanche novecentista a través de la urbanización en curso, y las Ramblas románticas a través del Ensanche, y a través de las Ramblas, el neoclásico de la Lonja y de la plaza Real, el barroco de la Virreina y del Gobierno Civil, el renacimiento de la calle de Moncada, el barrio gótico y los restos romanos de la muralla. Lejanísima y del todo impensable queda la «ciudad condal». Nuestro tiempo pasado es ahora el inmediatamente pasado, el que puede ser realidad porque puede ser recuerdo o recuerdo de recuerdo. Y cuánto agradecemos ahora—mientras la apocalipsis atómica ronda los cielos— que una devota memoria, un celoso estar en lo propio, un delicado esmero recolector, nos entregue esencializado, poetizado, viviente en el mejor modo posible, ese pasado de la ciudad, ese sedimento del cual vamos a alimentar modestamente el irremediable, inmediato porvenir.

Estoy, mientras semipienso estas obviedades, volviendo las páginas de un álbum en el que se sucede el retrato depuradísimo de *Un siglo de Barcelona* —así se titula el álbum—. *El siglo de Barcelona* podría llamarse: tiempos fáciles, gratos, acaso un poco sosos, a veces turbulentos (con la dolorosa entraña casi del todo oculta), que pasaron para no volver. Pero que aún quedan y no sólo aquí, en las páginas, sino en la vida toda tan áspera, tan difícil —si se quiere tan noble y ya descubiertamente dolorosa— de nuestros propios días, de nuestro siglo, el siglo de las cartas boca arriba. Quedan como una derrota, como un escarmiento, como una promesa, como un de-

seo. Cualquiera tiempo pasado fue mejor (a nuestro parecer). No fue mejor: es mejor ahora, en nosotros; cuando ya no es tiempo, sino entera realidad: lo que ha quedado. Y por lo que en él quedó del anterior y en el anterior del más lejano, toda la Historia —como una ciudad sedimentada poco a poco— vive en nosotros y se dispone a ser mañana. Porque sólo mañana se es. Sólo en el último confín del mañana; en la ciudad de las ciudades, que cada ciudad va haciendo.

¡Y qué íntima, esencial, recogida, aromada capital de provincia; qué aldeíta deliciosa se nos hace la ciudad grande cuando la miramos así, en lo más grande e intemporal de su tamaño!

[*En algunas ocasiones*, págs. 62-65]

DIARIO DE UNA TREGUA [1945-1946]

8 de febrero

Un fragor repetido, monótono, que ayuda a dormir e invita a resistir el sueño para no perder esa rítmica cuna de seguridad, viene de la playa no muy próxima. Hay mar de fondo. Y hay otro mar para mañana. Cada día, cada mirada, es uno. Animal vivo, informe, maravilloso, amenazador.

No he nacido en el mar. No me ha conocido de niño y nunca será el medio de mi cuerpo. Me es siempre extraño y fascinante. Uno de los hilos que me han tirado desde esta tierra es que aquí se me apareció el mar por vez primera. Lo había visto o soñado de muy niño cuando todo es juguete que se toma y se olvida. Ahora estaba en la edad abierta y ensimismada en que ya se desea y presiente una gran pasión. Y el mar fue una imagen. Era un día de invierno. En las Ramblas los gorriones sustituían a las hojas. Abajo estaba él medio oculto y yo fui a buscarlo por el espigón, junto al faro. Lo miraba y lo sentía como lluvia que viene de abajo. Era verde y azul. Espumeaba, roto. Al oírle clamar me parecía que el pecho iba a rompérseme, tanto era

mi crecimiento. Tardaría aún muchos años en poder disfrutar de cualquier objeto en su concreción y hasta los cuerpos más cerrados en su oro caliente serían para mí como mares. Como es él, insondable, infinito bajo su piel.

17 DE FEBRERO

Cuando los almendros están ya colmados y casi oculto en el esplendor de mariposa y diamante su delgado varillaje rugoso, las espesas matas de la mimosa comienzan a abrir y desmayar, en miles de botones aterciopelados, enracimados, sus pequeñas cataratas de oro, como gajos grandes y sin jugo de unas vides oscuras de anteprimavera. En el pequeño valle de cipreses bajos, frutales silvestres, junqueras, saucedos, zarzales, pinos enanos, mirtos en descuido, sierpes de buganvilla, de jazmín, de madreselva —todo aún sin florecer—, el amarillo quemado de aquellos racimos enjutos, estériles, desmayados, es como la luz de un tesoro brillando en una cueva.

Hemos llenado todas las habitaciones de los alegres ramos blancos que suben y de los melancólicos racimos amarillos que pesan. Alguien tenía que llegar. Llegó y se fue como pasando una esponja —de nuestra sangre— por el mundo.

15 DE ABRIL

Los bancales, en los que el valle trepa hacia las montañas, quedan subrayados por unas líneas secas, amarillentas y rojizas. Lo demás es ya un pleno verdor. Verde, verde y verde transcurre el tiempo entre la flor y el fruto. Tiempo de lentitud y de paciencia, de gozo para el que sabe esperar, cuando ya se ve el bien y aún se tarda…

¿Se tarda o se precipita? El tallo de la patata que vimos plantar ayer, como quien dice, ya va crecido y ancho. Se han recogido los guisantes. Los habares, nevando su flor, escalan el cañizo.

Se han oído los primeros truenos y, después de la lluvia nocturna, el mar ha levantado un fortín con la arena de la playa. Allí, en el borde, hay un niño que se está desnudando. De abajo sube la espuma que viene, no de la calma de la superficie, si-

no de la pérfida bravura del fondo. El niño, confiado, ha metido sus piernas en el agua y la ola le trepa por los muslos tronco arriba. Está fría el agua, muy fría. Gritando ha huido el niño; corriendo; jugando con su miedo y su fracaso.

Poco menos deprisa que el tallo de la patata —él diría, «más lentamente»— crecerá este niño. Ahora es niño y se fía de lo que ve sin escarmiento, porque lo que ve es poderío, pero también juguete. Todo le es presente: entre la prueba del agua y ponerse a buscar caracolas, no hay sucesión.

Un poco después —«cuánto después», pensará él— vendrá al mar y no lo verá. Lo pondrá él aquí y acaso se tire de cabeza al fondo de su sueño.

Aún un poco más tarde —¿corre el tiempo o se para?— dudará con disgusto del mar y de su sueño. Al mar lo azotaría con una cadena. Lo azotaría —¡oh realidad!— sin imperio, enfurecido. ¡Cuánta congoja!

Pero sólo un poquito más tarde —«un instante después», sentirá él— bajará a la playa sonriente y vestido en este fresco «todavía no» de las horas de abril. Habrá estado viendo crecer la hierba y será un hombre hecho y derecho. Sí, la pobre zorra de las uvas verdes; verdes como el tiempo de primavera adelantada.

Algún día, no obstante, sabrá que aquellas uvas no se dan en las cepas de la tierra y entrará verdaderamente en el mar.

20 DE ABRIL

En poco tiempo hemos ascendido unos cuantos centenares de metros, montaña arriba. En otra montaña, un gran macizo de piedra dibuja una figura soñadamente humana, yacente. Los volúmenes que deberían representar las piernas se rompen en una línea quebrada y en sus vértices reposa aún la nieve. Hay, por otros lados, sierras, lejanías ondulantes, grandes masas planas grises y azules. En los valles bajos, la tierra en bancales brilla con un verde esmeralda muy fresco, que da alegría. Es el trigo que crece. Aquí arriba, en cambio, reinan los pinos impasibles, las encinas severas y los enebros y chaparros oscuros. En algunos trechos de hierba rala se dejan ver constelaciones de flores diminutas, amarillas y blancas. En los repliegues húmedos, entre los espinos, hay violetas muy erguidas en sus tallos y narcisos silvestres. De todas partes

brotan los olores secos del romero, el espliego y el tomillo en flor. Vagan innumerables pájaros y cruzan el sendero las primeras mariposas, iguales a las hojas de los arbustos. Por la desolladura de una pedriza corretean dos lagartos de un verde mineral. En la roca hay grabados fósiles de hojas y caracolas. Un hervor casi imperceptible, a veces chirriante, sale de la corteza terrestre hacia la atmósfera fría. Sólo esos ruidos, semilatentes, rompen el aireado silencio. Se diría que se escucha y se siente la rotación del planeta.

Luego ha surgido del claro un rumor de grey. Pacen y triscan por allí unas ovejas lanudas, grandes, con sus corderillos recientes pegados a las ubres. Como en la flor de los almendros ayer, allá abajo, está aquí toda la primavera en el vellón pulcro de estos recentales. Son suaves y graciosos. Cuando se quedan atrás, balan y emprenden un trote saltarín sobre sus patas largas, peludas y rígidas como armadas de alambre. Uno de ellos se pega a la madre, tosca y pesada, con un desvalimiento conmovedor.

Y otra vez la lejanía, con su hombre de piedra inerte, su único hombre. En el fondo, abajo, hay pueblecitos agrupados como rebaños, con sus masías, rezagadas también, en la amplia onda del paisaje. Se ve trepar la primavera, subir despacio con una majestad cada vez menos enfática, más escueta, hacia estas alturas. Entre el raro frutal que ahora comienza a florecer aquí y el que allá abajo ya muestra el fruto cierto, tiernamente definido, hay una distancia de tres semanas o de un mes. Esta tardanza y la tenuidad en que se disuelve al llegar hacen de esta primavera alta una cosa más pura. ¿Serán la primavera de Caín y la de Abel?

Me he traído a Virgilio conmigo: es mejor leerlo aquí, sin ascender del todo a la cumbre, sin consumar la evasión. Con un poco de tierra entre las manos: «La más bella estación es la que huye la primera de los míseros mortales». ¡Qué tiempos éstos… y aquéllos!

Arriba —ideales aún— quedan la roca, la nieve y el cielo.

5 DE MAYO

Ha estado a vernos nuestro amigo el árabe. En alguna medida es nuestra oreja del mundo. De vez en cuando viaja. Nos apaga mitos, nos descubre espantos, nos filtra

dolores y esperanza de estos años parturientos de los que nosotros, por fuerza, hemos desertado.

No le llamo el árabe por las gotas de sangre morisca que pueda llevar, como cualquiera, sino por algo que hay en él de nervioso y revuelto, de alzado y también de caído en repentinos abismos y que no sé por qué me recuerdan más al caballo que al hombre de esa raza. Al caballo loco de cabeza alta y pequeña como la suya. Pero sobre todo es por los ojos, que son oscuros, intensos y como vacíos, vueltos hacia dentro, abismáticos y especulares y a veces soslayados como si viesen algo por detrás. Lleva un bigote búlgaro. Es efervescente como una orgía o postrado como una derrota, sin término medio. Tampoco tiene término medio su visión del mundo, ya se instale en el ahora mismo más atroz ya suba, por los *Cantos pisanos* de Pound, a los misterios orientales.

Quizá esta paz demasiada, de asedio, que nos tiene se pudriría completamente si él no llegase de vez en cuando a zarandearla con su galope, como pasando un río, para dejárnosla punzada, excitante y melancólica.

25 DE MAYO

Este enamoramiento que afirma, cada vez menos posesivo, todo lo que vive es una adquisición de poco a poco. Casi nada en nosotros es nativo. Aquel niño inverosímil amaba a las ardillas pero torturaba a los lagartos. Se embelesaba con las palomas pero podía disparar con un cartucho enano a los gorriones, a los alegres mendigos de pluma a quienes dejo hoy picotearme el corazón. Gozaba con el movimiento de los gatos pero podía poner a prueba sus siete vidas, aunque le estremecía la crueldad de otros niños —no mucho peores— que les clavaban las banderillas de después de la fiesta. Y podía pisar al perro dormido aunque no segarle la verga cuando el pobre luchaba por desenlazarse de la hembra. Cuando una vez vio eso hasta lloró entre el vocerío de los niños terribles. Pero él también era terrible, con la serpiente por miedo y con la mariposa por curiosidad. Y podía disparar a la rana y estoquear al sapo y divertirse viendo fumar al murciélago clavado y aplastar a la víbora cobijada en la piedra cuando se descubría su relámpago de plata con cadenita de hierro, alzada la

cabeza triangular en la agonía. Podía descabezar vilanos, juncos en flor, lirios silvestres, amapolas de sangre, guerreando con su varilla de fresno contra el mundo entero que era «cosa suya». Sólo la discriminación estética detenía, a veces, su mortífera potestad. Es posible que todo eso empezase a cambiar cuando descubrió que también un muchacho podía romperse. No se trataba de la propia rodilla, en la que vivió algunos días, criando pus, un guijarro pequeño. Ni de la cabeza —invisible— herida por el pico de una teja. O de la nariz con la sangre fácil a la llamada del golpe. Lo propio no es objeto y lo que se sufre no se contempla. El niño roto tenía que ser otro. Fue en la serrezuela caliza un poco más alta que la otra de donde se sacaba la cal viva. Era una serrezuela casi descompuesta por los picotazos del hielo, que sólo daba cardos y alacranes y subía a un picacho en forma de cucurucho. Por la parte más vertical, que daba a las traseras del pueblo, crecía el té silvestre y había cuevas arenosas donde iban a orinar las niñas. Por allí se fue de cabeza el muchacho. O más bien de hombro. Cuando, todos abajo, intentamos moverle, vimos que no se dejaba tocar. Estaba roto como cualquier caña, cualquier culebra, cualquier pájaro manco. Puramente roto. Y mientras él se hacía cosa entre las cosas, las cosas empezaron a hacerse hombres. Como en la raíz del dolor y del placer puede dormir un recuerdo, el niño roto duerme o despierta ahora en mi respeto por el espino, por la avena loca, por la babosa resbaladiza, por la mariquita de pintas negras o por la araña trabajadora. Sí; lo recuerdo bien. Y cuando un día aparecieron los muertos vaciados de su vida desde fuera, por un agujero, repentinamente mineralizados, todo lo que crece, respira, se mueve, comenzó a hacérseme sagrado e intocable.

28 de junio

Todo es relativo. En clandestinidad, al descubierto, hemos subido al coche para ir a buscar —hacia las planas con viento fuerte, hacia las playas de granito rosa— al gran escritor de su tierra. Le llamo, para mí solo, «el tártaro». Se trata de una asociación arbitraria que sólo se sostiene en los pómulos algo salientes y en los ojos un poquito oblicuos de este gran payés trotamundos, de este gran refinado que se disimula en la llaneza. Con él todo es de otra manera. Su cordialidad llena de filos —parado-

ja, ironía, sarcasmo—, su sencillez llena de meandros y cavernas —pesimismo, lucidez, espíritu crítico de bisturí—, su sensibilidad extrema volteada por toda suerte de cortafuegos utilitarios, su saber militante contra la gravedad, nos instalan como en un día suyo y sólo suyo, diáfano y punzante, que excita y desmantela dejando en ruinas todos nuestros castillos idealistas, todos nuestros jardines sentimentales, en un estar del todo en la tierra que es igual que un estar del todo fuera del mundo. Los cipreses en racimo que nuestro amigo tiene junto al *mas* de gran crujía gótica se han doblado para decirnos: «No está». Le hemos dado caza en el café: camisa blanca sin corbata, traje oscuro ya usado, boina pequeña con un poquito de vuelo sobre la frente. Hablar, Dios mío, hablar. Oír hablar. Sentir necesidad de hablar, como quien cosecha deprisa para llevarse el heno a un retiro rumiante.

1 DE JULIO

Al lado del mar se han acostado los cuerpos, confundidos con el sol y la arena. Viene del mar una brisa tenue. Es un instante como una nada. Por el mar, ese planeta sin acabar de crear, el instante se llama esperanza. Por la arena, la arena de un planeta deshecho, el instante se llama olvido. Para germinar o para corrompernos hemos cerrado los ojos de la carne y nos hemos sentido fecundados, desintegrados por el sol. He aquí el verano, sin forma, sin tiempo. El verano nihilista de la marina. Siempre. Todavía. Un corazón que late y una brisa que yerra.

5 DE ENERO

Casi podría contar mis años por años de nieve. Mis nieves de niño, paseadas sin fatiga, pisadas con voluptuosidad, patinadas con un gozo que yo me imaginaba parecido al de los ángeles. Una muralla junto al río helado. Una torre alta y un friso de mujeres negras destacándose sobre el nuevo planeta de pluma y diamante. Pero esas nevadas de a palmo se reforzaban con las otras imaginadas en los relatos de la abuela. Las nieves de su Andrés de San Pedro Manrique —tierra apenas— cubrían toda

la altura de las puertas y había que cavar trincheras mientras por la noche el lobo aullaba materialmente en las ventanas. Pero ni aun así he podido juntar a la imagen de la nieve la de cualquier incomodidad.

Nieve, dice para mi memoria, planeta en cuerpo glorioso, transfiguración mágica y exaltante. Luego, no sé cómo, se une a su espacio la imagen de un aire cristalizado —transparencia, esplendor— y un ruido de alas de paloma como un batir de espadas con el acero vegetalmente ensordecido. Nieve y nieve. La ciudad más de oro redibujada con nieve sobre la nieve, altísima de alcázares y torres con limón. Y las praderas que derriten el hielo herreriano, caminadas con nieve a la rodilla, kilómetros y kilómetros, hasta la más dichosa extenuación, el empapamiento, la fusión con el manto milagroso que abriga mientras hiela. Y, claro, la gran nieve, la que aguanta a los muertos con vida por ocho meses y monta un universo fascinado donde todo lo temporal se esconde o se extasía: el agua, el humo, el hombre. Todo menos los gorriones insensatos y el viento que vuelve a hacer nevar desde abajo.

Los sufrimientos —¿hubo sufrimientos?— se esconden como los cadáveres bajo la absoluta azucena sin simiente, el cielo caído con toda su luz, el espejismo de olvido que puede matar. Mis años de nieve son un ábaco de alegrías. Todo mi idealismo se hizo añicos y el mundo hermoso y atroz, lleno de menudencias, renació de sus vidrios rotos. Pero la nieve permanece.

9 DE ENERO

La Ciudad. Otra vez ha dejado de pasar el tiempo que jadeando, el pobre, nos va a la zaga. La Ciudad con nieve y sol, frente a los ocasos del campo, estéticos, teatrales cuando se ven sin reposo desde el teatro del mundo. La hirviente Ciudad y los hombres que nos traen y nos llevan, que nos van poniendo en el corazón sus vidas, todas sus vidas, en una confusión irritada o conmovida.

Una, asomada a la alta sierra donde los hombres creen jugar, felices, deslizándose por las blancas pendientes. Entre la potencia de las montañas, que desnudan sus costras moradas, y la blancura fría, la pequeñez humana es enternecedora. La Ciudad, lejos, pequeña también, cenicienta, sigue con sus millones de soledades que urden y

traman una tela fragilísima, presuntuosa, inventada. El Corazón, en lo alto, es grande y compasivo; grande y duro en su luz.

20 DE ENERO

Embargado, tratando de concentrar las voces, los rostros, los afanes, los dolores, las esperanzas de esa vida tan excesivamente ideal, tratando de concertarlos en el sueño, me he hundido con el tren en el túnel de la noche. Al amanecer brota el mar, tibio, amorfo, múltiple, único, como un espejo de ese sueño. La nieve no ha cuajado aquí, si es que cayó. La tierra es delicada y necesita disfraz. En los alcores, tiembla otra vez la flor de los almendros con toda su piedad y toda su locura. Mi tiempo vuelve a parpadear. De los montes remotos viene un aire helado. El sol, endeble, se platea en el mar. Lo más de la tierra aún permanece siena, rojizo o cárdeno. En el fondo del valle, la niebla no puede remontar el vuelo. Las flores del almendro solo. Las flores del almendro responden a la impasible longevidad de las estrellas y afirman, atrevidas, frágiles, la inmensa certidumbre de vida que hay en todo lo leve. El corazón se rinde ahora, y ahora, de verdad, está exaltado.

CARTA A ANTONIO TOVAR [1946]

[Inédita]

[Membrete con las iniciales D. R. en tipos de letra gótica]
17 mayo 1946

Querido Antonio: Al fin, después de tanto tiempo, vuelvo a saber de ti. ¡Gracias a Dios! Noticias indirectas no me han faltado por unos o por otros. Lo que no sabía era el crecimiento tan espléndido que va teniendo tu familia. Se ve que esos aires de

Salamanca son excelentes. Vas camino, como don Miguel, de transformarte en proletario.

Yo, en cambio, he tenido desgracia sobre desgracia. Otra vez se ha estropeado nuestra esperanza de tener un hijo. Esta vez —por fortuna— la esperanza no tenía más que tres meses de tiempo. Pero ha sido para Gloria más peligroso que la vez anterior aunque no tan triste. Por unas horas estuvimos en vilo. Afortunadamente salió bien de la prueba y ahora convalece en una mejoría franca y rápida. Otra vez será, no nos desalentamos, ni renunciamos: creo que eso de los hijos es algo muy importante aunque no se sepa del todo por qué.

Acaso a fin de mayo vayamos a Madrid aunque por poco tiempo. Llevas razón en tu supuesto de que no nos conviene estar allí. Prefiero renunciar a muchas posibilidades económicas que allí tendría y vivir aquí, en el campo y en paz, un poco más estrechamente. Aún no es otra vez nuestro tiempo. Dios sabe si lo volverá a ser. Es posible que las cosas nunca vuelvan y que nosotros no tengamos tanta vocación como es precisa para correr en persecución de las ocasiones. Ya no tengo ilusión activa por la política. Aunque a veces su desazón me arrastre y me subleve. Cuando estuve en Madrid, por ejemplo, volví a incurrir en mis viejos vicios de aconsejador y recitador de verdades, promotor de inteligencias, etc. ¿Para qué? A pesar de todo he intentado —y aún estoy en ello— hacer un diario en Barcelona. No tengo grandes esperanzas de conseguirlo en esta situación de prensa en que estamos. Mi egoísmo me hace —en rigor— no desearlo, pues sería el fin de esta «vida sencilla» de ahora.

Sigo con mi trabajo literario, un poco asfixiado por las colaboraciones periodísticas de las que vivo como Dios me da a entender. He atravesado temporadas de gran decepción por la literatura. ¿Merece la pena en absoluto? ¿Merece la pena, en todo caso, si no se puede lograr una creación personal, universal y superior?

De todos modos he comprendido que esas son añagazas de la pereza. La talla que uno pueda dar será siempre difícil de conocer por uno mismo y ha de pasar por la prueba del trabajo. Ahora vuelvo a escribir teatro, poesía y novela. Pero la verdad es que me divierte más leer lo que escribieron otros. Es una pena que haya sido siempre —desde tu latín— tan mal estudiante. Mi vocación sería la de enciclopédico. Enciclopédico y millonario, algo campesino y tenuemente poeta. ¡Qué bien! Pero nada de eso. No obstante estoy alegre como siempre.

Hoy he tenido un día feliz sembrando patatas en mi huerto. Andar con la tierra es buena cosa con tal de que sea diletantismo.

En fin, escríbeme tú con más frecuencia y no me juzgues mal por esta carta tan estrambótica.

Mil cosas a Chelo. Y de Gloria.

Un abrazo fuerte de tu siempre amigo

D. R.

INFORME A FRANCO [1947]

NOTA CONFIRMANDO UNA CONVERSACIÓN SOSTENIDA CON EL JEFE DEL ESTADO (CURSADA A TRAVÉS DE LOS AYUDANTES DE S. E.)

Febrero de 1947

Nos parece conveniente ofrecer a quien conduce hoy los destinos de España algunas reflexiones sobre la situación a que políticamente ha llegado el país. Acaso sean puntos de vista muy subjetivos. No lo creemos, pero en todo caso son los nuestros y nos creemos obligados a no silenciarlos, tanto para descargar nuestra conciencia y justificar por nuestra conducta pasada nuestra posición actual cuanto por prestar al mando un último servicio.

Empecemos por los antecedentes: [...].

•

De todo lo anterior nos interesa desprender estas dos consecuencias:

1.ª Que la Falange no ha conseguido sustantivar al Estado o hacer Estado propio. Que la conducta del Estado y la doctrina y propaganda de la Falange han estado siempre en íntima contradicción. Que esto ha desgastado y perjudicado a la Falange y no ha favorecido al Estado en nada.

2.ª Que, no obstante, la presencia de la Falange en el Estado fue episódicamente útil al prestarse a ser su envoltura frente a una tendencia general semejante a ella en el mundo y un agente de aproximación a las potencias que encarnaban esa tendencia. Esto es la historia. Ahora pasemos a la realidad presente, y saquemos consecuencias.

En 1940 era lógico que la Falange —aun a conciencia de que no era libre para hacer su revolución— desease prestar al Estado su apariencia y comunicarle alguno de

sus dogmas o puntos de vista. Creemos aún que con ello prestamos a España el mayor servicio posible.

Pero hoy no. Si la Falange fuera hoy en el Estado el Estado mismo, nos limitaríamos a luchar por ella silenciosamente. Pero siendo una etiqueta, un aspecto tan sólo, debemos estimar y decir que su presencia en la vida oficial es inútil y gravemente perjudicial.

Sea cual sea el último designio de los aliados para con España, es evidente que su apariencia de régimen totalitario les da pretexto para cualquier agresión. Es evidente que esto —percibido por el Estado— da ocasión a una carrera de rectificaciones parciales, destinadas a borrar aquella imagen. Esta carrera de rectificaciones deshonra a la Falange y no defiende a España. Nosotros —falangistas— no podemos querer que la comodidad de la Falange en funciones de adorno del Estado pueda poner a España en situación desventajosa frente a las nuevas realidades.

Hicimos un servicio y debemos consumarlo. Si el Eje hubiera triunfado, España habría tenido un papel gracias a nuestra presencia en el poder. No debemos hoy exponernos a que por la misma razón España sea perseguida. Queremos que se salve España aunque perezcamos nosotros. En primer término nos interesa no ser deshonrados. La Falange puede ser hoy honrosamente licenciada con la conciencia de haber servido a España. Si mañana fuese derribada por coacción exterior, tendría sobre sí la vergüenza de haber intentado mixtificarse y de haber antepuesto su vanidad al servicio de la Patria.

La Falange tiene una historia de honor que ha de ser respetada. No se puede ahora inventar una Falange democrática, aliadófila, sin faltar a aquel respeto.

Pero, lo que es más importante, España como pueblo, como comunidad, ha de salvarse de la revolución o la invasión a cualquier precio. Ayer fuimos nosotros los posibles salvadores. Dejemos que hoy lo sean quienes puedan serlo.

Nuestro consejo, pues, es sencillo: adopte el Régimen una nueva fisonomía, pero sin malabarismos. Disuélvase o apártese del poder a la Falange. Claro es que a este consejo hay que añadir dos cláusulas: la una respecto a la Falange misma; la otra respecto al Estado.

La Falange puede y debe ser relevada con honra y libertad. Con libertad para justificarse y seguir sosteniendo el ambiente moral que pueda por si es necesario para

servir en una coyuntura venidera. Permítase a la Falange, disuelta oficialmente, recobrar o reponer su primitiva pureza.

Respecto al Estado, estimamos indispensable una perfecta continuidad. No aconsejamos la caída en una «etapa Berenguer», sino la rectificación del Régimen hacia donde es posible: hacia la dictadura nacional de base popular extensa y apolítica, en un proceso constituyente bien conducido.

Hoy son ciertas dos cosas: una, que si S. E. abandonase repentinamente el mando del Estado sin sucesión cierta, produciría la anarquía y la guerra civil, para concluir seguramente en el triunfo de los comunistas. Otra, que la gran mayoría de los españoles —alentados por el miedo a la revolución— está dispuesta a defender a un gobierno fuerte con las armas en la mano. Con toda probabilidad, Franco ganaría hoy —en cuanto representa la seguridad general— un plebiscito sincero. Los mismos falangistas, oficialmente fuera del poder, formarían entre sus defensores, pero, además, otros muchos lo serían también. No se perdería una base —la Falange oficial— sino que se conquistaría otra más ancha. Porque los exiliados republicanos pueden poner acaso en la balanza a un par de millones de hombres. Pero el Estado nacional —abierto a todo el pueblo y todas las tendencias— puede poner los muchos millones de hombres que le dieron la victoria más un alto porcentaje entre los escarmentados.

Creemos que hoy la posición verdadera es ésta: salvar a España, despojar de sus pretextos a las democracias y ampliar la base del Régimen.

El peor camino para ello es tratar de disfrazar a la Falange de partido demócrata cristiano. Que la Falange sea lo que es: un movimiento fiel a sí mismo. Si Franco se atreve a entregar a una Falange pura y sin adulteración todo el poder, dando vía libre a la revolución nacional, hágalo en buena hora. Recelamos, no obstante, que no sea ésta la hora mejor para el experimento. Hoy es ya tarde o es demasiado pronto y no creemos que el ambiente sea favorable ni el falangismo —gastado en otras cosas— tenga posibilidades de imponerse contra viento y marea. Por eso aconsejamos arrojar el lastre falangista; formar un gobierno de diestros y prestigiosos administradores, asentar el poder en un plebiscito popular, abrir un período constituyente en la orientación que se impone en el mundo y dar a las masas populares la oportunidad de organizarse para dar vida a una situación menos sencilla y segura, pero más promete-

dora que la actual, teniendo en cuenta que siempre quedan los cuadros del Ejército, por si llega una hora difícil.

Para acompañar al Ejército en una crisis peligrosa pediríamos otra vez el primer puesto los que no aceptaríamos el más alto Estado al precio de una mixtificación deshonrosa.

[*Casi unas memorias*, págs. 282-284]

LA ITALIA DEMOCRÁTICA

CARTA A MIGUEL DE ECHARRI [1949]

[Inédita]

Nuevas señas:
Via Vincenzo Bellini, 10-int. 12
Tel. 80320 (Roma)

Roma, 27 marzo 1949

Querido Miguel: A estas horas tus justas iras se habrán multiplicado por mil. No intento disculparme aunque creo que puedo anunciarte una mayor diligencia en el porvenir. Hasta hace poco todo estaba en contra: el frío en la casa, la falta de dinero y un cierto malhumor pesimista. La primavera tarda pero no llega. Ha llegado y todo empieza a parecer más fácil.

Ante todo tengo que anunciarte que la habitación que te pertenece en mi casa está a punto. Tomé la casa a principios de mes y pude ocuparla hacia el 14. Es una casa que deja mucho que desear, sobre todo en cuanto a muebles y a servicios, pero que, al menos, está bien situada y permite el lujo de tener una habitación libre si se presentan los amigos que uno desea ver por aquí.

Su único inconveniente decisivo es el precio: 90.000 liras al mes (casi 5.000 pesetas), que es mortal de necesidad. Pero no existe en Roma posibilidad de elección. En todo caso, y aun con esa carga, mi vida es ahora un poco más holgada: antes, en la pensión, el simple capítulo de habitación-comida se me llevaba todo el sueldo y diez o quince mil liras más. Ahora esos dos capítulos elementales quedan cubiertos y queda un pequeño remanente que alcanza —eso sí, justo, justo— a pagarme el autobús, los periódicos y los sellos de correo. De los pitillos en adelante —medicinas, teatro, comida fuera de casa, etc.— todo va a un déficit o a la Esperada y aún no del todo

conseguida ampliación por «Culturales» —me han asignado un sueldo de 35.000 liras al mes: ¡un tercio del alquiler de la casa!—. Lo malo es que de los meses anteriores, de tomar la casa y proveer a sus deficiencias inexcusables, etc., me queda un atraso de consideración. Pero Dios proveerá y vamos adelante. En rigor, y en el orden material, he cometido una locura viniendo aquí.

Pero hay el otro lado y el otro lado vale la pena. De momento, claro es, toda Italia es para mí Roma y no puede ser de otro modo. Pero Roma basta. En rigor basta pasear un poco con los ojos abiertos para quedar compensado de todo. Siento además que ahora voy a empezar a escribir de nuevo con calor —si el respiro material se me asegura un poco—, y naturalmente ningún ambiente es tan estimulante como éste.

Es una pena que Gloria se sienta, en su estado, un poco atada e insegura. Esto hace que nuestras idas y venidas sean muy limitadas, e incluso que ella no pueda con facilidad arreglarse las muchas horas en que por fuerza tengo que andar por ahí. En junio todo habrá cambiado, si Dios quiere.

¿Qué es de vosotros y de Javier? A éste le escribí largamente y no me dice nada. Tengo mucho deseo de saber en qué para lo suyo y si se resuelve como es debido. Tenme informado de esto, por favor. Este «sálvese quien pueda» a que nos va empujando la vida es terrible y hay que procurar conjurarlo con un contacto más estrecho.

Supongo que lo mío —especialmente gracias a ti— va todo en orden. Yo enviaré desde el viernes próximo crónicas a la radio y a Sánchez Bella. Recibí las pesetas-liras del Instituto por los meses de enero-febrero-marzo. Las otras, sigue, por favor, girándolas al mismo sitio.

Escríbeme y anuncia vuestra llegada. Os esperamos *de verdad*.

Con un abrazo muy fuerte para todos

D. R.

¡OH! ROMA, ROMA [1950]

(COMO EN UNA CARTA DE AMOR)

Cuando nos vamos acercando a Roma, es inevitable, es tópicamente inevitable, traer a la memoria los versos de Joaquín du Bellay recreados por Quevedo: «Buscas en Roma a Roma, oh peregrino / y en Roma misma a Roma no la hallas», y todo lo que sigue hasta llegar a uno de los versos más fluviales que ha recibido la lengua: «Lo fugitivo permanece y dura»; aunque no tan fluvial y murmurado como aquellos otros donde «la Mosa, el Rhin, el Tajo y el Danubio / murmuran con dolor su desconsuelo». El Tíber, en efecto, permanece y dura y la vida con él, esa corriente irrestañable, indemne en Roma de puro escarmentada, porque el romano ha pasado muy allá de la ataraxia renunciatoria de los estoicos. Pura, suficiente, entregada a un exaltado florecer a prueba de otoños, la vida de los romanos —muy motorizada, muy estrepitosa, un poco negligente con eso de la posguerra— cunde y se manifiesta por todas partes. En las tratorías se vende por *cuartini* el vino dorado *dei Castelli* —fueran los castillos romanos como toda una provincia y no darían abasto para tanto trasiego—, servido en *fiaschi* de cristal, como ánforas altas de hombros y sin asas que tienen el contraste de la medida oficialmente estampado en el mismo vidrio. En Piazza Colonna se compra y se vende en forma de medicinas «que todavía no hay», de sellos de correo, de *travellers checks*, de partidas de mercancía, de periódicos, de opiniones políticas, agitadas, sí, pero sin llegar a las manos. A lo largo del Tíber, se regala en besos, incansables besos de parejas incrustadas en el pretil, mientras hay abajo extraños balnearios flotantes donde en la *bel'estate* se puede bailar; en el Pindo y Villa Borghese, en el Gianícolo, en los alrededores del Celio, en los jardines junto a San Pietro in Vincoli, en forma de cochecitos tirados por burros enanos y colmados de niños, o de niños nada más, que van sobre sus piernas audaces o en otros cochecitos de tiro más cuidadoso —hay días que todo el mundo está lleno de madres jóvenes, un poquito cansadas—. En Via Vèneto se vuelve a comprar en todos los hoteles o *alberghi* y en todos los restaurantes, adonde siempre puede llegar un hombre con un laúd o cítara de forma extrañísima que canta *stornelli* romanos o canciones de Nápoles, donde algo que había no existe ya, y en las *boites* y salas de *ritrovo*, acaso con un poco de morbidez, de perversidad o de esnobismo, y aun se compra a mejor precio en los ba-

res innumerables, de largas barras y cafeteras relucientes, cafeteras prodigiosas como órganos de iglesia, como máquinas de tren, como sueños de alquimistas, donde *si prende un caffetino* para combatir el *sirocco*, el bajo nivel y la tremenda antigüedad de las piedras a todas las horas del día. Porque la vida —que permanece y dura, porque huye— huele en Roma a café, a tostadero de café; intensa, dulcemente, de un modo estimulante, cálido. Toda Roma está cogida en esa red, tendida en ese hálito, unificada por ese gratísimo olor, en el que se recogen todos los otros, de café bueno, de *miscela* sapientísima —aunque los napolitanos se rían porque allí sí que saben de eso—, que es por donde todos los romanos se juntan y gracias al cual encuentras en Roma a Roma, aunque es verdad —obvia verdad— que «aquélla» se perdió para siempre, aquélla y otras muchas, superpuestas, entremezcladas, residuales, pero todas —y especialmente la más vieja— oliendo a buen café. ¡Quién se lo iba a decir a los romanos que no encontraron el café ni siquiera en España —provisional América—, ni siquiera en la India alejandrina, o a los *papalini* a quienes no supieron traérselo venecianos ni genoveses! Y, sin embargo, ese olor de café parece viejísimo, radical, como si estuvieran impregnadas de él las columnas del Panteón donde está dormido, bajo un cielo de ladrillo con las nervaturas en grandes trapecios y abierto al otro cielo por una linterna redonda, el gran Rafael, el que muriendo estuvo a punto de hacer morir a la Naturaleza, según dice en la piedra, y también los reyes de Italia que eran gente liberal y sencilla, amantes de la buena compañía; o la fachada de Sant'Ignazio, con sus muebles arquitectónicos enfrente, aquellos muebles de alcoba barroca, o ya rococó, curvados y labrados, que hacen completamente interior aquel trozo de Roma; tan interior que hay allí un mendigo con un perro lobo que tiene su cama y duerme cada noche en la escalinata del templo, con los zapatos al lado, y algunas veces viene a pedir a la *trattoria* de la esquina.

Detrás de ese velo de olor de café y a través del laberinto de la vida, que hace eclosión por todas partes sin molestar, porque para eso está el *tempo* suave, cadencioso, un poco indolente y desganado que el *sirocco* y el bajo nivel están cultivando desde hace muchos siglos, aunque el *sirocco* meta también, de cuando en cuando, estopas encendidas en las redes nerviosas y empuje a la gente a armar gresca o a suicidarse o a buscar asilo en el manicomio; detrás de todo eso, digo, está Roma, incluso la que no está porque «cayó lo que era firme». Pero no es para tanto. Cayó y dejó una es-

combrera tan imponente que no se puede ir deprisa en el excavado del metropolitano porque a cada paso sale una cantera de monumentos que los arqueólogos tienen que ir a explorar deteniendo las obras; y ese espesor con maravillas se nota muy bien en Piazza Argentina, donde hay templos republicanos llenos de gatos que, vistos así, cuando se desperezan y avanzan lentamente entre los matojos que allí crecen y junto a las columnas, os hace la ilusión de que son tigres de la selva vistos desde muy alto; porque está muy alto el pretil desde donde se ven abajo los templos liberados de dos mil años largos de escombrera. Pero con esa Roma perdida se ha ido haciendo, hasta hace nada de tiempo, casi todo, y la ciudad antigua es como una hierba despreciada y muy resistente y germinativa que sale por todas partes, que asoma piedras, inscripciones, trozos de estatua, fragmentos de muralla, columnas y obeliscos, por aquí y por allá, de modo que, quitando los barrios alejados, no hay manera de perderla de vista cuando creíamos que estaba perdida de vista para siempre. Y estas emergencias son como las piezas de un puzzle o rompecabezas, y pasado algún tiempo, cuando ya lleváis unos meses andando por Roma —por esta extraordinaria confusión y riqueza sobrante, casi malbaratada, que son las Romas superpuestas—, ya podéis reconstruir lo que Du Bellay y Quevedo creían sepultado porque lo estaba. Aunque hay que decir que los historiadores, los arqueólogos, los restauradores y urbanizadores y hasta los políticos —que siempre tienen la historia a su disposición para lo que quieran— y los falsificadores, que son un poco como los políticos, todos juntos, han hecho mucho trabajo desde aquellos tiempos hasta ahora. El foro, el Palatino, dos de las grandes termas, los foros imperiales, el Coliseo, parte de las murallas, fragmentos de basílicas, columnas, pavimentos, arcos y templos han ido quedando limpios de la hiedra medieval que se les había ido apoderando y comiendo, y ahora la vieja Roma, la más antigua, es ya perfectamente imaginable, especialmente si se lee el libro de Carcopino, que es uno de los libros que tienen verdadero interés porque habla de la historia de los hombres y no se limita a contar, con sus fechas y sus nombres, las aventuras de unos cuantos símbolos o mitos sobrepuestos a esa vida de cada día. Roma está ahí, bajo vuestra mirada y delante de nuestra fantasía, y gracias a Dios hace sol y la luz es fuerte y clara, porque si no sería cosa de estar llorando todo el día, asomados al balcón del Campidoglio desde donde se ve todo el foro con sus templos, basílicas, arcos y columnas, sus cosas pequeñas y grandes, cada una con su elegía, y al fondo el

Coliseo, sin que pudiera consolarnos siquiera la plaza más bella del mundo, que dibujó Miguel Ángel poniendo en el centro el caballo de bronce de Marco Aurelio, antes llamado de Constantino, a pesar de lo muchísimo que se parece a otras personas de la familia del estoico que están en el Vaticano, y el vuelo audaz, al costado, de la escalinata de la Araceli, que está en el cielo realmente de alta que está. No habría manera de consolarse —se lo decía yo a unos amigos del norte— si toda esa grandeza desbaratada y nuevamente hermosa —Dios sabe si más hermosa— estuviera a orillas del Rhin e iluminada por luces de plata y de nube, de esas que riegan sentimiento y temporalidad irreparable. Pero está aquí, al sol, envueltos los palacios, que no son ni rescoldo, por la flora plantada adrede que citan Plinio y todos los poetas latinos: el laurel, el acanto, la adelfa, el mirto, el ciprés, el pino y otras muchas plantas que resucitan a los muertos. Esta Roma sale, rebrota por todas partes, en la fachada de la Bolsa, frente a la estación del ferrocarril —esa llanura en pie, armoniosa, con su gran dinosaurio de hormigón atrevidamente avanzando— y en Piazza in Lucina y en el Piè di Mármo y en el torso del Pasquino, o enfriándose sin orden en el Museo Vaticano y con más orden en los del Capitolio, o calentándose con ladrillo en llamas en el de las termas de Diocleciano; reconstruyéndose pieza a pieza y poco a poco, casi día a día.

Y a lo mejor, basta un muro besado por el sol, un trozo de los muros de Belisario, ya otoñales cuando nacieron, junto a Porta Pinciana, para que aquel sitio, un simple cruce de calles con el Pincio al lado y Via Vèneto al otro, se os convierta en una imagen indeleble, paradigmática: la imagen de una amante, de una Roma hecha mujer en carne dorada, no demasiado joven ya pero bellísima y a la cual vuestra sangre de casi adolescente, adolescente aunque tengáis cuarenta años, ha unido toda la pasión del mundo, que ya no os deja, que ya no se puede vivir sin ella, que es un hábito cada día más soleado y con llamas por dentro y más sabiamente madurado, porque esa amante es una especie de Deméter, que os tuesta para fortaleceros, y hay también en la unión con ella algo corrompido y débil que se resiste a ser fortalecido. Y Roma, de pronto, es esa carne de oro, de vida y de melancólica conciencia de estar maduro para morir y de estar viviendo en vibrante conformidad. Y estáis enamorados de ella sin remedio, para que siempre jamás seáis desterrados cuando debáis abandonarla porque la vida sigue.

No está mal que esté ahí la hiedra invasora. Por lo que cuenta Gregorovius, pensamos nosotros que fue por ese tiempo en que la hiedra se iba extendiendo por todas partes, la hiedra medieval de los siglos oscuros y luego de los amanecientes, cuando empezó a amasarse este pueblo de Roma para ser lo que es; inmune a todo acontecimiento exterior de los que se llaman decisivos y siempre en estado de dar nuevas flores de vida, exultando como las hierbas por todas las grietas de todos los muros y ruinas; reponiéndose siempre. Aquellos siglos hicieron el suelo de Roma, el barro y la masa, y ya se sabe cuánto la masa decide el destino de la levadura. Sobre poco más o menos, la cosa debería estar sucediendo ya cuando aquella emocionante escena —¿qué trágico la imitaría?— contada por el mismo Gregorovius, del tiempo en que los oficiales de Justiniano se disputaban la posesión de Italia con el bárbaro y heroico Totila. Estaba el general griego —o romano bizantino, si preferís llamarle así— sitiado en la mole Adriana, que ahora es castillo de Sant'Angelo después de quedarse en sus huesos de túmulo con ladrillo desnudo y redondo bajo el vuelo recién posado del ángel de bronce que envaina, ya sacio, la espada de la peste. Entonces estaba aún gloriosa con todas sus columnas y sus jardines superiores y llenos los intercolumnios de estatuas de Fidias, Praxíteles y todos los maestros de Atenas. Y allí, con aquella gente suya, de sus antiguos, pero que ya no eran sus dioses, se le acababan las municiones a Constancio, y Totila empujaba el asedio como queriendo dar el asalto. Y fue cuando el general tiró sobre las cabezas de los bárbaros, hechas añicos, hechas balas, aquellas estatuas maravillosas, las mejores que quedaban en Roma de las miles que un día la habitaron y de las que ya Constantino había hecho emigrar buena parte a la Roma oriental, llamada Constantinopla, donde habrían de morir también o deshacerse poco a poco. Y, entre tanto, los romanos estaban en los muros —cerrada la ciudad a unos y a otros— esperando serenamente el resultado, sin tomar partido. Porque habían aprendido ya mucho de las mudanzas de los poderes y, como preparándose a muchos siglos de nuevas mudanzas y disputas y de ejércitos forasteros, habían optado ya por la defensa pasiva pero tenaz de su vida. Para entonces ya habrían comenzado seguramente a alimentar los hornos de cal con mármoles paganos y a desmontar los monumentos, los templos abandonados, las basílicas inútiles, los palacios casi destruidos, para hacerse fortalezas y hogares. Y estaban a punto de empezar la inacabable guerra civil, que el Papa mantenía unas veces y soportaba otras hasta hacérsele la vida imposible en

el amurallado Vaticano, porque eran tiempos bizarros y espantosos en los que hasta se podía desenterrar a algún Papa para juzgar su cadáver medio podrido y arrojarlo luego al Tíber; tiempos de los que quedan reliquias como el palacio de los Orsini, levantado sobre el teatro Marcello —que aún es teatro por la parte de atrás— y el mismo Sant'Angelo; recuerdos de la guerra civil constante y de las banderías de los nobles depredadores, de las grandes pestes, de las lagunas apestosas formadas con las aguas de los acueductos rotos que aún se ven por la campiña como animales extraños, de los motines exigiendo trigo, porque el pueblo romano conservaba la costumbre de ser alimentado por el Imperio y hacía largo tiempo que estaba reducido a vivir del expolio de sí mismo y de los peregrinos atraídos por las reliquias, que se multiplicaban muy milagrosamente en aquellos primeros Años Santos, otorgados a veces como precio de un rescate, cuando las primeras basílicas estaban aún construidas con columnas de acarreo, igual que otras iglesitas que se conservan, como la de Santa Maria in Cosmedí que está cerca del Tíber, un poco más abajo de donde queda la isla retostada y preciosa y cerca también del Circo Máximo, y es el lugar donde pueden ir a oír misa con devoción los que aman la pureza del cristianismo primitivo, más que en la basílica de San Pedro, porque ya se sabe que San Pedro y todas las iglesias grandes de Roma son demasiado grandes y suntuosas, como grandes salones de recepción para el Cristo imperante, pero estas otras pequeñitas, robadas a los templos paganos por albañiles inspirados y toscos, son como cenáculos muy interiores donde se diría que el Cristo viviente del evangelio se encuentra más cómodo. Hay en Roma otras muchas iglesitas como ésta, aunque no tengan tanta leyenda, porque aquí, en el atrio, se ve la gran piedra solar que debe de proceder de una fontana y que, después de vomitar agua clara durante siglos, vino a convertirse en el gran testigo de la verdad medieval y de la justicia cargada a la conciencia de cada cual y al juicio milagroso de Dios. De esta Bocca della Verità se cuenta que fue muy astutamente burlada por una casadita alegre que tenía un amante y le fueron con el cuento al marido, el cual pidió y quiso justicia y reparación como entonces se usaba todavía. Y parece que la hermosa pidió someterse al juicio de la verdad, yendo a meter la mano en el hueco de la piedra que en el caso de mentir se la comería o aplastaría y en el caso de decir verdad se la dejaría blanca y ligera, sin tocarla. La casadita debía de ir preocupada cuando marchaba en el cortejo, a lo largo del Tíber, hacia aquella maravillosa placita o ensanche, donde aún no estarían

limpios, como ahora, el templo de la Fortuna Viril ni el de Vesta Roma, el uno redondo y el otro cuadrado pero los dos pequeñitos; ni habría aún aquella fuente que hay ahora, barroca y exuberante, ni se vería el arco que secretamente estaría sosteniendo una casa. Debía de ser todo aquello callejuelas que daban al río y de una de ellas salió, como danzando o como ebrio, un joven galán que, con gran desenvoltura y como el que hace broma, cogió a la culpable por la cintura y le estampó un beso en la mejilla, desapareciendo como brisa de abril tras el revuelo de su capa corta. Y la jovencita —porque parece que era jovencita aunque casada y adúltera— sintió un alivio en el corazón y al llegar a la piedra metió su mano en el hueco y dijo con gran serenidad: «Juro que a excepción de mi marido y de ese joven que acaba de hacerlo, ningún otro hombre me ha besado». Y era verdad, porque aquel hombre era su amante. Y la piedra tuvo que estarse quieta y quizá se le puso un guiño sonriente en la caraza de rueda de carro, porque ella, con mil años a lo mejor de ver cosas, ya sabría bien a qué atenerse; pero a los mil años la indulgencia debe de ser muy grande, incluso si se trata del corazón de una piedra. Decía que hay muchas iglesias como ésta, aunque sin historias tan divertidas ni puestas en un sitio tan extraordinario. Se podría hacer una escala de grados de pureza y devoción románica —y se pasaría enseguida por Santa Maria in Domenica o della Navicella, que está subiendo al Celio con un barquito delante de la fachada y por su vecino Sant'Estefano Rotondo—, y creo que al final de la escala, después de Santa Croce y de Santa Maria Antica, se podría poner a Santa Maria Maggiore, que es basílica grande, pero tan ordenada y perfecta de proporciones, tan pura de columnas, tan satisfactoria y calmante que el alma se encuentra allí casi tan bien como en Santa Maria in Cosmedí, viendo aquellos mosaicos antiguos y la reliquia del pesebre de Belén, o la Virgen que dicen pintada por San Lucas, y sin dar mucha importancia al primer oro de América que enviaron allí los españoles y está puesto en el artesonado. Es la basílica, también, de leyenda más poética, pues el trazado de su planta fue establecido por la misma Virgen con una nevada milagrosa que cayó en el mes de agosto, por los años de Constantino, y tuvieron aviso de ella un patricio romano muy rico que debía construirla y el Papa que debía darle la bendición. Sobre poco más o menos, se inauguró así el sistema de fundación de los santuarios marianos, que todos han sido encargados por una Virgen aparecida, aunque con el tiempo dejó de hacerlo a los patricios y empezó a hacerlo a los pastorcitos que eran mejor gente.

Sin toda esa hiedra medieval, ¿qué sería de nosotros europeos? ¿Qué nos haríamos con la monumental Roma del Imperio, intacta como una de nuestras grandes ciudades, con maravillas de refinamiento que ninguna ciudad del mundo volverá a tener? ¿Qué nos haríamos nosotros, pobres, sobrios, resultantes? Esas grandes manos medievales que lo han amasado todo nos han hecho, en definitiva, la Roma que tenemos y que amamos; primero amontonándolo todo, enterrándolo todo en la escombrera con humedades de laguna; poniéndolo todo a pudrirse y luego, lentamente, a brotar. Muchos se quejan, incluso, de que esa Roma medieval haya perdido algunos trozos, como todo aquel que invadía los alrededores del monumento a Vittorio Emmanuele —que demuestra bien lo que puede pasar cuando se quiere Roma antigua a destiempo— y ocultaba el Foro Trajano y los mercados anejos, debajo de la airosa torre comunera y de la preciosa muralla con sus bíforas. Se quejan de que el fascismo —que también acabó haciendo Roma imperial de la del monumento— limpiase todo aquello, en lo cual me parece que no llevan razón, aunque sí la llevan en reprocharle que derribase toda la Spina del Borgo, el barrio papalino de los oficios, donde vivían esos hombres que suben a poner los candiles de aceite por todo el exterior de la cúpula de San Pedro como montañeros agilísimos, en las vísperas de las grandes solemnidades, cuando la basílica y el castillo y los altos de la columnata y del pasadizo y los ángeles del puente sobre el Tíber aparecen iluminados por esa luz caliente, oscilante, natural como un incendio, sabrosa y con nubes de humo. Sí, lo de la *espina* estuvo mal, porque la Via della Conciliazione, con sus anchuras de desierto, útiles, desde luego, para la evacuación de la plaza —que los maliciosos dicen que ha venido a ser heredera de la de Venecia—, nos ha quitado para siempre la emoción de descubrir de pronto, saliendo del dédalo, aquella gran explanada, coronilla del mundo, abrazada por la columnata de Bernini, con su alto obelisco que izaron con cuerdas de seda entre un silencio bajo pena de muerte —y el grito, ¡agua a las cuerdas!, que está petrificado en el obelisco— y con el *Cupolone* planetario que la reforma de Maderno, rectificando a Miguel Ángel, dejó demasiado atrás de la fachada, desgraciando el efecto de acabada majestad imaginado por el energúmeno florentino, que era infalible. Prolongar o ampliar la perspectiva de aquel campo enorme es como llevar hierro a Bilbao, y el Bernini, que como todos los barrocos amaba la sorpresa, el efecto, el estupor, estará viendo desde el otro mundo cómo le han estropeado el juego, su gran juego calderoniano de magia y deslumbramiento.

La Roma del espectáculo, de la representación, del teatro de Bernini, ¿cómo viviríamos sin ella? A las dos orillas del Tíber y por todo el antiguo Campo Marzio triunfa, se impone la segunda Roma: la de las cúpulas y las plazas, las fuentes, las fachadas postizas y enormes, las escalinatas, los obeliscos, los frontones curvos y rotos, las medias columnas empotradas. La Roma construida hacia dentro, en interiores cada vez más interiores, como la ha visto mi amigo, el viejo Cardarelli, el primer prosista de Italia, que parece un etrusco desenterrado, que se puede pulverizar en un momento y tiembla de frío bajo el sol de agosto. Esta Roma ha expulsado el paisaje, la naturaleza, el tiempo, con excepción del cielo y de sus nubes. Y se pone a imitar lo que ha dejado fuera, de un modo enfebrecido, con símbolos dinámicos que expulsan torrentes de agua por las narices de caballos furiosos, de elefantes, cocodrilos y leones, de titanes abrumados y Geas exuberantes, de conchas colmadas o barquillas que navegan inmóviles, de retratos dramáticos de las cuatro partes del mundo, con sus árboles, sus animales y sus razas, de elementos y poderes activamente encadenados. Esta Roma, entre la que se abre paso con timidez, pero con seguridad normativa, el soplo pasado de largo del Renacimiento italiano —Roma: lo que durante mucho tiempo impide Italia— en el que se puede vivir aún, puramente y del todo, si uno se va a pasear por la noche a Via Giulia y pasa bajo el arco que se ha echado a las espaldas el palacio Farnesio; una calle o canal de piedra bellísima, solitaria, donde suena el eco de los pasos —y quizá un coche de caballos— y se huelen los grandes castaños del Lungotévere, enarcados, clasificados al fondo, como un paisaje en un lienzo. Y en el que también se puede habitar —en el Renacimiento— entrando en el palacio de la Cancillería y del que quedan ciertos diamantes medio ocultos como la casita del Vignola en la Via del Mare y el templete del Bramante, guardado en su caja de San Pietro in Montorio, y alguna joya florentina, dejada donde está con intención de conjuro, como una prenda pequeña en forma de fuente con cuerpos preciosos y tortugas completamente inmóviles. Pero la Roma papal, contrarreformista, barroca, interior, simbólica, se ha adueñado de todo. El sol la va pudriendo, madurando, con mañanas, mediodías y crepúsculos que se han metido por los poros de las piedras y en la sangre coagulada del ladrillo y en los revoques de las fachadas. Roma amasada, amontonada, opulenta, redondeada, pesando densamente como la fruta muy azucarada y en sazón, que es del suelo y cada vez más del suelo. ¿Qué haríamos

sin esta Roma? La podemos ver representándose a cataratas en la Fontana de Trevi, saliendo a sorpresa por la Via del Lavatore, donde acaso hemos estado comiendo porque allí hay una *trattoria* barata en la que saben hacer tortilla a la española, a la que van escritores y periodistas, y de la madeja de los *spaghetti* pasamos a la madeja de las espumas, que brotan por todas partes de una fachada o cataclismo o fontana o imaginería o gesto, con todo lo rocoso y fogoso de este mundo retratado y apareciendo. Pero quizá es mejor empezar por Piazza Navona para, poco a poco, terminar en Piazza di Spagna, frente a la Trinità dei Monti, aunque todo eso no haya manera de contarlo porque no es narrativo, no es temporal, no sucede, sino que está dándose de cuerpo presente, de golpe visible, esperando que lleguen los personajes y algunas veces con los personajes delirados o recitados en piedra de tufo o de mármol, blanquecinos, oxidados, sufriendo el instante que detiene toda su profecía contorsionada. La Piazza Navona está aún al nivel del río y su silencio es como el vaciado de un rumor de aguas corrientes, salpicada por otros rumores de aguas que se desgranan, porque en otros tiempos se inundaba y servía para juegos de batallas náuticas con fuego artificial, y todas las puertas tienen aún delante unos escalones como si el agua debiera volver. ¿Quién elegirá entre las plazas de Roma? ¿La del Capitolio, que es la más pura, la más refundida, con los Dióscuros griegos, el caballo romano, la loba al fondo, los palacios que se abren ligeramente para que la perspectiva del cuadrado sea perfecta? ¿La del Panteón con sus columnas y el frontón purísimo y con una fuente pequeña y unas fachadas de color subido, casi sofocante? ¿O la de la Minerva, con el elefante domesticado, que lleva el obelisco a lomos, como podía llevar el mundo, todo un poco más pequeño que el natural? O… ¿quién contará las plazas de Roma, cada una con su fontana, con su gran palacio, con su enorme fachada de templo, con su obelisco o su gigante que toca un cuerno o se contorsiona maniatado, o con su columna que sube hacia el cielo unas historias puestas en relieve, trazando espirales como las civilizaciones y la hiedra, y las pone a los pies de San Pedro y San Pablo? Ya se ve, al fondo de Via Condotti, el corazón mismo de la Roma barroca, la barca del Bernini surta en su estanque pequeño y llevando el agua como un centro de mesa lleva las flores y las frutas. Hemos tomado café, para soportar tanto relumbre, en el del Greco, con pintores, músicos y poetas que no se sabe bien si están todavía en la tertulia de Chateaubriand. Y ahora salimos y vemos arriba —porque hay que alzar la ca-

beza y subir toda la escalinata con los ojos— las dos torres y el obelisco en un encumbramiento que parece lo último. A la derecha queda el palacio de España, que en otros tiempos dicen que fue un palacio liberal a cuya sombra se acogían las gentes alegres que conoció Casanova, y a la izquierda, la entrada de la Via del Babuino, que sigue hasta Porta Flaminia y que, antes de morir, explota y se ensancha en la otra plaza grande —¿y será ésta la mejor?—, que es la Piazza del Pòpolo, plaza civil y elegíaca, pero que tiene tres iglesias y que podría estar en París si no fuera por lo que es. Entre el Babuino y el Pincio hay un laberinto que divide la Via Margutta y que es el lugar del mundo, sin descontar Montmartre, donde viven más artistas por metro cuadrado. Pero el recuerdo más romántico está en aquella casita, de oro ya muy triste, que queda a la derecha de la escalinata y donde vino a morir de la enfermedad del siglo el milagroso joven que se llamó Keats y que ahora se llama poesía, cuando está dormido debajo de un laurel en el primoroso y doliente cementerio de los protestantes, que queda lejos, junto a la Porta Paulina, de donde arranca el camino hacia Ostia, que tiene el mar de Roma, y al lado de la pirámide de Caio Cestio, donde también hay muchos gatos, amados por las inglesas que ya no aman a los hombres, excepto, acaso, a su joven poeta.

Pero hay que verla toda junta, esta Roma colmada, definitiva, eternamente moribunda y renaciente, para ver cómo es capaz de asimilarlo todo y de fundirlo todo en un mismo sentimiento dramatizado y dulce. Todo es subir y bajar. Por suerte nuestra, ahí están las colinas, las siete de la Historia y unas cuantas más. Algunas ocultas, incorporadas al macizo de la tierra intemporal, con su naturaleza en olvido; otras libres y frondosas, para que el tiempo no se encante del todo y acabe por marcharse, olvidándose de reponer la vida todos los años, como el pueblo la repone, allá abajo, en los valles y laberintos. Podemos subir ahora hasta el Pincio, por una cuesta arbolada en cuya cima se levanta la Villa Medici, donde Velázquez pintó aquellos paisajitos con el tiempo dentro y que, vista desde lejos, parece una casa de campo solitaria y completamente de oro entre los pinos y las encinas del parque. Allí delante hay una fuente que es sólo una gran taza, cuyo nivel os queda a la altura de los ojos para que tengáis un suelo de agua silenciosa, verde, fríamente brillante, con toda Roma al fondo serenada por completo. Y un poco más allá, está la columna donde se dice cómo Galileo estuvo preso allí mismo «por el delito de haber visto girar la Tierra en torno

al Sol». Y también está Chateaubriand, tomando ese sol que vio Galileo, a contraluz de la cúpula de San Pedro. Un poco más arriba ya está todo ganado. La Roma tiberina, barroca, fundida y madura, yace a vuestros pies, y ahora —el parque está todo declinando a nuestra espalda y nos lo revela de repente—, a la luz del crepúsculo encarnizadamente rojo pintado por encima del Vaticano, comprendemos, estamos viendo, que Roma es un montón de hojas secas que se está quemando con mucho humo, con toda la niebla del Tíber que sube errante y lo va cubriendo todo, después de arder anaranjada con el último fuego llovido del cielo. Flotan en el muelle desastre las cúpulas del Panteón, del Gesú, de Sant'Ignazio, de Santa María, de San Luis, de Santiago, como boyas inmovibles; sube la mastelería de las torres, y por encima de todo, como el bulto de un planeta acogedor puesto allí de repente, la enorme cúpula de San Pedro se engrandece gigantescamente a contraluz. Y recordáis que las fachadas de Roma —que está quemándose, humeando ahí, a nuestros pies— estaban todas revocadas, amasadas, no tanto con la luz de los días como con las hojas secas de cientos de otoños. Hojas de oro purísimo o de tierra pasada y deshaciéndose; hojas verdeantes, tiernas o completamente rojizas; hojas de tierra de Siena y de tierra de Pozzuoli y de ocre amarillo, amontonadas, confundidas, después de haber danzado y volado, empastadas sobre los muros, apretando contra su agonía un poder de germinación que nadie sospecha si no baja de su olimpo —del olimpo neroniano del Pincio, donde estáis viendo el incendio de Roma— y se mete por las calles, atronadas de motocicletas con el escape abierto y pululantes de hombres y mujeres —¡y cuantísimos niños!—, que hacen gestos entre indolentes y vivaces y se miran a las caras decididamente, porque aquí nadie está solo, y todos, entre las hojas secas empastadas, van hacia primaveras y mañanas, con ganas de vivir y vivirse, sin envidia y con libertad, y ocupan, invaden, utilizan sin respeto los viejos palacios, donde hay carbonerías y zapaterías y talleres de mecánica, como en otros tiempos hacían yeso con las estatuas, porque una ciudad es un sitio para vivir, y los gusanos del fruto maduro son los que justifican el fruto maduro que es para ser comido, y liberadas las semillas, volver a empezar.

Esta Roma incendiada, como su pueblo vivo debajo multiplicándose, lo asimila todo, lo incorpora todo, lo llama todo a sí por su fuerza de madurez y su incansable estar usándose; tentacular, abierta cuando más cerrada, absorbente, echando sol y brisa marina y niebla incendiada y color de hoja seca por todas partes, por lo más nue-

vo y lo más blanco que sólo alguna vez queda terne e irreductible como una voluntad que se niega.

Así van agregándose a Roma los barrios modernos. De la Roma humbertiana, italiana, civil, que hicieron los Saboya rompiendo el muro de la Porta Pia con sus *bersaglieri*, no queda más que un canal que va desde aquella brecha de la muralla al monumento de Vittorio Emmanuele —lo irreductible—, pero la Via Nazionale y más aún la Piazza della Esedra, con su fuente neobarroca ya completamente asimilada al rumor y al gesto de la Roma general, van siendo cada vez menos diferentes e insolentes. Y lo mismo pasa, poco a poco, con las nuevas calles del Viale Flaminio, que llevan nombres de artistas, y con las que salen a la izquierda de Via Vèneto que llevan nombres de la Italia *rinascente*, o, un poco más allá, las del barrio del Poligráfico, con nombres de músicos o, siguiendo, las del Paroli —el elegante Parioli: se alquila piso señorial, amueblado, cinco habitaciones más servicio, cien mil liras— y las de Via Nomentana y las del nuevo Monte Parioli, hechas ya romanamente adrede con arquitectura funcional, y hasta las de las provincias de Italia, que, con todo, son las que quedan más áridas, amargas, separadas, provisionales, con gente menos simpática que ha venido de todas partes para desempeñar los puestos burocráticos, pero cuando llevan muchos días de reunirse en Piazza del Tritone, por donde saca un hombro el palacio Borghese, o en Piazza Colonna, comienzan ya a hablar como todos y se llevan la mano en forma de piña hacia la boca varias veces como si fuese un péndulo, y dicen *ma chi te lo fa fare*, o *lascia pèrdere*, o *é stato un finimondo*, o *si crede un padreterno*, y cuando todo eso está dicho y uno se encoge de hombros, ya se ha pactado con el simple vivir, sin rencores, sin recursos grandilocuentes, sin otras ambiciones que las naturales, aunque éstas muy vivas: *la donna, i bambini, una bella villeggiatura*, y, si acaso, la *macchina*. Y a ir corriendo o tirando porque, al fin y al cabo, el sol no va a faltar nunca y en Roma hay mucho que pasear y que ver, aunque sea para su humilde gusano habitante, su próspera carcoma humana, su dueño habitual.

Y si queréis recorrerla a manera de tiempo, consumando su posesión casi en un parpadeo, con el encanto y desencanto, el orgullo y la resignación con que los hombres la hicieron y la vieron caer con los siglos hasta quedar crujiente como el mueble cansado y la hoja seca, y luego renacer hasta el nivel de sus casas penúltimas, oscuras, con grandes racimos de glicinas en las paredes, serpentina y vegetal a trechos, o des-

nuda y ultimísima, aristada, funcional, blanquecina como de hueso; si queréis repasarle las cuentas como enhebrándolas en una aguja, os aconsejo, muy sencillamente, que toméis un tranvía. Es un tranvía como todos, como otro cualquiera, con sus estribos, sus plataformas, sus ventanas y su trole, pero es completamente maravilloso, y las cuentas que ensartaréis en su aguja son paredes y torres, jardines y estatuas, pero también épocas, culturas, siglos, mundos. Al final tendréis un mundo más y justamente el vuestro, el que tiene las formas, las cosas, los símbolos que se han ido filtrando hacia vuestro ser; es un mundo como lo sería el de un anciano de dos mil años, ya casi divino, es decir, ya casi total, y verlo así, a saltos en el tiempo, a veces traspapelando, alterando el orden, envuelto en una bruma de belleza entrecortada, será como asistir a una representación de la Humanidad que aún estamos sobreviviendo. Este tranvía recorre los siglos. Lo hace circularmente, como el tiempo de los antiguos, y se llama así, la *Circolare*, porque es como un ceñidor de la opulenta Roma, un ceñidor para distintas medidas en su respiro, porque hay una *Circolare* más larga y otra más corta. Será mejor tomar el circuito más apretado, para evitar las digresiones y no tener que pasar el río inútilmente, pues la otra *Circolare* lo pasa y repasa, sin más premio que el de la pesadilla del Palacio de Justicia, que viene a ser a lo barroco lo que el monumento de Vittorio Emmanuele a lo clásico, y, en cambio, no continúa su recorrido trasteverino por el verdadero Trastévere, ni os enseña más que de costado la plaza de San Pedro y ni de lejos os deja ir a mirar la preciosa Farnesina, que es una jovencita con aspecto de casa, donde Rafael pintó algunas paredes preciosas con las bodas de Alejandro y la navegante y fugitiva Galatea. El círculo de hierro más pequeño os guiará en cambio sin desperdicio alguno a donde queráis ir, a todo lo de Roma, empezando por la misma Stazione Termini, que es el edificio más moderno, o —y es la misma cosa porque está al lado— por el trozo que queda de la muralla de Servio Tulio, de la Roma Quadrata, que es lo más antiguo, o —y sigue siendo igual porque está enfrente— por la casa en que viven amanecientes y fontanales las madres griegas de la romanidad, la Venus de Cirene, que es la estatua más preciosa, más carnal, palpitante y acariciable de todas las que viven en Roma, con su humanidad confinada y perfecta; pero aún más la otra Venus, la que está naciendo en el relieve arcaico y al mismo tiempo en las espumas perpetuamente detenidas y que es casi el polo opuesto de la otra, porque es una escultura vivamente religiosa, y su puro subir, detrás de un

velo transparente, con la luz de otro mundo en su carne de aurora, es la representación indudable de un misterio. Y tienen, por cierto, casa bien holgada para que su mucha luz no se detenga. Es una casa tan grande, esa de las termas de Diocleciano, que Miguel Ángel, que no era tan enorme como los romanos, pudo encerrar entre sus ruinas un templo de los mayores y un inmenso claustro, y aún sobra sitio para un museo, un planetario, un convento, una grandísima plaza y todo lo que no se ve. Subidos ahora en el verso corto y narrativo que dice el tranvía y que luego os servirá para recordarlo todo más fácilmente, cuando ya os suene solamente en la memoria, veréis pronto a Roma como metida en una caja, encerrada en sus murallas, que están muy intactas desde el Castro Pretorio hasta el río, llevando varios nombres y abriendo algunas de sus treinta y ocho puertas, en lo que no cuento la brecha de los *bersaglieri* que veréis al pasar, junto a la Porta Pia, guerrilleando muy teatralmente en el bronce, un poco antes de tomar el Corso de Italia. Está Roma tantas veces vulnerada que se diría que amurallarse es como sonreír. Y os dejaréis emparedar, pasado el *muro torto* que sigue a Porta Pinciana, en un túnel resonador que desciende hasta Via Flaminia, atravesando por el nivel de sus raíces las grandes arboledas de la Villa Borghese y del Pincio. Y habréis entrevisto otra casa, otro relicario o preciosidad de los que llenan Roma por todas partes, que no sabríais por dónde empezar si quisierais penetrarlos todos; la casa donde están en buenísima compañía el Caravaggio, con su teatro en claroscuro muy fuerte, y su hermano Bernini, el mago de Roma, trenzando los mármoles con palpitaciones de lágrimas de bulto, lágrimas que invitan a beber y hacen de la Dafne una fuente cuando ya se está transformando en un laurel, y donde vive también Paulina Bonaparte, acostada por el Canova en un lecho pompeyano. Con lo que habréis tenido el pálpito de la Roma madura o fastuosa que viene ahora y que podréis gozar en todo su color de sol y de tiempo, de vegetal y de tierra, corriendo bajo enormes castaños, que os harán parpadear con sus juegos caravaggiescos de luz y de sombra, como en un cine para el ensueño, a lo largo del Lungotévere, puente tras puente, pero no sin que antes hayáis podido echarle un vistazo, como por el ojo de la cerradura —tal como se ve la cúpula de San Pedro mirando por la de la puerta de un jardín, allá arriba, en el Aventino—, al sitio por donde la segunda Roma va ya a pasar a tercera, a la Piazza del Pòpolo, napoleónica como Paulina, pero mucho más fría, y también al injerto de la segunda Roma en la primera, que sucede ahí mismo, en el

recodo del río, en las almenas y la torre que le sobresalen al túmulo de Adriano, o Castel Sant'Angelo, convertido en guardián del sepulcro del Apóstol.

Y si dejasteis la tercera Roma, allá por la Porta Pia, entraréis ahora de lleno en la primera y hasta en la primerísima Roma, al atravesar la Via del Mare con sus enormes perspectivas, justo por el punto donde están aquella iglesita románica con leyenda, los dos templos, el arco y la fuente, y por donde vais a dejar al Tíber que se vaya hacia Ostia y llore un poco más al acercarse a aquel sitio tremendo, donde los romanos antiguos siguen brillando por su ausencia, pues parece que acaban de abandonar los foros, los teatros, los hogares, los talleres, los baños, las tiendas, quedando aún su calor y su misterio como en la mismísima Pompeya. Y si no fuerais en tranvía, podríais ir vosotros mismos, siguiendo la Via del Mare, o quizá mejor torcer allí, donde las termas de Caracalla parecen empinarse para caer desde sus propias paredes, y tirar por la Via Appia Antica, la carretera del sentimiento, el trozo de camino más rico del mundo, con sus villas arruinadas, sus tumbas que algunas son como castillos, sus estelas funerarias y sus túmulos con grandes pinos y con racimos de cipreses, sintiendo crujir debajo de los pies los huesos cristianos de las catacumbas y latir en el aire la gran ausencia, casi presente, de cristianos y romanos confundiéndose. Y desde allí veríais otra vez Roma cerrada y más cerrada en sus altas murallas, casi intactas por un lado y por el otro hasta la Porta Paulina y hasta la Porta Maggiore y extraordinariamente suntuosas en la puerta de San Sebastián, donde os sorprenderíais como con el juego de las cajas chinas, porque enseguida viene un arco romano a duplicarla. Pero estáis siguiendo el ceñidor de hierro y os dejará ver ahora, desde un alto, desde detrás del Coliseo al que da la vuelta, otras colinas de verdor que quedan a los flancos, como la Domus Aurea, el Aventino y el Celio, y toda la Roma de los arcos, con el más solemne, el de Constantino, en primer término, y los foros y las ruinas grandes y reordenadas con perspectivas de parque piraniego, en que la melancolía hace grietas como en una vasija sin dejarle verter las muchas lágrimas que contiene. Y allá al fondo, la columna trajana y, a la izquierda y más alto, el Capitolio, con la espalda del Tabulario a la vista y con la Araceli sobresaliendo. Pero por un momento el Coliseo os lo oculta todo, imponente, casi usadero, demasiado fuerte para los hombres que necesitaron el auxilio de un terremoto para convertirlo en la cantería con la que se ha hecho media Roma: fontana romana de piedra o volcán prodigioso e incansable.

Y ya vamos terminando, aunque seguiréis entre túneles habitados, por donde hay torres feudales, y aún queda por entrever otra casa, la casa iglesia donde vive el Moisés, allí arriba en San Pietro in Vincoli, encadenado y acaso demasiado elocuente. Y también el Monte Quirinale, con su gran pilón y los dos enormes caballos griegos impetuosos, contenidos por Cástor y Pólux delante del palacio. Y la plaza donde está Santa María la Mayor, la del pesebre de Belén, con una columna romana para una estatua pequeñita de la Virgen, y, al fondo de una vía larga, San Juan de Letrán y, más allá, los Montes Albanos y aquel trozo de campiña pastoril, verde y suavísima, con un retozo de tierra ya vieja en los oteros modelados como labios, con motas de vellones movedizos y piedras derrumbándose como esqueletos o como ademanes. Es un paisaje lleno de soledad y con mucha ausencia y acaso por esto, y sin que tengan que ver las referencias —«selvas y espesuras» que no hay—, me parece que es el paisaje justo y propio que se *siente* en el *Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz. Algo que, sobre todo con el rosa del crepúsculo —y vamos hacia la tarde porque vamos volviendo—, parece que va a desvanecerse.

Ya hemos dado la vuelta y, uniéndose al ruido de la *Circolare*, siempre hay una fuente que suena lejos. Para decir la verdad, este enorme viaje, casi la vuelta al mundo, al nuestro, nos ha costado quince liras. La *Circolare* ha desaparecido y nuestra memoria va haciendo ahora la recolección. Y la Roma pensada es ya casi serena, reordenada y sin fiebre.

Pero ahora querréis verla por última vez y toda junta. Subid al Gianícolo o quedaos, si acaso, en San Pietro in Montorio. Porque la primavera ha venido suavemente, pasados unos días crudos de viento y de lluvia y cuando en los montes no lejanos están las nieves últimas casi recién caídas. Nieves caídas cuando empezaban a deshojarse las flores de los almendros. Porque la primavera os ha sacado al campo, pero vosotros queréis volver la cabeza. Y así veréis a Roma a través de las flores de almendro de un blanco levemente cansado. La veréis mojada, con su oro, su tierra, sus colores más frescos, en una primavera instantánea, besada y aún más encendida por el sol del Poniente, que ya no se ve más que en el espejo crepuscular de los muros. Es la vista de Roma más general y panorámica. De abajo, sube el bullicio del Trastévere, que está a nuestros pies rodeando su gran iglesia románica y como amparado por el *Fontanone*, que da un agua de mucho ruido y parece un arco romano, ahí al lado, junto a

la otra embajada de España. Y, también abajo, se ve la estrella fea de una cárcel que lleva el extraño nombre de Regina Coelli. Y más allá está Roma entera, con la luz de la tarde fugándose por las colinas arriba, por el Celio, el Aventino, el Palatino, el Capitolio, el Viminal, el Quirinal, como por escaleras, dejando abajo la sombra terrosa y como húmeda. A la altura del Pincio se detiene un poco más en la fachada de Villa Medici, porque aquellas paredes repiten el sol con mayor exactitud amarilla, contrastada por el gran viento verde que se detiene en los árboles. Es la vista complementaria y opuesta a la que estuvimos viendo desde allí, desde el Pincio, que parecía reducir toda Roma al espacio barroco del Campo Marzio, al Tévere y Trastévere, dominada por el Vaticano y excedida por los relieves fronterizos y naturales del Monte Mario y de este Gianícolo. Desde aquí el Vaticano queda fuera de campo y parece que su eliminación hace perder importancia a las otras cúpulas, o, si acaso, devuelve la que corresponde al hongo vastísimo del Panteón. Y se comprueba que Roma también tiene torres y campaniles. A la derecha, la masa de las ruinas palatinas aparece distinta, organizada, envuelta por los pinos y los cipreses, y se tiene una idea muy exacta de su grandeza antigua, vista en ceniza y esqueleto. Y más allá, a la izquierda, se ve todo el caserío, confundiéndose lo viejo con lo nuevo.

Ahí está Roma, ahí está la Roma que buscas, ¡oh peregrino!; la Roma que encuentras, ¡oh enamorado amante!; la Roma completa que sigue por fuera de las puertas y se deja seguir creciendo por los bordes de todas sus inolvidables carreteras antiguas: Flaminia, Appia, Nomentana, Ostiense, Laterana… Roma, para vivirla y que nos viva y nos tome y nos amase y nos naturalice fuera de toda naturaleza, haciéndonos de inventada tortura, como el Tritón o el Neptuno o Asia, África, América y Oceanía, y como los delfines, los caballos, los elefantes, los leones, las tortugas de su fauna. Para que nos madure hacia el otoño y nos haga nacer a otra primavera donde el hombre es todo —un poco más que nada— y la vida es revivida, suficiente e inestimable, mientras un aroma extraño, un olor de café bien tostado, os va dejando en la memoria, como siempre el perfume, una huella indeleble de felicidad y melancolía. ¡Oh Roma, Roma! —y no «con funesto son doliente»—, como el Tíber la suena.

[*En algunas ocasiones*, págs. 139-164]

CARTA A MIGUEL DE ECHARRI [1950]

[Inédita]

6 Jueves Santo 1950

¡Desesperado!

Querido Miguel: Te envío por Federico Sopeña este telegrama que acabo de recibir y que me deja de una pieza. La última cesión a que se refiere fueron los dos medios meses de diciembre-enero. Después nada. ¿Qué ha sucedido? ¿La Delegación, de verdad, no ha hecho ni petición ni ingreso?

Contando abril son ya 40.000 pesetas: 5 y 5 por diciembre-enero (lo que faltaba); 10, 10 y 10 por los tres meses siguientes.

Mueve Roma con Santiago y habla a Lucio, a Crespo y al mismo Instituto. Estoy en el peor lío posible. Necesito que lo arreglen *todo* y lo giren *todo* en la semana próxima sin más tardar.

Un fuerte abrazo y felices Pascuas.

D. R.

ITALIA POLÍTICA [1951]

Visto y no visto. El sol claro y mucho frío a la sombra. Me voy a ver cómo muere el otoño romano por entre las frondas de la Villa Borghese. La masa dominante e impasible de los pinos y las encinas descubre al borde de algún camino un árbol de hoja fugaz que se desnuda con parsimonia. Brillan las hojas transfiguradas, en un vuelo quieto, en una danza suspendida, inmensamente frágiles: su instante de oro en vilo. Luego, por los valles, el oro domina y hay en el suelo grandes pudrideros de hojas color de Roma; en el suelo de hierba verde color de vida. Hay algunas estatuas un poco rotas, algunos sarcófagos o columnas, algunas casitas como rescoldo de brasas y despojos de

sol. Una estatua de Goethe joven, descubriendo el país donde crece el naranjo. Algunos parterres maravillosamente desiertos, extrañados. La escala cromática de la hoja de otoño es fascinante aún, en el aire. El oro purísimo de los álamos, el oro cansado de los castaños, el cobre-tierra de los plátanos, el tierra casi negro de los robles.

Por Piazza del Popolo entro otra vez en la ciudad, en aquella del Seiscientos, de las calles estrechas con palacios e iglesias barrocas y de las plazas interiores y del todo mentales donde nada natural tiene permiso de entrada si no es a través de una metáfora delirante después de hecha la nada con piedra.

Se acabó el otoño. Visto y no visto. Se ha consumido todo, se ha anegado todo en un mes de aguaceros incesantes, mientras los revoques de las fachadas de Roma —el amarillo, el fuego, el tierra de Sevilla, la sangre coagulada— se oscurecían reflejándose en las piedras brillantes y sin color del suelo.

Ha llovido todo el mes de noviembre. Ha llovido hasta desbordar los ríos y hacer alta la marea en las lagunas. La plaza de San Marcos en Venecia era un lago transitable sólo mediante pasarelas. Los ríos del sur han arrastrado casas y aperos hacia no sé qué mares. El Arno florentino ha metido a saco toda la Toscana. Hasta el Aniene o Teverone ha lamido aquí, cerca de Roma, el punto más alto en el gran ojo de su puente viejo, a cuatro metros lo menos del nivel ordinario. Durante este mes de noviembre, melancólico, a la lluvia incesante se unía en Roma la oscuridad: corte de la corriente eléctrica tres días por semana, tensión baja que no permitía trabajar a los ascensores y una media luz parpadeante en las ventanas, en todas las ventanas de Roma, cuyas fachadas parecían así decoraciones de teatro, como de antes de la luz de gas. Con las lluvias estas calamidades han pasado.

Ahora la luz ha vuelto con el sol y el frío. Aquí está el invierno, uno de esos inviernos mediterráneos que —desde siglos— nos vienen cogiendo de improviso, falazmente ocultos tras el tronco de limonero de una leyenda climatológica.

De los parques se ven salir columnas de humo, y a las entrañas de la ciudad llega su olor campesino: un olor de horno de pan por entre charcos un poco podridos.

A la media luz de la tarde la gran cúpula gris de San Pedro ocupa otra vez el cielo de Roma —azul— como un mundo que nace o que se mantiene, mientras aquellos verdes que han ilustrado los oros, las tierras, las sangres, se van haciendo de ceniza.

¡Cuánta piedad hay en este buen sol romano de invierno! Piedad o ironía cuando estaba besando y despegando de las paredes los rojos carteles con la esfinge de Stalin. Porque los comunistas han opuesto el natalicio de Stalin frente al nacimiento de Jesús para iniciar a su modo el Año Santo, y el pobre Stalin es una hierbecita de historia —terrible, ¿por qué no?— que el sol consume, despega y besa compasivamente, hecha harapos a los pocos días o a los pocos siglos. También es verdad, todo sea dicho, que el mismo tratamiento estaban dando agua y sol al escudo —no menos repetido— de la Democracia Cristiana, que ilustra con una cruz utilizada ciertas recomendaciones antimarxistas.

Un español de casta hubiera reconocido con exagerada facilidad, en estos andrajos de papel deslucido, «las dos banderas» irreconciliables de que se habla en los ejercicios de San Ignacio. Yo mismo —recién llegado cuando estos papeles u otros parecidos eran más abundantes aún— habría opinado, en una primera visión, que la democracia italiana corría los mismos riesgos de muerte violenta que la democracia española en su día y por razones hasta cierto punto parecidas: por falta de un gran espacio medio entre los católicos de cruzada y los revolucionarios impacientes. Incluso algunos signos parecían extremados. La Iglesia no es en Italia menos poderosa socialmente que en España, y es de ayer mismo la lucha a través de la cual la revolución liberal y nacionalista conquistaba, a costa del poder y los intereses mundanos de aquélla, un ámbito de autonomía para la vida civil y el Estado unitario. Por otra parte, la extrema izquierda no consiste sólo en unos anarquistas lanzados a la aventura de la agitación sin fondo o unos socialistas acelerados, por el espejismo de la resistencia burguesa, hacia posiciones maximalistas, con un puñado de comunistas efectivos al flanco o a la cabeza. Aquí se trata de un partido comunista de doscientos mil militantes endurecidos en las guerrillas y hasta dos millones de afiliados surgidos de la oscuridad tras la incubación totalitaria, y que arrastran a las urnas, en unión con los socialistas *a sinistra*, más de cinco millones de votos; un partido que con su gran masa y su lenguaje a veces truculento disipa los escrúpulos liberales de la gran masa media y convierte al partido de la Iglesia en un enorme mastodonte político y electoral, sin que entre lo uno y lo otro —la amenaza de naufragio y la salvadora boya, representada acaso por la cúpula de San Pedro— quede apenas espacio para nadie. Transportada esta situación al talante español, ¿qué faltaría para tener a la mano una guerra civil?

Sin embargo, esta sensación de inminencia va neutralizándose a poco que se viva realmente dentro de Italia. Todo incendio exige no sólo combustible seco, sino chispa. Y resulta que, pese a las apariencias, el combustible italiano está verde y la chispa remota. En hipótesis, esta última no es imposible. Imaginemos que la distribución de las fuerzas mundiales cambia hasta permitir a Rusia iniciativas de agresión vertical o por emergencia desde el interior en el área de Occidente. Imaginemos que sus ejércitos avanzan hacia el Rhin. Pero sin acudir a visiones de suyo apocalípticas: imaginemos simplemente que un corrimiento de la opinión, una oleada emocional o un trabajo afortunado, multiplica un buen día los votos de la extrema izquierda hasta darles la mayoría. ¿Cabría esperar de los vencedores una continuación del juego democrático, con opción a la minoría vencida para recuperarse? ¿Sería mucho pensar que —en previsión de una respuesta negativa a esa pregunta— los demócratas mismos desdeñasen la decisión popular, se resistiesen a la transmisión de poderes y forzaran a sus enemigos a la decisión violenta?

Nadie puede negar que, en buena lógica, estas hipótesis las tiene puestas ante sí la democracia italiana. Pero imaginar que lo remotamente posible sirva para perder nervios y cabeza y aconseje la acción preventiva, que para atajar el daño lo anticipe, es, repito, juzgar según el talante ibérico. Faltan, para que esa nerviosa elección de un atajo fuera posible, cosas como la vieja alianza de la espada y la cruz —e incluso la espada en buen uso— y la pasión por el absoluto, y, para decirlo todo, el tener menos miedo a morir que a vivir, que es lo que mayormente extraña a un italiano de su hermano español, cuyos valores son, en este orden de cosas, perfectamente inversos. La chispa queda, pues, en hipótesis.

Pero el combustible mismo, decíamos, está verde. O, dicho de otro modo, no es oro —fuego— todo lo que reluce. En otros términos: el Partido Comunista no deja de ser lo que es, pero no es fácil imaginar que la revolución entre en sus planes inmediatos ni que su masa en general esté preparada para tal aventura. Los comunistas de «por si acaso» se cuentan por millón. El hecho, la realidad de ese espacio llamado «por ahora», en el que el italiano está aprendiendo a vivir desde algo así como el siglo IV, es que el PC funciona como la minoría más numerosa o partido de la oposición, dentro de la democracia y de un modo correcto: procurando esquivar o disminuir cuando puede —eso sí— las reformas sociales que limitarían su campo

expansivo, y manteniendo la guerra social con dramatismo afectado y aparente, pero con flexibilidad efectiva.

Por su parte, la Democracia Cristiana no es tampoco con toda exactitud el instrumento de reconquista del poder temporal de la Iglesia sobre Italia. Los caricaturistas se vengan del abuso de carteles cruzados y de las argumentaciones piadosas —e incluso de los milagros preelectorales— del partido mayorista, disfrazando de curas a sus ministros. Recuerdo una historieta del semanario *Travasso* en que se describía en hipérbole caricaturesca el proceso de la disolución del «Frente de la Resistencia», constituido o manifiesto en los días de la *voltafaccia* militar. Aparecían primero cinco o seis civiles —los diversos partidos laicos— y un solo curita, modoso y distraído, sentados todos en un banco público. Sucesivamente y en las viñetas siguientes, en el banco del poder iban siendo uno a uno sustituidos los laicos por otros tantos curitas, cada uno más inefable, seráfico e inocente que el anterior. En la última, ocupado por ellos todo el espacio, se leía al pie: «Año Santo».

La cosa no es así, naturalmente. Quedan en el poder —aunque a título de parientes pobres— socialistas moderados, republicanos y liberales. Y dentro del mismo partido de la mayoría no faltan tendencias realmente liberales y socialmente avanzadas. Por otra parte, las dificultades doctrinales de un católico para ser demócrata sincero e incluso socialista afectivo son harto menores de las que hace un siglo tuviera para ser correctamente liberal. Porque, a despecho de frecuentes y poco naturales alianzas y compromisos, la tradición democrática y social de la Iglesia podría rastrearse hasta los orígenes, mientras que la imagen del hombre autodivinizado y autolegislador, latente en la base de la ideología liberal, choca necesariamente con el teocentrismo providencialista. Diríamos que sólo cuando la ideología se convirtió en hábito, desprendiéndose de sus principios —como es el caso del liberalismo práctico de casi toda Europa—, el conflicto pudo desaparecer; ahora, en cambio, no se ve la necesidad doctrinal del conflicto.

Abierta al común de los pueblos de Europa, incluida en un juego universal de fuerzas que la exigen, fundamentada en el talante escéptico y al mismo tiempo vitalísimo de los italianos, sabios en las artes de la acomodación y el equilibrio, la democracia italiana es viable. Lo cual no quiere decir que esté sana. Llevan razón los liberales radicales —entre los que tengo excelentes amigos— cuando piensan que la

partición del socialismo en dos asociaciones solitarias e insuficientes, el enquistamiento del liberalismo en los intereses del capitalismo a ultranza, el retorno imprudente y excesivamente franco de la Iglesia a la conquista de soportes sociales a través de la política, y la hipertrofia del maximalismo marxista componen una figura de democracia demasiado inflexible, monótona y, en definitiva, peligrosa. Como casi toda Europa, pero en este caso en las propias entrañas de su vida política y social, Italia sufre los efectos de la partición del mundo en credos e intereses irreconciliables y que, por serlo, tienden a congelar con su tensión todo cuanto tocan. Es como vivir con la moneda en el aire, la cabeza alta, la atención suspensa, sin que la moneda se resuelva a caer y dando gracias a Dios de que no caiga.

Las manos de Italia mientras tanto —todo hay que decirlo— están inmensamente activas. La reacción de prosperidad europea llega, cuando menos, hasta la orilla del Volturno, que es donde los beneficios de toda suerte suelen detenerse. Porque la otra enfermedad de la democracia italiana se llama pobreza y más concretamente Mediodía: el mediodía de los latifundios y los brazos sobrantes. Y aquí la semejanza con España deja de ser aparente, aunque acaso nuestro mediodía sea menos difícilmente redimible que el suyo. Salvo por razones que se refieren a la voluntad de los hombres.

Los políticos italianos son, sobre todo esto, sumamente inteligentes. Creo que fue el novelista Huxley quien dijo que los italianos habían transferido al mundo de la política el genio de invención y destreza que en otros tiempos tuvieron para ciencias y artes, y que aún, sin la primacía de antaño, conservan. Estos políticos han comprendido muy bien que el problema de Italia —de la democracia, pero detrás de ella de toda su vida nacional— es y debe ser provincial; se conecta, se refiere, se explica, tiene remedio en conexión o dependencia con otro problema más amplio que se llama Europa.

De otra parte, hay en Italia algo que hace muchas de sus reacciones y realidades poco comprensibles para un español ganado con demasiada facilidad por la emoción del parecido: Italia es el país más liberalizado de toda la Europa continental y, después de Inglaterra, el más liberalizado del mundo. Un escritor casi genial —Leo Longanesi— ha dicho como de paso: «Si el destino de un partido es comunicar su sustancia espiritual a un pueblo hasta la identidad y luego perecer, el partido liberal ha muerto en Italia». (Cito de memoria.) En alguna ocasión me he divertido en imagi-

nar los caracteres políticos de los pueblos decisivos de Europa trazando un aspa cuyos puntos extremos fueran en cada trazo, de norte a sur, Inglaterra-Italia, Alemania-España, cruzándose en París. En los puntos del norte, el máximo de fe en el esfuerzo ordenado, en la disciplina, en la moralidad como fuente del bien. En los puntos inferiores, el máximo de crédito al azar, la fortuna, la hazaña, el milagro, el don gratuito. Cuestión de sol, podríamos decir. Pero luego, en el trazo del aspa que se define por I. I., el máximo de encarnación del espíritu de ciudadanía y amor a lo concreto, y, con ello, a la libertad. En la línea definida por A. E., el mínimo de estos valores y las más variadas complejidades entre individualismo y gregarismo, con crédito desmesurado al valor de la fuerza. Naturalmente, esto es un juego para pasar el rato; pero, por lo que se refiere a la hondura de la conciencia liberal, creo que para Italia —pueblo de humanismo profundo— vale la afirmación.

Esta situación espiritual explica, por ejemplo, que los liberales, los intelectuales liberales, tengan en Italia un inmenso poder censorio, sean una auténtica fuente de inspiración, un tribunal de apelación y un freno: lo hayan sido de algún modo incluso durante el fascismo. Explica también que hombres como Togliatti o como De Gasperi —el uno artísticamente, el otro con necesaria sinceridad— tengan que vigilarse mucho en sus expresiones y actitudes para no chocar frontalmente con la sensibilidad humanista y liberal del país, mientras ese mismo espíritu de estimación por lo concreto del vivir obliga al comunista De Vittorio y al capitalista doctor Costa —jefes de las mayores organizaciones de obreros y empresarios, respectivamente— a trabajar más de acuerdo de lo que parece para proporcionar al muy habitable «por de pronto» de Italia una base física, sin la que toda institución resulta castillo de arena y toda espiritualidad pura declamación.

Volvamos, podemos volver al otoño. Sabemos ya por qué el sol de Roma puede tener ironía, piedad, indulgencia, consuelo para los ademanes de las espadas en alto. Las espadas en alto, por de pronto, se limitan a describir un puente. Luego Dios, el mundo, Europa, la profunda sabiduría de este pueblo, dirán.

[*En algunas ocasiones*, págs. 272-280]

[1951] CARTA A MIGUEL DE ECHARRI

[Inédita]

Barcelona, 3 febrero 1951

Querido Miguel: No he tenido suerte los últimos dos días de Madrid buscándote y no encontrándote. En fin, lo siento sobre todo por no haber podido hablar un poco más y haberte dado un abrazo de despedida. Las otras cosas —en cambio— podían arreglarse por carta perfectamente. No sé si Laly te dio el recado, y por si no te lo dio con precisión, te envío estas líneas.

Los nuevos engorros que te encomiendo son los siguientes:

1.º Cobrar el Premio Franco de Literatura en la Caja de Monte Esquinza, 2. Para ello habla con Fernando [¿Valdomero?], secretario de Pedro Rocamora. Te adjunto una autorización por si la necesitas aparte de los poderes. Se deben cobrar —según creo— 24.600 pesetas.

2.º Cobrar la mitad del importe del Premio Nacional de Guiones. Para ello hay que hablar con un tal Sr. Llopis o con F. Galart, del Sindicato del Espectáculo. Si hay lío, que intervenga Paquito Fernández, el secretario de García Espina. Si es necesario que cuentes con Alberto Crespo, éste vive en Manuel Silvela, 7 (casa de Carlos Juan Ruiz de la Fuente). Está el número en la lista de teléfonos. Se cobrarán —creo— las 25.000 pesetas limpias. Te envío también autorización aparte.

3.º Una vez en tu poder el capitalito de 49.600 pesetas (salvo error), deberás darle aire con mucha gracia según el siguiente programa.

A. Pagar 24.000 pesetas a Ramón Serrano Suñer que me las adelantó.

B. Pagar a [¿Eulalia?] el resto de la cuenta o, al menos, 5.000 pesetas.

C. Pagar mediante giro o transferencia a mi cuenta del Banesto en Barcelona (avisándoselo a él para que tome nota) la cantidad de 10.000 (diez mil) pesetas a D. Eduardo Salas; Calvet, 60, Barcelona.

Lo restante —que no es mucho ya— aplícalo a las renovaciones bancarias de Madrid y Barcelona en partes iguales, o como en el banco prefieran. Si tú has tenido algún gasto por mi cuenta o has adelantado algo, etc., cóbratelo —por supuesto— con preferencia. El banco quede siempre en última consideración. Lo más urgente es lo de Serrano y lo de Salas (a ambos les hablé de días).

Y aún queda otra pequeña cuestión. Te adjunto unas líneas para Maldonado, el secretario de Suances, y dos notas para que él las presente al ministro. Son dos peticiones. Lo importante es que Maldonado te dé a ti la contestación concreta del ministro a ambas cuestiones. Quisiera saberlo enseguida.

Y no te martirizo más con mi letra… Dios te pague todos los trabajos que te tomas y perdóname por ellos. Creo que dentro de un par de meses —si no os decidís antes a la visita— os veré de nuevo. Abrazos a todos los de la casa. Uno más y muy fuerte para ti.

D. R.

EL PAPA DEL LIBERALISMO CUMPLE OCHENTA Y CINCO AÑOS [1951]

En cualquier guía se pueden encontrar unos datos sobre el palacio Filomarino de Nápoles, puesto en el corazón de la ciudad, entre Santa Clara y Santo Domingo el Mayor. Tiene méritos de historia y de arte para no pasar inadvertido: su escalera y sus arcos ojivales del siglo xiv, su pórtico y su patio del siglo xv, su portal barroco de finales del xvii. Pero no es hoy famoso este palacio por ninguna de estas circunstancias, sino por una que las guías comunes no especifican: ser la residencia de Benedetto Croce, el papa laico, el pontífice liberal, el maestro o maestre de las letras de Italia, el filósofo, historiador y crítico conocido y estimado por el mundo entero.

En estos días, Benedetto Croce cumple sus ochenta y cinco años de edad, y al palacio Filomarino —de donde no sale ya sino para dar algún paseíto al sol— le llegan los parabienes del Parlamento y del Gobierno, de los municipios y los partidos, de las academias, de los centros culturales, de los periódicos.

Su rostro es ahora —nunca fue muy hermoso— un mapa de arrugas que parecen conchas de galápago, todo él un poco informe. Pero sus ojos siguen siendo expresivos, vivaces. Sus espaldas están cargadas y su paso debe de ser lento y pesado: pero él va aún con el espíritu a todas partes, está presente en las polémicas del día y espe-

cialmente en la suya, interminable. Su colaboración está siempre en los periódicos; escribe y publica libros y, sobre todo, cuida y vigila de cerca la institución libre fundada por él y a la cual ha cedido su propia biblioteca y la mitad de su propia casa: un centro de estudios históricos poblado de jóvenes discípulos.

Pocos hombres en la Europa contemporánea habrán gozado de una situación tan cómoda para la vida intelectual como la que, desde su juventud, goza el filósofo italiano. Porque pocos son los intelectuales contemporáneos que hayan dispuesto desde el principio de una fortuna heredada suficiente, no ya para vivir, sino para vivir y trabajar con entera independencia, permitiéndose incluso el lujo de financiar las propias ediciones y de mantener los propios centros de estudios. Y éste es el caso.

Decía en una ocasión un periodista que el único reverso de bien que podía ofrecer la calamidad del latifundismo agrario era este de haber servido, una vez entre mil, de peana o de soporte a una vida de trabajo, de creación y autoridad del todo independiente y segura como la de Croce. Es posible que sin latifundio y sin rentas Croce hubiera escrito también sus sesenta volúmenes de obra varia y sus millares de artículos y conferencias: pero es seguro que —en bien y en mal— sin ese fundamento circunstancial la personalidad de Croce sería otra de la que es. Quizá mucho menos olímpica, más afinada, comprensiva y generosa, pero acaso también mucho menos ingente y resistente. Menos cerrada, pero menos completa. Lo cual, si bien se mira, constituye el único argumento —el del Olimpo económicamente fundado— del que el liberalismo económico no puede beneficiarse, ya que presenta como excepcional y costosa una libertad íntegra. Íntegra, claro es, respecto a los otros, porque ella misma no dejará de tener algunos compromisos con su fundamento.

En fin, es así. Es como es. La personalidad de Croce aparece clara y grande sobre su circunstancia excepcional, con capacidad para absorber y legitimar la misma circunstancia. Alguna vez esta personalidad aparece como difícilmente accesible, árida, esquiva, despótica. Pero seria y poseída de su vocación, en todo caso y en todo tiempo.

No es cuestión de que yo vaya a improvisar aquí un juicio sobre toda la obra y toda la persona de Benedetto Croce. Ni cabría en un artículo ni es cosa de mi parroquia. Algunos italianos —con una subversiva malignidad muy latina que me trae otros ejemplos a las mientes— acostumbran decir que lo importante en Croce es su obra de historiador, pese a su Lógica, su Ética, su Estética, su Historiografía y sus muchos escritos

de crítica filosófica y de doctrina civil. Pero su peso, su influjo sobre la cultura italiana de este siglo es no sólo patente, sino abrumador en todos los órdenes, ya se hable de crítica o creación literaria, de comprensión o laboreo de la Historia o de pensamiento puro. Su huella es dictatorial y en algún caso aplastante. Incluso fuera de Italia es uno de los grandes europeos cuyo nombre no se podrá omitir —para uno u otro juicio— al representar la escena de este medio siglo. En Italia, desde que murió, despeñado históricamente, su rival, el que se llamaba Benedetto a la española, él quedó ocupando toda la escena. No es de extrañar que su cumpleaños sea una especie de acontecimiento nacional, especialmente si se considera que es un cumpleaños tan extremo y tan simbólico.

La soledad egregia la ha vivido Croce sin conocer eclipse. Él fue —se ha dicho— un lujo del fascismo, que le mantuvo como senador, aunque no asistiese jamás al Senado, y le permitió rechazar un sillón de académico. Nadie impidió que su vida y su obra continuasen en Nápoles ni que se publicase la revista *Crítica*, cargada de un más o menos explícito contenido polémico contra el régimen. Estos favores o licencias, ni aceptadas ni pedidas y en ningún caso compensadas por complicidades o complacencias, no tenían por qué obligar a Croce contra sus ideas y sentimientos. Sin duda, Croce ha añadido a la independencia la dureza, más allá de la crítica. Especialmente dura se ha considerado su actitud para con su antiguo colega y maestro, el filósofo idealista Giovanni Gentile, de quien Croce renegó, como era lógico, en el orden político, al hacerse aquél servidor y teorizante del fascismo en marcha. Gentile, cabeza filosófica de poder muy considerable, fue, como es sabido, asesinado al terminar la guerra. Me han contado —la cosa es impresionante por su sentido— que al disponerse los *partisanos* a volarle la cabeza, uno de ellos le dijo: «No te matamos a ti, sino a tus ideas». Y son muchos los que echaron de menos un mínimo elogio fúnebre o una mínima condenación de la violencia, un mínimo de piedad para el hombre que era el muerto efectivo, pues las ideas no se matan así, por parte del antiguo compañero de saberes.

No es malignidad suponer que los de la atormentada posguerra en Italia fueron días un tanto desvanecedores para el filósofo. Era —en la hipótesis de un *risorgimento liberale*— la hora del triunfo para las criaturas de Benedetto Croce. Todos los ojos se volvieron a él y, sin su desdén supremo de intelectual puro, habría ocupado en Italia un puesto más elevado que el de simple senador. Sin embargo, no tardaron en surgir las nuevas legiones hostiles —la diarquía parlamentaria católico-comunista ha de-

jado a la Italia crociana en suspenso— que le obligasen a seguir batallando. Digamos que ha batallado y lo sigue haciendo con claridad, con nobleza y con valor. Hoy, acaso salvada la del mismo Papa católico, no creo que haya en Italia figura política a la que el Partido Comunista deteste tanto como al pontífice liberal. Esto por lo que se refiere al lado siniestro. El resto se supone.

Idealista e historicista, Croce ha acercado esas dos líneas de pensamiento a una tercera: una suerte de vitalismo. Se le llamó el filósofo de las cuatro palabras: Verdad, Belleza, Bondad, Utilidad (que luego llamó Vitalidad), y eran no cuatro palabras, sino cuatro órbitas del pensamiento filosófico: Lógica, Estética, Ética y un complejo que comprendía la Historia, la Política, la Economía y las ciencias empíricas. Introducir la Economía en la Enciclopedia de las Ciencias del Espíritu fue originalidad suya. Pero el marxismo quería para esa señora todo el campo y la conclusión no podía ser sino el cerrado antimarxismo de Croce y el irritado anticrocianismo de los comunistas italianos.

Quizá por ello, descendiendo de la teoría a la práctica, Croce abandonó sólo una vez el palacio Filomarino, para acercarse al Parlamento y dar su voto al Pacto Atlántico.

Croce es hoy en Italia, políticamente, mucho y muy poco. Como lo es el movimiento liberal —el liberalismo hegeliano que heredó de su maestro Spaventa—: un censor condicionante y bastante atendido, pero de ningún modo una fuerza. En el acendrado individualismo económico de Croce y en sus reparos liberales —que diría orteguianos— a la democracia, así como en su radical persistencia antirromana, pueden encontrarse las razones de relativo anacronismo que mantienen al sector ortodoxamente liberal y batallonamente laicista en un cierto confinamiento. Pero sin perjuicio de que el confinado sea todavía el juez, en cuanto defiende una herencia —la de la libertad— que Italia ha hecho espíritu de su carne con más decidida profundidad y naturaleza, a mi juicio, que cualquier otro pueblo. (Aunque latinamente interese más el fuero de la libertad personal concreta que la dignidad abstracta del ciudadano, a la inversa de lo que sucede en Inglaterra, el otro pueblo liberal con que cuenta el mundo.)

El influjo mayor de Croce está aún en el terreno de la vida intelectual pura. Ninguna gran corriente o personalidad nueva ha sustituido en Italia los dogmas y la personalidad de este gran hombre, especialmente en sus cotidianas aplicaciones. Ninguna gran corriente de crítica literaria, histórica y filosófica. Por doquier se tropieza uno

con la estética de Croce y con la sombra de sus gustos, aun siendo éstos resistentes a lo más puro de la literatura moderna europea que, a través del hermetismo, no dejó de imponerse en su día. Historiógrafo y filósofo de la historia, y no objetivo historiador al modo positivista, sus síntesis, juicios, prejuicios y hasta antipatías están también en todas partes. Si basta un ejemplo, diría que, mientras él viva, el hispanismo italiano, al que ha dado pábulo y al que ha hecho enormes aportaciones personales trabajando sobre los archivos de Nápoles, no dejará de ser polémico.

De un modo o de otro, como bandera y como peso, como luz y como sombra, como impulso y como freno, Croce llega a sus ochenta y cinco años plenamente vigente en su país, donde el idealismo, que él ha rehecho a la alemana, es tradición viva muy anterior al mismo Vico, por la cual se establece la solución de continuidad entre Roma e Italia. (Se diría que Grecia emigró a la península romana mientras la Roma realista emigraba a Celtiberia y más tarde a Albión.)

A tan avanzada edad, todo hombre de genio es, en cierto modo, un superviviente: o ha sido olvidado o goza ya de gloria que, por lo común, sólo otorga a los hombres la posteridad. Croce conoce la extraña fortuna de ser viviente y superviviente glorioso al mismo tiempo. Recogido en su palacio napolitano, asistido de discípulos y secuaces, combatido por enemigos —que es mejor aún— y rodeado de una vida familiar sencillamente feliz, este hombre consume una de las vidas más largas y densas, concluye una de las obras más densas y largas que a un hombre le pueda ser dado vivir y cumplir. Es uno de esos europeos, diríamos, de los que van quedando pocos. Y en este vértice de los ochenta y cinco años ni se oye decir que amaine su dura seguridad —esa especie de fanatismo paradójico del que he encontrado reflejos en casi todos los liberales idealistas que conozco y estimo por su valor—, ni se suavice su desdén, ni se cuartee su vigor. Dureza, desdén y vigor que se refieren, claro es, a las ideas y sólo a ellas, pues vitalmente tales tensiones del carácter son inimaginables en Italia.

Pena que, en este punto, no pueda yo añadir a la admiración y a los felices deseos un poquito de convivencia concreta. Porque lo que le falta a Benedetto Croce —a través de sus escritos, como en la administración de sus audiencias— es ese repertorio de matices y holguras que constituyen al hombre interesante, comunicado y amable y que acaso se condensen en un toque mínimo de ironía y piedad.

[*En algunas ocasiones*, págs. 243-249]

[1951] CARTA A MIGUEL DE ECHARRI

[Inédita]

Adjunto la carta para Girón que olvidé antes. (Si *debe* explicarse, ¡las pesetas serán las de los premios!)

Roma, 25 mayo 1951

Querido Miguel: Te devuelvo la letra que me envías, aceptada aunque dejando en blanco la fecha, pues no sé cuál será oportuna.

Respecto al asunto de Salas, si no le has girado ya las 10.000 pesetas será mejor que le envíes solamente la mitad más los intereses, es decir: 5.000 + 2.100 = 7.100; anunciándole que la segunda mitad, con los intereses que devenguen, se le abonarán en un plazo de dos o tres meses. Él no me ha dado prisa y creo que si lo hacemos como te digo, tú quedarás menos desprovisto por si surge un compromiso o algo semejante.

A Pérez Olivares le escribo sin falta. En realidad no lo vi en Madrid porque cuando llamé a la Editora me dijeron que no iba por estar enfermo. Y así le escribí una carta lamentando no haberle visto.

Con esto creo que las cosas de tu carta quedan contestadas.

Estamos aquí con un clima de invierno extremadamente desapacible. Y, por si fuera poco, estoy en un mar de incertidumbres porque no sé qué hacer: si pasar aquí el verano o irme a España a esperar el arreglo de mis cosas nuevas. El venirme sin dejarlas ultimadas ha sido fatal y creo yo que tu tocayo no hubiera hecho la espantada si yo hubiera estado presente. En fin, nunca sabe uno cómo acertar.

Últimamente me dicen Artajo e Ibáñez —cada uno por su lado— que han resuelto enviar a Xavier a Londres después de unos meses de estancia en Lisboa y que luego yo iré a sustituirle a este segundo sitio. Supongo que Ibáñez, conocido mi interés de que Lisboa fuera para Xavier, quiere dar tiempo a que Miguel rectifique y me llame o me dé vía libre. Temo sin embargo que esto no suceda. Miguel no ha contestado a ninguna de las dos cartas que le he escrito y esto me da mala espina. Estoy muy disgustado porque, si debe cumplirse el plan de los ministros, Xavier saldrá perdiendo teniendo que pasar a Londres, y yo también puesto que era aquél el sitio que

me interesaba. Pero si nos pagan a los dos con decencia creo que el disgusto será tolerable y ya habrá ocasión de hacer el cambio un día u otro.

De Xavier directamente no he sabido nada, cosa que me desconcierta un poco. Le escribo hoy también.

Hemos sabido aquí —no sin alguna alarma— las cosas de Barcelona. No sé qué impresiones se tienen ahí de la cosa [la huelga de tranvías]. Por aquí el tema sigue aún en la prensa.

No sé si nos veremos enseguida o a final del verano. En todo caso, espero que nuestra comunicación siga siendo frecuente.

Muchos recuerdos de Gloria para todos.

Mil cosas a M.ª José y los chicos.

A ti un fuerte abrazo.

D. R.

II. LA PEDAGOGÍA DE LA DEMOCRACIA

(1952-1975)

EL OPTIMISMO DEL REFORMISTA

Si la etapa anterior a *Revista* había terminado con evidentes gestos de rehabilitación pública de Ridruejo en el contexto del reformismo de Ruiz-Giménez, los primeros tiempos de *Revista* aceleran la misma tónica. La batalla por el poder se libra en terrenos de política y cultura (de Estado) entre el sector opusdeísta encabezado por Rafael Calvo Serer y Florentino Pérez Embid (y al fondo el debate en torno a *España como problema*, de Pedro Laín Entralgo) y los católicos y viejos falangistas que se mueven cerca del nuevo ministro de Educación (por cierto, despojado del importante aparato de información y censura en manos de un nuevo ministerio dirigido por el probado integrista José Ibáñez Martín). Ridruejo, sin embargo, no deja de obtener los reconocimientos públicos de prestigio con los que había vuelto de Roma, impulsados casi siempre por viejos camaradas de la guerra, aquellos que reconocen en su trayectoria un modelo público de lo que puede haber sido la evolución privada de muchos de ellos: del deseñgaño del nuevo Estado de Franco al descrédito de lo que había sido uno de sus pilares, al menos, nominales, las ya viejas e inoperantes convicciones falangistas. No es azaroso que el premio Mariano de Cavia de 1954 recaiga sobre Ridruejo ni que lo haga con el pretexto de un noble y hermoso artículo de homenaje, «En los setenta años de Ortega y Gasset». En el jurado del premio que otorga Prensa Española, editora de *Abc*, hay personas que lo aprecian y respetan desde hace muchos años como Serrano Suñer, Azorín, que ya había dedicado a Ridruejo una novela de 1943, *El escritor*; Camilo José Cela y César González Ruano, además del futuro ministro franquista Gonzalo Fernández de la Mora.

Abre este capítulo la seña de identidad del equipo que patrocinaba la reforma interior del Estado sobre la base de una evidencia: el cambio de la Europa contemporánea y la inviabilidad racional de mantener la misma estrategia legitimadora del franquismo más de una década después de la victoria de 1939, cuando ya nada en Europa respondía a aquellos parámetros políticos e ideológicos. Frente al ideal de restauración del pasado por parte de los *excluyentes* (el integrismo y el Opus Dei), los comprensivos apuestan por una vía de futuro que acerque las estructuras políticas de Europa, y eso exige necesariamente una actitud transigente, tolerante o cuando menos respetuosa con quien fue el enemigo hace más de diez años. Ése era el único tono posible en la España de 1952, y con él Ridruejo estaba diciendo bastante más de lo que literalmente decía, y sospecho que sobre todo los más jóvenes entonces, quienes escribían en revistas universitarias como *La Hora*, como *Alcalá*, como *Laye*, entendían ese sobrentendido que de otro modo era impublicable: la necesidad de restituir a la vida pública el mérito y el crédito de los derrotados frente a la ley exclusivamente represiva y revanchista del integrismo franquista. No era todo lo que podía esperarse, pero era mucho más de lo que había

habido hasta el momento. De ahí el afortunado fracaso de esa tentativa, porque permitió advertir el callejón sin salida en que se habían metido: o la reforma se impulsaba desde fuera del régimen o las fuerzas inmovilistas arruinarían no sólo cualquier vía de futuro sino el mismo crédito de quienes lo estaban intentando. Por eso he querido incluir un artículo que no llegó a aparecer en *Revista*, tomado de *Casi unas memorias*, y que puede dar la medida de los límites expresivos, y por tanto exige atención hacia un cierto juego de caderas para ceder aquí y poder decir allí…, aunque a veces el resultado sea equívoco y frustrante para unos o simplemente impublicable para otros. La palabra en directo podía ser mucho más combativa para denunciar el «envilecimiento de la vida civil», y así lo hizo Ridruejo en el Ateneo de Barcelona en abril de 1955; la transcripción es de uno de sus oyentes de entonces, el joven Rafael Borrás Betriu, a punto de embarcarse en la experiencia de la revista *La Jirafa*.

Por tanto, desde la esfera del arte moderno informalista o abstracto, desde la revisión racional de las jerarquías literarias, desde la atracción del exilio menos político o incluso desde la rehabilitación de lenguas y culturas maltratadas como el catalán y el gallego (los Congresos de Poesía de 1952-1954), esos años estuvieron poblados de indicadores públicos del hondo déficit intelectual y político de la España de Franco y por tanto hicieron evidente la imposibilidad de permanecer sin más en el franquismo, dentro del franquismo. Como siempre un poco antes que sus compañeros de biografía e ideología, la salida de Ridruejo iba a ser aventurada e íntegra: la fundación de un partido político que diese sentido y cohesión, incluso cauce, a lo que hasta 1956 había sido una actitud de disidencia ética y política y ahora sería ya pelea programática por un cambio de régimen y de sistema, incluso si algunos de sus artículos de entonces propiciaban alguna ambigüedad táctica que a veces se le ha perdonado mal (demasiado tiempo después).

Los poemas que siguen son más contundentes pero también entre burlones, jocosos y piadosos: son rasgos de la personalidad vitalista del autor, de su optimismo y buen humor. He incluido también notas informativas de la policía sobre las actividades conspirativas de Ridruejo y los jóvenes que trata —desde Jorge Semprún, Enrique Múgica o Javier Pradera, entonces comunistas, hasta falangistas de camino hacia un socialismo consecuente, como el de Miguel Sánchez Mazas, que se exiliará al año siguiente—. En todo caso es el momento en que estalla como problema público inocultable la larva disidente que se fragua en el entorno del SEU y sus publicaciones, y que tienen en Ridruejo (aunque también en Aranguren, Laín o Tovar) referentes positivos de sus propios desengaños y sus nuevas exigencias; pueden ser tan imperativas e impacientes como acabarán siendo en el caso de Ridruejo. Incluyo declaraciones policiales, tomadas de Roberto Mesa (ed.), *Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956* (Madrid, Universidad Complutense, 1982), pero también algunos de los versos romanceados que se permitió Ridruejo en Carabanchel, y que repitió al año siguiente en una nueva detención (están reproducidos en el homenaje que prepararon unos cuantos amigos, y entre ellos su hijo Dionisio, en 1993, titulado

Memorias de una imaginación, con inéditos como el que entresaco para esta antología, «Romance de los estudiantes presos», fechado entre febrero y marzo de 1956, mientras permanecía en la novena galería de la prisión madrileña). Por último, he incluido otro documento interesantísimo, que es su informe a Falange sobre lo que había sucedido en febrero del 56: he tenido que suprimir su segunda parte («Los hechos»), debido a su extensión, pero lo que verán es ya un aviso de la calidad analítica y la transparencia expositiva que utilizará Ridruejo en su extraordinario ensayo de interpretación política e intelectual de 1961, *Escrito en España*. Se publicará en la editorial Losada, de Buenos Aires, justo cuando el propio Ridruejo deba permanecer exiliado en París por más de dos años, a causa de la violenta respuesta del régimen contra los asistentes al Congreso del Movimiento Europeo en Munich en 1962: aquello que el régimen llamó el Contubernio de Munich.

J. G.

CON *REVISTA* Y SIN HORIZONTE

EXCLUYENTES Y COMPRENSIVOS [1952]

Como ciertas cosas pueden contemplarse ya con alguna perspectiva, no será inútil poner en esa perspectiva de las cosas de ayer otras cosas de hoy.

Consideremos el problema de la postración de España, hecho del todo presente en la conciencia de los españoles desde hace poco menos de un siglo hasta hace poco más de unos años. Desde el principio no han dejado de ser patentes dos maneras contrapuestas de considerar el problema: para unos se trata, ante todo, de lo que España no es ya. Para otros, de lo que no es aún.

Esta doble y opuesta manera de ver el problema tiene la virtud de separar completamente a gentes ideológicamente afines y de emparentar a gentes ideológicamente opuestas.

Para unos, toda la cuestión se reduce a lamentar la ruina de ciertas formas, el eclipse de ciertas virtudes, la alteración de cierto orden, la debilitación de ciertas certidumbres, etc. Su ideal es un regreso al pasado: una restauración.

Para otros la cuestión consiste, ante todo, en echar de menos el acceso de España a ciertas formas, la adquisición de ciertas experiencias, la participación en cierta vida y en cierto espíritu: las formas, la experiencia, el espíritu y la vida contemporáneos. La depresión nacional no consiste en haber perdido algo, sino en no haber ganado algo: la plenitud de la vida propia en la vida de nuestro siglo. Los que ven las cosas así esperan y propugnan algo muy distinto de una restauración: una incorporación a la época, llámese regeneración, reforma, revolución o adaptación original.

No se trata aquí de la oposición teórica entre dos utopías: el pensamiento reaccionario y el revolucionario en estado puro. Se trata de juicios y de preferencias, más reales en unos aspectos y más hondos en otros.

Desde este punto de vista, que es el del modo histórico de ver un problema nacional —repito—, los contrarios pueden llegar a parecerse más que los afines. Costa y los regeneracionistas no se parecen a los liberales tradicionales. Los del 98 —literatos y agitadores por una u otra fórmula de vivir auténtico y actual— no se parecen en nada a sus coetáneos anarquistas y republicanos. La Institución Libre —técnica, sectaria y moderna—, en pro de un laicismo integral, se parece «metódicamente» al movimiento de don Ángel Herrera y *El Debate* por un catolicismo a la europea, ilustrado y organizado eficientemente. Ortega se parece a los demagogos más comunes de la Segunda República tan poco como D'Ors a los conservadores monárquicos que la combaten. En fin, Falange Española y Acción Española —tan afines en la afirmación de lo español y en el amor por los métodos heroicos— fueron dos movimientos perfectamente incompatibles y sin posibilidad de recíproca inteligencia o práctica compenetración.

A la hora de luchar y morir las afinidades que cuentan son las últimas y radicales: una fe religiosa, un gusto de civilización, un orgullo de patria. El modo de entender la historia pasa a un puesto secundario. Pero ello no impide que a la hora siguiente —la de vivir, construir y esperar temporalmente— vuelvan a hacerse distintos parecidos e incompatibilidades. El cómo se defiende, se sirve y se proyecta en el porvenir una fe, una civilización y una patria tienen otra vez importancia decisiva. Porque ahora no se trata ya del *qué,* sino del *cómo* —el *qué* se supone dilucidado y a salvo—. Sin perjuicio de que el *cómo* influya decisivamente en nuestra inteligencia del *qué.*

Está claro que el problema del decaimiento de España o el de su resurgimiento —que es el mismo en dos fases distintas— ha sido claramente distinto para unos y para otros —para unos pocos y para los más— de los un día coincidentes en que «por de pronto» había que luchar por España sin pararse en distingos. Digamos más bien que para unos no hay tal problema —tengamos presente el título de un conocido ensayo restauracionista— y todo lo pasado se reduce a una intrusión agresiva o perturbadora en una tradición serena, por parte de un pensamiento y de unas fuerzas del todo ajenas a ella. Y hay naturalmente una diferencia sustancial entre quienes creen que los adversarios comunes han inventado el problema y los que creen que cada uno de esos adversarios ha planteado, entendido o tratado de resolver un problema real y verdadero.

La visión del adversario y su posición frente a él e incluso su elección y reconocimiento, la valoración de la propia lucha y de la propia victoria, resultan necesariamente afectados por uno u otro de los puntos de vista.

Para suponer que Unamuno —que además no fue un adversario— es un mero perturbador de la unanimidad religiosa de España, es preciso creer que en los años activos de Unamuno no había problema o crisis de religiosidad en España.

Para quien estima que Miguel Hernández —u otro revolucionario socialista cualquiera— no es más que un agente ruso que perturba un orden social satisfactorio, es preciso que no exista problema social en el que aquel extravío se inserte.

Si estos hombres y todos los demás —disidentes en poco o en mucho de la tradición ortodoxa— son meros intrusos, meras incidencias perturbadoras con cuya eliminación —como en la quema de un hereje en la España del siglo XVI— queda zanjada la cuestión, toda comprensión es un vicio de debilidad.

Pero para quienes creen que existen el problema y los problemas —el religioso, el social, el histórico— la cosa es diferente. La razón del adversario resulta importante y la comprensión del adversario —si ya su conversión no fuera un deber de caridad— resulta obligatoria. Porque de lo que se trata es de resolver y superar los problemas, y el hecho mismo de tener, en ellos, adversarios es parte sustancial del problema mismo.

A la ocasión del 18 de julio —decía en un oportunísimo y reciente discurso polémico Raimundo Fernández Cuesta— concurren dos mentalidades: una partidista y excluyente, otra comprensiva e integradora. Ciertísimo. Y esto porque quienes concurren son, por una parte, los hombres de la «España sin problema», reaccionarios y restauradores, y, por otra, los hombres de la «revolución pendiente», herederos de todos los problemas y enderezadores —porque las comprenden— de todas las subversiones. Estos últimos no han luchado para excluir sino para convertir, convencer, integrar y salvar españoles.

Dicho de otro modo: para el reaccionario toda acción encaminada a definir un problema español es una traición. Para el español abierto a la Historia —sea cual sea el último matiz de su ideología— toda tentativa para resolver ese problema —en cuanto tentativa— es un precedente de la propia intención. Se siente heredero de todos esos precedentes —de las tentativas y no de las soluciones—, aun de aquellos

que en el orden ideológico o positivo son más opuestos a sus creencias. Por eso se siente inclinado a salvar todo lo salvable, a incorporar todo lo positivo y valioso; a asumir todo fragmento de verdad. Su tradición es la de intentar devolver a España a una plenitud histórica: a la del siglo en que vivimos con todas sus consecuencias. Su método es el de absorber, asimilar y «convertir» todo lo español y a todo español que tenga conciencia de serlo y haya hecho un poco más grande a España, a la de ahora.

Por añadidura, es indudable que el modo único de quitar al adversario la parte de razón que tiene o tuvo es el de hacerla propia cuando se le ha vencido. Asumir e incorporar los valores del adversario —absoluto o relativo, grande o pequeño— es, en todo caso, menos peligroso que aplastarle o echarle al fuego con su razón entera. El lecho de peligros latentes que los reaccionarios en cuestión descubren ahora bajo el suelo de la victoria nacional no está constituido por un mayor o menor número de enemigos convertidos, aceptados, devueltos a la comunidad nacional o valorados con generosidad y justicia. Todo esto es fuerza y justificación de los vencedores. El lecho quebradizo y peligroso será, si acaso, el que constituyen los problemas irresueltos en que ayer se apoyaron los enemigos. Y ésos son los que tan celosos delatores ocultan con el humo de su denuncia contra las «ideologías corruptoras que vuelven».

[*Revista*, 17 de abril de 1952, reproducido de *Casi unas memorias*, págs. 301-303]

[1952] POETAS EN LA UNIDAD

Hay dos modos de hablar —se decía aquí, hace poco, en un editorial bastante oportuno—; un hablar humildemente para indagar la verdad, la propia y la ajena, un hablar socrático que justifica el dicho «Hablando se entiende la gente». Y hay otro hablar soberbiamente, retórico, que no sirve más que para ofuscar y ofuscarse y que, por desgracia, no parece el menos habitual entre nosotros.

Por fortuna, los poetas que en la penúltima semana de junio estuvimos reunidos en Segovia nos esforzamos por atenernos a la primera y con excelentes resultados. Y ello ha sido posible —y siendo posible, el congreso ha servido para algo— gracias a la lealtad discreción de sus promotores o protectores que lo propusieron como una oportunidad de diálogo libre y no como un acto de propaganda o como una ocasión de compromiso. Y ha sido precisamente la falta de cualquier tesis previa o de cualquier propuesta ocasional a la que adherirse lo que ha dado al congreso su tensión afirmativa y unitaria.

Y al hablar aquí de unidad y afirmación no me refiero a ningún encuentro fantasmal producido en el reino de la evasión poética. No hay tal evasión poética. Nada está tan hundido en las entrañas de la realidad como el vivir poético y nada puede parecerse menos a una reunión en las nubes que un concilio de poetas. Cuanto en Segovia se haya producido se ha producido en un «aquí» y en un «ahora». Es imposible hablar de poesía sin que ese hablar trascienda problemáticamente al todo de la vida intelectual y éste a su vez al todo de la vida humana que por el «aquí» y el «ahora» es la vida concretamente nacional, nuestra. Si cincuenta poetas de diversas latitudes y convicciones circunstanciales aciertan a vivir emocionalmente —antes aun que a conocer— la razón de su vida en común, quiere decir que esta razón existe, es evidente y es operativa.

Naturalmente, de entre todos los diálogos de Segovia no sólo el más interesante, sino también el más evidenciador ha sido el que, desde Dios sabe cuántos años de silencio, han reemprendido los poetas de la «lengua española no castellana» y los poetas de la lengua imperial. Diálogo cuya presumible fecundidad ha tenido un soporte: la extrema fidelidad a sí mismo, la libre y cruda sinceridad con que lo ha propuesto el poeta Carles Riba, que, a corazón abierto, se transformaba así en «el hombre del congreso».

Así está el hecho: una lengua viva y vigente y un amplio proceso cultural ligado a ella. ¿Hay que interpretar el hecho como un elemento de escisión —y empobrecimiento— de la cultura total española o como un elemento integrante y enriquecedor de la misma? Y según una u otra opción, ¿cuál es el tratamiento que el hecho —que como hecho ahí está— merece?

Si algo ha querido ponerse en claro en Segovia es precisamente lo que para muchos estaba ya claro: la voluntad española —lo que yo llamo voluntad ofertiva— que

inspiró en los días de su mayor plenitud al hecho cultural catalán. Se quiere la unidad como plenitud de plenitudes y no como acomodación uniformante. Pero, además, en esa tentativa de planificar lo diferente, de llegar al fondo de la riqueza del particular, hay también una operación de signo unitario porque —como me decía Carles Riba— sorprende encontrar ese radical carácter común que presenta al español como español, en Cataluña como en Soria, precisamente cuando se está llegando a encontrar en el hombre la nuda humanidad tras de escarbar en lo más hondo de sus peculiaridades locales.

Ahora bien, el concepto de España como suma de plenitudes de lo «diferente» no es una propuesta que quede aislada —por ejemplo— en la poesía de Maragall. Los españoles más jóvenes han visto la unidad de España a través de dos textos —lo dije en otra ocasión— más concordantes con aquel modo *reinaxente* de ver que con cualquier otro. Son: *El proyecto sugestivo de vida en común* y *La unidad de destino en lo universal*. En ambas definiciones hay una tácita repulsa a la uniformidad y a la coacción.

Que la lengua catalana tenga abierto libérrimamente el camino de la creación para enriquecimiento de lo común español. Así podría formularse una conclusión no expresada, pero sí sentada en Segovia (allí donde tuvo su corona Isabel, la unificadora).

Pero tras este deseo de justicia queda planteado otro problema. El castellano no es sólo un idioma nacional: trascendió a un mundo entero adonde, no lo castellano, sino lo español plenario se proyecta, se sigue cada día proyectando. ¿Cuáles son los deberes del hombre catalán, del hombre de espíritu para con ese mundo? ¿No estará entre sus deberes el de una intervención directa y no mediata? La pregunta vale en dos direcciones: la España entera —he dicho siempre— está necesitando mucho el contagio de ciertas virtudes alumbradas en la plenitud de lo catalán: la afirmación de la parte terrenal del destino del hombre, el espíritu humanístico, la irónica tolerancia, la jocunda fantasía, el genio de memoria y previsión —tradición y porvenir— que laten en los modos de acción catalanes. Todo ello será y sería rocío tibio para el alma demasiado fría o caliente de la España interior.

Y luego lo otro: la España abierta, comunicada, transmarina. El bilingüismo activo de Maragall sigue pareciéndome a mí —con su generosa inclinación al diálogo— la respuesta más adecuada a las preguntas que han antecedido. Creo que la marcha a

Segovia de tres poetas catalanes ha estado también en la línea maragalliana de la respuesta.

En todo caso —insisto— esto ha podido ser así, si es así, porque el problema no ha sido puesto como prejuicio a una acción activa sino como propuesta a una libertad.

La colaboración en una empresa de unidad —no la mera participación pasiva— no puede ser más que un acto libre, esto es, verdadero, y éste es el secreto de toda la cuestión.

La unidad, como la verdad misma, está al cabo de un diálogo en que nadie habla para aplastar ofuscadoramente y todos para entenderse.

[*Revista*, 17 de julio de 1952, reproducido de *Casi unas memorias*, págs. 306-307]

EN LOS SETENTA AÑOS DE DON JOSÉ ORTEGA Y GASSET [1953]

Hace pocas semanas, don Eugenio d'Ors dictaba una anécdota para estas mismas páginas de *Revista*. El protagonista era Charles Maurras. Iba Maurras en coche con D'Ors y en un paso de la conversación dijo: «Como decía mi maestro Anatole France…». Y al pronunciar el nombre, se quitó el sombrero reverentemente, con perfecta naturalidad. Sabida es la oposición de ideas que entre France y Maurras mediaba, especialmente tras de la partición de la *Inteligencia* francesa producida por el *affaire* Dreyfus. El mismo D'Ors se apresuraba a sacar la moraleja de su historia aduciéndola como un ejemplo de buena tolerancia.

Pero en la anécdota no resplandece solamente la caridad, sino también la claridad. Evidentemente, sabía muy bien Maurras qué cosa es un maestro, y se habría sorprendido mucho si alguno de sus secuaces españoles —secuaces y no en eso— hubiera confundido su gesto de reconocimiento con un gesto de sumisión; si hubiera escuchado que admirar, entender, gustar, aprovechar, respetar o agradecer —cosas to-

das que al maestro se le deben— tendría necesariamente que confundirse con suscribir todas las opiniones, secundar todas las intenciones, militar políticamente con o vivir en la misma religión de aquel a quien como a maestro proclamamos.

Tenemos por maestro a quien ha remediado nuestra ignorancia con su saber, a quien ha formado nuestro gusto o despertado nuestro juicio, a quien nos ha introducido en nuestra propia vida intelectual, a quien —en suma— debemos todo, parte o algo de nuestra formación y de nuestra información; a quien ha sido mayor que nosotros y ha hecho de su superioridad ejemplaridad; a alguien de quien nos hemos nutrido y sin cuyo alimento u operación no seríamos quienes somos. Alguien, en fin, cuya obra somos en alguna medida.

¿No es ocioso decir que nuestro maestro no es forzosamente nuestro director de conciencia ni nuestro jefe político, ni mucho menos nuestro sumo pontífice? Sería una gran suerte que, en efecto, fuese ocioso y que lo fuese también todo lo que queda antedicho y casi todo lo que sigue.

Hay pícaros intelectuales que se gobiernan por el principio de *al maestro, cuchillada*. Y cuando tienen bien comido y digerido lo que el maestro les sirvió, no sólo reniegan de él y se escandalizan, sino que piden su proscripción bajo pretexto de fidelidad a las propias ideas, a las que discrepan de las del maestro.

Hay *beatos* o devotos tan anonadados y pequeñitos que —por el contrario— tratan la obra del maestro como a un catecismo de verdades últimas y cristalizadas para siempre y tan quebradizo como si una mirada crítica pudiera desbaratarlo del todo.

Hay, en fin, personas leales al maestro como maestro y a sí mismos como hombres con vida propia, que sabrán atinar en el cuándo deban quitarse el sombrero y en el cuándo deban pensar por cuenta propia y someter al maestro a justa revisión.

Lo primero que se le debe a un maestro es —naturalmente— respeto, admiración y gratitud. Lo segundo, es comprensión leal y cabal. Lo tercero, es *hacerle honor*. Hacer honor a un maestro supone, casi siempre, descongelar el respeto y hacer viva la comprensión: o sea, utilizar crítica y creadoramente sus propias enseñanzas para no repetirle, sino continuarle; para no ser fieles a él, sino dignos de él.

A esta tercera casta de discípulos —a un tiempo reverentes y críticos, leales y superadores, agradecidos y originales— debemos pensar que pertenecen los que ahora

se disponen a rendir homenaje a don José Ortega y Gasset, que en este año cumple sus setenta años —la edad de la jubilación universitaria— y que a los setenta años está aún muy lejos de haber agotado las posibilidades creadoras de un maestro en activo. En otro lugar de *Revista* encontrará el lector los detalles del proyecto a que me estoy refiriendo.

¿Es que hay en España un solo hombre, dedicado con mínima seriedad a las tareas del espíritu, que no tenga que reconocerse, en más o en menos, discípulo de Ortega, que no tenga —más o menos grande— una deuda que pagar a Ortega?

Para mí, esto es una evidencia, y creo que quien quisiera impedir, poner sombra o quitar importancia a esta proclamación de un magisterio y a esta satisfacción de una debida gratitud estaría, simplemente, empujándonos a la bastardía.

La generación a que pertenezco ha tenido —escribía hace poco, celebrando precisamente los mismos setenta años y una gloria semejante en don Eugenio d'Ors— la suerte de tener maestros. Ortega y Gasset ha sido uno de ellos; para muchísimos, el primero y principal; para todos, uno de los indispensables.

Yo no voy a intentar aquí un ensayo sobre la obra de Ortega, un recuento de las verdades finalmente válidas que en su obra nos ha de dejar. Ya he dicho que no es en las verdades que nos entrega en lo que se reconoce a un maestro —no son ellas las que nos unen a él, pues la unión no se rompería por el hecho de que sus verdades fueran para nosotros problemas o aun errores—, sino en la obra que el maestro ha hecho en nosotros mismos y de nosotros mismos y del mundo intelectual en que habitamos. Porque lo que me interesa es —exactamente— subrayar la autenticidad y la singularidad del magisterio de Ortega.

Entre las dos guerras, Ortega ha estado en el centro mismo de la vida intelectual española. Ha estado de un modo solar. Y no solamente por su pensamiento, sino también por su acción: acción formativa e informativa, promotora y agitadora. Para valorar la obra de Ortega se podría acudir a un recurso negativo: imaginar que sus libros no hubieran sido escritos, que su *Revista de Occidente* no hubiera sido publicada, que no figuraran en los fondos libreros españoles las traducciones de su editorial, que de la vida universitaria se debiera descontar su acción personal y —finalmente— que todas las personas iniciadas, promovidas, aconsejadas o estimuladas por él hubieran carecido de cuanto deben a su personalidad. ¿Qué valor tendría todo lo restante?

Quienes manifiestan su pena porque tal imposible no haya sido realidad —ellos tampoco existirían probablemente— no se han hecho esa pregunta. Porque si, como ellos acostumbran, añadiéramos a la hipótesis cuatro o cinco nombres más, la contestación sería: el yermo.

La empresa a que Ortega y Gasset y pocos españoles más se consagraron, sacando las debidas consecuencias al impulso creador de las dos generaciones anteriores, es múltiple. Se le ha reprochado a Ortega la cualidad asistemática de su obra, la prodigalidad de sus tentativas, la provisionalidad de muchas de sus realizaciones intelectuales. Yo no entraré en esta cuestión. Pero se me ocurre que, en alguna medida, quien juzga así a Ortega le aplica la medida apta para juzgar a un pensador alemán, inglés o francés de su época, al ciudadano de una república intelectual rica, saturada, en la que la especialización y la concentración podían ser a un tiempo posibilidad y deber. Pero hay que pensar aún en la república intelectual española del 14. En aquel tiempo y en aquel lugar un hombre dotado de espíritu misional, con conciencia social activa, convencido de que un solo genio trabajando en su torre no es aún una cultura en marcha, se veía, se vio forzado a acudir a todas las brechas: a traducir, a inquietar, a formar hombres, a exigir vocaciones, a crear instrumentos, a aclarar ambientes. Salvo el caso de Croce en Italia —éste disponiendo de una estructura mucho más completa—, el de Ortega y sus colegas en España es único en Europa.

En tres direcciones se hace fecunda la acción magistral de Ortega —y la de algún otro complementario suyo—: la de universalizar, airear, nutrir de puntos de vista y de informaciones frescas la rancia provincia cultural española. La de poner o ayudar a poner la vida intelectual española —más allá de la mera problemática nacional— a la hora del mundo y de la época. La de multiplicar ante los ojos de los españoles los temas y las curiosidades de la realidad y del saber, y la de persuadir a no pocos a cultivar en algunos de aquellos temas una parcela rigurosamente acotada o, dicho de otro modo, el ayudar a hacer nuestra vida intelectual algo más universal y mucho más universitaria y científica de lo que antes fuera.

Aireamiento, actualidad, vitalidad, precisión: he aquí las grandes consignas orteguianas. Con el estimulante de su obra, nuestra vida intelectual se hace aventura atractiva e inagotable. A poco que queramos creer que los cincuenta años de este si-

glo no se han perdido por completo, ¿no se hace forzoso, justo, preguntarse si España sería lo que es —y más aún lo que pueda ser— y nosotros quienes somos, en el caso de que nadie hubiera acertado a proponernos esas cuatro consignas?

Pero los objetivos de una vida intelectual tan estremecida y codiciosa como la de Ortega tenían forzosamente que rebasar el ámbito propio —el estrictamente intelectual— para tratar de influir sobre la vida total de España y, por tanto, sobre su política misma, tan aquejada de provincianismo retardatario o utópico. Justamente la posición intelectual de Ortega radica en la imposibilidad de separar vida e inteligencia o, si se quiere de otro modo, cultura y sociedad. Fue así. La simple expresión «España real» valía por un «Sésamo» —pese a los riesgos que podía incluir—, y es hora ya de intentar contemplar actos como el de la conferencia de la Comedia —«Vieja y nueva política»— o como el de Segovia —«Delenda est Monarchia»— a una luz un poco menos alicorta y negativa que la del «esto no es, esto no es» de los días o de los resultados de la República. De esos actos de Ortega queda la intención: la apelación temática a la autenticidad, a la salubridad, a la actividad, a la alegría para nuestra vida colectiva aquejada de abulia, de violencia y de rutina. Su clara apelación a la inteligencia, a la puntualidad histórica, a ser en el universo.

Aquel «sugestivo proyecto de vida en común» vino a formularse algo más tarde, con fortuna nada mejor, aunque con idénticas exigencias intencionales como «unidad de destino en lo universal». Una España apoyada en su propia vida y regeneradora de ella, ahormada en el espíritu de la época y contrastada con el mundo. En cualquier política española merecedora de tal nombre —vital, actual, universal—, el espíritu de Ortega estaría como resonancia inexcusable.

Un límite, sin embargo —no es ésta la primera vez que se señala—, hace estrecho para las últimas generaciones y para la nuestra —supuesto que éstas sean lo que creemos que son— el mundo de Ortega, tan sugestivo y estimulante. Esa limitación es un muro con puerta: las puertas por donde regresan al alma de las generaciones últimas el magisterio de don Miguel de Unamuno o, cuando menos, su desazón. (Otros, con miopía y pequeñez, han interpretado, según su propio carácter, este regreso.) Me refiero yo al límite de insensibilidad que Ortega nos opone al problema de la trascendencia personal y de la religiosidad toda. (Así como a su repugnancia por «la rebelión de las masas», tema que quedará para otra vez.)

¿Serán, en el alma de las últimas generaciones, compatibles el apetito de la vida orteguiana y el interrogar ante la muerte de Unamuno? Digamos de una vez que para el español extremoso y, a la vez, desganado, la mundanidad de Ortega es una sana mundanidad. Que no basta. Como para el «hombre moderno» la mortalidad trascendental —angustias y dudas aparte—, cuya hambre despierta Unamuno, es una fuente de salud. Pero sin abusar de ella.

En todo caso, es de observar —ya que nos hemos deslizado hacia este tema— cómo el talante existencialista de nuestros años va haciendo configurarse a las generaciones últimas —descongelándolas, pero también dispensándolas de rigor— como generaciones literarias, al modo del 98, y no como generaciones de profesores y especialistas del tipo de las formadas, si no por el ejemplo, sí por el consejo de Ortega. Aunque pudiera muy bien ocurrir que en esto como en lo otro la reacción esté próxima.

En algún aspecto —apertura del horizonte religioso— el fenómeno se acompaña de un signo positivo. En otro —deserción de las vocaciones penosas— el peligro se dibuja. Queda en problema el aspecto político de la cuestión. La España del 98 fue al final —después de habérsenos ofrecido al amor crítico y amargo e incluso al amor hondo del conocimiento y la fatalidad— una España para el sueño: renunciada, desvanecida. Así lo ha puntualizado, irrecusablemente, Pedro Laín. Recuérdese —yo lo hice en una ocasión confrontándolo con un poema de aceptación vital maragalliano— el poema de Unamuno en Gredos: aquella España ofrecida a la trascendencia, entre nubarrones de estoicismo soberbio y resignado. Frente a esta «España de mis sueños», está la España de nuestras realidades, codiciadera, histórica, cotidiana y viviente. La que hace más nuestro —¿de quiénes de nosotros?— a Ortega.

Exageraría yo un poco si escribiese como colofón: «Nuestro siglo XX se llama Ortega y Gasset». Pero, cuando menos, cabe decir con rigor que en Ortega está una de las razones por las que España es siglo XX después de haber sido apenas siglo XIX.

Indagar sobre los problemas del siglo XX —y sobre los nuestros en él— es la forma de homenaje que sus discípulos —no sus beatos— se proponen rendir al maestro. Ninguno mejor. En la meseta castellana la obra de Ortega aparece con altura de colmenar, con los panales abiertos en mil celdillas hacia mil direcciones. No todas las abejas han vuelto a él seguramente. Ahora los discípulos sueltan los propios enjam-

bres para llevar a la casa del maestro nuevos saberes de los viejos problemas. «Blanda cera y dulce miel.» Y acaso algún aguijón estimulante. Porque, como ellos preconizan y esperan, Ortega es aún un pensador de «la segunda mitad del siglo XX».

[*Revista*, 23 de febrero de 1953, reproducido de *Casi unas memorias*, págs. 319-321]

CONCIENCIA INTEGRADORA DE UNA GENERACIÓN [1953]

El curso de conferencias de Pedro Laín Entralgo, del que en otro lugar de *Revista* da noticia cabal José Luis de Aranguren, ha venido a ser—además de lo que intelectualmente ha sido— una afortunada ocasión para que esa vaga cosa llamada una conciencia generacional quedase expresada. Me decido a usar con toda clase de cautelas —como ya lo hizo el mismo Laín— el término «generación». Por de pronto hay que limitarla a una minoría activa de coetáneos y no a la masa general de los mismos por sernos ésta desconocida. Luego hay que admitir la coexistencia de fragmentos generacionales de signo discrepante. Por último hay que limitar el nexo y su expresión a un parecido o —si Laín me permite la corrección— a una «actitud». Una actitud no es una ideología, ni un estilo, ni un acuerdo. Es, me parece, el modo peculiar de afrontar la circunstancia histórica. Naturalmente, la coincidencia en ese «modo» supone necesariamente algunos parecidos ideológicos y estilísticos y algún espíritu de comunidad más o menos consciente.

Si las conferencias de Pedro Laín han sido la ocasión para hacer casi del todo expresa esa actitud de la generación, o fragmento de ella, que ya algunos ensayistas y críticos han llamado «del 36» y otros «de la guerra», ello se debe principalmente a que en toda generación siempre suele haber un hombre que la expresa —que expresa lo común de ella— de modo más eminente y completo que los otros. Que respecto a la del 36 o de la guerra ese hombre sea Pedro Laín no es una novedad decirlo. Y tan claro es que resulta ocioso explicar por qué razones.

No sé si fue el mismo Laín o el poeta Luis Rosales quien propuso —en una conversación íntima— la clave de la «actitud» diferencial: «Somos la primera generación que ha querido recabar íntegramente toda la herencia de los antecesores». Se aducía al efecto la actitud ásperamente crítica y disidente de los del 98 respecto a la última —o anteúltima— generación romántica. Se traía a colación la discrepancia de Ortega y D'Ors frente a Unamuno y Maragall y —en general— el revisionismo terminante con que casi todas las generaciones anteriores habían ascendido a su promoción.

Hay un libro del mismo Pedro Laín —*España como problema*— sobre el que se ha establecido un equívoco sólo explicable en quienes no lo hayan leído o entendido. Porque no es un libro de tesis —el planteamiento del problema—, sino un libro de historia —la recapitulación de los diversos y parciales planteamientos del problema— con una tentativa de su reducción a síntesis, esto es, con la tentativa de entrever la solución del problema mismo por vía de la aceptación de su herencia, precisamente. Ese libro definidor no es una especulación intelectual. Mete sus raíces para tomar su esperanzada savia en la misma tierra donde radica toda la actitud de la generación a la que me estoy refiriendo: en el drama mismo de nuestra historia contemporánea, que es el de partición constante de España, cuyo último episodio fue nuestra propia guerra. Porque uno de los modos de expresión de esta generación consiste en haber vivido la guerra y poner en sus consecuencias una «voluntad» de último episodio, de liquidación del problema, de ocasión integradora. En haber vivido la guerra de un modo desgarrado, con la conciencia del desgarrón, del secuestro de una parte de España oculta en la turbulencia de «la otra parte». Sin duda ha habido combatientes enterizos y exterminadores, de los que en el desgarramiento de España, acelerado desde 1934, han puesto toda la verdad a un lado. Residuos de este modo de entender el conflicto y de vivirlo son los exiliados más irritables y sus gemelos, los vencedores absolutos. Pero ha habido combatientes a uno y otro lado —y creemos que los más— que han vivido la guerra por todos y para todos, integradoramente, con las entrañas desgarradas y hambre auténtica de unidad.

Si otra *actitud* histórica prometedora tiene sus testigos, sus mártires, el de la generación del 36 —en una de sus partes en conflicto— se llamó José Antonio Primo de Rivera. Su testimonio no está en una ideología precisamente, sino, como él dijo, en «un modo de ser», en una actitud y un querer: el quererlo todo de España. El in-

tuir en todo lo diverso y contradictorio de España la melodía unitaria no formal y extraña, sino viviente y profunda. Su final voluntad mediadora, escamoteada a nuestra atención, subraya de manera especial esa actitud por encima de sus expresiones doctrinales más comúnmente utilizadas.

De lo presente a lo pasado, esa actitud ante lo español —ese faltarle al español de partido «la otra mitad»— sube hasta lo más remoto. Por eso se tenía que hablar de la aceptación íntegra —integradora— de toda la herencia, con toda su pesadumbre y toda su responsabilidad.

La generación de la guerra o del 36 pretendería ser así la generación de la España integrada y completa. Pero es difícil tener una actitud histórica sin tener antes una visión metafísica o fundamentadora de ella. De aquí esa apelación al «hombre entero» a que apuntan siempre los trabajos antropológicos de Pedro Laín y que él ha reconocido como intuición y conquista del grupo poético de la misma generación. Con lo cual queda dicho que no se trata de «buscar afinidades», sino de reunir las partes del todo; comenzando con la propuesta de reunir al hombre español en su misma hombría y luego en su irreparable españolidad. Es la misma guerra —en la que por de pronto el hombre suele encontrarse a sí mismo en la extremidad del trance cuando es bastante hombre para no perderse en él— la que se encarna así como conciencia de una generación: doliendo y esforzándose —como se esfuerza toda guerra— por ser resolutiva y última.

Ahora bien: la voluntad integradora, la aceptación de toda la herencia, impone a esta generación tan enorme ambición proyectiva como decidida abnegación —la palabra «puente» suena no pocas veces en la prosa de todos—, y su empeño deberá ser el de fraguar verdaderamente, renunciando a no pocas satisfacciones creadoras, la síntesis de lo heredado para darlo a su vez en herencia. Heredera del problema, ha de vivir en el empeño de dar por herencia la solución. Por eso, esta generación no puede ni remotamente intentar ser partido ni bando ni propiamente «generación en su hora». Ha de abstenerse en declarar llegada su hora. Su hora conflictual y mediadora se llama después.

Se ha dicho de las generaciones que apelan a los abuelos contra los padres. Ésta, no. No renuncia a los padres, aunque acaso por ello —en esperanza— no se verá realizada más que en los hijos. Porque esa enmarañada herencia total que reivindica no

es un bien, sino un trabajo que no puede ser remitido —«tú juventud más joven»— como otras veces. Es la generación que debe pagar la cuenta, que debe arreglar las cuentas y que —flanqueada y tiroteada por sus fragmentos escindidos, tan peligrosos como estimulantes— no conocerá probablemente la tranquilidad ni podrá dar a su creación —historificada hasta la médula— aquella plenitud de individualidad integral que otras consiguieron. Salvo que su acción se convierta en fracaso y su esperanza en sueño.

[*Revista*, marzo de 1953, reproducido de *En algunas ocasiones*, págs. 434-438]

[1953] MEDITACIÓN PARA EL 1 DE ABRIL

Jugando al vano juego de los futuribles, he querido más de una vez imaginar lo que hubiera sucedido si el Alzamiento del 18 de julio de 1936 se hubiera resuelto en un golpe de Estado, poco más que incruento, como —con precauciones de desconfianza— se intentó que fuese. Se hubiera salvado José Antonio, es lo que para algunos sube al primer plano de esa imaginación. España no habría consumido ni tanta sangre moza ni tantos caudales de su pobre hacienda, piensan muchos más; no se habrían perdido tantos valores personales como la guerra aventó o segó en flor y España habría ganado a la guerra mundial no un escaso año de paz, sino cuatro años, supuesto que la fácil victoria no hubiera afectado en nada a la fecha de esa misma guerra.

Sumando todo esto, no hay motivo para alegrarse de que las cosas fueran de otro modo. Pero fueron de otro modo. En conclusión, el 18 de julio de 1936 y el 1 de abril de 1939 no significan la misma cosa, y ello independientemente de que sólo a la luz de la segunda fecha —un resultado victorioso— la primera se incorpora a la Historia, resultando aquélla la fecha de una tentativa y ésta la de una consumación. No significan lo mismo, ni aun dentro de la hipótesis de que aquella primera fecha hubiera resultado en sí misma conclusiva.

Entre una y otra hay tres años de guerra y en esos años madura un hecho por el cual la urgencia, proyectivamente indefinida, de atajar un proceso político determinado se convierte en el proyecto de iniciar y cumplir un proceso histórico nuevo.

Limitar hoy nuestra visión del 1 de abril a la dimensión de lo evitado o de lo liquidado sería empequeñecer el tema hasta el punto de aproximarlo a la versión que de nuestra guerra dan aún los políticos más recalcitrantes del exilio.

Hay que poner la atención no tanto en lo que el 1 de abril cierra como en lo que abre y hace posible. Y esto incluso por la razón elemental de que del pasado no puede suprimirse nada si no es por el procedimiento de superarlo todo o, si se quiere, de recapitularlo todo.

Corre entre nosotros una idea de la Historia y de la realidad tan simple y tan expeditiva que casi llega a causar admiración. Según ella, un hecho de fuerza no sólo podría suprimir un régimen político, una Constitución, unos partidos, unos personajes, sino también los problemas que hicieron posible su aparición. De un golpe se podrían separar —enterrando sus recuerdos— el movimiento liberal del absolutista en la época fernandina, el revolucionario del tradicionalista en la siguiente, el derechista del izquierdista en la República. Bastaría con recoger unos libros, prohibir unos nombres, borrar unas huellas, y todo estaría resuelto. Concebida la Historia como una película de buenos y malos, y suprimidos estos últimos hasta en sus vestigios, todo queda en orden.

Pero antes hay que preguntarse si los buenos eran tan buenos como parecen y los malos tan desprovistos de razón y fundamento como se nos da a entender. No se trata de relativizar —al modo historicista— los sucesos y las ideas; se trata de juzgarlos, de entenderlos, de remediar sus deficiencias y, como he dicho, de superarlos. Me parece una imperdonable falta de curiosidad la de no tratar de averiguar qué datos de la realidad aconsejaron al liberal para ser liberal o laico y al marxista para ser marxista. Pensar que todas esas ideologías han actuado históricamente por la simple sugestión y consejo de unos pensadores extraviados me parece demasiado simple. Cada una de esas actitudes y no pocas otras han sido, en primer término, un modo parcial de vivir una situación. Pero lo cierto es que quienes vivieron la misma situación desde puntos de vista radicalmente opuestos no supieron salir tampoco do la miseria de ser eso: simple oposición o, si se quiere, parte.

También la historia más próxima nos muestra dos modos parciales de contemplar una misma realidad. Si lo que nos interesa es esa realidad, su expresión verdadera no la encontraremos en ninguna de las dos partes, sino en la comprensión de ambas. Y si lo que nos interesa es dar a esa realidad un tratamiento veraz y completo, tendremos que asumir de la inteligencia de cada parte lo que en ella se nos ofrezca como más apto y verdadero. El único modo de destruir el partidismo es este desvalijarlo de todas sus razones y actitudes, y a eso es a lo que llamamos superación.

Ni absolutistas ni liberales, ni tradicionales ni revolucionarios, ni derechistas ni izquierdistas, han sabido en España destruir a sus contrarios asumiéndolos; todos se han limitado a luchar, y para su lucha ha faltado incluso aquella zona mínima de fidelidades comunes —la clara empresa nacional a que plegarse— sin la cual toda rivalidad es esterilidad.

En tiempo de Cánovas se encontró —sobre el fundamento del cansancio principalmente— una ley de convivencia, un compromiso habitable; pero se demostró que no era bastante. Cuando ahora se lee que el fallo de Cánovas fue permitir que nacieran del seno de su época tales o cuales errores, quedamos sorprendidos. Lo más cierto es que la limitación de Cánovas —hombre irónico, inteligentísimo, y no muy creyente— fue la de no tener fuerza de creación y de atracción bastante para injertar en su empresa las energías espirituales que se disolvieron en tales o cuales errores. Porque —como ha escrito Laín Entralgo— la comprensión no sirve de nada si se acomoda al puro relativismo y sólo es fecunda cuando se resuelve en originalidad.

De las dos cosas que España necesitaba, Cánovas —que, con todo, sigue siendo el español más interesante de su siglo— proporcionó una: la base de una convivencia nacional. Cuando emergieron del fondo del pueblo fuerzas nuevas, no beneficiadas, no incluidas en aquellas bases, la convivencia se hizo imposible. Pensar que la España de Cánovas fue liquidada por unas ideologías peligrosas es absurdo; fue rota por el hecho —antes que por la ideología— que había de llamarse lucha de clases.

La equivocación radical de la República fue, ante todo, la de pensar que ese hecho nuevo podría resolverse dentro del cuadro de una democracia ingenuamente burguesa, sin fuerzas propias, establecida sobre un país pobre y horra de ideales nacionales y de objetivación histórica.

Y aquí viene a cuento la significación del 1 de abril como emoción y como posibilidad subsiguiente: la de descubrir otra vez ante los españoles las razones que tienen para vivir en común, distintamente, de cara al mundo, lo cual presupone ajustar también las bases de la convivencia nacional contando con los datos reales de la sociedad en que vivimos. Pero ¿es posible conseguir ni el primero ni el segundo de esos objetivos sin integrar todos los valores, todas las diferencias, todas las energías, todas las riquezas de la vida española? ¿Vamos a conseguirlo sin comprender toda la problemática que ha estado atormentando esa vida durante siglo y medio o, dicho de otro modo, sin recabar toda su herencia?

Pensar que todo se ha obtenido ya por la victoriosa consumación de un hecho de fuerza es como pensar que el río de la Historia puede detenerse con un dique. Lo única que hacen los diques es aumentar la violencia de la corriente cuando, al fin, los arrolla. No; el hecho de fuerza era indispensable porque toda aquella problemática de España estaba siendo conducida en términos tales que ya no podía oponérsele otro tipo de correctivo. Pero el hecho de fuerza se limita siempre a hacer posible una dirección nueva. No nos exime de trazar el nuevo camino ni, sobre todo, de andarlo. Y hay que andarlo con el mismo cuerpo con que se anduvieron todos los otros, con todo el cuerpo, cargado de todas sus defensas y de todas sus enfermedades. Lo que no se puede intentar es librar a ese cuerpo de todas sus vitaminas con el pretexto de librarlo de todos sus microbios. Históricamente hablando, la salud consiste principalmente en andar.

Estamos todos enredados en discriminaciones probablemente necias sobre palabras seguramente equívocas. Pero de lo que se trata es de vivir a España y de caminar con España. Tratar de negar a estos o aquellos fragmentos de lo español el derecho a incorporarse cómodamente a la andadura o de estar incluidos en ella, no sólo es desmembrar España —querer que camine sólo una parte de España—, sino ir dejando al borde de la ruta cuadrillas de salteadores.

En el fondo, todas las actitudes excluyentes, partidistas, estrechamente dogmáticas y celosamente policiales, con las que se quiere acotar el significado plenario de la gran oportunidad de la Victoria, nacen de una falta de fe y de valor, esconden una ausencia de confianza en la propia verdad, en la propia fuerza e incluso en la propia resolución. Quien creadoramente está dispuesto a alumbrar una empresa española y

quien generosamente está dispuesto a morir por ella y, de paso, «a sacrificar todo lo contingente para que se salve todo lo esencial», para que la general convivencia española sea posible, no tiene por qué andar con cautelas.

España está ahí, ante nosotros, como un problema, pero también como quehacer. Sólo poniéndose a hacer España se resuelve su problema, pero no oponiendo condiciones y escrúpulos a su planteamiento. Cuando uno ve ante sus ojos todo lo que, en la economía o en la cultura, en la potencia militar o en la redención de las clases humildes, en la regeneración del tono vital cotidiano o en el incremento de la espiritualidad, en la unidad interior o en la intervención hacia las cuestiones que el mundo abre ante nosotros, queda por hacer —ante esta España bizantina que lleva siglo y medio discutiendo expedientes de depuración—, se ensancha el alma de ambición y de impaciencia.

Ese poder ensanchar el alma ante la tierra y el tiempo, ese poder volver a convertir el mero ser español en una vocación activa, es no sólo lo principal, sino «el todo» de nuestro 1 de abril. O esto o nada. Todos cuantos españoles sintieron, con error o acierto, su españolidad de este modo son nuestros precursores y correligionarios. Todos cuantos han convertido su españolidad en pretensión de monopolio —larga España partidista— son nuestros obstáculos. Pero también ellos —estimulantes a su modo— necesitan comprensión. Porque ellos son los que precisamente deben ser superados. Porque tampoco ellos deben quedarse, arracimados y hostiles, a los lados del camino.

[*Arriba*, 1 de abril de 1953, reproducido de *Casi unas memorias*, págs. 322-325]

[1953]

CON LA VOZ DE *REVISTA*

(REFLEXIONES DEL PRIMER ANIVERSARIO)

Por modesta que sea, toda empresa humana tiene, por ser humana, que llevar consigo una intención proyectiva, lo cual casi vale como decir que representa una esperanza. Hacia alguna esperanza, pues, nació *Revista*, que cumple hoy su primer ani-

versario. Pero toda esperanza no utópica se formula en la inteligencia de una posibilidad. Si acierto aquí a definir esa posibilidad, y a expresar esa esperanza, estará dicho cuanto hay que decir sobre la razón de ser de *Revista*, justificada y agotada en el modo de apreciar una ocasión. No quiero decir con ello que la apreciación sea, por descontado, exacta, pero acertando o equivocándonos, a ella estamos atenidos quienes pusimos en la mar y dimos soplo a esta navecilla de papel.

Pero cabe aún preguntarse por la necesidad de esta pequeña empresa: ¿Es que quienes, con desigual volumen de aportación, pero con espíritu identificado, nos pusimos a ello no teníamos otro medio de aprovechar la ocasión y servir la esperanza? Desde un punto de vista personal, sin duda alguna, sí. No faltan en España publicaciones acogedoras desde donde expresarse. Pero creíamos y seguimos creyendo que todas ellas —por estar enraizadas en ocasiones anteriores a esta que nos estimulaba— estaban ya demasiado adscritas o bien a otras intenciones, o bien a algún grupo cerrado y particularizado. Y justamente nosotros definíamos la ocasión como ocasión de apertura, de ensanchamiento, de coincidencia en lo más amplio. Nos pareció que era conveniente algo así como la explanación de un terreno común donde muchas cosas pudieran confluir para dialogar con intención nueva sobre los problemas viejos y nuevos. Y nos pareció que la novedad del instrumento podía ser un estímulo.

No es seguro, sin embargo, que nos hayamos librado nosotros mismos —en tan breve período de existencia— de la fatalidad del encasillamiento o —como con malicia se nos sugiere— del «etiquetado». El tono banderizo de nuestra vida aún hace difícil que incluso el intento de lo amplio y comunal pueda librarse de quedar definido —y reducido— como lo contrario de lo pequeño y particular. La presión de una malquerencia partidista acaba por hacer más o menos partidista al que la sufre. Y hasta el grupo de más comprensivas intenciones acaba por quedar reducido a la fatalidad de ser un grupo, mientras, por otra parte, una legión de circunstancias hace difícil la concurrencia libre a un auténtico y coloquial concurso de opiniones y matices.

Habremos de ser humildes antes de llegar a ser resignados, cosa esta última que, si bien se mira, está a muy pocos pasos del cinismo. Y humildemente persistiremos en la razón que nos impuso las incomodidades —en lo personal no compensables por ninguna segunda intención interesada— de salir a la calle cada semana a hablar sinceramente, hasta donde es posible, y a afrontar las tergiversaciones que se tercien.

Creíamos —se ha escrito ya en *Revista* más de una vez— que estaba agotada en España la etapa que pudiéramos llamar «de la resistencia», etapa dura, de concentración, con la vida nacional cercada de amenazas o tentativas de intromisión. En aquellas circunstancias plantear problemas, recabar incorporaciones, abrir diálogos sinceros, aprestarse a la crítica rigurosa y a la precisión de proyectos ambiciosos podían parecer cosas vedadas para un español prudente, aunque éste no fuera un español conformista.

Pero pasada esa etapa debía ser posible introducir vitalidad donde antes hubo monotonía y replantear los problemas de la realidad donde antes estuvo el sujetarlos a un cuadro de posibilidades disminuidas. Y, en fin, abrir la perspectiva del futuro donde antes estuvo el forzoso atenerse al presente. A esta posibilidad que enunciada así parece un tanto vaga acudían las personas más directamente responsables de la dirección de *Revista*, no con el ánimo de intentar ninguna suerte de milagrosa reencarnación, sino con el de hacer prevalecer el espíritu esencial de una voluntad integradora de todo lo español en una esperanza de vida española históricamente puntual; materialmente decorosa y justa, intelectualmente libre y veraz y espiritualmente elevada. La unidad de España en su porvenir; ésta era la esperanza que nos parecía digna de servicio. Unidad en la vida y, por lo tanto, en la comprensión y no simple unidad formal e impositiva. Y esto en todos los órdenes.

Pero todo esto, claro está, exigía precisiones, concreciones. Nunca está dicho todo de una vez. Para tantear el «cómo» de esa esperanza pretendían abrirse las páginas de *Revista* y a ella se invitaba a todos los puntos de vista que cupiesen en el área de la buena fe: en el área donde la coincidencia en lo real, sin trampas, es siempre posible.

Al cabo de un año hemos de constatar que el aireamiento de problemas concretos —salvo uno o dos muy vivos— no ha arrojado en estas páginas un balance importante.

Para tanto viaje y tanto empeño, nuestro vehículo es —lo sabemos todos— demasiado pequeño y mal provisto. Pero lo dicho no significa todavía la confesión de un desaliento. Por el contrario, si algo quiere decir, es la comunicación de una urgencia. En *Revista*, pero no sólo en *Revista* —mal empezaríamos a ser fieles a nuestras intenciones si recabásemos la representación en monopolio de ninguna actitud—, esa ocasión, esa posibilidad española definida por la remisión de un acoso que no era

el de la propia conciencia, al que ahora debería llegar el turno, debe ser aprovechada, cultivada, perseguida con empeño. Truncar esa oportunidad para que los problemas salgan a la luz y para que el porvenir se alumbre y defina sin los riesgos de una nueva revisión trágica sería, para quien lo hiciese, grave responsabilidad. Un peso inerte que lo tenga todo detenido, suspenso, remitido, o un movimiento abierto, claro, capaz de atraerlo todo hacia sí, son las dos cosas que en esta hora de posibilidades considerablemente abiertas pueden elegirse para la vida española. Nosotros —*Revista*— hemos nacido para servir de modesto estímulo, acicate o instrumento a la segunda posibilidad: que es la de la vida.

Mientras pueda mínimamente servir su intención, *Revista* será —más pobre o más rica, que ello depende de todos los que quisieran pero no quieren— elevando su modesta pero sincera voz: por una España con Justicia e Inteligencia, completa y común.

[17 de abril de 1953. Tachado por la Censura, según la reproducción de *Casi unas memorias*, págs. 329-330]

CONFERENCIA EN EL ATENEO DE BARCELONA [1955]

¿Por qué ocupo esta tribuna, por qué acepto, honrado, esta función de pionero que me asigna la Hermandad de Combatientes de la División Azul al inaugurar su ciclo de conferencias?

Tres razones explican mi presencia:

Primera, porque me siento solidario con mis compañeros de armas, con los que ayer quisieron convivir, con un sentido español, con la tragedia europea. Lo importante es el hecho mismo de esta tragedia. Y en este sentido, en que ir a la División Azul era ante todo aceptar la trágica condición de europeos, mi solidaridad de hoy es tan absoluta como la de ayer.

Segunda, porque el tema me parece interesante y peligroso: la sensible inhibición que de los problemas de la vida social y de convivencia sufren los hombres de España.

Tercera, porque vengo a ocupar una tribuna libre. Hace ya bastante tiempo me he hecho el propósito de no aceptar en modo alguno actitudes convencionales. Sólo merece la pena tomar la palabra para decir la verdad. Aquellos que creen poseerla quieren imponernos su capricho. Fuera de unas pocas verdades, todas las demás, su exposición constituye una empresa humana que no puede negarse a ningún hombre.

El tema es espinoso, pues venimos a ocuparnos del envilecimiento de la vida civil. En el fondo, nuestra época peca de querer invadir con la política todos los ámbitos de la vida humana. Sería saludable que no existiese la politización. Pero no es saludable que la indiferencia se produzca en épocas de crisis. Se plantea entonces, cuando esto ocurre, un problema de deserción. El hombre que no siente la llamada a la participación en los problemas comunes es un desertor. Y el compromiso con una ideología única supone una forma de deserción. Hay que poder elegir el modo de participar. Porque detrás de cada situación hay siempre una historia.

Nos interesa analizar la situación real. Conocer, en primer término, qué mundo es el que nos acoge. La propia vivencia histórica de los españoles determina los caracteres de la situación actual; pero ¿cuál es su salida?

El nuestro es un mundo crítico. Ese cambio de edad viene determinado por una tensión que podemos definir como la bipolaridad de nuestro mundo contemporáneo: dos pueblos, los Estados Unidos y la URSS, y dos ideologías. Su particularidad reside en que ambos son atractivos y repulsivos. Ambos sugieren algo que el mundo intermedio echa de menos. La primera realidad de Europa es un cierto cansancio en la libertad de decisión. Este cansancio, momentáneo, produce dicha bipolaridad. De no ser así, ambas actitudes carecerían de atractivo como inspiraciones de Europa.

●

El problema reside en la tensión entre la libertad y la seguridad.

Europa se resiente. Hay que crear su propia solución original. No todos sus pueblos ofrecen las mismas posibilidades, porque no todos poseen el mismo volumen de masa infrahistórica. La solución no es tan fácil en Europa como en los Estados Unidos.

En Rusia hay un mando y un público sometido. Existe un religamiento a la minoría que detenta el poder.

Esa bipolaridad provoca la crisis de Europa. Desde la Revolución Francesa la gran mayoría de la burguesía tiende a engrosar la clase histórica dirigente. Empieza a historificarse una parte del proletariado industrial. La suya es la busca de la seguridad frente a la libertad. La máxima tensión se produce en los años veinte, en que estaban de moda las cuestiones rusas y yanquis. Europa se deja atraer por estas soluciones extremas que le son extrañas, es arrastrada por el fenómeno activo de su entusiasmo por la vida americana y por la vida rusa.

Surge entonces la tentativa europea para arbitrar una tercera solución original. Pero señalemos, de paso, lo temerario que resulta siempre entregar el poder a quien no responde ante nadie. Quien ha inventado, en realidad, el Partido único y el Estado totalitario es Lenin. Caemos en la idolatría de la propia formalización.

En Europa esa bipolarización tiene hoy un sentido de fatalidad. Esa desilusión patente sitúa a la juventud en el conformismo, produce la abdicación de la personalidad, el alimento de la tiranía.

Europa está haciendo un esfuerzo colosal por su propia independencia, procurando la reestructura de la vida social, antepuesta a la histeria de formar un gran ejército. Para los Estados Unidos la lucha con el comunismo es una aventura económica; para Europa, una aventura decisiva. Hoy asistimos a la crisis del voluntarismo, estamos a punto de ver nacer un gran ideal. ¿En qué medida nos afecta el problema? La primera contestación a esta pregunta es oficial y retórica: nosotros poseemos la solución. La segunda responde que estamos en bloque frente al comunismo. Sólo tenemos una solución de urgencia, de ir tirando. Los hombres de la inteligencia se sienten humillados; los de la riqueza, dispensados de cualquier obligación; la mayoría, prestos a la inacción pública y digestiva.

Vivimos un poco en la utopía, desplazados del mundo. España nos duele, sufre hoy con extrema intensidad el fenómeno del envilecimiento. Los españoles estamos en lo que se celebra. España, inclinada hacia la solución de la seguridad, se excluye de la solución de la libertad.

El siglo XIX —Napoleón— convence al pueblo de que es dueño de sí. Desde entonces corre a engancharse en cualquier banderín que se alce, vive sin conciencia his-

tórica verdadera, no se afana en una movilización moral. El movimiento catalanista es un acto de reflexión en busca de la propia originalidad. La Restauración de Cánovas es el único hecho decente y positivo que acaece desde 1808. Pero no deja de ser un hecho artificioso, hasta ser minado por la aparición de las masas proletarias. España carece de imaginación histórica para tratar de ensayar una dialéctica.

La tutela de la Dictadura del general Primo de Rivera, por el hecho de mantener solamente una artificiosidad de orden público, es estéril y fracasa, ante el embate de las fuerzas burguesas y proletarias.

Resulta muy fácil decir que la República fue la conjura de los representantes de la anti-España. Todo eso son monsergas. Premeditar su destrucción fue inhumano. El pueblo español dijo que sí, rotundamente, el 14 de abril. Las derechas le declararon la guerra desde el primer momento. Las izquierdas también.

El Alzamiento es la confirmación del fracaso de una libre convivencia. El pueblo español ha fracasado por un déficit de imaginación. Hay una pereza mental que impide dar como reales las cosas que lo son. Para aceptar el Estado ha habido que sustituirlo por una persona. El español lo espera todo de un milagro, lo que unido a su poca imaginación y a su falta de libertad interior nos da su incapacidad para la vida de convivencia.

Nadie puede hacer por nosotros una cosa que sólo a nosotros nos compete: salir de este atolladero. Si no elegimos el modo de salir de esta situación, podemos augurar dos cosas: una tutela indefinida o una catástrofe inevitable.

(Por la transcripción: Rafael Borràs.)

[Resumen de la conferencia pronunciada por Dionisio Ridruejo en el Ateneo de Barcelona el día 12 de abril de 1955, dentro del ciclo organizado por la Hermandad de Combatientes de la División Azul, reproducido de *Casi unas memorias*, págs. 332-334]

LOS ROMANCES DE UN *ALBOROTADOR*

NOTA INFORMATIVA [1956]

ASUNTO: EL HOMENAJE A DON PEDRO MOURLANE MICHELENA, EN LA BALLENA ALEGRE

En relación con el asunto epigrafiado, y del que publica la prensa en el día de hoy la correspondiente referencia, debe hacerse constar, como complemento a dichas noticias, que don Dionisio Ridruejo, último de los disertantes, después de elogiar la personalidad del difunto, pasó hábilmente a hacer una referencia de los diferentes gobiernos que ha conocido desde la implantación de la República, refiriéndose también a la organización y ambiente interno de los distintos partidos políticos, en el sentido de que siempre y en todos ellos se procuraba dar mayor preponderancia «a la petulante vulgaridad frente a la serenidad intelectual».

Se mostró partidario de la República expuesta y defendida por Platón, recalcando que en los momentos actuales «la sinceridad intelectual se halla absorbida por el funcionarismo», y que «detrás de cada poder se encuentra la fuerza, y detrás —si hay un poquito de suerte— la Justicia».

Madrid, 3 de febrero de 1956.

[Roberto Mesa (ed.), *Jaraneros y alborotadores*, pág. 75]

[1956] NOTA INFORMATIVA

ASUNTO: LA REUNIÓN DE LOS AMIGOS DE LOS JARDINES Y PARQUES, EN HOMENAJE AL SEÑOR MOURLANE MICHELENA

Como ampliación a nota número 921, de 3 del actual, sobre el asunto epigrafiado y, más concretamente, respecto de las palabras pronunciadas en tal acto por don Dionisio Ridruejo, cabe señalar, en primer término, que la citada reunión fue, sin duda, motivada por el despecho de los enemigos del fallecido señor Mourlane Michelena, conforme se desprende de algunos detalles y que una apreciación *del fondo* puede captar.

En su disertación, don Dionisio Ridruejo estimó que el gobierno o dirección de una nación debe ser llevado puramente por intelectuales, hablando en términos de fina ironía contra el funcionarismo, al que no concede la más mínima aptitud para cumplir su cometido como mandatario de la nación, esto es, del pueblo, sino que el funcionario se erige en tirano y autodidacto, en perjuicio de quien acude a él en uso legal de sus derechos, criterio este que el orador amplió hasta los primeros cargos de un Estado.

Siguiendo su razonamiento, aludió a las libertades de los pueblos y afirmó que, a través de sus andanzas por las más antagónicas organizaciones de España, no encontró un solo hombre de talla intelectual suficiente para ser rector de una comunidad nacional, pues, si esto sucede alguna vez, usan y abusan del mando en provecho propio.

Afirmó después que él había asistido a las reuniones de La Ballena Alegre con José Antonio Primo de Rivera y expone su juicio sobre el Fundador de una manera muy hábil, recordando el que le merecía a don Pedro Mourlane Michelena, o sea, el de que se trataba de «un déspota intelectual».

Aseveró, asimismo, que Mourlane murió entre una total indiferencia, incluso la suya propia, y recomendó que los amigos y discípulos se reunieran en lo sucesivo con más frecuencia para perpetuar la memoria del fallecido.

En primer lugar había hablado don Víctor D'Ors, presidente de la Sociedad organizadora del acto, limitándose a citar algunas anécdotas de don Pedro Mourlane y a proponer que a la Isla de los Faisanes se la denomine «Jardines de Pedro Mourlane».

El otro orador, don Tomás Gistau, leyó un artículo suyo publicado en *Arriba* después de la Guerra de Liberación, exaltando la figura del muerto y haciendo una breve biografía.

La impresión de los informantes es que los reunidos constituyen un grupo de personas ofendidas porque el actual Régimen no ha repartido entre ellos cargos ni prebendas.

Madrid, 5 de febrero de 1956.

[*Ibidem*, págs. 75-76]

ACTA-DECLARACIÓN DE DIONISIO RIDRUEJO JIMÉNEZ [1956]

En Madrid y en las oficinas de la Brigada Central de Investigación Social, a las trece horas del día 9 de febrero de 1956, ante el inspector jefe afecto a la misma, don Carlos Martín de Ellacuriaga, y el inspector don Carlos Palacios Miguel, que actúa como secretario para la práctica de estas diligencias, comparece previamente citado el expresado al margen, de cuarenta y tres años, escritor, hijo de Dionisio y Segunda, casado, natural de Burgo de Osma (Soria), con domicilio en Madrid, calle de Ibiza, número 33, 1.º derecha, quien, a preguntas del señor instructor para que manifieste cuáles son sus conexiones con el ambiente universitario, de cuándo datan y, concretamente, cuál ha sido su intervención en los acontecimientos que precedieron al actual estado de inquietud estudiantil, manifiesta: Que siempre ha estado más o menos ligado al campo universitario, pero que puede concretarse que surgió una mayor aproximación al mismo cuando el compareciente regresó de Roma en el año 1951, después de haber desempeñado en aquella capital su función de corresponsal de la prensa del Movimiento.

Que la evolución de los acontecimientos internacionales y el perfil de consolidación de la seguridad española en el mismo ambiente, como consecuencia del derrumbamiento del influjo de las organizaciones exiliadas en la opinión nacional, con-

sideró que entraba de lleno en una etapa en que la política nacional debía entrar en unos cauces que podemos denominar de liberación y apertura de tendencias con vistas al porvenir, siempre bajo un control que vedara el acceso a la vida pública de extremismos anteriormente experimentados.

Que con este pensamiento, aprovechó la coyuntura que se le presentaba por los requerimientos que se le hacían al pronunciar conferencias en diversos medios, entre los que figuraban varias instituciones estudiantiles, como colegios mayores y aulas de cultura del SEU.

Con ocasión de estas conferencias se sucedían con frecuencia cambios de impresiones entre el que habla y su auditorio, compuesto por elementos universitarios, y de ellos surgió un sentimiento de confianza recíproca entre uno y otros.

A ello sin duda ha sido debido el que, al sentir los estudiantes la necesidad de iniciar los pasos conducentes a que las autoridades conocieran sus inquietudes, fuera el compareciente requerido, o mejor dicho, convocado a un cambio de impresiones en el círculo estudiantil llamado Tiempo Nuevo.

Que esta convocatoria le fue hecha por un grupo de estudiantes en el que figuraban Enrique Múgica, Javier Pradera, Sánchez Mazas, quien, aunque no es ya estudiante, mantiene una conexión con aquel campo y siente sus inquietudes, y tal vez algo más.

Que en esta reunión de Tiempo Nuevo fue presentado un bosquejo de texto para un manifiesto que pensaba editarse, sin que el que habla pueda precisar quién fuera el autor del mismo ni quién lo presentó, aunque respondiendo a una pregunta del instructor afirma que no fue en modo alguno Miguel Sánchez Mazas, toda vez que fue precisamente éste quien opuso reparos a su contenido, fundamentalmente en el sentido de que debiera generalizarse su contenido, y al propio tiempo hacer desaparecer del mismo toda alusión directa al SEU, por considerar que había que dejar el campo abierto, sin herir ninguna susceptibilidad, para que los integrantes de aquel organismo pudieran solidarizarse con los propósitos que encarnaba el documento.

Que por su parte se mostró de acuerdo con estas opiniones de Sánchez Mazas y explícitamente lo expuso, fundando su intervención en tres puntos primordiales, el primero ya mencionado de la eliminación del contenido del documento de toda alusión mortificante para la organización oficial estudiantil; segundo, la evitación de in-

cidentes en su difusión y campaña de recogida de firmas de apoyo, y tercero, que no apareciera el documento como expresión de una tendencia política definida, sino por el contrario, se contase con estudiantes de los que se supone representan las más diversas tendencias, para dar expresión de una unidad universitaria que es la que, al parecer, perseguía la presentación del documento.

Que en aquella reunión no quedó perfilado el texto definitivo del documento, y se designó un grupo entre los asistentes para que lo redactasen y discutieran los detalles del mismo, hecho que ocurrió con posterioridad y sin la presencia del deponente, habiéndose enterado de ello a través de un estudiante, ajeno por completo a la gestación y difusión del mismo. Que a partir de este momento, no ha vuelto a tener intervención en ninguno de los acontecimientos posteriores, ya que en una conversación sostenida con Múgica y dos con Sánchez Mazas, uno y otro se limitaron a informarle del curso pacífico de los acontecimientos que consideraban satisfactorios, y por haber podido captar un ambiente de satisfacción casi general, y que incluían la de bastantes miembros de la organización oficial de estudiantes, que incluso se había expresado en una octavilla circulada por la universidad.

Que desconoce las reuniones de que se le habla celebradas con posterioridad y que también ignora si ha intervenido en ellas Ruiz Gallardón y, de haberlo hecho, bajo qué aspecto. Que conoce a José María Ruiz Gallardón desde hace bastante tiempo, pero que en la última etapa no ha tenido ninguna conexión con el mismo.

Entrando en la exposición de la postura personal del compareciente en cuanto al Régimen, manifiesta que es sobradamente conocida, en especial por elevadas jerarquías del mismo, a quienes las ha patentizado en comunicaciones escritas y verbales. Que es cierto que algunas de sus intervenciones públicas han tenido carácter crítico sobre la situación social y política, y concretamente dos de ellas, una celebrada hace más de un año en el Ateneo de Barcelona a requerimientos de la Hermandad de Ex-Combatientes de la División Azul, y otra en el establecimiento madrileño titulado La Ballena Alegre, con motivo de una velada homenaje al escritor recientemente fallecido don Pedro Mourlane Michelena, y en la que no trató sino de aspectos relacionados con la vida intelectual, doliéndose de la falta de libertad para que puedan manifestarse los valores personales rectores de la sociedad, y del espíritu de nivelación que parece dominar hoy la vida social española, por lo que se refiere a los asuntos del espíritu.

Que aunque no conoce más que por referencias los acontecimientos que vienen sucediéndose en la universidad, considera que en modo alguno han sido promovidos por la aparición del documento, ni por la aspiración que el mismo refleja, sino que han sido consecuencia de una deliberada provocación realizada no precisamente por el organismo oficial estudiantil, a una gran parte del cual considera identificado con las aspiraciones plasmadas en el Manifiesto, sino a la organización política del Movimiento. Que no tiene más que decir, que lo dicho es la verdad, en la que se afirma y ratifica, y, una vez leída por sí esta su declaración, hallándola conforme a lo por él manifestado, la firma, en prueba de conformidad con el señor instructor y conmigo el secretario, de que certifico.

[*Ibidem*, págs. 184-186]

[1956] ROMANCE DE LOS ESTUDIANTES PRESOS

Encerrados en la cárcel
por propaganda ilegal
—eso es lo que dice el juez,
juez de Juzgado especial—
siete estudiantes gemían
lágrimas del lagrimal
consultando día y noche
el Derecho Procesal.
¡Cuántos años de prisión
por tus versos, oh Julián!
Mal haya la inspiración
que me causó tanto mal;
mal haya, mal haya sea
la Cultura General.

Esto le pasa a mi hijo
por no ser un animal,
clamaba un digno abogado
padre del niño Abellán.

(Coro de las madres.)

¡Ay, hijo de mis entrañas!
Te acusan de liberal
y de otras cosas peores
que es preferible callar.
A ti, a quien no te dejaba
tu padre ni trasnochar
y una peseta te daba
como cuota semanal.
Cárcel de Carabanchel,
cárcel para encarcelar
a los que fueron amigos
o conocidos de un tal
López Campillo que ahora
feliz en París está
cantando la Marsellesa
en su idioma original.

Cárcel de Carabanchel,
nuestra nueva Facultad,
donde cursamos estudios
que no han de perjudicar
ni a España, la Patria nuestra,
ni a su Caudillo Inmortal.

(Coro de estudiantes libres.)

Compañeros, compañeros,
¿quién os mandó protestar?
Teníais libros profundos
y Ciencia para estudiar,
teníais un Sindicato
si os queríais sindicar,
Sindicato, cato cato,
Sindicato Nacional
de estudiantes sindicados
por su propia voluntad.
¡Ay, compañero mío!
alumno de Facultad,
déjate de garambainas,
prepárate a opositar.

(Declaración ante la Policía.)

Ministros de la Justicia
nos fueron a consultar
por la tarde a dos o tres,
por la noche a los demás,
y en sótanos, mientras tanto,
bajo la Puerta Solar,
nos tuvieron cinco días
sin poder comunicar.
En Madrid, a veintitantos,
en la Brigada Social,
el que firma más abajo
ante Nos va a declarar
que estudiaba lenguas vivas
y la Ciencia Teologal,
Numismática y Alquimia

y Física Nuclear,
Astronáutica e incluso
Ética Trascendental;
que se acostaba a las ocho
por la Radio Nacional
y que escribía poemas
de la angustia existencial.
Que estando matriculado
en la misma Facultad
que Julián y que Pacheco,
que Fernando y Abellán,
recibió cartas de fuera
en tono confidencial
timbradas con veinte francos
¡mal haya el corresponsal!
¡Mal haya la mi fortuna
y el Preboste Sindical!,
que la carta era inocente
y así lo puedo jurar,
mas los hombres que la tienen
la quieren desorbitar.
Cartero que traes carta
no me vengas a buscar,
tráeme tarjetas postales
del África Ecuatorial,
de Colombia o de Guayana,
de Nigeria o Senegal,
pero jamás de la Francia
porque pueden sospechar.

(Coro de abogados.)

Hemos visto los sumarios
que queremos reformar
aunque nunca se reforman
según costumbre ancestral.
Hay una bella leyenda,
perdida en la antigüedad
que nos cuenta que una vez
hubo reforma verbal.
Mas dejemos la leyenda,
volvamos a lo real.
Lo real es que estáis presos
por propaganda ilegal,
artículo cuatrocientos
dos del Código Penal,
prisión menor sin fianza,
el hecho es fenomenal,
dime todo lo que sepas
que te la vas a cargar.

Yo no sé nada de nada,
se lo puedo asegurar.
Nuestras vidas son los ríos
que van a dar al penal.
Allí van los estudiantes,
allí los poetas van,
allí la Lógica tiene
su morada señorial,
allí la Jurisprudencia
encuentra también su hogar
y en llegando todos son
reclusos y nada más.
Pintores tiene la cárcel,

pintores para pintar,
hombres detrás de las rejas
de la Cárcel Provincial.
De lo que pasó en la calle
cuando estaba en libertad
muchas horas han pasado,
vaya usted a preguntar
a Darío o a Cambises
y a la Grande y General
Historia de las Españas
que nunca se lo dirán.
Allí pasó lo de siempre,
hubo una gran mortandad
en las huestes de estudiantes
y nada de lo demás.
Falsas voces fementidas
que nunca dicen verdad
llevaron aqueste asunto
al plano internacional.

(Entra el juez.)

Ya está aquí su señoría,
ya llegó para acusar.
Detrás viene el secretario
y más atrás el fiscal
y otros mil que añadirán.
¿Se ratifica en lo dicho
a la Brigada Social?
Con sueño de una semana,
saliendo sólo a orinar,
¿qué piensa su señoría

que podía declarar?
Primero fui anarquista,
anarquista sindical,
más tarde fui orteguiano
y lo fui para mi mal,
y acabé siendo estudiante
en la Cárcel Provincial.

(Coro de reclusos.)

A la hora del recuento
nos vinieron a contar.
A Fernando y a Maestro,
a Pacheco y a Julián,
a Tamames y Elorriaga,
a Ridruejo y a Abellán,
Gallardón y Sánchez Mazas,
toda la horda liberal
compañeros de viaje
del José Luis Abellán.
A las nueve y media en punto
nos recontó el oficial,
oficial de verde capa
y tablilla puntual.
Terminado ya el recuento,
«¡a casa!», se oyó gritar,
y un horizonte de rejas
nos permitieron mirar.

(Entra Gabriel Elorriaga.)

Voces de presos sonaron
en las celdas del penal:
—Ay, Gabrielillo Elorriaga
Gabrielillo y qué juncal,
por congregarte con otros
viniéronte a condenar.
Ay, Gabrielillo Elorriaga,
que te ibas a casar,
y en vez de fundar tu casa
te metiste a conspirar.

(Gabrielillo baja la cabeza, pesaroso.)

(Sale Miguel con un sextante.)

—Miguel, Miguelillo Sánchez,
¿quién te quiso aprisionar?
¿Quién le puso las cadenas
a tu cálculo integral?
Director de *Teoría*,
Revista bimensual,
desde Heráclito y Pitágoras
hasta Russell, don Bertrand,
toda la grey matemática
la ibas a superar,
y a tu redonda esperanza
la han venido a sepultar
en una cuadrada celda:
resolviste la llamada
cuadratura circular.

(A Miguelillo se le cae
el sextante de la mano.)

(Entra Dionisio Ridruejo
de la mano de su musa.)

Dionisíaco, don Dionisio
del Parnaso Nacional
director de una emisora
que era Intercontinental.
Ya te rompieron las ondas
de tu emisión semanal,
ya tu musa se ha partido
como vaso de cristal.
¿Quién te metió con tus años
en este berenjenal?
Corazón de joven siempre
lo quieren avejentar.

(Sale Dionisio con traje de marinero,
conspirando con otros niños.
La musa ahora es la niñera.)

(Entra José María
con cuarenta y cinco volúmenes de Derecho
Procesal.)

—José María, tan joven
profesor de Facultad,
del Mester de Abogacía,
¿por qué prestaste tu hogar
a reunión clandestina

que nadie puede probar?
Mas los jueces del Juzgado
te lo quieren imputar,
te quieren hacer la «cusqui»
por «indicio racional».
Sumados son los Sumarios
y dan la cuenta cabal
que sólo asistieron doce,
no fue reunión ilegal.

(Desaparece entre una montaña de autos,
diligencias y otros vehículos judiciales.)

(Entra Ramón Tamames, pintando un hombre
con la nariz doblada.)

Ramón Tamames, Tamames
hijo y nieto de doctor,
te acabas de licenciar
en Mester de Abogacía
mas con tan mala fortuna
que te cogió la Social.
¿Quién te iba a decir a ti,
alumno del Instituto
Hispánico y Cultural,
que el Doctorado lo harías
en la Prisión Provincial?

(Ramón Tamames se queda pintando
narices dobladas por tiempo indefinido.)

—Ay Julio Diamante Stihl,
semejante a Moby Dick
(pero en negro), qué fatal
tus ritmos afrocubanos,
tu canto espiritual
y tu dirección escénica
de la obra procesal
de Franz Kafka, autor austríaco
con algo de existencial.
Te gustaba mucho el cine
y ahora lo vas a pagar:
menudo «travelling»
éste del Instituto al Penal.

(Julio Diamante, seguido por la cámara,
patinando por la séptima galería.)

(Entra José Luis Abellán,
rascándose la cabeza.)

—Se llama José K.
por otro nombre Abellán
y a viva torta llegó
a Dirección General.
Ya le dan por la derecha,
por la izquierda ya le dan,
por todas partes le pegan
a José Luis Abellán
y él en medio de todos
sin saber nada de na.
Las gafas como palomas
se le echaron a volar.

Mas él al cabo de un día,
rival del mismo don Juan,
en la cárcel halló hembra
con quien poder fornicar.
Y lleva ya veinte días
en la cárcel y aún está,
lo mismo que cuando vino,
sin saber nada de na.

(José K. Abellán continúa
rascándose la cabeza.)

(Entra Jaime Maestro sin afeitar,
recitando a Berceo.)

—Ay Jaime, Jaime Maestro
señor del astro y del estro,
abogado has de nombrar
que te acusan de delito
por tu correo postal.
Carta de Francia tuviste
y aquí comenzó tu mal,
para que pienses mejor
a quién le das tu amistad.
«Que no me toquen los timbres»
acostumbras a gritar
y nos los están tocando
sin poderlo remediar.

(Suena un timbre. Jaime Maestro
muere entre horribles estertores.)

(Entra Julián Marcos,
mordiéndose las guías del bigote.)

Cuando un hombre como Marcos
sea puesto en libertad
dará un suspiro de alivio
toda la ciencia penal.
Palomas serán los montes
y empezarán a volar,
se abrirán todas las cárceles
y los presos cantarán,
cuando un hombre como Marcos
sea puesto en libertad.

(Sale Julián Marcos, arrastrando grilletes.)

(Entra Fernando montado en una moto
de juguete con un pájaro en el hombro.)

Fernando Sánchez Dragó,
quién te ha visto y quién te vio.
Moreno de luz lunar,
niño aún de pelargón,
redactor de *Aldebarán*,
con luz de leche en sus ojos
empezó a filosofar.
Más le valiera ir al cine
y al fútbol con su mamá
que no leer libros malos
en tan tierna pubertad.
Un auto en la cárcel tuvo
y para mejor jugar

una moto se compró
aunque no con sidecar.
Niño Sánchez, niño Sánchez,
no te pongas a llorar
que pronto los jueces
magos otro «auto» te traerán.

(Sale Fernando cantando
«Que llueva, que llueva,
la Virgen de la Cueva».)

(Entra Jesús, con batín renacentista.)

Ay, Jesús López Pacheco
que te van a procesar
por tener fotografías
en tu cuarto y sospechar
la Policía que eran
retratos del Rey don Juan.
Pues el delito mayor
que te quieren achacar
es haber ganado accésit
por tu arte de rimar.
Estuviste en «celdas bajas»
lo mismo que los demás
y ahora entre cuatro muros,
¿en qué te vas a inspirar?

(Sale Jesús haciendo ejercicios
respiratorios para inspirarse.)

[*Memorias de una imaginación*, págs. 117-128]

INFORME A FALANGE SOBRE FEBRERO DE 1956

DECLARACIÓN PERSONAL E INFORME POLÉMICO SOBRE LOS SUCESOS UNIVERSITARIOS DE MADRID EN FEBRERO DE 1956 [1956]

(DIRIGIDO A LOS MIEMBROS DE LA JUNTA POLÍTICA DE FET Y DE LAS JONS ENCARGADOS DE DICTAMINAR SOBRE AQUELLOS SUCESOS)

Empiezo por declarar que este informe ni tiene intención propiamente polémica ni está destinado a la publicación. Es precisamente un informe y como tal está destinado a quienes al parecer deben juzgar en el orden político sobre los acontecimientos de que en él se trata.

Sobre dos cosas versará mi información principalmente: una de ellas comprende mi conducta y mis ideas políticas. No deseo ser inventado. No persigo ninguna benevolencia pero sí una recta y leal comprensión. Es posible que esta primera parte de mi escrito resulte prolija y desmesurada, puesto que no tengo razón alguna para creer que ni mis ideas ni mi conducta tengan importancia para nadie. Pero he sido ya juzgado de un modo público y ese juicio no me satisface: tengo derecho a apelar y apelo, no —lo repito— para dar de mí una imagen menos aviesa e inconveniente sino simplemente más veraz.

La otra cosa comprenderá los sucesos del pasado mes de febrero, magnificados por la prensa y desvirtuados por ella en su verdadera significación y sobre cuya génesis y carácter parece interesante establecer algunas precisiones, así como sobre sus consecuencias, tanto en orden a la represión policial en curso como a la situación política creada. Agotado este punto y con él el informe, habrá que volver a la cuestión originaria, al discurso crítico que algunos habíamos emprendido frente a diversos problemas nacionales y que, no ya los sucesos, sino la reacción oficial frente a ellos, ha truncado, al parecer deliberadamente, mediante la introducción de una cortina de humo ligeramente terrorífica.

Comenzaré diciendo que no casa con mi idea de lo que debe ser la vida civilizada el lamentable espectáculo dado por el poder público a mi costa y a costa de otros inculpados y consistente en ponerme, por una parte, en manos de un juez, y por añadidura en prisión gubernativa, y anticipar, por otra parte, una sentencia sobre los hechos que han de juzgar los tribunales. Como no lo es tampoco la de definir públicamente nuestras ideas e intenciones cuando los así definidos no tenemos la menor opción a rectificar y poner a punto esa definición. Pero estas cuestiones pueden, en el clima en que vivimos, ser consideradas como un prurito excesivo de corrección y delicadeza. Vale más dejarlas aparte.

Cuestiones personales

Mi caso se ha presentado ante la opinión —que no es por otra parte más que receptora— de una manera sumamente vaga. Por una parte parece que soy un pseudointelectual desorientado e ingenuo que ha servido —por vanidad— de instrumento a la intriga de unos cuantos jóvenes sumamente astutos. Sobre poco más o menos una especie de idiota. Por otra parte aparezco en la lista de los corruptores intelectuales de la juventud, creador consciente o inconsciente de un clima de rebelión, disipación espiritual, desmoralización política y Dios sabe de cuántas cosas más. Una y otra versión no se concilian si no es acudiendo a una tercera más ajustada a la verdad. Y la verdad es que mis juicios sobre la situación presente e inmediatamente pasada de España, mi visión de los problemas nacionales, mis ideales morales para la política española —expuestos muchas veces ante los jóvenes pública y privadamente— han inspirado en muchos de ellos un movimiento de confianza, ya que no de adhesión —pues yo no he ido nunca en busca de clientela—, suficiente para que me hicieran, a su vez, partícipe de sus inquietudes, dudas e ilusiones; mientras que mi comprensión de esos problemas suyos, mi adivinación de su buena fe y de su limpieza de corazón, me han hecho ocuparme de ellos con la mejor esperanza y ayudarles en sus tentativas que pueden resumirse en una: la de su presentación renovadora en la vida civil española.

De quiénes y de cómo son estos jóvenes, a quienes he acompañado y Dios mediante seguiré acompañando en el viaje, ya hablaré luego. Deberé anticipar que ese

viaje no conduce, por lo que yo sé, a ninguna conjura misteriosa, sino a la toma de conciencia ante los problemas de España por parte de una nueva generación que parece no estar peor dispuesta para ello de lo que, en su día, estuvo la nuestra, aunque, como la nuestra, esté expuesta al secuestro en mitad del camino, y que —sea cual fuere la fluida confusión momentánea de sus ideas— me parece muy bien dotada de sensibilidad para las cosas de la justicia y de ambición para la vida de la Patria.

Comprendo que es penoso y amargo que, una vez más, «la juventud más joven» sea nuestra principal esperanza. Ello viene pasando reiteradamente en nuestro país y da testimonio no sólo de nuestro temperamento adámico y discontinuo sino de la mala salud general de nuestra sociedad. Pero es así, y en todo caso —es un tópico repetirlo— la juventud es el porvenir, esa cosa que tan angustiosamente aparece hoy ante los españoles. ¿Y cómo se le va a pedir a nadie que se desentienda de eso para no restar fuerza a la seguridad artificial y apuntalada de que disfrutamos en el presente? Una seguridad tan exterior, tan poco entrañada en la justicia, que se tambalea al menor soplo, sin otro recurso que el de la fuerza material y directa. La propaganda alarmista que se ha prodigado en estos días, sólo una cosa parece haber puesto en claro: que esto no se sostiene en ningún fundamento verdadero, como puede ser la sólida estructura de la sociedad, la satisfacción pública o el alto grado de conciencia de los ciudadanos, sino en un armazón coactivo de mírame y no me toques al que cualquier crítica puede alterar y al que la más modesta de las frondas estudiantiles basta para poner en crisis. ¿Y es sólo esto lo que hay que defender, sin más, a toda costa y mientras dure?

Cuando se habla de peligro comunista, no se habla en vano, ya lo sé. Pero de tales cosas hay que hablar lealmente o callarse (y aquí empieza ya la exposición de las opiniones por las que deseo ser juzgado). El peligro del comunismo no está entre nosotros en forma de conjura. Pregúntese a la Brigada Social de la Policía española —que en esta ocasión no ha encontrado un comunista de bulto a mil kilómetros de distancia— y contestará. El Partido Comunista Español no tiene, al parecer, en España una organización importante, y sus pretendidas infiltraciones en el mundo juvenil son una posibilidad indemostrada por ahora. El problema no es, pues, tanto el de una acción como el de una predisposición. Preguntémonos con lealtad qué realidades son las que de verdad se oponen a la expansión del comunismo. ¿La mera

vigilancia policial? ¿Su mera exclusión como fuerza organizada? Que conteste Italia con el Partido Comunista más fuerte de Europa, brotado de repente después de veinte años de exclusión, de vigilancia y de propaganda doctrinal adversa. En Francia ese peligro ya es mucho menor. En Holanda o en Alemania Occidental es pobrísimo. En Suiza, en los países escandinavos o en Inglaterra, es casi nulo en absoluto. Y todo ello sin persecuciones espectaculares, salvo la fugaz operación americana de los últimos años. ¿Por qué sucede esto? Porque un país es tanto menos vulnerable a la acción comunista cuanto más ciertamente reúne estas tres condiciones: elevado nivel de cultura, o sea de espiritualidad consciente; buen nivel medio de vida, con su consecuencia natural del acortamiento de las diferencias de clase, y alto nivel de conciencia ciudadana, que es como decir hábito en el ejercicio de la responsabilidad por parte de la mayoría de los individuos como cogestores —por tenue que sea el grado de vinculación práctica a la tarea— en la empresa pública. A estas tres condiciones debe añadirse, como consecuencia moral de ellas mismas, un amor generalizado por la libertad y —si se quiere— un nivel de religiosidad auténtico y depurado. Con ello se tendrá el cuadro ideal para la defensa anticomunista.

¿Es éste el cuadro de la sociedad española? Quitando el nivel de religiosidad —objeto, por otra parte, de escandalosa inflación y muy cargado de fariseísmo—, todas las otras realidades son deficitarias. Con un grado de libertad interior y de educación ridículo, con una desigualdad social pavorosa y que da niveles mínimos de vida deplorables, y con un embotamiento de la conciencia ciudadana casi total —porque el español ha tenido siempre en grado mínimo esa virtud y porque el régimen persistente y reiterado de tutela o sustitución no le ha permitido ni exigido adquirirla o aumentarla, si no es de tarde en tarde y en tal caso para darla en administración a los demagogos—, España es, en efecto, un buen caldo de cultivo para el llamado virus comunista, como lo fue la Rusia medievalizada de 1917 y parte de la Europa devastada por la guerra en el mismo tiempo. Al comunismo no se le combate en serio con brillantes operaciones policíacas —y mucho menos si éstas van dirigidas cínicamente sobre comunistas que, como máximo, no pasarían de catecúmenos— que lo único que consiguen es atemorizar y crispar al país, sino reflexionando seriamente sobre aquellas tres realidades neurálgicas que hemos señalado:

1.º El grado de libertad espiritual. Porque nadie puede en nuestro tiempo adquirir fidelidad alguna a lo que hereda o a lo que recibe coactivamente sino sólo a lo que libremente elige, aun si se trata de la fe religiosa.

2.º El grado de igualdad social. Porque nadie defenderá la estructura de un orden social en cuyas ventajas no participa y en el que juega el papel pasivo y sobrecargado de víctima de la holgura ajena.

3.º El grado de conciencia, de educación y de efectiva participación y responsabilidad ciudadana, que es lo que liga al hombre a su comunidad y a su Estado con vínculos de fidelidad. Porque quien no opina sobre los asuntos públicos, ni participa en ellos, ni es llamado a capítulo para nada, ¿cómo va a interesarse por el Estado, que se convierte así en un mero instrumento de exacciones y de coacciones, esto es, en un enemigo?

Ya comprendo que una política que preste atención a esos tres asuntos será en la práctica —a mí las teorías no me importan demasiado— una democracia. Pues bien, no negaré que he llegado también a esta conclusión y la acepto honradamente.

Sobre mi actitud frente al comunismo no creo necesario dar explicaciones. En el orden teórico todas mis convicciones radicales siguen condenándolo: soy cristiano sin supersticiones complementarias. Creo aún que las naciones instan al hombre con deberes más inmediatamente exigibles que los de la clase social, siempre, claro es, que la nación sea una comunidad verdadera y no el negocio de un millar de familias. Creo en la cultura como obra de la libertad humana, capaz de perfeccionar al mundo, y, naturalmente, no puedo admitir que los valores económicos sean los únicos motores de la historia, aunque aprecio su enorme importancia. Pero acaso en otro tiempo, cuando vivía más de nociones prestadas que de reflexiones propias y más de hipótesis ideales que de experiencias, me limitaba a pensar que la perversión específica del comunismo estaba en sus ideas inspiradoras, en su filosofía, y no en sus métodos prácticos, esto es, en su moralidad. Eran las épocas de la fe en la mística y en la poesía de la acción revolucionaria por la que tantos europeos hemos pasado. Entonces no nos parecía repugnante la imitación de los métodos comunistas —con todas las salvedades necesarias— para lograr el triunfo de una filosofía que fuese su antídoto, su contrario ideal. Hoy pienso de otro modo, y si esto es veleidad, Dios me lo perdone. La experiencia me ha enseñado la verdad de la máxima evangélica: «Por sus frutos los

conoceréis». Por sus frutos, no por sus palabras. Por su conducta y sus métodos antes que por sus ideas. En la Filosofía, en la Ciencia, incluso en la Religión, hay una coherencia lógica que va de los principios ideales a los resultados aunque no siempre con seguridad. En la política es otra cosa. Entre los principios ideales y los resultados prácticos hay una serie de factores de modificación, tales como las posibilidades materiales, la índole, las pasiones y las capacidades de los hombres y ese imponderable, muchas veces de apariencia caprichosa, que es la circunstancia histórica. A veces de las ideas más discutibles se originan frutos excelentes de civilización, y de los más nobles ideales resultan verdaderas abominaciones; porque a veces las circunstancias y los hombres son mejores que las ideas en que se mueven, y a veces al revés. Hay, en consecuencia, que juzgar los resultados por de pronto. Es un hecho, para empezar, que los métodos comunistas son inmorales y opresivos y producen una cantidad enorme de infelicidad humana. ¿Procede esto de la maldad intrínseca de la ideología comunista? ¿O, principalmente, del hecho de que tal ideología, tal esquema apriorístico e ideal de una sociedad humana, haya pretendido imponerse por la fuerza, con desprecio absoluto de los datos de la realidad y de la condición humana, como dogma inapelable que ninguna consideración de hecho podía pretender relativizar? Hasta hoy —en que el clima parece ir a cambiar un tanto— todas las consideraciones de humanidad se han sacrificado ante la utopía como ante un ídolo: libertad, veracidad, honor, bienestar, vida humana. Pero con la curiosa circunstancia de que la utopía misma, en cuyo nombre se venía operando sobre la carne humana como si fuera arcilla insensible, se ha extraviado en el camino. Porque al final no era el Estado socialista ideal —es decir, la sociedad sin clases y sin Estado, integral y autónoma— lo que importaba, sino el instrumento con que tal finalidad debía perseguirse: la dictadura inapelable, el partido, único homogéneo y sin fisuras, el dogma oficial para cada cosa, el poder como hecho, etc. Hasta que la guerra descubrió también la gran Patria Rusa.

Esta doble perversidad de intentar reducir primero, brutal y quirúrgicamente, la realidad al ideal —como si un ideal pudiera ser un aparato ortopédico en vez de una propuesta a la libertad y un llamamiento a la perfección— y de sustituir luego el ideal por el instrumento o, dicho de otro modo, de sustituir el fin por el medio —que es propiamente la operación de la idolatría cruenta que exige víctimas constantes—, esa doble perversidad, repito, me ha hecho meditar sobre el riesgo —nada hipotético por

otra parte— de que cualquier política que intentase algo parecido al comunismo, aunque fuese bajo un signo filosóficamente contrario, acabaría por caer en las mismas perversidades y acarrear las mismas desdichas, sin abundar, por otra parte, en las justificaciones históricas del redentorismo social que aquél, indudablemente, ofrece. Cualquier tentativa de dogmatizar la política o de divinizar una técnica de gobierno me parece, en consecuencia, una monstruosidad.

Antes he escrito, con plena aceptación, la palabra «Democracia». Con lo dicho después bastará para comprender que no la he escrito con el temblor casi religioso con que la escribiría un ideólogo. El ideólogo —que no es el hombre de ideas o de ideales sino, para nuestro uso, el hombre, pobre acaso en aquéllos pero fanatizado en el empeño de imponer su esquema como medio absoluto de salvación— es un tipo muy poco de fiar y por el que no siento simpatía. Un amigo mío decía una vez que su experiencia de los ideólogos era la de que son hombres capaces de matar a su padre con sólo que su padre fuese esa pequeña arista por la que la funda de la ideología no cabe en el cuerpo de la realidad dada. Y añadiré que creo que cualquier ideología que exija el asesinato de un padre o de cualquier otro ser humano no es, en principio, una ideología recomendable. Sin perjuicio de considerar que el poco recomendable es, previa y sencillamente, el asesino. Escribo la palabra «Democracia» de una manera un tanto coléctica y penúltima, sin superstición alguna y con pena de no encontrar a mano otra menos equívoca, puesto que no hablo aquí de ningún proyecto formal, sino de una suma de valores, aunque éstos prejuzgan hasta cierto punto el tipo concreto de instituciones que deban expresarlos. Creo que con esa palabra se definen algunos contenidos imprescindibles de nuestra civilización, tal como históricamente la consideramos orientada, y no supongo que expresa su desiderátum. Esos valores, ya me he referido a los más principales, representan o suponen una mayor confianza en la razón humana que en la fuerza bruta; un mayor gusto por la libertad —en la que debe fundarse toda disciplina activa— que por la servidumbre pasiva y forzosa; más respeto por las cualidades y las funciones personales que por la situación heredada; una mayor confianza en el sentimiento general que en el capricho de unos pocos; porque, aunque siempre serán unos pocos los que deban conquistar el asentimiento general, la necesidad de seguir obteniéndolo será la mejor garantía de su moralidad y hasta, si Dios es bueno, de su mérito y eficacia. Yo no creo que la Democracia de que debe

hablarse sea tanto un principio o un sistema de ideas como una condición histórica y un conjunto de adquisiciones prácticas. Me parece que, respecto al momento de la civilización en que nos encontramos, viene a ser, en orden a la organización política, algo tan necesario como la utilización de las técnicas científicas lo es en el orden de la producción económica. Desde luego no se trata de una panacea. Gentes milagreras, improvisadoras e inconstantes como somos nosotros, tendremos siempre el peligro de tomarla como tal. Cuando lo que sucede precisamente es que la cosa menos interesante del mundo sería la proclamación del repertorio clásico de los «principios democráticos», muchos de los cuales son indudables vaguedades. Si se trata de contenidos, de método, de valores de civilización, de cosas prácticas en suma, quiere decirse que tales cosas no son cuestión de proclamación sino de conquista. Ni el nivel de cultura, ni el nivel económico, ni el nivel de moralidad y conciencia civil, que hemos considerado como ideales para que un orden confíe en sí mismo, viva justificado y esté, en consecuencia, defendido por su propio peso de las asechanzas revolucionarias de carácter utópico y esclavizador, son cosas que se dan de propina por la simple proclamación de unos principios. Por el contrario —y éste es nuestro drama— nos encontramos con que una Democracia no es defendible en sí misma si esas realidades satisfactorias no la asisten, mientras, por otra parte, esas realidades no pueden alcanzarse sin apelar en alguna medida a los valores que hemos llamado democráticos: un espíritu de libertad para la inteligencia, un espíritu de igualdad social y un ejercicio efectivo de la vida civil.

El problema sigue siendo, por lo tanto, el de qué clase y qué grado de Democracia sean posibles entre nosotros. Apoyarse en nuestra pobreza de libertad auténtica —es decir, responsable y leal en el interior mismo del hombre— para mantener el principio de la opinión única y obligatoria, apoyarse en la escasez de nuestro desarrollo económico para dejar intactas nuestras injustas estructuras sociales —si es que ni siquiera pueden merecer semejante nombre—, o apoyarse en la ineducación de nuestras masas para mantener en la condición de espectador pasivo de sus propios asuntos al país entero, es un sofisma gigantesco y, sobre todo, define un camino sin salida. Cómo puede ser una Democracia española —no desde luego la simple aplicación teórica de una Democracia ideal— es un problema sobre el cual el diálogo nacional debería estar abierto hace tiempo.

Porque —claro es— se trata de nuestra propia situación y no del país de Utopía. Y lo que caracteriza más gravemente a nuestra situación es lo de estar y ser un camino que no va a ninguna parte. Y esto sucede porque nuestros gobernantes se han empeñado en proclamar que no vamos a ninguna parte porque ya estamos donde debíamos estar. Pero eso no es cierto por la sencilla razón de que, en política, el estar es estar en camino hacia algo —planteamiento y previsión del porvenir—, pues hay un algo que ha de llegar siempre y se puede elegir entre ir conscientemente hacia ello o esperar dormidos —caminar dormidos— hasta que nos sorprenda.

Si yo hablo como de cosa establecida de alguna forma de Democracia, como si hablase de Monarquía, de totalitarismo —caso de nuestra situación—, de simple dictadura más o menos institucionalizada como régimen, ello no me excusa de seguir preguntándome adónde voy. Ninguna de esas cosas —las formas políticas— son metas, sino medios para ir a tales o cuales finalidades ideales y prácticas. Se trata, si acaso, de discutir cuál medio es más idóneo para una buena marcha, para ir realizando —esto es lo que he querido decir— las condiciones exigibles de una comunidad justa y estable que nunca lo será bastante, y por ello siempre habrá que seguir andando y experimentando lo mejor. Siempre habrá que ir pasando de una situación a otra situación, puesto que tanto los ideales perseguidos como los recursos posibles van siendo distintos. Siempre, en suma, habrá que liberar y dignificar a quienes queden a la zaga.

La salida normal y en continuidad de una situación a otra se llama reforma. La salida menos cómoda pero en ciertos casos indispensable y nada temible se llama cambio. La salida con ruptura de continuidad, como un salto brusco en lo previsible, se llama revolución. Se trata aquí de saber si de nuestra situación —que es deficiente y promete pocos perfeccionamientos tal y como ha sido fraguada— vamos a salir por una reforma, por un cambio o por una revolución Mucho temo que el hecho de que el Régimen se declare a sí mismo perfecto y suficiente y el hecho, más sintomático aún, de que trate siempre a los propugnadores de reformas o de cambios como aliados de lo más extremo, significa su voluntad de dejarnos en esa cruda alternativa que ya —según la leyenda— se le ocurrió proclamar a un rey francés, con el mayor éxito por otra parte: «Después de mí el diluvio».

Naturalmente, si canso a los destinatarios de este escrito con tan prolijas reflexiones no es por capricho ni por el deseo de hacer un manifiesto, sino porque sólo re-

produciendo con un cierto orden y por escrito las opiniones que he sostenido muchas veces, se tendrán elementos suficientes para juzgarlas. Que, al parecer, es de lo que se trata.

Públicamente he explicado cómo, a mi juicio, el Régimen se estanca en tres problemas que, para mí, son la clave de la convivencia nacional deseable. Sólo de mala fe puede negarse que la conciencia ciudadana de los españoles se atrofia día a día por falta de uso y que los modos de representación popular —no digamos los de opinión y crítica— son puras pamemas. Esta atrofia no sólo produce la grave atonía, disgregación y desentendimiento político que todos lamentamos y que nos tiene en el mayor desconocimiento sobre el humor y la orientación de nuestras masas, sino que convierte a éstas, de paso, en el mejor, más seguro y más dócil de los instrumentos de una futura y no imprevisible demagogia. Ah, pero despertar o tratar de despertar en ellas alguna forma de conciencia es un delito. Por otra parte tal atonía —junto con la cerrada imposibilidad de crítica— lleva consigo como es también visible otras muchas secuelas de desmoralización en el orden general de la vida: baja moralidad profesional, baja moral administrativa, apicaramiento, hipocresía y otras mil lacras con las que uno se tropieza a cada paso.

No todas las razones de nuestro segundo «déficit» son tan achacables al sistema como las del anterior. Nuestro bajo nivel medio de vida es, sin duda en buena parte, un resultado de nuestro escaso desarrollo económico, que hereda culpas antiguas. La desasistencia o la rivalidad exteriores han sido también factores importantes en la lentitud de ese desarrollo. Por otra parte no hay duda de que, en ese terreno, el Régimen puede presentar —no sin la tacha del despilfarro y el desorden— la realidad de algunos esfuerzos en orden a la colonización agrícola y a la creación industrial, a los cuales no he regateado nunca mi reconocimiento, así como tampoco a la obra muy considerable de seguridad social realizada por el Ministerio de Trabajo. Pero subsiste el hecho de los bajos niveles de vida y subsiste, junto a él, el espectáculo de los niveles de lujo más suntuarios de toda Europa. La reforma es tímida y respetuosa y los técnicos de la Economía sugieren que la presión fiscal es injusta y muy complaciente con los poderosos. En todo caso y en un tiempo en que el mundo del trabajo sigue sufriendo la sugestión liberadora —aunque luego no lo sea— de la revolución total, nuestra pobre política de remedios prudentísimos es como el paso de un tullido en

una carrera de campeones olímpicos. No hay duda de que nuestro Estado —sumamente autoritario en todas las zonas débiles o de poca resistencia— es un Estado muy poco fuerte frente a los poderes más efectivos de nuestra desarticulada sociedad. La corruptora supresión de la responsabilidad ciudadana, ¿quién la echa de menos mientras haya tolerancia para las pequeñas inmoralidades de cada día? Pero la disciplina enérgica de los medios de producción, de los poderes empresariales especuladores, de los intereses creados, es cosa más difícil. Nuestro Estado elude cotidianamente esa responsabilidad. Así la meta de un nivel de vida satisfactorio para todos —en la tierra, en la industria y en la propia administración— queda emplazada en el infinito.

Por lo que se refiere a la política cultural, el panorama es sobradamente conocido. El pandemónium ininteligible en que andamos metidos estos días no parece obedecer sino a esta consigna tácita: «Por la libertad intelectual entra la peste». La crispación del Régimen en este terreno ha sido manifiesta de algún tiempo a esta parte. El suponer que al ministro saliente de Educación le interesaban de verdad los problemas de la cultura, y trataba de librar en alguna medida a la vida intelectual del demonio de la «politización» o de aflojar un poco la presión dogmática de la *opinión única y oficial*, ha bastado para que cayese, después de sufrir las más rudas embestidas de tal y cual organización sectaria, de no pocas zonas de la jerarquía eclesiástica y, por último, de la mayoría de sus propios compañeros de gobierno. La presión de la Iglesia en sus sectores más duros —salvemos en ella los muchos casos de respiración saludable que nos confortan— equivale, en este capítulo de nuestras deficiencias, a la presión del dinero en el capítulo anterior. Pero aquí se une a la presión el extremo desprecio que por la vida cultural —es decir, por la función de la verdad desinteresada— tiene la mayor parte de la sociedad española. Los de abajo porque aparte de ser impotentes no pueden sentir —como es justo— interés por lo que no pueden disfrutar. Los de arriba —utilizadores inmediatistas e inconscientes de los frutos de la ciencia— porque creen que no da dinero ni poder. Si acaso algún inesperado mecenas salta al ruedo, parece hacerlo como guiñando un ojo a la sociedad de la que necesita estas o aquellas complacencias. Si una revista desaparece, si un libro no puede publicarse o leerse, si la enseñanza superior se hace negligente o cae en manos de este o aquel inepto, si la investigación gasta más en lo inútil que en lo necesario, si, en fin, ser intelectual o escritor es una credencial de sospechoso, ¿a quién le importa? Al Estado

parece que no. A los españoles en general temo que no demasiado, porque a todo se acostumbra uno y especialmente a que no quede nadie que pueda exigir de nosotros mismos algo más de idealidad y algo más de rigor.

Frente a este panorama —compensado sin duda por pequeñas cosas que no tengo que decir porque es lo único que tiene que decir la prensa diaria—, ¿qué cabe hacer?

Si no somos insensatos, ante todo, reflexionar. Si hemos reflexionado un poco, poner nuestro grano de arena en el remedio. ¿Es que no hay modo de ser un español activo y responsable si no es dentro del conformismo y la sumisión? Lo primero que se le ocurre a un español que no puede ser semejantes cosas, pero que no es un amante de las catástrofes, es aconsejar, implorar, exigir, las reformas que son indispensables. La rectificación que es urgente. Eso he venido haciendo —según los modos que mi reflexión y mi experiencia me iban aconsejando— desde 1942 (cuando me aparté voluntariamente de toda función pública y de todo compromiso de partido, pagando, sin resentimiento, por la sinceridad de mi gesto, cinco años de confinamiento forzoso). Especialmente entre 1951 y 1954 —con la pluma y con la palabra— he insistido en la petición de reformas. En cierto modo pedía demasiado: acaso invertir radicalmente los métodos de nuestra política. Estamos haciendo, decía yo, lo que más puede favorecer los vicios del hombre español. Se favorece con métodos inquisitoriales en lo negativo y de mendicidad y ramplonería en lo positivo la atrofia de la libertad interior —que vale como decir la capacidad de fe viva y de ente libre en nuestros conciudadanos—. Y por otra parte, se favorece, con la negligencia más anárquica en materia económica y en materia de deberes sociales, su frenética incapacidad de solidaridad y disciplina.

¿Que el Gobierno ha podido siempre y podría aún crear un régimen de libertad para la cultura, un régimen de fluidez para la opinión y la representación, un régimen de disciplina para la distribución económica, acometiendo a fondo y sin contemplaciones la gran reforma de nuestra sociedad? ¡Qué duda tiene que podría! Pero cuando hace poco he suscrito algunas de esas pretensiones para el modesto ámbito de la vida universitaria resulta que, con ello, he cometido un delito. ¿Qué no habría sucedido si hubiera solicitado formalmente que se nos arbitrase, para la vida general del país, algunas otras formas de democratización? Si desde hace algún tiempo me digo

a mí mismo —y lo digo sin tapujos— que me parece indispensable ir considerando la conveniencia de un cambio de Régimen antes de que la revolución nos asalte, y puesto que falta toda voluntad de reforma, supongo que esto será ya demasiado para que pueda tolerárseme. Pero en realidad las condiciones en que ese cambio —que sucederá aunque sea en su tiempo natural— pueda encontrar a los españoles es mi mayor preocupación y la que me ha movido —incluso cuando más sinceramente esperaba la simple reforma— a no estar inactivo y a predicar lo que deseaba y que principalmente es esto: que nadie en España vuelva a emperezarse en el milagrismo de las ideologías y los recetarios de la taumaturgia política, porque el problema de España es el problema de la conducta, del sentido de la responsabilidad, del trabajo y de la inteligencia de los españoles. Quien espere algo de cualquier fórmula y no contraiga antes un compromiso de exigencia para consigo mismo, ése no espera nada de verdad, como no sea pescar a río revuelto. Y a río revuelto no hay que saber pescar sino nadar. Lo que yo —en realidad— he intentado ser, sobre todo con los jóvenes, ha sido un profesor de natación. «A ver si de verdad sabéis respirar en la libertad.» «A ver si de verdad sabéis avanzar en la justicia.» «A ver si de verdad sois capaces de salvar al náufrago con amor —incluso al náufrago enemigo— en vez de darle en la cabeza para que se hunda, que es lo que aquí se estila.»

Pero llegado a este punto y después de explicar tan por extenso algo de lo que yo he solido opinar y seguiré opinando —no soy un político propiamente dicho, no estoy redactando un manifiesto y por lo tanto me he referido sólo a las condiciones morales que me parecen exigibles y no a los recursos tácticos concretos ni a las cuestiones de forma específicamente política que deban emplearse— queda el rabo por desollar. Después de leído todo esto y aún más que antes, aparecerá la posible cuestión de mi deslealtad o, si se quiere, de mi traición. Creo estar en condiciones de poder afrontar ese tema con buena conciencia. En cierto modo casi bastaría transcribir aquí un cuento o parábola escrito por un joven amigo mío, de corazón puro, y que se titulaba «El andamio y la casa». Se trata de que, una vez, unos cuantos levantaron un andamio para construir una casa. Pero pasaron los años y los del andamio seguían sin construir casa alguna. Algunos se sintieron defraudados y hasta empezaron a cobrar aversión por el andamio y sus ocupantes. Pero éstos les decían: «¿No habéis jurado fidelidad al andamio?», y los otros les contestaban: «Mejor puede decirse que hemos jurado fidelidad

a la tarea de hacer la casa, y si no usáis pronto el andamio para eso, mejor será tirarlo y nosotros empezaremos a construir la casa como Dios nos dé a entender».

Yo me hice falangista a los veinte años. Diré, antes de que sea tarde, que entre los veinte y los cuarenta he tenido tiempo y derecho de asumir mis propias experiencias, de usar de mi razón y de profesar hoy convicciones de ningún modo idénticas a las de aquel tiempo. A otra cosa —es decir, a esa fidelidad tan cotizada en Iberia que se funda tan sólo en la terquedad— llamaría yo parálisis mental, incapacidad de aprendizaje o contextura moral berroqueña. Pero aun pasados veinte años —y pasados en consecuente independencia— recuerdo cuáles eran los ideales que entonces me parecían la médula de mi filiación. Creo que pueden resumirse en esto: intentar que los españoles encuentren, por encima de sus diferencias y sin específica necesidad de apisonar esas diferencias, oportunidad y razones para aceptar la empresa, tantos años pendiente, de hacer su Patria, como empresa de todos, capaz de juntarlos a todos en una convivencia justa e inteligente. Porque resulta que estar haciendo la Patria en común es el único modo de tener ya la Patria hecha. Aunque la enunciación sea endiabladamente general, de ella pueden deducirse algunas notas concretas: se trataba de que hiciéramos los españoles la Patria de todos y que la hiciéramos para todos y entre todos, sin excluir a nadie. Sin declarar a nadie y sin que nadie viniera a ser en la práctica español de primera o de segunda. Igualándonos —sin merma de la jerarquía funcional— en la tarea y en sus frutos. Y convocando en ello nuestra calidad de personas —con su libertad—, sin reducirnos a números. Una gran reforma, que polémicamente llamábamos «Revolución», sería la médula de aquella empresa. Una gran reforma que había de alterar a fondo nuestro régimen de propiedad y de trabajo para crear una estructura social nueva, más igualitaria, capaz de sostenerse en el futuro sin andamiajes de sistema.

Había, naturalmente, junto a estas ideas-fines y algunos otros supuestos o principios morales que no repito porque ya me he confesado de ellos, otras muchas ideas-medios, que son las que suelen constituir diferencialmente una ideología política, pero que, aun siéndole necesarias para la definición, tenían que ser, como ideas-medios, relativas a unas circunstancias dadas de posibilidad y oportunidad y susceptibles de revisión por un juicio de resultados, o dicho de otro modo, de retoque por causa de su experimentación concreta en cabeza propia o ajena.

Naturalmente, no todos los que estuvimos en aquello hemos conservado el mismo tipo de fidelidad. Algunos, aunque se mantienen muy rigoristas en la observancia de las ideas-medios más relevantes, han olvidado otras, y muchos han olvidado por completo las ideas-fines, los principios éticos y el sentido esencial de aquella empresa, utopía o ingenuidad que casi fue un sueño, mientras otros nos mostramos reticentes o adversos a las ideas-medios o formas instrumentales en cuya eficacia o en cuya moralidad hemos perdido la fe. Por mi parte, creo que he ido a revisar justamente aquellas cosas que más interesan a los que disciernen ventajas y parabienes. He seguido más bien la línea del «aguafiestas iluminado», parando acaso con los años en «aguafiestas tranquilo». He trabajado metódicamente contra mi conveniencia, lo cual, cuando menos, puede servir de garantía a mi sinceridad.

He venerado siempre la memoria de José Antonio —un español, si los ha habido, capaz de integrar en su alma las incompatibilidades del banderizo genio nacional— y nunca me he avergonzado de nombrarlo. A través de él primero y por propio descubrimiento después, he cobrado amistad por otros espíritus españoles que habían alumbrado una visión completa y elevada de España, cuyo secreto consistiría en tener que hacerla, pero hacerla materialmente: en su riqueza, en su trabajo, en sus instituciones, en su estructura social, en su vida intelectual y artística, en sus relaciones con el mundo por encima de toda disputa e incluso aprovechando la energía de las disputas. Hombres como Costa u Ortega y Gasset, Juan Maragall o Unamuno, Giner de los Ríos o Menéndez Pelayo. Siguiendo de algún modo su ejemplo, he procurado superar en mi espíritu y heredar en él cosas muy diversas como el cristianismo fundamentador, el liberalismo, la democracia, el sindicalismo y el socialismo; elementos del diálogo de nuestro tiempo que un día quisimos sintetizar y acaso sea indispensable hacer dialogar de nuevo. Porque cuando todas esas cosas dialogan —esto es, no vociferan— y dialogan para algo —sea sintéticamente en un espíritu, sea abiertamente en una sociedad—, resulta que cada una de ellas tiene tesoros que entregamos.

En fin, con el espíritu hecho así y hecho, a la vuelta de los años, de comprensión, sigo pensando que los españoles han de ponerse a hacer España —no a que se la hagan— y pienso que la horma de una sustitución minoritaria irrevocable y permanente no es nada buena para ello. La minoría lo es fecundamente mientras encabeza

y dirige —es decir, lleva detrás— a la sociedad. Deja de serlo y se malea hasta la esterilidad cuando se limita a imperar sobre ella. Lo que el poder político tiene que hacer no es lo que tienen que hacer las minorías. Las minorías están detrás de aquél para exigirle y para relevarle en sucesivas experiencias. Cómo se articule formalmente esto no me interesa en este momento. Sólo sé que eso exige un cierto juego de variedad y una considerable largueza de libertad.

Ésta es mi variación: de mi fe en el mesianismo revolucionario a mi fe en el juego dialéctico de las oposiciones con el objetivo común del bien público, esto es, de la justicia y la liberación de los hombres. ¿Pero es que otros —y en algún modo todos los otros— no han cometido mayores infidelidades? Recuerdo unos artículos de Onésimo Redondo —el más oficialmente católico de todos los falangistas— contra la tesis de un Estado confesional. ¿Los publicaría hoy el periódico *Arriba*? Otro tanto digo de la tesis de José Antonio sobre la reforma agraria y de las proposiciones cooperativistas, sindicalistas y comunitarias de los viejos textos. ¿Describen algo parecido a la política meramente asistencial que se practica ahora, salvo limitadísimas excepciones experimentales? No hablo de los «puntos» sobre la nacionalización del crédito ni de otros más fuertes para no abusar. La verdad es que el contenido reformista del falangismo —en lo más profundo y atrevido de sus expresiones— se fue al diablo hace tiempo sin que nadie haya convocado a las centurias para dar caza a los traidores. Pero ahora se trata de poner en tela de juicio una forma vacía que está sirviendo para cualquier cosa menos para aquello, y eso sí que es grave. No creo que quede en España un antiguo falangista con corazón o con cabeza —y algunos hay, aunque no muchos— que, al pensar cinco minutos sobre tal paradoja, no se muera de risa o de indignación.

La Falange de 1933 estaba llena de algunas ilusiones propias del tiempo y de otras muy retóricas. No hay duda. Pero creo que para sus hombres mejores la Patria era antes que el Partido, la casa antes que el andamio. Dios quiera que los españoles del futuro devuelvan a aquellos hombres, por virtud de sus mejores intenciones, el respeto que hoy es tan difícil de solicitar de muchas almas jóvenes. ¿Nadie recuerda ya la generosa y tardía tentativa de José Antonio para salvar a España de la guerra civil, tratando de juntar en una Dictadura Nacional de emergencia a los mejores hombres de la izquierda y la derecha? ¿Nadie quiere hablar de su siempre

silenciada tentativa de mediación, cuando la catástrofe se puso en marcha? La guerra civil vino y será un frívolo el que no reconozca que fue una gran desgracia. Dieron en ella los españoles lo mejor y lo peor que tenían: dieron ferocidad exterminadora, simplista, que no alcanzaba a ver la reducción del enemigo por otro medio que por su aniquilamiento físico. Pero también tesoros de abnegación, valor e idealidad. Nunca han sido los españoles más terribles y desencadenados ni más sublimes y generosos de sí y lo que hay que pedir a Dios es que, por tanto sufrimiento y tanta entrega, hayan pagado la cuenta entera de sus propias ferocidades y de todas nuestras discordias. Pero hay que pedírselo haciendo algo para merecerlo y no vegetando a la sombra de un recuerdo o rumiando proyectos de venganza. La Falange, que entró en el 18 de julio como un proyecto de totalidad —no aludo con esto a su eventual totalitarismo—, salió de la guerra convertida en parte. Todo iba a ser más difícil. Si no pudo recobrar aquella primera condición —muchos lo soñábamos— en los años sucesivos, realizando una labor de arrastre para todos los españoles, la culpa —así debe reconocerse si se quiere hacer justicia— no fue principalmente suya. No sólo era *parte* frente a la media España derrotada, sino incluso en el conjunto de fuerzas de la media España vencedora. Su asimilación de los valores de la izquierda fue disolviéndose en su fidelidad forzada a los valores de la derecha. Le tocó el papel más brillante, aparatoso y de exhibición. Prestó su forma —lo más discutible, vistas las cosas con el tiempo— y no pudo imponer su sustancia reformadora sino en dosis tan mitigadas que ya ni recordaban el sabor de origen. Es posible que mañana sirva aún de cordero pascual en un banquete de la paz un poco tardío.

Si se me pregunta por mi falta de fidelidad, por mi radical extrañamiento de ella, diré —aparte los cambios efectuados en mi propio espíritu y que son adquisiciones mías y no meras adopciones juveniles— que además no se trata de la misma cosa. Que esto de hoy no es lo de ayer. Y me atrevo a creer que eso no es solamente una subjetiva justificación sentimental. Cuando días pasados esa Falange oficial se dejaba arrastrar a un choque con la Universidad y asumía en hipótesis el engorroso cometido de una represión contra intelectuales, confieso que he sentido aún un desgarramiento penoso. Pero ha sido el último y no sería sincero si dijera otra cosa.

Y ahora ya he escrito bastante sobre mí. Ya he hecho mi retrato o, si se quiere, mi confesión. Cualquier juicio que se me haga estará bien si se establece sobre los datos que acabo de suministrar y que son —salvo ligerezas de expresión— los que me definen y los que he procurado comunicar a los jóvenes.

[*Casi unas memorias*, págs. 336-346]

ARMAR LA REFORMA DEMOCRÁTICA

Lo que volvió a llevar a Carabanchel a Ridruejo en 1957 fueron las respuestas a un cuestionario para la revista *Bohemia*, de Cuba. Los puntos centrales del futuro político de España estaban ahí puestos uno detrás del otro, como breviario de las tesis que desarrollará en el libro que por entonces escribe y monta, *Escrito en España*: el análisis de la insuficiencia de la República, el repudio al aplastamiento o exterminio del derrotado como criterio de futuro, el relevo biológico perceptible entre los sectores juveniles (escudados en el SEU), el cuño social para una apuesta democrática y hasta el emplazamiento, en 1958, al socialismo español para que «hiciese una apertura en sus principios prepolíticos y ajustase su programa»: «Creo que deberíamos desear que él fuese el gran partido de la mayoría —explica en *Bohemia*—: el capaz de constituir la mayoría de clase media y clase obrera que España necesita y cuya ausencia costó la vida a la República». Estas bases anticipan buena parte del significado del vuelco del PSOE en Suresnes en 1974. La eficacia de ese cambio se plasmó en la mayoría absoluta que llegaría en 1982 como respuesta al frustrado golpe de Estado que la caverna y otros *ultramontanos del día*, como los llamaría Ridruejo en un ultimísimo ensayo de 1975, promovieron el 23 de febrero de 1981.

Pero Ridruejo también confesaba allí una cosa más. No tenía filiación política porque se la estaba fabricando, y ése fue el efecto inmediato en él del inmovilismo del sistema. La conferencia de 1955 en el Ateneo de Barcelona había servido para liberar en palabras, aunque no fuesen escritas, la idea central que se desprendía del intento reformista de Ruiz Giménez, *Revista* y compañía: «Mi convencimiento de que ningún cambio o reforma cabía esperar de [la situación] y que los españoles quedábamos remitidos, por lo tanto, a nuestros propios recursos». No hay ya marcha atrás posible, y de ahí la fundación de un Partido Social de Acción Democrática a lo largo del año 1956, junto a un equipo con personajes relevantes del ámbito de las letras (y del pasado resistente) como José Suárez Carreño y el concurso de jóvenes que fueron sus primeros y más estrechos aliados políticos y personales: el editor Fernando Baeza, Enrique Ruiz García, Pablo Martí Zaro, Fermín Solana, Vicente Ventura (la carta es una magnífica meditación sobre el reformismo socialdemócrata y una fiabilísima pista del estado de la juventud más politizada de entonces), Francisco Fernández-Santos, responsable de algunos de los más valientes artículos de inspiración marxista en la revista *Índice*, reunidos en ediciones Arión en 1961 con el título *El hombre y la historia* y muy bien prologados por Ridruejo; los escritores Antonio Menchaca y José Ramón Marra López. La agitación política y la voluntad subversiva de este grupo vivió sujeta a los avatares personales del propio Ridruejo y hacia 1965 algunos de ellos habían abandonado la actividad política o habían evolucionado hacia otras formas de compromiso en la izquierda.

Algunos de quienes lo acompañaron más fielmente, como Francesc Farreras o Pedro Gómez Santamaría, habían vivido además esa transición desde los sueños quiméricos del falangismo revolucionario hacia una decidida apuesta por la ruptura con el franquismo cerca del socialismo democrático.

Lo que iba a suceder en esa etapa era una muy desigual pelea entre el régimen y su desertor más noble, franco, combativo y temprano. En términos personales el coste de la actividad pública de oposición esta vez iba a ser alto, y basta un repaso breve para que sea elocuente. Cuando tome el avión que ha de llevarlo en enero de 1968 hasta la universidad de Madison, invitado por Marra López, habrá vivido ya una detención en Carabanchel, en 1957, de medio año, además de nuevas detenciones posteriores en períodos más breves, varios juicios con sustanciosas (e impagables) multas y, tras dos años de exilio en Francia, la libertad condicional (y vigilada) en Madrid, entre junio de 1964 y junio 1967: ése es, paradójicamente, el período de máxima intensidad política en torno al PSAD… Quedan sólo unos pocos meses para su partida a Madison, ya con el corazón tocado, y para terminar también con la dirección desde Madrid de la revista del exilio *Mañana. Tribuna Democrática Española*, y con lo que eran las reuniones políticas que su grupo mantenía todavía. Aunque en ese grupo casi no quedasen ya las gentes jóvenes que se le habían unido diez años atrás. Sus amigos y contertulios actuales en la calle San Lucas (que era la sede de una editorial, Sociedad Española de Escritores, SEDE, que funcionaba de tapadera más bien relativa) eran ahora Fernando Chueca Goitia, Juan Benet, Rodrigo Uría, Antonio Tovar, e incluso Laín Entralgo y algunos viejos cómplices como Pablo Martí Zaro o Jesús Prados Arrarte.

La meta política de ese período fue en esencia la búsqueda de un frente democrático que aunase a los distintos grupúsculos del interior, que iban desde la democracia cristiana de Gil Robles hasta el grupo marxista aglutinado en torno a Tierno Galván: la actividad de oposición se canaliza a través de la revista *Mañana*, muy cercana a la realidad del día, al análisis político y de combate, así como a través de algunas colaboraciones en la revista de Victoria Kent, en Nueva York, *Ibérica* (por ejemplo, un artículo sobre el asesinato de Julián Grimau, publicado abreviadamente también en *Le Monde*), y es el momento en que se disuelve el impulso político que su exilio en París había propiciado. Allí organizó con Julián Gorkin un Centro de Documentación y Estudios que presidió Salvador de Madariaga y contó con el respaldo de figuras como Américo Castro, Josep Ferrater Mora o Pau Casals, y de allí había salido en 1960 la primera versión de la revista *Mañana*, el *Boletín Informativo* que dirigía Francesc Farreras y donde Ridruejo colaboró también. Anduvo entonces enredado en una permanente actividad política, buscando contactos, enlaces, financiación, socios para incrementar la fuerza de su propio y modestísimo partido y sin perder de vista su único horizonte verosímil: alianzas o fusiones con otras fuerzas democráticas y liberales. Lo dijo en el prólogo a la segunda edición de *Escrito en España*, firmado en París en julio de 1963: «Marchar adelante pasando de la literatura que cuenta Historia a la acción que la mueve», pero, como le escribe a Justino de Azcárate en 1962, «sin pasar por la cubanización y argelización de España».

Ridruejo tiene ya cincuenta y tantos años, la salud no muy estable, y entre 1968 y 1970 vivirá al menos la mitad del año en un semirretiro apaciguador de la actividad política, bien sea en Madison, bien en Alicante, bien en Austin, de donde regresará en abril de 1970. No habrá dejado de escribir cartas a los periódicos, de sumarse a toda iniciativa de pliegos de firmas dirigidas al poder franquista, y a Fraga en particular como ministro de Información; tampoco habrá renunciado a seguir buscando un lugar propio a distancia de un Partido Socialista Obrero Español que vive aún pendiente del mito de la restitución de la República y no ha hecho su propia depuración teórica del marxismo. Probablemente, la ratificación política más firme de las bases socialdemócratas de su ideario político sucede entre 1973 y 1974, cuando estrecha su alianza política con un antiguo militante del PSOE, Antonio García-López, abogado y economista formado con Juan José Linz, en Estados Unidos, y deciden fundar y cocapitanear un nuevo invento, la Unión Social-Demócrata Española. La visualización pública de esa fusión de pequeños grupos se dará a mediados de abril del año siguiente, 1975, cuando Cela presente en Madrid el segundo tomo de *Castilla la Vieja* de Ridruejo, y algo menos de quinientos comensales se reúnan en el hotel Mindanao en lo que tiene todo el aire de un acto político ilegal pero no clandestino, como parece que solía decir el propio Ridruejo. De hecho, y en una nueva ironía negra, otra más de su biografía, apenas unas semanas después de su muerte un puñado de fuerzas políticas democráticas alcanzarán, en julio de 1975, el importante acuerdo de la Plataforma de Convergencia Democrática, que representa a bastantes de los mismos partidos que había ido intentando reunir Ridruejo hasta su muerte, entre ellos el nuevo PSOE de Felipe González, el Partido Socialista Popular de Tierno Galván (que había sido hasta entonces Partido Socialista del Interior), la democracia cristiana de Gil-Robles y Antón Cañellas, etc.

El texto central de este apartado es sin duda el capítulo inicial de *Escrito en España*, en realidad un esbozo autobiográfico titulado «Explicación», fechado en mayo de 1961 y escrito para avalar con la transparencia de una confesión política y biográfica los análisis que había ido reuniendo en los años cincuenta: contaba la arribada a la oposición política y militante de quien había contribuido a construir el poder de la posguerra. El libro no aparecería hasta marzo de 1962, lo cual significa apenas dos meses antes del encuentro en Munich propiciado por el Movimiento Europeo, con exclusión expresa de los comunistas (pese a que estuviesen presentes allí). Habían asistido cerca de un centenar de representantes de los grupos políticos activos en el interior, amparados por los más de mil representantes del resto de Europa, incluido el exilio español, y de todo ello hay exhaustiva información en Joaquín Satrústegui (ed.), *Cuando la transición se hizo posible* (Madrid, Tecnos, 1993), de donde tomo esta nota del diario de Marià Manent del 6 de junio: «Por la noche, mientras cenábamos, llega Ridruejo con los tres compañeros que pasaron con él, a pie, la frontera española. Se les dedica una ovación inolvidable» (pág. 191).

Los dos días de junio en que se celebraron las reuniones oficiales fueron contestados por el régimen en términos rotundamente represivos y

se abrió para los más significados de los asistentes —desde la democracia cristiana histórica de José María Gil Robles hasta monárquicos como Joaquín Satrústegui, ideólogos del Frente de Liberación Popular como Ignacio Fernández de Castro o catedráticos de talante liberal y próximos a la inminente Revista de Occidente como Jesús Prados Arrarte— la encrucijada de regresar a España con residencia confinada (a Fuerteventura, entre otros lugares clásicos del género) o permanecer en el exilio. Ésta fue la opción de Ridruejo y eso significó también un despliegue hiperactivo de gestiones, informes, cartas e intentos de reimpulsar el proyecto político socialdemócrata que involucraba a una lista de amigos y colaboradores también exiliados, entre los que estarían Suárez Carreño, el ensayista Enrique Ruiz García, Pablo Martí Zaro, Vicente Ventura o Paco Farreras. Las muestras del epistolario que cruza con Julián Gorkin y Justino de Azcárate son mínimas pero estupendas calas en el tono, la tenacidad y la inteligencia con que entendió ese empeño político. La revista *Mañana* es menos significativa quizá por su incidencia en la política española que por el hecho mismo de existir como testimonio de la oposición de signo socialdemócrata, vinculada al antiguo dirigente del POUM Julián Gorkin y respaldada y en parte financiada —además del Congreso por la Libertad de la Cultura— por alguien como Justino de Azcárate, miembro de una ilustre familia republicana en el exilio y uno de cuyos integrantes había sido canjeado por Manuel Hedilla en Valladolid, durante la guerra, precisamente mientras allí ejercía Ridruejo de jefe falangista…

J. G.

LAS DECLARACIONES EN *BOHEMIA* Y OTRO ROMANCE

DIÁLOGO CON DIONISIO RIDRUEJO [1957]

POR LUIS ORTEGA SIERRA, CORRESPONSAL DE *BOHEMIA* EN EUROPA

—¿En qué momento pasó usted a practicar una decidida oposición al Régimen franquista?

—La llegada a mi posición actual, que usted quiere definir con su pregunta, no se ha producido en un «paso», sino «por sus pasos», esto es, en un proceso... Yo no hubiera podido volver al Régimen más que a la vista de un plan de autorreforma muy profundo y que yo, con ingenua obstinación, propugnaba desde el mismo instante de mi apartamiento. Bastó un año de vida en Madrid, de convivencia con los centros políticos que yo había perdido de vista diez años antes, para convencerme de que el Régimen estaba condenado a ser idéntico a sí mismo hasta su muerte. Era inmodificable. No quedaba sino esperar que aquélla se acelerase todo lo posible y trabajar para que en tal ocasión hubiera soluciones preparadas.

Estoy seguro de que bastará que los españoles crean en alguna solución para que el Régimen desfallezca. El miedo a la imprevisión es aún la fuerza de una situación política en cuyas posibilidades de perpetuación no cree ya nadie. Conjurar ese miedo es cuanto puede y debe hacerse. Si a ello le llama usted «oposición decidida» —y creo que acierta—, en ello estoy.

Aclararé, sin embargo, que hasta fecha relativamente reciente yo mismo no he creído que hubiera otra solución aceptable que la del cambio sustancial de las estructuras, de los principios y de la conducta del Régimen, para ir a un cambio radical de situación generando tal cambio en el Régimen mismo. Por eso mi trabajo de oposición ha sido intenso entre 1951 y 1955, pero tan equívoco como intenso. Mis críticas, exigencias y peticiones se dirigían al Régimen mismo y a su clientela. ¿En qué se fundaba mi posición? ¿Qué pretendía conseguir? Ante todo, unos y otros —el Régimen y sus enemigos francos, lo excluidos por la guerra— seguían, a mi juicio, plan-

teando el problema en torno a la guerra misma. Pero la guerra y el aplastamiento subsiguiente eran hechos consumados y, como tales hechos, irreversibles. La tesis franquista de que se debe sostener la victoria, con su peso coercitivo, hasta que ya no queden vencidos en España, hasta que las generaciones no participantes tengan cincuenta años y todos los ex-combatientes hayan muerto, es, aparte de una brutalidad, una quimera. Porque resulta que los vencidos engendran vencidos, y no sólo los engendran sino que los han anexionado. Al cabo de tantos años muchos de los que fuimos vencedores nos sentimos vencidos; queremos serlo. Sin embargo, no era menos absurda la tesis contraria, la de la «revancha», la vuelta atrás: hacer vencedores a los vencidos de ayer y vencidos y represaliados a los antiguos vencedores. Era abrir nuevamente el proceso. Lo cual podía ser hasta justo, pero políticamente inaceptable. Porque también en tantos años los que están aquí —sea cual sea su ideología— se han acomodado a la posguerra, han ido dejando de ser de la guerra.

Planteadas las cosas así, mi posición era no aceptar ni una tesis ni otra. Partir de los hechos consumados para llegar a la liquidación de los conceptos de vencedor y vencido, y ello por los medios siguientes:

1.º Realización de las reformas sociales sustanciales por las cuales lucharon los enemigos de ayer.

2.º Declarar un límite a la dictadura tanto en el tiempo como en los poderes.

3.º Abrir el principio de representación por elección en todas las instituciones públicas: Cortes, municipios, sindicatos, organizaciones universitarias, etc.

4.º Liquidar el Partido único oficial y abrir paso a la formación de corrientes o tendencias de la opinión, aun sin admitir su inmediata formalización como partidos: admitir, mínimamente, el derecho de asociación y manifestación.

5.º Liberalizar a fondo la vida cultural.

6.º Admitir el derecho a la huelga económica, aprobada por los sindicatos, previa democratización de éstos.

7.º Liquidar todos los modos de discriminación y admitir a todos los exiliados o antiguos adversarios del Régimen en la convivencia: amnistía política.

8.º Abrir un período de información, con consulta de todas las opiniones articuladas, para, a continuación, abrir un período constituyente que permita al pueblo español —consultado a plazo fijo— opinar sobre su Régimen futuro.

No creo que este programa fuera inaceptable si el Régimen tuviera, respecto al pueblo español, un mínimo de voluntad leal. En el sentido de esas propuestas —que en algunos casos han sido concretas y públicas— he informado mis escritos, casi siempre maltratados por la censura, y mis conferencias —éstas dadas con toda libertad— durante cinco años. En el año 1955 y en el Ateneo de Barcelona me resolví, no obstante, a denunciar en su totalidad todos los vicios de la situación y a declarar mi convencimiento de que ningún cambio o reforma cabía esperar de ella y que los españoles quedábamos remitidos, por lo tanto, a nuestros propios recursos. Luego, en febrero de 1956, y como resultado de un largo contacto con algunos grupos universitarios de oposición, surgió el incidente que formalizó mi situación de un modo público e inequívoco. La nota de mi detención publicada por todos los periódicos fue un favor que no sé cómo agradecer.

—¿Es usted el único que ejerce, en estos momentos, esa función de violenta crítica pública contra el Gobierno?

—En realidad, «la función de violenta crítica contra el Gobierno» no la ejercemos aquí públicamente ni yo ni nadie, sencillamente porque el Gobierno «no se deja». Si lo que yo hago le parece a usted eso, le diré que hay muchas personas empleadas en la misma función y no pocas de ellas desde mucho antes que yo mismo y de modo mucho más radical. Incluso desde dentro se ejerce esa crítica: lea usted las publicaciones juveniles formalmente dependientes de la misma Falange y otras de tipo católico y lo verá.

Respecto a la cuestión de las «cabezas visibles», le recuerdo que el Régimen sigue guiándose por el criterio divisorio de los bandos de la guerra civil. Los de fuera tienen que vivir fuera, ante todo porque son los vencidos. Los de dentro —en principio— somos vencedores. Para el Gobierno aún hay clases, aunque para mí dejaron de existir hace tiempo.

—¿Le persigue a usted el Régimen?

—He estado confinado, como le he dicho, cerca de cinco años. Luego he estado en la cárcel —febrero y marzo del 56— durante un mes y diez días. El juez me puso en libertad, pero continuó la prisión gubernativa hasta completar el tiempo dicho.

He comprobado que no puedo escribir o firmar en los periódicos. Tampoco lo intento porque no merece la pena.

Supongo, sobre poco más o menos, que estoy bajo observación. Dirigía una estación de radio —privada y comercial— y he dejado el puesto por razones personales. Tengo indicios de que hubiera tenido que dejarlo de todos modos.

Aparte de todo esto, no me siento perseguido. No se me molesta ni se me pregunta. Lo que en España puede llamarse persecución es algo mucho más fuerte que las pequeñas incomodidades que acabo de referirle.

—En ciertos medios más o menos clandestinos se dice que su pasado político le da a usted patente de corso para atacar a Franco. ¿Goza usted de algunos privilegios para hacer oposición?

—Puedo asegurar que nadie me ha extendido un *bill* de indemnidad, que nadie me ha guiñado un ojo, que nadie me ha dado permiso. Sin embargo es posible que, de hecho, esté sucediendo lo que sus confidentes murmuran, al menos en lo que se relaciona con mi respuesta anterior. Las facilidades, en cambio, no las he notado por ninguna parte. ¿Sabe usted que se me ha retirado el pasaporte, que no puedo escribir y que no podría celebrar una reunión semipública ni hablar en un acto académico? Lo que me queda es hablar con la gente, cosa que en España todo el mundo hace con pocas restricciones como usted sabe por experiencia.

—¿Cuál es su filiación política?

—No tengo exactamente filiación: estoy tratando de hacérmela. Contestaré, por lo tanto, por referencias aproximadas:

En el orden político estoy por la Democracia, que, para mí, es más bien una condición de hecho que un sistema terminado. Diría que en España esa Democracia que queremos deberá ser muy poco ingenua. Pienso que el refuerzo del poder ejecutivo —y su eventual separación del legislativo— y la responsabilización de los partidos como verdaderos órganos constitucionales son medidas que convendría adoptar. Sin fe en sus principios, pero sí en su validez instrumental, creo que la Monarquía arbitral y simbólica es una posibilidad, quizá una fatalidad, de la España inminente. La acepto como tal.

En otro orden añadiría sin reservas a la palabra «Democracia» la palabra «social». La estructura de la sociedad española ha de ser cambiada desde ahora: el proceso de desarrollo industrial previsible, y hasta cierto punto ya en marcha, debería ser recibido en formas sociales más racionalizadas y justas que las actuales. Si queremos socializar la libertad —y yo sí quiero—, hay que socializar aquello que convierte ahora la libertad en un privilegio y no en un bien común: esto es, la riqueza. Instrumentalmente sigo creyendo en la eficacia de principios operativos del sindicalismo que ya profesaba cuando era falangista. Creo que esos principios permiten la socialización —frente a la burocratización— en formas orgánicas pero descentralizadas, capaces de conservar en la vida económica las eficacias del principio de competencia.

En el orden cultural y por lo que se refiere al estatuto de la persona, soy un liberal práctico, un heredo-liberal, si usted quiere.

Cuál será mi partido o si será mío o si no será ninguno son cosas aún prematuras. Si el socialismo español hiciese una apertura en sus principios prepolíticos y ajustase su programa, creo que deberíamos desear que él fuese el gran partido de la mayoría: el capaz de constituir la mayoría de clase media y clase obrera que España necesita y cuya ausencia costó la vida a la República.

—¿Cree usted que veinte años de dictadura franquista hayan inhabilitado políticamente al pueblo español?

—No lo sabremos hasta mucho después. Lo cierto es que la dictadura lo ha relevado de sus responsabilidades al despojarlo de sus derechos civiles. El temor al desorden ha hecho lo demás. Se puede hablar —como hice en la conferencia de que le hablé— de envilecimiento, entendiendo la palabra como expresión cuantitativa. Creo, sin embargo, que está saliendo de su modorra. La cuestión ahora es ésta: si la dictadura aprieta en su resistencia puede resurgir con vitalidad, con coraje, pero sin cordura. Si aprieta demasiado a fondo, sólo Dios sabe lo que saldrá.

—¿Existe actualmente una opinión pública española?

—En extensión no existe más que de modo negativo. Sólo hay dos zonas auscultables: la clase obrera, que sigue instalada en su mentalidad de clase y que —como los pueblos elegidos— cree sufrir un cautiverio, es decir, tiene conciencia de la pro-

visionalidad de su silencio, y la clase comprometida —un porcentaje muy alto de la población media y burguesa—, que tiene miedo a todo y está disgustada de todo. Las zonas lúcidamente movilizadas que pueden llamarse opinión son islotes, muy activos a veces y desde luego en plena expansión, incluidos en aquel mar.

—¿Cree usted que el péndulo de la política española pueda oscilar otra vez a la extrema izquierda?

—No lo creo en absoluto. Preveo una extrema izquierda más amplia que la antes conocida, pero también más avisada y mucho menos impaciente y anárquica.

Creo —es un cambio sociológico importante— que la clase media ha adquirido mentalidad social de que antes carecía y me parece posible que en la clase obrera se esté perfilando un clima de realismo que no era el suyo. Si tales cosas fuesen ciertas habría diálogo y habría mayorías sólidas y equilibradas. Ahora bien, lo que ya no podrá haber pacíficamente en España es una situación de derechas, concebidas éstas en sus posiciones de anteguerra.

—¿Es posible que en un futuro próximo la Falange juvenil adopte una postura de oposición al franquismo?

—Creo que está en ella. Ha sido educada en función de un programa revolucionario, ambicioso. Que este programa tenga líneas equivocadas es lo de menos. El contraste entre esta educación y la realidad es muy duro. Y además hay la necesidad vital de autodeterminación propia de la juventud. Falta simplemente la ruptura formal y ésta llegará indefectiblemente porque el Régimen —indefectiblemente también— acentuará sus aspectos negativos y vivirá cada día más inhibido de toda función de originalidad atrayente.

—¿Cuáles son las fuerzas que se mueven hoy en el escenario político?

—No hay fuerzas: ni a favor ni en contra. No hay fuerzas políticas, quiero decir. Hay esquemas y centros ideológicos de irradiación —grupos— en la oposición. Casi siempre desdoblados: los viejos repiten sus partidos, los jóvenes intentan renovarlos, refundirlos, crearlos de nuevo. Desde el comunismo al conservadurismo contrarrevolucionario y utópico, hay de todo en la oposición. Las fuerzas obreras y

la Iglesia católica serán, sin embargo, los centros naturales de movilización política, precisamente porque la política —el repertorio de ideologías a elegir— no existe de modo explícito. En el Régimen, las fuerzas son o bien residuos sin progreso posible, en descenso (la Falange), o bien poderes sociales: castas burocráticas, Ejército, Iglesia, oligarquía económica. Estos poderes no se agotan nunca en una política, en una situación. Es de esperar que, amenazada ésta, sean ellos mismos los que propicien o abran otra. La Monarquía, a mi parecer, es la que hoy los polariza con más atracción.

—¿Qué cree usted que puede pasar en España en los próximos años?

—En términos generales: crecimiento de la conciencia obrera de insumisión; polarización política lenta del disgusto general; atención máxima y acaso fluidez de movimientos entre «los poderes»; erosión progresiva del falangismo —no es imprevisible el desgajamiento de fuerzas para la oposición— y quizá crispación y endurecimiento progresivo de la política del Gobierno. La crisis económica que se está iniciando trabajará el fondo de la sociedad. En un cuadro de situación así definido, una chispa siempre es posible, pero esa chispa la determinará el azar.

—¿Qué tendencias políticas prevalecerán a la caída del Régimen?

—Es muy aventurada la profecía. No se sabe quién será el dueño efectivo de las organizaciones obreras. No se sabe hasta qué punto la Iglesia cuenta con la clase media. Lo más previsible es que la gran masa se polarice entre Socialismo y Democracia cristiana. Si éstos resultan ser —incluso por la presión de los extremos— dispositivos abiertos y en contacto, habrá una viable y larga Democracia española. Si eso hubiera sucedido ya en el pasado, la habría aún.

—¿Cree usted que la dictadura esté aún en condiciones de ejercer una acción violenta contra sus opositores?

—Lo creo sin duda alguna. Lo temo. Y aunque sería decisivamente beneficioso para esos mismos opositores, no me atrevo a desearlo. Una tensión excesiva de violencia en la salida de esta situación dañaría gravemente la situación futura.

—¿Qué sostiene a Franco en el poder?

—Lo trajo al poder el miedo a la revolución o, cuando menos, a la inseguridad. Lo mantiene en el poder el miedo a la revisión sangrienta: es un miedo apoyado en la mala conciencia de haber abusado, de haber ido demasiado lejos. Le sostiene también el amplio sindicato de intereses —intereses no sólo económicos sino de poder y comodidad— que él ha cuidado con gran realismo.

Si por mandar se entiende ejercer presión coercitiva, él manda sin duda alguna, pero en multitud de aspectos más bien como un vicario: el sindicato de intereses es libre y su influencia es decisiva. Si por mandar se entiende dirigir coherentemente los asuntos públicos, temo mucho que en España no mande nadie.

—¿Cree usted que la situación económica pueda precipitar la caída de Franco?

—Creo que la situación económica es grave, aunque afecta y va a afectar los niveles de vida menos que en los años cuarenta a cincuenta. Lo que pasa es que ahora se produce sobre un estado social menos resignado. Me figuro, sin embargo, que lo más grave de nuestra situación económica está por venir. Y esto acelerará la crisis política sin duda alguna.

—¿Cómo puede la situación internacional influir en el problema español?

—Ha influido de hecho. La tensión Oriente-Occidente explica la supervivencia del Régimen, aunque no sea ésta la única explicación. La distensión hace disminuir también su tensión de espera o de resistencia. En general creo que las potencias influyen en la situación de España en proporción inversa a su intervención o presión manifiesta y coactiva y en proporción directa a su atención, a su función reformadora, a los alientos y garantías que proporcionen a los que han de venir. La etapa de la condena reforzó a Franco no sólo porque despertó la inclinación al numantinismo, sino porque dejó las manos libres a la dictadura para castigar a la oposición. La etapa de normalización establece una mayor dependencia de las cuestiones interiores respecto a la situación exterior: la fluidez de la opinión ha comenzado justamente cuando el asedio ha concluido. Si un hombre armado y un hombre débil están amenazándose en una habitación, nada tan peligroso como dejarlos solos. Incluso el ademán de irrumpir puede ser peligroso. La compañía es el mejor reme-

dio. Sostengo, sin embargo, que nuestras cuestiones son nuestras y debemos resolverlas nosotros.

—*¿Cree usted que la juventud aportará soluciones de espaldas al Régimen?*

—Las aportará sin duda alguna. No ya las soluciones sino el ambiente de donde deben surgir. El ambiente de superación de la pasada contienda. Ya le he dicho, además, que la juventud no sólo se muestra renovadora respecto a la situación sino también respecto a los esquemas ideológicos de las antiguas fuerzas. Se puede decir que los viejos desplazados están en el odio (aunque no es cierto ya). Se puede decir que los viejos victoriosos están en el compromiso (aunque ya no es cierto del todo). La juventud está en la realidad, en el fiel, aunque haya sido gravemente dañada por los hábitos forzosos del disimulo y la duplicidad.

[*Casi unas memorias*, págs. 359-363]

ROMANCE DE LA EMPRESA VENDIDA [1957]

Falangista, falangista,
qué verdadera es tu pena;
qué verdadera si sabes
confesártela a conciencia.
Saliste un día de octubre
a buscar la patria nueva
de pan honrado y bastante
y dilatada grandeza.
Saliste con alegría,
quien lo ha visto lo recuerda,
como un domingo de mayo
sale al campo una bandera.

Con la mano diestra alzabas
un manojo de saetas
que algún día se perdieron
por todo el haz de la tierra
y un yugo por cuyos puentes,
ya de cansancio y de piedra,
han pasado muchas aguas
de ilusiones y tormentas.
Eran viejas cosas, nobles
si sirven para leerlas
pero que, usadas, bien pueden
volverse contra su empresa;
porque puede, roto el vuelo,
encarnizarse la flecha
y el yugo para soberbios
puede uncir carne a la tierra.
Eras joven y creías;
se cree lo que se espera,
se espera lo que se ama,
se ama lo que se inventa.
Como en la canción salías
a salvar la primavera,
recitándote la gloria
de un sueño sin fin y a tientas.
Venía el último soplo
de la Europa aventurera
con mitos enfebrecidos
y voluntad en hogueras
y lo respiraste a fondo
en tu corazón sin puertas,
sin pensar que las fogatas
lo que iluminan incendian

para dejar sólo, al cabo,
el dolor y las pavesas.
Soñabas como querías,
querías como se sueña
despegado de la España
agónicamente incierta
donde era el rumor de pueblo
antes venganza que ofrenda
y unos pocos cultivaban
con cínica displicencia
en los pantanos del hambre
lotos de magnificencia.

Saliste un día de octubre,
tu voluntad era buena,
y es natural que entre hombres
se equivoquen los que intentan:
Pronto fueron a juntarse
con tus escuadras risueñas
héroes y sacerdotes
de la cachiporra ibérica
y ya gustaron tus labios
esa sangre que enajena,
sangre española entre hermanos
que es fácil y corre suelta.
Una mañana de julio
saliste buscando guerra
con un fusil a la mano
y caliente la cabeza.
Perdiste el guía temprano
antes que el día creciera
y andabas con guías torvos

de la llanura a la sierra.
Te creías hombre libre
de enamorada proeza
y el miedo, emboscado, estaba
rigiendo tu violencia.
Si tú te mirabas limpio
al asalto y sin defensas
otros te estaban usando
como en reala de fieras.
Eran días confundidos
con luces y con tinieblas
bellos en los altos picos,
feos en las carreteras.
Salías de aquel mal sueño
—las naves medio deshechas—
y ya el odio había usado
lo mejor de tu promesa.
Estabas en muchedumbre
creciendo a mares en ella
y eras muy tierno de huesos
para carne tan espesa.
Aún te sostenía el gusto
de la redentora entrega
y la muerte te probaba
después de segar con ella.
Pero tú ya presentías
a medio sentir la cuerda,
la traición a todo el sueño
sin amor ni resistencia.
Habías roto los hilos
con la madre verdadera,
pisabas tierra quemada,

vivías pueblo en cadena
y tu valor era sólo
vociferante flaqueza.
Cuando llegaste a la cumbre
y volviste la cabeza
viste a los amos probando
el látigo y las espuelas.
Estaba echada la suerte
y sujeta la quimera.
Atraillado en la jauría
ya era imposible la vuelta.
Los cuervos que tú criaste
se sentaron a la mesa
y las avecicas pobres
y creyentes a su vera
se dieron a las migajas
gorjeantes y pequeñas.
Era la canción de siempre:
el engaño a falsa ciencia,
mintiendo en la lontananza
de cualquier reino sin tierra.
La empresa estaba vendida
y la esperanza desierta.

Falangista, falangista,
qué verdadera es tu pena,
qué triste historia la tuya
si la sabes y la aceptas.

Apenas es necesario
llevarle al rubor la cuenta.
La sangre que en Alicante

cayó besando la tierra,
como ofrenda mediadora,
no como pendón de guerra,
dejaste que fuera usada
por quien debía venderla.
Sobre ella alzaron altares
de idolatría doméstica
ignorando que en un hombre
su verdad es su grandeza.
Con ella tiñeron ropas
de púrpura fraudulenta
los valentones sin seso
y los logreros de aldea.
Jamás en sangre más noble
se escudó mayor miseria
de pueblo roto y sumido,
de patria mezquina y hueca,
de pensamiento arrastrado
y codicia descubierta.
Tú serviste para todo
como amenaza y bandera,
como traílla azuzada,
como coro de zarzuela,
cobertor de picardías,
fabulador de grandezas,
y colector de las culpas,
y cincel de las apuestas.

Falangista, falangista,
qué verdadera es tu pena.
Serviste al lobo ensañado
contra tus propias ovejas

y ya el mayoral extraño
te desampara y desprecia.
No intentes salvar del fuego
la maltenida bandera,
no recuerdes tu camisa
en el cieno que la afrenta,
no te amarres a tu yugo
ni te afirmes en tus flechas.
Desnuda al que quiso un día,
si es que lo quiso de veras,
ser hombre para los hombres,
ser hombre como cualquiera.
Vuélvete sangre de pueblo,
vuélvete trozo de tierra
y rinde tu valentía
contra tu propia condena.
El tirano que transfiere
a tu nombre su vileza
y su hueste cortesana
de cabezudos en venta
son la prenda que te exige
la España que te reniega.
Todavía queda tiempo,
días contados te quedan,
para volverte guadaña
contra tu estéril cosecha,
contra tus traidores altos,
contra el festín y la feria,
contra el señor de deshonra
que te tiene de la rienda.
Todavía, todavía
porque la cólera apremia.

A cuerpo limpio y sufrido,
sin nombres y sin emblemas,
España puede ganarte
si tú pierdes en ella,
como un árbol, como un río,
como un cabezo de arena,
como un varón despojado
que está vencido y con pena.

Prisión de Carabanchel, agosto de 1957.

[*Memorias de una imaginación*, págs. 151-156]

EXPLICACIONES PARA *ESCRITO EN ESPAÑA*

CARTA A ANTONIO TOVAR [1958]

[Inédita]

Sr. Don Antonio Tovar
S. M. de Tucumán. Argentina

1 de diciembre de 1958

Querido Antonio:

Es una verdadera vergüenza que desde el mes de julio hasta ahora no haya tenido, es decir, no haya hecho, un rato para escribirte, a pesar de lo mucho que me alegró y gustó tu carta de explorador. Todo el verano y lo que llevamos de otoño he estado embebido en el trabajo de preparar unos cuantos libros que ya, por fin, tienen los editores en sus manos, y los ratos sobrantes han sido sobrantes porque uno está en este mundo y no sabe negarse a nada, pues la verdad es que mi obligación era haber sacado ya algunas cosas más. Con esto no voy a presumir de trabajador delante de un trabajador de verdad. Más bien quiero decir que lo soy tan poco que cuando me meto en un trabajo me quedo sin márgenes hasta para escribir a los amigos. Veo por tu carta, y por las noticias que después me ha dado Pedro [Laín], que sin estar encantado de la vida te encuentras bastante a gusto en ese lugar que no acierto a imaginarme, pero que probablemente se parece a una de esas capitales de provincia de las que nunca deberíamos haber salido. Tu colosal poder de aclimatación está triunfando una vez más y supongo que en todo caso el estar dispensado de irritación cotidiana debe constituir una cura de reposo bastante estimable. Me temo que yo estoy en la cura contraria, pinchando al elefante por todas partes sin conseguir que se le mueva la trompa ni un milímetro. Vaya usted con ideas al alcornoque y con proyectos de re-

novación al olmo del Duero, aquel que daba una hojita verde por pura casualidad para que don Antonio Machado no perdiera del todo las ilusiones. Lo único que funciona un poco es el grupo de los amigos en concepto de lamentadero y consoladero y del venga de hablar que no sirve para nada pero divierte.

No termino de hacerme a la idea del cambio de estaciones entre una y otra orilla y por lo tanto no sé con seguridad si estás disfrutando de la primavera y terminando el curso. En este orden de cosas conservo mi analfabetismo virginalísimo y cada vez que me explican la cosa la olvido inmediatamente. ¿Cómo está la animosa Chelo? Dile que tengo puesta en ella casi toda la admiración que no puedo sentir por nuestros compatriotas en general. Una admiración como de treinta millones. Me imagino que tendrá su alegría a prueba de hogar electrificado. ¿Y los chicos? Os echamos mucho de menos, pero con amistad suficientemente profunda para no desearos un regreso inmediato.

Imagino que de ahí, si aguantas un poco, saldrás con unos cuantos libros excelentes y con el humor templado para volver a empezar. Porque, pese a todo, creo que nuestro destino consiste en volver a empezar a pesar del elefante, del alcornoque y del olmo.

Cuéntame cosas y procuraremos no ser tan espaciados otra vez. Un fuerte abrazo para todos. De Gloria también.

D. R.

[1961] EXPLICACIONES

Pienso que un libro como éste exige algunas explicaciones.

Empezando por las menos obligatorias diré que es un libro ejecutado con alguna informalidad. Debió consistir, según mi proyecto primitivo, en una simple agregación de artículos y conferencias, escritos y pronunciadas entre 1954 y 1958 —fecha en que el libro fue comprometido con el editor—, referentes todos ellos a la situación política española. Después de reconstruir y coser todos esos materiales, comprendí que no justifi-

caban su encuadernación, porque entre las costuras quedaban no pocos vacíos y los trozos aprovechados acumulaban demasiadas repeticiones. Así, pues, me dispuse a la refundición total en una redacción continua en la que no he dejado de incrustar trozos de las primeras redacciones. Este procedimiento —más incómodo a la postre que el de escribir de nueva planta y conforme a un plan—, y los ajetreos de mi vida entre los cuales he debido robar trozos de tiempo y soledad deshilvanados, son culpables de que no se hayan superado por completo los defectos de la primera versión. Pero ya que es así, no quisiera añadir a la imperfección la petulancia. Éste es un libro de pocas pretensiones, bastante simple, reducido a los límites de un discurso que aspira a valer por un análisis objetivo sin dejar de ser un testimonio y hasta en alguna medida una confesión personal. Por ello no le acompaña el aparato crítico documental y bibliográfico que, sin duda, le sería exigible a un verdadero libro de historia o a un auténtico estudio doctrinal.

Pero es precisamente tal carácter no científico, discursivo y personal, el que confiere a este libro el carácter —intencionado— de un acto político. Y el acto político se pone automáticamente en relación con la vida política del actor, por modesta que sea. De ahí vienen las explicaciones más necesarias.

Si una voluntad maligna se ocupase en recoger y presentar —a la salida de este libro— una colección intencionadamente elegida de mis escritos o discursos publicados o pronunciados entre 1936 y 1941, tengo por seguro que su confrontación con los textos que aquí aparecen causaría un efecto bastante desconcertante. De aquéllos —mis manifestaciones públicas de hace veinte o veinticinco años— surgiría la figura de un participante pleno y entusiasta en la guerra civil, por el lado franquista; de un falangista ortodoxo con pujos de definidor; de un fascista genérico de los que no dejaban de ilusionarse con la célebre síntesis tradicional-revolucionaria y con las perspectivas de una joven Europa, heroica, voluntarista y ordenadora del mundo, para lo que el más fogoso de sus propagandistas españoles llamaría «una nueva Catolicidad».

De este libro, en cambio, surge la figura de un hombre que somete la guerra civil a juicio severo, que denuncia la insuficiencia teórica y la duplicidad práctica del falangismo, que reduce el fascismo a un catastrófico expediente de apuro y que sólo en la afirmación de una Democracia, concebida como proceso de autorrealización, pone su esperanza para resolver los problemas de su país y los de la humanidad en una buena parte del mundo.

Es forzoso reconocer que entre lo uno y lo otro hay una gran distancia, que vista de golpe y desde fuera parece un verdadero abismo. Tengo conciencia de ello y conciencia —no lo ocultaré— desagradable. Preferiría, con mucho, que para mí la experiencia y la reflexión no hubieran sido fuerzas zapadoras de las que, dibujando meandros de incertidumbre, van abriendo camino a la inteligencia en el espacio mal conocido de la realidad histórica, sino fuerzas de seguridad de las que confirman y sostienen la andadura por un camino certeramente intuido desde las penumbras de la juventud. Pero si esto no puede serme agradable, lo sería aún menos el vivir entercado, contra razón y experiencia, en la obstinación vanagloriosa de proclamar lo que no creo y servir lo que considero detestable por acatamiento a una idea tozuda, exteriorizante y estética del honor. He escrito más de una vez que, para mí, la consecuencia verdadera consiste en el acuerdo honrado entre lo que se cree y lo que se hace y en el esfuerzo no menos honrado por conformar críticamente la creencia con la verdad. La otra consecuencia del que se pretende infalible me deja sin frío ni calor y con frecuencia me repugna.

Sin embargo, he de decir que a la luz de mi propia experiencia y considerando la cuestión dentro del curso y en la lógica de mi propia vida, la distancia de marras no es abismal aunque no es pequeña: esto es, constituye un proceso regular que tiene consecuencia interna sin que en él se hayan producido espectaculares saltos de pértiga ni algún repente parecido al del camino de Damasco.

Muchas veces me han interrogado periodistas y otras personas curiosas, buscando la anécdota concreta, el suceso removedor, el momento de choque, la peripecia personal por los que pudiera explicarse mi cambio de actitud. Siempre he debido decepcionarles diciéndoles la verdad: no hay anécdota que valga. Hay veinte años de libertad íntima e independencia práctica —algunos de ellos en retiro y soledad benéficos o lejos de España— durante los cuales, además, han sucedido en el mundo innumerables acontecimientos aleccionadores.

Durante tantos años mi progresivo conocimiento de los hombres, del mundo y de la historia, mis exploraciones en el campo del pensamiento y en el de la realidad, han ido llevándome a conclusiones muy alejadas de mis apriorismos juveniles, más bien recibidos por influencia que conquistados por reflexión.

Pero vayamos a la realidad concreta de ese proceso que exteriormente puede parecer una especie de conversión y que a mí, interior y subjetivamente, me parece un

despliegue de cierta coherencia, acaso porque nada se parece menos a una mentalidad de una pieza que la mentalidad de un joven apoyada en el entusiasmo más bien que en el análisis y más aún si venía informada por una ideología que, como la falangista, aspiraba a una síntesis de elementos bastante dispares y llevaba en su seno la contradicción.

Tenía yo dieciocho años cuando fue proclamada en España la República española, veintiuno cuando se fundó Falange Española —a la que prontamente di mi adhesión—, veintitrés cuando se desencadenó la guerra civil, y veinticuatro cuando cayó sobre mí —sin que yo lo desease ni poco ni mucho— el primer cargo ejecutivo de responsabilidad.

Mis primeros veinte años habían sido, por así decirlo, prehistóricos, desde el punto de vista político. Ni de mi casa, donde yo era el único varón, ni de mi pequeña villa episcopal, donde el correr de la historia era casi insensible, ni de los diversos internados donde había ido cursando mis estudios, incluidos los superiores, había podido yo recibir estímulos para interesarme por aquellos asuntos. Mi educación había sido tradicional y conformista y mis reacciones personales —como es normal— rebeldes e interrogantes. Mi conocimiento de las realidades políticas y sociales era sumario, filtrado con dificultades a través de las grietas de todos aquellos senos maternos en que se defendía aún buena parte de mi infancia, pero bastaba para hacerme comprender que vivíamos todos en una sociedad injusta y algo asfixiante. Fue, sin, duda, el clima de intensa politización desencadenada por la experiencia republicana el que, invasoramente, acabó despertando en mí las inquietudes de ese orden que sólo de un modo intelectual y abstracto —a través de mis desordenadas lecturas y de mi sentimentalismo generoso— se me habían insinuado.

En general lo que me rodeaba era pura reacción contra aquella experiencia republicana —medio escolar, familia, amigos, relaciones, periódicos que entraban en casa—, lo que determinaba en mí cierta perplejidad; por el contrario, mis impulsos condenaban el orden que, al parecer, aquella experiencia venía a remover.

Era yo —y lo soy aún— hombre serenamente religioso y liberalmente creyente, sin muchas inclinaciones místicas y con la punta de anticlericalismo que lleva consigo todo español que no cojea del pie contrario. En consecuencia, me molestaba el estilo de beatería dominante en la oposición derechista, que era lo que tenía más cerca,

pero me repugnaban también los alardes trivialmente blasfematorios que usaban los pocos hombres genuinos de izquierda con los que topé por aquellos años. En términos intelectuales e incluso éticos me atraía el socialismo —la idea de la gran reforma igualitaria del mundo—, pero afectiva y estéticamente, y por la fuerza de muchos prejuicios de difícil disolución, me sentía ligado a «mi» ambiente, el de la pequeña burguesía inmovilista y medrosa que por entonces se soltaba el pelo con todas las monsergas del patriotismo sacralizado. Diría que mi afectividad y mi inteligencia pendulaban inquietamente y me pareció como hecha a mi medida aquella Falange que, con tan excesiva sencillez, venía a decir que «ni derechas ni izquierdas sino todo junto»: sagradas tradiciones y revolución igualitaria.

Entre los jóvenes comenzaba entonces en España —ahora comienza de nuevo— a considerarse sobrepasada la Democracia liberal, como cosa de viejos. Al clima razonable y laico que defendían, mejor o peor, los hombres de la República, oponían muchos jóvenes la mitificación de los ideales, el entusiasmo heroico y revolucionario y la superstición de los poderes fuertes. Quienes en esta corriente no tenían ánimos o estaban sobrados de prejuicios para llegar al final del camino —al de la revolución desnuda y auténtica— encontraban en el fascismo un puente intermedio donde la revolución, depreciadora del espíritu burgués, podía avenirse con muchos de sus hábitos o intereses.

No voy a intentar aquí ni una exposición ni una crítica del pensamiento falangista. En este libro y en algún otro trabajo más directo he polemizado con él, esto es, con la sombra de mis propias ideas juveniles, y no voy a repetir lo que ya he escrito. Diré solamente que en aquellos tiempos su idea del pueblo-nación, unido bajo el mando de una vigorosa y abnegada minoría para conseguir al mismo tiempo —y en forzosa interdependencia— su grandeza exterior o imperial y su refundición social interna, me parecía convincente. Sólo la experiencia me demostraría que cuando se arrumba la mesa del juego donde apuestan los diversos intereses no es para que «todos» entren en el juego sino para que uno solo —el más fuerte— se apodere del botín.

Di mi adhesión al pequeño movimiento falangista, más por la pasión juvenil de tener algo a que entregarse que por la esperanza razonada de ver realizada su utopía. En cierto modo estas formas de adhesión a un proyecto extremista y remoto suelen

ser muchas veces encubrimientos del apoliticismo. En el fondo, y hasta muy próxima la guerra civil, la política ocupaba una porción muy escasa de mi actividad e incluso de mi imaginación. Más artista que intelectual y más contemplativo que activista, la vida literaria y mi propia vida sentimental me absorbían por entero. De otra parte, en la pequeña ciudad de Segovia, donde por entonces fui a vivir, el campo de expansión del falangismo era bien corto y a mí no me correspondían otras actividades que las de discutir —porque eso sí, era aficionado a la polémica y al juego de las ideas— con mis amigos derechistas, que, con muy pocas excepciones, eran los que tenía.

En 1935 conocí personalmente, fuera de los círculos falangistas, a José Antonio Primo de Rivera, un hombre sugestivo, inteligente, de gran elegancia dialéctica, gallardía y segura honradez personal, que a estas gracias añadía la de un punto de timidez delicada y deferente, enormemente atractiva. Me impresionó como no me ha impresionado ningún otro hombre y me pareció ver en él el modelo que el joven busca instintivamente para seguirle e imitarle: algo así como el amigo mayor que siempre orienta el despegue rebelde de los adolescentes cuando sienten la necesidad de romper con lo más inmediato e impuesto. Con esto, mi sistema de mitificaciones quedó completo.

Nunca he dejado ni dejaré de sentir por la figura de José Antonio el gran respeto y el vivo afecto que me inspiró entonces, aunque muchos de sus pensamientos me parezcan hoy inmaturos y otros contradictorios y equivocados. Creo aún en su buena fe con tanto rigor acreditada por las actitudes humanísimas que antecedieron a su muerte. En verdad José Antonio no tenía aquella seguridad histriónica de los jefes fascistas —e incluso no fascistas— y parecía estar siempre en actitud crítica frente a sí mismo, buscando lo que no acababa de encontrar. En conversación particular —aun con una persona muy joven, que tenía ante él la actitud contenida de la admiración incondicional— no ocultaba sus dudas sobre la calidad de la pequeña masa que le acompañaba. Trataba de distinguir su movimiento de los modelos fascistas, no renunciaba a la esperanza de tener audiencia entre los hombres de izquierda para que ellos hicieran innecesario su propio partido tomando la dirección que a él le interesaba. Creía en la amenaza de la revolución comunista, pero no temía menos que el país cayese en manos de la derecha tradicional, medio el más seguro para que la re-

volución fuera, al final, irremediable. Su pensamiento evolucionó visiblemente desde los años en que hizo su primera aparición pública como hijo del dictador, cuando pensaba que «España era el país socialmente más sano del mundo» —como reza un texto de 1920—, hasta la víspera de su muerte en que la España trágica, corrompida por la injusticia, se le aparecía con todo su relieve.

Como todo el mundo sabe, la Falange —esto es, su jefe, que lo era todo en ella— no entró en la conspiración de 1936 sin muchas vacilaciones y sin tener una radical desconfianza. Es posible que la muerte trágica de Calvo Sotelo —contra el que José Antonio había escrito días antes un ataque verdaderamente feroz y destemplado— produjese en su espíritu la remoción decisiva que le impulsó a ceder.

Con reservas o no, el viento de la guerra arrastró a los falangistas y pienso que los habría arrastrado igual si no hubiera mediado la autorización de sus jefes. Especialmente la masa de arrastre, adherida al falangismo después de las elecciones de 1936, era masa puramente derechista que se decidía a cambiar el voto electoral por la pistola. El cuadro dirigente del falangismo, con la sola excepción del vallisoletano Onésimo Redondo, quedó en prisión en la zona republicana desde el comienzo de la guerra y sus hombres más destacados fueron ejecutados sin tardanza. José Antonio Primo de Rivera había considerado, al conocer el fracaso de la tentativa de golpe de Estado, que la guerra, tal como se preparaba, carecía de sentido y debía evitarse. En el testimonio de su proceso de Alicante consta cómo se ofreció al Gobierno para intentar una mediación, y en su propio discurso de defensa figuran declaraciones adversas a los términos en que la guerra se estaba produciendo que —sin ignorar la fuerza de la situación— deben aceptarse como sinceras. Nada de esto, por supuesto, fue conocido de los falangistas hasta muchos años después, y aún hoy se desconoce oficialmente. Pero insisto en que, aun habiéndose publicado a tiempo, nadie hubiera creído en su autenticidad ni hubiera producido el menor efecto.

La guerra era un hecho terminante frente al que no cabían matices: aceptarla o marcharse y en la mayor parte de los casos simplemente aceptarla o sufrirla. Los falangistas la aceptamos de pleno. Hicimos, incluso, cuanto estuvo en nuestras manos por hacerla nuestra completamente y yo no puedo decir que en aquellos tres años mi actitud disonase en nada de la de la mayoría de mis camaradas. Ni siquiera mi repugnancia por el aspecto más sombrío de la guerra, al que me refiero con toda clari-

dad en una nota de este libro, puedo decir que fuera singular o excepcional. No faltaban, por supuesto, los hombres de sentimiento duro para quienes los ejecutores del adversario eran sujetos que cumplían su deber y las ejecuciones mismas una necesidad militar o revolucionaria. Pero tampoco faltaban los hombres de sentimiento blando o de moralidad más exigente, para quienes aquel matar era espanto y deshonra. No diré, sin embargo, que los aprobadores merezcan una severidad mayor que los consentidores.

Lo cierto es que la guerra absorbía estos escrúpulos y amarguras como absorbía las reservas y temores sobre su desenlace. He dicho que no voy a anticipar aquí el testimonio detallado que reservo para otra ocasión. Diré solamente que, con sus horrores y calamidades, la guerra sólo puede definirse con la certera palabra empleada por Malraux: «L'Espoir». Esa esperanza lo llenaba todo y emboscaba, ante la subjetividad entregada de miles o millones de hombres, las figuras del asesino, del especulador y del prepotente, atentos a su cálculo.

En este libro hay un análisis objetivo y condenatorio de aquella tremenda conmoción. Es un análisis histórico que cuenta con las consecuencias, busca los antecedentes, las causas, y trata de acertar las verdaderas intenciones de los empresarios. Pero un testimonio directo y vivido —o recibido en la imaginación como lo haría un novelista— no podría limitarse a ese esquema que tengo por verdadero: habría de contar con las vivencias actuales y los estados subjetivos que a distancia de veinticinco años resultan inverosímiles.

Si declaro que participé con plenitud en la esperanza y el entusiasmo, no ocultaré tampoco que el recelo y a veces el disgusto me acompañaban también como les sucedería a otros muchos falangistas. Tanto por la orientación represiva como por el tipo de intenciones que manifestaban muchos de sus dirigentes oficiales, la guerra de las derechas, la guerra policial, se nos revelaba con descaro, y solamente la fe en el número, y una especie de conciencia de la mayor oportunidad histórica, nos hacía pensar que, al final, podríamos darle otro carácter.

En gran número de casos, los discursos que por aquellos años pronunciábamos los falangistas revelaban esa conciencia desazonada y polémica que nos obligaba a dirigir nuestras invectivas mucho más contra el compañero momentáneo que contra el enemigo de enfrente. Por ese acento de desconfianza o exigencia se distinguían ya, en los

primeros meses, los falangistas que solíamos atribuirnos el calificativo de «auténticos» de los falangistas de arribada reciente o adhesión equívoca, así como al final de la guerra los falangistas que habían vivido su tensión interior se distinguían de los que, recién salidos de las cárceles o liberados del escondrijo, todo lo encontraban a pedir de boca.

Durante los primeros meses de la guerra, pertenecí a la Falange de Segovia, en cuyos cuadros jerárquicos formaba sin ocupar un puesto ejecutivo. Mi misión era, principalmente, de propaganda y de enlace con otras provincias. De vez en cuando pasaba algunos días o semanas en el frente. Y entre estancia y estancia, viajaba, redactaba un semanario y pronunciaba discursos. Estos discursos —improvisados siempre y al parecer eficaces— fueron los culpables de mi ascenso que ni imaginaba ni deseaba y que me llegó por sorpresa.

En el año 1937, los falangistas de la primera línea de Valladolid destacados en el frente de Madrid —con los que yo había compartido más de una jornada y a los que había dedicado más de una arenga— apelaron a la Junta de Mando del Partido, residente en Salamanca, contra sus jefes de retaguardia, designados a la muerte del «jefe auténtico» Onésimo Redondo. No recuerdo cuál era la queja. La Junta de Mando vio el cielo abierto, pues la jerarquía montada en Valladolid había tomado para sí la jurisdicción de toda Castilla y oía las consignas y órdenes de la Junta como quien oye llover. Se le daba a la Junta ocasión para comenzar el desmontaje de las jefaturas territoriales, parecidas a virreinatos, empezando por la más peleona e independiente. Así, contando con la asistencia de los militantes armados, se sustituyó la Jefatura territorial por una simple Inspección, y sujeto a ella, se nombró un nuevo jefe provincial. Ese jefe era yo.

Podría decir que las horas que pasaron entre la recepción del conminatorio nombramiento y las de mi aceptación formal fueron para mí horas, más que dudosas, angustiadas. Me repugnaba el mando y, por otra parte, comprendía que aquél era un paso decisivo que me convertía en personaje público, ente de razón al que nunca hubiera deseado tener que sacrificar mi vida privada, a la que siempre tuve harta mayor afición. Pero estábamos en guerra y la vida privada —salvo como proyecto— era poca cosa. Por otra parte, se pretendía hacer funcionar en la Falange una disciplina rigurosa de la que yo mismo venía siendo propagandista. Pero si el ascenso, como tal, me conturbaba, me gustaba menos aún la idea de hacerme cargo de aquella Falange

vallisoletana, que los falangistas provinciales considerábamos invasora y bronca y que había acumulado un sombrío prestigio de violencia. Había, sin embargo, una especie de reto: no era imposible que las milicias acuarteladas en la ciudad recibieran a tiros a las nuevas jerarquías impuestas por las milicias del frente. En tales circunstancias cualquier reparo hubiera parecido una cobardía.

No hubo tiros y tuve la suerte de que la hosquedad vallisoletana estuviera ya en su fase de marea baja. En los meses que pasé en Valladolid no me vi obligado a autorizar ninguna violencia que pudiera repugnarme y tuve la satisfacción de verme ayudado en la protección o salvamento de no pocas personas. En otros aspectos la entereza de aquellos falangistas era tonificante. En el mes de marzo —si no me equivoco— la autoridad oficial prohibió la difusión de un antiguo discurso de José Antonio, que criticaba a las derechas. Mis amigos y yo asaltamos *manu militari* la radio para leer el discurso y la ciudad fue prácticamente dominada para favorecer el reparto del impreso. Al día siguiente me detenían en compañía de otros falangistas y se nos abría un proceso sumarísimo. Pero los falangistas volvieron a presionar desde la calle mientras la Junta de Mando hacía sus gestiones en las alturas. Cuarenta y ocho horas después estábamos en libertad. En el año 1956 vi, con divertida sorpresa, que en el expediente procesal abierto contra mí por razones un tanto diversas figuraba un oficio de la policía dando fe de este antecedente: «Sometido a vigilancia en el año 1937».

En abril había terminado mi aventura vallisoletana, pues renuncié a la jefatura al conocer el Decreto de Unificación que ponía a los falangistas y carlistas juntos bajo la jefatura de Franco. Pero mi destino estaba echado. La jefatura de Valladolid me había llevado a intervenir en la política general del Partido, me había convertido en uno de los cinco o seis oradores obligados en sus actos nacionales, me había puesto en contacto con los hombres que formaban la Junta de Mando y, en definitiva, me había hecho jerarca sin apelación.

Viví en Salamanca las peripecias de la unificación. Vi cómo detenían a Hedilla encontrándome yo en su casa, y en su compañía, y me precipité al Cuartel General, donde —por una serie de casualidades— pude presentar mis vehementes y casi airadas protestas a Franco por aquello y por todo lo hecho. Creo que la protección inesperada del general Monasterio —jefe oficial de las milicias unidas— me libró de ser detenido.

Unas semanas más tarde se había creado, «de hecho», una situación curiosa. Empezaba a funcionar en casa de Pilar Primo de Rivera una especie de cuartel general oficioso de los falangistas auténticos —que ponían reparos a la unificación—, al que acudían muchos jefes de provincias en demanda de «consignas». Entre este cuartelillo —al que yo pertenecía— y el verdadero Cuartel General, comenzaron una serie de gestiones y trasiegos. Con harta frecuencia fui yo negociador o correveidile, mientras por la otra parte solía ser un personaje nuevo y aun algo misterioso —Serrano Suñer— quien administraba la gestión. De esta manera —polémica y por mi parte frecuentemente impertinente— comenzó una relación que había de convertirse en íntimamente amistosa, capaz de resistir, en el orden afectivo, la prueba de futuras y más radicales divergencias, como en aquellos momentos, por razones de simpatía y respeto recíprocos, soportaba la prueba de las discusiones más vivas.

En el año 1938, la fuerza de los hechos consumados y la fuerza de arrastre de la guerra se habían impuesto y la unificación era asunto arreglado. Con dudas, temores y reservas indudables, entramos todos —o casi todos— en la nueva caja. Al constituirse los organismos superiores del nuevo partido y el primer Gobierno formal del «nuevo Estado», fui nombrado consejero nacional de la nueva Falange y miembro de su Junta Política que constituían doce miembros, seis de ellos ministros de Gobierno. En el Gobierno mismo se me otorgó el cargo de director general de Propaganda —entonces aún se llamaba jefe—, que exceptuaba la jurisdicción de la prensa y la propaganda en el extranjero, así como muchos aspectos informativos de la radio, y me otorgaba jurisdicción sobre la edición de libros, el cine, el teatro, la organización de actos públicos y otras muchas actividades de propaganda directa. Por supuesto, volví a pronunciar discursos con verdadera prodigalidad, por lo que mi menguada figura y mi recortadísimo poder parecían multiplicarse por mil.

La lucha interna por el control del Régimen siguió siempre, aunque rara vez alcanzase expresiones externas. De tarde en tarde, un carlista o un falangista —éstos con más frecuencia— iban a parar a la cárcel por algún tiempo. El ejército cobraba el poder más decisivo y ejecutivo. La Iglesia se volvía invasora. Los económicamente fuertes fingían inquietarse por las demagógicas vociferaciones de los falangistas, pero dormían efectivamente tranquilos.

En enero de 1939 se produjo la ocupación de Barcelona y con ella una crisis de decepción en mi ánimo parecida a la de los días de la unificación. Aunque al modo falangista, veía yo el problema catalán como un problema delicado y no me parecía que el atropello de las cosas que los catalanes amaban —comenzando por su idioma— fuera lo más aconsejable para disuadirles de su veleidad secesionista. Trabajaban conmigo, en el servicio de propaganda, muchos catalanes que, como es lógico, estimulaban aquellas inclinaciones mías. Para «entrar» en Barcelona habíamos preparado, a cargo de catalanes siempre, camiones de propaganda —y hasta ediciones literarias de sus obras más respetables— en el lenguaje vernáculo. La «autoridad» se incautó secamente de todo aquel arsenal y prohibió, sin más, el uso del idioma. Las primeras medidas de ocupación —mezcla de hosquedad represiva y beatería empalagosa— me pusieron al borde de la náusea. Regresé a Burgos descorazonado y enfermo y unos días después tenía que ir a reparar mi estado físico —y en cierto modo el moral— en un sanatorio, precisamente en las montañas catalanas. Esto me impidió llegar a Madrid, ocupado en abril, hasta el otoño.

Durante un año más seguí ocupando mi puesto de director general de Propaganda, aunque de una manera más nominal que real, pues por diversas razones —las más de ellas políticamente irrelevantes— me sentía insatisfecho y despegado de aquellas funciones. Trabajaba, en cambio, intensamente en calidad de miembro de la Junta Política de la Falange oficial y en calidad de jerarca «auténtico». La Junta Política consumía inacabables sesiones proyectando leyes que —salvo alguna referente a la organización del Partido— nunca llegarían a publicarse. Los «jerarcas auténticos» nos gastábamos en no menos interminables conciliábulos en los que se estudiaba la situación y se establecía la necesidad de dar a Franco un ultimátum o, como suele decirse, de «herrar o quitar el banco». Todo era insatisfactorio: el Partido era una comparsería; la Jefatura del Estado y el Partido —una en la persona— nada tenían que ver entre sí; los sindicatos deberían ser una ficción; el Ejército imponía su poder; la Iglesia tiranizaba la política cultural con criterios calomardianos y proyectaba una autoridad ejecutiva inaceptable sobre la sociedad laica; las reformas sociales en la banca, en la tierra, en la industria, no se barruntaban ni de lejos; la represión misma —regulada ya— era antipopular y abría entre los falangistas y su soñada clientela obrera un abismo sin fondo.

Imagino que la mayor parte de los que formaban parte de aquellas reuniones lamentatorias seguirán practicándolas aún y diciendo que «hay que herrar o quitar el banco». Cuando el banco se lo ha comido la carcoma.

Hacia final de 1940 abandoné la dirección de Propaganda y fundé —asociado con Pedro Laín Entralgo— la revista *Escorial*. Como secretarios de la revista, figuraban el poeta Luis Rosales, que en la preguerra pertenecía al equipo de *Cruz y Raya*, y Antonio Marichalar, liberal de tradición que procedía del grupo de la *Revista de Occidente*. En la revista colaboraron prontamente hombres como Menéndez Pidal, Marañón, Zubiri, Baroja, Eugenio d'Ors, Marías y casi todos los poetas y escritores no exiliados, cualquiera que fuera su tendencia. Con la revista pretendíamos contrarrestar el clima de intolerancia intelectual desencadenado tras la guerra y crear unos supuestos de comprensión del adversario, integración de los españoles, etc. En algún número de la revista se condenó secamente —y no sin consecuencias molestas— el nombre de «Cruzada» aplicado a una guerra civil; se condenó el «exceso de arrepentimiento» de los que pasaban de izquierdistas a reaccionarios, dejándonos sin esperanza de equilibrio; se condenó, en fin, de uno u otro modo, la idea del monopolio de los vencedores y de la dogmatización de sus ideas.

Curiosa experiencia. Vista desde cerca y en plena actualidad, *Escorial* pareció a muchos españoles que venían de «la otra orilla», o simplemente del campo liberal, una mano tendida, un alivio, una manifestación sincera de antifanatismo y una tentativa seria de distensión. Así, pues, la lectura del primer editorial de la revista y de mi prólogo a las obras de Machado, escrito bajo la vigilancia del propio hermano del poeta, me proporcionó en aquellos días la amistad de no pocas personas de las que en la España vencedora se encontraban perdidas. La misma lectura, en cambio, me valió la repulsa más viva de hombres que estaban lejos de España o de los que leyeron todo aquello muchos años después. Y la mía misma cuando volviera a leerlo pasados quince o veinte años. Y es que visto desde fuera y desde lejos, todo aquello tenía que parecer una farsa, un falso testimonio, un ardid de gentes aprovechadas que querían sumar y, con la suma, legitimar la causa a la que servían y cuyo reverso era el terror.

Unos y otros, en definitiva, tenían razón.

Por lo que a mí se refiere, confesaré que aquellos años —del 40 al 41— fueron los más contradictorios, desgarrados y críticos de mi vida. Los de disgusto interior más

irritable. Terco en la esperanza y en las convicciones teóricas, vivía cada día su fracaso y me estrellaba cada día contra la realidad.

Fue una fortuna para mí la oportunidad, que se me abrió en 1941, de alistarme para combatir en Rusia. En otra nota de este libro he declarado sin reservas cuál era mi posición de aquellos días frente al conflicto mundial, que cada día se extendía un poco más. Salí de España como intervencionista firmísimo y cargado de todos mis prejuicios nacionalistas. Convencido de que la miseria y poquedad de España se la debíamos a la hegemonía anglofrancesa; de que el fascismo podía representar el modelo de una Europa racional; de que la revolución soviética era el «admirado enemigo» al que había que destruir o en otro caso rendirse, etc. Pero en esta explicación sincera de mi proceso personal no puedo omitir otro aspecto de la cuestión. Del mismo modo que para muchos el alistamiento para Rusia era la solución de algún conflicto vital planteado por estas o aquellas deudas, por estos o aquellos líos femeninos, por este o aquel modo de desajuste con la vida práctica, para mí era —además de un acto político— una buena solución para huir de la cotidiana contradicción y del estado de disgusto permanente que la empresa política española en la que andaba metido me producía.

Biográficamente la campaña de Rusia fue para mí una experiencia positiva. La viví sin saña, incluso con una creciente afección sentimental —que muchos de mis compañeros sintieron como yo— por el pueblo y por la tierra rusa. La viví, creo también, con sencillez: sin retórica heroica y sin miedo. Atroz para todos, pienso que la guerra es un poco menos atroz para el soldado, para el hombre como tal, si sabe encontrar en ella el valor que tiene su propio despojo de toda circunstancia adjetiva, el calor de la camaradería, el descubrimiento casi animal de la necesidad del «otro», la sobriedad e incluso el peligro. Todo esto depura y serena cuando no «entigrece», como Machado diría.

En pocas palabras diré que volví de Rusia deshipotecado, libre para disponer de mí mismo según mi conciencia y libre también de aquella angustiosa situación de crisis, que por otra parte era la crisis que ha vivido todo hombre de espíritu antes de la treintena: la crisis del idealismo juvenil y de la resistencia a la realidad.

Adjetiva y marginalmente diré que una breve estancia en Alemania —al regreso del frente—, y el contacto con personas que nada tenían que ver con el Régimen,

abrían también para mí la primera brecha de desconfianza sobre lo que el triunfo del hitlerismo podía significar. Resistí, claro es, durante bastante tiempo, por tesón y falsa dignidad, estas nuevas sospechas que sólo poco a poco harían su trabajo.

A mi regreso de Rusia hube de dedicar bastante tiempo a reparar mi salud, pero entre tanto fui cambiando impresiones con unos y con otros y haciéndome cargo de la situación. Salvo para mi halago personal, pues me veía lleno de atenciones y ofrecimientos, todo iba a peor. Las posiciones conservadoras se afirmaban en todas partes. La represión alcanzaba proporciones absurdas. La corrupción daba sus primeros pasos. El Partido se aborregaba y abría su propio expediente de depuración para quitarse el sambenito de «refugio de rojos» que le echaban encima los grupos más cerriles. El papel de Serrano Suñer —que con todos sus defectos era un político de casta y parecía pretender una institucionalización seria del Estado y una autonomía real del poder civil— bajaba, no porque sus ideas internacionales fueran éstas o las otras, sino porque se permitía la libertad de poner en duda las dotes mesiánicas del Jefe y no era bastante flexible para lo que el complejo mestizaje de la situación exigía. Subía, en cambio, el papel del secretario general —Arrese—, no porque éste representase «lo auténtico» sino porque parecía el más incondicional de los hombres. Los «auténticos» del Partido —que habían visto, cruzados de brazos, cómo defenestraban a uno de los suyos, el delegado de sindicatos— se acomodaban sin remedio. La masa general sólo aspiraba a recibir el premio de la victoria. ¿Para qué seguir?

Hacia el mes de julio visité en el campo al secretario general y vivamente le planteé el problema: si el Partido no estaba dispuesto a imponer, incluso mediante la rebeldía, las reformas que el país necesitaba, yo estaba de más en aquel juego. Con no menos sinceridad me contestó que él estaba por la lealtad a ultranza. Aquel mismo día tomé mi decisión y quince días después escribía al jefe del Partido y del Estado una carta en que, después de largas consideraciones críticas, le daba cuenta de mi estado de desafección a la causa en la que hasta entonces había estado implicado. Pocos días más tarde, reproduje los argumentos de la carta en otra dirigida al presidente de la Junta Política en la que le rogaba se tramitase mi dimisión de los puestos de dirección o consejo que se me habían otorgado y mi baja en el Partido.

Entre una y otra cosa medió el célebre incidente de Begoña, del que no voy a ocuparme aquí porque ya he dicho que renunciaría a toda anécdota no sustancial para

mi caso. El asunto en sí no me interesaba ni tenía yo relación alguna con él, pero la actitud de los falangistas «situados» en tal ocasión me produjo náuseas y me confirmó en la decisión. Por ello, y aunque el momento era confuso, no quise demorar la presentación de la carta.

Cuatro o cinco días después de entregada aquélla, el presidente de la Junta Política, que había sido su destinatario, cesaba en su puesto y en el de ministro de Asuntos Exteriores. A nadie sorprendió el caso aunque nadie —ni él mismo— pensara que se produciría entonces. Temiendo que, en medio de estas agitaciones, mi carta no hubiera llegado a su destino, reproduje mi dimisión ante el secretario general. Éste le dio trámite y la dimisión fue aceptada de hecho sin que se le diese publicidad alguna. Tales eran los usos. A las dimisiones estrictamente políticas y a mi separación del Partido, añadí la renuncia al único empleo remunerado de que disponía: la dirección de la revista *Escorial*, que, aun siendo obra mía y de mis amigos, dependía financieramente del Partido.

Pasé fuera de Madrid lo que restaba del verano, con idas y venidas, pues era mi propósito iniciar una vida profesional independiente, tirando de mi pobre y mal cursada licenciatura de leyes. No faltaron, claro es, ocasiones para que yo supliese con manifestaciones orales el silencio oficial sobre mi decisión. Tenía la costumbre de hablar claro. Consecuentemente, en el mes de octubre mi asunto concluía con una orden gubernativa de residencia forzosa en la ciudad de Ronda, bajo vigilancia policial.

Complementariamente, se prohibió la publicación de tres libros míos de poesía que estaban en prensa y se le prohibió al jurado del viejo Premio Nacional de Literatura concedérmelo como era su deseo. También cesaba mi colaboración periodística. Como, por otra parte, la fortuna de mi familia, que hasta acabar la guerra teníamos por suficiente y me había tenido fuera de cuidados, pasaba entonces por una fase crítica, el confinamiento —que considerada la situación constituía una medida suave— se convirtió para mí en un problema. Durante bastante tiempo hube de vivir principalmente de la ayuda de mis amigos —los más de ellos compañeros de armas—, que no me abandonaron.

Dejando aparte la cuestión económica —que nunca, por fortuna o desgracia, ha contado para mí como cuestión primordial—, el confinamiento me instalaba por fuerza en el tipo de vida que yo hubiera elegido y elegiría siempre que tuviese medios

y libertad para hacerlo: una vida de comunicación con la naturaleza y con los libros, con las gentes sencillas y, de vez en cuando, con algunos amigos.

La situación de confinamiento duró, no sin variaciones, hasta bien entrado el año 1947, y he de confesar que éstos han sido los años más fecundos y agradables de mi vida. Por ello siempre he hablado de este percance sin la menor sombra de resentimiento.

En 1943 obtuve el traslado de mi residencia a las inmediaciones —unos 30 kilómetros— de Barcelona. Creía que cerca de esta ciudad podría ayudarme mejor con mi propio trabajo y, en alguna medida, así fue. El gobernador de la provincia —hombre bastante independiente— me permitió, tácitamente, la mayor libertad de movimientos entre el pueblo y la ciudad. A mediados del año se levantó el veto de censura para mis libros y pude publicar en la prensa artículos sobre temas «desinteresados», puramente literarios. Con todo ello fui tirando. En 1944 se me brindó en Barcelona una ocasión de trabajo profesional relacionado con el comercio. Me casé. Pocos meses después mi situación de confinamiento se hizo más rígida y la ocasión profesional se fue a paseo.

Mi proceso ideológico —en sus líneas esenciales— maduró, sin duda, en aquellos años de estudio y de reflexión, de libertad íntima y de total apartamiento. El comienzo de él fue la desmitificación de mis creencias y opiniones, al tiempo que se producía el entrenamiento y depuración de mi conciencia religiosa y una especie de escepticismo melancólico frente a la política y frente a la misma historia, propicio a la adopción de una mentalidad humanista más acorde con mi carácter. Creo que mi libro poético *Elegías*, escrito entre 1943 y 1944, aunque no publicado en su integridad hasta 1949, ofrece un testimonio tan sincero como completo de aquella etapa de mi vida interior.

Fue muy decisivo para mí —en toda mi etapa catalana— el contacto con el grupo redactor de la revista *Destino*. Esta revista había sido inicialmente instrumento de la propaganda falangista y sus redactores eran, en su mayoría, aquellos mismos catalanes de que ya he hablado, colaboradores míos en la propaganda durante la guerra. Todos, sobre poco más o menos, eran de origen e inclinación liberal. Al llegar con su revista a Cataluña, lograron independizarla y gradualmente —con la anexión de otros colaboradores de mayor nombre— acabaron por convertirla en el exponente de la

mentalidad media del país para el que se escribía. Durante la guerra tomó una discreta inclinación pro-aliada —la que dominaba en la región— y muy reticente, cuando no abiertamente adversa, respecto al Régimen y a su ideología oficial. Por lo que se refiere a mi apreciación del fenómeno fascista en general, creo que la sociedad con estos hombres y la estrecha amistad con algunos de ellos fue para mí decisiva. El ambiente mismo del país no fue indiferente a mi evolución.

No diré con todo esto que la nueva orientación de mis ideas fuera súbita ni se refiriese directamente a la política. Mi renuncia a la vida política me parecía cierta y definitiva. Las realidades del interior de España no permitían entonces opciones ni perspectivas demasiado libres y en el texto de este libro procuro dar cuenta de cómo aparecía, a mi juicio, aquella situación. No insistiré, por lo tanto. Baste decir que la modificación del Régimen español parecía depender, si acaso, en aquellos años, del resultado de la guerra, con poca intervención de los factores internos. Para los alemanes, Franco era demasiado reaccionario y demasiado clerical. Para los aliados, su frontal enemigo ideológico, y de su victoria cabía esperar la reposición vindicativa de la República volteada por la guerra. En ninguno de los dos casos me veía yo con papel alguno que desempeñar, y si, contra viento y marea, el Régimen iba tirando, con mayor razón habría de mantenerse mi distanciamiento. Pero, comenzando por ser las de siempre, pensadas de otra manera, y sin designio alguno respecto a la acción, mis ideas terminaron por ser otras efectivamente.

Sin perjuicio de la inhibición decidida a que me he referido, en el año 1947 —a sus comienzos, según creo— me sucedió una cosa peregrina. Había hecho, clandestinamente, un viaje a Madrid y allí, por azar, encontré a dos amigos míos que vivían en cotidiana proximidad con el jefe del Estado. Hablamos y no tuve recato en exponerles lo que, de modo puramente teórico, pensaba que cabía hacer si se quería evitar a España mayores males, supuesto que una conmoción sangrienta fuera peor que lo que teníamos. Les pareció que mis ideas debían llegar a Franco y sin más me propusieron negociar una audiencia con él. La cosa era absurda, pues yo era un confinado y, en cierta medida, un opositor. Insistieron y al final accedí con tal de que no se le diese publicidad a la audiencia en cuestión. Dos días después me encontraba en presencia de Franco, sin que por su parte ni por la mía mediase la menor alusión a mi condición de sancionado, que acaso él había olvidado ya y yo no tenía empeño en

sacar a relucir, pues no estaba allí para pedir un perdón que había prohibido pedir en mi nombre, a mis amigos, durante más de cuatro años.

Mi informalísimo consejo, en pocas palabras, comprendía estos términos: Disolver el Partido único, que siempre fue mera comparsería y ahora era estorbo manifiesto. Dar libertad a los sindicatos. Constituir un gobierno de hombres ilustres, en que estuvieran representadas todas las tendencias posibles, sin excluir las más liberales. Que este gobierno celebrase un plebiscito recabando un plazo de confianza, de carácter constituyente, a fin de sustituir la última Constitución legítima por una Constitución nueva que, a su vez, habría de ser plebiscitada. Aplicación de un *status* provisional con libertades reguladas, pero bastante amplias, y tolerancia para la formación de centros de opinión política que en su día pudieran transformarse en verdaderas organizaciones. La etapa constituyente lo sería a término definido y, a dicho término, se restablecería el sistema electivo para la constitución de los órganos del poder. En definitiva, era un programa —absurdo programa— de evolución dirigida a concordar las instituciones españolas con las que, con seguridad, se generalizaban en todo el Occidente.

Fui escuchado con afabilidad e ironía y la inutilidad del consejo no me causó la menor sorpresa. El episodio quedó perfectamente aislado —como si no hubiera sucedido— por lo que a mi vida se refiere. Incluso mi confinamiento se prolongó aún por unos cuantos meses. Si saco a relucir la anécdota es, puramente, por su pintoresquismo y porque expresa lo que, más o menos, pensaba yo por aquellos años.

La necesidad de vivir me llevó a procurarme, a finales de 1948, un puesto profesional de «urgencia» que estaba en el orden de mi competencia y no suponía una claudicación explícita. Un hombre caballeroso y benévolo, al que siempre guardaré gratitud —el entonces vicesecretario general de Falange, Vivar Téllez—, autorizó el contrato para que, al servicio de la llamada Prensa del Movimiento, que funcionaba ya con máscara de sociedad anónima, me fuese a Italia como cronista o corresponsal sin exigirme la menor contrapartida política. Sustituido Vivar Téllez cuando casi estaba yo con mis maletas embarcadas, su sucesor suspendió el contrato para ofrecerme, en cambio, siempre fuera de España, un destino más sustancioso pero de plena significación política. Aunque había quemado mis naves, me negué en redondo. Finalmente se arregló la cosa y pude partir como simple periodista.

Los dos años y medio que pasé en Italia —el pueblo que prefiero entre todos los de la tierra— fueron para mí definitivos. Volvía a tomar contacto directo con la problemática real de nuestro tiempo, en una atmósfera de genuina libertad. Quien lleva muchos años confinado en España sabe lo que ésa vale y significa.

Aunque allí me encontraba muy feliz, tan pronto pude obtener en España una actividad privada de qué vivir, abandoné aquella profesión que, en las condiciones dadas, no podía satisfacerme. Sin embargo, a poco de mi regreso estuve muy a punto de ser enviado a un puesto oficial de representación cultural en el extranjero. El gusto egoísta de mi vida privada me hizo vacilar. Por fortuna la cosa se mantuvo en dudas el tiempo suficiente para que el espectáculo cotidiano de la vida española me pusiera en la realidad y me señalase más severamente el camino del deber. Había pasado ya la fase del escepticismo y la melancolía.

Mi nunca cancelada preocupación por el destino de mi país, mi nunca disipada solidaridad con los problemas de mis compatriotas y, en definitiva, la renovada conciencia de estar y no poder dejar de estar en una corriente histórica de que no era moral ni posible apartarse, volvieron a actuar sobre mi conciencia desaconsejándome la pasividad.

Había llegado a formar sobre la situación española un juicio muy próximo al que en este libro se expone y, por lo tanto, cualquier implicación por mi parte con esa situación hubiera sido un acto contra conciencia.

Me sentía ya radicalmente distanciado de mis posiciones originarias. La pretendida síntesis falangista entre los valores nacionales y tradicionales y los valores sociales y revolucionarios me parecía vaga y retórica. Harto más clara me parecía, en cambio, la conveniencia de intentar la integración de los bienes concretos, las adquisiciones históricas de las anteriores fases del proceso histórico —Estado de derecho, libertades efectivas, derecho al pensamiento y a la creencia, vida privada, pluralidad de formas de vida y asociación—, para acomodarlos a las exigencias técnicas de la economía planificada y a las exigencias éticas de la democratización de las relaciones de producción. Pero éste era el descubrimiento del Mediterráneo, porque en tal movimiento de integración consistía sustancialmente la Democracia.

Siendo vagas y retóricas las pretensiones sintéticas del falangismo podían aún servir, previa desmitificación o conversión; pero lo que de ningún modo servía era la fór-

mula de la dictadura minoritaria y tanto menos cuanto se había practicado con exclusión y aplastamiento de las únicas fuerzas progresistas, de las únicas que representaban el segundo momento dialéctico de la síntesis —el revolucionario— a favor de las que representaban, para usarlo como máscara de sus intereses, el momento tradicional. Volver a la Democracia, cantando humildemente el *mea culpa*, o decidirse por la revolución genuina, sin miramientos, era lo que quedaba. Demasiado liberal —por temperamento y reflexión— para lo segundo, yo, honradamente, no podía estar sino en lo primero.

Pero aunque estas reflexiones se me imponían, quedaba otro aspecto de la cuestión: el aspecto táctico o de posibilidad. La guerra civil había sido un hecho de gran peso. Las fuerzas establecidas por ella, duras de pelar y difíciles de remover. Las circunstancias de España —empezando ya su convalecencia económica y a punto de normalizarse su situación internacional, lo que determinaba influencias estimulantes por fuera y movimientos de emulación por dentro— parecían favorables a una evolución en la que, partiendo de lo dado y con un mínimo de traumatismo, se pudiera llegar a donde la lógica histórica exigía que se llegase.

Me pareció que se debía, por de pronto, instar sobre las clientelas mismas del Régimen y sobre sus fuerzas de sostén, para conseguir la anulación del *status* de discriminación que dividía a vencedores y vencidos, la liberación de la vida intelectual y gradualmente de todo el aparato informativo, la autentificación, cuando menos, de los sistemas representativos en la vida municipal, en la vida sindical —lo que supondría la desburocratización de los sindicatos— y en la constitución del órgano legislativo, así como el reconocimiento de los derechos mínimos debidos a la realidad regional. Aprovechando aún la concentración de autoridad del sistema, podían precipitarse además las reformas estructurales, en el campo, en la banca, en el sistema fiscal y en el propio régimen de empresa. Con todo esto podría promoverse una reactivación de la opinión pública y un cierto entrenamiento para la vida civil responsable, desdramatizando las antiguas tensiones. Después podría procederse con serenidad a la reestructuración del sistema entero en vistas a una democracia efectiva. Si la opción monárquica se imponía, nada tan fácil como pasar a vía de hecho. Si la opinión dominante se decidía por la fórmula republicana, bastaría con decretar la temporalidad de la jefatura del Estado, y cumplido el plazo concreto —que sería una

verdadera etapa de Dictadura constituyente— entraría a actuar, para la sucesión, el sistema electoral directo.

Sin duda todas estas sugestiones, considerada la situación en su realidad, pecaban en muchos puntos de fantásticas y en su totalidad de ingenuas; pero he de decir que encontré muchas gentes —de uno y otro bando de la línea trazada por la guerra— que las consideraban satisfactorias. Para unos un proceso de ese tipo eliminaba los peligros de una violenta revisión que no se detendría en los abusos. Para otros significaba el recobro de la libertad y la dignidad sin esfuerzos dramáticos. La idea de que lo primero de todo era cancelar la guerra civil y dar a los españoles de uno y otro bando la esperanza de un porvenir común se me imponía como un deber capaz de justificar —si se alcanzaba— toda una vida.

Discrepando aquí, aceptando allá, el «sentido» de lo que yo proponía —la necesidad de una evolución rápida y sincera del sistema— parecía aceptarse en los medios más diversos. Oí aquiescencias en boca de los propios ministros. Las oí, más reservadas, en la del propio Franco, al que entre el 51 y el 52 visité dos veces.

Para intentar promover un ambiente a favor de esas operaciones era necesario que yo me atuviese a ciertas normas de conducta. La primera sería la de renunciar a toda oferta de reintegrarme al sistema ni aceptar sus beneficios. Ya he hecho referencia a ello en una de las notas del texto. La segunda sería la de utilizar todo diálogo y toda tribuna, todo medio de comunicación y propaganda, midiendo en cada caso el alcance de mis sugerencias por la capacidad de comprensión de las diversas personas y los diversos ambientes. De esta forzosa y un poco inocente decisión resultaron no pocas ambigüedades en mis escritos y, con más frecuencia, en mis conferencias. Hay que pensar que el medio sobre el que yo podía intentar más fácilmente la proyección de mis ideas era el medio falangista, y especialmente el juvenil. Con todos sus defectos ese medio era aún el más permeable y generoso, pues atraillado al Régimen por un sentimiento de corresponsabilidad, no lo estaba tanto por el cinismo de los intereses. Y lo cierto es que —como digo en otro sitio— era de ese medio de donde se iban desprendiendo para girar en nuevas órbitas de plena independencia los primeros fragmentos de oposición juvenil.

En el año 1952, un amigo mío de Barcelona, el industrial Alberto Puig, me comunicó su deseo de lanzar en su ciudad una revista de formato popular y colaboración selecta para trabajar genéricamente por la liberalización del país. Interesaba tam-

bién dar nueva y oportuna expresión a las exigencias de la vida catalana y comunicar alguna esperanza de resurgimiento a las masas sindicalistas. Me interesé por el proyecto y participé en él consiguiendo la colaboración decidida del grupo intelectual de Madrid que me era más próximo y cuyas determinaciones liberales se hacían de día en día más explícitas. He de decir que los colaboradores del ministro Ruiz Giménez apoyaron cuanto pudieron la empresa. En cambio, el grupo neotradicionalista, en el que dominaban los hombres del Opus Dei, se constituyeron en sus antagonistas, aunque es evidente que ellos también —en dirección reaccionaria— buscaban la evolución del sistema. Esta hostilidad concreta desde un solo punto deformó no pocas veces, restringiéndolo, el mensaje que la revista se proponía.

La sistemática interferencia de la censura —que en ocasiones llegó a dictar alteraciones graves de mis textos— me descorazonó por completo. Las reacciones de los grupos oficialmente controlados y la pasividad de los otros poderes reales no daban mejor ánimo. Poco a poco iba siendo patente que el Régimen no era modificable sino por su simple liquidación. En este forcejeo del posibilismo con la sinceridad se perfilaron en definitiva mis juicios e ideas tal como en este libro se exponen ahora.

En el año 1955, pronuncié en el Ateneo de Barcelona una conferencia tan larga como desnuda en la que —con más brevedad y menos variaciones— presentaba a un público complejo la interpretación de la situación española que ahora presento por escrito. Había rogado yo a los organizadores del acto —jóvenes discrepantes que se amparaban en una Hermandad de Ex-Combatientes ¡de la «División Azul»!— que evitaran la constitución de una presidencia de tono oficial, porque lo que yo debía decir no podría autorizarlo una tal presidencia sin interrumpir el acto. Las autoridades, pues —simples delegados en su mayoría—, formaron en la primera fila junto al público y así quedaron en situación de no poder reaccionar sobre la marcha. El ambiente fue, por otra parte, tenso y caldeado. Algunas semanas después, y como resultado del informe elevado a sus jefes por el representante de la autoridad militar, se iniciaron las diligencias para procesarme. Un juez comprensivo y decoroso impidió, sin embargo, que la cosa llegara más lejos.

Pero yo había tocado fondo. Desde aquel punto y hora nadie volvió a ofrecerme una tribuna pública. Las facilidades que hasta entonces había encontrado, especialmente en los colegios universitarios, se acabaron para siempre.

Si a mi llegada de Italia no sabía yo a quién dirigirme fuera de los círculos oficiosos y autorizados, a lo largo de las actividades que acabo de consignar fueron apareciendo ante mi vista grupos de personas que luchaban por su cuenta y otros que emergían de la España de las catacumbas, de la oposición histórica, deseosos de enfrentarse, sin ambages ni rodeos, contra el sistema establecido.

Desde el mismo año 1954 venía teniendo contactos con grupos de jóvenes, universitarios en su mayoría, que me ofrecían perspectivas de replanteamiento, menos fáciles, pero también más claras que las presentadas por mí. Ayudé a uno de estos grupos a trabajar en la Universidad organizando actos intencionados y tratando de promover alguna asociación de doble filo, intelectual y político. En 1956 —febrero— estaba maduro el plan de una campaña estudiantil para exigir la profesionalización y democratización del Sindicato Español Universitario y la convocación de un congreso nacional de escritores jóvenes.

Presidí la reunión donde se acordó el texto que había de someterse a la firma de los estudiantes de Madrid, en días en que —me constaba— el ceño del Gobierno se iba frunciendo amenazadoramente e incluso las advertencias a los colaboradores de Ruiz Giménez, como corruptores liberales de la juventud, se hacían continuas y severas. Advertí a mis jóvenes amigos que, con toda probabilidad, iríamos a parar a la cárcel, lo que, a efectos de agitación, podría ser más importante que recoger firmas o circular manifiestos.

Así fue. Los falangistas de obediencia reaccionaron violentamente contra la recogida de firmas. Hubo bofetadas y violación de símbolos sacralizados. A ello se respondió con nueva reacción, asaltando —esta vez los falangistas adultos y armados— la Universidad. Más golpes e intervención de la fuerza armada. Por fin la cuestión salió a la calle y en un choque de la manifestación estudiantil con una tropa de falangistas jóvenes sonó un tiro —de procedencia aún incógnita— y uno de los falangistas cayó herido. Aquella noche otros falangistas velaron las armas y escribieron listas para posibles ejecuciones con las pistolas al cinto. Al día siguiente el Gobierno hacía en la prensa mi presentación oficial como miembro de la oposición ante el país y fuera del país. Después de mes y medio de cárcel, los contactos, difíciles un mes antes, eran ya coser y cantar.

El sacrificio de Ruiz Giménez en el Ministerio de Educación fue simbólico en cuanto suponía la respuesta del Gobierno y de todas sus fuerzas de sustentación a la

propuesta de la reforma gradual y evolutiva que muchos habíamos mantenido. Ya no quedaba otra solución —como yo había anticipado en mi conferencia de Barcelona— que tratar de totalizar un frente lo más amplio y complejo posible para desgastar, y en su día debelar, al Gobierno y para dibujar ante los españoles la imagen de un régimen futuro.

Unos meses después de mi salida de la cárcel, un grupo de jóvenes de las más diversas procedencias —un paradigma esquemático de la cancelación de la guerra civil— me pedía que estudiase la posibilidad de constituir con ellos un grupo político germinal y renovador, de orientación progresista, culturalmente liberal, políticamente democrático, económicamente neosocialista. Era justamente la orientación que correspondía a mis ideas y, sin grandes pretensiones, conscientes de que el camino sería largo y la operación destinada a una final abnegación, dimos forma al Partido Social de Acción Democrática, que luego, por razón de uso, se quedó en Acción Democrática pura y simplemente. No era un partido ni era un seminario intelectual. Era —con algo de lo uno y lo otro— un centro de promoción y gestión que no hipotecaba las decisiones futuras de sus participantes —unos más liberales, otros más socialistas— pero acaso sirviera para fijar las líneas de encuadramiento de un sector social no clasista y bastante específico.

En abril de 1957 volvía a la prisión como resultado de mis declaraciones otorgadas al semanario *Bohemia* de La Habana. Los jueces no apreciaron que la presunción de delito fuera tan clara como para exigir la prisión preventiva y acordaron mi libertad bajo fianza. Pero la policía me tenía preparado un segundo proceso que se puso en marcha sin solución de continuidad. Ahora me acompañarían algunos amigos del grupo de Acción Democrática y de otro grupo gemelo o paralelo de definición funcionalista. La amena aventura duró unos cinco meses más, lo que en el clima español no es como para ponerse moños.

El grupo, falto de asistencias económicas y navegando como barquichuela clandestina entre la pasividad del ambiente, no se ha convertido ciertamente en un peligro para el sistema. Pero ha sido y seguirá siendo un pequeño factor de reunión que acaso no sobreviva a la faena de abrirle a España una nueva perspectiva, pero que quedaría —como yo mismo— plenamente justificado si contribuyese a tanto.

A la salida de la prisión, en septiembre del 57, consideré que acaso fuera oportuno, puesto que las circunstancias me hacían otra vez hombre público ocasional, defi-

nir y publicar mis razones o, dicho de otro modo, mi proceso. A tal fin escribí una serie de trabajos y luego de modo más orgánico, como acabo de explicar, este libro, al que he querido dar el carácter más impersonal posible, puesto que mi propia explicación no puede consistir sino en la explicación de las razones objetivas de mi actitud: esto es, en la explicación de la situación española.

Su lenta e imperativa penetración en mi conciencia es el argumento de la trayectoria personal de que vengo dando cuenta. Y no hay otro. El que, desdeñando mi palabra, quiera buscar móviles secundarios y privados en mi conducta se equivoca o me calumnia. Y ello no es cosa mía.

Pero aún es cosa mía responder a una pregunta probable que, con todo lo dicho, no excusará más de un lector —especialmente más de un lector español—: Pero si este hombre confiesa que se ha equivocado una vez, ¿por qué quiere intervenir de nuevo y no se calla?

A esto diré que precisamente por eso. Porque me equivoqué, esto es, porque intervine una vez —sin duda con insignificancia— en el proceso histórico español, me considero comprometido con ese proceso; con España y los españoles. Puede cancelarse el compromiso con unas ideas cuando se reconoce que no sirven y con un partido cuando se le considera corrompido o averiado. Pero el compromiso del hombre civil con su comunidad no se cancela nunca, a mi juicio, salvo caso de desesperado, dramático, extrañamiento. Yo no estoy aún desesperado de España. Ni las conveniencias ni el tirón de los afectos han podido convertirme en desterrado o inhibido en mi propia patria. Sin la menor causa de resentimiento, sin la menor codicia de poder o de brillo, he vuelto a la actividad que, a mi juicio, me viene exigida por mi simple conciencia de ciudadano solidario. Y esto es todo.

Madrid, mayo de 1961.

[*Escrito en España*, segunda edición corregida, 1964, págs. 9-30]

OTROS ARTÍCULOS, OTRAS CARTAS Y NUEVOS CONSPIRADORES: *MAÑANA*

CARTA A JUSTINO DE AZCÁRATE [1962]

[Inédita. Mecanografiada]

Sr. D. Justino de Azcárate
Caracas

París, 3 de agosto de 1962

Querido Justino:

Recibí tu carta y el sistema de vagabundaje en que he vivido estos días me ha impedido contestarla con una puntualidad decente. Esto no quiere decir que no me conmoviese mucho, confirmándome el estado de amistad en que nos despedimos en Madrid.

Sería largo y complicado explicarte todo lo que ha habido por nuestra parte en la operación de Munich. En cierto modo, son cosas que hemos hablado en Madrid. Si queremos ofrecer a los españoles y a los demás un instrumento de seguridad que permita pasar a una situación más decente, hemos de dar a entender que existe una plataforma de acuerdo en la que los dos antiguos contendientes, por una parte, y las dos clases sociales más importantes del país, por otra, son capaces de acordar una convivencia civilizada. Sin proclamar esto, no se puede ir adelante, pero no por ello dejaré aparte tu consejo de «viejo» exiliado. Es evidente que lo que puede tener eficacia es lo de dentro y lo nuevo, y eso es lo que me propongo potenciar por todos los medios que tenga en mi mano. Hace falta, sin embargo, contar con un proyecto indicativo. Mi intención más inmediata es tomar instrumentos y medidas para desarrollar el grupo que comencé a formar en España y, en torno a él, polarizar las reencarnaciones de las dos

tendencias predominantes en el país. No imagino que se trata de una operación rápida y milagrosa. Contra lo que piensan muchos, será un trabajo todavía duro, que requerirá algún tiempo para su madurez, pero también, como ves, el único realizable si queremos evitar la cubanización y argelización de España.

De momento, Gloria se ha quedado en Madrid con los chicos y parece que tiene dificultades para obtener un pasaporte de ida y vuelta. Como quiera que mi instalación es muy provisional, no me decido a traer la familia conmigo. Si fuera posible, volvería a España, incluso ilegalmente, pero antes quiero aprovechar la ausencia forzosa para hacer cosas que, desde mucho tiempo atrás, deseaba hacer. Me interesa, sobre todo, una gira por América y creo que la haré en octubre. De modo que, dentro de un par de meses, probablemente volveremos a hablar largamente y con calma.

Estoy un poco descorazonado por la actitud innecesariamente elocuente de nuestro amigo de Washington. La medida es difícil para las gentes que no son verdaderamente libres. No diré que hemos perdido un amigo, pero he de reconocer que mi estimación por él ha bajado muchos grados, cosa que siempre me produce un gran trastorno.

Me gustaría tener noticias tuyas y, entre tanto, te anticipo un abrazo muy fuerte.

D. R.

[1963] LA GUERRA CONTINUADA

La indignación producida por el fusilamiento de Julián Grimau se ha mezclado, en casi todos los casos, con un sentimiento de estupefacción. A primera vista no se trata sólo de un acto cruel, sino también de un acto absurdo. Sin embargo, raramente son absurdos o inexplicables los actos políticos, y su explicación suele aclarar la naturaleza de la situación en que se producen.

El fusilamiento de Grimau, condenado en juicio sumarísimo por un tribunal militar, es un acto de guerra. La calificación que ha servido para condenarlo no es ima-

ginable —aplicada a un hombre civil— más que en un «estado de guerra». Los hechos en que se funda esa calificación son de épocas diversas; los primeros se refieren a una guerra efectiva, concluida de hecho hace veinticinco años; los otros son recientes. La relación de «delito continuado» que se establece entre los unos y los otros sería absurda si no aceptásemos que para el Régimen español la guerra sigue abierta. Este *estado de guerra continuada* es la primera explicación que cabe dar al hecho y que define, en primera instancia, la naturaleza del Régimen español.

Desde este punto de vista hay que rechazar la idea de que el caso de Grimau sea excepcional. La situación de guerra continuada ofrece una serie ininterrumpida de casos semejantes, aunque no siempre tan trágicos. Es un sistema por el que regularmente el poder personal impone al automatismo simple de la justicia militar la represión del enemigo político, que, confiada al orden civil, sería más compleja y aplicada por vía gubernativa sería más desairada.

En todos aquellos casos, sin embargo, se daba un ajuste más o menos automático entre la respuesta represiva y una provocación concreta. El caso de Grimau no es el de una reacción en caliente. Dando por supuesto que Grimau fuera un activista de gran eficacia, su acción venía siendo meramente organizativa y no se había producido próximamente ningún movimiento de amenaza pública que pudiera atribuírsele. Para agravar su caso ha habido que retroceder a sus actividades durante la guerra civil. Es imposible creer que esta decisión haya podido darse en el automatismo del aparato judicial. Hay razones para suponer que se trata de una operación calculada. Un mes antes de señalarse la fecha del juicio, el Ministerio de Información había publicado un folleto en el que presentaba muy aumentados los cargos que después han servido para condenar al acusado. En este folleto se dibujaba un caso arquetípico o, como ahora suele decirse, una figura testifical.

Grimau tenía que servir como testigo de una tesis franquista sostenida obstinadamente ante el mundo y según la cual la guerra civil española no sería algo parcial, el primer episodio de la Segunda Guerra Mundial, sino el antecedente de la guerra fría que hemos conocido después. Para ello el franquismo viene sustituyendo la imagen compleja del frente republicano al que tuvo que atacar en 1936 por la imagen exclusiva del Partido Comunista Español y de la revolución desencadenada. Del mismo modo sustituye la imagen de una oposición compleja e ideológicamente relacionada

con el mundo libre por la de una oposición exclusivamente inspirada en el modelo soviético. De esta manera se quieren absolver los excesos pasados y justificar la perduración de un sistema que no sirve para la paz. Encerrando a España en el dilema entre la dictadura reaccionaria y la dictadura revolucionaria, se busca la asistencia de las fuerzas de orden del país y la indulgencia de los países occidentales.

Este argumento, muy usado, no bastaría para explicar el hecho si no se le acumulase una motivación más actual. En otro aspecto, la ejecución de Grimau representa un recurso para superar una crisis que podríamos llamar de distensión. Quizá Grimau no habría muerto si Franco no hubiera tenido que aceptar en los últimos tiempos muchas cosas que le contrariaban y debilitaban su poder. Ablandamientos impuestos por la presión internacional y por las aspiraciones de los mismos grupos asociados al sistema. Su último discurso revelaba a las claras esta contrariedad y el deseo de recuperar sólidamente las riendas del mando.

Ahora bien, para mandar del todo, Franco tiene que mantener la ecuación entre el temor que inspira su violencia y el que pueda inspirar la posible violencia de sus adversarios. Por desgracia para Franco, sus adversarios históricos venían ya desde hace algunos años negándose a favorecer esta tensión. En efecto, la operación de restablecer en España un régimen democrático —e incluso la de reorganizar un dispositivo revolucionario— dejaba de estar relacionada con la idea de una segunda vuelta regresiva, de un ajuste de cuentas. La apertura de un proceso general de responsabilidades por la guerra civil venía siendo renunciada por todos como algo indeseable. En 1939, Franco había cargado todas las responsabilidades de los abusos «equivalentes» producidos por la guerra en la cuenta de sus adversarios vencidos. La justicia quedaba así descompensada y, lógicamente, los que quedaban definidos como reos debían aspirar a convertirse en jueces. Pero han pasado veinticinco años. Han pasado para todos menos, al parecer, para Franco. Los antiguos adversarios del Régimen han visto aparecer a su lado nuevas fuerzas de oposición que no tenían cuentas que cobrar. Por otra parte, la forma del mundo bajo cuya presión habrá de organizarse la solución española no sería favorable a una operación vindicativa que fácilmente sugiere ideas de guerra y exigencias de poder absoluto. La necesidad de cancelar el conflicto pasado y buscar la concordia se ha ido imponiendo en la conciencia de todas las fuerzas opuestas al sistema. Cada vez que las instancias a la pacificación se han

hecho explícitas, el franquismo ha reaccionado con un malhumor evidente. El caso más próximo fue el de la cordial confrontación de previsiones llevada a cabo en Munich por grupos y hombres procedentes de las dos partes de la guerra civil. Últimamente, estas instancias a la cancelación del pasado y a la previsión negociada del futuro parecían ir calando en importantes sectores «comprometidos» de la sociedad española e incluso en los propios equipos del Régimen. Ayudaba a ello el convencimiento de que España debería, a no tardar, reconciliarse ideológicamente con un mundo donde las situaciones de guerra continuada no serían aceptables. Para Franco esto representaba un gran peligro, y acabamos de conocer su respuesta.

Así parecerá comprensible lo que al principio parecía absurdo: que se haya promovido un nuevo juicio de guerra con especial referencia a la guerra civil de veinticinco años atrás, presentando la actividad de un militante comunista como un acto de continuación de aquella guerra.

Por la lectura, penosa para un español, de los informes sobre el Consejo de Guerra, hay que excluir la idea de que el juicio y la condena se deban al peso criminal de los actos del acusado. Todos los observadores, cualquiera que fuere su tendencia, afirman en primer lugar que esos actos se han establecido sobre pruebas indirectas y frágiles y que su descripción suscita inmediatamente el argumento *ad hominem* que pone moralmente en el banquillo a los agentes, policías y jueces usados por el franquismo durante la guerra civil y en años sucesivos. En segundo término se aprecia que el concepto de delito continuado exige una homogeneidad entre las actividades sucesivas presentadas por la acusación, y si —en los últimos años— las de Grimau eran puramente ideológicas, está claro que es el carácter ideológico y no el carácter delictivo el que se subraya en los actos anteriores.

Es igualmente absurdo pensar que con la muerte de Grimau se ha querido detener drásticamente la expansión del Partido Comunista en España. Es evidente que el comunismo se divulga en España a favor de las condiciones objetivas mantenidas por el franquismo, así como se neutraliza en otros sitios por la virtud de unos modelos político-sociales que demuestran a las masas la superfluidad de la revolución. La violencia no impide nada y la muerte de Grimau otorga al Partido Comunista un nuevo y doloroso título de prestigio. Por otra parte el Régimen, que se deshonra deteniendo, maltratando, matando comunistas e inventándolos a veces, no ha tenido nunca interés en silen-

ciar los testimonios de esta expansión, que favorece con sus propios métodos de educación demagógica y autoritaria y en la que busca la dictadura su propia justificación.

Grimau ha muerto «representando» al enemigo de la guerra continuada por las características que a Franco —según su pensamiento inmediatista— le convienen. Pero ha muerto verdaderamente. Porque ante todo se trata de devolverle a esa guerra —ya apagada y conclusa para los españoles corrientes— toda su vivacidad. Grimau es así uno que se había escapado en la cuenta de 1939. Matarle ahora, a los veinticinco años, es como volver a matar a todos los muertos. Y eso no se hace por simple brutalidad o fanatismo, sino con intenciones bien medidas. Se quiere que una parte importante de la sociedad española acepte su propia responsabilidad sobre el supuesto de que esta sociedad se ha implicado por aceptación en todas las violencias y debe temer por lo tanto las represalias y consecuencias. Para que esto no se olvide hay que renovar la culpa y hay que excitar al adversario impidiendo que su distensión, la disipación de su espíritu de venganza, produzca los efectos tranquilizadores que harían imposible la continuación de un sistema de fuerza. Se trata de volver a presentar el porvenir como algo particularmente amenazador y dramático, haciendo lo posible para que efectivamente lo sea.

Es un acto que define el estilo del poder personal. Un acto, en cierto modo, de reconquista, con el que quiere derribarse de un manotazo el castillo de naipes levantado por los colaboradores reformistas, europeístas, liberalizantes del propio Régimen, obligándoles por el hecho consumado a reconocerse pura y simplemente cómplices de un sistema de violencia y autoridad brutal.

Franco ha insistido en sus costumbres: la piedad humana no cuenta cuando está en juego el poder, los intereses reales del país se subordinan a la conservación del mando, el problema interno prima sobre las consideraciones de prestigio que afectan a la vida de España en relación con el mundo. Franco ha desafiado una vez más la conciencia moral universal para cortar los peligros del aflojamiento de su sistema y ha querido implicar a *todo* su sistema en un nuevo acto deshonroso para que no haya retroceso posible. Todo hace pensar que, dejándose llevar de su orgullo, ha calculado mal.

Nadie agradecerá a Franco que haya matado a un comunista por el hecho de serlo. Éste es un modo de lucha ideológica que nadie puede aceptar en nuestros días. Es algo que ni siquiera dentro del sistema español pueden admitir sin grave contradic-

ción los cristianos que acaban de leer la encíclica de Juan XXIII —a la que el acto de Franco parece dar una réplica airada—, los hombres que piensan que España forma parte de Europa o los militares preocupados por el honor de su país.

Hasta ahora los colaboradores del sistema, en todos sus grados de vinculación, han «encajado» silenciosamente el hecho. Queremos pensar que no puede durar esta inhibición. Que no puede permitirse cerrar una vez más el círculo de la implicación y del miedo que es la esencia de la guerra continuada y del poder franquista. Las tentativas de los últimos meses, que habían atraído la atención internacional e incluso el interés de los opositores al sistema, se vienen abajo. Hay que esperar alguna resistencia. La cuestión es grave. Se quiere conseguir la vuelta a una situación cruda y las situaciones crudas no tienen salida. Si los enemigos de Franco no tuviéramos más piedad por España, no sintiéramos más vivamente que él la responsabilidad de su destino, estaríamos de nuevo en el clima de la tragedia. En el clima de guerra que Franco busca para durar. Franco contra la moral, contra la razón y contra todos —aunque no todos lo entiendan— cuando, inevitablemente, está en la «última vuelta del camino».

[*Ibérica*, 15 de mayo de 1963, reproducido de *Casi unas memorias*, págs. 394-397]

CARTA A JUSTINO DE AZCÁRATE

[Inédita] [1963]

Chez: Hurtado
33, rue Kowendal. París XV

París, 1 mayo 63

Querido Justino: He estado en silencio porque las cosas iban despacio, sin decidirse a tomar forma, y deseaba —al escribirte— poder contarte algo de provecho.

Ya has visto. Franco y sus neutros —los militares «secos», los Carreros, los Alonsos— han querido y logrado meter en el saco del Estado de Guerra y del crimen concreto a todos los inquietos. Un movimiento mixto —por lo que sé— de cálculo y chulería reactiva. Los inquietos, comandados por Muñoz, parecen resentidos del atraco pero no pasan de ahí. Me dicen que Ruiz Giménez —al que escribí y que intervino como pudo— no ha recatado la disconformidad y ha dimitido de la Ed. Católica. D. Ramón [Menéndez Pidal], Laín, José Luis [Aranguren] y algunos otros se manifestaron en una petición de gracia. Son pequeños consuelos. Yo escribí para *Le Monde* un artículo cuya versión española leerás en *Ibérica*. Lo llamaba «La guerra continuada». En *Arriba* han acusado recibo poniéndome de chupa de dómine.

Dramatismo aparte, creo que llega el momento de retomar la iniciativa. El pacto para el que he trabajado había llegado a punto muerto. Pero he conseguido que se convenga en formar un Comité Interpartidista de Consulta y Cooperación. Sin mucha formalidad pero suficiente para que haya un centro de gestión común. Luego el pacto formal volverá a discutirse. Todos son mediocres —también en el interior lo son- y hay que poner paciencia.

Por fuera de ese comité informal pero suficiente se me ha ocurrido promover un Comité español de personalidades —Madariaga, Américo [Castro], [Josep] Trueta, [Pau] Casals, Bosch [Gimpera], etc.— que sirva:

1.º Para testificar ante el mundo la existencia de un movimiento democrático interior que no puede expresarse;

2.º Para tomar iniciativas de protección y réplica (acabo de ver una vez más al P[artido] C[omunista]. actuando como centro único incluso para pedir «estado de derecho»);

3.º Para recabar medios y ayudas donde sea posible. Voy a ir a Oxford en la semana próxima para estudiar el asunto con D. Salvador [de Madariaga] y con [Josep] Trueta.

Pienso que este Comité y algunas personas más se dirijan ahora, en caliente, al ejército, para ponerle ante los ojos su propia posición de «ocupantes» en virtud de la existencia de los tribunales de guerra. Puede significar algo.

Por último, trabajo ya en un proyecto que te interesará particularmente: celebrar en Madrid —Corpus— una Conferencia-Congreso para estudiar las consecuencias

de la Encíclica [*Pacemin Terris*] en orden al deber civil de los católicos. La encíclica es excelente e inequívoca. En España se está «escondiendo». Hay que sacarla a la luz para concluir que los católicos han de agruparse democráticamente para tratar de llevar la encíclica al mundo. Se trata de un acto de presión para que los católicos «desfalquen» al franquismo y reconozcan la necesidad de organizarse políticamente fuera del sistema y contra él. He hecho gestiones en Francia y hay «disco verde». Voy ahora a Roma para tratar de convencer a los jesuitas de que patrocinen el programa y a la curia de que actúe sobre Toledo para que lo amparen allí. Los grupos promotores y actores serían: Montserrat, jesuitas, Gredos —los amigos—, *El Ciervo*, los cuatro grupos democristianos, al fondo la Acción Católica con sus HOAC. No se excluirá, siquiera, la posibilidad de que venga una fracción discrepante del Opus. Si la cosa saliera —y hoy ése es el único frente sensibilizado— creo que habríamos hecho algo importante.

Naturalmente creo que debes participar —de un modo o de otro— en estas iniciativas. Te tendré al corriente e irás recibiendo invitaciones concretas.

No tengo que decirte que el documento que adjuntas a tu carta ha venido con la mayor oportunidad cuando necesitaba «alas» con que moverme. Gracias a ello el viaje a Roma y a Oxford no tendrán dificultades. Te lo agradezco mucho y lo acepto y recibo con mucha amistad.

Sé que te marchaste de Madrid un tanto deprimido por la atonía general. Me atrevo a pensar que van a cambiar un poco las cosas. Creo que Franco no ha medido como debiera y que se le ha ido la rienda. Por otra parte parece cierto que su salud no es ya muy buena. Acaba de publicarse una rectificación oficial a una información del *The Observer* y la rectificación es casi una confirmación. Pero no es esto sino lo que hagamos para merecer el cambio lo que debe inspirarnos confianza. Sigo con el lema del «pesimismo animado».

Déjame saber de ti. Dime lo que se te ocurra. Dime lo que mis ocurrencias te parecen.

Un fuerte abrazo.

D. R.

[1963] CARTA A JUSTINO DE AZCÁRATE

[Inédita. Mecanografiada]

París, 9 de agosto de 1963

Querido Justino: Recibo tu carta con un breve retraso porque cuando [¿ella?] vino a París yo estaba aún en Collioure, donde he tenido a Gloria y a los niños conmigo unos veinte días. Gloria me ha acompañado a París —se volverá hacia el 15— y yo, después de gastar unos días en librarme de asuntos urgentes y de visiteos «de regreso», me pongo a escribirte. En realidad tenía algún temor de que mi carta anterior —que incluía un agradecido acuse de recibo— no te hubiera llegado. Aunque ahora me dices explícitamente que la recibiste, lo doy por sobrentendido en virtud del «contexto», como ahora decimos los pedantes. Ahora bien: si tú no escribes porque no tienes qué contar, ¿no imaginas que yo no escribo porque casi todo lo que hay que contar es vago, inconcluso o simplemente desesperante?

Te iré diciendo, pese a todo, algo de lo que hay y no hay.

Me parece, para empezar, que te hablaba ya del proyecto de celebrar en España —Montserrat, Alcalá de Henares, Toledo— una «semana» de estudio en torno a la encíclica *Pacem in Terris*, que es la primera cosa buena que nos pasaba en mucho tiempo. El estudio «concentraría» a todos los grupos de orientación católica —políticos, intelectuales, sociales e incluso algunos puramente religiosos— para favorecer las intenciones:

1.º Que los católicos, en general, tomasen conciencia de los deberes de civismo que la encíclica les imponía y de su «inadaptabilidad» a la situación española.

2.º Que se creasen los supuestos —contactos, ideas— de una agrupación unitaria y democrática de los cristianos para ponerla en «línea de previsión» y, por necesidad, de oposición. Un cierto número de asistentes del catolicismo europeo liberal ayudaría a formar el clima conveniente y a dar —por difusión— valor de acontecimiento político «de presión» a las reuniones. Para lograr la cosa mandé una persona a España y me fui yo mismo —en busca de asistencia y de financiación— a Roma y luego a Bruselas (a tus expensas, para decirlo todo). En Roma la acogida fue buena en el Vaticano y óptima en los medios democristianos, que garantizaron gestión y dinero.

En Bruselas, óptima en los medios eclesiásticos aunque «pinché en hueso» financieramente con los Sindicatos Cristianos. Volví a «pinchar en hueso» con América y, en particular, con el Congreso por la Libertad de la Cultura. En España, entre tanto, el Primado había dado su patrocinio con entusiasmo, Montserrat se puso a nuestra disposición y Alcalá aceptó su parte en el trabajo. Nuestros amigos intelectuales y políticos marcharon. Incluso Ruiz Giménez. Hubo una cierta oposición «celosa» de Joaquín Satrústegui, que es bueno pero corto. Gil Robles aquí dio su apoyo sin moverse mucho como es su costumbre. La operación, en fin, parecía hecha a cambio de que en Madrid y Barcelona se encontrase una parte de la financiación, si bien no se habían perdido todas las esperanzas de otras ayudas exteriores que sumar a la italiana, que prometía ser elástica. Las comisiones de Italia, Bélgica, Francia y Alemania comprometieron una treintena de asistentes. Por fin la muerte del Papa [Juan XXIII] aconsejó a los menos decididos a «trabajar duro» una suspensión. Y tras la suspensión han venido las cavilaciones, sobre todo por razón del presupuesto. Ausente yo de París vino el hijo de Gil Robles, a quien di credenciales para Italia. No sé después cómo están las cosas. Parece que los de Gil están decididos a que la conferencia se haga, y por mi parte aún he hecho un pequeño esfuerzo —vía Madariaga— que añadirá unos miles de duros a la empresa. En todo caso, como no cabía en mi mano sustituir con mi sola voluntad a todo el catolicismo español y a sus «aparatos políticos» —en cuyo beneficio «gira» la operación—, espero que éstos hagan algo para seguir adelante. Espero que la reunión pueda celebrarse en octubre y que el Primado se «pronuncie» en ella.

Mi otro trabajo es —aún— perseguir el compromiso de la oposición. Como te dije, el clima psicológico de acuerdo y previsión existe. Pero creo que no se formalizará como yo lo proponía. Habrá que dar ciertos rodeos. Uno de ellos será la construcción del Comité-paraguas que pida crédito para la «corriente» democrática del interior. Madariaga está dando los primeros pasos para constituirlo pero entraremos en el círculo vicioso si no es posible financiar el aparato ejecutivo y publicitario mínimo: si no se puede viajar, ni promover reuniones, ni lanzar papeles. Espero, sin embargo, que esto va a resolverse. Todo esto valdrá poco si «dentro» de España no puede formalizarse la solidaridad que hemos buscado fuera. Y por desgracia democristianos, socialistas e intermedios están harto débiles y atomizados en capillas y tendencias. Es

la ley de la catacumba: lo que prolifera en la catacumba, cueva o sótano es siempre el *champignon*, endurecido y múltiple. Tendremos paciencia.

Naturalmente el problema de la «alternativa racional» —que no lo será si no está preventivamente asistida por un cierto número de centros ideológicos— se hace particularmente grave precisamente porque las condiciones dentro de España son más favorables a la acción y la proyección. Dicho de otro modo: la pluralización del sistema; la apertura del «pleito» sucesorio; la necesidad de dialogar con el exterior; el ablandamiento y la nueva orientación maniobrera y asimilativa del Régimen, exigen un «centro de decisiones» en la oposición, incluso para negociar y jugar el juego pluralista, porque si ese centro no existe y no disciplina todo lo fragmentario será el Régimen el que juegue con todo, lo manipule, lo falsifique, lo utilice y lo deshonre. Es el peligro que corren hoy nuestros Joaquinos y nuestros Tiernos e incluso los jóvenes socialistas. Que de ese pandemónium de ambigüedades saldrán, con todo, ciertas modificaciones o aperturas, no lo dudo. Pero no saldrá una solución que pueda valer: un nuevo sistema de fuerzas responsables capaces de enderezar el país. A mí me parece que el apicaramiento general es una mala medicina para lo que pasa en España, y a ese apicaramiento van los que llevan las riendas. A mi juicio todos los que por miedo, ventajismos, celos, incompetencia o falsas ilusiones se niegan o retrasan la construcción del sistema de fuerzas futuras —del acuerdo constitucional futuro— están traicionando a nuestro país e inhabilitándose para servirlo, incluido don Juan, naturalmente.

Que el asunto está ya y sobre todo en las capitanías es indudable. ¿Pero quién, sin ser fuerza colectiva potencial y unificada, puede imponer respeto y audiencia a las capitanías?

Sigo pues —métodos aparte— en mi esquema. Hay que construir lo futuro como oposición a lo presente con claridad e ir luego a la negociación con lo presente con unidad y sin ventajismo. Sólo así haremos algo. Sólo así y poniéndole a la vida española un poco más de valor y rigor moral por parte de todos los que *decimos* querer algo mejor de lo que tenemos.

Todo esto no es pesimismo. Yo sigo trabajando en lo poco cuando no puedo en lo mucho. Y voy a seguir. Naturalmente debo y quiero volver a España. Un frente de amigos demasiado amplio para no ser escuchado me desaconsejó el regreso este vera-

no. Pero me doy como plazo máximo lo que queda de año. Naturalmente no quisiera irme con las manos vacías. Mi vida allí será difícil tanto en lo personal como en la obtención de medios para el trabajo. Pretendo que quede fuera una nodriza mínima con la que poder contar porque la sensación de impotencia impide encontrar colaboradores y hacer camino útil. En estos días trabajo sobre todo en ver si ese «comité» de personalidades independientes sería válido para nutrirnos allá dentro y «expresarnos» fuera cuando haga falta. Supongo que serás una de las personas a las que Madariaga se dirija y convendría que —si para no cortarte el camino de los viajes no conviene empeñar tu nombre— empeñes tu gestión, que será siempre lúcida y eficaz. Pensamos que el comité tenga tres pisos: personas que lo componen nominal y públicamente; personas que lo integran y lo sirven —particularmente porque pueden y suelen ir a España con frecuencia— pero de las que no se publicará el nombre más que cuando convenga para suscribir estas o aquellas manifestaciones; personas que viven en España y cuyo nombre sólo se publicará para declaraciones excepcionales. Bajo el Consejo o Comité funcionará una secretaría ejecutiva que lo coordinará, le propondrá tareas y proyectará sus frutos al interior. Los nombres «explícitamente» políticos y partidistas quedan fuera del Comité, pero yo y mis amigos trabajaremos en el plano de la secretaría fuera y dentro.

Naturalmente pensamos —si la reunión encíclica logra un cierto éxito— seguir con ese método promoviendo reuniones «específicas», dentro las más de las veces, y fuera cuando sea necesario, así como editar regularmente algunos «papeles» normativos y monografías de buena información o análisis cuidado. Todo ello si hay «de qué».

¿Cómo evolucionarán las cosas? Creo que están ya en evolución y que si la oposición mereciera tal nombre y fuera eficaz se aprovecharía la fluidez que allá comienza y que nadie podrá parar. Pero el español medio, una vez más, está por debajo de sus posibilidades reales, sin excluir muchos de nuestros queridos pero muy pasivos amigos.

Ahora algo muy concreto: si no me voy a España antes de noviembre —y lo sabré a final de mes— pienso que sería bueno usar los meses del otoño para hacer la gira americana que no hice el año pasado: Argentina y Chile, Venezuela y México y, por último, otra vez Puerto Rico. ¿Qué podría hacer en Venezuela? ¿En qué medida podrías hacer que el paso por ahí sirviese ante todo y en alguna medida me sirviese,

supuesto que quisiera hacer el viaje con la mayor independencia y sin ir enviado por nadie? Repito que el proyecto sólo es proyecto y este anuncio puedes interpretarlo como una petición de consejo.

Sentí la muerte de tu hermano, de la que sólo me he enterado al volver a París aunque la temía por lo que Teresa me había dicho en el mes de junio. Supongo que este viaje a Madrid habrá sido muy doloroso y lamento no haber estado allá para acompañarte.

¿Nos veremos pronto? Así lo desearía. Un fortísimo abrazo.

D. R.

[1964] CARTA A VICENTE VENTURA

[Inédita]

[Recuadro en el ángulo superior izquierdo, con caligrafía minúscula:] Olvidaba lo de [ilegible]. Fue [ilegible: ¿pesado?] que escribiese la carta «robada» por Fraga. Lo demás es inicua invención de nuestras agencias informativas. Lo he desmentido.

París, 19 de febrero de 1964

Querido Vicente:

La premura de tiempo me lleva a condenarte una vez más al descifrado de mi letra, lo que pondrá a prueba la generosidad y paciencia propia de tu humanismo mediterráneo, al que quisiera verte consecuentemente entregado así como al buen sentido de tu cultura adoptiva o de elección.

Y dicho esto paso a numerar las respuestas correspondientes a las cuestiones que expones en la tuya dejando al portador el cuidado de suplir mi forzoso laconismo.

1.º Mi regreso. Decidido y ultimado para la Semana Santa por consideraciones de facilidad. Las exploraciones oficiosas que se han realizado demuestran que el Gobier-

no no lo desea y trata de disuadirme con reticencias que no acaban de ser amenazas. No estoy dispuesto a dejarles en la comodidad de que sea yo el que se retraiga. A estas horas el Gobierno sabe que estoy decidido a volver de hecho y que ni pido ni necesito la conformidad. Como es lógico, mantendré mi palabra. En rigor mi decisión estaba tomada para el pasado verano. Aparte el problema [José] S[uárez]C[arreño] —que hubiera podido resolver— estaba el «clamor» conminatorio de todos los amigos que desaconsejaban mi regreso entonces sin que yo haya comprendido aún sus razones, a las cuales —en vista de unanimidad tan cerrada— tampoco podía resistirme. Ahora están quemadas las naves.

No tengo conciencia de haber perdido estos dieciocho o veinte meses. El exilio valdrá lo que valga —poco, sin duda— pero era un factor y no me arrepiento de haberlo tratado con paciencia. De otra parte no me parece vana la pequeña labor cumplida en Roma, en Bruxelles (MC), en el Norte (NATO), en México y en los mismos «Clubs» franceses con los que he tenido relación en los últimos tiempos. Me parece que se formaliza y define una oportunidad operacional para la izquierda democrática europea con la que —aunque sea humildemente— hay que estar en correspondencia.

De otra parte y para mi propia información, no han sido inútiles estos tiempos. He trabajado, con mi ritmo poco codicioso, un poco.

2.º Respecto al lugar y modo de la acción posible participo de tu punto de vista. Mi información sobre el proceso interior ha sido buena y bastante directa en los últimos cuatro meses. En rigor, vivo más «ahí» que «aquí». Creo que las novedades se producirán en abril pero no serán tan radicales como dicen tus rumores. Hay indudablemente «proceso».

3.º No me gusta ni poco ni mucho tu modo de referirte a [José] S[uárez] C[arreño]. Se trata de una antipatía que elude cualquier esfuerzo de comprensión y conocimiento. No es digna de ti. Una persona con carácter difícil no es, por necesidad, una persona despreciable. Aquí me ha sido de enorme utilidad aunque con frecuencia haya puesto mis nervios a prueba. Tiene muchos y buenos conocimientos. Sabe pensar. Tiene una fértil imaginación. Es siempre sincero, si quieres hasta la incomodidad. Sus limitaciones sociales le hacen inepto —es verdad— para ciertos casos o gestiones pero segurísimo para otras. Puede ser fatigoso porque es estimulante, in-

cluso cuando estimula a la reacción. Y aparte de todo esto es un compañero. Y perdona el «responso».

4.º No sé bien qué decirte respecto a la «propuesta» socialista. Como es lógico tienes plena libertad para tomar o dejar. Y, desde luego, no tomo parte en esa «ideación». El problema del futuro Partido Socialista es complejo y delicado. No reconoceré, en tanto no se aclaren mejor los términos, otro que el de Toulouse (el de la Internacional), y no tengo, claro es, la intención de adherirme a él. Respecto a la tentativa del interior —que ya está fraccionada— me mantengo a la espera: bueno es que vayan haciendo socialismo genérico; bueno que creen centros o polos de renovación. Al final volverá a plantearse el problema de la unidad y el no menos complejo del acceso real a las bases obreras. Mi campo de trabajo es aún otro: la promoción de «lo democrático»; la conquista del espacio social liberalizado y no conformista —sin acepción específica de clase—; la previsión de una socialdemocracia al día. ¿Que eso debe confluir por fusión al Partido Socialista general? Probable. Pero llegada su hora, si es que llega, procuraré que haya una definición programática suficiente. Si pese a todo no consigo hacer equipo suficiente y competente y un mínimo de base, me replegaré a la acción personal de testimonio y gestión al servicio del «todo» democrático que se necesita como alternativa. En todo caso, sólo a mi vuelta me será posible tomar una decisión concreta contando —claro es— con vuestra opinión.

5.º Me sorprende tu alergia a la palabra «reformista». Es una palabra que me gusta tanto —desde los tiempos en que S[uárez] C[arreño] no podía influir sobre mí— que pensé en incluirla, en un principio, en la «sigla» del grupo. Me parece que tu menosprecio de ella viene de una falta de reflexión sincera: se es revolucionario, y es claro lo que el término indica (totalización, dicho en términos de dialéctica), se es conservador (mantener con todas las concesiones que se quiera el encuadramiento social dado) o se es reformista. Yo no soy revolucionario (imagino que tú tampoco: pregúntatelo) porque no quiero ni poner a cero el punto de partida del proceso, ni reconocer una clase-mesías, ni admitir el autoritarismo constituyente, ni condescender con el terror. No soy conservador. Si exluyendo esos términos puedes explicarme cómo puedo no ser reformista te lo agradeceré. Ser reformista consiste en no postular la destrucción de los elementos sociales que se oponen y trabajar para que el más progresivo imponga sus previsiones mediante un sistema de prelación calculado con rea-

lismo teniendo en cuenta la resistencia del adversario. Significa la renuncia a una victoria total, totalizadora y —por necesidad— totalitaria. No me asusta la cantidad de reforma que se proponga (siempre habrá al fondo la utopía estimulante de la igualdad y la comunidad totales, si de reformismo democrático se trata) pero queda siempre la condición de la conquista gradual expresada en medidas concretas y positivas, esto es, realizables. Lo que exige el trabajo serio de desglosar un programa total (que no sirve para nada) en programas de «etapa». Comprendo que en poco espacio y con poco tiempo no voy a comunicarte con suficiencia una idea que por su propia naturaleza es compleja porque excluye las simplificaciones. ¿Que el reformismo no es bastante popular porque los teóricos marxistas lo han puesto en el catálogo despectivo? Mala suerte. Pero no lo creo. Hay que librarse del espejismo de que las veinticinco personas con que nos encontramos fácilmente porque están politizadas, y porque por estar politizadas «en minoría y desesperación» se dedican a radicalear, son las verdaderas masas políticas de mañana. Si no vemos más lejos por carencia de imaginación, no estamos en la realidad. Yo no estoy dispuesto a pensar la política por la moda de los jovencitos que, si a mano viene, volverán a hacerse fascistas pasado mañana. Estoy, pues, en reformista decidido, social-demócrata-europeísta; en una izquierda sin retórica y sin superstición, muy liberal de base. Y si te acompaño en la idea federalista o de «asociación de pueblos en un Estado» no se me esconde —y me extraña que se te esconda a ti— que esa fórmula es lo menos revolucionaria que se les pueda ofrecer a «nuestros países».

Por supuesto que yo respetaré siempre, sin rebaja alguna de nuestra amistad fraternal, que tú optes por el socialismo revolucionario o por el radicaleo inconcreto. Eres —lo repito— libre de elegir. Lo que pasa es que no creo que un examen profundo y serio de conciencia te descubra otra cosa que un cuerdísimo reformista como yo. Y en tal caso lo mejor es reconocerlo.

6.º En otro aspecto y en orden a previsiones generales, creo que en España el franquismo está agonizante pero no así el post-franquismo, que es una asechanza de cuidado: ya sea por la forma neoliberal ya por la nacionalista (fascismo izquierdizado), aunque doy menos crédito de posibilidad a la última. La cosa dependerá un tanto de nosotros: de nuestra solvencia y capacidad de previsión y acción. La oposición —no nos engañemos— es pequeña y torpe. Ni cristianos ni socialistas están a su

nivel. Y nosotros apenas existimos. Veo la vía de la Iglesia —vía moral aún ambigua en España— y me voy a Roma corriendo a ver si consigo un poquito más de lo ya conseguido. Veré a Pablo [Martí Zaro] y le daré recuerdos tuyos.

Pongo fin. Procuraré que se cumplan tus encargos de prensa. No descuides tus colaboraciones. Mi cariño para Marina y un fortísimo abrazo.

D. R.

[1964]

CARTA A JUSTINO DE AZCÁRATE

[Inédita. Mecanografiada]

Sr. D. Justino Azcárate
Caracas

París, 23 de marzo de 1964

Querido Justino:

Unas pocas líneas muy deprisa para decirte que desde la próxima semana me encontrarás en Ibiza, 33, Madrid, en un bonito sanatorio de Carabanchel, o en alguna de nuestras peregrinas islas del Atlántico. Me voy a lo que salga, aunque me parece que no hay grandes riesgos. Creo que la situación allá es tan interesante como confusa y que conviene estar presente. Imagino que seguirás viajando y que te veré pronto. En todo caso escríbeme a nombre de mi mujer (Gloria de Ros) porque deseo que no se rompa nuestra comunicación.

Un fuerte abrazo.

D. R.

CARTA A JUSTINO DE AZCÁRATE [1964]

[Inédita]

Madrid, 19 junio 1964

Querido Justino: aprovecho la primera oportunidad «manual» para enviarte noticias mías. Mañana me sentaré por cuarta vez en el banquillo. El hábito desdramatiza las cosas y por lo tanto no lo tomo muy a pecho. El fiscal pide tres años y 200.000 pesetas (lo último es purísima utopía). Me defiende, a iniciativa propia, Joaquín Ruiz-Giménez. Prevé una condena por debajo de un indulto que me favorece. Puede que al Gobierno le interese mi internamiento una vez que hubo de permitir al juez ponerme en libertad por virtud de una petición-presión del Quai d'Orsay, transmitida en persona por Motrico.

Los incidentes anteriores ya los conoces: entrada clandestina, secuestro en la carretera de Bilbao con inmediata expulsión fáctica; reentrada a las cuarenta y ocho horas con fácil llegada a Madrid, donde convoqué a los corresponsales para prevenir y conjurar una nueva expulsión secreta; finalmente detención (trece días) y procesamiento.

La situación no me ha hecho desistir del trabajo —para ello he vuelto— y he encontrado un ambiente mejor que el de hace dos años: un cierto tipo de gente cree ya que hay que comprometerse y tentar la organización política de las fuerzas futuras. Las previsiones cortas y confusas del Gobierno alarman y desazonan a las personas que piensan. Mi planteamiento a favor de una fuerza intermedia entre la Democracia Cristiana y el Socialismo (con previsión de unir cuanto se pueda esos dos cabos) se va formalizando en la creación o recreación de una Unión Social-Democrática, de fondo liberal. Han aceptado entrar en el trabajo casi todos los miembros de la *Revista de Occidente* (Pedro [Laín], [Rodrigo] Uría, [Paulino] Garragori, [José Antonio] Maravall, Prados [Arrarte], San Pedro [¿José Luis Sampedro?], etc., etc.) y otras muchas gentes del profesorado, las profesiones libres, la técnica, el estudiantado y la clase de funcionarios y empleados. Suárez Carreño —hombre raro de gran [¿lucidez?]— ha ayudado mucho y hemos conseguido cuarenta altas en unos treinta días. Nuestro plan es complejo.

1.º Poner «vectores» de impulsión política en los cuerpos profesionales y dirigir una serie de maniobras de movilización y presión desde ellos.

2.º Forzar a socialistas y católicos a formar oposición con nosotros, seriamente y con solvencia.

3.º Abrir negociaciones serias con el grupo militar que empieza a tener zonas receptivas (ya tratadas).

Obstáculos infinitos. Lo sé. Pero hay que intentar lo posible o emigrar definitivamente.

Los planes del Régimen son inciertos: se va ahora a «legislar» la futura monarquía. Acaba de crear una jefatura de Gobierno, se eleva a Regencia la jefatura del Estado y —se dice, aunque esto no lo creo tan probable— se define el plan de regencia y se «reconoce» el mejor derecho de D. Juan Carlos. Nuestros amigos estorilenses no saben qué pensar de todo ello. Están un tanto sobrecogidos.

A mi juicio tenemos tres o cuatro años —ni uno más— para construir un sistema de fuerzas condicionantes a «cualquier» situación que se proponga como hecho. Si ese frente no nace y no «toma» cuerpo en la sociedad española iremos a lo tumultuario imprevisible. Mi esperanza está en que la gente empieza a comprenderlo. Peligro indudable es la otra reacción ante lo imprevisible: la de los carlistas, ex-combatientes falangistas y militares amenazados de licencia por la ineluctable reforma del ejército. De ahí puede surgir un nacionalismo radical, marginal e hirsuto. Sin embargo, ello va tan a contrapelo de las aspiraciones de la sociedad española que me parece peligro improbable.

Me gustaría poder ampliarte estas impresiones esquemáticas pero no tengo tiempo si he de aprovechar la buena ocasión que se me brinda para que esta carta vaya con seguridad.

Gloria está bien; un poco melancólica. Los niños crecen y se autonomizan como es saludable. Los amigos están algo tristones pero se van animando. Te mandaré nuestro «prospecto» político cualquier día de éstos. Creo que tú debes estar en este ajo y yo lo doy por hecho.

Un fortísimo abrazo.

D. R.

CARTA A JULIÁN GORKIN [1964]

[Inédita. Mecanografiada]

Madrid, 23 de octubre de 1964

Querido Julián:

He recibido ayer tu carta del 14 y me apresuro a contestarla esperando que en plazo muy breve se presente la ocasión de enviarla a Francia por medio seguro.

Para empezar por las cosas menudas —aunque no indiferentes— te diré que quedo en ayunas por lo que se refiere a la ayuda concedida y luego negada para el viaje de Tierno [Galván]. Aparte nuestras conversaciones en París —y las que tuve con R[odolfo] Ll[opis] recomendándole vivamente la entrevista— no tenía antecedentes del caso hasta recibir la primera carta que tú enviaste. He tenido luego una referencia de la segunda carta, pues —en vista de uno de sus párrafos— según el interesado, éste había pensado que una intervención mía o de Pablo [Martí Zaro] habían determinado el cambio de criterio ahí. Y como quiera que la afición al lío y el fomento de la malquerencia son ya hábitos en el *entourage* de nuestro amigo, la sospecha no habrá quedado desvanecida a pesar de mis protestas. Me gustaría que me explicases, a título confidencial, lo que realmente ha pasado, en la seguridad de que no haré mal uso de tu explicación.

Lamento que hayas abandonado el Servicio de Prensa y no acabo de explicarme los escrúpulos de asepsia política de nuestro amable y generoso Congreso, si es que de eso se trata.

Y vamos a lo nuestro. Yo, por supuesto, voy a ayudarte a hacer la revista [*Mañana*] con todo empeño y sean cuales fueran las condiciones. Te has embarcado con el ímpetu y la buena voluntad que te son característicos en esta empresa de interés común y en ninguna hipótesis te dejaría solo en ella mientras mi apoyo pueda representar alguna utilidad. En mi respuesta anterior no trataba de condiciones «condicionantes» sino de exigencias para que las cosas funcionen lo mejor posible, y en tal sentido debes interpretar mis deseos de puntualización. Tú comprendes de sobra que ciertas cosas no pueden hacerse sin autoridad y sin medios, y en ambos sentidos me interesaban las precisiones. Como en tu carta se aclaran algunas cosas, pero otras quedan vagas, me voy a permitir algunas insistencias. Iremos por puntos.

1.º Ningún inconveniente en limitar a un redactor y un auxiliar la dotación de trabajo. Y puesto que tú insistes en que el director ha de cobrar, la cosa queda como yo la planteaba, ya que el director sería muy libre de transferir a otra persona su sueldo si así le conviene. De acuerdo por lo tanto. Falta sin embargo fijar y comunicarme la cifra mensual, global, que puede destinarse a ese capítulo, en el que deben incluirse los gastos de material y similares. Sin conocer la cifra no puedo comprometer nada en ese sentido. Espero, pues, concreción.

2.º Algo parecido te diré respecto al presupuesto de colaboraciones. Aun rectificado el cálculo, 6.000 AF por página es débil, pero como nos facultas para compensar unas cosas con otras, seguramente se podrá arreglar. De acuerdo con que se señale *plafond* para cada número. Pero necesito que esto se establezca con dos meses de anticipación, porque el «material pesado» hay que preverlo y comprometerlo a plazo largo, si bien lo más de la colaboración será trabajo periodístico. Pido, pues, previsiones para los tres primeros números.

3.º Si hasta 1.º de febrero no pueden recibirse más que 600 dólares, ello quiere decir que tendremos que hacer un esfuerzo especial en los dos números, los primeros y más difíciles. Si el envío llega a ser doble, nos arreglaremos, pero ello no debe ser obstáculo para conocer yo las precisiones «regulares» que te pido en los puntos anteriores.

4.º El presupuesto de un viaje mensual debería entenderse como previsión supletoria. Yo cuento, casi seguramente, con más de un «saliente» mensual gratuito, pero quisiera estar facultado para enviar en cualquier momento y a cargo de la revista —a ser posible a reembolsar a la llegada— un mensajero. Por supuesto no abusaría de esta facultad.

5.º Ningún problema sobre «proporciones» de aportación. Yo calcularé largo y la práctica irá dándonos el ajuste. Respecto a la «atribución» de materias, era indicativa: sugería que cada uno «se responsabilizase» especialmente de la información de su sector, lo que no excluye intercambios. Ningún inconveniente grave.

6.º De acuerdo en las fechas de entrega. Respecto al número 1, haré lo que esté en mi mano. Antes del 8 te anunciaré el envío o las dificultades, si las hubiere. Más vale —creo— ir sobre seguro que salir de modo improvisado.

7.º (Tu punto 9.) Voy a insistir porque no se trata en modo alguno de desconfianza, que sería una estupidez por mi parte. Se trata de que no quiero trabajar sin

autoridad y metido en un avispero. Si no se establece como principio general que yo soy el conducto obligatorio para los originales del interior, sucedería:

a) Que los asociados a otras capillas optarán regularmente por el envío directo y me veré forzado a limitar mis recursos a un grupo solo, lo que no era mi intención, ni le conviene a la revista, y dará ocasión a rivalidades estúpidas. Diría que la desconfianza está a la inversa por creer que yo no tomaré un campo suficientemente amplio. Y ello no es así.

b) Con frecuencia un tema sería tratado dos veces y entonces o bien se dará el «directo» —porque sea mejor— o bien el «mío». En el primer caso se destruirá mi autoridad para nuevos encargos. En el otro caso se enojarán los excluidos y se producirán situaciones desagradables.

c) No será posible dar unidad y coherencia a cada número. Seguro de vuestro perfecto discernimiento, el criterio de «oportunidad» será más seguro visto aquí y allí y además así sería posible la previsión de conjunto. Insisto en mantener ese principio general que puede admitir excepciones —no intentaba absolutizarlo tanto— pero no regularidades. Por lo que se refiere al caso [José Antonio] Novais, me parece especialmente claro: ¿Por qué si se le va a pagar regularmente no debería ayudarme aquí y hacer su trabajo en contacto conmigo? Para mí sería —y era mi previsión— un colaborador inapreciable, mientras que actuando como cabo suelto se convertirá en un «segundo centro» perturbador, no por él mismo, sino por la acción sobre él de otras personas. Si éstas deben contar conmigo, contarán sin duda y no seré yo quien se haga antipático o picajoso. Pero no quiero exponerme por un estado de ambigüedad a tener que «retirarme» un día «dignamente». Sé que ésa sería mi reacción en caso de dificultad, porque yo no sé ni quiero aprender a disputar fueros.

Por lo que se refiere a aprovechamiento de material informativo, es evidente que el ajuste será más fácil aquí, ya que se pueden usar los de varias fuentes, seleccionando siempre la mejor.

Si detrás de todo ello hay una negativa de Novais a colaborar conmigo, dirá [*sic*] que no lo entiendo.

8.º No des aún por perdida la esperanza en la «lista de cobertura». Dos personas importantes me han dicho que sí y quizá esos síes valgan como palanqueta de otras voluntades. El problema es encontrar número suficiente para embotar el riesgo. En

caso contrario, prefiero asumir el riesgo solo. Respecto a mi nombre, ni lo impongo ni lo retiro. Creo que sería un testimonio interior mínimo pero conveniente. Respecto a condiciones, ninguna; oposición tan abierta como haga falta, a excepción de injurias inútiles. No rehúyo la responsabilidad ni el peligro y dejaría el aparato suficientemente seguro para evitar el «corte». Lo más penoso será la vigilancia de que seré objeto, pero sabré bandearme. Resolved vosotros según vuestro leal saber y entender.

9.º De acuerdo —y creo que no hay ya más cosas— con una Tribuna libre que responsabilice únicamente a sus autores, yo también la utilizaré si viene al pelo. Respecto a otras secciones fijas, yo preveo aquí la «Revista de la prensa española» (breve y polémica), que cuidaría de modo personal.

Dejo pendiente de confirmación la fecha de entrega y por lo tanto de salida del número 1. Espero respuesta de cuatro encargos «esenciales», que sólo hoy he podido solicitar. Lo mío estará escrito a tiempo. Te escribiré directamente y en forma algo metafórica.

Un fuerte abrazo.

D. R.

Me dejaría patidifuso que la causa de lo de E[nrique] T[ierno] haya sido una cierta carta de Pablo [Martí Zaro] —que me da a leer— en la que no se hablaba de su viaje que nadie conocía entre nosotros y, en cambio, se sugerían los *modus vivendi* para integrar al profesor en la empresa del Congreso, aunque, a título confidencial, se hablaba de los pequeños escollos que ofrecía la cuestión. Si a eso no ha reaccionado anulando un compromiso, me llevo las manos a la cabeza, pues es lo que nos faltaba para hacerlo todo confuso. Si la causa es otra —como imagino—, quisiera información, como ya te he dicho. Para mí es cuestión muy enojosa. Tanto como para ti, al menos.

INTERMEDIO LÍRICO CON UN RELATO DE INFANCIA Y UNA PROSA VIAJERA

Entre los papeles inéditos de Ridruejo hay casi un centenar de folios mecanografiados, aunque no por él. Recogen las primeras páginas de un proyecto de memorias en el sentido estricto de la palabra. *Los recuerdos* es su título, y empezaron a escribirse en Madison en 1968 y no continuaron por sus propios pasos en forma de libro sino de otras maneras, seguramente a instancias de la actividad política, las necesidades económicas e incluso la evidente superioridad literaria que Ridruejo ganó con otro modo de enfrentar el memorialismo: la serie de artículos que de 1971 a 1975 va a ir entregando a la revista *Destino* con plena conciencia de estar seriando unas memorias políticas e intelectuales. El espacio castellano y el tiempo de la infancia eran el eje literario de *Los recuerdos*, de los que he extractado unos pocos episodios.

Sin embargo, en este capítulo son sólo el prólogo para lo que fue una vocación lírica ahora más intermitente que nunca, o mejor, más biográficamente motivada que nunca. Los poemas que ha de publicar en el *Cuaderno catalán* en 1965, en la editorial Revista de Occidente, se han escrito prácticamente en su totalidad en el verano de 1964, recién reinstalado tras el exilio y los quince días de cárcel del mes de abril. Los poemas que aparecieron primero en *Poesía española*, en 1952, y unos pocos años después, ampliados, en *Papeles de Son Armadans* (1959) tienen también hilo directo con motivos biográficos porque se anudan al crecimiento de la pequeña Gloria, su primera hija. Y desde luego, de un modo muy obvio, los poemas que tomo de otro libro de Revista de Occidente, *Casi en prosa*, aparecido en 1972, llevan las fechas de 1968-1970 porque están directamente injertados en su vivencia norteamericana de Madison y Austin. Y en excelente y exacta prosa castellana contó también por esos años el modo de ser de su pequeño país, esa *Castilla la Vieja* que publicó Destino en dos tomos con espléndidas fotografías de Francesc Català Roca y Ramón Camprubí, y del que tomo unas pocas páginas que le eran próximas para cerrar este capítulo.

Lo realmente nuevo es que Ridruejo ha depurado de una manera radical su utillaje poético y sobre todo estilístico. Pesa más el testimonio y la impresión, manda el paisaje visto y la necesidad de pintarlo en sus destellos y fugas de perspectiva; son poemas que registran la aclimatación a un espacio nuevo y ya propio, porque el *Cuaderno catalán* retoma notas y vivencias de su primera llegada a Cataluña, en 1943, las mismas de aquellos artículos publicados en *Solidaridad Nacional* y *Arriba* en los años cuarenta, pero sigue explorando el camino que empezó allí, como si de veras la autobiografía lírica pudiera ser una cartografía literal: Alella, Tamariu, Arenys, el Maresme, la Costa Brava y hasta Cadaqués.

Los poemas americanos, sin embargo, dependen de una experiencia en la que todo es

nuevo y distinto, agresivo y deslumbrante: su estancia en las universidades norteamericanas, en contacto con una juventud vivacísima e hiperactiva, seducida también por la personalidad de un profesor atípico, con amplia experiencia política e intelectual e inusual en sus formas y en el mismo modo de organizar las clases, según algún testimonio de entonces. El poema es ahora el registro despojado de un instante vivido y casi siempre meditado en términos de experiencia con rastros y señales ideológicos: el consumismo norteamericano, la soledad, el tiempo perdido, la sensualidad y el hedonismo de los colores, los olores, las pinturas y las imágenes… Experimenta con la forma confesional y la narrativa, el autorretrato, y evocan muchos de estos poemas de *Casi en prosa* los torcedores que por entonces ensaya otro viejo y no perdido amigo, también poeta, José María Valverde, en cuyo ejemplar del *Cuaderno catalán* Ridruejo estampó la dedicatoria que evocaba su reciente dimisión de la cátedra de Barcelona: «A José María y Pilar, en la estética y en la ética, su incondicional». Y todavía en otro tramo posterior de esta biografía en marcha, Ridruejo regresa a las coplas y cantares, a los proverbios y casi aforismos del viejo maestro de siempre que fue Machado. Ensaya y emula en las hojas sueltas de *En breve* formas comprimidas, reflexivas, en coplas de aire vagamente sentencioso, barnizadas de humor escéptico y sin rencor pero con ganas de tocar también la vena satírica. Y hay sitio incluso para mantener la admiración por el arte, la pintura o la arquitectura como aliados de la poesía, e incluso para la ternura dirigida a la nueva niña de la casa, Eva, muy menuda cuando escribió el poema cerca ya de morir.

J. G.

LOS RECUERDOS [1968]

[Inédito. Fragmentos]

Mi padre volvió a Soria, con algunos de sus primos, cuando ya era hombre maduro. No tardó en hacerse cargo de la sucursal que el negocio comercial y bancario abierto en Soria estableció en Burgo de Osma, iniciando un sistema de proliferación que duró hasta que yo tenía veinte años. Dicho sistema consistía en promover filiales o sucursales bajo la dirección de algún socio o de los dependientes más probados. En este último caso se atribuía al antiguo dependiente la categoría de socio industrial en una comandita. Por lo general se autonominaban pronto, pero conservaban algunas relaciones con la casa madre y, por supuesto, usaban su nombre. A veces ese nombre pasaba del negocio a la persona, y así hay por varios lugares de Castilla comerciantes que se llaman López o Fernández y a los que la gente llama Ridruejo. Cuando yo tenía aún casa abierta en Burgo de Osma había por Soria, Burgos, Valladolid, Salamanca y Zamora no menos de treinta y cinco casas comerciales que se titulaban con nuestro apellido, aunque muchos de sus dueños nada tenían que ver ya con la familia. No sabré precisar la fecha en que mi padre se estableció en El Burgo en sociedad, según creo, con su primo Cándido, que murió pronto a causa de una afección tuberculosa. Por asistirle murió también de tisis galopante un hermano de mi madre —hermano de padre— llamado Juan y que al parecer tuvo una vida sentimental que hacía honor a su nombre dentro de lo que la época y el lugar permitían. Conservo un retrato suyo que representa a un hombre bastante atractivo. Tenía, además, alguna afición a la lectura, cosa rara en su medio, pues los pocos libros que rodaban por mi casa los más procedían de él y algunos conservaban sus anotaciones. No me consta que mi padre tuviese la menor afición literaria, pero algo debía leer. Era liberal convencido y bastante anticlerical aunque creyente. He oído siempre que *El Liberal* era el periódico que se recibía en casa con escándalo de los canónigos y beneficiados de la catedral, que a pesar de ello iban a husmearlo de tapadillo al escritorio de la Banca. Según los relatos de mi madre, mi padre consideraba ociosos y sobrantes a frailes

y canónigos y en general al clero no parroquial. Cuando se iba a morir exigió que fuese el párroco titular del pueblo el que le confesase. No quiso a ningún otro. A pesar de ello sus relaciones con el obispo no debieron ser malas, pues le cedió, gratuitamente o poco menos, una casa con su huertecillo que según la tradición había sido el oratorio de Santo Domingo de Guzmán. El obispo lo necesitaba para ampliar su propia huerta, en la que la parcela santificada se entrometía da manera incómoda. El oratorio desapareció.

El negocio de mi padre era de tejidos y ferretería pero, como esa corriente en los pueblos, tocaba otros artículos —mercería, juguetes, muebles— a excepción de los coloniales. La Banca era una corresponsalía del negocio de Soria aunque debía tener alguna actividad independiente. Por lo que me han contado muchos viejos que conocieron aquellos tiempos, esta actividad bancaria fue un remedio eficaz contra la plaga de la usura que esquilmaba la comarca. Imagino que mi padre fue bastante decente en estas materias, pues he conocido muchas personas agradecidas a su memoria. Aún en época reciente, al salir yo de la cárcel adonde me llevó un proceso político, vino a verme un viejecillo de San Esteban de Gormaz, padre de uno de mis carceleros. Era un tipo notable, pequeño, seco, ardiendo en una especie de llama autoritaria, parco en palabras, digno hasta el envaramiento. Venía a saber si su hijo se había comportado conmigo tal como él le había ordenado que lo hiciera, pues se consideraba —cincuenta años después— deudor de mi padre, «que le había salvado de la ruina y del deshonor». Por otra parte recuerdo que en la caja de caudales que había en casa aparecieron años después de la muerte de mi padre multitud de recibos que él había retirado de la Banca y que denunciaban créditos sin ninguna garantía efectiva. Mi madre los quemó y la quema fue una pequeña fiesta para nosotros, que nos pareció que perdonábamos algo importante.

¿Cómo era mi padre? Aparte la imágenes fotográficas no conservo de él más que recuerdos muy aislados, mis primeros recuerdos sin duda: unas imágenes quietas como estampas: mi padre enseñándome cómo se pesaban unas monedas de oro en una balanza sutil; sentado en un sillón del comedor que tenía esculpidas dos cabezas de perro en los brazos; sentado en su despacho —la caja de caudales al fondo— quitándome suavemente un pañuelito con el que yo intentaba jugar; un abrecartas toledano que tenía como empuñadura una especie de sota de copas; mi padre, en fin, ex-

tendiendo los brazos pera recibir un triciclo pequeñísimo —mi primer triciclo— que estaban descargando de un carro con toldilla. El triciclo venía de Bilbao, adonde la familia iba a tomar baños de mar, seguramente por consejo médico. Este recuerdo debe ser ya muy próximo a la muerte de mi padre. Y corresponde a su muerte mi recuerdo infantil más vivo. El de su cadáver bien compuesto sobre una alfombra rodeado de flores, en el centro de un saloncito con muebles de ébano negro estilo Alfonso XII. Imitando a los mayores me acerqué a él y me puse de rodillas. Me arrancaron bruscamente. Otra imagen de aquel día es la de mi madre, muy joven, con una blusa blanca muy almidonada y peinado alto. Lloraba. Cerca había un velador lleno de esquelas funerarias: aquellas amplias esquelas con gran franja negra que servían para anunciar las defunciones. No recuerdo más. Pocos días antes había cumplido los tres años.

El matrimonio de mis padres me dio mucho que pensar y hasta diré que me escandalizó algo cuando llegó para mí la edad de las primeras reflexiones, que coincidía con el despertar de un temperamento sentimental. Mi padre se casó viejo, hacia los sesenta años. Mi madre tenía veintiuno y era hija de una de las hermanas de su marido. El matrimonio de tío y sobrina no era cosa corriente y exigía dispensa especial de Roma. La decisión de mi padre me parecía egoísta. Sin duda se casó porque se encontraba solo y porque no quería marcharse del mundo sin dejar descendencia. Pero supongo que también porque se enamoró de aquella sobrina bonita, rubia, dulce, que debió poseer una serenidad precoz y que no estaba desprovista de carácter. En aquellos tiempos los patrones y los dependientes del comercio vivían juntos, en familia, en un régimen que recordaba al de los antiguos gremios. Mi padre tenía dos hermanas viudas que debieron turnarse en el cuidado de la casa, pero hicieron venir también a la sobrina que no tardaría en tomar las riendas del gobierno y las llaves de la despensa. En aquellos tiempos las amas de casa andaban por los pasillos con un repiqueteo de llaves que aún tengo en el oído. Parece ser que el viejo enamorado comunicó a la hermana sus apuros sentimentales. Y la hermana, que era expeditiva y autoritaria, no tardó en despejar las dificultades y concertar la boda. Había un factor de agradecimiento e interés. El hermano varón de mi madre ocupaba ya un puesto relevante en el negocio del que había de ser y se sentía ya heredero. Una boda del patriarca fuera de la familia podría ser una catástrofe. Si se casaba con la sobrina la cosa

no sería tan grave. Y por otra parte, ¿cómo él mismo, un hombre de sesenta años, a finales del siglo XIX, podría casarse sin temores con una extraña que no tuviera con él relaciones de afecto y lealtad capaces de subsanar el déficit sentimental que a una edad semejante debía presumirse? Mi madre, cuya capacidad de abnegación serena y de sacrificio sin alarde ha sido demostrada durante ochenta años, consideró —alguna vez me lo he dicho— que si casándose con él daba una alegría al tío, que era tan bueno y al que todos querían tanto, no podía dudarlo. Es seguro que no estaba enamorada ni podía estarlo. Pero en aquella época y en el medio al que mi madre pertenecía, la felicidad personal era consideración secundaria que se sacrificaba fácilmente a deberes aparentemente más altos. La fotografía que conservo de mis padres recién casados es emocionante y siempre ha despertado en mí sentimientos entreverados de admiración y melancolía rebelde. La tristeza severa, castellana, viril de mi padre. La melancolía dulce, entregada, serena, de mi madre. Sacrificadas o remuneradas para siempre sus aspiraciones sentimentales, mi madre ha dicho siempre que su matrimonio fue feliz. Mi padre debió ser muy delicado y generoso con ella, y parece que renació a una felicidad de la que parecía incapaz. Para mi madre esa felicidad era un premio, quizá un orgullo y, en cualquier caso, un consuelo. Mi padre era un hombre sano. Conservaba todo su pelo, una dentadura perfecta y un organismo vigoroso, aunque su aspecto era el de un anciano. Tuvieron seis hijos. El primero, varón, se llamó Felipe como el abuelo paterno según se usa en Castilla. El segundo, según la misma usanza, Matías como el abuelo materno. Yo fui el tercer varón y me llamé como mi padre. Entre Matías y yo hubo dos niñas: Eulalia, como una de las abuelas, y Ángela. A la pequeña, que nació dos años después que yo y poco antes de morir mi padre, se la llamó Cristina. Quizá estas dos niñas no llevaron nombres de la familia porque a mi madre no le gustaban ni su nombre ni el de su madre y cuñada: Segunda y Justa.

A Matías se lo llevó del mundo a los seis meses una epidemia infantil de las que entonces asolaban los pueblos. Felipe sufrió, siendo niño de pecho, una meningitis que lo dejó dañado para siempre. Andaba a trompicones y estaba casi ciego. Conservaba, sin embargo, su lucidez mental e incluso era precozmente inteligente. Tenía gran memoria y una espontánea capacidad para la música. Lo recuerdo siempre abrazado a un acordeón o a su guitarra. Debió sufrir mucho, y no menos debieron sufrir

mis padres, que peregrinaron con él media España de especialista en especialista. Para la gente del pueblo era «un tonto», y por desgracia suya no lo era en absoluto y tenía —según creo— una gran sensibilidad. No podía controlar su sistema nervioso. Cuando agarraba a alguien para acariciarle le hacía daño. Era alto pero al llegar a la talla que reclamaba el pantalón largo, hubo de renunciar a él porque se trababa y andaba peor. Vivió quince años, y fueron quince años de encadenamiento para mi madre. Quizá a causa de él no volvió a casarse, aunque tuvo proposiciones y cortejos y quizá deseos de resarcirse del sacrificio de su corazón. Era joven aún, bonita, y por añadidura rica, para lo que se usaba en el pueblo. Mi padre dejó una fortuna que de ser estimada en valores de 1960 subiría a algunas decenas de millones. La preocupación de poner a un niño inválido bajo la jurisdicción de un extraño la disuadió de toda aspiración a la revancha sentimental, si es que de verdad llegó a sentir ese deseo. Su viudez fue, como su matrimonio, un ejemplo emocionante de virtud sencilla, de abnegación suave y de generosidad.

Es curioso y quizá un poco raro que yo, en vez de sentir ese amor celoso que con frecuencia afecta a los hijos únicos, pues pronto fui el único varón de la casa, pensé y sentí desde niño en la felicidad de mi madre y me pregunté muchas veces por qué ella no tenía un marido como otras señoras. Recuerdo que un verano, cuando tenía unos trece años, mi madre solía quedarse un rato en el balcón después de cenar conversando con el vecino de al lado: un hombre grueso, que tenía una pierna amputada, pero era sumamente inteligente y simpático. Era escritor. Había sido —eso lo he sabido treinta años después— uno de los fundadores del Partido Comunista Español y en el pueblo tenía fama de ateo y de extravagante. Vivía casi siempre en Madrid. Pues bien, yo que asistía, a veces, a aquellas conversaciones al sereno, tejía mil fantasías sobre la posible transformación de aquella relación convencional en un idilio. Lo deseaba. No he analizado nunca con profundidad aquel raro sentimiento y no sé si se trataba de un amor compasivo por mi madre o de la larvada nostalgia del padre que, prácticamente, no había llegado a conocer.

Cuando murió mi hermano Felipe tenía yo cinco o seis años. Mi hermana Angelita también estuvo a punto de morir atacada por la misma epidemia de tifus que había acabado con los sufrimientos del adolescente inválido. A mí me sacaron de casa. Se temblaba por mi salud y todo el mundo —parientes, amigos— parecían dar mu-

cha importancia al hecho de que yo fuera el único varón superviviente de la estirpe. Con estas ponderaciones la personalidad de mi padre crecía ante mí. Todo el mundo hablaba de él —al aludir a mi caso— como de un fundador. Aquello arrojaba sobre mí una extraña carga. No era sólo ni principalmente orgullo al considerarme pieza importante de no sabía qué sistema; criatura más o menos preciosa. Era una especie de sentimiento de responsabilidad que daba sentido a mi existencia, un sentido, por otra parte, incomprensible. Después y año tras año, esa cantinela de ser el único varón se me repitió con tanta frecuencia, siempre que se trataba de exhortarme a cumplir deberes, a realizar esfuerzos, a comportarme bien, que acabó por perder toda importancia a mis ojos. Lo curioso de estas monsergas es que no se entienden y, sin embargo, se viven. A lo largo de mi vida he pecado mil veces de negligente, de disperso, de caprichoso, de abúlico, de perezoso, de descuidado, pero nunca he podido hacerlo sin remordimientos.

Aquella salida de mi casa es el primer recuerdo verdaderamente triste que guardo en mi memoria. No creo que la muerte de mi hermano me afectase muy profundamente. Recuerdo bien dónde y cómo me dieron la noticia. Lloré abundantemente pero la huella fue ligera. En rigor, mientras conservo de la infancia de mis hermanas —de la primera infancia— innumerables recuerdos que componen argumento, recuerdos que llevan una fuerte carga sentimental, de mi hermano sólo conservo imágenes aisladas, algunas sí, muy intensas, como las de aquellos momentos en que se ejercitaba con sus instrumentos musicales y parecía feliz. Creo que mi madre se daba maña —lo que no era difícil en una casa grande— para que conviviésemos lo menos posible. Seguramente pensaba que no era bueno para un niño sano y sensible la compañía constante de un hermano enfermo y quizá también que era demasiado excitante y perturbador para el enfermo la presencia frecuente de otros niños sanos y bulliciosos. Por otra parte yo no había visto más que una vez a mi hermano en su cama de enfermo, y de ello hacía ya muchos días, lo que es una eternidad para una conciencia de cinco años. Ni siquiera la enfermedad de mi hermana podía acongojarme —aunque sí recuerdo haber sufrido por ella— puesto que yo ignoraba en absoluto su gravedad. El sentimiento de desgracia era el de encontrarme, de pronto, en un medio ajeno y, en cierto modo, en un medio sin amor. Vivía en casa de mi tío Zenón, el hermano mayor de mi madre y heredero efectivo de los negocios de mi padre. Usa-

ba barba y mi madre, para encontrar algún respaldo de autoridad, me había inspirado un cierto respeto temeroso hacia él. Sin duda me quería y yo no dejaba de notarlo. Me transfería parte de la gratitud que sentía por mi padre, a quien debía su posición, y por otra parte era hombre afectuoso y blando pese a la ligera petulancia autoritaria de que solía revestirse. Cosa distinta era su mujer, Luftolde, a quien para quitar hierro nibelungo todos llamábamos tía Luz. Era una mujercita pequeña, regordeta, de ojos claros y cara redonda, con rasgos semíticos muy acusados. Era riojana, de Calahorra. Tenía un hermano cura —bondadosísimo, diminuto, suave como un San Juan de la Cruz— y su madre había sido ama de cura antes de venir al Burgo, como ama de su propio hijo, con sus niñas solteras. Las dos se casaron con los dos Ridruejos disponibles: Restituto, sobrino del tío Cándido, y Zenón, sobrino de mi padre. Las dos riñeron e hicieron separarse comercialmente a sus maridos. El otro matrimonio se marchó del Burgo poco antes de la fecha de que hablamos. Los celos de Luftolde se proyectaban ahora sobre mi madre, que resultaba ser aún la matriarca de la tribu, la verdadera señora de la familia, a pesar de que su sencillez era extrema y quizá por ello mismo. De esos celos sin pábulo, fundados sólo en una especulación social algo ridícula, se proyectaban hacia nosotros, los niños, algunos destellos de malquerencia. A mí la tía Luz me desconcertaba. No podía olvidar la fotografía de su boda, que rodaba por casa, en la que aparecía pequeñita y muy delgada, con cara redonda no exenta de atractivo sensual, y se me hacía difícil identificarla con esta otra señora de cuerpo casi cilíndrico pero que con frecuencia hacía los gestos que correspondían a la otra: gestos de mimo y de coquetería a través de los cuales mantenía con su marido una especie de noviazgo a destiempo que no ocultaba un cierto despotismo. La tía Luz era cariñosa y hasta melosa cuando quería pero, de pronto, se la podía ver colérica, fríamente colérica, con una mordacidad venenosa. Estos repentes me asustaban aunque no fueran contra mí sino contra sus propios hijos. Y lo más grave es que esos sustos y heladuras estaban tan en contra de mi espontaneidad que me hacían sufrir de un modo indecible. Porque yo era —aún lo soy— un optimista afectivo. Cualquier repulsa me causaba sorpresa. Era, y soy, un positivista, no en el sentido filosófico sino en el sentido moral de la palabra: inclinado a ver los rasgos hermosos, benévolos, amables de las cosas y las personas más bien que los feos, aviesos o desagradables. De la tía Luz, como de todo el mundo, yo veía y esperaba lo me-

jor, y sus cóleras calientes como sus malignidades frías me dejaban impresionado. Por añadidura había en la casa un niño enfermo, dulce, apacible, para el que no se encontraba remedio y que no tardó en morir. Yo le acompañaba con frecuencia y él me quería, pero para su madre el contraste entre el niño inválido y el niño saludable era insufrible. Con frecuencia ese silencio le dominaba. En los días de mi destierro en aquella casa el instrumento pasivo de mi mortificación solía ser un mozalbete riojano, sobrino de la tía Luz acogido a la familia y que se llamaba Rubén. El pobre no podía ser más normal y discreto, pero no hubo comida ni recreo en que el tal Rubén no se me pusiera como ejemplo, ya se tratase del modo de estar en la mesa o del modo de andar por la casa. Con todo esto me hacían sentirme extraño, huérfano, sobrante, desvalido. La casa del tío Zenón y la nuestra se enfrentaban por las traseras. Entre la terraza de ellos y la galería nuestra, que era solana, mediaba un buen trecho de tejados que cubrían los almacenes de la tienda. Un día me escapé tejado a traviesa, no sin algunos riesgos, y aparecí ante mi madre, a la puerta misma de la habitación donde mi hermana empezaba a vencer la enfermedad. Por fortuna la tía Luz pensó que la preocupación por la enferma había tirado de mí, y aunque se desató contra mi mala educación no hubo guerra de Troya. Mi madre comprendió sin preguntar y me retuvo en casa. […]

Durante mi infancia habitamos dos casas sucesivas. Las dos estaban en la Plaza Mayor, que es una plaza hermosa, construida de una vez al gusto del siglo XVII. Todas las casas son de una misma altura, con dos pisos. Todas están montadas sobre soportales con buenas pilastras de piedra. El único lienzo no porticado es el que corresponde a la mano derecha de la calle Mayor que va a la catedral, y en él se levanta un hospital barroco, en buena sillería tostada, muy simétrico y adornado con la relativa sobriedad propia de los arquitectos montañeses. El ayuntamiento que queda enfrente repite la simetría del hospital con menos adornos y materiales más vulgares. Lo mismo que el hospital, tiene dos torres y un ático central, que en el hospital es hornacina para un santo flanqueado de columnas salomónicas y en el ayuntamiento buhardilla para el reloj. A la derecha del ayuntamiento hay una casa con escudo que compró mi padre pero estaba ocupada enteramente por el negocio: la tienda en la planta baja, almacenes en la principal y residencia de dependientes en el segundo piso. Al casarse mi padre se instaló en otra casa que quedaba en la granda izquierda y

que ya no puede competir con mi memoria, pues cuando la vendió mi madre se vació por dentro sufriendo una transformación completa. Abajo se puso un café cuyos dueños vivían en el segundo piso mientras el principal se convirtió en un único y amplio salón para un círculo católico obrero que era, en realidad, el casino de los labradores modestos. La segunda casa la compró mi madre cuando yo tendría cinco años o acaso menos. Era colindante a la de la tienda y el anterior propietario la había modernizado completamente. La fachada era de una materia granulosa de cemento y bastante fea. La escalera acusaba un ligero toque de *modern style*, con barandillas de hierros labrados y pasamanos de madera muy pulida, y tenía en los descansillos unas bolas de cristal verdoso de innumerables facetas. La caja de la escalera llevaba pinturas floreales al aceite y en la parte más alta, junto a la claraboya que le daba luz, unas figuras bastante pueriles. Muchas de las puertas de la casa tenían cristales craquelados y la molduración era muy de la época. En el piso bajo había una tienda pequeña pero aun así eran grandes el portal exterior con cristalera al fondo y el zaguán que precedía a la escalera. Por un costado de ésta se bajaba a un rellano en cuyo fondo subía una escalera de caracol que iba a la cocina y al desván, la escalera de servicio, y aún quedaban al fondo lavaderos, carboneras y otros depósitos bastante oscuros. El primer piso tenía un comedor grande que daba a la plaza y junto a él un saloncito con alcoba italiana para huéspedes. A la derecha del largo pasillo había tres cuartos iluminados por los montantes de las puertas: dos para el servicio y uno para despensa. En la parte trasera que era la solana, había un despacho de buenas dimensiones con dos armarios empotrados y que tenía abertura con reja a un patio que era condominio de la casa vecina y otra puerta que daba a la soleada terraza de nuestra casa. También daban a la terraza una cocina muy espaciosa y un pequeño comedor cerrado con mamparas que usábamos siempre en invierno. En la terraza había un retrete y un cuarto para los tiestos más amenazados por el hielo. En el piso segundo y con balcones a la plaza había un gran salón al que nunca entraba nadie, con una sillería de ébano de la época de Alfonso XII. En algún tiempo estaba allí también la mesa de billar de mi padre que luego bajó a la tienda y más tarde pasó a casa de mi tío Zenón. En el pasillo había dos cuartos pequeños con claraboyas altas que tenían respiraderos y otro más grande con reja al patio indiviso. Frente a él se abrían las puertas de la escalera de caracol y del cuarto de baño —una novedad insólita en el pueblo—, mien-

tras al fondo, que daba a un corredor soleado, había otras dos habitaciones, una a cada lado del pasillo. Más tarde mi madre hizo cubrir la terraza de abajo y sobre ella construyó en el segundo piso una espaciosa y cómoda galería encristalada. Pero aún el desván era como una tercera casa. Con una cocina grande, de llar bajo, que se utilizaba durante la matanza, una gran sala abuhardillada que servía de trastero; los depósitos del agua y una habitación reducida pero luminosa y muy habitable que se destinaba a las criadas forasteras cuando alguien de la familia, viniendo de temporada, se traía la suya. Aunque esta casa pasaba por ser una de las mejores del pueblo y tan grande y complicada como para hacer la felicidad —y el horror— de un niño pequeño, yo conservo un recuerdo más hermoseado de la primera casa, aquella donde nacimos todos los hermanos y murió mi padre. Era más chica y conservaba, salvo tal o cual mejora, la organización de las antiguas construcciones de la plaza en el siglo XVIII. Casi todas las puertas eran oscuras, de cuarterones. Los suelos de ladrillo rojo encerado. La escalera de madera y un poco rústica pero espaciosa. Abajo, la habitación que se abría a los soportales estaba alquilada para barbería, pero al fondo de la planta, tras la escalera, se abrían unos cuartos pasadizos y detrás un patinejo ni muy grande ni muy chico con pretensiones de jardín. En ese patinejo había cuadras y cochiqueras. Recuerdo que en algún tiempo hubo caballo y en algún otro asno —el que se usaba para ir al huerto—, y siempre cerdos, gallinas y palomas. Al fondo había una cocina rústica y un lavadero grande. Lo que había en los pisos altos tendría que inventarlo. Recuerdo la sillería de ébano en un salón chico y otra sala más grande puesta a la buena de Dios donde cosían las mujeres y los niños enredábamos todo lo que era posible. También recuerdo un corredor solano con su retretito, una jaula de pájaros y muchísimos tiestos. […]

Cuando nos trasladamos a la casa nueva yo ya había empezado a ir al colegio y el mundo de fuera iba teniendo para mí más interés que el de casa. Pero seguía siendo fisgón y soñador. Cuando conseguí encontrar abierta la vieja y fea caja de caudales de mi padre era feliz. Había allí cestillos de paja con monedas, algunas de ellas de oro. Había carteras con papeles preciosísimos que, al parecer, eran acciones bancarias o industriales (las del Banco de la Plata, por cierto, que eran un paquete crecido, se las había llevado el diablo por aquel entonces), y había, sobre todo, la balanza delicadísima encerrada en su estuche en la que yo había visto a mi padre pesar el metal precioso con

unas pesitas que iban en escala hasta las casi microscópicas. Otra fuente de sorpresas eran los armarios de la biblioteca. Se conservaban más trapos en atadijos que libros y papeles. Más sombreros apolillados de mujer que cosas de hombre. Pero había algunos libros, los primeros que sobé y entreleí. Eran pobres libros. El más viejo y notable era un Gil Blas. Y unos Episodios Nacionales anteriores a los de Galdós y anotados por mi tío Juan. Y *La plegaria de una madre*, un folletín tremendo que luego leí apasionadamente. Había además una serie de cinco tomos de *El buitre de la Sierra*, que me fascinó durante meses y años. Y una *María* de J. Isaacs. Y una historia de Genoveva de Brabante. Y el *Tartarín de Tarascón*. Y unas fábulas de Iriarte y Samaniego ilustradas; mi primera lectura poética si no cuento los romances de mi abuela. También aparecieron tres o cuatro novelas de Salgari. Creo que éstos y unos almanaques de «Bromas y Veras» con cuentos y versos era casi toda la biblioteca familiar, cuidadosamente empolvada y arrinconada. Ah, también encontré una Biblia y luego apareció una *Vida de Jesús* del Padre Vilariño. Más tarde la *Historia de la conquista del Perú* de Solís, regalo de un curita al que había ayudado mi madre cuando era seminarista. Supongo que hasta llegar a los once años no pasé de esto, si no cuento las lecturas del colegio, que por no ser lecturas solitarias me parecían un género completamente distinto.

La caja de caudales, el armario biblioteca, el desván, que en la nueva casa parecía enriquecido y donde más de una vez encontré cosas de uso desconocido —femeninas, sin duda— que me dejaban perplejo. Y aún quedaba el chinero o aparador del comedor grande. Allí estaba una de mis joyas preferidas, sin contar el cristal bueno, que siempre, desde entonces hasta hoy, ha ejercido sobre mí una voluptuosa fascinación. Allí estaba el objeto impensable, fantástico en su fragilidad, que nunca he olvidado. Era un ciclista de china o de porcelana subido a un velocípedo de aquellos de rueda grande rabiosamente dorado. El ciclista iba vestido de lo mismo, con visera ajustada, guerrera ceñida con muchos botones y calzón apretado con medias rojas. Bajo el sillín abultaba una cuba grande de cristal rojizo con una espita dorada. De una porción de ganchos que salían de la máquina colgaban otras cubas pequeñas y con asa. Era un licorero del *modern style* más estrafalario. Pero me enamoraba. Mi madre, que ha sido siempre poco nostálgica y conservadora, se lo cedió a una compradora caprichosa que había cargado con un armario de venta difícil, cuando desmontamos la casa de El Burgo para instalarnos definitivamente en Segovia.

Añadiré a todo esto que yo fui niño de pocos juguetes. Tenía siempre algunos pero me parece que eran modestos. Aunque mi madre tenía medios sobrados era de administración muy escrupulosa, y además no nos quería hacer consentidos y caprichosos. Creo que además le horrorizaba que fuésemos presuntuosos y diésemos envidia —a lo que casi todos los niños se inclinan— a los muchachos pobres por los que, sin duda, sentía mucha compasión. Mis reyes solían ser modestos aunque variados. Casi nunca faltaban —no me explico bien por qué— una plaza de toros y una trompeta. Los juguetes mecánicos o de gran aspecto no eran frecuentes. De ese modo la mayor parte de mis juguetes eran inventados. He hecho cientos de kilómetros en un automóvil que consistía en una silla derecha y otra tumbada a modo de capot a las que se añadían una serie de palancas, faros —que podían ser tapas de cacerola— y pedales de fortuna. Me atraía la artesanía, como luego diré, y una vez que me regalaron una carpintería estuve a punto de convertir en sillas bajas de costura algunas de las mejores sillas del salón de la casa. Los estropicios fueron aún mayores cuando di en improvisarme sastre, albañil, herrero, panadero o fabricante de alpargatas. Los materiales y utensilios salían todos de las cosas útiles de la casa y a veces de las más reservadas, escondidas o preciosas. […]

La escuela pública amplió notablemente el ámbito de mis relaciones infantiles. Me puso en contacto con los hijos de los artesanos y los labradores que no iban al colegio de pago. Los encontré broncos al principio pero enseguida tuve entre ellos algunos amigos de verdad, aquellos de rancho aparte. Me gustaban sus casas pobres, que seguramente eran menos confortables pero más estéticas que las casas pequeño-burguesas a las que yo estaba habituado, pocas de las cuales se distinguían por su buen gusto, en tanto que el mobiliario popular, tradicional, era infinitamente más gracioso en su sencillez. Las cocinas de llar, especialmente, con sus colores, sus bancos (o barros), sus adornos de papel, me producían un bienestar singularísimo. Gracias a ello sus casas estaban, con frecuencia, más calientes que las nuestras, servidas por braseros de acción muy limitada y localizada y pocas veces provistas de estufas irradiantes. Uno de los amigos que hice en esa época era hijo de una viuda pobre y se puso enfermo —quizá con un tumor blanco—, lo que convocaba en su casa a una reducida pandilla de incondicionales. Creo que allí descubrí algunos juegos de mesa como el de la oca y los naipes. El chico se llamaba Ignacio y la familia la de «los Ba-

rraganes». Otro muchacho que venía conmigo a aquella casa era el hijo del tabernero principal del pueblo, al que llamaban el Calique. Era fuerte y pequeño, alegre como unas pascuas, y hacía de monaguillo en la catedral. Un personaje inquietante, apenas entrevisto en la escuela porque siempre hacía novillos, era el Bu, que tenía la cabeza como un estropajo y una nube en el ojo. Era el terror y casi el único antagonista del guardia municipal del pueblo. Apedreaba perros, chicos, muchachas, canónigos. Blasfemaba. Era el rebelde descarado, desgarrado, andrajoso e infinitamente libre que nos aterraba y nos fascinaba. Forma parte de mi mitología. Otros amigos «buenos conductores», esto es, que me pusieron en contacto con lugares deliciosos, eran los hijos del panadero de la calle Mayor. El horno de pan ejercía en mí una fascinación no inferior a la fragua del herrero. En general, en mi pasión por los oficios, los que quedaban a mayor altura y en el primer grado del respeto eran los dueños del fuego: el hornero, el herrero, el fabricante de carros, que acoplaba la llanta de hierro a la rueda de madera en una enorme parva de oro crepitante. El hojalatero, el alpargatero, el botero, los zapateros —que tenían oficiales republicanos irreverentes en cuyo torno me instalaba, a veces, por horas y horas— y los carpinteros, cuyo taller era siempre el de más fragancia y limpieza, fueron para mí familiares a través de sus hijos con los cuales formaba pandilla. En rigor, las clases estaban poco acusadas en el pueblo, especialmente al nivel de los muchachos. Cuando los chicos burgueses nos hicimos estudiantes, las distancias se señalaron un poco más, pero nunca fueron terminantes. Las amistades resistieron la prueba muy frecuentemente. […]

Por cierto, la vida social era en casa de mi madre mucho más rara que en casa de mi tío Zenón, porque a las viudas se les imponía una cierta parsimonia en las relaciones mientras la casa de presidencia varonil podía permitirse una puerta más ancha. Por otra parte mi tío había ido creciendo en autoridad según se iba haciendo hombre maduro. Era el primer comerciante de la plaza, y banquero por añadidura. Había roto con la tradición anticlerical de mi padre y se le veía en cofradías y procesiones. A mí esto me parecía normal hasta que un día oí decir a un liberal, que estaba a mi lado viendo pasar una procesión en la que iba mi tío con escapulario y candela: «¿Pero cómo es posible que llegues a ver a un Ridruejo en una procesión?». Fue para mí un raro descubrimiento, ya que, como he dicho, mi madre me tenía acostumbrado a novenas, sermones y devociones sin cuento. Pero parece que lo que para

mi vecino era escándalo, para la mayoría de las fuerzas vivas del pueblo era respetabilidad. A mi tío se le respetaba y oía. Era el «bienpensante» por excelencia; apolítico, apartado de la vida partidista, sostenía principios pragmáticos de buena administración, autoridad funesta y aplicación a las obras de utilidad. Lo demás era perder el tiempo. Así, en su día, resultó el hombre ideal para representar en el pueblo la dictadura de Primo de Rivera, implicación que no dejaría de influir en mi propia casa preparando el ambiente en el que se vería envuelta mi adolescencia. Pero no aceleremos el paso. […]

Los últimos años de mi primera infancia, antes de comenzar mi cadena de internados, fueron, como es lógico, los más libres y callejeros. Ya he dicho cómo me atraían los trabajos manuales de tipo tradicional. En el pueblo —fuera de las fábricas de electricidad y molienda— no había otro. Todo se hacía a mano y con métodos más o menos arcaicos, desde la labranza de la tierra hasta las conservas de tomate del año, que venía a soldar a la misma casa el hojalatero que había fabricado los botes. De muy pequeño el albañil de la familia —el tío Rojas, que era también empleado de las obras públicas— me permitía hacerle de peón con una gran paciencia, pues mis intromisiones debían ser más bien perturbadoras. Me gustaba mucho ver debastar la piedra o ajustar el ladrillo con un golpe de canto de la paleta, ver la masa de mortero ligándose en su montón antes de pasar a los pequeños cuezos de donde se tomaba para la obra. Ver el empleo de la plomada tan sencillo: un cilindro de hierro de punta cónica colgado de una cuerda o del nivel, que era una cajita de hierro abierta al tubo de cristal donde la posición de las burbujas demostraba la horizontalidad o el ladeo. Y luego los trabajos finos o de acabado, con la llana y con la muñeca que repulía el yeso y le sacaba brillo. Pero aún me gustaba más el oficio de carpintero. Yo iba con frecuencia al taller del tío Carpanta, que era igual al San José de los Altares, con ojos azules y pelo cano algo rizoso. Tenía una cara alargada y ya rugosa, grave pero bondadosa. Allí no había maquinaria sino el banco tradicional con sus torniquetes y su canal. El trabajo de la garlopa y los cepillos era la fragancia misma. La madera se adelgazaba en rizadas virutas, dando un olor de savia fresca, casi tan bueno como el del pan recién deshornado. Me admiraba, sobre todo, la precisión en el ajuste de las piezas, mientras la cola hervía y apestaba en un pucherete sobre una hoguera de astillas y virutas. El machihembrado exigía un tino enorme porque todo estaba hecho a

punta de formón. Y todo estaba limpio. Pero aunque todo estaba sucio en la fragua no me atraía menos el oficio del herrero. Había varios en el pueblo. El nuestro trabajaba por el barrio del Rastro y, cuando iba por allí, me dejaba tirar de la cadena del fuelle que alimentaba de aire el hornillo, de donde el hierro salía rojo, chispeante, para pasar al yunque donde el martillo le iba dando forma con una facilidad tintineante que parecía cosa de ilusión. Yunque, tenaza, martillo, cortafríos a percusión. Era todo si no se contaba el propio herrero, semidiós renegrido, vigoroso, invulnerable a la chispa. Y el chirriar del hierro entrando en el agua fría donde volvía a su dureza. Durante muchos años, además del herrero, fui un amigo asiduo del herrador Agapito, chato y jovial, que fabricaba las herraduras sobre el yunque a partir de una tira simple de hierro que poco a poco iba tomando forma. De vez en cuando entraba en el taller un mulo o un caballo. Se le ataba al potro y se le ponía en el belfo una careta de madera —una tremenda pinza de tornillo— que inmovilizaba al bruto, causándole, supongo, un intenso dolor. Aquello de llevar el dolor a otro punto para compensar el que pudiera entrarle por los cascos era un remedio que me parecía un tanto fuerte. Inmóvil ya, se iban tomando uno por uno los remos de la bestia. Se le sacaban con tenazas los clavos viejos y la herradura partida. Luego, con un cuchillo de espátula y otra parecida a la que usan los zapateros, se le iba cortando la parte muerta del casco hasta que éste perdía el aspecto ceniciento y se mostraba tierno y más oscuro. Entonces se acoplaba la herradura, que se le fijaba con largos clavos planos de cabeza cuadrada, que las tenazas remachaban por los lados. Y el animal estaba listo para salir pisando firme. Había siempre ante el taller del Agapito —que luego se hizo fondista y tuvo coches de transporte— algunas pieles de buey y varios cuernos vacíos. Tales restos procedían, seguramente, del taller del pellejero que quedaba vecino. Ambas industrias estaban en la calle baja que cierra la barbacana de la carretera de Soria, a la entrada del pueblo, donde los ingenieros tuvieron que elevarla para salvar el valle. Cuando llovía mucho aquello se convertía en un gran charco. Enfrente, al otro lado de la carretera, quedaba la casa de telégrafos, un gran almacén de maderas y piensos y el tinte, cuyas instalaciones iban montadas sobre el caz que venía de la fábrica y que salvaba la carretera por un túnel prolongado hasta los patios del hospital, donde servía, como dije, de colector a los evacuatorios. Casi extrañaba ver a la derecha, al otro lado de la carretera del Ucero, resoleada y majestuosa, la mole de la uni-

versidad, que, por entonces, era cuartel de la Guardia Civil, con las ventanas llenas de ropa tendida y que la gente llamaba «el fuerte». El costado que se abría hacia el alto de Soria servía de juego de pelota. En la misma fachada, próxima ya a otro almacén de maderas de mi amigo Del Amo, se abría la puerta del teatro municipal que, en el mejor caso, daba dos o tres funciones al año. En el pueblo y en la plaza había otro local de espectáculos, pequeñísimo, rectangular, con una fila de plateas laterales y al fondo un gallinero de gradas. Allí se daba cine los domingos. El segundo cine que hubo en el pueblo, pues el primero se proyectó en el café del Dueso, que correspondía a la esquina derecha donde la calle se encamina ya hacia la catedral. La primera película que yo recuerdo haber visto —Dios sabe en qué año— era comentada por un locutor que usaba puntero para señalar los detalles e ilustraba con música de piano. Era muy patética. Se trataba de una madre que no podía, por alguna razón, llegar hasta su hijo y forcejeaba ante una reja mientras en otro momento salía a relucir —o a sombrear— un «hombre de saco», siniestro, que parecía amenazar la vida del niño. Las películas del segundo cine se anunciaban con un toque de timbre continuo y estrepitoso que sonaba a la puerta del local. Eran películas de episodios de Hugo y Polo (o Rolo), como aquella de la moneda rota. Al final del episodio el héroe quedaba en una situación tan comprometida que no parecía posible más que rogar a Dios por su alma. Pero todos sabían que para que siguiesen los episodios tenía que salvarse. Más tarde empezaron a dominar en el programa unas películas españolas absolutamente inefables en que se lucía una chica morena y gordita que se llamaba la Romerito.

LOS PRIMEROS DÍAS [1952-1959]

(IDILIOS DE LA HIJA RECIENTE)

Para Gloria Segunda

(1947-1949)

II

Ya eres el cuerpo, la cosa
humana, mía y reciente,
un bulto de confianza
y arena sin deshacerse.

Lo tomo en mis brazos, llamo
pecho a lo que se resiente
de ser duro y tan abierto
como la mar y la nieve.

La tibieza que palpita
apenas sola, no puede,
en su invalidez cerrada
y encomendada, valerse.

La he tomado entre mis brazos
para comenzar a serle,
para irle siendo —aire, mundo,
realidad— lo que siente.

Ser dulcemente el oído,
las piernas con que se mueve,

la mirada, el árbol de su
menesterosa simiente.

La he tomado, vida nueva,
mi vida que no prefiere
ya más que dar, en lo lleno
del ser, como la corriente.

Cosa pequeña, caricia
delgada que no se atreve
y va colmando las aguas
de amor, desde donde viene.

IV

Dos aspas de níquel y una
caja de tela: un desierto
diminuto, una nevada
escasa, casi un velero
sin quilla —para el estanque—
que se llevaría el viento.
Y ondulante —sólo un poco
de gasa— espuma subiendo
para decir que es la vida,
toda, lo que está durmiendo.

De pronto la cosa yerta
se pone a sonar: primero
como un borboteo a rachas
entre plañido y gorjeo.

Es como el reloj que sale
de su madera y su acero
y suelta a rodar, enorme,
los engranajes del tiempo.

Suena y crece (y en el margen
de lo blanco y lo pequeño
dos grumos de barro, tintos
en azucena, batiendo,
suben a brillar. La cuna
ya es toda marca y fuego).

Por toda la casa cunden
trompas que van bosque adentro,
sirenas de mar nublada
y arboledas con su viento.
La vida —un orbe de níquel
y de tela— amaneciendo.

IX

Son cosas corrientes, casi
tan corrientes como todas.
Es un cacharro de vidrio
con ubre lacia, de goma,
ridícula, sin latidos,
sin mujer, cabra ni loba.
Es un bacín adornado
con flores, en blanco el rosa,
que ha perdido —es que se pierde—

su condición afrentosa
y aún no se usa (en las cuerdas
del patio hay blancas palomas).
Una silla de madera
desierta aún, rumorosa
de lo que espera, con ábaco
que no contará y la broma
del vano redondo, frío,
para las nalgas preciosas.
Cosas: una cucharilla
de plata, una bogadora
escudilla-cisne, el cielo
pequeño de una pelota
(detrás de ella, cayéndose,
a tentones, irá loca
cuando ande) que a la cuna
se sube como una pompa
con los colores ya duros
de no romperse. Una esponja,
lo más diario, y pañales
y olor a leche y colonia.
Todo lo suyo viviendo
de mano prestada. Cosas
corrientes pero que crecen,
se multiplican por olas,
por árboles, por caminos,
por ciudades y por rosas,
acarreándolo todo
al sueño de ser sus cosas.

XI

Te vas abriendo al mí; van siendo tuyas
las cosas —esa jirafilla verde
de hule tenso que vas mordisqueando
y has preferido al oso suave, al pato
luciente, al invariable
remedo del muñeco. Son tus cosas
el pecho de tu madre y este dedo
al que te ases y que algunas veces
estrujas y ensalivas muellemente
cuando soy una abeja en una rosa.
Son tuyas esas manos que ya sirven
y, a la hora del baño, con el miedo,
te dan las dos orillas o te entregan,
chapoteando, al agua bruñidora
como a un seno seguro. Son tus cosas
y tú te vas haciendo tuya —mías—
cada día sumando un vuelo, un pomo,
una linfa, un resorte a tus poderes.
Porque el yo está muy lejos —mundo claro
que se separa para ti en los bultos,
cuerpo que va, poroso, apareciendo,
urdimbre penetrable y trama lenta
que se van enlazando y nada saben.
El yo está lejos —tuyas, mías, nuestras—
y hasta el mío cerrado, endurecido,
se me anega contigo y se confunde
entre los materiales que te sirven.

XV

También los otros. No saben
qué hacerse. Te dan un dedo
que tú agarras —«ya conoce»—.
Te hablan por hablar. Rugiendo
te enseñan la encía tonta
de querer reír. Son buenos
aunque no saben. Me dicen
«es muy hermosa» y les quiero.
Los otros también —los otros
también, los que quedan lejos—
han renacido. Los hilos
que tú trenzas son sedeños,
me hacen barro con los hombres,
cosa con las cosas. Siento
alegría, amor. Los otros
ven amanecer: la risa
que no saben les va adentro.
Y yo vivo sus pesares,
sus alegrías: los veo
a tu luz. También los otros
contigo me están creciendo
en el corazón que tú
me abriste a fondo secreto
y amor —aquella cortina
que soltaste— estaba dentro.

[*Papeles de Son Armadans*, julio de 1959]

CUADERNO CATALÁN [1964]

(Alella, 1943)

(La tarde respondía
a las viñas doradas.
Yo volvía a encontrarte.)

No era la mirada
de enajenado tiempo
cuando el desierto pone
el tú y el yo sin verbo.
Ahora veía todo:
tu traje rosa y negro
con su verde cintura;
los suaves tamarindos
entre la luz y el cielo
de noche; aquellos muros
de botellas teniéndonos.

(La ladera tenía
almendros despojados
y el mar bajo y distante.)

No era el roce inminente
de los labios ni el fuego
de siempre y nunca más
el nosotros de adentro.

Era todo; tu suéter
blanco y tu falda negra,
los amigos dejados
atrás, el mar pequeño,
el banco solitario,
la arena atardeciendo.

(En la terraza estaban
los plátanos solemnes
y adormecido el aire.)

No era el arbusto solo,
palabra y vena al tiempo,
de embelesado verde
y solitario siendo.
Era todo: el arroyo,
la pradera, el hayedo,
la campana caída
en lo alto del puerto,
la trucha viva, el paso
de las esquilas lento.

(En el salón había
ramos —y espejos hondos—
de nácar en fanales.)

Y no era el dolor malo
como cortado a hielo
del agravio escondido
y el corazón mintiendo.
Era el día y la hora,
las paredes, el velo

doble, de gasa y agua,
bajando, fuera o dentro,
sobre la estatua verde
en el jardín sin dueño.
(Y eran días y días
de destejer lo suave
y de tejer lo extraño
contados y juntándose.
Me despedías. Ibas
por el camino grande
refrenando una risa,
un llanto o una sangre,
y estaba todo en todo
—yo volvía a encontrarte—:
la rosaleda al lado
oliendo, el huerto, el valle,
las verjas entreabiertas
subiendo hacia los árboles
y las casas pintadas
en las colinas. Antes
de marchar te besaba.
Era el tiempo en la carne
volviendo y todo junto
por siempre. Y me dejaste
—tu casi estar riendo,
en un adiós de ave
que se posa— en tu seno
donde siempre llevarme.)

(Navidad, 1946)

El año viejo, con raíces,
entra en el fuego del hogar:
ciprés, olivo, encina, chopo
huelen a cueva, invierno y pan.
Haces de muérdago y acebo,
brazos de pino con cristal
de ácido bórico, ramean
en los dinteles de mi paz.
Todo el silencio acecha un ruido
—con sangre junta— que vendrá
—cuna esperando, mundo chico—
cuando las flores al zarzal.
Fuera la nieve cae besando
hojas secas por enterrar
dejando el valle azul y vago,
la tierra oscura y ronco el mar.

SUBIDA A CADAQUÉS

Pasado el circo azul —festoneado
de medio sol y verdeante plana
con venillas de luz— tuerce el camino.
Subiendo se quebranta
y vierte hacia otro mundo.
Mundo de escoria y de metal sin nada,
recién quemado, donde el mar se atreve.
Y Cadaqués afuera, con pizarra
y olivo, hierro y plata, en las alturas

y plomo, abajo, líquido, con láminas
de platino, y con nieve de colina
que baja y se despliega a flor de agua.
Afuera y sin color en la tristeza
donde la sola carnación humana
es como el fuego, y sobra,
y un abismado sueño el mar estanca.

El mar se duerme, se despierta
baboseando al avanzar,
al retirarse recompone
—roca pulida— el arenal.
Un pie de niño grava —fósil
instantáneo— la soledad.

Cede la amarra, la, madera
baja la cuesta, incendia sal,
y cabecea, serenada
en su descanso natural.
El corazón, la concha, el águila,
el novillo en su pastizal,
la luna llena, la primera
rosa del último rosal,
nada es más puro que esta forma
que el hombre ha puesto sobre el mar.

Sombrajo de caña y pino
que ya no sirve de nada.
(Afuera la noche grande
con sus barcas amarradas.)
Se canta lo que se bebe
con fuego azul hasta el alba
—infierno de chocolate
para el alcohol de otras playas—:
sardanas del Ampurdán,
habaneras de La Habana
y un coro de sombra afuera
con el jadeo del agua.
Los pescadores en vela
de la noche a la mañana.

Te deseo y lo sabes.
Tú te acuestas con todos
a mar sin nadie.

El mar se levanta y grita,
zarandea, desbarata
lo que copiaba durmiendo
—la sangre no llega al agua.
Baja el agua de los cielos
domándole a velo y tralla.
El trueno va tierra adentro,
envía cieno con ramas
a torrentes y la arena

se laborea y devasta.
El mar y la tierra entrados
cuando nadie los separa
pintan su mundo a luz fría
y sangre desamparada.

CEMENTERIO

Los muertos están arriba
sobre el mar, en sus bancales
con muralla, enriqueciendo
pinos, cipreses y sauces,
romerales a tijera
y rosas en sus rosales.
Los jardines de los muertos
aireados y colgantes
ven tanto mar infinito
que la pena de dejarles
es como envidia. Los vivos
se van pudriendo en las calles,
vueltos hacia la montaña,
con humo y niebla en el valle.

PINTURAS

(Casas)

Un velador de hierro blanco,
mecedoras, glicina esbelta.
Bajo el alero de la dama
—motas de un sol en copa trémula—
se filtra un tinte sonrosado.
Los hombres cuidan barba negra.
Hay un diario, con la bolsa
y las noticias de la huelga.

(Nonell)

Vibrando: barro de colores
mantón airado, boca en llama,
ojos de humo, crencha oscura
con geranios de madrugada.
Sin mundo. Acaso con un gusto
de ajenjo y con olor de lastra
rezumante en su laberinto
secreto, al lado de las Ramblas.

(Rusiñol)

Fuera el café de espejo. Ya se olvida
la buhardilla de estufa y moza en cueros.
Solo queda el jardín, verde que verde,
y cada vez más verde y más adentro.

(Picasso)

El aire cambia a azul, declina a rosa
con pintura delgada, y el trazado
es cada vez más neto cuando acusa:
pareja triste con mujer deshecha,
mendigo rey, juglar del hambre, niño
desnaciente y saltón, con los disfraces
que destejen lo vano y lo risueño
saliendo a amar con el dolor del mundo.

LOS OTROS

Son más oscuros, en los ojos
de niña grande hay mucha brasa,
los labios vueltos, la colilla
amarillenta y requemada.
Viven afuera, en los repechos
donde su lodo, astilla y lata,
huele a gallina y a ajo crudo,
sudor cansado, orín de cabra.
Bajan temprano a la caldera,
al telar, al andamio; pasan
con vaho de invierno aunque el despunte
del sol endulce la mañana.
Son los fósiles del mar viejo
que poco a poco alza montañas,
los que rellenan, mano a mano,
cuanto la historia luce y gasta.
Son más oscuros, son los otros,

los que distinguen o pare el alba
y el día mezcla y disimula
y, mineral, la noche apaga.

(San Juan)

Son las aldeas, las del roble
y el pino azul, junto a la nieve,
las de la mancha de avellanos,
las del almendro y vid caliente,
las del laurel, las del olivo,
el ciprés alto, el zarzal breve.
Meten a fuego la ciudad,
los cruzacalles que no sienten
tierra ni flor, las casas altas
lejos del cielo. El viento agreste
atiza y sube las hogueras
en que se quema lo doliente
y desechado —el sillón cojo
donde murió el abuelo. Viene
la primavera de los campos
con buscapiques y cohetes
sonando todos los tambores
para que el alba se despierte.

[*Cuaderno catalán*, Madrid, Revista de Occidente, 1965]

CASI EN PROSA

[1968-1970]

Hoy el silencio es blando.
Todavía cae la nieve en la nieve
con muelle vaguedad. El horizonte
es sólo una sutura en la campana
del entresueño. La materia sorda
y ofuscada de luz vacía el mundo
al llenar el espacio. De repente
el bulto vivo con su fuerza umbría
de piedra y concreción brota en la nada:
Las altas piernas libres, la cabeza
con su dibujo vegetal, el busto
gemelo y navegante:
El poder de la tierra.
Crea y destruye. Pronto
el lago, ojo instantáneo,
volverá a adormecerse como un nido
adonde cae la nieve.

F

Un corazón que sube
una colina que puede
partirse en dos. El medio
es todavía un gamo
lleno de confianza.
El otro medio, herido, el de la sangre,
es un anciano lento entre la duda

de pararse o correr, darse al peligro
de la fatiga o esperar que venga
el hielo con su pinza
a estrangularle el caz.
Ir despacio. No puedo
creerlo y lo ejecuto.
Ir despacio, temiendo
a la aguja que corre
del esternón al brazo.
Ir despacio y que pasen
delante, sin quererlo,
mi medianero el ciego
que va atado a su lobo
como a un miembro, los fuertes
profesores ya canos,
el grupo casi informe
de fardos «over coat»,
la muchacha que mueve
el abril de sus piernas
libres hasta la línea
del puro escalofrío.
Voy despacio. Mis años
van conmigo y por fuera.
El otro corazón también me pasa
viendo gracia de almendro reluciente
sobre la cornamenta de los olmos.

G

Heme, pues, profesor. La clase empieza
en rectángulo igual. Así me siento
lo que soy: aprendiz de mis lecciones
que veinte pares de ojos me construyen,
guiadores, con líneas
para un espacio donde tienen curso
pobres saberes de anarquía a tientas.
Todo fluye y fluyendo se derriten
las notas apuntadas, los opacos
pasillos estadísticos, la cifra,
la letra muerta. D. Felipe V
es un fantasma y sus tapices humo.
Pero algo quedará. Gana su savia
de objeto compartido
la España interrogada, aquí, tan lejos.
Se sangra y se libera lo que duele,
se aclara lo que ofusca. Hacen poesía
la Historia, el pensamiento. Es la sorpresa.
Hablar es aprender y me va haciendo
pueblo testificado en su relumbre
la conciencia plural en donde miro
cómo duele otro mundo
y cómo un verso puede hacerse un rayo.

H

¿Vuelvo a la luz o salgo de ella? El aire
es muelle en su amplitud desembargada

de todo humo. El cielo tamizado
en su perlada cúpula se aviene
al espacio que abarca la colina
suspendiéndome el día. Ya se envainan
los cuchillos del viento y el diamante
es carámbano en rama y piel de lago.

I

Alimentarse es necesario. Un trámite
de la rutina y con frecuencia un puro
pretexto para usar la compañía.
El lugar es al caso. Arriba hay orden
de madera y reposo, abajo embiste
la vida con más olas y hay cristales
con horizonte. Hacia mitad de mayo
el pasto se hará suave en la ribera
con ascua en ramos y agua navegable.
El azar trae amigos —su ruleta
es de lengua insular— casi invariables.
Vendrá Badía, el catalán agudo
de perfil, sonreído
por una suave chispa franciscana.
O Brancaforte con tristeza en guiños
de una ironía que anidó en sus ojos
viendo acabarse el mundo en Siracusa
e ir los huesos de Alfeo en un arroyo
hacia la concha de Aretusa huyendo.
O vendrá Diego con la barba agreste
como careta de facineroso

en el rostro de un niño.
O estará Jorge, el portugués, que tiene
apellido fluvial y es una ola
atlántica que crece a gran espuma.
Antonio no vendrá, hasta que se funda
el lago de Chicago y esté esbelto,
para segar, el prado de su casa.
Hay luz artificial. Vamos comiendo
por hablar. Siempre es corto. Los relojes
funcionan sin descanso —¡Dios los guarde!—
aunque a veces se achican y parecen
olvidarse del tiempo y de nosotros
dilatando un bostezo. Aquí la tarde
será larga y tendida.

N

No son más que las ocho.
Quedan tres horas largas
para huir serpentina-
mente bajo la sábana.
El tiempo se hace ahora
apremio. Pide, manda
hacer. Pero una pluma
¿qué vale? La palabra
es cosa de la cosa
sabida y se le escapa
la cosa inexpresable
que sube a la garganta.
La sintaxis es pobre

y de otro mundo. Aparta
al mundo que me gime
fuera de sus murallas.
¿Qué hacer? Tomo papeles
y tijeras. La aguada
llenará el entresijo.
Me entrego a la artesana
inconsciencia y me dejo
ganar por sus fantasmas
denunciando lo roto
y lo aspirante. Vana
evasión en colores
de azar. Fatiga vana.
Imitación del sueño
contado, que me calma
porque el objeto queda
fuera y en sí. Mañana
por la tarde —volvamos
a lo que hay— pensaba
subir por las colinas
frías y despojadas
a la caza de objetos:
Frank Lloyd Wright y sus casas
y la iglesia que junta
sus manos en plegaria
para el innominable
Dios de cada esperanza.
Mañana, si Dios quiere,
será otro día. Avanza
pesadamente el tiempo
al agotarse. Cansa
el soliloquio al borde

de su nocturna pausa.
Ojeo libro nuevo:
«Marcuse». ¿Es lo que manda?
La ducha me desviste
del día. Es como el agua
de Leteo. Voy siendo
una niebla alejada.

Ñ

La bruma de anteanoche y duermevela
es pasado. La estancia es un vacío
sonoro en el silencio del albergue
con mis latidos. Pienso lejanía
y destierro. ¿Qué harán? Son otras horas
—¿seis horas más?—. En casa duermen todos
—y mi madre en la suya, ya anudado
el hilo, apenas luz, que la retiene—.
Cada cual en su sueño. Ya no hay casas
en qué pensar. Mi lecho está vacío;
quien reposa a su lado es de azucena
cansada pero hermosa. Está en su olvido.
Los niños —rosa o bronce—, los adultos
en que viven mis niños, serán puro
vegetal respirado: Las miradas
—azul, oro— abolidas,
fragilidad y fuerza niveladas.
El orgullo es pavesa de ceniza
que me quema en rescoldo. Pero todos
están lejos —no es tiempo de distancia

sino absoluto— en la cerrada noche
que allí da paz y aquí punza y enfría.
Ahora sí: «tic, tic», siento el golpeo
del corazón mecánico y me gasta.
Heme aquí, pues, de profesor, de pobre
profesor en penumbra, pobre bulto.
Hasta que venga la dudosa aurora
y aquel ajeno a remolcar mis huesos
a la sala de baños.

(EL OTRO LADO)

Lo que sobra a la vida
—la buena vida de la tienda en orden,
la digestión puntual, el sexo listo
para el sábado próximo y el pasto
de la imaginación a cuatro tintas—
todo va sin remedio a las callejas
laterales de orín y gato pobre
donde el papel llovido y la lata amarilla
tienen su otoño oscuro,
donde el hierro gastado desciende en escalones
para ocasos de urgencia,
donde el perro del viento se arrincona
mordisqueando las estalactitas
con un poco de hollín en el azúcar
que ha dejado el invierno,
donde se cierran puertas de misterio
como espaldas ruinosas.

(AMÉRICA AMARGA)

A Benito Brancaforte

Me para la vitrina
con carteles y láminas.
América se acusa.
Entre Miró y Kandinsky y se destaca
lo que golpea. A enorme claroscuro
el guerrillero de esponjosa barba
es ya gloria de nube. El estudiante
enrolla bien el ídolo y va a casa
a entronizarlo, íntimo,
con el disco y el libro y la muchacha.
El presidente que bracea en Washington
es un monstruo a motor que con sus garras
destroza medio mundo.
Los negros, sus trompetas, sus guitarras;
los pobres, sus alcobas con remiendo;
los oscuros de más al Sur; los parias
del Imperio son tema
de los mejores «posters». Casi nada
se refiere al «Apolo», a las cadenas
de montaje, a las fábricas osadas
de aluminio y cristal, al «campus» próximo,
las Cataratas, el Cañón, las peñas
labradas que anticipan lo inhumano,
o la secuoya que hace túnel. Hasta
la libertad se elude, cuya antorcha
quemó a raudales vida y esperanza.
América se mira
en un espejo de dolores: ¿Harta?
¿Para ocultarse o para verse?

Nadie me lo diría aquí por donde pasa
ligero lo pesado hacia sus tiendas,
sus grúas, sus talleres o sus granjas.

(CENTER SHOP)

Es el centro ideal. Son ideales
los radios, la circunferencia,
el mundo, su sintaxis
de gasolina.
Pero pulula. Expide
carne, zapatos, herramientas, leves
peinadores de gasa o aparatos
de tele-ver-fantasmas, a destajo.
Es la vida y no cesa
aunque a nadie reúne.
Es el Ágora muda
de una ciudad abstracta.

(CHISTE DEL PAPEL VIEJO)

A Mencía y Jorge de Sena

No me digáis que en Texas hay petróleo,
frutas en Canadá, leche en Wisconsin,
motores en Detroit, carne en Chicago.
Ya se sabe. Decidme quién diluvia
este papel sobrante
que va cubriendo a América; este largo

basurero que abruma calles, costas
de lago, márgenes de río
y carretera, parques
y tierras de labor. Lo volandero
—jirón, burruño, envase, flor sin ganas—
tiene hermanos de lata renegrida
y barril desguazado y es pariente
del desconchón y la cabaña rota
junto al Building triunfal. Mientras asciende
el nivel de lo muerto, espero un arca
por si hay un inocente que responda.

(HOMENAJE A FRANK LLOYD WRIGHT)

1

No decorar el espacio;
construirlo. Hasta el camino
de los humos es palacio.

2

Horizonte de ventanas,
tan vertical cada una
en su horizonte. Así basta.

3

Son dos ángulos que rezan
al cielo deshabitado
y al campo de ruda leña.

4

Roca, ladrillos, madera
—casa roja de Chicago—;
la forma de su materia.

5

Dos macizos volados
de hormigón sobre peñas,
y en medio los cristales
que abajo se liberan.

6

Construye pero no toca
subrayando la colina.
El agua llana lo copia.

7

El caracol no sospecha
que al girar sobre sí mismo
dibuja la luz eterna.

Me han recetado pasear. Paseo
hacia el Stadium y sus arboledas
por donde un agua sucia
hace barranco con escombros. Cerca
otro arroyuelo tímido
sale de puente a claro y riega un parque

de papelera inútil y quiosco inservible.
Paseo por la umbría carretera
que va hacia Nueces, a poniente, y deja
ver algunos palacios
cubriendo su dieciocho americano
de plantas trepadoras.
O marcho por la State penetrando
como una aguja el túnel
que llaman Capitolio,
parándome a mirar el buey alzado
de cartón o los grandes almacenes
que me quedan sobrantes
o descubriendo el cielo
sobre las catedrales de la banca
y el árido cajón de los hoteles.
(Al costado, quizá mi buen amigo
Gullón tendrá la lámpara encendida
mientras lee y anota, corpulento,
llevándose una mano
cansada al mechón gris que le acaricia.)
O paseo más largo
por la vereda herbosa
del Este, paralela
a la Avenida que sobre sus patas
corre hacia el río como desplegando
un rollo de desierto.
Es paseo con olmos y nogales
y florecillas resistentes. Cruza
el barrio negro con sus callejuelas
que dan a la floresta. Miro hornillos
rotos, juguetes destripados, ropas
y hamacas aflojadas en los porches

con la madera despintada. Luego
el campo se hace raso. La otra orilla
es de vergel tupido. En ella viven
—la puerta abierta hacia las aguas mansas
que no se sabe si van o vienen—
otros amigos. Son sus galerías
como de cárcel, pero están colgadas
sobre la libertad. Hay un chiflado
obeso de cerveza que echa piezas
de medio dólar al verdoso acuario
de la piscina para complacerse
en el buceo de los niños blondos.
Hay una barca. Sauces. Cielo rosa.
Saco a Martínez López de la cueva
de su televisión. Rumia palabras
con el perfil de Hodcroft que se olvida
de cenar. Pero olemos asadores
por donde Don Quijote de Arocena
va preparando el bife de la pampa
con sus hierbas de Historia.
Es tertulia de hombres. Aunque a veces
aparece María, lenta, erguida
en su belleza mate de ébano con lirio
como alzando una lámpara invisible.
Alguna vez ya es tarde; pero nunca
hay prisa. Es casi nada
y es todo: la costumbre.
Me han recetado pasear. Paseo
sólo, hasta la frontera de la noche.

(VISITA A OCTAVIO PAZ)

Por encima del piso veinte, tiene
su terraza el poeta
suspensa entre dos cielos estrellados.
Si se cierra y medita
—la centella francesa que le acompaña suena
con un leve rumor cristalino o de llama—
hay tierra de arenisca
ancestral en su rostro.
Cuando habla, bebe, ríe,
es tigre, yuca en flor, fuente de Roma
o campanil del Giotto,
cuerpos entrelazándose en un templo del Ganges,
calle en París contando;
enredadera viva de embriaguez y palabra
en el peldaño más incandescente.

(HIPPIS EN BERKELEY)

La cantería de la torre sube
con fe de sus cimientos.
El horizonte es vegetal. Vencidos
en desmayo de sombra están los cuerpos
que desean caer. Un clarinete
les ata por los nervios
y un aroma de hierba los transporta
donde ya no hay preguntas.
                El acero
con cristal y la más ardiente puja

de la vida no sirven; quedan presos
en párpados que son como paréntesis.
Algo cruje y acaba. Está queriendo
y sin querer. Es ávido y saciado.
Es cólera y desprecio.
Es sangrado desdén. Como si el mundo
de la promesa remontase un vuelo
vertiginoso y la conciencia fuera
su ceniza de sueño.

[*Casi en Prosa*, Madrid, Revista de Occidente, 1972]

EN BREVE [1960-1975]

(HOJAS DE UN CANCIONERO INÉDITO)

PINTURA DE JUAN MIRÓ

La luna, como puedes mirar, es una mujer,
y el perro que ladra a la luna
somos Miró y tú y yo
mientras la escalera es un abismo
de ilusiones impracticables y tentadoras.
Todo se explica claramente así en el cielo como en la tierra
pero es bueno que unos ojos abiertos
hayan sabido contárselo a unas manos manchadas de arcilla
para que siempre y nunca más nos equivoquemos de luz.

Con cuatro copos de nieve
yo puedo volverme almendro
si el corazón lo mantiene.

Exagera sin cuidado
que siempre hay cortos de oído
para arreglarlo.

Al que tiene lo que quiere
le falta el poder querer:
El nervio que me mantiene.

La leña para el invierno
se recoge con dolor.
Por eso es tan vivo el fuego.

Aquel hombre de cartón
parecía un hombre vivo
cargado de su razón.

Subió al poder la cabeza
de serrín y al poco tiempo
era cabeza de piedra.

No podía con su alma
pues se le había dormido
de tanto considerarla.

Siempre se rompía el lápiz
cuando tenía en la punta
lo que nunca dijo nadie.

«Hablar por hablar»: lo vano,
sugiere el dicho. Y no acierta;
todo el hablar es humano.

Cuando habla el tonto
su palabra avergüenza
lo que yo escondo.

La verdad de la verdad
y la verdad verdadera
y la verdad como un templo,
son verdades como fieras.

No te cargues de razón
pero dale tiempo al tiempo.
Es lo mismo y es mejor.

La libertad —me corrijo—,
la libertad lo primero.
Se la comerán los lobos
si la dejas para luego.

La lealtad verdadera
es apearse del burro
y desmontar la quimera.

Porque donde dije y digo
están el sudor del hombre
y el embeleso del niño
y la mujer que en el vientre
y el corazón lleva el nido.

Por ellos cambio de idea
porque ellos serán los jueces
del valor de la herramienta.

Por ellos vuelvo a montar
porque la tierra del hombre
es la de nunca acabar.

Astucias de primavera:
se reía por los pechos
con una cara muy seria.

Evocar al animal
en el deseo del hombre
es ignorancia mortal.

¿Ya me deja la pasión?
porque miro lo que pasa
y digo ¡gracias a Dios!

Me besa de refilón
como piedad o ceniza
que cuida lo que abrasó.

Don Juan trabaja de noche
lo que pregona de día.
Pero no vende. Recompra
su fantasía.

(EVA)

En su manita de rosa
palpo huesecillos tiernos,
membranas de mariposa;
pero son de acero
y arrastran ligeramente
lo que parecía muerto.

He sentido la muerte: Vomitaba
contra un espejo. Luego me dormía.

(LEER A BAROJA)

Esta gente que entra y sale
por la escena de la vida
sin mayor razón que el aire.
Y esa vida
que ni tiene argumento
ni está perdida.

(PARALELAS)

Colinas sobre colinas:
Del oro cansado
a la plata fría.

(Ladrillo, azulejo,
del fuego, del agua
rescoldo y espejo.)

Roma es en presente
un otoño vivo
mortal y poniente.

Y Lisboa el sueño
de su primavera
que ya es su recuerdo.

(Confundo y aclaro
—la imagen, la idea—
de lo que encabalgo.)

(ALELLA)

Todo debe morir. Es una casa
grande y para otro tiempo,
con materiales crudos, declarantes
que aún describen el pulso
de las manos obreras. Con espacios
habitables sin tasa.

Abajo los lagares,
con humedad y telaraña en botas,
hace tiempo olvidaron
el vino antiguo.

Arriba, como yugos para bueyes
de cíclope, las vigas sin desbaste
y las ventanas chicas que dibujan
lo que miran: cipreses y glicinas,
avellanos azules,
una casa traída de Toscana,
el cielo pajarero donde charlan
las hojas con los picos invisibles;
cañaverales con alberca, un huerto
de pozo, una colina
arenosa de vides y pinares
diminutos: lo limpio.

En la planta mediana un aleteo
romántico de vagas mariposas
que habitan los espejos, acaricia
y enciende porcelanas y metales,
acaricia besando con cuidado
la caoba que cruje
con sierras diminutas en la entraña,
la caoba que ha visto
los partos peligrosos del siglo XIX.

Afuera hay una puja de geranios
e íbicos rojos en escalas verdes,
un par de terracotas con muchachos
muertos un siglo atrás, y la explanada
con cúpula que rompe la palmera
subiendo nudo a nudo.

Todo habrá de morir. Incluso el agua.
Incluso el aire puro.

Cargo el tacto, los ojos,
el oído, el olfato,
el corazón, con yemas del instante,
haciéndome leyenda.

[*En breve*, en *Litoral*, Málaga, 1975]

[1974]

CUADERNILLO DE LISBOA

(1 DE MAYO DE 1974)

Claveles. Ni una gota
de sangre. Restañado
un pueblo o mar sonríe
por un millón de heridas
que se han hecho fragantes.

(CASCAIS)

De la boca del infierno
no sale fuego.
Colma los labios del agua
fragor de rabia.
Y se deshace en espuma
de cuerpo de bruma.
No hay tormento ni placer:
ser o no ser.

[*Peñalabra*, junio de 1974]

HACIA ONCALA [1974]

La otra opción de que hablábamos consiste en internarse hacia el norte, por la sierra de formas gastadas y vegetación pobre que fue en su día el amplio solar de la Mesta ganadera. Pasaríamos así de Olvega a Conejeras, Castilruiz, Trébago y Magaña, entre la Atalaya de Águeda, que sube a 1.900 metros, y los relieves del Madero, a los que suceden los de la sierra del Almuerzo, cuyas mayores alturas dejaríamos a mediodía, y los de Castilfrío y Oncala, que empalman y son todos uno con los de Alba y Montes Claros. Magaña es un pueblo de gran ambiente, con algunas casonas de la nobleza merinera y restos de un castillo que fue de la Casa de Vadillo, a la que encontraremos señoreando el valle de Tera y cuyos descendientes ejercieron aún dominio electoral en la provincia en los comienzos de este siglo, hasta 1931. Cerca de Magaña encontraremos otra iglesia románica importante en Cerbón. Es un modelo más perfecto de la rara iglesia de dos naves que, a imitación de la de San Juan de la Peña, vimos en la villa de Ágreda. Lo notable en Cerbón es la audacia del arco medio de separación, que es de amplísima luz y un poco rebajado. Toda la iglesia es muy pura en su estructura y se conserva en buen estado. No sólo interesante, sino espectacular es el organismo que encontraremos en el pueblo de Valtajeros, que queda muy próximo. Es una iglesia-castillo de cuerpo rectangular y almenado. A su cabecera va una espadaña de dos arcos que hace cuerpo abierto por la espalda con el muro opuesto completamente liso, con una sola ventana enrejada y una gárgola en lo alto, que es la única y extrañísima escultura del edificio: una figura sedente de aspecto monstruoso. De los lados largos del rectángulo, el del sur lleva adherido un ábside y un cuerpo bajo donde se abre la puerta de doble arquivolta lisa. Dentro impresiona la nave, con bóveda apuntada cuyas curvas son más altas que los muros laterales, subiendo a seis metros y medio. El verdadero ábside de la cabeza, no reflejado al exterior, es cuadrado. La rudeza del templo es enorme, pero como objeto testifical para expresar una forma de vida resulta impresionante.

Podríamos desde allí seguir a San Pedro Manrique, pero ello nos privaría del acceso a los pueblecitos que quedan entre las dos carreteras —la otra es la que parte de

Garray— y a los que sólo se llega desde este lado por camino de herradura. Y nos privaría, sobre todo, de la buena vista del puerto de Oncala. Así, pues, podemos pasar de Magaña, por Pobar y Carrascosa de la Sierra, hasta el punto de la carretera de Yanguas donde se inicia la subida hacia el puerto de Oncala, que a 1.450 metros abre un estupendo mirador sobre la llanura numantina y sobre el oleaje inmóvil de la serranía pastoril. En algunos pueblos próximos a nuestro itinerario, como Aldealseñor y Castilfrío, se ven palacios o casonas señoriales de los buenos tiempos de la Mesta, que se repiten en otros pueblos pertenecientes ya al curioso Campillo de Buitrago, de población segoviana, que llega hasta la cerca de Garray, y que luego veremos. Por lo que se refiere a Castilfrío —que está en lo alto de su propia sierra—, conviene subir a un cabezo que se llama el Castillejo y que muestra, a 1.400 metros de altura, las ruinas de su castro céltico, que es cirular y tuvo 130 metros de muralla, aprovechada hoy, con algún añadido de cantos, para cerrado de ovejas. Otro cerco exterior de piedras hincadas traza una especie de línea Sigfrido primitiva contra la caballería. En el interior había, al parecer, chozos de madera, y los restos acreditan que la ganadería era ya en esta tierra un medio de vida organizado tres o cuatro siglos antes de nuestra era. Poco más allá del puerto y tomando un ramal a la derecha, se puede tener una sorpresa casi desconcertante. Son los esplendorosos tapices que se guardan en la iglesia de Oncala, tramados sobre cartones de Rubens e idénticos a los que se exponen en las Descalzas Reales de Madrid. El pueblo de Oncala es pobre, pero de bonita composición, repartido en dos altos, con un puente sobre el barranco medianero, puente que hizo construir el arzobispo de Valencia, donante de los tapices y natural del lugar, con el palacio que, malparado, se ve en la parte más baja, al tiempo que reparaba la iglesia que está en el cerro alto. Las casas ganaderas de Oncala son un modelo puro e interesantísimo de la arquitectura pastoril en todos sus niveles.

De allí se pasa a las aldeas pobres y líricas de El Collado y San Andrés de San Pedro Manrique, que dicen mucho al corazón del «cicerone», pero quizá no interesen vivamente al viajero. Son pueblos de cantos, pobres y con buena escuela, que se van muriendo y quedarán deshabitados pronto, disolviéndose acaso en el pedregal de la sierra sus graciosas iglesitas rurales, de un románico natural sin época ni estilo, y sus casas de tres plantas; la baja para el caballejo y la majada, la media para la cocina y los dormitorios y la última o somera para los granos, aperos y atalajes. Los paisajes de

prado raso, con espinos y ruinas de encinar achaparrado, son terribles en lo ancho y conmovedores en lo pequeño: el sotillo, la fuente, el pradito de avellanos. San Pedro Manrique, cabeza de la comarca merinera, es reliquia y testimonio de lo que va de ayer a hoy. Ya dijimos la importancia que tuvo esta región en «el honrado Concejo de la Mesta» —como se llamó la organización ganadera castellana desde los tiempos de Alfonso X— por la abundancia de sus ganados y la bondad de sus pastos de invierno. La Mesta —que en gran parte integraba intereses señoriales— dominó, con abuso frecuente, los caminos peninsulares que de sur a norte y de norte a sur llevaban y traían los rebaños desde Soria y Segovia a Sierra Morena y Andalucía y desde León a Extremadura. De este trasiego vivieron bien durante algunos siglos los descendientes o sucesores de los antiguos pelendones y celtíberos, ampliando su radio de acción conforme la reconquista corría las fronteras y asegurándose cañadas y cordeles, abrevaderos y refugios por todo el territorio. Gracias a la preceptiva anchura de aquellas cañadas es hoy pasablemente ancha la calle de Alcalá de Madrid. Eran verdaderas tropas de pastores con sus mayorales y rabadanes al frente y el hatillo cargado en los asnos o en los fuertes caballejos de la sierra: rediles para el ganado; calderas; tasajo y harina; aceite y sal en las colodras requetegrabadas, de cuerno de buey, para el condumio; mastines de grandes carlancas para espantar al lobo, que en los inviernos —cuando en los pueblos no quedaban más que niños, ancianos y mujeres y la nieve podía llegar hasta la altura de las puertas— aullaba hambriento junto a las corralizas de los prados. La suma de las ovejas trashumantes llegó a alcanzar la cifra de tres millones y medio de cabezas hacia 1525 y el señor Gómez Chico oyó decir a los pastores de Oncala que la sierra había llegado a soportar en tiempos muy remotos hasta seis millones de ovejas, aunque lo reputa inverosímil. Hemos hablado de la decadencia de esta riqueza y de la subsiguiente corriente emigratoria, que ahora va al galope. Siguen, claro es, pastando las ovejas y marchando hacia el sur, las más en vagones de ferrocarril, pero ya vimos que la cifra era un puro residuo.

[*Castilla la Vieja 2. Soria, Segovia, Ávila*, Barcelona, Destino, 1974, págs. 47-53]

LA VALENTÍA DE LA MEMORIA

A LA ALTURA DE 1970 Ridruejo no es un personaje público; su nombre no tiene eco más allá de círculos restringidos de políticos e intelectuales y subsiste en condiciones económicas y laborales muy justas. Desde 1956, y sobre todo desde 1962, su nombre aparece en prensa casi con el único fin de denunciar su comportamiento fuera de la ley, como opositor o aliado (falso) de los comunistas. Incluso tiene mucha mayor difusión de la que habrá tenido nunca desde 1942, cuando aparece como *imputado* en el libro *Los nuevos liberales. Florilegio de un ideario político*. Editado sin pie de imprenta, sin colofón y sin firma alguna, sus 141 páginas toscamente grapadas tienen el aire de la contrapropaganda de Estado, como si a un ministro de Información, y Fraga Iribarne lo era desde 1962, se le hubiese ocurrido la retorcida idea de airear el pasado fascista de quienes ya en los años sesenta estaban respaldando y, en algún caso, impulsando un horizonte político de signo liberal y democrático. El verdadero horizonte por delante, bastante más chato, era una nueva ley de Prensa, que es la que gesta Fraga mientras Ridruejo está en el exilio de París, y se aprueba en 1966. El tomito lleva la portada en rojo, con una especie de diana en blanco, e incluye transcripciones, facsímiles y fotografías de artículos de intelectuales falangistas. A la cabeza de todos está Ridruejo, «demagogo del totalitarismo», dice el libro, con textos publicados entre 1937 y 1941, para seguir con trabajos de entonces y algunos bastante posteriores de Tovar, Laín, Montero Díaz, Aranguren y Maravall.

No era mucho más lo que podía circular de Ridruejo fuera de círculos de la resistencia, o cuando menos entre aquellos que pudieran tener noticia de una verdadera y profunda evolución del autor. Pese a eso, y pese al bajo perfil público del político, a su regreso de Estados Unidos en 1970 cuenta con una actividad intelectual o propiamente literaria considerable, en forma de trabajos editoriales dispersos y *pro pane lucrando*: ha traducido a Curzio Malaparte y a Ignazio Silone, ha puesto prólogo a cosas muy dispares, que van desde un tomo sobre *Cataluña* con fotografías de Nicolás Muller a una traducción de las rimas de Petrarca y la *Divina Comedia* de Dante, pero también a clásicos castellanos como los *Naufragios y comentarios*, de Cabeza de Vaca, en Taurus, o en Alianza Editorial *Las muertes del rey don Pedro*, del canciller don Pedro López de Ayala. Ha epilogado asimismo, para la editorial de su muy fiel Pablo Martí Zaro, Seminarios y Ediciones, el *Epistolario y escritos complementarios* de Unamuno y Maragall, y prologa los artículos de Cela publicados con el título *A vueltas con España* para la misma Seminarios y Ediciones (que es donde ha de aparecer en 1973 uno de sus excelentes libros de ensayos, *Entre literatura y política*). No ha descuidado tampoco ni otras traducciones ni otros prólogos más directamente políticos, como las páginas que escribe al inicio de *La sociedad autogestionada: una utopía democrática*, de Luis García San Miguel, también aparecida en Seminarios y Ediciones, o *La democracia industrial*, de André Philip, en Tecnos,

además de haber seguido escribiendo artículos de batalla allí donde puede: la ya conocida *Mañana*, o la revista que fundara en 1953 Victoria Kent en Nueva York, *Ibérica*, activa todavía hasta 1974.

Sin embargo, el lector español de entonces va a descubrir a un memorialista excepcional, todavía demasiado secreto hoy: desde 1971 y hasta los mismos días de su muerte colabora en el semanario *Destino*, convertido ahora en una publicación para clases medias y nítidamente antifranquista desde muchos de sus múltiples ángulos. No hay confusión alguna ya ni en la publicación ni el sentido de la colaboración de Ridruejo. Y tanto es así que a medias la valentía y a medias el pundonor irán decantando los artículos de Ridruejo hacia una vocación literaria muy específica: el memorialismo político y cultural de alguien que ha vivido la integridad, la asunción cabal de uno mismo, como condición de subsistencia. Ni suicida ni temerario, pero sí eficiente registrador de una fiebre política dañina, perturbadora, que hoy es capaz de examinar en sus circunstancias históricas, morales y culturales, porque ha sido capaz ya de explicar la *ilusión fascista* a quienes la vivieron… y a quienes fueron sus enemigos. El Ridruejo del final del franquismo está desafiando poco menos que con cada artículo semanal las cobardías o los titubeos de viejos y antiguos camaradas, no exactamente porque deba acusar a nadie de nada, sino porque exhibe una rotunda, lúcida inmersión en el pasado culpable sin miedo. Por eso, en series específicas o en artículos sueltos, habrá de ir reconstruyendo el origen de su fascismo, el compromiso con Franco desde la guerra, su vinculación a Cataluña desde el mismo Burgos, y después la toma de Barcelona en enero de 1939, y así hasta los primeros conflictos con el propio franquismo.

Los nombres y los hechos tienen la vibración literaria que merecería una recuperación integral de todos aquellos artículos, parte de los cuales fueron a parar al tomo titulado *Casi unas memorias*, pero merecedores sin duda de una edición mimada: la obra de un memorialista de primera fila en las letras españolas del siglo XX. Algunos de esos artículos están en otro libro póstumo del autor y, como el anterior, también organizado a medias entre César Armando Gómez y la viuda de Ridruejo, Gloria de Ros, *Sombras y bultos* (que ése fue el título de una sección de *Destino*). Se recoge alguna de sus series mayores, como *Año de vísperas*, es decir 1935-1936, como *En la Cataluña de los 40*, como *A Italia*, en 1938, y algunos de los muchos espléndidos retratos que trazó de viejos conocidos, como los de Pedro Mourlane Michelena, Agustín de Foxá, Antonio Marichalar, Marià Manent, pero también una larga nómina de autores apreciados y conocidos, como Josep Pla o Eugenio d'Ors (por donde habían empezado sus colaboraciones en *Arriba* y *Solidaridad Nacional* en 1944, 1945…); y viejos amigos de brega, como Laín, Torrente Ballester, Valverde, Cela, Luis Felipe Vivanco, Eugenio Montes, Giménez Caballero, o gentes más jóvenes y muy bien leídas por Ridruejo: Juan Marsé, cuyo *Si te dicen que caí* no llegó a prologar porque murió antes de poder hacerlo para la edición española (lo mismo sucedería con su traducción del *Quadern gris*, de Pla), Carmen Martín Gaite, Ignacio Aldecoa, Jesús Fernández Santos. Y la aventura de continuidad y tenacidad, también de largo poso sentimental, fue durante esos años

la descomunal guía de autor que hizo para Destino también: *Castilla la Vieja*, cuyo segundo tomo vino a ser la despedida de un político con obra de auténtico escritor. Cuando *Triunfo* le pidió una colaboración para su número especial de 1972 sobre *La cultura española del siglo XX* entregó un modélico ensayo que despierta aún la nostalgia de lo que hubiese podido ser una frustrada historia de la cultura española hecha por él. Como casi siempre en su caso, otro sueño más que no vio cumplido.

J. G.

Josep Pla ha acuñado o repristinado la palabra *homenot*, tan en el genio del idioma y tan en la visión del mundo de su autor que al par que nos la ha hecho indispensable difícilmente es traducible. *Homenot* es «hombrón», pero la palabra castellana no se refiere más que a la talla o contextura física del sujeto. Sería más exacta la expresión «gran hombre», pero a ésta —aparte de gracia— le falta la intención sutilísima que añade ironía al reconocimiento, sugiriendo que al salir de la talla media el hombre se hace al mismo tiempo sublime y un poco ridículo. Quizá podemos usar la palabra «personaje», saltando por encima de su ambigüedad pero apoyándonos en una filosofía muy cierta: se es lo que se representa o —en el caso mejor— se representa lo que se es. El «personaje», el *homenot*, se ve desde fuera, aunque sea posible escudriñar los materiales de que está construido y por qué tiene esa forma. ¿Hay siempre en el personaje un punto de disfraz, de elección voluntaria del «tipo» que se representa? Así lo ha sospechado Pedro Laín.

Sin algo de histrionismo ¿quién es grande o hace reparar a los otros en su grandeza?

En la palabra «personaje» se pueden contar, entre otras, estas notas: Importancia objetiva, por personalidad, por obra o por ajuste de una y otra. Popularidad —aunque no sea de multitudes— o, dicho de otro modo, reconocimiento ajeno de la «importancia». Conciencia de todo ello, que se traduce en alguna forma de seguridad en la propia acción e inclina a una composición voluntaria del «tipo». Ya tenemos al *homenot*. Pues bien, el mismo Pla es un *homenot* aunque, por refinamiento del orgullo, se disfrace de «hombre corriente», como su admirado Baroja —uno de los dos solos castellanos (perdón, vasco y andaluz) a los que aguanta literariamente— iba disfrazado de «hombre humilde y errante».

(Me gusta ver, cuando acabo de empezar este artículo y crece en mi mesa, el «estreno» inminente de Baltasar Porcel *Los catalanes de hoy*, que el mallorquín titula un capítulo «El homenot Pla»; sin traducir como es prudente. Ya somos dos; luego a lo mejor no me equivoco.)

Bien; diré que estoy seguro de no equivocarme si digo lo que todos saben: Pla no es sólo *homenot* sino el más destacado superviviente de esta especie que parece ir a extinguirse, al menos en cuanto al punto de acentuación de la personalidad patente. Queda alguno más, pero muy voluntario. Y si hay en el neorromanticismo juvenil una tendencia al disfraz tan acentuada como en los días de Espronceda, ya es sabido que cuando se toma un disfraz generalizado se desindividualiza el que lo lleva. Nuestros farsantes neorrománticos —encantadores, por otra parte— no tienen la menor traza de ir para *homenots*. Así Pla empieza a ser pieza muy rara. Fortuna haberlo conocido a tiempo.

Ahora bien, la consistencia de la base del plinto sobre el que Pla resulta *homenot* es fabulosamente mayor que cualquiera de los aspectos de su carácter como personaje. Aunque él finja tomarlo a broma, es un «gran hombre» en serio. Sus credenciales —sus papeles— componen un rimero de muchos miles de páginas. Ediciones Destino publica ahora el volumen vigésimo de su obra completa. Veinte volúmenes, a un promedio de 700 páginas por volumen, hacen 14.000. Ahora bien, los que hemos seguido la escritura de Pla en los periódicos y en los volúmenes de la humilde y gloriosa «Selecta» sabemos que —aparte sorpresas— hay por lo menos para quince volúmenes más. Un río desbordado. Una inundación.

Diré de paso que esa cantidad no es un azar. Dicen que Picasso dijo al llegar a París: «¿Que ya no se puede pintar? ¡Ea, pues vamos a pintar!». Pla me decía una vez: «¿Que dicen que ya no se puede escribir en catalán? Pues ahora van a verlo».

Tanto Pla como sus lectores atentos sabemos que quizás el 60 por ciento de ese papel impreso es prosa ocasional y de oficio, prosa para rellenar y vivir, aunque nunca faltará en cualquiera de sus páginas un chispazo de genio, una insólita fórmula expresiva, una observación certera del detalle rural, un rasguño de humor inolvidable. Pero sobre todo queda el resto. Pla ha organizado el plan de su obra completa como le ha parecido. En rigor, y con muy pocas excepciones —como las Narraciones y Biografías largas—, su obra es un gigantesco y variadísimo diario. Porque Pla ha escrito más por páginas —aunque no resulte un fragmentista a la italiana, esto es, un puro— que por libros. En esas páginas hay de todo: innumerables notas de viaje, juicios políticos, consideraciones intelectuales, crítica literaria, etc. Pero lo que más abunda y rebrilla son sus paisajes, sus retratos y sus instantáneas en que el instante queda dete-

nido y aprisionado en la misma condición de su fugacidad. Estoy seguro de escandalizar a cualquiera pero no a él —ni, claro es, a los que de verdad entienden— si digo que Pla es un gran poeta antirretórico, esencialista a fuerza de temporal. Nada de esto tiene que ver con su ideología sino con su sensibilidad, una de las más exquisitas para los momentos naturales y, muy en particular, para los paisajes temporalizados.

Como Pla es *homenot*, la voracidad anecdótica y la exactitud de un juicio no le perturban ni le obligan en exceso. Le he oído contar mentiras estupendas, tan representativas del personaje o la situación de que se hablaba que resultaban no ya legítimas sino además indispensables.

¡Y los juicios! Hace sólo unos días Pla escribía, con un desparpajo admirable, que Fuster tenía una idea estética del paisaje, una complacencia por lo bello natural que a él le resultaba incomprensible porque para él la belleza y utilidad eran la misma cosa. Sólo lo útil en la naturaleza merece atención, incluso estética. Y esto lo escribía el primer paisajista literario de cualquiera de las lenguas que se escriben en nuestra península. El primero. El que más envidia nos da a los aproximativos del género. Para convencerse bien de que es capaz de convertir en cualificado objeto estético cualquier trozo de naturaleza sin utilidad específica, Pla nos ha dado tres millares de pruebas, quiero decir, de folios, tirando por lo bajo. Pero él tiene que «entrar» en su «tipo»: el «tipo» del *pagès* pesimista con una concepción desilusionada y económica de la existencia. Está en su derecho. De decirlo y de contradecirlo. Pero los contrapuntos de lucidez, de adhesión a la vida —incluso en la mordacidad—, de fe en el trabajo —incluso en la afectada negligencia—, de sensibilidad exquisita —incluso en la caída buscada—, visten al *homenot* con algo muy distinto de una máscara desconcertante, que cuando aparece se incluye en el retrato como un «adrede», esto es, como un rasgo de carácter. Dicho por lo corto, el amparo de Pla en alguna vulgaridad fingida es la revelación de un pudor muy acusado que cela un orgullo —una razón de orgullo— resplandeciente.

Repito lo dicho otras veces: no voy a hacer aquí crítica literaria. Ni siquiera para decir hasta qué punto el *Cuadern gris* me parece el libro más intenso de la literatura catalana del siglo y uno de los grandes de todas las literaturas peninsulares. Es un libro inaudito, vivido, pensado, redactado en boceto, en la época de mayor receptividad —en la juventud— y cribado, enriquecido, reescrito en la época de mayor do-

minio: en el arranque de la senectud. Pero lo que no diré de los libros —porque se supone y otros lo han dicho mejor— lo diré de la persona según mi memoria, para dejar añadidas a su biografía unas pocas anécdotas y algún rasgo significativo. Al fin y al cabo, de los *homenots* que he conocido, Pla es —con D'Ors— el visto, oído y sentido en presencia más frecuentemente durante treinta años.

Sabido es que, gracias a su diabólico pudor, lo que presenta o comunica más frecuentemente Pla es su faz humorística, aunque llena de rendijas de intención que hacen ver cuanto hay que ver si se tiene ojo atento. Mi primer encuentro con Pla fue extraño y, si vale decirlo así, anormal. Yo era al mismo tiempo un «buen chico» ávido de experiencia y sin muchas pretensiones y un verdadero «personaje» —no, claro, un *homenot* sino una cariátide de la fachada del poder— que podía irritar o atraer según los casos. Imagino que a Pla más bien lo irrité «por definición», aunque sólo dejase transparentarlo en un detalle: me llamó siempre —hasta muchos años después— «don Dionisio», lo que era raro no sólo por la generalización del tuteo que nos envolvía sino por mi edad (yo no había cumplido los veinticinco). Que me hubiera llamado «señor Ridruejo», pase. Pero ¡don Dionisio! Y lo hacía con retintín inocultable. Alguna vez, más tarde, me confesó que aquello era un modo tímido pero suficiente de oponer una impertinencia sistemática a «mi representación». Yo conocía a Pla poco más que de oídas aunque ya estaban vertidos al castellano algunos libros suyos. Pregunté, ingenuo, a Eugenio Montes: «¿Es un hombre inteligente?». «No. Es la inteligencia misma», me contestó. Y allí me fui yo a ver cómo impedir que la «inteligencia misma» —y ya era pedir algo para aquellas fechas— tuviera dificultades al pasar la frontera. Porque —sería ya avanzado el 38— Pla venía de París a San Sebastián acompañado de Manuel Aznar, ambos mal seguros, porque en una tentativa anterior, y llegando a Zaragoza, oyeron tales cosas de la boca de un coronel —cuyo nombre no hace al caso porque ya murió— que no vieron hora para desandar el camino y repasar la frontera. Ahora venían con todos los sacramentos. Pero, por si acaso, Aznar echó a Pla por delante. Algo mosqueado, éste me decía a poco de presentarnos: «Mire usted, don Dionisio, yo es que tengo una rareza: no me gusta dormir en la cárcel». No es que mi escudo fuera invulnerable; al pobre Pedro Pruna, que trabajaba conmigo en Burgos, me lo trincaban cada vez que se iba a San Sebastián y se encontraba con un teniente coronel de aviación que lo había conocido en Francia y la tenía

tomada con él. Y había que ver mis trabajos para sacarlo a flote. En el caso de Pla no hubo complicaciones.

Un par de semanas después estaba ya integrado con Aznar en la plantilla de un diario donostiarra. Yo lo veía de tanto en tanto. Solía cenar con él, con su compañero y algunas señoras elegantes. Pla, con su cazurrería fingida y maliciosa, sus ojos horizontales de europeo oriental, vivo de inteligencia, era un hombre de sociedad formidable que podía decir —incluso allí y entonces— lo que le viniese en gana. Nos leía artículos que de ningún modo podrían publicarse y solía decir, con gran seriedad, que todo eso de la «España nueva» estaba muy bien pero que, en rigor, lo que España necesitaba era una buena dieta de vegetales frescos y un servicio eficaz de alcantarillado. «Créame usted, don Dionisio, éste es un país de estreñidos. Las leguminosas secas y la grasa de cerdo lo han hecho inhabitable.»

Después de la ocupación de Barcelona y de una breve experiencia en *La Vanguardia*, Pla huyó a su comarca y a su independencia y se estuvo viviendo algunos años como un pescador en Fornells. Allí fui a verle un día. Estaba más cáustico, más chispeante que nunca pero con la melancolía muy acentuada y un dejo nuevo de gravedad. Se presagiaba en el horizonte la Guerra Mundial. Él estaba donde le correspondía por carácter, mentalidad y nacimiento. Durante la guerra civil, en los hoteles, había llenado alguna vez el renglón de la filiación política —que era forzoso— con las palabras «liberal, conservador, autoritario». Lo último era concesión y, en alguna manera, fatalismo comtiano. Lo de conservador, pesimismo algo irónico. Lo de liberal no ofrecía dudas.

Durante mi estancia en Cataluña —marginado y desenganchado ya de la aventura heroica en que yo era «don Dionisio»— mi trato, de tarde en tarde, con Pla se fue haciendo menos reticente y más confiado. Escribió algún papel amistoso sobre mí, con reproches amables. Escribí sobre él, en Madrid, afirmando mi certeza de que era el escritor español más jugoso del momento, cosa que muchos empezaban a no dudar. Su *Viaje en autobús* fue uno de los libros de conjuro o desmitificación del ambiente retórico más eficaces de la posguerra y una delicia para cualquier lector de gusto. Después del 51 mi frecuentación al escritor se hizo regular, cada verano. Nos aproximaban el paso del tiempo y algunos amigos comunes. El grande y malogrado Vicens Vives fue uno de ellos. Durante uno de mis últimos veraneos en Tamariu, jun-

to a Palafrugell —quizás un año antes de mi marcha a París—, Pla me ofreció su casa de Llofriu para pasar los veranos. Era una propuesta muy afectuosa aunque presentada en forma de negocio —su pasión por la caracterización utilitaria: «Esta casa es grande y cómoda. Usted tiene una señora que se ocupará de ella y una cocinera que nos cuidará a todos. Nos conviene a los dos».

Apenas lo he visto desde entonces pero no he pasado una semana sin leer un artículo suyo ni, esencialmente ahora, medio año sin leer un libro. De la fascinación que me produjo el *Cuadern gris* ya he hablado. Siempre he deseado antologizarlo, traducirlo y ofrecerlo en una edición castellana, convencido de que sería una revelación. Porque aquí aún es posible revelar al mayor de los escritores «cincuenta años después». La desatención por la literatura catalana en su lengua es grave en Madrid —aunque no tanto como fue— y donde primero se nota es en las librerías. A esta ignorancia estúpida la llaman algunos patriotismo, lo que daría la razón a mis amigos catalanes más ofendidos y extrañados.

Con su punta corrosiva y todo, con su escéptica visión de las cosas «importantes» —y en parte por ellas—, ¡qué provechosa sería la influencia de Pla tierra adentro! La influencia del buen sentido, del interés crítico por lo consuetudinario, de la moderación y de la ironía. En la ventilación y reforma del viejo castillo barroco castellano hicieron algo los del 98 cuando jóvenes y más sus inmediatos sucesores. Pero siempre he creído que el buen aire de los «escritorios» y las casas pairales catalanas podrían hacer mucho más. Si la modernización inevitable y justa no se hace sobre bases de humildad, apego a la vida y pragmatismo inteligente, lo mismo puede salir de ella la más banal de las disipaciones que el más voraz de los Leviatanes. Si es que lo uno no da la mano a lo otro. Entre bromas y veras, el *hereu* Pla, el liberal Pla, es un San Jorge contra esos dos dragones. Este *homenot* inerme, entre jovial y melancólico, un poco cínico y más grave de lo que parece, «es algo muy considerable» como él diría si no se tratase de sí mismo.

[*Sombras y bultos*, págs. 168-175]

SOBRE LOS MACHADO [1972]

A Francisco Umbral, en discusión
amistosa y complementaria

Leo con alguna asiduidad a Francisco Umbral. Me gustan su estilo y sus ideas generalmente claras. Con frecuencia convengo con sus convicciones. Pero alguna vez no. Por ejemplo, ahora: al leer su artículo sobre los hermanos Machado. Tengo que imaginar que ese artículo es más reactivo que meditado. ¿Qué otro artículo de nostalgia mala o valoración utilizante lo ha promovido? No lo sé pero debo imaginarlo.

Está cerca de ser cierto que Antonio Machado era de actitud «consecuente, grave, definitiva, honda», en tanto que la de Manuel era «superficial, frívola, juguetona, *boulevardier*». Digo «cerca» porque si la línea de adjetivos atribuida a Antonio me parece adecuada, la que se le endilga a Manuel —tan sin contrapeso— peca de la primera de las insuficiencias que enumera. Imagino que Umbral no conoció a Manuel Machado e imagino que no ha leído detenidamente su obra. La primacía que otorga a su recuerdo cidiano —¿triunfalista?—, y también a sus «revoleras» de casticismo liviano, me lo hacen pensar.

También se acerca a la verdad que Antonio «entendió la literatura como destino trágico, hondo» y Manuel «como un juego». Aunque las palabras «trágico» y «hondo» son mucho más manuelistas que antonianas. El mismo Umbral dice que esas palabras son el sobrehaz de nuestra frivolidad colectiva, lo que vuelve a acercarse a la exactitud. Ahora bien, que «el juego» resulte palabra peyorativa, no lo entiendo. Y para que Umbral y yo lo entendiésemos juntos haría falta tiempo. Le propongo, para empezar, una reflexión, que él sabría hacer bien, sobre el binomio juego-libertad, en el sentido de desafío a lo «necesario».

En definitiva, si hay que comparar a los dos hermanos, me parece requetesabido que tanto en el nivel del pensamiento como en el de la imaginación poética —entendida como potenciación de la realidad en la intimidad recreadora— no hay discusión sobre la superioridad del más joven, Antonio, cosa que durante cinco años oí afirmar a su hermano con apasionamiento. El hecho de que a don Antonio también le pareciera, como repite Umbral, mayor poeta su hermano se explica, acaso, por la

estimación que todos otorgamos a las cualidades que no creemos tener en el grado en que las tiene el admirado. En este caso, «la agilidad, el tino, la gracia, la destreza». Entre paréntesis: la declaración sobre su frustrada vocación de banderillero —airosa destreza— es metafórica en el poema de Manuel Machado y no se refiere a gloria o popularidad. En este caso hubiera dicho «un buen espada». Ser banderillero —gracia aparte— es cosa bastante humilde.

Por supuesto creo que la admiración humilde de Manuel estaba mejor fundada que la de su hermano, si bien lo que el primero valoraba en el segundo no era lo que en el autorretrato de *El mal poema* enumera como cualidades opuestas a las suyas: «la voluntad, la fuerza y la grandeza», ni tampoco «lo helénico y puro». Más bien admiraba lo que él mismo persiguió más de una vez y no siempre sin fortuna: lo hondo y esencial, con todo el enriquecimiento de inteligencia y saber con que Antonio lo aprisionaba.

Y dicho sea de paso: ¿cree Umbral que en el desprecio decadentista a «la voluntad, la fuerza y la grandeza» —no en su sentido figurado sino vital y monumental— había el radical derechismo que él atribuye al Machado más viejo? En general, en la poesía de Manuel el desprecio a la gloria y al éxito es tan palmario como la aversión al esfuerzo que cuestan. Desde *Adelfos* hasta el autorretrato de *Fénix*, los ejemplos son innumerables. Y ni siquiera la glosa del pasaje más tierno del poema del Cid permite pensar otra cosa.

Bien. Quedamos que el Machado mayor en años era menor en genio y pureza de escritor que su hermano. También era menos estudioso y menos inteligente o dotado para la especulación y la crítica. Todo ello es obvio. Sin serlo tanto, me parece más jaranero y «señorito» que el frustrado actor teatral. (Antonio Machado lo fue, aunque por poco tiempo.) E igualmente me parece aceptable establecer que donde Antonio fue severo y abnegado, Manuel fue asequible al conformismo. Eran hermanos pero no gemelos, y en el talento como en el talante la comparación favorece al autor de *Soledades* y *Galerías* —y al vecino de la «España del éxodo y del llanto»— más que al autor de *El mal poema* y del *Ars morendi*, capeador de la suerte en una España que —como de algún modo en el caso de Antonio— no era exactamente «suya».

Aquí es donde me parece que Umbral ha caído en la trampa simplificadora. Ha querido usar la pareja machadiana como símbolo de las dos Españas —no de un momento, sino de siempre— y ello le lleva a conclusiones improbables y, en buena par-

te, injustas. Y es que casi siempre que se trata de encerrar la realidad —y sobre todo la humana— en un esquema generalizador, la operación exige mutilaciones.

Paso por alto un par de anécdotas aducidas por Umbral y peyorativas para don Manuel. La procedente de González Ruano tiene poca verosimilitud. La del dicterio «cretino» —de Antonio a Manuel— puede haber pasado y no sucedido. Quiero decir, no tener significación. Es imposible que alguien escriba en colaboración con un «cretino» no una, sino todas sus obras teatrales, que fueron cinco o seis, algunas guiadas por Manuel.

Lo que me interesa señalar es que el nudo de fraternidad que unió a los dos hermanos no fue circunstancial y puramente sanguíneo. Fue sólido, de afecto muy profundo y muy profunda admiración recíproca. Hasta en los puntos débiles de su biografía —supuesto que lo fueran— aparecen unidos: manteniendo tertulia con actores como Calvo o aceptando un homenaje oficial en tiempos de la Dictadura. Pero tampoco en el orden ideológico la distancia era tan grande hasta que llegó «la hora de la verdad» y ni aun entonces se rompieron los vínculos afectivos sobre los que cayó el hachazo trágico de la guerra.

Ambos Machado fueron educados por un padre folklorista —gran colector de poesía popular— y en un centro muy determinante: la Institución Libre de Enseñanza. Ambos profesaron el liberalismo aunque no al mismo nivel: el de Antonio, infatigable lector de obras de filosofía, desde los presocráticos a Heidegger, fue más fundamental. El de Manuel —trotamundos y tertuliano—, más de hábito y compromiso y, por lo tanto, de menor resistencia ética. Matizando esa ideología, aparece en Antonio el populismo —entendido a la rusa, como filantropía igualitaria— en tanto que Manuel sólo fue popularista, como lo han sido más de una vez las clases aristocráticas del país, pero con más entrega que distancia. Lo popular —estética o sabiduría— lo toma Antonio para refinarlo, personalizarlo, añadirle carga de pensamiento propio. Manuel lo toma como viene, pues era mucho menos intimista y mucho menos pensador que su hermano. El uno usa el «decir». El otro el «cantar». La coincidencia, no obstante, se da muchas veces. Y no hay duda que el Antonio de la «poética futura» —y los poetas sociales que tanto han utilizado ese ensayo— harían emblemáticamente suya esta estrofa del poema *Cualquiera canta un cantar…*:

Procura tú que las coplas
vayan al pueblo a parar
aunque dejen de ser tuyas
para ser de los demás.

O este final de *Cante hondo*:

Cuando la gente ignore
que ha estado en el papel
y el que lo cante llore
como si fuera de él…

No me parece que, en general, la poesía que ha dejado Manuel sea la del «hacedor de palmas» que dice Umbral. Soy poco flamenquista y nada atorerado, pero me parece que el cante hondo, aunque se cante en el «colmao» sevillano-madrileño con señoritos de manzanilla, no es cosa de éstos. El que escribe, canta y palmea la copla —siempre un poco solo— y el que la jalea como espectador están a gran distancia. En cuanto poeta creador —después de Ferrán— del neopopularismo que seguirían, a veces muy de cerca, un Lorca o un Alberti, Manuel no estaba del lado de acá (público flamenquista), sino de allá (pueblo cantor). Aparte de que eso no me parece tan sencillo de clasificar —derecha, izquierda— como lo piensa Umbral. Como tampoco se puede clasificar así la taurofilia que han compartido personas como Picasso, Ortega, Lorca, Alberti, G. Diego, José Bergamín… e Indalecio Prieto.

Al populismo tolstoiano de Antonio le repugnaban, sí, muchas cosas que le gustaban a Manuel. Pero eran cosas de sensibilidad más que de pura «filiación ideológica». A Antonio le atraían los «santos laicos sobrios» —Giner, Unamuno— porque era krausianamente eticista. A Manuel le gustaba lo *chic* y lo «torero», en el tono fundente de una sociedad arcaica aristocrático-popular más que burguesa y puritana. No es floja diferencia. Pero no es diferencia suficiente para definir «las dos Españas». Con la España fanática, inquisitorial, alucinada, Manuel Machado tenía muy poco que ver. Y cuando Umbral cita a Valle-Inclán —«el Madrid hambriento, brillante y absurdo», pero no tan vil como el que ahora conocemos— se pierde de vista que en los

sarcasmos de *El mal poema* —el libro de Manuel de mayor fortuna si no de mayor éxito— abundan los elementos esperpénticos que Valle desarrolló.

Otro nudo de afinidad, con divergencias de grado y consecuencia, fue la actitud pararreligiosa de los dos hermanos. La religiosidad incrédula —no es paradoja— de Antonio es patente en poemas y prosas. Lo es especialmente en su epistolario con Unamuno y lo es, incluso, en sus loas a la Unión Soviética, donde imagina —con lucidez que aún no se ha demostrado profética— que la fortuna del marxismo habría sido encarnar en un pueblo supercristianizado donde aquél se haría espiritual y humano. (La sombra, siempre, de Tolstoi.) De alguna manera la actitud de Antonio se repite en el *Ars morendi*, otro de los libros intensos de Manuel. Ni siquiera falta la sospecha de que ambos hermanos de sangre hubieran sido también hermanos de «confesión». ¿Fue masón Antonio Machado? Hay muchos indicios de ello. La necesidad religiosa sin creencia y el impulso a la filantropía —cuyo secreto le enseñó el «hombre que siempre va conmigo»— bastarían para explicarlo. ¿Lo fue Manuel? No puede asegurarse. Sus poemas religiosos, barrocos, de línea sensualista, sevillana, no casan con ello. Pero hay un dato. Conservo un ejemplar de la graciosa edición original del *Ars morendi* que, como tengo por hábito, cotejé con su transcripción a las *Obras completas* de 1940. Faltan en la segunda algunos poemas; los más, eliminados por razones de autocrítica. Una de sus partes —«Dedicatorias»— queda desglosada y aumentada. De lo que había en el original falta un soneto, y en otro ha cambiado un verso. Es del «Soneto-prólogo», único en la primera edición y segundo en la segunda. Supresión y cambio acusan la circunstancia y su presión. El soneto suprimido era al general Joffre —y es bueno— y en el corregido sucede este cambio:

La primera versión dice:

> Y para los hermanos que saben de estas cosas,
> el signo religioso de la masonería.

La segunda corrige:

> Y para los hermanos que saben de estas cosas,
> el signo religioso de nuestra Cofradía.

Aparece en la corrección el posesivo «nuestra», y la palabra elegida para sustituir la impronunciable (cuando el libro se publicó) es una palabra que concreta corporativamente lo que antes podía ser alusión solamente ideológica. Y ¿no es curioso que Manuel prefiriese cambiar aquel verso «peligroso» en vez de suprimir todo el poema, como había hecho en el caso del vencedor del Marne, tema menos peligroso para él? ¿No hay en la corrección «cifrada» una voluntad de signo?

No, lo que hizo el hacha de la guerra, mi querido Umbral, fue mucho más que clarificar las cosas poniendo a cada cual en su sitio. Con frecuencia tajó en carne viva y separó lo indivisible, lo orgánicamente junto. Y hasta hubo a quien partió por el centro de sí mismo.

De acuerdo en que hay diferencias. Pero sin exagerar. Y en lo que ya hay grave exageración es en la idea de que Manuel encarnó el «tipo» que Antonio puso en solfa en las célebres coplas de don Guido. Ya sé que Umbral no supone que el hermano de la nota grave tenga deliberadamente presente en ese retrato al hermano de la nota graciosa. Pero la atribución que hace nuestro comentarista ¿en qué ha podido fundarse? Quizá Manuel «estuvo» en el mundo de don Guido, más o menos cómodo, de visita o «alternando». Pero no «era» de ese mundo. Ni los alamares, ni la manzanilla, ni el serrallo —o pluralidad erótico-sentimental— a que a veces se refiere Manuel, con acento autobiográfico, excluyen el algo más, el mucho más de su persona. No fue Manuel Machado ante todo ni exactamente la encarnación de ese «señoritismo madrileño-andaluz decorado de versos, banderillas, amontillado y taconeo» que aparece en la apresurada definición de Umbral. Y —por otro verso— tampoco puede decirse en serio que fuera, como poeta, un «parnasiano de cervecería torera». Tal cosa vale como decir que Góngora consistió en ser un pretendiente adulador de corte o un tahúr enviciado. Había algo más y ese algo más era lo que Góngora «era». Entre incurrir y ser hay larga distancia. Como diría Rosales, lo primero pertenece sólo al mundo de los hechos y no de los sucesos. Al reasumir los unos no definimos nuestra vida sino que contabilizamos algunas particularidades de nuestro vivir. Al recapitular los otros, los actos en que se sucede nuestra identidad, creamos la figura de nuestra vida. Y si Umbral lee bien las coplas verá que lo característico de don Guido es que el balance de su vida es un cajón de hechos insustanciales y no una recapitulación de sucesos que constituyen una personalidad. Lo que caracteriza a don Guido es justamente el resumen de su vida:

Yo pregunto: qué llevaste
al mundo donde hoy estás.

Y la respuesta del poeta es: «Lo infinito: cero, cero». La vaciedad de la vida de don Guido es lo que define aquel «final de una aristocracia», a aquel «caballero andaluz». ¿Se puede decir eso del autor de *Adelfos* o del retrato de Felipe IV, de los *Cantares* —que ya son de todos y de nadie—, de *El mal poema* o del *Ars morendi*? A Umbral le alucina, por contraste con el final trágico y voluntariamente aceptado del hermano, que Manuel terminase sus días en un acomodo y, tirando del cabo, quiere sacar todo un ovillo de disipación. Pero cuando eso sucedió, Manuel llevaba setenta años de vida y una docena larga de libros de poesía, crítica y teatro. ¿Que eso no justifica una vida? En todo caso se trataría «de otra historia» y no de la de don Guido.

Pero aún iré más lejos. Sin poner en duda los condicionamientos —rebaja, alzaprima— que la actitud puede otorgar a la aptitud, lo que cuenta e importa de un escritor es su obra. De otro modo, ¿qué haríamos con el *Polifemo* de don Luis, con *El Buscón* y los estremecedores poemas de Quevedo, las baladas de Villon, los versos de Verlaine —que con Rubén y quizá Moreas se traducen tan vivamente en la poesía de Manuel Machado— o los de Rimbaud? Y ¿vamos a rechazar las *Coplas* de Manrique porque su protagonista —ya que no su autor— ofrece en sus aspectos biográficos las más graves contradicciones con el «modelo ideal» que en ellas se nos propone? Y eso para no hablar de las ideologías que no comulgamos, patentes en otras que debemos admirar. A mí me parece que esa «retícula» de eticismo —y sobre todo de pureza política—, aplicada como tamiz a la literatura remota o próxima, ciega más de lo que clarifica. La proyección de un valor o antivalor de carácter ético-histórico al objeto artístico producido puede servir, sin duda, para entenderlo mejor, siempre que el proyector no pretenda una decisión judicial.

Pero es que además Manuel Machado —el que yo he conocido y escuchado en vivo— no se parece en nada a los ejemplos mencionados y muy poco al que Umbral nos presenta. Era un hombre ordinariamente bueno. Más bien escéptico en política como, en cierta medida, también lo fue su hermano. Éste, es verdad, hizo de su independencia un alarde arriesgado cuando, adherido a lo que él consideraba la causa de su pueblo, se negó a identificarse con la base ideológica del partido que más le so-

licitaba. No llegó a tanto Manuel. Su escepticismo era pasivo. Pero yo no diría que sus complacencias retóricas sean prueba suficiente para «filiarlo». Ya dejamos establecida la diferencia de talantes.

Pero hay otro factor. Manuel, más conservador sin duda que Antonio, ¿llegó a creer lo que en el ambiente donde vino a parar se pensaba o decía? Al sistema de espejismos que crea un ambiente homogeneizado por una gran tensión emocional no resistió del todo ni siquiera el severo Antonio. Léase su hermosísimo soneto sobre la invasión y reparto de España, que expresa la asimilación de un eslogan simple sobre el sentido de «lo que pasaba» aunque lo que pasase no fuera mucho mejor que lo cantado. Hay algunos testimonios de las crisis de depresión de Antonio en el curso de la guerra. Y ¿es que Manuel no las sufrió? Más «fácil» y adaptable que su hermano, fui testigo del mucho sufrimiento que en Manuel subyacía a sus contemporizaciones. Y también de sus espejismos de esperanza. Manuel —el que yo traté— era cordial, y eso le hacía fácil la complacencia. También era melancólico, y eso le hacía fácil el acomodamiento. ¿Simuló? ¿Fue sincero? Ya no es fácil saberlo.

De mi trato con él —trato muy amistoso— diré que se basó, sobre todo, en una constante, insistida coincidencia en la admiración, el cariño y la preocupación por su hermano. No creo que la actitud de Antonio hacia él fuera muy distinta. La lealtad de éste en los afectos fue sólida. Recuérdese el valiente alegato en defensa de un Unamuno al que todos a su alrededor consideraban entonces «traidor». Y recuérdese que la única alusión a su hermano —en el soneto a que he aludido precisamente: «Aviva tu recuerdo, hermano»— es quizás una llamada pero no una recriminación. Tampoco oí recriminación alguna en boca de Manuel. Éste reconocía la superioridad del hermano como algo consabido e indiscutible. Le dolía la separación y temía por su suerte. Me consta por testimonios válidos —anteriores a la guerra y de su curso— que don Antonio no tenía verdadera seguridad en la victoria de los suyos, lo que aún hace más valiosa su decisión de no abandonarlos, cosa que, sin duda, estuvo en su mano. Manuel, en cambio, envuelto en el triunfalismo dominante en la zona nacionalista, no dudaba sobre el resultado del conflicto. ¿Basta esto para explicar su constante empeño «confidencial» en demostrar que los lazos que unían a su hermano con «la otra España» eran circunstanciales y quizá forzados? En esto insistía incluso ante mí, en quien a él le constaba que la devoción al maestro ausente resistiría cualquier prueba política. Y me parece que

hasta llegó a contagiarme. Más de una vez leíamos textos del poeta, de algún modo propagandísticos, que se editaban en Madrid, Barcelona o Valencia. (Aunque parezca inverosímil, los materiales de la «otra» propaganda que llegaban en Burgos a la mesa del jefe de Propaganda nacionalista eran raros, pues se iban perdiendo en los diversos filtros por los que pasaban.) Jamás Manuel les ponía peros. Se limitaba a sugerirme interpretaciones entre líneas o a destacar los rasgos de independencia que no faltaban en ellos. Recuerdo uno sobre el señoritismo —«la súbita desaparición del señorito», decía Antonio— que Manuel suscribía con entusiasmo y a mí mismo me parecía de perlas. ¿A qué se debía aquel empeño? ¿Creía de verdad Manuel que Antonio era «prisionero de guerra»? No me parece probable pues resultaba claro que estaba donde estaba por muy libre decisión. ¿Atenuaba las vinculaciones de su hermano con el «adversario» por propia seguridad? Es absurdo. De ser así, hubiera renegado de él, que era cosa infinitamente más segura. ¿Liberaba alguna forma de mala conciencia? No lo creo. Más bien pensaba y pienso aún que «sangraba por la herida». La guerra había cortado por lo sano, por lo viviente. «Los Machado», entidad bifronte en tantas cosas, habían sido rotos. Pocas veces habrá valido tanto, en expresividad, el verso de Góngora:

Cuando la terrible ausencia
me comía medio lado.

Imagino que el dolor de Antonio no sería mucho menor que el de Manuel. El de éste yo lo he visto manar. Lo he enjugado. Pero además —y es lógico— Manuel quería «salvar» a su hermano. Hoy, ya de lejos, puede parecernos que coronar bien una vida —con corona de mártir— puede valer más que prolongarla de cualquier manera. Pero ¿quién reprocharía al hermano de su hermano que invierta esa valoración? A eso es a lo que llamamos «humano» aunque no sea lo más racional.

Cuando yo escribí el prólogo para las poesías de Antonio —con lo que evitaba su ocultamiento para Dios sabe cuántos años— puse en él más de una tontería: visiones maniqueas del enemigo, subestimaciones frívolas del Machado pensador y crítico, deformaciones de la impulsión causal que lo puso donde había estado. En estas últimas ¿pesó la influencia de Manuel y de algunos amigos del poeta perdido? Imagino que sí. Cabe preguntar: ¿por qué si Manuel no creía que Antonio pertenecía «en pro-

piedad» a la España caída se consideraba él «perteneciente» a la victoriosa? ¿Pintaba Manuel como quería? Todas éstas me parecen cuestiones posibles. Pero me parece que contestarlas, como hace Umbral, partiendo definitivamente a los Machado es respuesta demasiado sencilla. Quizás esa simplificación, imposible para mí, era fácil tentación para quien ve las cosas en la lejanía, en el tiempo que va reduciendo —desrealizando— la complejidad de las vivencias humanas.

Yo quise a don Manuel. Lo dije en verso y no me desdigo de aquel cariño cuando me he desdicho de tantas cosas. Un hombre es siempre —Antonio lo decía— algo muy serio. Y más allá del hombre cordial y sensible, vivaz y melancólico, grave y gracioso que conocí y que quise, están los poemas que no sé si estimaban «demasiado» las subsecretarías de «entonces» pero que hoy aguantan bien —¡y tan bien!— la prueba de una lectura en la intimidad.

Y ahora espero que mi «vecino» Umbral me perdone y hasta me agradezca que, sin pretensiones de maestrillo, haya intentado enmendarle cordialmente la plana, poniendo derechos algunos rasgos torcidos, rellenando blancos y buscando una óptica más inclinada a la reasunción del pasado que a la disecación de sus pobladores. Lo nuestro no es eso. Ya hay bastantes jueces en los tribunales. Quedémonos los pobres escritores a pie llano y corazón abierto, cosechando lo vivo, olvidando lo muerto.

Sobre los hermanos, que yo prefiero reunir de nuevo mejor que oponer, me parece que lo más certero es lo que expresa en su título el pequeño pero muy valioso libro de Miguel Pérez Ferrero: *Vida de Antonio Machado. Y de Manuel.* Así, juntos y por su orden, estarán los dos a gusto. Y en paz.

[*Sombras y bultos*, págs. 24-36]

MEMORIA DE BURGOS Y CATALUÑA (1937-1944)

EN EQUIPO [1974]

Trampeando un poco entre los proyectos máximos y las posibilidades inmediatas, organicé los servicios de Propaganda en una serie de departamentos unidos por una Secretaría. Aparte el caso de la Radio, la Secretaría fue la primera pieza que tuve que montar. Por de pronto, para suplir una deficiencia mía insoslayable. Yo no tenía la menor experiencia burocrática. No sabía lo que era una oficina pública. Jamás había tenido comercio con un archivo.

Miré a mi alrededor y encontré un amigo catalán. Para mí un catalán debía ser siempre —aún no había conocido el otro costado, el fantástico— un hombre organizado y práctico. Era lo que me hacía falta. Ese amigo catalán fue Javier de Salas, al que me había presentado en Madrid —junio de 1935— mi fraternal Samuel Ros. Salas preparaba entonces sus primeras oposiciones a cátedra de Historia del Arte. (Un historiador del arte, pensé ahora, debe saber llevar, por lo menos, ordenadamente un fichero.) Como yo conocía al marqués de Lozoya pude incluso, en el 35, y a pesar de mi provinciana insignificancia, ponerle en relación con un miembro del tribunal. Volví a encontrármelo en septiembre, y durante, quizá, una semana nos vimos a diario. Hacia el mes de julio del 37 nos encontramos por tercera vez en Burgos. La guerra era el medio propicio para que —cuando no sucedía lo opuesto— las relaciones amistosas más pasajeras dieran pasos de gigante y se consolidasen. Estaba Salas por entonces agregado a la territorial falangista de Cataluña *in partibus* y estaba además muy preocupado por encontrar amparo y ocupación al pintor Pedro Pruna, que ya había sufrido o no tardaría en sufrir el percance, casi obvio, de la detención. El interés por el caso Pruna mantuvo nuestra relación durante los meses siguientes. Luego la relación siguió sin necesidad de pretextos. Situado ya, como he dicho, ante el enigma burocrático, pregunté a Salas si se sentía capaz de organizar una oficina. Me dijo que sí y sin otro trámite

se convirtió en mi secretario. Se trataba, por el momento, de poco más que una secretaría particular. Luego, al complicarse el servicio, esta función pasó a manos femeninas y él quedó como secretario coordinador de las diversas secciones. En este trabajo tuvo como auxiliar a una joven universitaria, de extracción distinguida y de capacidades excepcionales, que hoy es su mujer. Era Javier de Salas un hombre alto, fibroso, rígido de movimientos; lo que descriptivamente suele llamarse un hombre de palo. Lo que no rebajaba para nada su tacto social, casi de diplomático, sus capacidades prácticas muy diversas y su inteligencia flexible aunque inclinada al orden y a la clasificación.

De momento, Salas y yo nos instalamos precariamente en un pequeño espacio que nos cedió, dentro de sus dominios, el director general de Prensa. Allí, por cierto, tuvo lugar el primero y más desagradable de mis actos de gobierno.

En la lista del personal heredado de la organización de Salamanca, me encontré con el nombre del diputado obrero (de la CEDA) por Granada Ramón Ruiz Alonso. Como todo el mundo sabe, este hombre había sido el jefe del grupo armado que detuvo a García Lorca en casa de la familia Rosales donde se había refugiado. Los más le atribuían la iniciativa en la detención y una responsabilidad directa en el asesinato que vino a continuación y que, como hoy se sabe sin duda alguna, fue ordenado por el gobernador civil señor Valdés. Convoqué a Ruiz Alonso a mi despacho y tuve con él una conversación de este tenor:

—Acabo de tomar posesión de este servicio y veo que usted sigue en él. Quiero decirle con toda claridad que no deseo su colaboración y que por ello doy por presentada y aceptada su renuncia. La razón es simple. Usted ha participado en la muerte de Federico García Lorca en Granada, una de las más lamentables e injustas que se han producido en esta guerra. Yo no soy un juez y no entro ni salgo en la responsabilidad que a usted le toque, pero no quiero tenerle a mis órdenes y considero que ésta es la primera y última vez que tengo relación con usted.

Ruiz Alonso se mostró más consternado que rebelde. Hizo algunas protestas sobre su condición de «mandado» en el asunto («Yo no hice más que cumplir una orden») y se extendió, con algún patetismo, sobre su honor puesto en entredicho. Al fin, se despidió aceptando el hecho consumado.

Algunos días después vino a verme un contrapariente mío, cedista también, con el que yo había discutido mucho pero al que quería y estimaba por su simpatía y su

honradez. Abogó por el granadino asegurándome que me equivocaba y que él deseaba verme para poner en claro aquel lamentable asunto. No me negué a oírle pero, entre tanto, hablé con Luis Rosales, al que ya tenía a mano. Rosales me confirmó que Ruiz Alonso había detenido a Lorca, quizá por su propia iniciativa, y lo había entregado al Gobierno Civil. Cuando él —Rosales— fue a pedir explicaciones sobre la detención de su amigo, entre los reunidos en el Gobierno se encontraba el ex diputado. Rosales denunció allí que «un tal Ruiz Alonso» se había permitido allanar su casa. Entonces el designado dio un paso adelante y se presentó. «Ese tal Ruiz Alonso soy yo.» Rosales le increpó. Ruiz Alonso se declaró responsable de la detención y de lo que a Lorca pudiera sucederle. A este relato añadió Rosales la petición de estar presente cuando Ruiz Alonso me visitase.

Así fue. La entrevista se produjo en mi nuevo despacho, instalado en el edificio de la Audiencia burgalesa. Entró Ruiz Alonso inseguro, conturbado, nervioso. Habló atropelladamente, con poca coherencia. Insistió en que él era un cumplidor de órdenes y en el deshonor que la imputación de aquella muerte arrojaba sobre su nombre y su familia. Rosales permanecía callado. Sólo una vez intervino. «¿No es verdad que en el antedespacho del gobernador civil de Granada te hiciste responsable de lo que estaba sucediendo con Federico?» Ruiz Alonso eludió la cuestión y volvió monótonamente a insistir en que él necesitaba justificarse. Le repetí que yo no era su juez ni la persona indicada para aclarar aquel asunto. Era cosa suya. Aunque la verdad es que si hubiera querido exculparse ofreciendo un relato completo de los hechos no creo que hubiera encontrado dónde hacerlo público. Yo mismo —aun disponiendo de un testigo tan próximo como Rosales— tardé mucho en tener una imagen cabal del drama, donde, con toda evidencia, «el matador fue Bellido / y el impulso soberano».

He dicho que el servicio de Propaganda se organizó en secciones, que llamamos departamentos. De momento, fueron bastante reducidas porque los puestos que comportaban la categoría de funcionarios —con cargo a Hacienda— eran muy pocos y casi todo el personal sería eventual y se inscribiría en una nómina, de pura subsistencia, dependiente de una caja o administración especial cuyos recursos globales —para la prensa y la propaganda— se cifraban por las 180.000 pesetas mensuales, cifra de la que habían de salir no sólo los salarios personales sino todo el gasto de los servicios: agencias, libros, carteles, películas, compañías de teatro, actos públicos y

material de toda especie. El administrador era un señor Martínez, que tenía una gran planta de banquero o de «punto» de casino algo corrido. Llevaba siempre un puro encendido en la boca y era simpático, burlón e inflexible en materia de números. El mismo Serrano Suñer era de una austeridad extremada y defendía lo que antes se llamaba «el dinero de los contribuyentes» con un sentido de la responsabilidad que a veces nos parecía exagerado.

El intermediario entre los directores y el ministro, para los asuntos administrativos, era el subsecretario. La persona merece un recuerdo. Pepe Lorente Sanz era de una modestia personal y de una discreción que lo disfrazaban de insignificante a los ojos de los superficiales. De estatura media, vestía casi siempre de civil con un estilo provinciano. Era algo tímido, detestaba la vida social y su propia fisonomía carecía de relieve. Pero su juicio era siempre seguro, sus saberes jurídicos muy grandes, sus ideas amplias y su competencia específica incomparable. Era ese tipo de servidor de la Administración culto, abnegado e inteligente que en Francia se da muchas veces y en España casi nunca. En mis primeros meses de residencia en Burgos, había convivido con él —junto con los hermanos Giménez Arnau y el conde de Mayalde— en un hotel modesto y me sorprendió descubrir que, además de todo, tenía una fina sensibilidad literaria. Frenó muchas veces mi fantasía, pero era un hombre delicado y razonador, nunca arbitrario, jamás suficiente. Incluso en el orden político corregía mis exaltaciones algo utópicas con una ironía benevolente, llena de buen juicio, que casi siempre implica el sentido del humor, que en él era opaco pero notable. Yo diría que había nacido para servir a un Estado de derecho y no a un Estado arbitrista como era nuestro caso. Su fidelidad a Serrano era grande pero no sumisa. Creo que su crítica franca y siempre escrupulosa fue de una gran ayuda para un hombre que corría el riesgo muy humano del exceso de poder. Si, por encima de toda consideración ideológica, conservo ese recuerdo de él, ello quiere decir que nuestra relación fue cordial, aunque tampoco dejaría de reconocer sus cualidades si lo hubiera sido menos. Muchos de mis camaradas lo desconsideraban y lo veían como cuerpo extraño. Uno de ellos se encaró una vez con Serrano para reprocharle su elección. Lorente no tenía el célebre «estilo» que entonces se apreciaba tanto: «Ese señor Lorente que nadie sabe quién es». Serrano replicó, ahorrando explicaciones: «Pues pronto lo sabrán…».

Pero retorno al hilo. Los departamentos que se organizaron fueron, además del de Radiodifusión, los de Ediciones, Cinematografía, Teatro, Música, Artes Plásticas, Propaganda directa y Propaganda en los frentes. Ya he hablado de la Radio, en la que Antonio Tovar tuvo carta blanca para hacer y deshacer, aunque la dependencia militar de sus servicios técnicos le creaba problemas constantes en los que yo tenía que intervenir por fuerza. El jefe técnico, comandante Torre-Enciso, aunque buen hombre, era puntilloso, y en la guerra que un militar dependiera de un civil era cosa que producía siempre algunos rechinamientos en la máquina.

Como dejé dicho atrás, en la provisión de los cargos rehuí la tentación de elegir hombres sumisos o amigos incondicionales. Tampoco me preocupé de que la afinidad ideológica fuera estricta. Casi ninguno de mis colaboradores principales era «camisa vieja», algunos eran falangistas «nuevos» y con antecedentes liberales. Otros no lo eran en absoluto. Los más, en todo caso, eran personas de conocimiento reciente.

A Pedro Laín, que tomó la dirección del departamento de Ediciones, lo había encontrado en Pamplona durante un rápido viaje y, aunque seguía con mucho interés sus trabajos, sólo había cambiado con él un par de cartas. Lo mismo me sucedía con Rosales y Vivanco, muy gemelos entonces, con los que sólo había tenido una vaga comunicación impersonal —a través de Bleiberg— en 1935. Cierto que había sido yo mismo quien señalé el nombre de Rosales a Yzurdiaga para que compusiera la «escuadra» de su revista, indicándole que, a mi juicio, se trataba de la revelación poética más importante de aquellos años. A Torrente Ballester —que también trabajó en las ediciones— me lo presentaría Laín, ya en Burgos.

Del pintor Juan Cabanas, que fue el jefe de la «plástica», tenía una referencia porque perteneció al grupo o equipo sindical G, de San Sebastián, al que los falangistas prestamos mucha atención. A José Caballero y a José R. Escassi los había entrevisto en Sevilla, donde, al amparo de Pedro Gamero, habían llevado un «carro de Tespis» nacido en Huelva: La Tarumba —réplica de La Barraca de Lorca, con el que el primero de los pintores había colaborado—, que representaba un espectáculo lírico y popular, refinadísimo, titulado *Pliegos de romance*.

En la misma ocasión conocí a García Viñolas (entonces Manuel Augusto), que también había participado en el montaje de los *Pliegos* y al que nombré —a petición propia— jefe de Cinematografía. Él eligió a su gusto sus propios colaboradores; al-

guno, como Antonio de Obregón, procedente de *El Sol* y de la primera vanguardia literaria o, como Martínez Barbeito, nacido en el movimiento cultural gallego. Más tarde se le añadió —por mi propia indicación— Edgar Neville, que había sido un joven diplomático republicano y un humorista de un desenfado incorregible.

Encomendé el teatro a Luis Escobar, cuyas ideas y proyectos me habían llamado la atención cuando lo conocí, dos años atrás, en casa de mi amiga americana mistress Fromkes, de la que hablé en otro sitio. Era de familia monárquica y con relaciones *à gauche*: él me había presentado a Neruda.

Del equipo de Destino, que se insertó en mis servicios para hacer con más libertad su periódico y servir de cerebro a la propaganda directa, no hace falta decir que ninguno de ellos se inclinaba del lado «fascista». Ya irán apareciendo otros nombres.

Lo cierto es que el equipo, a pesar de (o a causa de) los muchos matices incorporados, funcionó bien, con muy pocas tensiones y con una considerable alegría. Si digo que aquel núcleo —¡nada menos que la propaganda!— fue el menos sectario de cuantos se constituyeron durante la guerra, quizá alguien estime que idealizo mi pasado a la luz de mi presente. Pero creo lo que digo y todos cuantos frecuentaban mi despacho —de D'Ors a Foxá, de Montes a Neville, de Manuel Machado a Zunzunegui o a Samuel Ros, que tardó algunos meses en aparecer— encontraron en él, si no me engaño, el centro raro donde era posible hablar de todo sin recelos ni precauciones. Pero el relato no ha acabado. Apenas si queda puesto el marco.

[*Casi unas memorias*, págs. 132-136]

[1975] LA VÍA CATALANA

El invierno y el verano de 1938 fueron meses calientes para la actividad militar. Hice algunos viajes al frente. A Alcubierre, presionado durante la batalla de Belchite. Al Teruel nevado donde el Ejército republicano sufrió su primer desgaste de considera-

ción. A Vinaroz y Tortosa, donde las tropas nacionalistas habían alcanzado el Mediterráneo partiendo en dos la zona republicana. A Lérida, donde el general Yagüe tascaba el freno deseoso de seguir adelante. A la zona de Gandesa, en plena batalla del Ebro, donde vi por primera vez el espectáculo de los aviones picando en cadena una y otra vez sobre trincheras y concentraciones. Fueron visitas breves, de tres o cuatro días a lo sumo, y conservo de ellas imágenes aisladas de casas rotas, explosiones de obuses, pasos apresurados por caminos batidos o por calles atrincheradas —como en la pobre Lérida que se iba desmoronando día a día—, de camillas con heridos que esperan la evacuación casi vegetalizados, de puestos de mando con teléfonos gracias a los cuales se ve mentalmente la batalla, lo que los ojos no pueden hacer. Hablé dos o tres veces a pequeños grupos formados, pero he de decir que hacerlo me daba una cierta vergüenza. En los ojos febriles o cansados de los combatientes sentía como un reproche (muy parecido —aunque más intenso— al que se siente ante la vista de los trabajadores que te miran con un vago interés cuando te invitan a recorrer unos altos hornos o a bajar a una mina). Cuando volvía de estos viajes mis cómodas tareas de propagandista me parecían una farsa.

Terminada la batalla del Ebro, que duró desde junio a noviembre, los caminos de Cataluña quedaban abiertos. La ofensiva comenzaría en diciembre, desde la zona de Balaguer, desde Lérida y desde el mismo Ebro. Aunque no faltarían nudos de resistencia, como el de Borjas Blancas, se vio desde el principio que la ocupación del Principado sería fácil. En efecto, la caída de Barcelona se produjo, como todo el mundo sabe, el 26 de enero. Unas tres semanas antes de esta fecha yo había tomado ya la decisión de situar a retaguardia de las columnas que avanzaban los equipos de altavoces y los materiales de propaganda que desde la ocupación de Lérida venían preparándose bajo la dirección de mis colaboradores catalanes y, en buena parte, en la lengua del país. Hacia el 12 de enero salí yo mismo hacia la zona del frente con el grupo de acompañantes menos belicoso que quepa imaginar. Venían conmigo dos hombres jocundos, corpulentos y vitales aunque de estilo muy diferente: Edgar Neville y Pedro Pruna; dos escritores más bien melancólicos: Samuel Ros —que hacía pocos meses había regresado de Chile— y Jacinto Miquelarena; venía también mi antiguo compañero de El Escorial Román Escohotado y, como explorador, enlace o elemento volante, el nervioso y minúsculo Carlos Sentís, que llevaba estrella de alférez en su tar-

bus de Regulares. Sentís era la persona más activa del equipo. Tenía una motocicleta y le divertía mucho «dar el pego» a sus paisanos payeses o ciudadanos, entre los cuales se había extendido una imagen truculenta de los moros, tenidos por sanguinarios, violadores y rapaces. Sentís, vestido de moro, llamaba a la puerta de una masía o de una casa. Alguien salía a la ventana con un gesto de horror. Entonces Sentís empezaba su perorata en catalán: «*Escolti*…», y el gesto de horror se distendía en un gesto de alivio. Se franqueaba la puerta y la acogida solía ser familiar y de muchas preguntas. El «moro Juan» era de casa.

Creo recordar que rendimos etapa en Borjas Blancas, sucio, mordido y ahumado por el fuego de la guerra, y que allí hicimos la última comida enteramente normal de nuestro viaje, con un pan blanco selectísimo que era el que llevaban las vanguardias para repartirlo a la población. El mismo que, por sugerencia de Neville, habían arrojado a veces los aviones sobre Madrid y Barcelona, porque Neville, con segura reflexión materialista, pensaba que un buen panecillo era más convincente que un centenar de panfletos. Ya es sabido que durante la guerra la zona nacionalista —con pocas concentraciones urbanas y amplias extensiones agrícolas, ganaderas y pesqueras— no conoció problemas en materia de abastecimientos de boca, mientras la zona republicana las sufrió en grado diverso casi constantemente. En cambio fue inverso el suministro de productos industriales y especialmente vestimentarios. En Sevilla, Burgos o San Sebastián, un par de medias finas podían rendir un corazón.

Al acercarnos a Tarragona comprendimos que habíamos sido muy imprudentes olvidándonos de llevar en nuestros maleteros una buena provisión de víveres. Durante varios días nos vimos sometidos a una dieta monótona de arroz con acelgas. Íbamos pegados a la columna de Yagüe y resultaba obligado que yo visitase al general. Gracias a ello, mis acompañantes pudieron tomar contacto con la Intendencia militar, lo que remedió un poco nuestros apuros. De todos modos, a Miquelarena le deprimió tanto la primera vista de Tarragona —ajada, sucia, desventrada por muchos sitios, llena aún de soldados y donde era difícil alojarse— que se volvió a Burgos. Aquella noche dormimos como Dios quiso, pero Neville, que no era estoico pero menos aún apocado, sugirió sobre la marcha que nos alojásemos en Salou, que entonces, en su puro tamaño en blanco y ocre, era una preciosidad. Ahora bien, resultaba que Salou no la había «tomado» nadie. Nosotros, prácticamente inermes, decidimos,

pese a todo, ir a la aventura. Jamás se conoció ocupación más pacífica. Nos instalamos en un hotel pequeño, limpísimo y algo frío y buscamos al alguacil para que nos enseñase el Ayuntamiento, donde yo, medio en broma, nombré alcalde a Edgar Neville. Así Salou tuvo, para estrenar su «nueva era», un alcalde republicano que le duró unos pocos días y no hizo nada con su autoridad, ni siquiera encontrar una docena de huevos. Cenamos aquella noche el *arròs amb bledes* de costumbre y un puñado de avellanas.

El día siguiente lo pasé en Tarragona, donde me encontré los equipos de altavoces que mandaba Manolo Aznar, el hijo del periodista. Las nuevas autoridades civiles ya estaban en su puesto. El gobernador era el carlista Iturmendi, si no recuerdo mal, y el delegado de Orden Público su correligionario Sentís, pariente del que venía conmigo. Los jefes de Falange, que habían instalado su centro en la Rambla, eran Ribas Seva —territorial— y José María Fontana, un muchacho de Reus de buena planta, simpático y abierto, con el que siempre me había llevado muy bien. Vi más despacio la ciudad. Pese a su descuido y a su confusión, me pareció ya en aquella hora —la veía por primera vez— una de las ciudades más bonitas de España, con su alta acrópolis catedralicia y su miradero marino al final de la cuesta de la Rambla. Se celebró, usando los altavoces de campaña, un pequeño acto en el que se escuchó indicativamente el catalán, y lo mismo sucedió pocos días después en Reus, donde el acto se repitió más formalmente en un teatro. En el segundo hablé. No diré que recuerdo exactamente lo que dije en aquella ocasión emocional. Lo que sí sé es que nuestro meditado plan de presentación en Cataluña —y en ello coincidía Fontana apasionadamente— era el de conjurar la idea de que el país, como tal país, se considerase vencido y conquistado. Ya volveré sobre estas cosas, que el mismo Fontana confirma en su libro *Los catalanes en la guerra de España*, aunque quizá su memoria no es en todos los pasajes perfecta. Pero no es necesario insistir en el tema de las buenas intenciones de que está empedrado el infierno. Reus me pareció menos estropeado que Tarragona, acaso porque tiene menos que estropear. Fontana me llevó a su casa, que estaba intacta. Una casa con grandes espacios en penumbra, cortinajes gruesos y espejos oscurecidos, de un cierto gusto romántico.

Tan pronto como supimos que el Ejército había llegado a Sitges nos pusimos en marcha. Queríamos estar cerca de Barcelona. Sentís, Neville y Pruna se nos habían

adelantado un poco y llegaron a la villa cuando aún duraba el tiroteo. Cuando lo hicimos nosotros sólo quedaban unos cañoncitos antitanques emplazados sobre Garraf que alcanzaban el caserío con sus proyectiles casi varios. Nuestros amigos no habían perdido el tiempo. En menos de dos horas habían apalabrado una casa en el Paseo Marítimo que se había mantenido intacta a lo largo de la guerra al cuidado de dos sirvientas ya maduras, las cuales habían tenido como escudo a unos oficiales bien educados que, alojados en la «torre», les habían permitido tener en orden la casa y subsistir. El precedente debió abogar a nuestro favor haciéndoles pensar que para el nuevo chubasco no vendría mal un nuevo paraguas. Así que nos encontramos con habitación cómoda, servicio atento y mesa bien vestida aunque pobremente abastada.

Prácticamente no quedaba en Sitges aparato militar. La villa, algo vacía, no había sufrido gran cosa y pronto su vida se hizo normal, mientras aún sonaban los cañones por las alturas próximas. Nuestra estancia no debió de prolongarse más de cuatro días, durante los cuales yo solía visitar cada mañana, con alguno de mis amigos, algunos puestos de mando para conocer la situación del asedio progresivo sobre Barcelona, en la que, según todos los informes, no se esperaba una gran resistencia. En uno de estos días, que fueron tibios y soleados, con un ligero mar de fondo que daba mucha espuma y hacia sonar las olas en la playa, invitamos a almorzar a Serrano Suñer —recién llegado a Tarragona— y al general Yagüe, que estaba instalado a pocos kilómetros de Sitges. Creo que nos acompañó también J. M.ª Fontana, el de Reus. Mis amigos se arreglaron para que el almuerzo no resultara completamente mezquino y, como no cabíamos todos en la mesa, algunos de ellos la sirvieron porque las muchachas estaban cohibidas. Después de comer, Yagüe y Serrano se pasearon largamente al borde del mar, conversando a solas, a la vista de sus pequeñas escoltas. Entre el poder militar y el poder civil surgían entonces, y siguieron surgiendo después, piques y rivalidades. En el caso de Serrano y Yagüe mediaba también algún malentendido, especialmente desde el episodio de La Coruña. La entrevista debió de ser, sin embargo, satisfactoria, pues las despedidas fueron cordiales y al final de la guerra Serrano propondría el nombre de Yagüe para formar parte del Gobierno.

En las horas que quedaron sobrantes, Pruna me hizo los honores de Sitges, donde ya había «recuperado» a unos cuantos amigos. Pruna, con su cabeza de león, su

rugido de león, su corazón de león completamente manso, se paraba a respirar la brisa marina, miraba hacia la roca de la iglesia y lanzaba borboteos de satisfacción, casi arrobado. Se le veía crecer, esponjarse por momentos. Era la vieja leyenda de Anteo. Una tarde me llevó a una torre del paseo —no muy alejada de la nuestra— donde un coleccionista amigo guardaba media docena de lienzos suyos de su primera manera postimpresionista, de muy buen dibujo y de una materia cromática muy delicada. En la casa no había un trozo de pared sin cuadro, incluso en la escalera y los lugares excusados. Pintura catalana del veintenio anterior a la guerra, El jardín era un pequeño museo de esculturas. En otro de nuestros paseos callejeamos por la villa. «Ahora —me dijo— vas a ver lo que es este país.» Nos paramos ante la puerta de una lechería. Aparté la cortina de flecos crepitantes y entramos en la tienda, pequeña y blanca, con su mostrador de zinc, sus alacenas de obra con papeles rizados, sus cántaras y medidas de estaño, todo pulquérrimo. Unos cartelitos cantaban los precios: «0,45», «0,55». Había una señora como de treinta años, fresca, bonita. Abrió una puerta lateral y nos hizo pasar a una sala o estudio en cuyas paredes estaban alineados unos veinte cuadros y dibujos excelentes. Había dos o tres Prunas. Al fondo, a contraluz de la vitrina, una butaquita y una máquina de coser. Volviendo a la tienda, Pruna me indicó los cartelillos para decirme: «Y todo sale de aquí: 0,45, 0,55». Años después yo recordaría esta visita en un poema. La guerra, que aún escuchábamos en nuestros oídos, parecía no haber pasado nunca por el mundo.

El día 26 las tropas estaban sobre Pedralbes sin otro obstáculo que unos puestos de ametralladoras rápidamente desmontados. Pero se esperó a que estuvieran limpias las alturas del Tibidabo y de Montjuic para hacer la penetración. Cuando volvimos por la tarde ya estaba hecha. Como la ciudad estaba medio a oscuras decidimos dormir aún en Sitges. Al otro día, de mañana, bajamos por el paseo de Gracia a la plaza de Cataluña y a las Ramblas. Había un gentío enorme y efusivo, en el que predominaban las mujeres, algunas de las cuales casi se nos metían por las ventanillas de los coches. Era sensible que para una buena parte de la población la guerra había sido una larga pesadilla y aquel final casi incruento y quizá inesperado representaba una fiesta. No toda la ciudad estaría en el mismo talante, pero el espectáculo que ofrecían los barrios céntricos impresionó mucho a los primeros jefes militares que, sobre la marcha, pudieron utilizar la radio. El primero de ellos fue, si no me equivoco, Juan

Bautista Sánchez, que pertenecía a la columna Solchaga y era un soldado ingenuo que años más tarde —es coincidencia— moriría ejerciendo, con dignidad muy liberal y austera, el mando supremo de la Región militar catalana. Tengo ante la vista el texto de su arenga:

«Os diré en primer lugar a los barceloneses, a los catalanes, que os agradezco con toda el alma el recibimiento entusiasta que habéis hecho a nuestras fuerzas. También digo al resto de los españoles que era un gran error eso de que Cataluña era separatista, de que Cataluña era antiespañola…».

No había recriminaciones ni amenazas y parecía un buen comienzo. Pero… (Sobre los peros y otras cosas versará la segunda parte de este episodio.)

[*Casi unas memorias*, págs. 163-166]

[1975] UNOS DÍAS DE BARCELONA

No puedo recordar cuánto tiempo duró mi estancia en Barcelona en las postrimerías de aquel enero de 1939. Quizá no fue más de dos semanas. Unos días, en todo caso, cargadísimos, incluso de irritación. El mismo día 27, hacia media tarde, ya habían llegado a la ciudad muchos de mis colaboradores, pues para todos nuestros trabajos —y especialmente los editoriales y cinematográficos— la gran ciudad ofrecía un enorme ensanchamiento de campo. Los primeros en llegar —obvio es decirlo— serían los destinados a quedarse en Barcelona: Xavier de Salas, que representaría en la ciudad los servicios centrales, y Juan Ramón Masoliver, que ocuparía la Delegación Provincial. Con ellos, claro es, todos los catalanes que trabajaban conmigo en Burgos se quedarían ya en su casa, dando por concluido su destierro —inverso al del Cid— en las crudas riberas del Arlanzón.

No pude encontrar en los primeros días habitación en el Ritz —que era el único hotel cómodamente habilitado y en el que se concentraba la plana mayor, militar y civil, de los ocupantes—. Así me avine a buscar cobijo en una casa que había descubierto Edgar Neville —amigo o conocido de los dueños y que nos llevó a ella, según supuse, con la intención de protegerlos—. La casa estaba en el Ensanche —quizá en la calle Bruch— y era de una señora viuda, hermana de un general republicano y relacionada o quizá casada en segundas nupcias con un diplomático del mismo bando. En todo caso era una casa en la que flotaba un ambiente extraño y medio misterioso. La señora estaba en el campo. Quedaban en el piso una hija suya, preciosa, y una criada vieja que andaba con pasos de fantasma, hablaba sola y daba constantes señales de inquietud. Llegamos a pensar que en la casa había alguna persona escondida, cosa que yo me guardé muy mucho de averiguar a fondo. Por las tardes, generalmente, solían venir algunas amigas de la muchacha y casi siempre alguna de ellas se quedaba a dormir para acompañarla. Aparte de Neville, acampamos allí Pedro Laín, Emilio Aladrén, yo y quizá alguno más. A los tres días conseguí habitación en el hotel y abandoné aquel ambiente de comedia de intriga.

El «cuartel general» lo instalé en la casa que había servido de oficina a los servicios de Propaganda de la Generalitat. Mi antecesor en el despacho que pasé a ocupar había sido Jaume Miravitlles —a quien ahora leo con frecuencia en *Informaciones*— y aún quedaban medicinas suyas y algunos otros efectos personales en los cajones de la mesa. La casa estaba en la Diagonal, cerca del paseo de Gracia, y era graciosamente modernista. Me parece que pertenecía a la familia Valls, que tardaría casi un año en recuperarla, pues allí quedaron instalados los Servicios Provinciales. Salas fue a ocupar otra oficina, la de la Propaganda del Estado Central, situada en otro piso de la Diagonal, áridamente moderno, propiedad —si no me equivoco— de la familia Montalt.

Mi despacho —quiero decir el de Miravitlles— era bastante confortable, y en una de sus librerías encontré, perfectamente ordenadas, todas las publicaciones catalanas y castellanas producidas durante la guerra, incluidas las revistas de mayor relieve, como *Hora de España*. A simple vista se veía que los medios de propaganda republicana habían sido muy superiores a los nuestros y su asistencia intelectual mucho más extensa, valiosa y organizada. En la casa había también un almacén de carteles. Quizá lo más curioso era una estatuilla o bibelot que representaba a un niño chico, ves-

tido de «mono» y tocado con barretina, que llevaba una bandera al hombro. Al pie figuraba el verso de una canción muy conocida: «El més petit de tots». El muñeco era muy gracioso. Creo que supe y olvidé quién fue su escultor. Algún lector lo recordará probablemente. En el almacén encontramos el original en barro cocido, de un tamaño mayor, y las reproducciones a troquel, policromadas, que cabían en un bolsillo. Quedaban centenares.

Por supuesto, durante aquellos días permanecí mucho tiempo en el despacho para cambiar impresiones con mis colaboradores y recibir a la multitud de personas —escritores, artistas y editores— que se hacían presentes a través de nuestros amigos catalanes y que, en algunas ocasiones, necesitaban protección y en otras salían de la catacumba. Recuerdo con precisión a Guillermo Díaz Plaja y a Félix Ros, que se hicieron habituales de la casa. Por otra parte, eran numerosas las personas que acudían a Barcelona de todos los puntos de la Península y recalaban por mis oficinas, más acogedoras que los otros servicios oficiales y que más de una vez se convertían en lugar de tertulia. Allí volvieron a reunirse Eugenio Montes, Rafael Sánchez Mazas, Luys Santa Marina y Giménez Caballero, aunque este último no era santo de la especial devoción de los dos primeros.

Santa Marina y Sánchez Mazas aparecieron como resucitados, pues los dos pasaron toda la guerra en prisión; el primero con tres penas de muerte encima y el segundo con la espada sobre la cabeza. Con Santa Marina había tenido yo alguna relación indirecta a través de Xavier de Salas y hasta creo que le mandé algún poema para su revista *Azor*, en la que colaboraba Max Aub, amigo suyo a pesar de las diferencias de ideas, y que, si no me equivoco, demostró que lo era cuando vinieron mal dadas, a pesar de que Santa Marina había empuñado físicamente las armas el 18 de julio en Barcelona. Por su parte —como ya he recordado una vez— Santa Marina, que era de espíritu encendido y un poco quimérico pero de corazón sensible y generoso, haría el quite, con su prestigio, a muchas personas amenazadas en su vida o en su libertad. Santa Marina era —y sigue siendo— un hombre sarmentoso con una mirada intensa y, al mismo tiempo, lejana. De vez en cuando levantaba rápidamente la cabeza, contraía los músculos de la cara y envaraba el cuerpo como para ponerse en la posición militar de «firmes». Estas crispaciones y una cierta brusquedad en la locución disimulaban una bondad natural muy evidente cuando el trato era largo. Aunque era

un militante ardoroso en política, en realidad su tipo correspondía al del escritor puro y lo era con exigencia. Había trabajado su lengua con mucho rigor. Precisamente en aquel año acababa de perder un fichero lingüístico ingente, acumulado en muchos años de trabajo, y las dos obras de mayor empeño que llevaba publicadas ya —su *Cisneros* y su *Tras las águilas del César*— representaban logros estilísticos de gran clase y esfuerzos más que notables por ajustar la lengua, el medio expresivo, a las exigencias del tema y el ambiente. Por cierto que el «tremendismo» de *Las águilas* —cuyos precedentes podrían encontrarse en Quevedo o en Valle-Inclán, siendo el libro, a su vez, precedente de obras futuras— le jugó una mala pasada, pues cuando Masoliver se lo editó en su Yunque —1939— lo recogió la censura porque se temía que un retrato tan despiadado de las violencias de la Legión ofendiese a los moros, a la sazón amigos. Aparte de interesarme su obra, Santa Marina me inspiró una gran simpatía, primero porque intuí enseguida su bondad y su comprensión por detrás de su instalación ideal en una mitología un tanto nietzscheana del heroísmo y la terquedad, pero aún más porque vi que, cargado de méritos de los que entonces podían servir para todo, él no era de los que se preparaban para una carrera cómoda ni para instalarse entre los sorteadores de la túnica.

A Sánchez Mazas lo vi fugazmente. El trato asiduo vendría después. En Barcelona era un personaje nervioso, desconcertado, aún mal vestido y con la cabeza rapada, lo que mitigaba un poco el aspecto corvino de su rostro. Contaba con detalles un poco novelescos su fuga de las filas de un pelotón de presos, conducidos hacia la frontera y listos ya para ser fusilados.

El despacho, de todos modos, no me impedía moverme por la ciudad tratando de observar el giro que tomaban las cosas e ir de Herodes a Pilatos para tratar de cumplir la parte del programa que debía corresponderme en la nueva situación de la ciudad. Como propagandista de aquella situación que llegaba a Cataluña, mi obligación era hacerla aparecer en sus aspectos positivos y estimulantes y no negativos. No consideraba yo tanto a la parte de la población que en aquella hora pudiera sentirse liberada sino a la que debía sentirse amenazada e incluso —que al asunto no le faltaba complejidad— liberada y amenazada al mismo tiempo. En concreto, y repitiendo lo que ya he escrito un par de veces, mis dos preocupaciones centrales en aquellas horas eran que los catalanes no se sintieran invadidos ni discriminados en tanto que ca-

talanes, ni los obreros de Barcelona sumergidos y desarmados en tanto que sindicalistas. Me parecía a mí entonces (y de entonces estoy hablando) que Cataluña podía soportar muy bien la revocación del Estatuto de Autonomía pero no la interdicción o el despojo de pertenencias fundamentales como la lengua o el estilo de vida. Por lo que se refería a los obreros, entendíamos algunos que la llegada a los grandes centros industriales sería la prueba de fuego de los sindicatos que augurábamos. Si los obreros los rechazaban optando por un desamparo desdeñoso, ya podíamos ir borrando la palabra sindicalismo de nuestras banderas. Así pues, las ideas que traían los equipos de propaganda incluían, aparte de los triunfalismos inevitables, la introducción del catalán en textos y oraciones de carácter oficial y la celebración de actos públicos sindicalistas en los barrios obreros. Tales ideas habían sido aprobadas en su más alto nivel por el Ministerio del Interior, al que mis servicios pertenecían, y por la Secretaría General del Partido, a la que voluntariamente se consideraban religados.

Pero pronto resultó patente que aquellas buenas disposiciones no representaban la política general del Gobierno, cuyo ejecutor en Barcelona sería, para empezar, un plenipotenciario que quedaba por encima de cualquier poder ministerial concreto. Como era lógico, dadas las circunstancias, el plenipotenciario o jefe supremo de los servicios de ocupación era un alto grado militar: el general Álvarez Arenas, a cuyas órdenes actuaban unos cuantos colaboradores investidos de autoridad, en el mejor caso penúltima y a veces reducidísima. No estoy escribiendo un trabajo de historia —lo diré una vez más— sino un testimonio personal, y por ello omito las cosas que no vi o supe por mí mismo y he investigado a posteriori. Así se entenderá que no dé aquí cuenta circunstanciada de cuáles y cuántas eran las competencias del general ni de cómo las empleó. Pesaban, sin duda, sobre él, enormes responsabilidades, pues una gran ciudad no se pone en marcha ni se abastece de cualquier modo, para no hablar de los problemas de orden público o de las atenciones a la vida industrial, a los transportes y a la reorganización del trabajo. Era natural, en consecuencia, que una audiencia con el jefe supremo de la región fuera poco menos difícil de obtener que la del mismo jefe del Estado en Burgos. Yo no le vi más que dos veces y la entrevista más larga duró un cuarto de hora. Tenía, pues, que entenderme con sus colaboradores y en especial con el vizconde de Manzaneda, Alfonso Hoyos, que era delegado del Ministerio del Interior, pero no tenía ningún poder decisorio. Fue éste el que me

comunicó cuál era el criterio adoptado: nada de usar el catalán —los camiones que llegaron cargados de manifiestos y folletos en este idioma habían sido secuestrados—, nada de organizar actos políticos o sindicales, nada de sardanas o de *aplecs* populares. Barcelona había sido una ciudad pecadora y religiosamente desasistida y lo que había que hacer, durante semanas enteras, era organizar misas de campaña en todas partes y actos religiosos expiatorios. A esto sólo se debía añadir la apertura al público de un par de checas de fantasía truculenta, montadas en la ciudad por los técnicos rusos. En efecto, visité una de ellas como «turista». Parecía bastante reciente —¿estaba en la calle de Vallmajor?— y era manicomial: celdas inundables, otras soladas con ladrillos en punta para impedir el reposo, alguna decorada con pinturas alucinatorias, una cabina penetrada por un reflector poderoso para cegar al preso, etcétera.

Bueno; aceptemos que esto sirva como imagen de lo que ha pasado; pero ¿cuál es, a cambio, nuestra imagen? Era una pregunta que hice varias veces porque empezaba a trabajarme el ánimo.

El general Álvarez Arenas era un hombre de cara grande, ya un poco caída, cejas espesas, ojos intensos pero con frecuencia distraídos, cuerpo abundante, proclive a la lentitud. Tenía una gran calma y no hacía el menor esfuerzo por sonreír. En una de mis visitas coincidió conmigo el carlista marqués de Rozalejo, muy en vista por entonces, biógrafo del conde de Cheste, al que se ha solido calificar de tradicionalista cristino. El marqués era algo pretencioso pero al general le daba lo mismo. Lo recibió —yo esperaba al fondo— prestándole una atención escasa y despidiéndolo pronto. El marqués fue hacia la puerta. Reflexionó y volvió hacia la mesa del general —el despacho era grande—: «Mi general, tengo que decirle que soy consejero nacional». El general levantó la cabeza y las cejas al mismo tiempo. Imperturbablemente le dijo: «Bien, ¿y qué hay en ello?». Naturalmente, me despedí de cualquier esperanza de poder perforar con mis argumentos aquella roca autoritaria o de poder hacer oír mis sofisticados proyectos a aquel hombre tan ocupado.

En rigor, cuando hablo de mis fallidos proyectos no trato de adornarme con ellos y hasta llego a pensar —viendo las cosas con perspectiva— que los que les echaron el freno eran más consecuentes que yo y expresaban con mayor sinceridad o realismo el contexto de la experiencia que llegaba. A la luz de ésta, ¿qué hubieran sido mis folle-

titos catalanes y mis mítines de barriada más que falsos testigos? A pesar de estas reflexiones tardías, el hecho de mi decepción fue perfectamente real y ello no dependió siquiera de que mi experiencia en aquel par de semanas fuese profunda o me pusiera ante los ojos hechos particularmente dramáticos que acaso estuvieran sucediendo pero que quedaban fuera de mi zona de visibilidad. No; más que de una experiencia susceptible de relato se trataba de una impresión, si descarto anécdotas relativamente triviales del estilo de aquella de la sustitución del monumento a Pi y Margall. Aquella impresión no se relacionaba siquiera con el hecho de haber observado un ambiente de recelo y temor en los barrios obreros en contraste con la pululante desenvoltura de satisfacción que se registraba en los barrios burgueses, porque ello era harto normal y, en último término, tuve más testimonios de lo segundo que de lo primero.

Era una impresión, para decirlo de una vez, que se refería menos a Barcelona que al Movimiento por el que acababa de ser dominada y que en ese dominio iba a encontrar su primera piedra de toque de gran importancia. Y la impresión era mala. Era mala a la luz de mis prejuicios que eran, al mismo tiempo, mis esperanzas.

Aunque hoy no me convenga decirlo diré —vengo diciéndolo desde que inicié estos recuerdos— que esos prejuicios y esperanzas eran los de un falangista creyente, que se esforzaba por encontrar adecuado el contexto de la acción general en que estaba metido. Para un hombre de esos principios la experiencia de la ocupación de Barcelona ponía a prueba tanto el contexto (quiero decir, el Movimiento político oficial) como la creencia que, para usar el lenguaje de los tiempos, era la de poder (y querer) integrar a la clase obrera en una empresa nacional y a las regiones más dinámicas y cultas en la reconstrucción de un Estado ambicioso. Aunque he explicado algunas veces las falacias que había en esos planteamientos tal como los vivíamos entonces (y se vivieron en otros países), no puedo negar hoy que tales planteamientos eran entonces los míos. Pues bien. Llegábamos a Barcelona, el «hogar» del sindicalismo obrero belicoso (la CNT siempre había sido un espejismo de la proyección falangista) y la cabeza de la región pionera en el desarrollo económico y cultural del país. Y en vez de una invitación les traíamos un sermón de cuaresma, un talante represivo, una invitación a dejar de ser y, como premio, la adormidera del «orden público restablecido». Era una incoherencia.

Ya es sabido que en el cupo de prensa otorgado a Barcelona (en el que se excluía la lengua del país que, un poco después, se excluiría también de los nombres de muchas calles —traducidos al castellano como también lo fueron las muestras comerciales— y del trato oficial y, de haber sido posible, del trato privado) figuraban *La Vanguardia* y *Solidaridad Obrera*. Pero al primero se le subtituló «española» y al segundo se le mudó lo «obrero» por «nacional». La medida admitía dos interpretaciones simbólicas. Que «Vanguardia» calificase a «española» para querer decir Cataluña o que «española» sustituyese a una tácita Cataluña para negarla. Que «nacional» sustituyese a «obrero» podría dar origen a una ambigüedad semejante, aunque más larga de explicar (la ambigüedad fascista por excelencia). Sobre estas charadas diría hoy que «tanto monta, monta tanto Isabel como Fernando», pero entonces para mí estaba en ello la clave del destino. Me fui de Barcelona con las peores sospechas. Pero aún quedaba mucho hilo por tejer o por destejer. Puedo anticipar, eso sí, que sería en Cataluña, años más tarde, donde el redactor de estos recuerdos empezaría a contemplar con ironía su propia imagen anterior.

[*Casi unas memorias*, págs. 167-171]

EPÍLOGO PÓSTUMO

(1975)

ULTRAMONTANOS AL DÍA [1975]

No me parece que Camilo José Cela y Conde —entregado hoy por vocación al periodismo político— se haya limitado a divertirse recopilando los textos a los que hacen innecesaria compañía estas palabras mías. Es verdad que los textos son, con frecuencia, extravagantes y curiosos. Pero la intención del recopilador es perfectamente seria. Porque lo que se ha propuesto es levantar acta de una realidad, acaso residual pero de ningún modo insignificante, que tiene presencia en la vida española y a la que más vale conocer que ignorar.

Esta realidad es cosa que viene de lejos, pero, en tanto que rebrote actual, representa una reacción a las perspectivas de cambio que se insinúan en la vida pública española; tanto a aquellas más bien aparenciales que favorece el sector que dirige las actuales estructuras de gobierno, como al más radical y acelerado por el que viene luchando la llamada oposición al Régimen.

Uso la palabra reacción ahora en sentido estricto. Las actitudes expresadas en este libro no se hubieran producido sin la reaparición —en una u otra forma— de instancias o proyectos políticos y comportamientos sociales que se consideraron liquidados en una etapa muy anterior. Por razón de esta referencia, la reacción de que aquí se da testimonio es aún y sobre todo defensiva. Se remite a una reacción anterior —la del 36— y lo que desea es reconquistar sus controles, devolverle su carácter originario —su virulencia—, perfeccionarla en algún caso y, en cualquiera de ellos, afirmarla como irreversible no sólo histórica sino doctrinalmente.

Así el 18 de julio del 36 o el 1.° de abril del 39 son las fechas de reunión y coincidencia, las referencias aglutinantes de las diferentes familias que se expresan en estos textos: carlistas de la vieja escuela, falangistas sin desengaño, católicos autoritarios o conservadores en estado de alarma. Las especies son distintas, como ya lo fueron en otro tiempo; el lenguaje no es del todo homogéneo, las aspiraciones podrían ser, incluso, contrapuestas —desde la «revolución pendiente» hasta el confesionalismo absolutista—, pero los talantes, en cambio, coinciden. Son talantes de reconquista de la

que, para algunos, fue ocasión desaprovechada, para otros puntos de culminación y para todos acción promotora de una clase política que no acepta el relevo.

Aunque algunas de las voces aquí reunidas disputan con el Gobierno, disputan, en rigor, sobre la interpretación de una fidelidad que comparten con él pero de cuyo descuido le acusan en una polémica que sigue siendo, en definitiva, «una plática de familia». Lo que el grupo aquí expresado pretende es administrar la victoria de 1939 con mayor dureza, inflexibilidad y ortodoxia que el Gobierno al que consideran débil y perplejo cuando no abandonista. No quieren destruir ni modificar al Régimen, sino fortificarlo y asegurar su permanencia indefinida.

Éste es el punto de unión. De una unión que ya no es sagrada, pues los integristas desearían sustituir a los conciliadores para tapar aspilleras, fortificar puntos débiles y quizá salir a campo abierto con el fuego y el hierro cerrando contra los enemigos nuevos o viejos que se permiten levantar cabeza.

Una característica que, a mi juicio, distingue a los que solemos llamar continuistas o celantes —«azules», ultras y contrarrevolucionarios— es, como puede apreciarse en los textos aquí reunidos, su empeño por retrotraer la situación presente a la pasada —la de la explosión del 36— identificando los enfrentamientos de hoy con los de ayer, cosa que los que he llamado conciliadores no hacen más que en raros y contradictorios momentos de sobresalto. Éstos tienden, más bien, a aceptar que los tiempos han cambiado y que el frente de los conflictos actuales no se ajusta ya a las líneas antiguas. Incluso se esfuerzan por encontrar zonas vagas en donde el diálogo sea posible. Aquéllos, cuando detectan por evidencia la renovación del bloque adversario, se excitan de un modo especial. Así se comprende el nuevo anticlericalismo que prolifera en el sector ultramontano clerical, que no puede reconocerse en el espejo limpio de telarañas donde se ha depurado de ganga temporal y de saña inquisitorial un cristianismo que para ellos era, ante todo, un regazo de seguridad. Así sucede también a ciertos falangistas frustrados que, después de treinta años de fidelidad a una situación que sería la frustradora de su utopía, se revuelven no contra ella sino contra los que, a tiempo, decidieron salvar sus exigencias éticas en un contexto político diferente y más adecuado. En ambos casos el recurso expeditivo es hablar de apostasía o de traición. Pero, cabría alegar, ¿cómo han sido posibles tales apostasías y traiciones después de tantos años de operación autoritaria con el catecismo en una

mano y todas las armas del poder en la otra? Con el mayor respeto para las personas, hemos de decir que quienes denuncian hoy un proceso de descristianización del país después de treinta años de dominio eclesiástico incontestado sobre la vida cultural española, no tienen derecho a fundar su esperanza de que el «mal» se detenga prorrogando la misma experiencia y aplicando el mismo método. Como sólo engañándose a sí mismos podrán los falangistas pensar que su sindicalismo vertical y oficial va a funcionar mejor para la reforma de la vida económica y social del país perpetuando el sistema que hizo abortar su eficacia. Porque, sea dicho de paso, cuando las especies políticas a que me refiero argumentan con la afirmación de que no se les dejó encofrar debidamente al país que querían transformar o convertir, omiten —todos sin excepción— cualquier reproche al único poder real que concedía o negaba oportunidades.

Por este camino podríamos seguir indefinidamente. Porque, en definitiva, ¿cómo puede explicarse que los argumentos de grupos tan dispares en sus reivindicaciones aparentes como son los católicos de cruzada —herederos de los apostólicos—, los contrarrevolucionarios pesimistas y aristocratizantes y los náufragos de la revolución pendiente aparezcan aún unidos en una misma reivindicación del punto de partida, de la capitanía necesaria y del método autoritario y violento? O bien todos son unos o bien el pacato que se escandaliza por la liberación de las costumbres, el reaccionario que sacraliza el orden social establecido y el mesiánico de la «auténtica revolución» coinciden, por encima de sus juegos de palabras, en una decisión vitalmente inteligible pero moralmente adocenada: mantener y a ser posible recobrar de un modo total un poder que se va de las manos. En rigor, los unos como los otros tienen vocación de guardia pretoriana. Y —no nos engañemos— están aún dentro del fortín, aunque no ocupen ya en él los puestos de mando.

Con todo ello no quiero minimizar la importancia de los grupos, ideologías, actitudes que se asoman a estas páginas. Los hombres que las han escrito creen en ellas. Algunos fanáticamente, otros por estado de necesidad, algunos por cálculo frío. Son grupos, personas, ideologías impregnadas de un espíritu maniqueo —de raíz o de conveniencia— que aceptan la clasificación implacable de la masa política entre amigos y enemigos y que conciben la política como contienda, no en sentido metafórico sino de verdadera guerra.

Sería fácil —pero no ha sido ésa la intención del recopilador— estudiar la línea insistida de esa actitud, que ya viene de lejos y que comporta una cierta concepción del mundo —lucha permanente y sin tregua entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal, donde el bien se confunde con un orden que por ser tradicional ha de estimarse natural y porque se estima natural debe considerarse justo—, así como comporta una cierta lectura de la Historia de España según la cual la imaginaria unidad social del país —supremo bien— se habría logrado una vez, tras muchos esfuerzos, con la ortodoxia religiosa como expresión y fundamento, y después de ello debe considerarse la aparición de cualquier elemento de pluralidad o contradicción como inoculación foránea o infección de la esencia que a toda costa y en cada momento es necesario extirpar por el hierro y el fuego. Si es que no se piensa, con discurso imaginariamente dialéctico, que la España tradicional vale por una tesis, la decaída y contemporánea por una antítesis y los años de paz que suceden a la gran purga por una síntesis no del todo realizada pero en cuya defensa hay que acudir para no volver a las andadas.

El desmontaje analítico, el desenmascaramiento de las trampas, la rectificación del embeleco dialéctico que hay en cualquiera de esas construcciones no parece exigir un esfuerzo titánico sino la simple aplicación de algunos argumentos de sentido común. Pero ahora no es ésta nuestra intención. Para los que entienden no hace falta; para los que no quieren entender sería esfuerzo vano.

Porque tanto aquella concepción maniquea y belicosa del mundo como esta interesada interpretación de la historia son vendas voluntarias que en el aquí y el ahora —que es a lo que hemos querido limitarnos recopilador y prologuista— sirven para negar la evidencia de la contradicción que ya hemos sugerido. La de cómo puede ser considerada modélica y satisfactoria una situación que cada dos por tres exige para mantenerse un toque a rebato.

En realidad se trata de otra cosa a la que volvemos sin vergüenza de repetirnos —¿pues no es todo este libro una monótona repetición de repeticiones?— y que se resuelve en una desesperada tentativa de conjurar lo ineluctable: el cambio que exigen, a una, la realidad social del país y «el nivel de los tiempos». Volver a un tratamiento de sofocación parece ser, en definitiva, el único programa común de la Santa Alianza cuyas arengas, consignas, amenazas y exhortaciones exhuma aquí un periodista sagaz que conoce muy bien la trama y la urdimbre del tejido nacional.

No me parece que la sociedad española deba minimizar el riesgo de conflicto que semejantes actitudes suponen. Tampoco, a mi juicio, debe aceptar su reto y formar, frente a él, un ejército opuesto y del mismo talante. Ello sería una complicidad. Sería acceder a convertir nuestra vida histórica en el cuento de la buena pipa. Sólo una inmensa mayoría que, sacudiendo la modorra, se entrene en los hábitos civiles y envuelva a esa guerrilla de un modo imperturbable y sereno puede llegar a convencerla de su condición de residuo, que es la que en términos cuantitativos le corresponde. Sin confianza y sin apuro.

[Prólogo a Camilo J. Cela, *El reto de los halcones. Antología de la prensa apocalíptica española en la apertura (febrero de 1974-junio de 1975)*, Madrid, Júcar, 1975, págs. 7-10]

Se acabó de imprimir

en Madrid

el 5 de mayo de 2005

A VECES PARECE que los fantasmas no sean sólo de ficción, porque Dionisio Ridruejo (Burgo de Osma, 1912-Madrid, 1975) bien pudiera haber sido uno de ellos en nuestra historia reciente: a su regreso de la División Azul en 1942 y tras abandonar todos sus cargos políticos en Falange y en el Estado, su rastro se difuminó hasta casi perderse para la vida pública.

Materiales para una biografía incluye cartas y otros textos inéditos con el fin de restituir a la memoria democrática la trayectoria de un escritor con vocación irrenunciable por la política. Fue para muchos un secreto modelo ético de honradez y coraje: su temprana pedagogía de la razón democrática no tuvo mucho más eco público que el partido clandestino socialdemócrata que fundó en 1956; pagó su deserción antifranquista con confinamiento, cárcel y exilio; escribió las páginas más perspicaces y esclarecedoras del fenómeno fascista en España y supo explicar también los pasos que llevan desde su autoría de dos versos del «Cara al sol», junto a José Antonio o Rafael Sánchez Mazas, hasta el impulso en los años sesenta de una «izquierda sin retórica y sin superstición, muy liberal de base».

Jordi Gracia es profesor de Literatura Española en la Universidad de Barcelona y ha dedicado varios libros a la historia intelectual de España en el siglo XX. Obtuvo el premio Anagrama de Ensayo con el libro *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España* (2004).